



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

BIBLIOTECA GRATIS

DE LA

PROBABILIDAD.

Escario 1^o tomo



BIBLIOTECA GRATIS

DE LA

PROBABILIDAD.

Escrito 1^o tomo

Las aventuras del último abencerraje. - Juana de napoles.

LIBRERIA DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

1871

DE LA BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

1871 - 1872

SM.52

ASCANIO,

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

TOMO I.



Madrid.—1864.

Imprenta de Luis Garcia, calle de Lope de Vega, número 18, cuarto principal

1601062AZ

ASCANIB

ALFON

PORETTI ANDRINO DI HAS

PREMIATA CON LA MEDAGLIA

TORO I



WINE - ITALY

Imported by J. & W. G. ...

LA CALLE Y EL TALLER.

Fueron las cuatro de la tarde del día 10 de julio del año de 1540 en Paris, cuando en la iglesia de San Agustín se veía no lejos de la puerta de entrada, y al lado de la pila del agua bendita, á un gallardo joven de tez morena, larga cabellera y grandes ojos negros, vestido sencillamente pero con elegancia, y armado tan solamente de un puñalito maravillosamente cincelado; permanecía de pie, y por piadosa humildad, sin duda, no se había apartado de este sitio en todo el tiempo que duraron las visperas; estaba con la cabeza inclinada al pecho, en la actitud de la más devota contemplación, y murmuraba no sé qué palabras, sus oraciones seguramente, porque las pronunciaba en tono tan imperceptible, que solo Dios y él podían entender lo que decía; sin embargo, al terminarse los oficios levantó la cabeza, y los que estaban más inmediatos á él pudieron oír estas palabras pronunciadas á media voz:

—Qué malditamente salmodian estos frailes franceses! no podrían cantar mejor delante de *Ella*, que debe estar acostumbrada á oír cantar á los ángeles? Vamos, no es del todo malo que se hayan acabado las visperas. Dios mio! Dios mio! haced que hoy sea más dichoso que el último domingo, y que se digne dirigirme una mirada!

Esta última súplica no era enteramente efecto de mal avisado, porque si la persona á quien se dirigia levantára su mirada sobre el que la impetraba, hubiera visto la mas hermosa cabeza de adolescente que le representára su imaginacion al leer las fábulas mitológicas tan en moda en esta época, gracias á las lindas poesias de Marot, y en las cuales refiere los amores de Psyquis y la muerte de Narciso. En efecto, y segun hemos dicho, con su vestido sencillo y su color oscuro, el jóven que acabamos de presentar en escena, era de una belleza nada comun, y de una figura muy elegante; además su sonrisa expresaba una dulzura de carácter y una gracia incomparable; y su mirada, si bien revelaba indecision y timidez, no dejaba de ser por esto tan apasionada como puede serlo la de dos grandes ojos de diez y ocho años.

Terminados que fueron los officios, nuestro enamorado (porque ya habrá conocido el lector en las pocas palabras que ha pronunciado, que merece bien este titulo) se apartó un poco hácia un lado para dejar el tránsito libre á la multitud que se retiraba silenciosa, y que en su mayor parte se componia de amas de gobierno, doncellas jubiladas, viejas arrepentidas y señoras respetables acompañando á niñas de corta edad; pero no era por ninguna de estas por quien nuestro jóven estaba allí, porque ni su mirada se animó, ni se adelantó solícitamente hasta que no vió acercarse á una jóven vestida de blanco á quien acompañaba una dueña; pero dueña de buena casa, y que parecia tener mucho mundo, una dueña bastante jóven, bastante alegre, y de aspecto poco áspero. Al acercarse éstas dos señoras á la pila del agua bendita, nuestro jóven tomó el agua y se la ofreció con galanteria.

La dueña le dió las gracias con una de sus mas dulces sonrisas y cumplida cortesia, tocó con sus dedos á los del jóven, y con gran desconsuelo de este ofreció ella misma á su compañera aquella agua de segunda mano; pero sin que la última de las dos levantase del suelo su mirada, á pesar de la ferviente súplica de que habia sido objeto pocos minutos antes, con lo que sobradamente demostraba no ignorar la presencia del jóven; este, así que las vió alejarse, exclamó golpeando con el pie el pavimento: «Tampoco me ha mirado esta vez.» Lo que tambien prueba que el gallardo jóven, segun creemos haberlo dicho, no tenia mas de diez y ocho años.

Pasado el primer momento de despecho, se apresuró nuestro desconocido á bajar las gradas de la iglesia, y observando que la linda jóven por quien suspiraba habia tomado el brazo de su acompañante, y que cubierta con su velo se dirigia hácia la derecha, siguió á la

misma direccion, reparando sin embargo, que era precisamente el camino de su casa. La jóven se dirigió hácia el puente de San Miguel, y despues de haberlo atravesado (este era tambien el camino del desconocido) cruzó la calle de la Barillerie y el Pont-au-Change, y como tambien era esta la direccion que debia llevar nuestro desconocido, la seguia siempre como si fuera su sombra.

La sombra de una muchacha bonita es un enamorado.

Mas ¡ay! el luciente astro de quien era satélite nuestro desconocido, se eclipsó rápidamente al llegar al Grand Châtelet: el postigo de la real prision se abrió como por si mismo tan pronto como hubo llamado la dueña, y volvió á cerrarse con la misma prontitud.

El jóven permaneció un instante perplejo, pero como tomaba rápidamente sus decisiones cuando no tenia delante alguna muchacha linda que le robaba su resolcion, adoptó muy pronto un partido.

Paseabase gravemente por delante de la puerta del Châtelet un soldado con su pica al hombro. Nuestro jóven resolvió imitar á este centinela, y separándose á alguna distancia para no ser observado, pero no tan lejos que perdiese de vista la puerta del edificio que fijaba por aquel momento su atencion, comenzó heroicamente su amorosa faccion.

Si el lector que esto considera ha tenido alguna vez en su vida la fortuna ó desgracia de hacer algun servicio militar, habrá observado que uno de los medios que se emplean con mejor éxito para sobrellevarlo sin aburrirse, es hablar consigo mismo. Nuestro jóven sin duda debia estar acostumbrado al servicio, porque apenas comenzó el suyo cuando entabló el monólogo siguiente:

—Apuesta cualquier cosa á que no vive aquí. Que tonto soy! pues no me he atrevido esta mañana despues de misa, ni los domingos anteriores, á seguirla sino con la vista!—Pero nunca tomaba el muelle de la derecha, sino el de la izquierda, hácia la puerta de Nesle y del Prioux-Clerca. Qué diablos vendrá á hacer en el Châtelet? Veamos.—Vendrá á visitar á algun preso, quizá su hermano.—Pobre niña! Mucho debe sufrir entonces, porque sin duda es tan buena como bonita. Por mi vida que me entran ganas de acercarme á ella, preguntar francamente quién es, y ofrecerle mis servicios.— Si fuera su hermano confiaría su asunto á mi maestro y le pediría consejo. Cuando un hombre se escapa del castillo de Sant Angelo, como él, sabe de qué modo se burlan las prisioneas. Esto es hecho; salvaré á su hermano. Despues de un servicio de esta clase, su hermano será por fuerza mi me-

lor amigo. — Me preguntará algún día qué puede hacer en mi obsequio ya que tanto he hecho en el suyo. — Le confieso entonces que amo a su hermana; me presentará a ella, caeré rodillado a sus pies, y entonces veremos si se determina a levantar sus ojos.

Una vez lanzado en semejante camino, se comprende muy bien cuánto avanza la imaginación de un enamorado; así que nuestro joven se admiró estremadamente al oír las cuatro de la tarde, y al ver relevar al centinela.

El nuevo soldado comenzó su faecion, y nuestro joven continuó la suya; pero como había pasado tan dulcemente el tiempo recorriendo los espacios de su fantasía, volvió de nuevo a su tarea partiendo de un texto no menos fecundo que el primero.

— Pero qué hermosa es qué gracia y nobleza tienen sus ademanes! qué pudorosa ligüez en sus movimientos! qué pureza en sus contornos! Solo el pincel de Leonardo de Vinci, ó el del divino Rafael, serían dignos de reproducir la imagen de esta casta criatura, y aun éstos tendrían que emplear lo más sublime de su genio. Oh! qué no haría yo pintor en lugar de cincelador, estatuario, esmaltador, platero! Si yo pintara, de seguro que no necesitaría tener delante el original para retratar sus azulados ojos, sus cabellos de oro, la blancura de sus linas y la esbellez de su tallo! Entonces la retrataría en todos mis cuadros como ha hecho Sanzio con la Fornarina, y Andrés del Sarto con su Lucrecia. Y que diferencia entre mi desconocida y estas! ninguna de las dos podría sostener el contraste de su heribosura, ni son dignas siquiera de desatarle el nudo de un lazo de sus zapatos. En primer lugar la Fornarina...

El joven no había concluido de hacer sus comparaciones favorables todas, como se presume, a su querida, cuando sonó otra vez el reloj y relevaron al segundo centinela.

— Las seis! es maravillosa la rapidez con que pasa el tiempo! murmuró el joven, y si de este modo se pasa esperándola, cómo no se pasará estando a su lado? Oh! estando a su lado no hay tiempo, porque es el paraíso. Si yo estuviera cerca de ella pasaría las horas enteras, los días, los meses y la vida toda contemplándola! Qué vida tan feliz sería esta, Dios mío! Y el joven permaneció estasiado, porque aunque ausente su desconocida, se la representaba su fantasía de artista con todos los atractivos de la realidad.

Relevaron al tercer centinela.

Dieron las ocho en los relojes de todas las parroquias, y cobraron

da ya á estender la noche su velo, porque todo nos autoriza á pensar que trescientos años hace comenzaría á oscurecer en el mes de Julio á la misma hora cabalmente que en nuestros días; pero lo que si es digno de observarse y de causar admiración, es la casi fabulosa perseverancia de los amantes del siglo xvi. En esta época dominaba espasmodicamente una poderosa fuerza de voluntad, y las almas jóvenes y vigorosas no se detenían nunca en la tautología del cambio de sus afectos, como en las artes y en la guerra.

Por lo demas, la paciencia del joven artista; pues ya como lemos en su profesión, fue al fin recompensada viéndose abrirse la puerta del Châtelet por la vijesima vez, pero esta ya fue por fin para que pasara á lo que esperaba. La misma dueña la acompañaba, y esta vez además la seguían también á diez pasos de distancia y escoltándola los hombres con las armas del prebostazo.

Volvió á tomar el camino por donde había pasado cuatro horas antes, á saber: el Poutau-Change, la calle de Barillerie, y puente de San Miguel y la iglesia de San Agustín; y á trescientos pasos de esta última se detuvo en una rincónada ante una puerta enorme al lado de la que había otra mas pequeña que era la que ordinariamente se abría. Llamó la dueña; no se hizo esperar mucho tiempo al portero que la abrió. Los dos hombres que los acompañaban, después de saludar, haciendo una profunda cortesía, se retiraron en direccion al Châtelet; y nuestro artista se encontró por segunda vez inmóvil y contemplando una puerta cerrada.

Probablemente le hubiera sorprendido el sol del siguiente día en la misma actitud, pues que comenzaba la cuarta serie de sus meditaciones; si la casualidad no hiciera que un transeunte algo embriagado tropezara con él.

—Eh! amigo, dijo el recién llegado; aunque sea curiosidad, ¿sois hombre ó poste? si sois un poste, yo os respeto porque estais en vuestro derecho; pero si sois hombre, dejadme libre el paso!

—Dispensad; replicó distraído el joven, soy extranjero en París.

—Oh! entonces ya es otra cosa; el frances es hospitalario; yo soy quien os pide perdón; sois extranjero, muy bien. Puesto que me habeis dicho quién sois, es justo que yo os correspondo con la misma confianza. Soy estudiante, y me llamo...

—Perdonad, interrumpió el joven artista; pero antes de saber quién sois, querria saber mejor dónde me hallo.

—En la puerta de Nesle, amigo mio; y este es el palacio de Nesle, di-

Je el estudiante señalando á aquella puerta que no habia cesado de considerar el extranjero.

—Bien: pero para ir á la calle de San Martin donde yo habito, dijo nuestro enamorado por decir algo y esperando deshacerse de su improvisado compañero, por dónde debo dirigirme?

—A la calle de San Martin decid: Venid conmigo, yo os acompañaré; es justamente mi camino, y en el puente de San Miguel os indicaré por dónde debéis seguir. Como empecé á deciros antes, yo soy estudiante, y me llamo.....

—Sabéis á quién pertenece el palacio de Nesle? preguntó el joven desconocido.

—Toma! cómo quieres que no se sepa en la universidad? El palacio de Nesle pertenece al rey nuestro señor, pero lo ocupa el preboste de Paris, Roberto de Estourville.

—Cómo es aquí donde vive el preboste de Paris? preguntó el extranjero.

—Yo no he dicho que vive ahí el preboste de Paris, amigo mio, contestó el estudiante; el preboste de Paris vive en el Gran-Châtelet.

—Ah! en el Gran-Châtelet! Entonces ya comprendo... Pero cómo es que vive en el Châtelet dejándole el rey el palacio de Nesle?

—Si quereis saberlo escuchadme. Habia hecho donacion el rey en otra época del palacio de Nesle á nuestro baile, hombre prudente, venerable y que conservaba los privilegios y juzgaba los procesos de la universidad de la manera mas paternal: soberbio funcionario! Por desgracia este excelente baile era tan resto en sus juicios... para nosotros que se abolió hace dos años su cargo bajo pretexto de que no hacia mas que dormir, como si baile, no se derivara de *bâiller* (1). Suprimida su plaza encomendaron al preboste de Paris el cuidado de proteger la universidad. Magnifico protector á fé mia! si no nos protegiésemos nosotros mismos. Asi que, mi referido preboste, me entiendes, amigo mio? mi referido preboste, que es muy avaro, ha dicho: pues que yo sucedo al baile y desempeño sus funciones, debo sucederle tambien en el derecho de sus prerrogativas y posesiones, y la ha tomado en efecto del grande y pequeño Nesle, valiéndose de la proteccion de madama de Etampes.

—Y con todo eso no lo habita.

—Ni lo deja habitar á nadie, porque solo lo tiene ocupado por una sobrina ó hija suya que llaman Colomba ó Colombina, y que mas bien

(1) Bostezar.

que disfrutando de las comodidades de tan ostentosa vivienda, la tiene como encerrada en un rincón del pequeño Nesle.

—Ah! ciertamente? dijo el artista que respiraba apenas y que por primera vez escuchaba el nombre de la dama por quien suspiraba; ciertamente que me parece un abuso y una usurpación. Consentir que este magnífico palacio se emplee solo en la habitación de una niña con una dueña!

—Y de dónde vienes ahora, extranjero, para ignorar que esto es un abuso muy natural? pues qué, no se ve á cada paso que seis ó ocho estudiantes habitan un estrecho camaranchon mientras un gran señor abandona una inmensa posesion como esta con sus jardines, sus patios y su juego de pelota á merced de las arañas y las ortigas.

—Ah! tiene juego de pelota.

—Y magnífico, amigo mío, magnífico!

—Pero en último resultado la propiedad del palacio de Nesle, no es del rey Francisco I?

—Ciertamente; pero qué quieres que haga el rey de esta posesion?

—Dársela á otros ya que el preboste no la ocupa.

—Pues bien! pídelo para ti entonces.

—Y por qué no? Sois aficionado á jugar á la pelota?

—Con extremo.

—Pues os convido á que me hagais la partida el domingo próximo.

—Dónde?

—En el palacio de Nesle.

—Acepto; pero bueno será que sepas al menos mi nombre; yo me llamo...

Mas como el extranjero sabía ya lo que deseaba y no le importaba lo demás un ardite, no prestó atención á la historia de su amigo que le contaba minuciosamente que se llamaba Jacobo Aubry, que era escribiente en la universidad, y que en este momento venia de esperar á la mujer de su sastre con quien tenia una cita, pero que retenida sin duda esta por su indigno esposo no habia acudido; y cómo se habia consolado de la ausencia de su pérdida bebiendo vino, y cómo en fin trataba de abandonarla porque le distraia demasiado y le escitaba á embriagarse, lo que hacia contra toda su costumbre.

Quando los dos jóvenes llegaron á la calle de la Harpe indicó Jacobo Aubry á nuestro desconocido su camino que sabia mejor que él; despues convinieron nuevamente en su cita para el domingo siguiente en la puerta de Nesle y se separaron, uno cantando y el otro sumerjido en sus profundas meditaciones.

—No le faltaba a esta materia ni motivo para soñar y perderse en conjeturas, porque en aquel día había adquirido más noticias que en todo el curso de las tres semanas anteriores. Sabía ya que la que amaba vivía en el pequeño Nesle; que era hija del preboste de París, Monsieur Roberto de Estourville, y que se llamaba Colomba. Así es que no daba por perdido el día.

—Absorbido en sus reflexiones, y meditando sobre lo que su imaginación le sugería de más fantástico, avanzaba por la calle de San Martín y se detuvo delante de una casa de buena apariencia, sobre cuya puerta brillaban las armas del cardenal de Ferrara. El desconocido dió tres golpes.

—¿Quién? preguntó desde adentro después de algunos segundos de intervalo una voz joven y sonora.

—Yo, señora Catalina, respondió el extranjero.

—¿Quién? repitió la misma voz.

—Ascanio.

—Gracias á Dios!

Giró la puerta sobre sus goznes y penetró Ascanio.

Una linda muchacha de diez y ocho ó veinte años, algo morena, ojos vivos, no muy alta, pero de admirables proporciones, recibió al vagabundo con las mayores muestras de alegría. Aquí está ya el desertor! aquí está, exclamaba corriendo delante de él para anunciarlo, apagando la lámpara que llevaba y dejando abierta la puerta de la calle, que Ascanio, mucho menos atolondrado que ella, cerró cuidadosamente.

Este, á pesar de la profunda oscuridad en que le dejó la precipitación de Catalina, cruzó con seguro paso un gran patio lleno de erizada yerba, y formado por sombrías paredes que representaban muy bien la mansión austera y húmeda de un cardenal, no obstante que hacía mucho tiempo que su señor no la habitaba. Ascanio subió rápidamente las gradas del vestibulo que estaban cubiertas de verde musgo, y entró en una sala inmensa, la única que estaba iluminada una sala especie de rectorio monacal, triste y desierto ordinariamente, pero dentro del cual hacía dos meses brillaban la animación, la alegría y la vida.

—Dos meses hacía en efecto que en esta fría y colosal mansión se agitaba y sonreía un mundo de actividad, de alegría y de buen humor; todos los utensilios de un obrador; los bancos de yunques, y en el fondo de la sala una fragua pequeña, habían reducido la grande extensión de

componentes: dibujos, modelos, mesas llenas de alicates, de martillos, de limas, de todas clases de herramientas, yacían esparcidas entre esteras, cachiblos de cinto primorosamente cincelados, sacos á medio hacer, cormas, pesados y toda clase de trajes sobre los que se veían representados en delicados relieves los amores de los dioses, como si quisieran haber olvidado con los asuntos allí retratados el objeto para que se destinaban, todo esto daba animación á aquellas tóricas y pardas paredes; podía el sol ya penetrar libremente por las ventanas siempre abiertas, y hasta el aire que se respiraba parecía animarse con los estímulos de los operarios. Todo esto daba á conocer al primer golpe de vista que se había trocado en taller de escultura y cincelado el austero retentorio de un cardenal.

Mas el día que se verificaba lo que queda referido, es decir, el 10 de julio de 1510, como era domingo, había momentáneamente restituido la santidad de esta fiesta á aquella mansión su tranquilidad que por espacio de un siglo había disfrutado sin alteracion de ningún género. También ahora se veía en aquella estancia una mesa puesta, en la que descubrían los restos de una excelente cena, iluminados por la luz que despedía una lámpara que se hubiera creído estraida de las ruinas de Pompeya, tan elegante y pura era su forma, y que demostraba que si los moradores de la casa del cardenal eran amantes del cenar, no eran seguramente partidarios del ayuno.

Cuando entró Ascanio en el obrador se hallaban solo cuatro personas. Una criada anciana que levantaba los manteles, Catalina que volvía á encender la lámpara, un jóven que dibujaba en un rincón de la sala y que esperaba para proseguir su tarea la luz que Catalina se había llevado, y el maestro que se mantenía de pie recostado en la fragua y con los brazos cruzados. Este último era á quien desde luego hubiera visto cualquiera que hubiese entrado en el obrador.

En efecto, no sé que vida y que poder emanaban de este personaje extraño y atraían la atención hasta de aquellos que hubieran querido negársela. Era un hombre amojamado, alto, vigoroso, de cuarenta años poco mas ó menos; pero hubiera sido necesario el cincel de Miguel Angel ó el pincel de Rivera para retratar ese perfil, fino y energético, ó para pintar esa tez morena y animada, para reproducir en fin todo su aire atrevido y casi rejoyo. Su elevada frente, sus espesas y arqueadas cejas, su mirada viva y penetrante, é iluminada muchas veces por el jéip de la inspiracion, y su sonrisa llena de bondad y de sencillez, pero algo burlesca á veces, encantaba é intimidaba al mis-

mo tiempo: su mano, haciendo un ademán que le era familiar, acariciaba su barba y sus bigotes negros; esta mano no era precisamente pequeña sino serriosa, lijera, larga y denotando fuerza; era sin embargo elegante; y en fin, hasta en su modo de hablar, en el acento de su voz, en sus movimientos de cabeza, en sus ademanes expresivos sin exajeración y hasta en la descuidada actitud que tenia cuando entró Ascanio, daba á conocer la superioridad de su genio y el dominio de su alma. El león aunque dormido siempre es león.

Por lo que hace á Catalina y al discípulo que dibujaba constituían el contraste mas singular. Este, sombrío, taciturno, su frente arrugada ya, entornados sus ojos y enteramente plegados sus labios, mientras aquella se mostraba alegre como un pajarillo, esbelta como una flor, dejando entrever por entre sus largas pestañas la coquetería de sus maliciosas miradas y mostrando cuando sonreía su linda dentadura mas blanca que el marfil. El discípulo sepultado en su rincón, perezoso y lánguido, parecia economizar sus movimientos. Catalina por el contrario, iba, venia y volvía de todas partes tropezando continuamente con el discípulo, dirigiéndose, preciso es confesarlo, de tiempo en tiempo donde estaba el maestro para prodigarle una caricia ó sellar con los labios su mejilla, pero no estaba un segundo en un mismo sitio, de tal suerte la vida se desbordaba del seno de aquella criatura, y tanta era la necesidad de movimiento á falta de emociones que sentía aquella organización viva y rebosando juventud:

Así era ella el duendecillo de la casa, una verdadera blonda por su vivacidad y sus chillidos vivos y claros, gozando al fin con bastante abandono é imprevisión de aquella vida en la que apenas entraba, para justificar perfectamente el sobrenombre de Scozzone que el maestro le habia dado y con el que queria expresar su lijereza y natural atolondramiento. Por lo demas Scozzone con su gracia, gentileza y hasta con su petulancia de niña, y de niña bonita, era el alma del taller; cuando ella cruzaba enmudecían los demas; cuando reía hacia reír á todos, y cuando daba algunas órdenes obedecían todos sin replicar una palabra, porque nunca sus caprichos eran demasiado exigentes: despues ella se creía tan feliz que siempre brillaba en su frente la estrella de la alegría, y su buen humor hacia se regocijasen todos de verla á ella contenta.

Por lo que hace á su historia quizá aparezca mas adelante, pero ahora basta indicar que era huérfana, de humilde nacimiento y abandonada á la educación á la ventura; á los cuatro años comendándose al

madre el desarrollo de su belleza, concibió el pensamiento de hacerla objeto de especulación condenándola al último grado de la escala de la deshonra, pero un ángel sin duda debía velar por ella, pues que destinada á la abyección, encontró un hombre para quien ella llegó á ser una felicidad.

Delineadís toscamente estos nuevos personajes, justo será ya andar al curso de la relación donde la habíamos dejado.

—De dónde vienen á esta hora? preguntó el maestro á Ascanio.

—De dónde vengo? vengo de correr toda la ciudad por vos.

—Desde por la mañana?

—Todo el día.

—Di mas bien que le habrás empleado en seguir el hilo de alguna aventura.

Qué aventura queriais que siguiera? murmuró Ascanio.

—Qué aq yo!

—Y bien, aun cuando eso sea, mirad que gran desgracia. Ademas él es un muchacho bastante lindo, y sino corre detras de las aventuras, las aventuras correrán tras él.

Scozzone, interrumpió el maestro frunciendo las cejas:

—Vamos, tendreis envidia de eso? pobrecillo! dijo levantando con la mano la cabeza de Ascanio, no faltaba mas; pero ¡Jesus! qué pálido estais, será que no hayais comido hoy, señor paseante?

—Es verdad, exclamó Ascanio, se me habia olvidado.

—Oh! entonces soy de la misma opinion que vuestro maestro; seguramente estais enamorado, cuando se les ha olvidado comer.

Ruperta! Ruperta! date prisa, sirve de comer al Sr. Ascanio.

La criada volvió con muy buenas viandas, sobre las que se precipitó nuestro jóven, al cual despues de los paseos y centinelas que habia hecho, podia concedérsele el derecho de tener hambre.

Scozzone y su maestro le consideraban sonriendo, la una con afecto fraternal, y el otro con la ternura de un padre. Por lo que hace al que estaba en un rincon dibujando, habia levantado momentáneamente la cabeza cuando entró Ascanio, pero despues que Scozzone le reunió su luz, que habia tomado para abrir la puerta, inclinó de nuevo la frente sobre su tarea.

—Os aseguro que por vos solo he estado corriendo todo el dia, repuse Ascanio, apercibiéndose de la maliciosa atencion que le prestaban su maestro y Scozzone, y deseando hacer recaer la conversacion sobre otro objeto que no fuesen sus amores.

— Y cómo y por qué has andado por mí todo el día? ¿verdad?
— Sí, no digiteis ayer que aquí era corto el día y que necesitabais
otro obrador de mas luces?

— Es cierto, lo dije.

— Pues bien, ya he encontrado uno.

— Oyes, Pagolo? dijo el maestro dirigiéndose al dibujante.

— Puede ser, dijo este levantando segunda vez la cabeza.

— Vamos, deja eso y ven á escucharle. Dice que ha encontrado un
taller, oyes?

— Si, oigo bien desde aquí lo que habla mi amigo Ascanio. Permitted
que continúe esto que quisiera dejar acabado, porque me parece que
me está haciendo un bien, ha cumplido el domingo con los deberes re-
ligiosos, el emplear las horas de ocio en algun ejercicio provechoso;
trabajar es raro.

— Amigo Pagolo, dijo el maestro meneando la cabeza y con un tono
melancólico que enfadado; creo que hariais mejor en trabajar apidua-
mente durante la semana, y descansar el domingo, que no en holga-
zanear en los dias ordinarios, y distinguirse de los demas aparentando
tanta laboriosidad en los dias festivos; pero sois dueño de hacer lo
que os parezca. Y al Ascanio, continuó con un acento que denotaba
su ternura por él, prosigue.

— Digo que ha encontrado un taller magnífico.

— Cuál?

— Conocais el palacio de Neale?

— Mucho; por haber pasado por delante, pues jamás ha entrado
en él.

— Pero su apariencia no os desagrada.

— Qué me ha de desagradar, pero.

— Pero qué?

— No le ocupa nadie?

— Si, el señor preboste de Paris, Roberto de Estourville, que se ha
posesionado de él sin derecho alguno para ello; pero para poner á su-
bierto vuestra conciencia, me parece que podriamos dejarle el peque-
ño. Este que habita segun creo, algun individuo de la familia, y con-
tentarnos nosotros con el grande, con sus patios, sus jardines y su ju-
go de pelota.

— Tiene juego de pelota?

— Y mejor que el de Santa Croce en Florencia.

— Per Bacco, ese es mi juego favorito, bien lo sabes, Ascanio.

—Y despues está tan bien situado; mucho desahogo y ventilacion; el aire libre, el aire del campo penetra allí sin obstáculo, no es como aquí en este horrible rincon en que nos consumimos y en el que hasta nos olvida el sol; allí el Pré-aux-Cleres de un lado, y el Sena por el otro. Y el rey, vuestro gran rey, á dos pasos en el Louvre.

—Pero á quién pertenece ese maldito palacio?

—A quién? Pardiez! al rey.

—Al rey!... Dilo otra vez, Ascanio: el palacio de Nesle es del rey?

—Todo entero; ahora lo que resta saber es si consentirá en daros una habitacion tan magnífica.

—Quién, el rey? cómo se llama Ascanio?

—No lo sabeis? Francisco I.

—Pues eso quiere decir que dentro de ocho dias será mio el palacio de Nesle.

—Pero se opondrá tal vez el preboste de Paris.

—Qué importa!

—Y si no lo quiere abandonar?

—Si no quiere! Cómo me llamo yo?

—Benvenuto Cellini.

—Lo que quiere, decir que si el digno preboste no hace las cosas de buena voluntad, las hará á la fuerza. Ahora retirémonos á acostar que mañana trataremos de todo esto, y el sol nos iluminará entonees para ver claro.

—A invitacion del maestro se fueron retirando todos, excepto Pagolo que continuó algun tiempo trabajando en su rincon, mas cuando creyó que todos estaban recojidos, se levantó, miró á su derredor, se acercó á la mesa, llenó un vaso de vino, se lo bebió de un solo trago y se fue á acostar tambien.

II.

UN PLATERO EN EL SIGLO XVI.

Puesto que ya hemos hecho el retrato y pronunciado el nombre de Benvenuto Cellini, permitanos el lector, á fin de que pueda entrar mas adelante en el asunto completamente artistico que tratamos, una corta digresion sobre este hombre extraordinario, que hacia dos meses habitaba la Francia, y que está destinado como puede inferirse desde luego, á ser uno de los principales personajes de esta historia.

Pero antes no estará de mas referir lo que era un platero en el siglo xvi.

Existe en Florencia un puente que se llama el puente Viejo, y en el dia se halla todavia poblado de casas: estas casas eran todas tiendas de plateria. Però no de plateria como la entendemos hoy, pues en la actualidad la plateria es un oficio, y antiguamente era un arte.

Así es que nada era tan maravilloso como estas tiendas, ó mas bien como los objetos de que estaban llenas: en una parte se distinguian copas de ónice redondas, alrededor de las que se enroscaban en mil formas caprichosas, colas de endriagos, mientras que los cuerpos y las cabezas de estos animales fabulosos, elevándose en frente el uno del otro, estendian sus alas azuladas sembradas de estrellas de oro, y brillaban con sus descontinuas bocas y sus centelleantes ojos de

rubies, de otro lado, magníficos jarrones de ágata naciendo de su base caprichosos ramos de epredadera que se elevaban ocultando entre sus hojas de esmeralda algún precioso pájaro de los trópicos, esmaltado con tal exactitud que parecía vivo y dispuesto á cantar: mas allá se veían jarrones de lapis-lazuli, inclinándose en su borde como para beber, dos lagartos tan admirablemente cincelados que se distinguían los diferentes reflejos de sus anillos dorados, y que se pensaba al considerarlos buirían á refugiarse en la primera grieta que hallaran en la muralla al menor ruido que sintieran. Por todas partes adonde se encaminara la vista, encontraba las obras del genio y del arte llevadas á la más alta perfección; por todos lados no se veía otra cosa que cálices, vitales, medallas de bronce, plata y oro, esmaltado todo con piedras preciosas, como si en aquella época los rubies, los topacios, los carbunclos y los diamantes, se hallasen cerniendo la arena de las riberas ó entre el polvo de los caminos. Allí en fin, se veían ninfas, nayádes y todos los dioses y diosas, todo un Olimpo resplandeciente mezclado con crucifijos, cruces, calvarios, Materes dolorosas, Venus, Cristos y Apolos; Júpiter lanzando el rayo al lado de Jehová creando el universo; y todo esto no solo hábilmente ejecutado, sino poéticamente concebido, no solo admirable como joya para adornar el tocador de las damas, sino espléndido como muestras capaces de inmortalizar el reinado de un monarca y el genio de una nación.

Es verdad que los plateros de esta época se llamaban Donatello Ghiberti, Guirlandajo y Benvenuto Cellini.

Benvenuto Cellini que ha referido él mismo, en memorias más curiosas, que la más curiosa novela, esa vida aventurera de los artistas en el siglo xv y xvi, cuando Ticiano pintaba con la coraza sobre la espalda, y Miguel Angel esculpía con la espada al lado, cuando Masaccio y Dominiquino morían envenenados y Cosme I se encerraba, tratando de prestar al acero un temple tal que pudiese cortar el porfido.

Aquí no tratamos ahora más que de trasladar uno de los episodios de la vida de este hombre singular para darle á conocer con más exactitud: este episodio es solamente para referir lo que le hizo buscar un asilo en Francia.

Estaba Benvenuto en Roma, donde el papa Clemente VII le habia llamado para encomendarle la obra de un magnífico cáliz en el que trabajaba con ardor; pero como lo construía con el más delicado esmero, no adelantaba con rapidez. Bien se deja conocer que no faltaría

á Benvenuto envidiosos y oscuros rivales que procurasen desacreditarle, tanto por la multitud de obras que le encargaban todos los grandes señores y potentados, cuanto por el gusto y talento con que desempeñaba lo que le encargaban. De todo esto resultó que uno de sus compañeros, llamado Pompeyo, y que no teniendo nada que hacer mas que calumniarle, se aprovecha de su tardanza para enemistarle en lo posible con el Papa, y esto sin tregua, sin descanso, lo mismo murmurando á la oreja que en voz alta, afirmando que no lo concluiría nunca porque como se veía abrumado de tarea se empleaba en otros trabajos, con perjuicio de los que le encargaba Su Santidad.

Tanto era lo que decia y trabajaba este digno Popeyano por calumniarlo, que Benvenuto Cellini viéndole entrar un dia por la puerta de su tienda, no dudó por su aire risueño que seria portador de alguna mala nueva.

—Querido cofrade, vengo encargado de aliviaros de una obligacion muy pesada: Su Santidad ha conocido que si tardais tanto en acabar su cáliz, no es por falta de celo, sino por falta de tiempo, y en su consecuencia ha dispuesto retiraros el encargo de grabador de la casa de la moneda. Es decir que tendreis nueve ducados de oro menos cada mes, pero tambien ganais de tiempo una hora mas cada dia.

Benvenuto experimentó un sordo y furioso deseo de arrojar por la ventana al mensajero de la noticia, pero se contuvo, y Popeyano viendo que no se contraia ninguno de los músculos de su rostro, pensó no haberle causado impresion de ninguna especie.

—Ademas, continuó, no obstante mis esfuerzos por escusaros, y no obstante haber hecho presente en vuestro favor á Su Santidad todo lo que me sugería la amistad que os profeso, ha espedido sus órdenes para que le entregueis el cáliz al momento, cualquiera que sea el estado en que se encuentre, y temo mi querido Benvenuto y os prevengo reservadamente, que quizá tenga intencion de darle á otro para que le concluya.

—Oh! eso no! exclamó el platero, volviéndose esta vez con la presteza de un hombre picado por una vibora. El cáliz es mio, como el empleo de grabador de la casa de la moneda es del Papa. Su Santidad no puede de mi exigir otra cosa sino que devuelva los quinientos escudos que me dió adelantados, y yo haré de mi trabajo lo que me pareciere.

—Sin embargo, mirad lo que haceis, andaos con liento, dijo Pompeyo, no sea que esa respuesta os acarree una prision.

—Señor Pompeyo, vais un año, respondió Benvenuto Cellini.

—Pompeyo salió furioso.

A la siguiente mañana dos camerieri del Santo Padre vinieron á casa de Benvenuto.

—Nos manda el Papa, dijo uno de ellos, con objeto de que nos entregues el cáliz que te ha mandado hacer, al paso que traemos orden tambien para conducirte á un encierro, en el caso de que rehuses hacerlo así.

—Un hombre como yo, monseñores, respondió Benvenuto, no merece menos honor que el que viniesen á buscar arqueros tan dignos como pareceis. Conducidme á la prision cuando gustéis, pero advertid que no adelantaré nada en el cáliz de Su Santidad.

En efecto, lo condujeron á casa del gobernador, quien sin duda tendria instrucciones reservadas, pues que lo convidó á comer con él. Durante la comida procuró el gobernador con todas las razones posibles convencer á Benvenuto satisfaciendo los deseos del Papa concluyendo su obra, asegurándole que de esa suerte calmaria á Clemente VII á pesar de lo terco y violento de su carácter; pero Benvenuto contestó que ya habia enseñado á Su Santidad por seis veces comenzada la obra del cáliz, que no le dejaba de la mano y que era todo lo que podia desear la exigencia pontifical; añadió tambien que no desconocia lo arrebatado de sus determinaciones y que temia se aprovechara de tenerle á su disposicion para arrebatarle su cáliz y darle á que lo concluyera á algun imbécil que lo echara á perder; pero que estaba pronto á devolverle los quinientos escudos que le habia adelantado.

Despues de decir esto se desentendió de las instancias del gobernador y solo hablaba para elogiar á su cocinero y ensalzar sus vinos.

Terminada la comida vinieron unos despues de otros, sus compatriotas y sus mas fieles amigos, y los oficiales y aprendices del obrador conducidos por Ascanio, y todos venian á suplicarle no corriese á su ruina resistiendo las órdenes de Clemente VII; pero Benvenuto contestó que hacia mucho tiempo deseaba enseñar al mundo la gran verdad de que un platero puede ser mas tenaz que un Papa, y que como en aquel momento se le presentaba la ocasion mas á propósito que acertára á desear, que no la despreciaba por temor de que no se le presentara otra.

Sus compatriotas se retiraron encojiéndose de hombros; sus amigos declarando estaba loco, y Ascanio llorando.

Afortunadamente Pompeyo no se olvidaba de Cellini y sin cesar decia al Papa.

—Autoríceme vuestra Santidad para dirigir este negocio, yo iré á decirle que pues tanto es su empeño, me entregué inmediatamente los quinientos escudos; yo estoy seguro que no podrá disponer de esta suma, porque es un gastador, todo lo derrocha, y como no podrá dar esta cantidad, no tendrá otro recurso que entregarme el cáliz.

Clemente VII halló excelente el medio que le proponía, y confesó á Pompeyo que iba á ponerlo por obra. En efecto, aquella misma tarde, y cuando iban á conducir á Benvenuto á la prisión que le habían destinado, se presentó un oficial de parte de Su Santidad para decir al artista que aceptaba el Santo Padre su ultimatum, y que deseaba se entregase al momento los quinientos escudos del cáliz.

Benvenuto contestó que no tenían mas que dejarle ir á su casa y que los entregaría sin demora alguna.

Dispusieron en vista de lo que decía, que cuatro suizos, seguidos del arquero, le acompañasen hasta su casa, y así que llegaron penetró en el aposento en que dormía, sacó Benvenuto una llavecita que llevaba colgada al pecho, abrió un armario de hierro que había empotrado en la pared, y metiendo la mano en uno de varios talegos de dinero que allí tenía, sacó los quinientos escudos, y entregándoselos al arquero lo despidió, así como á los suizos, acompañándolos hasta la puerta misma de la calle.

Estos recibieron, es preciso decirlo en abanzá de Benvenuto, cuatro escudos por el trabajo que habían tomado, y se retiraron besándose las manos, lo que queréis decir en elojio de los suizos.

El arquero fue en seguida á ver al Santo Padre y á entregarle los quinientos escudos, lo que le causó la mayor desesperación encolerizándose mucho con Pompeyo.

—Ve corriendo, ahora mismo, animal, á la tienda de mi gran cince-lador, le dijo, lísonjale con todo aquello que te sujiera tu cabeza vacía de sentido común, y dile que si consiente en hacer el cáliz le daré lo que me pida.

—Pero no le parece á vuestra Santidad que sería mas acertado esperar hasta mañana por la mañana?

—Ya es demasiado tarde esta noche, imbécil, y no quiero que Benvenuto se duerma meditando rencorosamente; haz al momento lo que te ordeno, y que mañana cuando me levante tenga ya una respuesta satisfactoria.

Pompeyo salió del Vaticano con las orejas bajas, y se dirigió inmediatamente á la tienda de Benvenuto que estaba ya cerrada: Mitó aten-

tamente por el agujero de la cerradura, por entre las rendijas de la puerta, pasó revista á todas las ventanas de la casa por ver si distinguía claridad por algun resquicio; pero convenciéndose de que todo estaba oscuro, se aventuró á llamar una vez á la puerta, y como nadie le contestase, llamó segunda vez mas fuerte que la primera y aun una tercera, con mas violencia que las anteriores.

Entonces abrieron una ventana del piso principal en la que apareció Benvenuto en camisa y con un arcabuz en la mano.

—Quién vá? preguntó Benvenuto.

—Yo, respondió el mensajero.

—Y quién eres tú? replicó el artista que habia reconocido perfectamente á Pompeyo.

—Yo, Pompeyo.

Mientes, dijo Benvenuto, yo conozco muy bien á Pompeyo, y es demasiado cobarde para atreverse á cruzar á esta hora por las calles de Roma.

—Pero, mi querido Cellini, os juro que....

—Tu eres un ladron, que tomas el nombre de ese pobre diablo para que te abra mi casa y robarme despues.

—Pero, mi Benvenuto, matadme antes....

—Aun te atreves, villano! espera, exclamó el artista apuntando con el arcabuz á su interlocutor, espera y cumpliré tu deseo.

Pompeyo huyó con toda la celeridad que le prestaban sus piernas, gritando: que me asesinan, y desapareció por la esquina de la calle mas próxima.

Cuando Benvenuto dejó de distinguirle, cerró la ventana, dejó el arcabuz en su puesto y se volvió á acostar, riéndose del miedo que habia hecho pasar al pobre Pompeyo.

A la mañana siguiente y en el momento que bajaba Benvenuto á su tienda, abierta por los aprendices una hora antes, vió en frente á Pompeyo de centinela que estaba desde el amanecer aguardando que bajase.

Cuando Pompeyo vió á Cellini le saludó con la mano de la manera mas afectuosa.

—Ah! dijo Cellini, sois vos, mi querido Pompeyo! Por mi vida que me ha faltado poco esta noche para castigar debidamente á un insolente bellaco que ha tenido el atrevimiento de usurparos el nombre.

—Si? dijo Pompeyo esforzándose por sonreír y acercándose á la tienda, cómo ha sido eso?

—Benvenuto refirió entonces al mensajero de Su Santidad lo que habia pasado; pero como durante el nocturno diálogo le habia tratado de cobarde, no se atrevió á confesar que habia sido él mismo en persona el que llamaba á su puerta. Despues de acabada la relacion, preguntó Cellini á Pompeyo que á qué dichosa circunstancia podia atribuir la honra de tan amable visita á hora tan temprana de la mañana.

Entonces Pompeyo le habló de la comision que le habia encargado Clemente VII aunque en otros términos muy diferentes de los en que se la habia espresado el Santo Padre.

A medida que hablaba se iban dilatando las facciones del artista. Clemente VII cedia. El platero tenia mas firmeza de carácter que el Papa, y cuando su enviado acabó de hablar le dijo Benvenuto:

—Contestad á Su Santidad que siento una verdadera satisfaccion obedeciendo sus órdenes y que procuraré complacerle para reconquistar su gracia perdida, no por falta mia, sino por la maldad de los que me envidian. Por lo que á vos toca, señor Pompeyo, como no es posible que al Papa le falten otros criados, os prevengo, por el interés que me inspirais, que hagais envíe otro mensajero; por el dulce apego que toda criatura tiene á la existencia, y del que no os falta razonable cantidad á vos, os encargo no mezclaros nunca en nada que á mi concierna; no os salgais nunca á mi encuentro, y pedid á Dios, Pompeyo, que no sea ya vuestro César.

Este se retiró sin pedir satisfaccion de lo que le decia, y sin decir otra cosa que manifestarse enterado, se apresuró á llevar á Clemente VII la respuesta de Cellini, suprimiendo la segunda parte que á él concernia.

Algun tiempo despues para reconciliarse enteramente el Papa con el artista, le mandó fundir una medalla. Benvenuto la vació en bronce, oro y plata, y Clemente se manifestó tan admirado, que exclamó entusiasmado, que jamás los antiguos habian hecho una medalla tan hermosa.

Pues vea vuestra Santidad, exclamó Benvenuto, á esta hora ya hubiéramos reñido completamente si yo no me hubiera sostenido un poco firme: porque nunca os hubiera perdonado, y tendríais un servidor menos. Ya veis, Santo Padre, como es necesario muchas veces adoptar la opinion de ciertos hombres de talento, que dicen: es menester sangrar siete veces una vena antes de cortarla, y no hará mal Su Santidad tampoco en no dejarse sorprender por los murmuradores, los envidiosos y calumniadores; esto solo lo digo para vuestro gobierno, y no hablemos mas sobre el particular.

Así fue como Benvenuto perdonó á Clemente VII, lo que no hubiera hecho ciertamente, si le hubiera amado menos; pues en su cualidad de compatriota le mostraba mucha adhesión.

Así es que su desconuelo fue inmenso cuando algunos meses después de la aventura que acabamos de referir, murió el Papa casi repentinamente: este hombre de hierro se deshizo en lágrimas cuando recibió esta noticia, y durante ocho días lloró como un niño.

Por lo demás su muerte fué doblemente funesta al pobre Benvenuto, porque el día mismo en que enterraban al Papa, se encontró á Pompeyo, á quien no había visto desde el momento en que lo previno evitase su presencia cuanto le fuese posible.

Es necesario advertir que desde las amenazas de Benvenuto, el desventurado Pompeyo no se atrevia nunca á salir sino acompañado de doce hombres bien armados á quienes daba el mismo sueldo que el Papa daba á su guardia suiza, así que cada paseo por la ciudad le costaba dos ó tres escudos, y aun rodeado de esbirros temblaba encontrarse con Cellini, conociendo que si sucedía á Benvenuto algo por efecto de este encuentro, no debía pasarlo él muy bien, pues que el Papa apreciaba en el fondo de su alma á su artista: mas ahora Clemente VII había muerto y esta circunstancia le infundía audacia.

Fue Benvenuto á la iglesia de San Pedro á besar los pies del Papa difunto, y cuando regresaba á su casa acompañado solo de Ascanio y Pagolo, se encontró en la calle de Bianchi cara á cara con Pompeyo y sus doce guardas. Pompeyo al descubrir repentinamente á su enemigo, palideció; pero considerándose rodeado de sus soldados mientras que con Benvenuto no veían mas que dos muchachos, recobró ánimo, y parándose para mirar al artista le hizo un saludo irónico con la cabeza, mientras que con su mano derecha acariciaba el dorado puño de su cuchillo.

Al mirar Ascanio á aquella turba que amenazaba á su maestro, echó mano á su espada, mientras que Pagolo se hacia el distraído mirando á otra parte; pero Benvenuto no queriendo esponer á su discípulo á una lucha tan desigual, echó mano á la suya; pero envaicando la espada que había medio sacado, continuó su camino como si nada hubiera visto, ó como si lo que viera no le causara resentimiento alguno. Ascanio no reconoció en esta ocasión á su maestro, pero como se retiraba, se retiró él también.

Envejecido Pompeyo con su triunfo, hizo una profunda cortesía á

Benvenuto y continuó andando, siempre rodeado de los esbirros que imitaron sus amenazadores ademanes.

Mordíase en tanto Benvenuto los labios hasta hacer que saltara de ellos sangre, á pesar que se esforzaba por mostrarse risueño; pero no era necesario discurrir mucho para comprender lo que sufría el carácter irascible del ilustre artista.

Apenas habian andado cien pasos cuando se entró derechamente en otra platería, prestando deseaba examinar un vaso muy antiguo recientemente hallado entre los sepulcros etruscos de Corneto, mandando á sus dos discípulos que fueran al taller donde en breve se les reuniría.

Como se infiere fácilmente, no era mas que un pretexto de que se valía para alejar á Ascanio, porque apenas conoció que el jóven y su compañero que no le causaba tanta inquietud, porque estaba persuadido que no le comprometería su valor, apenas conoció, como decimos, que habia desaparecido de su vista, cuando dejando repentinamente el vaso sobre el mostrador, se lanzó huscamente fuera de la casa.

En tres saltos Benvenuto se plantó en la calle donde habia encontrado poco hacia á Pompeyo.

Feliz, ó mas bien desgraciadamente, como llamaba tanto la atención un hombre rodeado de doce esbirros, aconteció que á la primera persona que Benvenuto se dirigió para preguntar qué camino habia tomado, le informó exactamente, y como un sabueso de caza, así se lanzó por el camino que le mostraron.

Pompeyo se detuvo á la puerta de una botica y se puso á referir lleno de orgullo al farmacéutico sus proezas con el encuentro de Cellini, cuando por una esquina de la calle le vió aparecer de repente con los ojos encendidos de cólera y cubierta la frente de sudor.

Benvenuto arrojó un grito de alegría cuando distinguió á su enemigo, y este se quedó cortado en medio de su frase.

Indudablemente todo hacia concebir que iba á representarse en aquel momento alguna sangrienta escena, porque los que componian la escolta de Pompeyo le rodearon y desnudaron sus espadas.

Arrojo insensato era que un hombre solo se atreviera á acometer á trece; pero Benvenuto era, como ya hemos dicho, una de esas naturalezas leoninas que nunca se paran á contar el número de sus enemigos. Así que, desenvainando su cuchillo se lanzó sobre aquella turba, rechazó con uno de sus brazos dos ó tres espadas de las que le

amenazaban, y con el puñal en la mano derribó dos hombres, consiguiendo llegar hasta Pompeyo á quien aseguró agarrándole por el cuello. En este momento de pelea y de confusion, solo se oían los ayes de los heridos, y solo se distinguía por encima de las cabezas las puntas de las espadas. De pronto cayeron, derribados por el suelo la mayor parte de los combatientes, pero de entre ellos, un instante despues, se alzó uno lanzando un grito de victoria, y se desprendió de entre la turba haciendo un esfuerzo tan violento como el que empleó para acometer. Este era Benvenuto, que cubierto de heridas y ensangrentados los vestidos, blandía su puñal victoriosamente.

Otro hombre tambien fue el único que no pudo incorporarse, y yacía tendido en el suelo con las convulsiones de la agonia. Este hombre, que al cabo de algunos minutos dejó de existir, era Pompeyo que habia recibido en la lucha dos puñaladas, una por debajo de la oreja y otra detras de la clavícula, debajo del cuello, en el intervalo que media entre el esternon y el hombro.

Otro, que no fuera Benvenuto, viéndose fuera del alcance de los golpes de los suizos, se hubiera salvado apelando á la fuga; pero en vez de emplear este medio; pasó Cellini á su mano izquierda el puñal, y desnudando su espada esperó resueltamente á los doce esbirros.

Peró estos nada tenían que hacer ya con Benvenuto. El que los pagaba habia muerto, y por consecuencia no podia pagarles mas, y así abandonaron el campo como un tropel de liebres asustadas, dejando en él al cadáver de Pompeyo.

En este momento, Asciano que presumió fundadamente que el deseo de examinar el vaso, no era mas que un pretesto para alejarle á él y á Pagolo, apareció y se echó en los brazos de su maestro; su discípulo retrocedió en busca de Benvenuto en vez de ir al taller, pero cuando le halló, á pesar de su diligencia, era demasiado tarde para ayudarle.

III.

DEBALO.

Los dos se retiraron juntos; Benvenuto lleno de inquietud, no por sus heridas que eran demasiado ligeras para que se cuidara de ellas, sino por las consecuencias del lance que acababa de sostener. Seis meses antes habia matado á Guasconti, asesino de su hermano, y habia salido bien de este mal asunto, gracias á la proteccion que le dispensaba Clemente VII, ademas que la muerte de este hombre era una especie de represalias; pero ahora su protector no existia, y el caso era muy distinto y tambien mas espinoso.

No era el remordimiento lo que le inquietaba, ni nuestros lectores formen por esto una idea desventajosa de nuestro artista, porque despues de matar á un hombre, ó dos, ó tres, temiera el castigo de los hombres y no se ocupara del de Dios.

En aquella época, en el año de gracia de 1540, un hombre de esta especie era un hombre comun, un hombre de todos los dias como dicen los alemanes. Cuidábanse tan poco de morir en aquellos tiempos, que en recompensa tampoco les importaba un bledo el matar: nosotros hoy dia somos valientes, pero los de entonces eran temerarios; los que vivimos en este siglo somos hombres de razon, los del siglo xv eran solo jóvenes en que hervia la sangre con el furor de todas

las pasiones. En los seres de aquella generacion la vida era un objeto de lujo que se daba, se vendia y se compraba con la mas profunda indiferencia.

La calumnia ha confundido por mucho tiempo á un ilustre escritor, cuyo nombre han hecho sinónimo de traicion, perfidia, crueldad, en fin, de todas aquellas palabras con que se quiere espresar la infamia, y ha sido necesario que trascorra todo el tiempo que ha mediado hasta el siglo XIX, siglo el mas imparcial de los que han recorrido la escala de las edades de la humanidad, para rehabilitar á este escritor, gran patriota y hombre de génio. Y sin embargo, todo el delito de este hombre, todo el crimen de Nicolás Maquiavelo es el haber pertenecido á una época en que la fuerza garantizaba el éxito de todas las cosas, en que se estimaban los hechos y no las palabras, en la que marchaban directamente á su objeto, sin cuidarse de los medios, el soberano Cesar Borgia, el filósofo Maquiavelo y el artista Benvenuto Cellini.

Un dia encontraron descuartizado en la plaza de Cesena el cadáver de Ramiro de Orco, y como era este cuerpo el de un personaje de los mas distinguidos de Italia, quiso informarse la república florentina de las causas que podian haber producido su muerte, y determinó en su consecuencia el Senado escribir á Maquiavelo su embajador, á fin de que recogiese todos los datos y pormenores posibles; pero Maquiavelo se contento con responder lo siguiente:

• Magníficos señores:

• Nada tengo que manifestar acerca de la muerte de Ramiro de Orco, como no sea el que Cesar Borgia es el principe que mejor sabe hacer y deshacer á los hombres segun sus méritos.

«MAQUIAVELO.»

Benvenuto, pues, era la práctica de la teoría emitida por el ilustre secretario de la república florentina. Benvenuto como génio y Cesar Borgia como principe, se consideraban superiores á las leyes por su derecho de fuerza. La distincion de lo justo y lo injusto, lo reducian en provecho propio á términos mas sencillos, lo que pueda y lo que no es imposible, sin tener en cuenta la mas minima nocion del deber y del derecho.

Incomodaba un hombre, suprimian á este hombre: la civilizacion hoy se vale de otros medios; emplea el oro en vez del acero y compra las voluntades en vez de entrarlas.

Pero entonces hervia tanta sangre en las venas de las naciones jó-

venes, que la derramaban por su propia salud. Combatíase por instinto, por espíritu de combatir más que por el interés de la patria ó por el amor de las mugeres, nacion contra nacion, hombre contra hombre. Benvenuto hacia á Pompeyo la guerra como Francisco I á Carlos V. En duelo peleaban la Francia y la España, tan pronto en Marignan como en Pavia, pero todo muy sencillamente, sin preámbulos, frases ni declamaciones.

Tambien el génio en esta época se consideraba como una facultad nativa, como un poder absoluto, como un soberano por derecho divino; en el siglo XVI el arte era lo que existía de mas natural, y sus homicidios y arrebatos solo pueden esplicarse y tener justificación en nuestro pais y nuestro tiempo considerando que era:

El espíritu de la época.

Benvenuto, pues, obedecia á este poderoso impulso: Pompeyo estorbaba á Benvenuto Cellini, y Benvenuto Cellini mató á Pompeyo para que no le estorbara mas.

Poco se cuidaba la policia de averiguar estos sucesos; se hubiera guardado bien de proteger á un hombre durante su vida, pero de diez veces una velaba por vengarle cuando estaba muerto. Esta susceptibilidad manifestó respecto de Benvenuto Cellini, porque no bien había entrado en su casa y guardado algunos escudos en su pecho, y arrojado algunos papeles al fuego, cuando se presentaron los esbirros del Pontífice á prenderle y conducirle al castillo de Sant'angel, lo que le dió algun consuelo pensando que este castillo es el que sirve de prision á los caballeros de la nobleza italiana.

Otra de las consideraciones que no menos eficazmente consolaban á Benvenuto cuando penetró en el castillo, fue la de que un hombre como él, dotado de una imaginación tan inventiva y sagaz, no podia tardar mucho en salir de él de una manera ó de otra.

Asi que, al entrar dijo al gobernador que estaba sentado delante de una mesa cubierta con un tapete verde y que arreglaba una porción de legajos de papeles:

— Señor gobernador, triplicad los cerrojos, las tetraduras y las centinelas; encerradme en la prision mas alta ó en el calabozo mas profundo: vigilad vos mismo por el dia y no durmais en toda la noche, os prometo que á pesar de todo esto me escaparé.

Alzó los ojos el gobernador para mirar al preso que le hablaba con tanto descaro y tan maravilloso aplomo y reconoció á Benvenuto Celli-

ni, el mismo á quien tres meses antes habia obsequiado un dia convidándole á su mesa.

No obstante este conocimiento, quizá por efecto de él, causó la mayor admiracion al gobernador la arenga de su prisionero: era aquel un florentino llamado Gorje, caballero de los Ugolinis, y hombre de muy buen corazon y excelentes sentimientos, pero algo débil. Sin embargo, volvió pronto de su primer asombro, y mandó conducir á Benvenuto á la prision mas alta del castillo. Tenia por techo la plataforma, sobre la que siempre estaba paseándose un centinela, mientras que otro velaba al pie de la muralla.

Le hizo observar el gobernador todos estos pormenores, y cuando pensó que podia haberlos ya apreciado en su justo valor, le dijo:

—Mi querido Benvenuto, podeis forzar las cerraduras, abrir las puertas, agujerear el suelo de un calabozo subterráneo, horadar una pared, ganar á los centinelas, sobornar á los carceleros, pero solo teniendo alas podreis bajar desde esta altura al campo.

—Pues sin embargo de todo eso bajaré, dijo Benvenuto Cellini.

El gobernador le miró atentamente y comenzó á creer que el preso estaba loco.

—Os ireis volando como un pájaro?

—Y por qué no? siempre he estado persuadido de que el hombre puede volar, y á mí solo me ha faltado tiempo para hacer la esperiencia; pero ahora que lo tendré de sobra aqui, voy á satisfacer mi deseo. La aventura de Dédalo es una historia y no una fábula.

—Cuidado con el sol, mi querido Benvenuto, repuso riendo burlonamente el gobernador, cuidado no os quemem sus rayos.

—Es que volaré de noche, dijo Benvenuto.

El gobernador no esperaba una respuesta semejante, y así no encontrando nada que decirle se retiró dejándole solo.

En efecto, le precisaba procurar su fuga á toda costa. En otro tiempo, á Dios gracias, no hubiera causado á Benvenuto inquietud alguna el haber matado á un hombre, ni hubiera sido esto motivo para que dejase siquiera de presentarse en la procesion de Nuestra Señora de Agosto vestido con su jubon y manto azul; mas ahora el nuevo Papa Pablo III era vengativo como un diablo, y habia sostenido con él ya una cuestion cuando no era mas que conserdor Farnesio á consecuencia de haberle querido arrebatár por la fuerza un jarro de plata que no entregó, porque no lo traian el dinero y por lo que maltrató tambien á algunos de los criados de su embaxada; ademas el Santo Padre tenia

celos de la confianza y proteccion que concedia al artista el rey Francisco I por mediacion de monseñor Montluc, su embajador cerca de la Santa Sede. Cuando monseñor de Montluc supo la prision de Benvenuto, se interesó por él con el Papa creyendo alcanzar buen éxito; pero se engañó mucho respecto del carácter del nuevo Papa, porque era mas terco que su antecesor Clemente VII, y porque habia jurado vengarse del orgulloso cincelador; así que, conocia que sino debía temer por su vida, porque se hubiera mirado mucho en esta época un Papa antes de mandar ahorcar á un artista como este, se veia espuesto á lo menos á eternizarse en su prision. Era, pues, muy importante en situacion como esta, que Benvenuto no se olvidase de si mismo, y así decidió fugarse sin esperar á los interrogatorios y juicios que quizá no hubieran llegado nunca, porque irritado Su Santidad con la intervencion del rey Francisco I, no queria ni aun escuchar el nombre de Benvenuto Cellini. Sabia el prisionero todo esto por Ascanio que sostenia la casa de su maestro, y qué á fuerza de ruegos obtuvo permiso para visitarlo, si bien guardaban en estas entrevistas las mayores precauciones porque solo conseguia hablarle por entre rejas espesas y en presencia de testigos que vigilaban no le suministrase alguna lima, cuerda, cuchillo ú otro género de instrumento.

Cuando salió el gobernador de la prision, dejando solo en ella á Benvenuto, empezó este á examinar cuidadosamente el aposento. Todo lo que contenian las cuatro paredes de su nuevo palacio, era una cama, una chimenea para encender fuego, una mesa y dos sillas. Dos dias despues de su prision obtuvo la gracia de que le permitieran tener barro y un instrumento pequeño para modelar. Al principio negó el gobernador el permiso de que suministraran al preso estos objetos de distraccion; pero reflexionando despues mejor, lo concedió, porque pensaba que ocupando la imaginacion del artista, lo separaria tal vez de esa tenaz idea de evasion de que estaba poseido. Así que, con estos elementos ya bosquejó aquel mismo dia una estátua de Venus de colosales dimensiones.

• Todo esto no era todavía una gran cosa; pero era mucho añadiendo la imaginacion, la paciencia y la energia.

Un dia del mes de diciembre que hacia mucho frio y que habían encendido fuego en la chimenea, entraron á mudar las sabanas de la cama del prisionero y dejaron por olvido las sucias sobre la silla de su cabecera. Tan pronto como cerraron la puerta y quedó solo Benvenuto, dió un salto desde su silla á la cama, y con la mayor rapidéz sacó

del jergon y echó al fuego dos grandes puñados de hojas de maiz, que era de lo que estaba lleno; puso en su lugar las sábanas olvidadas y volvió á su trabajo. En aquel momento volvió el criado por ellas, buscó por todas partes, preguntó á Benvenuto si las habia visto; pero este contestó descuidadamente y como absorto en su tarea de modelar que habria entrado por ellas algun otro de sus camaradas ó que él mismo se las habria llevado impensadamente y sin fijar la atencion. No sospechó nada el criado, porque habia trascurrido muy poco tiempo desde su primera salida, y sobre todo, porque Benvenuto supo desempeñar muy bien su papel; y como no halló las sábanas, tampoco dijo nada porque no le obligasen á pagarlas, ó por temor de que le despidieran.

Los acontecimientos mas importantes y mas criticos de la vida de un hombre contienen terribles peripecias y penosas angustias; entonces los accidentes mas comunes y triviales se convierten en circunstancias que despiertan nuestra alegria ó desesperacion. Asi que, cuando el criado se retiró esta vez, se hincó de rodillas Benvenuto para dar gracias á Dios con toda la efusion de su alma por los socorros que le enviaba. Y como despues de hecha la cama no volvian á tocarla hasta la mañana siguiente, conservó las sábanas en el jergon hasta hora muy avanzada de la noche. Entonces las sacó, y examinándolas vió con satisfaccion que por fortuna estaban nuevas y eran de lienzo bastante fuerte; en seguida comenzó á cortarlas en tiras de tres ó cuatro pulgadas de ancho y las trenzó lo mas fuertemente que pudo, y por último abrió el vientre de la estatua, le vació todo, y encerró en él su tesoro cubriendo despues la herida con la misma tierra, que estendió con tanta destreza, que ni el mas hábil artista hubiera conocido acababa de sufrir la pobre Venus la operacion cesarea.

Al día siguiente entró el gobernador de improviso en el cuarto del prisionero, segun acostumbraba, pero le encontró como siempre, trabajando con la mayor calma y tranquilidad. Todas las mañanas cuando se levantaba de dormir, y mucho mas en aquellas en que habia sido especialmente amenazado, temblaba hallar vacia la prision, siendo de notar, en obsequio de su franqueza, que no ocultaba su alegria cada mañana que la veja ocupada.

—Confieso, Benvenuto, que me causais muchas inquietudes, dijo el pobre gobernador al prisionero; pero ya desde ahora comenzaré á tranquilizarme porque voy creyendo que vuestras amenazas se las lleva el aire.

—No os amenazo, señor gobernallor, respondió Benvenuto, solamente os aviso.

—Luego tenéis esperanzas aun de volar!

—Felizmente no es ya solo esperanza, sino certidumbre.

—Pero diablo! cómo os vais á ingeniarse para eso? exclamó el pobre gobernador á quien trastornaba la confianza real ó aparente que mostraba Benvenuto sobre los medios de su evasión.

—Ese es mi secreto; pero os prevengo que mis alas principian á nacerme.

Maquinalmente el gobernador fijó los ojos en la espalda del prisionero.

—Eso es como todo, señor gobernador, repuso Benvenuto modelando su estatua de tal suerte, que se hubiera creído que quería formar la rival de la Venus Callipyge. Entre los dos hay pendiente un desafío; estamos sosteniendo cada uno con sus armas una lucha de que yo me glorío, porque he de salir vencedor. Vos tenéis en vuestro favor y disponéis á vuestro antojo de torres muy seguras; tenéis puertas fortificadas, cerrojos dobles, soldados y carceleros obedientes á vuestros mandatos; y yo no tengo mas que la cabeza y las manos que aquí veis, y sin embargo os prevengo que habeis de ser vencido. Solo que como sois un hombre hábil y tomáis tan bien todas las medidas y precauciones posibles, os quedará el consuelo de pensar no ha sido por culpa de vuestro celo; no tendrá la conciencia nada de que acusarós, ni os podrán hacer cargo de haber escusado ninguna de las precauciones que puedan estorvar mi evasión. Ahora decidme, ¿os parece duro este contorno? añadió señalando lo que acababa de modelar; porque sé cuán apasionado sois á las artes.

Tanto aplomo exasperaba al gobernador, para quien la evasión de su prisionero era ya una idea fija ante la cual se horrabán todas las demas; estaba triste, sobresaltado, comía poco, y sin cesar le acometía el deseo de asegurarse si estaba aun el pájaro en su jaula. Una noche despertó Benvenuto al ruido que hacían una porción de jentes corriendo por la plataforma. Este ruido iba avanzando por el corredor hasta llegar á su puerta; un momento después abrieron esta y se lanzó hasta el lecho del prisionero el gobernador, vestido con una bata y un gorro á dormir, y seguido de cuatro carceleros y ocho soldados. Benvenuto se sentó en la cama soltando una carcajada, pero el gobernador, sin cuidarse de esta risa, respiró con tanta fuerza y desahogó como un buzo en el momento de salir fuera del agua.

—Ah! exclamó, gracias á Dios; aun está aquí Bien dicen que soñar es mentir.

—Pues qué ha sucedido? preguntó Cellini; á qué feliz circunstancia debo el placer de veros á semejante hora?

—No ha sido nada: habiase apoderado de mi otra vez el miedo, pues oí que os habían nacido esas malditas alas, pero alas inmensas, con las que os cerniais sobre el castillo de Santangel, diciéndome:—Adios, mi buen gobernador, adios! no he querido marcharme sin despedirme de vos; me voy con el placer de no volver jamás.

—Cómo, os decía yo eso, señor Gorje?

—Esas eran vuestras mismas palabras.—Ah! Benvenuto, sois para mí la sombra del mal.

—Ob! no, espero que variareis el mal concepto que formais de mí. Felizmente eso no es mas que un sueño, sino nunca os lo perdonaría.

—Sí, felizmente no es nada. Aun estais en mi poder, y espero, amigo mio, que aunque vuestra sociedad no me sea de las mas agradables, todavía os tendré largo tiempo.

—Yo no lo espero, respondió Benvenuto con aquel acento de confianza que tanto inquietaba al gobernador.

Este salió enviando á Benvenuto á los diablos, y á la mañana siguiente dió orden para que de dos en dos horas de día y de noche se visitase la prision. Esta inspeccion duró un mes, pero al cabo de este tiempo, como no existia motivo visible para creer que Benvenuto se ocupase del proyecto de su evasion, comenzó á entiviarse tan esquisita vigilancia.

Este mes no estuvo ocioso Cellini, pues que le empleó en un trabajo penosísimo. Habia examinado, como hemos dicho ya, minuciosamente su prision en el instante mismo de posesionarse de ella, y desde entonces tambien se habia fijado sobre los medios que habia de emplear para su fuga. La ventana tenia una reja muy fuerte, y los barrotes demasiado gruesos y espesos para intentar arrancarlos con la mano ó con el instrumento que le servia para modelar, único que poseia de hierro, y en cuanto á la chimenea, era tan estrecho el cañon, que hubiera necesitado para pasar por él, el privilegio de trocarse en serpiente como la bruja Melusina. Quedaba la puerta.

La puerta era de madera, de espesor de dos dedos, y asegurada con dos cerraduras y cuatro cerrojos, y forrada por la parte interior con planchas de hierro sostenidas con clavos.

Le era preciso salir por la puerta, y Benvenuto habia observado

que á algunos pasos de ella y en el corredor á que conducia, habia una escalera por la que subian á relevar al centinela de la plataforma. De dos en dos horas oia Benvenuto el ruido de los pasos de los que subian, y despues el de los que bajaban; luego trascurrían otras dos horas sin sentir á nadie. Tratábas, pues, nada menos que de conseguir abrirse paso por esta puerta de madera, de dos dedos de espesor, asegurada con dos cerraduras y cuatro cerrojos, y ademas cerrada por dentro, como ya hemos dicho, con planchas de hierro sostenidas con clavos.

Hé aqui el trabajo á que Benvenuto se habia entregado durante el mes que acababa de trascurrir.

Con su instrumento de modelar, que era de hierro, habia ido quitando todas las cabezas de los clavos, dejando solo, para que sostuyeran las planchas de que estaba forrada la puerta, los cuatro de la hilerá superior, y los cuatro de la inferior que reservaba para el último día; pero para que no notáran su falta, los habia reemplazado con otras cabezas modeladas con barro exactamente como las que habia quitado, y cubiertas con las limaduras del hierro, de manera que era casi imposible reconocer la diferencia entre las verdaderas cabezas y las sustituidas; el trabajo que costaria al prisionero la ejecucion de manobra semejante, puede calcularse considerando que habia tenido que decapitar mas de setenta clavos, y que cada uno le habia dado trabajo para mas de una hora.

Despues por la noche, cuando todo el mundo estaba acostado, y que no se sentia ya mas que el ruido que hacia el centinela que se paseaba sobre la plataforma, encendia fuego en su chimenea y aplicaba una gran porcion de las brasas á las planchas de la puerta, de manera que enrojeciéndose el hierro y hecho ascua, iba poco á poco carbonizando la madera, sin que por el lado opuesto se notase esta carbonizacion.

Durante un mes entero se dedicó Benvenuto, como hemos dicho, á este improbo trabajo; pero como al cabo de este tiempo lo tenia completamente terminado, solo esperaba ya una ocasion favorable para dar cima á su empresa. En este estado tuvo necesidad de aguardar aun algunos días, porque precisamente en la época en que habia cumplido su trabajo habia luna llena.

El artista nada tenia que hacer ya con los clavos, y continuó en su operacion de caldear la puerta y de atormentar al gobernador. Precisamente en uno de estos dias vino á visitarle mas létrico y meditabundo que nunca.

—Mi querido prisionero, le dijo el pobre hombre á quien atormentaba sin cesar la idea de la fuga del artista, decidme la verdad, respóndedme con franqueza, insistis aun en la idea de volar?

—Mas que nunca, amigo mio, le contestó Benvenuto.

—Escuchad, repuso el gobernador, á mi me direis lo que querais, pero creo la cosa imposible.

—Imposible, mi gobernador, imposible, contestó el artista; pues no sabeis que para mí no existe esa palabra, y que estoy acostumbrado á vencer con éxito otras muchas cosas tenidas por imposibles! pues no me he divertido yo alguna vez en dar celos á la naturaleza creando con el oro, esmeraldas y diamantes, alguna flor más bella que la más hermosa que nace en los jardines? Y creis vos que el que hace flores no pueda hacer alas?

—Dios me asista, dijo el gobernador; pero con vuestra descarada confianza hareis que pierda la cabeza. Ademas que, qué forma dareis á vuestras alas para que puedan sostener el peso del cuerpo en el aire? cosa que á la verdad ós confieso me parece imposible.

—Eso mismo, como podeis figuraros, me ha hecho reflexionar mucho, pues que la seguridad de mi persona depende de su forma.

—Bien, y qué?

—Pues bien, examinando yo la forma de las de todos los animales que vuelan, y para construir artísticamente las que Dios y la naturaleza les ha concedido, he pensado que solo podrán imitarse con buen éxito las del murciélago.

—Pero aunque suceda todo como decís, y aun cuando tuviérais ocasion de construir un par de alas, no os faltaria valor y serenidad en el momento de ensayarlas?

—Si quereis verlo es muy sencillo: proporcionadme los medios indispensables para su construccion, y yo os contestaré volando.

—Y qué es lo que necesitais?

Oh! toma, casi nada: una fragua de campaña, un yunque, martillos, limas, tenazas y pinzas para fabricar los resories, y hasta una veintena de varas de tela encerada para reemplazar las membranas.

—Ah! bueno, bueno, dijo el gobernador; de esa manera me habeis tranquilizado enteramente, porque nunca, cualquiera que sea vuestra habilidad, os proporcionareis todo esto.

—Eso es cierto, repuso Benvenuto.

Mecióse el gobernador satisfecho en su silla, porque en aquel momento reflexionaba que era materialmente imposible; pero sin em-

bargo, tan imposible como le habia parecido, no dejaba por esto á su cabeza tranquila un momento la fantasma de las alas. Cada pájaro que cruzaba por delante de la ventana, se le figuraba que era Benvenuto; tal es la inmensa influencia que ejerce una imaginacion ardiente sobre otra de cortos alcances.

En aquel mismo dia envió á buscar el gobernador al mas hábil mecánico de Roma, y mandó le tomase medida para construirle unas alas como las de los murciélagos.

El artifice le miró con la mayor admiracion sin responderle palabra, pensando con fundamento que estaba loco quien tal obra pedia; pero como insistiese en ella y era rico, y como por otra parte si hacia locuras, tenia medios para pagarlas, se encogió de hombros, y ocho dias despues le entregó unas magnificas alas que se ceñian al cuerpo por medio de un corsé de hierro, y que se movian con el auxilio de resortes ingeniosos, y con una regularidad asombrosa.

Pagó el gobernador al mecánico el precio convenido, midió el espacio que ocupaba aquel aparato, y fue seguidamente á la prision de Cellini, y sin hablar palabra lo registró todo, incluso la chimenea, movió la paja del jergon, y no dejó ni el mas pequeño rincon que no inspeccionase. En seguida salió como habia entrado, es decir, sin proferir palabra, y convencido de que á menos que Benvenuto no fuera brujo, era imposible que en su cuarto ocultara un par de alas parecidas á las suyas.

Era, pues, evidente que el mal aventurado gobernador iba perdiendo cada vez mas la cabeza.

Cuando bajó á su cuarto encontró al mecánico que vino para advertirle que al extremo de cada ala tenia un aro de hierro destinado á mantener las piernas del hombre volando en posición horizontal; apenas se marchó el mecánico, cerró la puerta el gobernador, se ciñó el corsé, desplegó sus alas, y tendido en el suelo boca abajo, y con las piernas enganchadas en los aros intentó volar, sin que consiguiera, á pesar de sus esfuerzos, elevarse ni una línea de la tierra.

Despues de dos ó tres ensayos de la misma especie, envió de nuevo á buscar al mecánico, y le dijo:

—Yo no puedo volar con las alas que me habeis traído.

—Pero habeis hecho ya el ensayo?

—Sí.

—Y cómo?

El gobeanador le refirió todos los pormenores de su triple espe-

riencia, que escuchó el constructor con gravedad, y le contestó:

—Nada tiene de particular, porque tendido en tierra no podéis tener una cantidad de aire suficiente: para hacer bien la prueba debíais situaros en la plataforma del castillo, y desde ella lanzaros atrevidamente en el espacio.

—Y creéis que entonces volaría?

—Quien lo duda.

—Pues si tanta es vuestra seguridad, continuó el gobernador, no os sería igual hacer vos la experiencia?

—No, porque las alas son proporcionadas al peso de vuestro cuerpo y no al mio, replicó el mecánico, y para hacer yo una expedición aérea necesitaría otras que tuviesen medio pie mas de longitud, añadió sonriendo y despidiéndose de él.

—Tambien es diabliya, exclamó el gobernador.

Desde entonces agitaban su espíritu diferentes aberraciones que indicaban que su razon como la de Rolando, viajaba cada vez con mas violencia por los espacios imaginarios, y esto era tanto mas evidente, cuanto que por la noche, y en el momento de acostarse, convocó á todos los criados, carceleros y soldados, y les dijo:

—Si alguno de vosotros advierte que Benvenuto Cellini quiere escaparse volando, dejadlo marchar y avisadme al momento, porque aunque sea de noche podré yo alcanzarle sin mucho trabajo, pues que soy un verdadero murciélago, mientras que él, por mas que diga, no puede ser mas que un falso murciélago.

Evidentemente conocieron que el pobre gobernador estaba loco: pero creyendo que quizá durante la noche se calmaria, decidieron aguardar al siguiente dia para prevenir al Papa. Ademas tambien estaba fatal la noche, oscura y lluviosa, y nadie queria salir en semejante noche, excepto Benvenuto, que por espíritu de contradicción sin duda, escogió esta para su evasión.

Decidido ya á comenzar su empresa, y despues de dar las diez y de escuchar atentamente los pasos de los que habian relevado al centinela, se hincó de rodillas, rezó algunas oraciones impetrando la divina proteccion, y puso manos á la obra.

Primeramente arrancó las cabezas de los clavos que restaban, sosteniendo las planchas, en cuya operacion oyó dar en el reloj las doce. En este estado sintió Benvenuto los pasos de la ronda que subia al terrado; permaneció pegado á la puerta sin respirar siquiera hasta que poco despues sintió que bajaron; fuéronse ale-

vando los pasos, y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

A cada momento redoblaba mas la lluvia su fuerza, y oia Benvenuto, saltándole el corazon de alegría, estrellarse el agua en la repisa y barrotes de su ventana.

En seguida fue quitando una á una las hojas de hierro que guarnecian la puerta, y colocándolas en un rincon de su cuarto contra la pared, y despues echándose en el suelo comenzó á picar la parte inferior de la puerta con su instrumento de modelar, el que habia aguzado á manera de hoja de puñal y fijado en un pedazo de madera. Pronto cedió la parte baja de la puerta, la madera estaba enteramente carbonizada, y al cabo de un instante habia practicado un agujero bastante grande para poder salir por él arrastrándose como un reptil.

Entonces abrió el vientre de la estátua, estrajo el cordón que habia tegido con el lienzo de las sábanas, se las rodeó al cuerpo, y armado de su útil de modelar, que como hemos dicho trasformó en puñal, imploró nuevamente de rodillas el auxilio y favor de Dios. En seguida pasó por el agujero y se halló en el corredor y fuera de los estrechos limites de su prision. Púsose de pie, pero de tal manera le temblaban las piernas, que tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer en el suelo; latia su corazon violentamente, y la cabeza le parecia un volcan; de cada uno de sus cabellos le caia una gôta de sudor, y apretaba en su mano el mango de su puñal con tanta fuerzá, como si lo defendiera de alguno que intentara arrancárselo.

Mas como todo permanecia en la mas completa tranquilidad y sin percibirse el menor rumor, se recobró Benvenuto pronto, y tentando con la mano siguió por el corredor adelante en la direccion que le indicaba la pared hasta que conoció faltaba esta y tocó con el pie el primer peldaño de la escalera ó mas bien de la escala que conducia á la plataforma. Subió con el mayor-tiento uno á uno todos los escalones, estremeciéndose al ruido que hacia la madera oprimida bajo sus pies, hasta que empezó á sentir en el rostro la impresion del agua y del aire, porque su cabeza pasaba ya del nivel del piso de la plataforma; un momento despues se hallaba en ella, y á pesar de la oscuridad de la noche, como habia permanecido durante un cuarto de hora en las mas profundas tinieblas, pudo juzgar al primer golpe de vista lo que debia temer ó esperar. La balanza inclinaba su peso al lado de la esperanza.

El centinela para ponerse á cubierto de la lluvia se habia refugiado

en la garita ; pero como los centinelas del castillo de Santangel estaban destinados no para inspeccionar la plataforma, sino para vigilar el foso y explorar la campiña, estaba situada de suerte que la parte cubierta de ella daba á la escalera por donde Benvenuto habia subido; poco á poco se fue arrastrando silenciosamente hácia el punto mas opuesto de aquel en que se hallaba el centinela; ató un cabo de su faja al pico de un canto que sobresalia de la muralla como unas seis pulgadas, y poniéndose de rodillas por tercera vez murmuró con acento conmovido :

—Protejedme, Dios mio!

Despues de esta corta plegaria, se asió con las manos de la faja y empezó á deslizarse sin hacer caso de las desolladuras de sus rodillas y de su frente que de vez en cuando raspaban la muralla.

Quando tocaron la tierra sus pies, inundó su pecho un sentimiento indefinible de orgullo y de alegría. Consideró la inmensa altura de que acababa de lanzarse, y no pudo menos de exclamar á media voz : ya estoy libre! Este momento de alegría fue muy corto. Al volver los ojos del otro lado vacilaron sus rodillas, delante de si veia elevarse una pared recientemente construida, una muralla que no conocia : estaba, pues, perdido.

Sus ilusiones y sus esperanzas se habian disipado todas, y abrumado por el dolor y desesperacion que esto le causaba, se dejó caer al suelo y tropezó con un cuerpo duro : este era un madero ó viga de mucha longitud, y tan pronto como tardó en reconocerle lanzó una ligera exclamacion de sorpresa y de alegría : me he salvado! dijo.

Nadie sabe todas las alternativas de alegría y de esperanza que puede contener un minuto de la vida humana.

Benvenuto se agarró al madero con el mismo anhelo que un náufrago se agarra al mastil que debe sostenerle sobre el agua. En otra cualquiera circunstancia apenas hubiera bastado la fuerza de dos hombres para levantarlo, pero en su posicion él solo tuvo bastantes para colocarlo inclinado y apoyado en el muro. En seguida trepando por él consiguió llegar hasta lo mas elevado de la pared, pero cuando estaba allí no pudo conseguir pasar la viga del otro lado.

Un instante de aturdimiento y de fiebre se apoderó de su cabeza, cerró los ojos y le parecia estar nadando en un mar de fuego, pero de pronto pensó en sus tiras de lienzo trenzadas que le habian servido para su descenso de la plataforma y se deslizó nuevamente por el

madero; fue donde las había dejado pendientes, mas estaban tan bien atadas que no pudo arrancarlas.

Benvenuto se suspendió entonces desesperado del extremo de esta faja tirando con todas sus fuerzas esperando romperla: afortunadamente se aflojó uno de los cuatro nudos que ataban estos cuatro pedazos de sábana. Benvenuto cayó de espaldas llevando consigo uno de ellos que tenía doce pies de largo.

Esto era todo lo que había menester: se levantó saltando y lleno de fuerzas nuevas, se encaramó otra vez por el madero, llegó á lo alto del muro y ató el trozo de faja á la estremidad de la viga, se suspendió de ella, pero cuando llegó al cabo, sus pies no tocaban la tierra; pero viendo que no distaba mas que unos cinco ó seis pies abandonó la cuerda dejándose caer al suelo.

Quedó un momento tendido, sin fuerzas y despojadas de sus epidermis las piernas y las manos:—Durante algunos minutos consideró estúpidamente sus carnes ensangretadas, pero en este momento oyó dar las cinco en el reloj del castillo y observó que comenzaban las estrellas á perder su brillo.

Se levantó del suelo, mas al verificarlo un centinela á quien él no había visto y que sin duda alguna había estado observando su manobra se adelantó como para llegar hasta él. Conoció Benvenuto que estaba perdido y que era menester morir ó matarlo, y así empuñando su tosco cuchillo marchó con ademan tan resuelto hácia el soldado que debió este comprender igualmente que tenía que sostener un combate sangriento con un hombre vigoroso y desesperado. En efecto, Benvenuto estaba resuelto á no retroceder; pero el centinela de repente le volvió la espalda como si no lo hubiese visto. El prisionero comprendió lo que esto significaba.

Velozmente se dirigió al último murallon que daba cerca del foso y estaba elevado doce ó quince pies del suelo. Semejante salto no debía detener á un hombre como Cellini; mucho mas habiendo llegado ya al estado en que se encontraba; así que, no debiendo ya perder tiempo, se suspendió de las manos de un anillo y encomendándose mentalmente á Dios, se dejó caer.

Esta vez quedó sin sentido del golpe y pasó una hora sin que volviera en sí, hasta que la frescura del aire que anunciaba la aproximación de la aurora le reanimó. Permaneció aun un instante mas como aturdido, despues pasó la mano sobre su frente, y poco á poco recobró la memoria.

Sentia en su cabeza un fuerte dolor al mismo tiempo que veia desprenderse algunas gotas de sangre, que despues de deslizarse por su rostro, como si fueran gotas de sudor, caian en el suelo y enrojecian las piedras. Comprendió que estaba herida su frente y llevó á ella segunda vez la mano, pero ahora no fue para recordar sus ideas sino para sondear la profundidad de sus heridas: felizmente eran ligeras, afectaban solo la piel, no interesaban el cráneo. Benvenuto sonrió entonces é intentó levantarse, pero fue para volver á caer con mas violencia: se habia quebrado su pierna derecha tres pulgadas mas abajo de la choquezuela de la rodilla, y la tenia inchada de tal manera que no habia sentido al principio dolor alguno.

Entonces se quitó la camisa, la hizo girar y colocando los huesos de la pierna como mejor pudo, construyó un vendage ciñéndolo con todas sus fuerzas y pasándolo por debajo de la planta del pie á fin de mantener los dos huesos unos contra otros.

En seguida se dirigió arrastrándose hácia las puertas de Roma que distaban solo unos quinientos pasos.

Cuando despues de mas de media hora de marcha, experimentando los dolores mas agudos, llegó á esta puerta, halló que estaba cerrada, pero observando que habia debajo una gran piedra, logró desviarla, porque cedió con facilidad, y aunque con trabajo pasó por la abertura que dejaba.

Pero apenas adelantó unos treinta pasos por lo interior ya de la ciudad, cuando al olor de la sangre de sus heridas, le acometió una multitud de perros errantes y hambrientos que se arrojaron sobre él, y viendo que no era posible evitar el combate, empuñó su instrumento de modelar, y de un solo golpe mató al mas grande y mas tenaz. Los demas se arrojaron sobre este y lo devoraron. Libre Benvenuto de estos nuevos enemigos, fue arrastrándose hasta la iglesia de la Transpontina donde encontró á un aguador que acababa de cargar su borriquillo con los cántaros y le dijo:

—Oye, me encontraba yo en casa de mi querida, y una circunstancia fatal ha hecho que habiendo entrado por la puerta haya tenido que salir por la ventana; salté del piso principal á la calle, pero me he quebrado esta pierna y te llamo porque te daré un escudo de oro si quieres conducirme hasta las gradas de la iglesia de San Pedro.

El aguador tomó al herido sobre sus espaldas sin proferir una palabra, y le llevó hasta el sitio indicado: en seguida, habiendolo recibido la suma prometida, continuó andando sin mirar atrás.

Entonces Benvenuto, siempre arrastrando, consiguió llegar hasta la casa de Monseñor de Montluc, embajador de Francia, que vivía á algunos pasos de allí, y le protegió este diplomático con tanto celo, que al cabo de un mes Benvenuto se hallaba curado, al cabo de dos meses obtuvo su perdón, y al cabo de cuatro partió para Francia con Ascanio y Pagolo.

El gobernador que se habia vuelto loco, vivió loco y murió loco, creyendo siempre haberse convertido en murciélago, y haciendo incesantemente los mayores esfuerzos por volar.



SCOZZONE.

CUANDO Benvenuto Cellini llegó á Francia, estaba Francisco I con toda su corte en el castillo de Fontainebleau: el artista, pues, encontró al que iba á buscar y se detuvo en la ciudad participando su llegada al cardenal de Ferrara. Este que sabia le esperaba el rey con impaciencia transmitió al punto la noticia á S. M. Aquel mismo dia Benvenuto fue recibido por el rey, quien dirigiéndose á él en aquella dulce y vigorosa lengua que el artista escribia tan bien, le dijo: Benvenuto, pasad alegremente algunos dias para reponeros de vuestros pesares y fatigas, recobrad vuestra perdida tranquilidad, y durante este tiempo, pensaremos en la obra que he de confiar á vuestras manos.—En seguida mandó se hospedase al artista en su palacio y espidió las órdenes convenientes para que nada le faltase.

Benvenuto se encontró impensadamente en el centro de la civilización francesa, atrasada en esta época respecto de la Italia, pero con la cual competia ya, debiendo adelantarse muy pronto. A veces se le figuraba que no habia abandonado la capital de la Toscana, porque se veia en medio de las artes y los artistas que habia conocido en Florencia.

Se trataba, pues, para Cellini, nada menos que de presentar á los ojos de la corte mas galante de Europa, el arte de la escultura elevado á la esfera á que habian llegado Leonardo de Vinci y el maestro Rosso en el sublime arte de la pintura. Asi que, el artista, deseando anticiparse á los deseos del rey, no esperó que este le encomendase

obra alguna, sino que pensó en ejecutarla desde luego, *motu proprio*. Observó cuanto agradaba á Francisco I la mansión en que le habia encontrado, y trató de estimular su preferencia hacia esta real posesion ejecutando una estatua que resolvió llamar la ninfa de Fontainebleau.

Una excelente obra debia ser el producto de este pensamiento que le ofrecia la ejecucion de una estatua coronada á la vez de yedra, espigas y vides; porque Fontainebleau, rodeada de un bosque, se halla en el centro de una estensa llanura cubierta de frondosos viñedos. La ninfa que proyectaba Cellini habia de participar á la vez de Ceres, de Diana y de Erigone, tres maravillosos tipos que debia refundir en uno solo, adornando su pedestal con los triples atributos de las tres diosas, pudiendo juzgar del éxito de su empresa, y de cómo sabia ejecutar el maestro florentino estos minuciosos detalles, los que hayan tenido ocasion de considerar los elegantes modelos de la estatua de Perseo.

Pero una de las dificultades con que tenia que luchar el artista era que á pesar de poseer su imaginacion el tipo ideal de lo que iba á hacer, le faltaba sin embargo para la parte material un modelo humano para su obra. ¿Y á dónde ir á buscar este modelo que á la vez debia reunir el conjunto de la belleza de las tres diosas?

Seguramente que si como en los dias de la antigüedad, como en los tiempos de Fidias y de Apeles, las bellezas del dia, esas reinas de la forma se brindaran generosamente para modelarlas, no hubiera tardado mucho Benvenuto en encontrar en el seno mismo de la corte lo que buscaba, porque tenia alli al Olimpo en la flor de la edad: estaba Margarita de Médicis que solo tenia veinte y un años, Margarita de Valois, reina de Navarra, á quien apellidaban la cuarta Gracia y la décima Musa; y estaba alli tambien, en fin, la duquesa de Etampes, que veremos aparecer en el discurso de esta historia, y de quien se decia era la mas bella de las cortesanas instruidas, y la mas instruida de las bellas. Alli se hallaba reunido mas de lo que necesitaba el artista; pero como hemos dicho, habia pasado ya la época de los Apeles y los Fidias.

Benvenuto, pues, debia y pensaba dirigir su mirada á otra parte, cuando con gran contento supo que la corte se trasladaba á Paris. Desgraciadamente, como Benvenuto mismo decia, viajaba la corte en esta época con mas lentitud que un entierro ó una procesion; y ciertamente era así, porque marchaba precedida de doce ó quince mil caballos, y hacia alto en cualquier sitio, donde comunmente si acaso habia, eran algunas muy pocas casas, y perdian de tiempo cuatro ho-

ras de la tarde en desplegar las tiendas de campaña, y otras cuatro por la mañana en levantarlas, de manera que aunque la residencia de Fontainebleau distase solo de la capital diez y seis leguas, tardaban cinco días en andarlas.

Veinte veces durante el camino había tenido Benvenuto intencion de tomar la delantera, pero en todas ellas le había detenido el cardenal de Ferrara, diciéndole que si el rey pasaba un día sin verle preguntaria qué era de él, y al saber que había marchado, miraria esta partida sin permiso como una falta de respeto y consideracion á su persona. Benvenuto tascaba, pues, su freno, y durante esas largas paradas procuraba matar el tiempo dibujando bocetos de su ninfa de Fontainebleau.

Al fin llegó á Paris. Su primera visita fue al Primático encargado de continuar en Fontainebleau la obra de Leonardo de Vinci y del maestro Rosso. El Primático, que hacia mucho tiempo habitaba Paris, debia instruirle desde luego de cuanto descaba, y decirle dónde ballaria modelos.

Digamos de paso una palabra acerca del Primático.

El signor Francisco Primático, á quien por el lugar de su nacimiento nombraban entonces Bologna, y á quien nosotros llamamos el Primático, discipulo de Julio Romano, bajo cuya direccion habia estudiado seis años, vivia hacia ocho en Francia, á donde Francisco I lo habia llamado siguiendo el parecer del marques de Mantua, gran protector de los artistas. El Primático era un hombre, como puede verse por sus obras en Fontainebleau, de una prodigiosa fecundidad, de estilo grandioso, y de intachable pureza de líneas. Largo tiempo fue desconocido el Primático, esa cabeza enciclopédica, cuya vasta inteligencia é ilimitado talento abrazó todos los géneros de la alta cultura, y á quien nuestra época ha vengado de tres siglos de injusticia. En efecto, bajo la inspiracion religiosa, pintó los cuadros de la capilla de Beaugregard; en los asuntos de moral, personificó en el palacio Montmorenci las principales virtudes cristianas; y en fin, las inmensas salas de Fontainebleau se llenaron de sus obras: en la Puerta Dorada, y en la sala de baile copió los asuntos mas graciosos de la mitología y de la alegoría; en la galeria de Ulises y en la cámara de San Luis, fue poeta épico con Homero y tradujo en pintura la Odisea y toda una parte de la Iliada. Despues pasó de las edades fabulosas á los tiempos horóicos, y la historia cayó bajo su dominio. Los rasgos principales de la vida de Alejandro y Rómulo, fueron reproducidos en algunos de sus cuadros que decoraron la gran galeria y la cámara, contigua al salon

deb hallar. Por último, si quisieramos medir este extraordinario talento, contar sus variedades, adicionar su obra, hallariamos que en noventa y ocho grandes cuadros, y en ciento treinta mas pequeños, ha manejado sucesivamente los diferentes géneros del paisaje, la marina, la historia, los asuntos biblicos, el retrato, la alegoria y la epopeya.

Como se vé, era este un hombre digno de comprender á Benvenuto. Asi es que apenas llegó á Paris corrió con los brazos abiertos en busca del Primático, y este le recibió del mismo modo.

Despues de esta primera entrevista de dos amigos que se hallaban en tierra extranjera, Benvenuto presentó sus cartones al Primático, le esplicó todas sus ideas, le enseñó todos sus bocetos y le preguntó si entre los modelos de que se servia habia alguno que pudiese llegar las condiciones que necesitaba.

El Primático meneó la cabeza sonriendo con aire triste.

En efecto, no se hallaban ya en Italia, esa hija de la Grecia, rival de su madre. la Francia era en aquella época como hoy, la tierra de la gracia, de la gentileza y de la coqueteria; pero en vano se buscaba en el suelo de los Valois esa poderosa hermosura que inspiraba en las márgenes del Tiber y del Arno, á Miguel Angel y á Rafael, á Juan de Bologne, y á Andres del Sarto. Indudablemente, si como ya lo hemos dicho el pintor ó el escultor hubiera podido ir á escojer su modelo entre la aristocracia, hubiera encontrado pronto los tipos que buscaba; pero como las sombras detenidas del otro lado de la laguna Estigia, debia contentarse con ver pasar en los campos Eliseos, cuya entrada le estaba prohibida, esas bellas y nobles formas, objetos constantes de su artistica educacion.

De este modo aconteció lo que el Primático habia previsto: Benvenuto pasó revista al ejército de sus modelos sin que uno solo le pareciese reunir las cualidades necesarias para la obra que meditaba.

Entonces reunió en el palacio del cardenal de Ferrara, donde se habia instalado, todas las Venus, pero ninguna de ellas llenó sus deseos.

Benvenuto estaba desesperado, cuando una noche al volver de cenar con tres compatriotas que habia encontrado en Paris, y eran Pedro Strozzi, el conde de la Anguillara, su cuñado y Galeotto Pico, sobrino del famoso Juan Pico de la Mirandola, y como siguiera solo por la calle de Petits-Chams, descubrió á una linda y graciosa jóven que iba delante. Benvenuto tembló de alegria: esta mujer era lo mejor que hasta entonces habia encontrado para dar un cuerpo á su sueño. No vaciló, pues, un momento en seguir á esta mujer.

Si el arte no lo purifícose todo, alguna dificultad tendríamos en contar lo que va á leerse, y sin embargo, lo que va á leerse es una cosa muy sencilla y que sucede todos los días.

Benvenuto, pues, siguió á esta muger, la cual subió el cerrillo de las Ortigas, pasó por delante de la iglesia de San Honorato, y entró en la calle del Pelicano, donde volvió la cabeza atrás para ver si todavía la seguían, y viendo á Benvenuto á corta distancia, empujó vivamente una puerta y desapareció. Benvenuto llegó á la puerta, la empujó también, y cediendo esta, penetró dentro y aun tuvo tiempo para ver en el ángulo de una escalera alumbrada por una lámpara humosa el extremo del vestido de la que seguía.

Llegó al primer piso donde halló una puerta entornada que daba entrada á un cuarto, y asomándose por ella vió á la jóven que había seguido.

Sin explicarle el motivo de su visita artística, sin decirle siquiera una palabra, queriendo Benvenuto asegurarse de que las formas del cuerpo correspondían á las facciones del rostro, dió dos ó tres vueltas á la pobre jóven asombrada, que obedecía máquinalmente, como lo hubiera hecho con una estátua antigua, levantándole los brazos por encima de la cabeza, actitud que pensaba dar á su ninfa de Fontainebleau.

Había en el modelo que Benvenuto tenía delante de sus ojos un poco de Ceres, algo menos de Diana, pero mucho de Erigone. El maestro tomó entonces su partido, y viendo la imposibilidad de reunir estos tres tipos, resolvió contentarse con la Bacante, pues para esta había hallado verdaderamente lo que buscaba: ojos ardientes, labios de coral, dientes de perlas, cuello torneado, hombros redondos, talle fino y anchas caderas: en fin, los pies y las manos tenían una finura aristocrática que decidió completamente al artista.

—Cómo os llamis, señorita? preguntó en fin Benvenuto con su acento extranjero, á la pobre niña, cada vez mas admirada.

—Catalina, para serviros, señor, respondió.

—Está bien, señorita Catalina, continuó Benvenuto; tomad este escudo de oro por vuestro trabajo; venid mañana á mi casa, calle de San Martín, palacio del cardenal de Ferrara, y os daré otro tanto por el mismo trabajo.

La jóven vaciló un instante, porque creyó que se burlaba el extranjero; pero el escudo de oro atestiguaba que hablaba formalmente; así es que despues de un corto instante de reflexion, preguntó:

—A qué hora?

—A las diez de la mañana, si os parece.

—Perfectamente.

—Puedo contar con vos?

—Iré.

Benvenuto la saludó como hubiera saludado á una duquesa, y volvió á su casa con el corazón lleno de alegría. Apenas entró, quemó todos sus bocetos ideales, y se puso á trazar uno lleno de realidad. Trazado que fue este boceto, tomó un pedazo de cera, lo colocó sobre un pedestal, y en un momento tomó bajo su mano poderosa la forma de la ninfa que había concebido, de modo que cuando al siguiente día se presentó Catalina en la puerta del obrador ya estaba hecho parte del trabajo.

Segun hemos dicho, Catalina no había comprendido absolutamente las intenciones de Benvenuto, y creyó que había ido á su casa como obedeciendo á un capricho, del mismo modo que ella iba muchas veces á las casas de algunos ricos señores. Así que quedó sumamente admirada cuando despues de haber cerrado la puerta Benvenuto, y mostrándole la estatua comenzada, le esplicó los motivos y el objeto de sus entrevistas.

Jóven y naturalmente alegre Catalina no pudo menos de reirse de su equivocacion, y en seguida orgullosa por servir de modelo para una diosa destinada á un rey, despojóse de sus vestidos y se puso ella misma en la actitud indicada por la estatua, y esto con tanta gracia y exactitud, que al volver la cabeza el maestro, y viéndola colocada tan bien y tan naturalmente, lanzó un grito de placer.

Benvenuto puso manos á la obra. Tenia este hombre, como ya hemos dicho, una de esas nobles y poderosas naturalezas de artista que se inspiran con la obra y se iluminan trabajando. En mangas de camisa, con el cuello descubierto y los brazos desnudos, pasaba del modelo á la copia, de la naturaleza al arte, asemejándose á Júpiter dispuesto á abrasar todo lo que tocase. Acostumbrada Catalina á las organizaciones comunes ó marchitas de las gentes del pueblo ó de jóvenes señores, para quienes ella había sido un juguete, miraba llena de asombro á este hombre de vista inspirada, de respiracion ardiente y pecho levantado. Ella misma parecia elevarse á la altura del maestro; su mirada era ardiente, la inspiracion pasaba del artista al modelo.

Dos horas duró la sesion; al cabo de este tiempo Benvenuto dió á

Catalina su escudo de oro, y saludándola en los mismos términos que la víspera, la citó para el día siguiente á igual hora.

Catalina entró en su casa y no salió en todo el día. En la mañana siguiente se presentó en el taller diez minutos antes de la hora indicada.

Renovóse la misma escena: en este día como en el anterior fue sublime la inspiración de Benvenuto: bajo su mano, como bajo la de Prometeo, respiraba la tierra. La cabeza de la Bacante estaba ya modelada y parecía una cabeza viva saliendo de una masa informe. Catalina se sonreía delante de esta hermana celestial, creada á su imagen; jamás había sido tan feliz, y cosa extraña, no podía darse cuenta del sentimiento que la inspiraba esta felicidad.

Al siguiente día el maestro y el modelo se hallaron juntos á la misma hora; pero por una sensación que no había experimentado los días precedentes, en el momento de desnudarse Catalina, sintió que el rubor le subía al rostro. La pobre niña principiaba á amar, y el amor le inspiraba pudor. En la mañana siguiente fue peor todavía, y Benvenuto se vió precisado á advertirla muchas veces que no era la Venus de Médicis la que modelaba, sino una Erigone, ébria de voluptuosidad y de vino. Además no le quedaba ya otro recurso, sino tener paciencia; solo faltaban dos días para que el modelo estuviese concluido. En la tarde de este segundo día, después de haber dado Benvenuto la última mano á su estatua, manifestó á Catalina su gratitud, y le dió cuatro escudos de oro; pero Catalina dejó caer en el suelo el dinero. Todo había concluido para la pobre niña; desde este momento volvía á su condición primera, condición que se le había hecho odiosa é insupportable desde el día en que entró en el taller del maestro. Benvenuto que no sospechaba siquiera lo que pasaba en el corazón de la joven, recogió los cuatro escudos, se los presentó de nuevo, le estrechó la mano al dárselos y le dijo, que si alguna vez lo necesitaba para algo esperaba que á nadie se dirigiría sino á él; en seguida pasó al taller de los operarios en busca de Ascanio á quien quería enseñar su estatua acabada.

Cuando Catalina se vió sola besó como sagradas reliquias todos los útiles de que el maestro se había servido, y en seguida salió llorando.

Al día siguiente, hallándose solo Benvenuto en su taller, entró Catalina, y como aquel se admirara de verla y se dispusiera á preguntarle

qué causa la llevaba á su casa, la jóven se dirigió á él, se postró á sus pies y le preguntó si necesitaba de una criada.

Benvenuto tenia un corazon de artista, es decir, sensible; adivinó lo que pasaba en el de la pobre niña; la levantó y la dió un beso en la frente.

Desde aquel momento Catalina formó parte del taller, que como hemos dicho, animaba con su alegría infantil y eterno movimiento. Así es que llegó á ser casi indispensable á todos, y mas particularmente á Benvenuto. Ella era la que lo hacia todo; la que todo lo disponia, riñendo y acariciando á Ruperta, que habia principiado á verla con espanto, y concluyó amándola como todo el mundo.

La Erigone nada perdía con esto, porque teniendo Benvenuto siempre á la vista su modelo, pudo retocar y concluir su estátua con un cuidado que tal vez no habia empleado en niuguna. Concluida que fue la llevó al rey Francisco I, que se maravilló al verla y encargó á Benvenuto que le ejecutára una igual de plata: su complacencia fue tan grande, que tuvo una larga conferencia con el platero preguntándole cómo se encontraba en su taller, dónde se hallaba situado este, y si contenia muchas preciosidades; despues de lo cual lo despidió formando la resolucion de ir á sorprenderlo en su casa una mañana, pero sin decirle nada de esta intencion.

Llegamos ya al momento en que se abrió esta historia, cuando presentamos á Benvenuto trabajando, á Catalina cantando, á Ascanio meditando y Pagolo orando. Al siguiente dia del en que Ascanio habia entrado tan tarde en el taller, gracias á su escursion al rededor del palacio de Nesle, se oyó llamar estrepitosamente en la puerta de la calle: la señora Ruperta se levantó al punto para ir á abrir, pero Scozzone (ya recordará el lector que este era el nombre que Benvenuto habia dado á Catalina), en dos brinco se puso fuera de la habitacion.

—Un instante despues oyóse su voz que gritaba semi alegre y semi asustada:

Dios mio! maestro! es el rey, el rey en persona que viene á visitar vuestro taller!...

Y la pobre Scozzone se presentó pálida y temblorosa en el umbral de la pieza en que Benvenuto trabajaba en medio de sus discipulos y sus aprendices.

 El artista y el rey.

EN efecto, detrás de Scozzone entró el rey Francisco I con toda su comitiva. Daba la mano á la duquesa de Etampes, seguia el rey de Navarra con la delфина Catalina de Médicis, y despues el delfin, que fue mas tarde, Enrique II, con su tia Margarita de Valois, reina de Navarra. Casi toda la nobleza los acompañaba. Benvenuto recibió sin embarazo y sin turbacion á los reyes, á los príncipes, á los grandes señores y á las bellas damas, como un amigo recibe á sus amigos. Contábanse sin embargo en aquella comitiva los mas ilustres nombres de la Francia, y las hermosuras mas notables del mundo. Margarita encantaba, madama de Etampes enagenaba, Catalina de Médicis admiraba, y Diana de Poitiers deslumbraba. Pero qué importa! Benvenuto estaba familiarizado con los tipos mas puros de la antigüedad y del siglo XVI italiano, del mismo modo que el discipulo amado de Miguel Angel estaba habituado á los reyes.

—Necesario será, señora, que nos permitais admirar otras bellezas delante de vos, dijo Francisco I á la duquesa de Etampes, que se sonrió.

Aña de Pisseleu, duquesa de Etampes, que desde la vuelta del rey de su cautiverio en España habia sucedido en su favor á la condesa de Chateaubriant, estaba entonces en todo el brillo de una hermosura

verdaderamente régla. Erguida como una palma, llevaba su encantadora cabeza con una dignidad y una gracia traidora con que se asemejaba á la vez á la gata y á la pantera de quienes tambien tenia los instintos y los apetitos sanguinarios. Además de eso, la régla cortesana sabia tomar cierto aire candoroso, que hubiera engañado á los mas suspicaces. Nada era más variable y más pérfido que la fisonomía de esta mujer de labios pálidos, tan pronto Hermione como Galatea, de sonrisa á veces halagüeña y á veces terrible, de miradas, ora tiernas y apacibles, ora furiosas y crueles. Tenia una manera tan lenta de levantar sus párpados, que jamás se sabia si los levantaba la languidez ó la amenaza. Altanera é imperiosa, subyugaba á Francisco I fascinándolo; orgullosa y celosa, habia exigido de él que recogiese de la condesa de Chateaubriant las alhajas que la habia dado, contra cuya profanacion protestó la bella y melancólica condesa, remitiéndolas fundidas y en barras. En fin, flexible y disimulada, mas de una vez habia cerrado os ojos cuando por un capricho el rey distinguia á alguna encantadora jóven de la corte, que abandonaba despues para volver á su bella é irresistible hechicera.

—Muchos deseos tenia de veros, Benvenuto; pues creo que hará dos meses que habeis llegado á nuestro reino, y las tristes atenciones de los negocios me han impedido casualmente en todo este tiempo pensar en los nobles cuidados del arte. Dad las gracias á mi hermano y primo el emperador, que no me dá un momento de descanso.

—Yo le escribiré, señor, y le suplicaré que os permita ser el grande amigo de las artes, ya que le habeis probado que sois gran capitán.

—Pues qué, conoceis á Carlos V? preguntó el rey de Navarra.

—Hace cuatro años que tuve el honor, señor, de presentar en Roma un devocionario, hecho por mí, á su sacra real magestad, y dirigirle un discurso de que se manifestó muy complacido.

—Y qué os dijo su sacra real magestad?

—Que ya me conocia por haber visto tres años antes en la capa pluvial del papa unas borlas cinceladas que no desdecian de mis demas obras.

—Ola! veo que os han mimado demasiado con sus parabienes los reyes y los principes, dijo Francisco I.

—Verdad es, señor, que he tenido la felicidad de satisfacer á multitud de cardenales, de grandes duques, de principes y de reyes.

—Mostradme, pues, vuestras hermosas obras, veremos si soy un juez menos contentadizo que los demas.

—Señor, he tenido poco tiempo, mirad sin embargo un jarron y un aguamanil de plata que he principiado, y que tal vez no sean dignos de llamar la atencion de V. M.

El rey, durante cinco minutos, examinó sin decir una palabra. Pareció que la obra le habia hecho olvidar al obrero; despues, en fin, al aproximarse curiosamente las damas: «mirad, señoras, exclamó Francisco I qué maravilla! qué forma de jarron tan nueva y tan atrevida! cuánta delicadeza en estos bajos relieves! sobre todo me admira la hermosura de estas líneas, y reparad cuánta variedad y cuánta verdad hay en la actitud de las figuras! observad á esta que levanta el brazo por encima de su cabeza: ese gesto fugitivo es tan natural y está tan perfectamente imitado, que se admira uno de que no continúe el movimiento. En verdad, creo que jamas los antiguos hicieron cosa mas hermosa. Me acuerdo de las maravillosas obras de la antigüedad y de los mas hábiles artistas de la Italia, pero ninguna me ha hecho tanta impresion como esta. Oh! mirad, señora de Navarra, á este lindo niño perdido entre las flores, y su piecico que se agita en el aire; qué vivo, qué gracioso y qué lindo es todo esto!»

—Mi gran rey, exclamó Benvenuto, los demas me cumplimentaban, pero vos me comprendéis.

—Otra cosa, dijo el rey con una especie de avidez.

—Mirad una medalla que representa á Leda y su cisne, hecha para el cardenal Gabriel Cesarini; mirad un sello en que he grabado en buco un relicario esmaltado que representa á San Juan y á San Ambrosio.

—Cómo! acuñais tambien medallas, dijo madama de Etampes.

—Como Cabanoue de Milan, señora.

—Esmaltais el oro? dijo Margarita.

—Como Amérigo de Florencia.

—Grabais sellos? dijo Catalina.

—Como Santizco de Perusa. Creeis, señora, que mi ciencia se limita á las finas joyas de oro, y á las grandes piezas de plata? Yo se hacer un poco de todo, gracias á Dios. Soy un mediano ingeniero militar, y he impedido dos veces que tomasen á Roma. No mido muy mal un soneto, y V. M. no tiene mas que mandarme hacer un poema con tal que sea en su alabanza, y me comprometo á ejecutarlo ni mas ni menos que si me llamase Clemente Marot. En cuanto á la música que mi padre me enseñó á bastonazos, me ha aprovechado el método, y toco la flauta y el clarinete con bastante maestria para que Clemen-

te VII me haya contratado á los veinte y cuatro años en el número de sus músicos. He hallado además un secreto para hacer excelente pólvora, y puedo fabricar escopetas admirables é instrumentos de cirugía. Si V. M. declara la guerra y quiere emplearme como hombre de armas, verá que no soy torpe, y que sé manejar tan bien un arcabuz como apuntar una culebrina. Como cazador he matado hasta veinte y cinco pavos reales en un día, y como artillero he libertado al emperador del príncipe de Oranje, y á V. M. del condestable de Borbon; porque segun parece los traidores no tienen que prometérselas muy felices conmigo.

—Y de qué estais mas orgulloso, interrumpió el jóven delfin, de haber matado al condestable ó á los veinte y cinco pavos reales?

—Yo no estoy orgulloso ni de lo uno ni de lo otro, señor. La destreza, como todos los demas dones, viene de Dios, y yo solo he usado de mi destreza.

—En verdad, ignoraba que me hubieseis hecho un servicio semejante; dijo el rey, servicio que por otra parte se tomará el trabajo mi hermana Margarita de perdonaros. Ah! sois vos quien habeis matado al condestable de Borbon, y como ha sucedido eso?

—Toma! de un modo muy sencilló. El ejército del condestable llegó de improviso delante de Roma, y dió el asalto á las murallas. Fui con algunos amigos para ver. Al salir de mi casa coji maquinalmente mi arcabuz y me lo heché al hombro. Al llegar á la muralla vi que no habia nada que hacer. Sin embargo, me dije á mi mismo: para tan poca cosa no he venido, es preciso hacer algo. Entonces dirigiendo mi arcabuz hácia el sitio en que veia un grupo de combatientes mas numerosos y apretados, apunté precisamente á aquel cuya cabeza rebasaba las demas, cayó, y de repente se levantó un gran tumulto, causado por el tiro que yo habia disparado. Habia matado en efecto á Borbon, que como se supo despues, era el mismo que sobresalia entre los demas.

Mientras Benvenuto hacia esta relacion con una perfecta indiferencia, el círculo de damas y de señoras se habia ensanchado poco á poco alrededor de él, y todos contemplaban con respeto y casi con espanto al héroe sin saberlo. Solo Francisco I quedó al lado de Cellini.

—Veo, queridísimo, le dijo, que antes de consagrarme vuestro genio, me habeis prestado vuestro valor.

—Señor, replicó alegremente Benvenuto, creo, como hay Dios, que he nacido para servirlos. Una aventura de mi primera infancia me

ha hecho pensar en esto muchas veces. Vos teneis en vuestro escudo una salamandra, no es cierto?

—Sí, con esta divisa: *Nutrisco et extinguo*.

—Eso es, tenia entonces cinco años, hallábame con mi padre en una salita donde se habia hecho la colada, y donde continuaba ardiendo una buena lumbre de encina. Hacia mucho frio. Mirando casualmente hácia el fuego, distinguí en medio de las llamas un animalejo semejante á un lagarto que se divertia en el sitio mas caliente. Se lo enseñé á mi padre (perdonadme este pormenor familiar de un uso algo brutal de mi pais) aplicándome una violenta bofetada, me dijo con dulzura: No te castigo porque has hecho mal, hijo mio, sino para que te acuerdes de que esa lagartija que has visto en el fuego, es una salamandra; ningun viviente ha visto ese animal antes que tu. No era esto, señor, un aviso del destino? Creo que hay predestinaciones, pues á los veinte años iba á partir para Inglaterra, cuando el cincelador Pedro Torreggiano, que queria llevarme consigo, me refirió que siendo niño habia dado una bofetada á nuestro Miguel Angel en una disputa que tuvo con él en el taller. Oh! con esto bastaba; por un título de principe no hubiera ido con un hombre que habia puesto las manos en el gran escultor. Me quedé en Italia, y de Italia, en lugar de ir á Inglaterra, vine á Francia.

—La Francia, orgullosa de haber sido escogida por vos, Benvenuto, hará que no echeis de menos á vuestra patria.

—Mi patria es el arte, señor, por ella solo cincelo la más rica copa.

—Y teneis actualmente proyectada alguna bella composicion Cellini?

—Oh! sí señor, un Cristo; no un Cristo en la cruz, sino en su luz y en su gloria, é imitaré cuanto pueda esa hermosura infinita en que se me ha presentado.

—Como! dijo la escéptica Margarita riendo, ademas de todos los reyes de la tierra, habeis visto tambien al rey de los cielos?

—Tambien señora, respondió Benvenuto con el candor de un niño.

—Oh! contadnos eso, dijo la reina de Navarra.

—Con mucho gusto, señora, respondió Benvenuto Cellini con la confianza de un hombre que no piensa que puedan poner en duda ninguna parte de su relacion.

Algun tiempo antes, continuó diciendo Benvenuto, habia visto á Satanás y á todas sus legiones, que un sacerdote nigromántico de mis amigos evocó delante de mí en el coliseo y de las cuales no poco nos contó desembarazarnos; pero el terrible recuerdo de estas infernales

visiones quedó completamente borrado de mi espíritu, cuando á mi ardiente súplica se me apareció para confortarme en los trabajos de mi prision el divino Salvador de los hombres en medio del sol y coronado de sus rayos.

—Y estais realmente seguro preguntó la reina de Navarra, seguro sin género alguno de duda de que se os ha aparecido el Cristo?

—Seguro como tres y dos son cinco.

—Es, Benvenuto, hacednos, pues, un Cristo para nuestra capilla, dijo Francisco I, con su buen humor habitual.

—Señor, si vuestra Magestad tiene la bondad de encargarme otra cosa aplazaré esta obra para mas adelante.

—Y por qué?

—Porque he prometido á Dios no hacerla para ningun soberano sino para él.

—Enhorabuena: como gustéis. Necesito doce candelabros para mi mesa.

—Eso ya es otra cosa, y en este punto seréis obedecido.

—Quiero que estos candelabros sean doce estatuas de plata.

—Señor, estarán magníficas.

—Estas estatuas representarán seis dioses y seis diosas, y serán exactamente de mi estatura.

—Eso es, así deben ser, señor.

Pero es todo un poema lo que mandais hacer, dijo la duquesa de Etampes, una maravilla sorprendente! No es verdad señor Benvenuto?

—A mí nada me sorprende, señora.

—Pues yo, si me sorprendo, replicó la duquesa picada, que haya escultores que se atrevan á hacer lo que solo han podido los escultores de la antigüedad.

—Sin embargo, espero acabar esa obra tan bien como los antiguos hubieran podido hacerlo, respondió Benvenuto con serenidad.

—Parece que os alabais un poco! maestro Benvenuto.

—Yo no me alabo jamás señora.

Hablando así Cellini miraba á madama de Etampes, y la orgullosa duquesa bajó á pesar suyo los ojos ante aquella mirada firme, confiada, en que no habia ni sombra de enojo. Ana concibió un sordo resentimiento contra Cellini por esta superioridad que á pesar suyo y sin poder definirla ejercia sobre ella. Hasta entonces habia creído que la hermosura era el primer poder de este mundo; se habia olvidado del génio.

—Qué tesores, dijo con ironía, bastarían á recompensar una habilidad como la vuestra?

—No serán seguramente los míos, contestó Francisco I, y á propósito Benvenuto, recuerdo que todavía no habeis percibido mas que quinientos escudos de oro desde que habeis llegado. Quedareis satisfecho con un sueldo igual al que daba á mi pintor Leonardo de Vinci, es decir, seiscientos escudos de oro anuales? Os pagaré ademas todas las obras que hagais para mi.

—Señor, estos ofrecimientos son dignos de un rey como Francisco I, y me atrevo á decirlo, de un artista como Cellini. Sin embargo, tendré la osadía de dirigir á V. M. una peticion.

—Concedida desde luego, Benvenuto.

—Señor, me hallo muy mal en este local tan reducido para trabajar. Uno de mis discípulos ha encontrado un edificio mejor dispuesto que este para las grandes obras que mi soberano tenga á bien encomendarme, ese edificio pertenece á V. M.: es el gran Nesle. Está á la disposicion del preboste de Paris, pero no lo habita: ocupa solamente el pequeño Nesle que se lo cedo gustoso.

—Concedido, Benvenuto, dijo Francisco I, instaláos en el gran Nesle, y entonces solo tendré que atravesar el Sena para ir á conversar con vos, y admirar vuestras obras maestras.

—Como, señor! interrumpió madama de Etampes, vais á privar sin motivo á un hidalgo á quien yo protejo de un bien que le pertenece?

Benvenuto la miró, y por segunda vez bajó Ana los ojos ante aquella singular mirada, fija y penetrante. Cellini continuó con la misma candorosa buena fe que al hablar de sus apariciones:

—Pero tambien yo soy noble, señora: mi familia descende de un hombre ilustre, del primer capitan de Julio Cesar, llamado Fiorino, que era de Cellino, cerca de Montefiascone, y que ha dado su nombre á Florencia, mientras que vuestro preboste y sus antepasados no han dado todavía, que yo sepa, su nombre á nada. Sin embargo, continuó Benvenuto, volviéndose hácia Francisco I y mudando á la vez de mirada y de acento, quizá me he mostrado muy atrevido, quizá escitaré contra mi odios poderosos que no pueda contrarrestar á pesar de la proteccion de V. M. El preboste de Paris tiene, segun dicen, una especie de ejército á sus órdenes.

—Me han contado, interrumpió el rey, que un dia en Roma un tal Cellini, platero, habia retenido en su poder, por falta de pago, un

jarro de plata que le habia encargado monseñor Farnesio, entonces cardenal y hoy papa.

—Es cierto, señor.

—Añadian que todos los criados del cardenal, fueron espada en mano á sitiar la tienda del platero para llevarse el jarro á viva fuerza.

—Tambien es cierto.

—Pero que ese Cellini oculto detras de la puerta y armado de una escopeta se habia defendido valerosamente, logrando al fin poner en precipitada fuga á todos los criados del cardenal, y que al dia siguiente habia sido pagado.

—Todo eso, señor, es la pura verdad.

—Pues bien, no sois vos ese Cellini?

—Sí señor; consérveme V. M. solamente su gracia y nada me ardrará.

—Andad, pues, con la cabeza erguida, dijo el rey sonriendo, nada temais puesto que sois hidalgo.

La duquesa de Etampes calló, pero juró desde aquel momento á Cellini un odio mortal, un odio de mujer ofendida.

—Señor, tengo que pedir os otro favor, dijo Cellini. No puedo presentaros todos mis operarios; son diez, entre franceses y alemanes, todos honrados y hábiles compañeros; pero mirad á mis dos discípulos que he traído de Italia conmigo, á Pagolo y Ascanio. Acercáos, Pagolo, y levantad un poco la cabeza y la mirada, no imprudentemente, sino como hombre honrado que no tiene que avergonzarse de ninguna accion mala.

Este carece tal vez de invencion, señor, y tambien de un poco de ardor, pero es un exacto y concienzudo artista, que trabaja lentamente, pero bien; que concibe perfectamente mis ideas, y las ejecuta con fidelidad. Este otro es Ascanio, mi noble y galan discípulo y ahijado muy querido. Este no tiene el vigor de creacion que hará chocarse y destrozarse en un bajo relieve los batallones de dos ejércitos, ó cincelar poderosamente en los bordes de un jarro, las uñas de un leon ó los dientes de un tigre. Tampoco tiene la fantasia original que inventa las monstruosas quimeras y los dragones imposibles; pero en cambio, su alma tiene el instinto de un ideal, por decirlo así, divino. Encargadle que os haga un ángel ó un grupo de ninfas, y nadie alcanzará á su poesia exquisita y á su gracia particular. Con Pagolo tengo cuatro brazos, con Ascanio tengo dos almas, y sobre todo, señor, él me ama

mucho, y yo estoy muy contento de tener á mi lado un corazón puro y generoso como el suyo.

Mientras que su maestro hablaba de este modo, Ascanio permanecía de pie á su lado, modestamente, pero sin embarazo, en una actitud llena de elegancia, y madama de Etampes no podia separar sus miradas del jóven y encantador italiano de ojos y cabellos negros, y que parecía una copia viva del Apollino.

—Si Ascanio, dijo, tiene tanto idealismo artistico y quiere pasar á mi palacio de Etampes una mañana, le daré piedras y oro con lo cual haga brotar una flor maravillosa.

Ascanio se inclinó con dulce mirada de agradecimiento.

—Y yo, dijo el rey, le señalo lo mismo que á Pagolo, cien escudos de oro al año.

—Yo me encargo de hacerles ganar bien ese dinero, señor, dijo Benvenuto.

—Pero quien es esa hermosa jóven que se oculta en ese rincon? replicó Francisco I, viendo á Scozzone por la primera vez.

—Oh! no presteis atención, señor, respondió Benvenuto frunciendo el entrecejo; es la única de las bellas cosas de este taller que no me gusta quenoten.

—Ola! sois celoso? compadre Benvenuto.

—No me gusta, señor, que nadie toque á mi bien; porque esto sería lo mismo, y lo digo sin comparacion, que si alguno se atreviese á pensar en madama de Etampes: me parece que os pondrais furioso, señor, pues bien, Scozzone es mi duquesa.

La duquesa, que contemplaba á Ascanio, interrumpida así bruscamente, se mordió los labios. Muchos cortesanos no pudieron menos de sonreirse, y todas las damas cuchichearon. En cuanto al rey, rióse sin disimulo.

—Vamos, vamos, como soy hidalgo que vuestros celos están en su lugar, y los artistas y los reyes se comprenden. Adios, amigo mio, os recomiendo mis estatuas. Como está en el orden, principiareis por Júpiter, y cuando hayais hecho el modelo me lo enseñareis. Adios, salud y fortuna. En el palacio de Nesle!

—Que vaya á mostraros el modelo! lo habeis dicho muy pronto, señor, cómo he de entrar en el Louvre?

—Se dará en las puertas vuestro nombre con la orden de introducirnos hasta mi.

Cellini hizo una cortesía, y seguido de Ascanio y Pagolo, siguió al:

rey y á la corte hasta la puerta de la calle. Allí se arrodilló y besó la mano á Francisco I.

—Señor, dijo con tono enternecido, me habeis salvado por la mediacion del señor de Montluc del cautiverio, y quizás de la muerte; me habeis colmado de riquezas, habeis honrado mi pobre taller con vuestra presencia, pero lo que sobrepuja á todo esto, señor, lo que hace que no sepa como agradecer tantas mercedes, es que os anticipais tan magníficamente á todos mis sueños. Comunmente solo trabajamos para una raza privilegiada diseminada al través de los siglos, pero yo tengo la felicidad de tener un juez siempre presente que pueda constantemente estimularme. Hasta ahora solo había sido el artista del porvenir; permitidme que en lo sucesivo me llame el platero de V. M.

—Mi platero, mi artista, y mi amigo Benvenuto, os concedo este título si os parece digno de figurar al lado de los demás. Adios, ó mas bien hasta la vista.

Inútil es decir que todos los príncipes y señores, á escepcion de madama de Etampes, imitaron al rey y colmaron á Cellini de elogios y muestras de deferencia. Cuando todos se retiraron y Benvenuto se quedó solo en el patio con sus dos discípulos, estos le dieron las gracias, Ascanio con efusion y Pagolo casi con empacho.

—No me deis las gracias, amigos míos; esto no merece la pena: pero escuchad, si verdaderamente creéis deberme algo, quiero, ya que este asunto de conversacion se ha presentado hoy, pidiros un solo favor; un favor que toca muy de cerca al corazón de mi corazón.

Ya habeis oido lo que he dicho al rey respecto de Catalina; lo que he dicho corresponde á lo mas íntimo de mi ser. Esa niña es necesaria á mi vida, amigos míos, á mi vida de artista, porque como sabeis se presta tan alegremente á servirme de modelo; á mi vida de hombre porque creo que ella me ama, pues bien, os suplico, que aunque ella es hermosa y vosotros sois jóvenes como ella, no dirijais jamás vuestras pensamientos ni vuestras miradas á Catalina; hay en el mundo otras muchas jóvenes hermosas. No desgarréis mi corazón, no ofendais mi amistad dirigiendo á mi Scozzone una mirada demasiado atrevida, antes bien, vijiladla en mi ausencia y aconsejadla como hermanos. Os lo suplico así porque me conozco demasiado, y juro á Dios que si llegase á observar alguna cosa que no me gustase, mataria á ella y á su cómplice.

—Os respeto, dijo Ascanio como á mi maestro, y os amo como á mi padre, podéis estar tranquilo.

—Jesus Dios mio! exclamó Pagolo juntando las manos; Dios me guarde de pensar en semejante infamia! No sé que os debo todo, y no sería un crimen abominable abusar de la santa confianza que me manifestais correspondiendo á vuestros beneficios con tan cobarde perfidia?

—Gracias, amigos míos, dijo Benvenuto, os doy mil gracias, estoy contento y confío en vosotros. Ahora, Pagolo, ponte á trabajar, ya sabes que he prometido para mañana al señor de Villerois, el sello que estás haciendo, mientras que Ascanio y yo vamos á visitar el palacio que nuestro liberal rey acaba de darnos, y del cual tomaremos posesion de grado ó por fuerza, el domingo próximo para desconsar,

En seguida dirigiéndose á Ascanio le dijo:

—Vamos, Ascanio, vamos á ver si ese famoso palacio de Nesle, que tan hermoso te ha parecido por fuera, es digno en el interior de su reputacion.

Y antes que Ascanio tuviese tiempo de hacer la menor observacion, Benvenuto dirigió una mirada á su taller para ver si cada operario estaba en su puesto, dió un bofetoncillo en la mejilla redonda y sonrosada de Scozzone, y asiéndose del brazo de su discipulo, lo condujo hácia la puerta y salió con él.

VI.

De que sirven las dueñas.

APENAS habían dado diez pasos en la calle, cuando encontraron á un hombre de cincuenta años poco mas ó menos, bastante delgado, pero de una fisonomía animada y fina.

—Iba á vuestra casa, Benvenuto, dijo el desconocido, á quien Ascancio saludó con un respeto mezclado de veneracion, y al cual Benvenuto alargó cordialmente la mano.

—Era para algun negocio importante, mi querido Francisco? preguntó el platero, en ese caso me vuelvo con vos, ó era simplemente para verme? En ese caso venid conmigo.

—Es para daros un consejo, Benvenuto.

—Ya os escucho. Un consejo siempre es bueno, principalmente cuando nos lo da un amigo.

—Pero el que tengo que daros, no puedo decirlo sino á vos solo.

—Este jóven es otro yo, Francisco, podéis hablar.

—Ya lo hubiera hecho si hubiese creído deber hacerlo, respondió el amigo de Benvenuto.

—Con vuestro permiso, maestro, dijo alejándose el discreto Ascancio.

—Está bien, vé solo á donde pensaba ir contigo, mi querido amigo, dijo Bevenuto; y haz cuenta que lo que veas es como si yo lo viera; examínalo todo; mira si el taller tendrá buena luz, si el patio será có-

modo para fundir, y si nuestro laboratorio podrá estar separado del de los demas aprendices. No olvides el juego de pelota.

Y Benvenuto se apoyó en el brazo del desconocido, hizo una señal con la mano á Ascanio, y volvió á tomar el camino del taller, dejando al jóven parado é inmóvil en medio de la calle de San Martin.

En efecto, habia en la comision que acababa de confiarle su maestro, mas de lo necesario para turbar al pobre Ascanio. Y si esta turbacion no fue ligera cuando Benvenuto le propuso que harian los dos juntos la visita del palacio de Nesle, cuanto subiria de punto al considerar que tenia que hacerla ya solo?

De este modo, el que durante dos domingos habia visto á Colomba sin atreverse á seguirla, y que al tercero la habia seguido sin atreverse á hablarla, iba á presentarse á ella, y para qué? para visitar el palacio de Nesle, que Benvenuto esperaba arrebatarse de grado ó por fuerza en el próximo domingo al padre de Colomba.

La posicion era falsa para todo el mundo, pero terrible para un enamorado.

Afortunadamente el palacio de Nesle distaba mucho de la calle de San Martin. Si no hubiera habido mas que dos pasos, Ascanio no los hubiera dado; pero como habia media legua, se puso en camino.

Nada familiariza mas con el peligro, como el tiempo, ó la distancia que de él nos separa. Para todas las almas fuertes, ó para todas las organizaciones felices, la reflexion es un poderoso auxiliar. A esta última clase pertenecía Ascanio. En esta época no se habia introducido todavia la costumbre de hastiarse la vida antes de haber entrado en ella. Todas las sensaciones eran francas y se emitian francamente, la alegría con la risa, el dolor con las lágrimas. El amaneramiento era poco menos que desconocido en la vida como en el arte, y un jóven y lindo mozo de veinte años no se hubiera avergonzado por nada de este mundo en la época á que nos referimos, de confesar que era venturoso.

Así que en toda esa turbacion de Ascanio habia cierta felicidad, pues no pensando ver á Colomba hasta el domingo siguiente, iba á verla aquel mismo dia: ganaba seis dias, y ya se sabe que seis dias de expectativa son seis siglos para los enamorados.

A medida, pues, que se acercaba, parecia mas sencilla la empresa: cierto que él era quien habia aconsejado á Benvenuto que pidiese al rey el palacio de Nesle para establecer en él su taller, pero Colomba llevaria á mal que el hubiese buscado los medios de acercarse á

ella? Verdad es tambien que esta instalacion del platero florentino en el antiguo palacio de Arnaury no podia verificarse sin perjuicio del padre de Colomba, que lo consideraba como suyo; pero este perjuicio era real, cuando Roberto de Estourville no lo habitaba? Ademas Benvenuto tenia mil medios de pagar su alquiler. Una copa para el preboste y un collar para su hija (y Ascanio se encargaba de hacer el collar) podian y debian, en aquella época del arte, vencer muchas dificultades. Ascanio habia visto grandes duques, reyes y papas á punto de vender sus coronas, sus cetros y sus liaras para comprar una de esas maravillosas joyas que salian de las manos de su maestro. Todo bien considerado, aun arreglándose asi las cosas, seria el noble Roberto el que tuviera que dar las gracias á maese Benvenuto; porque maese Benvenuto era tan generoso que si el noble Roberto se portaba con galanteria, tenia Ascanio seguridad de que maese Benvenuto se portaria como un rey.

Cuando llegó al fin de la calle de San Martín, Ascanio se consideró como un mensajero de paz, elegido por el Señor para mantener la armonia entre los dos poderes.

Sin embargo, á pesar de esta conviccion, Ascanio, á quien no le habia dado cuidado—los enamorados son seres muy raras—alargar su camino doce minutos mas, en vez de atravesar el Sena en un bote, subió á lo largo del muelle y pasó el rio por el puente de los Molinos. Quizás tambien habia tomado este camino porque era el mismo por donde habia ido la vispera siguiendo á Colomba.

Por lo demas, cualquiera que sea la causa que le hubiese obligado á dar este rodeo, el resultado es que al cabo de veinte minutos se halló en frente del palacio de Nesle.

Pero al ver la puertecita ojiva por donde tenia que atravesar, al distinguir el hermoso palacio gótico que ostentaba sus atrevidos torreones, al pensar que detras de aquellas celosias medio cerradas á causa del calor estaba su bella Colomba; toda esa andamiada de deliciosos sueños construida durante el camino se desvaneció, como esos edificios que se ven en las nubes y que el viento deshace con un soplo; hallóse frente á frente con la realidad, y la realidad no le pareció de las mas satisfactorias.

Sin embargo, despues de una pausa de algunos minutos, pensando tanto mas extraño, cuanto que, á causa del mucho calor que habia, no encontró absolutamente á nadie en el muelle, conoció Ascanio que era preciso tomar un partido cualquiera.

Pero como no tuviese otro partido que tomar sino entrar en el palacio, se adelantó hasta el umbral, y levantó el aldabon. Dios sabe cuando lo hubiera dejado caer, si en aquel mismo momento, y por casualidad no se hubiese abierto la puerta, encontrándose frente á frente con el jardinero del señor de Estourville.

Ascanio y el jardinero retrocedieron cada uno por su parte.

—Qué quereis? dijo el jardinero; á quién buscais?

Ascanio obligado á seguir adelante en su empresa, reunió todo su valor y respondió resueltamente:

—Vengo á visitar el palacio.

—Cómo! visitar el palacio! exclamó el jardinero estupefacto, y en nombre de quien?

—En nombre del rey! respondió Ascanio.

—En nombre del rey! exclamó el jardinero, Dios mio! querrá el rey quitárnoslo.

—Tal vez! respondió Ascanio.

—Pero que significa eso?

—Ya conoceis, amigo mio, dijo Ascanio con un aplomo de que él mismo estaba satisfecho, que no necesito daros cuenta.

—Es verdad, pero á quién quereis hablar?

—No está el señor preboste? preguntó Ascanio que sabia perfectamente que el preboste no estaba.

—No señor, está en el Chatelet.

—Y quién le reemplaza en su ausencia?

—Su hija, la señorita Colomba.

Ascanio sintió que el rubor encendia su rostro.

—Y ademas, continuó el jardinero, también esta aquí la señora Petra. Quereis hablar á la señora Petra ó á la señorita Colomba?

Esta pregunta era muy sencilla y sin embargo produjo un terrible combate en el alma de Ascanio. Abrió la boca para decir que queria ver á la señorita Colomba, y sin embargo, como si palabras tan atrevidas se negasen á salir de sus labios, dijo que venia á ver á la señora Petra.

El jardinero, que no sospechaba que su pregunta, que miraba como muy sencilla, hubiese causado tan grande alteracion, inclinó la cabeza en señal de obediencia, y se adelantó atravesando el patio del lado de la puerta interior del pequeño Nesle. Ascanio le siguió.

Tuvo que atravesar un segundo patio, despues una segunda puerta, despues un jardinito, despues las escaleras que conducian á una larga

galería, y por último el jardinero abrió una puerta y dijo: señora Petra, un jóven viene á ver el palacio en nombre del rey.

Y separándose entonces á un lado dejó espacio á Ascanio que le sucedió en el umbral de la puerta.

Ascanio se apoyó en la pared; una nube acababa de pasar por delante de sus ojos; habia sucedido una cosa muy sencilla, y que sin embargo no habia previsto. La señora Petra estaba con Colomba, y él se halló en frente de ambas. La dueña estaba hilando á torno, y Colomba sentada á su bastidor bordando.

Ambas levantaron la cabeza á un mismo tiempo y miraron hácia la puería.

Colomba reconoció desde luego á Ascanio. Esperábale aunque su razon le habia dicho que no debia volver. En cuanto á él, cuando vió que la jóven le miraba con una dulzura indefinida, creyó morir.

A pesar de haber previsto mil dificultades y obstáculos, antes de poder llegar á su amada; obstáculos que debian exaltarle, y dificultades que debian alentarle, hé aqui que muy por el contrario todo habia sucedido natural y buenamente como si Dios hubiese estimulado y bendecido de su propia voluntad la pureza de su amor; al hallarse en frente de ella, cuando pensaba dirigirla todo ese hermoso discurso que habia preparado, y cuya ardiente elocuencia debia admirarla y enternecerla, no pudo pronunciar una frase, ni una palabra, ni una sílaba.

Colomba por su parte permanecia inmóvil y muda. Estas dos jóvenes y puras existencias, que como casadas de antemano en el cielo, conocian ya que se pertenecian y que una vez aproximadas la una á la otra, debian confundirse, y como la de Salmacis y Hermafrodita, no formar mas que una sola, asustadas con esta primera entrevista temblaron, vacilaron y permanecieron mudas la una en frente de la otra.

La señora Petra fue quien medio levantándose de su silla quitó su rueca de su corpiño, y apoyándose en el brazo de su torno, rompió el silencio.

—Qué dice ese buitre de Rembaldo? exclamó la digna dueña. Habeis oido, Colomba? Y como esta no contestase, continuó dando algunos pasos hácia Ascanio. Qué buskais aqui, caballero? Pero Dios me perdone! exclamó de repente reconociendo al que tenia delante, es ese el jóven galan que en estos tres últimos domingos me ha ofrecido el agua bendita en la puerta de la iglesia. En qué podemos servirlos, amigo mio?

—Deseo hablaros, balbuceó Ascanio.

—A mí sola? preguntó haciéndose la dengosa la señora Petra.

—A vos... sola.

Y al responder así Ascanio, se decía á sí mismo que era estremadamente tonto.

—Entonces venid por aquí, jóvenes, venid, dijo la señora Petra abriendo una puerta lateral y haciendo señal á Ascanio que la siguiese.

Ascanio la siguió, pero al seguirla dirigió á Colomba una de esas largas miradas por medio de las cuales los enamorados saben decir tantas cosas, y que por muy prolijas é ininteligibles que sean para los indiferentes, son al fin comprendidas por la persona á quien se dirigen. Indudablemente Colomba no perdió ni una sola palabra de su significacion, porque al encontrarse sus ojos, sin saber cómo con los del joven, se llenó de rubor y bajó la cabeza sobre su bordado estropeando una pobre flor, que daba compasion. Ascanio vió este rubor y deteniéndose de pronto dió un paso hácia Colomba, pero en aquel momento la señora Petra se volvió y llamó al joven que se vió en la precision de seguirla. Apenas pasó el umbral de la puerta, cuando Colomba abandonó la aguja, dejó caer los brazos á los dos lados de su silla, reclinando su cabeza hácia atras, lanzó un profundo suspiro en el cual se combinaba por uno de esos inexplicables misterios del corazón el pesar de ver á Ascanio alejarse, con cierto bienestar de no verlo en aquel sitio.

Por lo que hace al joven, estaba de muy mal humor; en primer lugar, contra Benvenuto, que le habia dado tan singular comision; en segundo lugar, contra sí mismo por no haber sabido aprovecharse mejor de aquella coyuntura; y por último, contra la señora Petra que le habia hecho salir precisamente en el momento en que parecia que los ojos de Colomba le decian que se quedase.

Así es, que cuando al hallarse la dueña frente á frente con él se informó del objeto de su visita, Ascanio le contestó de una manera muy deliberada, decidido, como estaba, á vengarse en ella de su propia torpeza.

El objeto de mi visita, señora mia, es suplicaros que me enseñeis el palacio de Nesle de un extremo á otro.

—Enseñarós el palacio de Nesle! esclamo la señora Petra, y para qué quereis examinarlo?

—Para ver si nos conviene, si estaremos bien en él, y si vale la pena de que nos tomemos la molestia de venir á habitarlo.

—Como! venir á habitarlo! Os lo ha arrendado el señor preboste?

—No, pero nos lo da su magestad.

—Os lo da su magestad! exclamó la dueña cada vez mas asombrada.

—Cediéndonos nada menos que toda su propiedad, respondió Ascanio.

—A vos?

—No, mi buena señora, pero si á mi maestro.

—Y aunque sea indiscrecion, quién es vuestro maestro? Sin duda algun gran señor, eh?

—Mas que eso, señora Petra. Un gran artista venido espresamente de Florencia para servir á su magestad cristianisima.

—Ah! ah! dijo la buena dueña, que no comprendia muy bien; y qué hace vuestro maestro?

—Qué hace? hace de todo: sortijas para los dedos de las jóvenes; jarrones para las mesas de los reyes; estatuas para los templos de los dioses; ademas en sus ratos perdidos, pone sitio ó defiende á las ciudades, segun le place hacer temblar á un emperador ó tranquilizar á un papa.

—Jesus me valga! exclamó la señora Petra; y cómo se llama vuestro maestro?

—Se llama Benvenuto Cellini.

—Es raro, no conozco semejante nombre, murmuró la buena mujer. Y cuál es su profesion?

—Platero.

La señora Petra miró á Ascanio con tamaños ojos abiertos.

—Platero! murmuró, platero, y creéis que el señor preboste ceda su palacio á... un... platero?

—Si no lo cede, lo tomaremos.

—A la fuerza?

—Si señora, á la fuerza.

—Pero creo que vuestro maestro no se atreverá á tenérselas licas con el señor preboste.

—Se las ha tenido tiesas con tres duques y dos papas.

—Ave Maria Purisima! con dos papas. Luego es un herego?

—Es católico como vos y yo, señora Petra; tranquilizaos que no tenemos por aliado á Santanás; pero á falta del diablo tenemos al rey.

—En hora buena, pero el señor preboste cuenta con otra proteccion mejor que esa,

—Cuál?

—La de madama de Etampes.

—En ese caso estamos iguales, dijo Ascanio.

—Y si se niega el señor de Estourville?

—Maese Benvenuto le hará que ceda.

—Y si el señor Roberto se encierra como en una ciudadela?

—Le sitiara maese Cellini.

—El preboste tiene veinte y cuatro sargentos de armas á su disposicion; no olvidéis esta circunstancia.

—Maese Benvenuto Collini tiene diez aprendices, partido igual tambien, como vareis, señora Petra!

—Pero el señor de Estourville es un vigoroso justador; en el torneo verificado con motivo del casamiento de Francisco I, fue uno de los mantenedores, y todos los que se atrevieron á medir sus fuerzas con él, mordieron la tierra.

—Qué importa! precisamente ese es el hombre que buscaba Benvenuto, quien todavia no ha encontrado á su maestro en punto á armas, y el cual como el señor de Estourville, ha derribado en tierra á todos sus adversarios, aunque con la diferencia de que quince dias despues los que pelcaron con vuestro preboste se hallaban buenos y sanos, mientras que los que han tenido que habérselas con mi maestro, no se han levantado jamas, y tres dias despues se hallaban enterrados.

—Todo eso concluirá mal! todo eso concluirá mal! murmuró la dueña. Dicen que ocurren cosas terribles en las ciudades tomadas por asalto.

—Tranquilizados, señora Petra, respondió Ascanio riéndose, vos tendreis que habérsela con vencedores clementes.

—Digo esto, hijo mio, contestó la dueña á quien no disgustaba tal vez el saber que podia contar con un apoyo entre los sitiadores, porque temo la elusion de sangre... pues respecto á lo demas, ya debeis conocer que tendremos mucho gusto en teneros por vecino, aunque no sea mas que porque carecemos de sociedad en este maldito desierto, donde el señor de Estourville nos ha encerrado á su hija y á mi como á dos pobres religiosas, á pesar de que ni ella ni yo hemos hecho nada, á Dios gracias. Ademas, no conviene que el hombre esté solo, dice la Sagrada Escritura, y cuando dice hombre, se sobreentiende la mujer; no os da de este mismo parecer?

—Quién lo duda!

—Y nosotros nos hallamos muy solas y muy tristes en este imenso y solitario palacio.

—Pero no recibis ninguna visita? preguntó Ascanio.

—Jesus, Dios mio! si estamos peor que las religiosas; estas al menos tienen parientes ó amigos que van á verlas en la reja; tienen el rectorio, donde se reúnen, hablan y charlan. Esto no es muy divertido, lo sé, pero siempre es algo. Nosotras solo tenemos al señor preboste que viene de vez en cuando para reñir á su hija, sin duda por que es demasiado bella, pues este es su único crimen, y para gratificarme á mi porque no la vijilo mas severamente, siendo asi que no ve alma viviente, y que á escepcion de las palabras que me dirige, no abre la boca sino para rogar á Dios. Asi que, os suplico, jóvenes, que no déis á nadie que os hemos recibido aqui, que habeis visitado el gran Nesle conmigo, y que despues de haber visitado el gran Nesle habeis venido á hablar un instante con nosotras en el pequeño.

—Cómo! exclamó Ascanio, despues de haber visitado el gran Nesle voy á volver con vos al pequeño? Voy... Ascanio se detuvo temiendo que le delatase su alegría.

—Creo que no es muy político, jóvenes, que os marcheis sin despediros de Colomba, que al fin y al cabo, en ausencias de su padre, es la señora de la casa. Despues que la saludeis, sois dueños de marcharos directamente por el gran Nesle que tiene su salida...

—No, no! exclamó Ascanio. ¿Cómo se entiende! señora Petra, yo me precio de estar tambien educado como el que mas, y de saber conducirme cortesmente con las damas. Pero visitemos el palacio sin perder un solo instante, porque tengo mucha prisa.

Y en efecto, ahora que Ascanio sabia que debía volver por el pequeño Nesle, tenia prisa de concluir su exámen en el grande. Además, como por su parte la señora Petra tenia ser sorprendida por el preboste cuando menos lo pensase, no quiso detener mas á Ascanio, y descolgando un manójo de llaves que habia detrás de una puerta, marchó delante de él.

Dirijamos, pues, con Ascanio una mirada al palacio de Nesle donde van á pasar en lo sucesivo las principales escenas de la historia que contamos.

El palacio de Nesle ocupaba antiguamente en la orilla izquierda del Sena el sitio donde se erigió despues el palacio de Nevers, y donde se construyó mas tarde la casa de moneda y el instituto. Terminaba á Paris por el nordeste, pues mas allá de sus murallas no se veia mas que el foso de la ciudad y las verdes alfombas del Pre-aux-clers. Amaury, señor de Nesle en Picardia, fue quien lo mandó construir á

finis del siglo VIII. Felipe el Hermoso lo compró en 1506, y lo eligió desde entonces para su palacio real. En 1520, la torre de Nesle, de sangrienta y injuriosa memoria, fué separada de él para formar el muelle, el puente sobre el foso y la puerta de Nesle, de modo que la sombría torre quedó á la orilla del río aislada y triste como una pecadora que hace penitencia.

Pero afortunadamente, el palacio de Nesle era demasiado vasto para que se notase esta supresión. Grande como una aldea, tenía una alta muralla abierta con un ancho pórtico ojivo, y una puertecita le defendía del lado del muelle. Se entraba primero en un ancho patio rodeado de muros; esta segunda muralla cuadrangular tenía una puerta á la izquierda y otra en el fondo. Entrando por la puerta de la izquierda, como Ascanio acababa de verificarlo, se encontraba un pequeño y encantador edificio de estilo gótico del siglo XIV; era este el pequeño Neslé que tenía al Mediodía su jardín separado. Pasando, por el contrario por la puerta del fondo, se veía á mano derecha el gran Nesle, todo de piedra, y flanqueado por dos torreones con sus techos agudos guardados de balaustradas, su fachada angular, sus altas ventanas, sus vidrios de colores y sus veinte veletas girando al viento; podían alojarse allí cómodamente tres banqueros de hoy.

Después, marchando siempre hácia adelante, se perdía uno en jardines de todas clases, y se hallaba en uno de ellos un juego de pelota, otro de sortija, una fundición, un arsenal, después de lo cual estaban los corrales, los apriscos, los establos y las caballerizas; podían alojarse cómodamente tres hacendados de nuestros días.

El todo, es preciso decirlo, estaba muy descuidado y en malísimo estado; apenas bastaban Raimbault y sus dos auxiliares para conservar el jardín del pequeño Neslé, donde Colomba cultivaba las flores y la señora Petra plantaba hortalizas. Pero el todo era espacioso, muy claro, sólidamente construido, y con un poco de cuidado y de gusto hubiera podido hacerse de él el taller mas magnífico del mundo, pero aunque hubiese sido infinitamente menos bueno aquel edificio, Ascanio no se hubiera alegrado menos, pues lo principal para él era estar cerca de Colomba.

Por lo demás, la visita fue corta: en un momento el ágil joven lo vió todo, lo recorrió todo, y lo apreció todo: lo cual viendo la señora Petra, que en vano había tratado de seguirle, le dió el mandojo de llaves, que le fueron fielmente devueltas al fin de aquella investigación.

—Ahora, señora Petra, dijo Ascanio, estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien, entremos ya en el pequeño Nese, presta que presta como yo, que debéis despediros de la señorita Colomba.

—Decid bien, señora Petra, y obrar de otro modo sería el acto mas impolitico que pudiera cometer.

—Pero no digais una palabra á Colomba del objeto de vuestra visita.

—Oh Dios mio! entonces de qué voy á hablarla? exclamó Ascanio.

—Vaya una gran dificultad! No me habeis dicho que érais platero?

—Si á fe mia.

—Pues entonces habladle de joyas, que esta es una conversacion que alegra siempre el corazon de la mas recatada. Es hija de Eva á no lo es? pues si es hija de Eva, gustará de todo lo que brilla. Ademas la pobre niña tiene tan poca distraccion en su retiro que es un acto de caridad distraerla un poco. Verdad es que el recreo que conviene á su edad sería un buen casamiento. Asi es, que no viene una sola vez á vernos maese Roberto, que no le diga al oido: casad á esta pobre muchacha, casadla pronto.

Y sin apercibirse de las conjeturas que la confesion de esta familiaridad podia hacer recaer sobre su posicion en casa del preboste, la señora Petra volvió á tomar el camino del pequeño Nese y entró seguida de Ascanio en el salon donde habia dejado á Colomba.

Colomba permanecia aun pensativa y en la misma actitud en que la habiamos dejado, sin mas diferencia que haber levantado veinte veces lo menos la cabeza, y fijado sus miradas en la puerta por donde habia salido Ascanio, de modo que cualquiera que hubiese seguido estas miradas repetidas, hubiera podido creer que le esperaba; sin embargo á penas vió girar la puerta sobre sus goznes, púsose Colomba á trabajar con tanta prisa, que ni la señora Petra ni Ascanio pudieron sospechar que su trabajo habia sido interrumpido.

—Cómo habia adivinado que el jóven seguia á la duena? esto es lo que el magnetismo hubiera podido explicar, si se hubiese inventado en aquella época el magnetismo.

—Os presento á nuestro jóven galan, aquel que tantas veces nos ha dado agua bendita, mi querida Colomba, porque es él en persona, ya lo habia reconocido yo muy bien. Iba á conducirlo por la puerta del gran Nese cuando me advirtió que no se habia despedido de vos. Y es verdad que tiene razon; pues si una triste palabra os habeis dicho, á pesar de que pingue de los dos es mudo, á Dios gracias.

—Señora Petra, interrumpió Colomba turbada.

—Y que importa! no debéis avergonzaros por eso. Ascanio es un joven honrado como vos sois una señorita recatada. Además, según parece es un buen artista de joyas, piedras preciosas y otros dijes, que tanto gustan generalmente á las jóvenes. Si quereis, traerá algunas para que las veis.

—No tengo necesidad de nada, murmuró Colomba.

—En la actualidad es posible; pero es de creer que no morireis reducida en este maldito retiro. Teneis diez y seis años, Colomba, y llegará día en que os caseis, y entonces os darán toda clase de joyas y de adornos. Pues bien, cuánto mejor es dar la preferencia á las de esta joven que á las de otro cualquiera que no lo merezca?

Colomba estaba en un suplicio. Ascanio, á quien solo alegraron verdaderamente las provisiones de la dueña, lo notó y acudió al socorro de la pobre niña, para quien una conversacion directa era mil veces mas embarazosa que aquel monólogo por intérprete.

—Oh! señorita, dijo, no me negueis la gracia de traeros algunas de mis obras, ahora me parece que las he hecho para vos, y que al hacerlas pensaba en vos.—Oh! si, podeis creerlo porque nosotros los artistas de joyas mezclamos á veces con el oro, la plata y las piedras preciosas, nuestros propios pensamientos. En esas diademas que ciñen vuestras cabezas, en esos brazaletes que adornan vuestros brazos, en esas flores, en esos pájaros, en esos ángeles, en esas quimeras que hacemos balbucear en vuestras orejas, empleamos muchas veces respetuosas adoraciones.

Como historiadores debemos decir que á estas dulces palabras el corazón de Colomba se dilataba; porque Ascanio, tanto tiempo mudo, hablaba al fin y hablaba como ella pensaba que debía hablar; porque, sin levantar los ojos, la joven sentia el rayo ardiente de sus ojos fijos en ella, y hasta el acento extranjero de aquella voz prestaba singular encanto á esas palabras nuevas y desconocidas para Colomba, pronunciadas empero en el idioma fácil y armonioso del amor que las jóvenes comprenden antes de hablarle.

—Bien sé, continuó Ascanio, fija siempre la vista en Colomba, bien sé que nada añadimos á vuestra beldad; no hemos á Dios mas rico porque adornen su altar; pero al menos rodeamos vuestra gracia de todo lo que es suave y hermoso como ella, y cuando pobres y humildes obreros de encantos y de brillo, os vemos desde el centro de nuestra obscuridad pasar á nuestra luz, nos consolamos de ser tan inferiores á vosotras pensando que nuestro nuestro os eleva mas.

—Oh señor, respondió Colomba temblando, vuestras bellas cosas me serán probablemente siempre desconocidas ó al menos inútiles, vivo en el aislamiento y en la obscuridad, y lejos de fastidiarme este aislamiento y esta obscuridad, confieso que me agradan y que quisiera vivir siempre así; y sin embargo, confieso que desearia ver vuestros adornos; no por mí, sino por ellos; no para ponérmelos, sino para admirarlos.

Y temiendo haber dicho demasiado y quizás decir mucho mas, Colomba al concluir estas palabras saludó y salió con tal rapidez que á los ojos de un hombre mas sabio en semejante materia esta salida hubiera podido pasar muy bien por una fuga.

—Bien! bien! dijo la dueña, miradla ya algo reconciliada con la coquetaría. Verdad es, jóven que hablais como un libro. Preciso es creer que en vuestro pais hay secretos para encantar á las gentes; la prueba es que me habeis enterado en un momento de vuestros asuntos, y á fé mia deseo que el señor preboste no os haga una mala partida. Eea, hasta la vista, jóven, y decid á vuestro maestro que viva con cuidado. Prevenidle que el señor de Estourville es duro como el diablo y muy poderoso en la corte. Así que, si vuestro maestro quisiera creermé, debia renunciar á habitar el gran Nesle, y sobre todo á tomarlo á la fuerza. En cuanto á vos, volveremos á veros, no es verdad? Pero sobre todo no creais á Colomba, solo de los bienes de su difunta madre es mas rica de lo que necesita para pasarse sin los caprichos veinte veces mas costosos que los que le ofrecéis. Pero escuchad lo que os digo, traedla tambien algunos objetos mas sencillos, tal vez piense haermé algun regalillo. Gracias á Dios, no estamos todavia en edad de negarnos á toda coquetaría. Lo entendeis, no es verdad?

Y juzgando que era necesario para ser mejor comprendida, añadir el gesto á las palabras, la señora Petra apoyó su mano en el brazo del jóven. Ascánio tembló como un hombre que despierta sobresaltado. Pareciale en efecto que todo esto era un sueño. No comprendia que estuviese en casa de Colomba, y dudaba de que aquella blanca aparicion, cuya voz melodiosa resonaba todavia en su oido, cuya forma ligera acababa de deslizarse delante de sus ojos, fuese efectivamente la misma, por una mirada de la cual hubiera dado su vida la vispera y aquella misma mañana.

Así que lleno de su felicidad presente y de su esperanza en el porvenir prometió á la dueña todo lo que quiso, sin escuchar siquiera lo que le pedia. Que le importaba! No estaba dispuesto á dar todo lo que poseia para volver á ver á Colomba.

En seguida pensando él mismo que no sería conveniente alargar su visita, se despidió de la dueña prometiéndola volver al día siguiente.

Al salir del pequeño Nesle, Ascanio se halló manos á boca con dos hombres que iban á entrar. Por la manera con que uno de estos dos hombres le miró, mas que por su vestido, conoció que debía ser el preboste.

Pronto sus sospechas se cambiaron en certidumbre cuando vió á estos dos hombres llamar en la misma puerta por la que acababa de salir: entonces se arrepintió de no haberse marchado mas pronto, porque quién le aseguraba que su imprudencia no habia de recaer sobre Colomba?

Para quitar todo carácter de importancia á su vista, suponiendo que el preboste hubiese reparado en ella, Ascanio se alejó sin volver la cabeza hácia este pequeño rincon del mundo, único del cual hubiera querido ser rey en aquel momento.

Al entrar en el taller encontró á Benvenuto muy pensativo. El hombre que los habia detenido en la calle era el Primático, que como buen compañero, corria á Prevenir á Cellini que durante la visita que le habia hecho por la mañana Francisco I, se habia granjeado con su imprudencia el odio y la enemistad de la duquesa de Etampes.

VII.

Un novio y un amigo.

Uno de los dos hombres que entraron en el palacio de Nesle cuando Ascanio salía era precisamente Roberto de Estourville, preboste de París. En cuanto al otro pronto sabremos quién era.

Cinco minutos después de haberse retirado Ascanio, entró precipitadamente la señora Petra en el cuarto donde se hallaba Colomba, anunciándole que su padre la estaba esperando en la pieza inmediata.

—¡Vi padre! exclamó Colomba asustada. Después añadió en voz baja, Dios mío! Dios mío, lo habrá encontrado?

—Si, vuestro padre, hija mía, replicó la dueña, contestando á la única parte de la frase que había oído, y con él otro señor viejo que no conozco.

—Otro señor viejo! dijo Colomba temblando. Dios mío! qué significa esto? En dos ó tres años esta es la primera vez que mi padre no viene solo.

Sin embargo, como á pesar del temor de la joven tenía que obedecer, pues conocía el carácter impaciente de su padre, recurrió á todo su valor y entró en la sala que acababa de dejar, con la sonrisa en los labios, porque á pesar de este temor que experimentaba por la primera vez y de que no se daba cuenta, amaba á Estourville con un amor verdaderamente filial. Y á pesar de la poca expansión que le permitía el preboste, los días en que este visitaba el palacio de Nesle eran los días tristes y monótonos de Colomba señalados como días de fiesta.

Colomba avanzaba estendiendo los brazos y entreabriendo la boca, pero el preboste no le dió tiempo ni para abrazarle ni para hablar,

pasó tomándola de la mano y conduciéndola delante del desconocido, que estaba apoyado contra la gran chimenea llena de flores, le dijo:

—Querido amigo, te presento á mi hija. Después dirigiendo la palabra á su hija, añadió:—Colomba hé aquí al conde de Orbec, tesorero del rey y vuestro futuro esposo: Colomba lanzó un débil grito que pronto sofocó atendiendo á su decoro; pero sintiendo debilitarse sus rodillas se apoyó en el respaldo de una silla.

En efecto, para comprender principalmente en la disposición de espíritu en que se hallaba Colomba, todo lo que tenía de horrible aquella presentación inesperada, será preciso saber quién era el conde de Orbec.

Seguramente Roberto de Estourville, padre de Colomba, no era hermoso, había entre sus espesas cejas, que fruncía ante el menor obáculo físico ó moral que encontraba, cierto aire de dureza, y en toda su persona rechoncha, algo de pesado y torpe que prevenía medianamente en su favor; pero comparado con el conde de Orbec parecía San Miguel Arcángel al lado del Dragón. Por lo menos la cabeza cuadrada, las facciones fuertemente pronunciadas del preboste anunciaban la resolución y la fuerza, mientras que sus ojos de lince pardo y vivos indicaban la inteligencia; pero el conde de Orbec, seco y amojonado, con sus largos brazos de araña, su vocecilla de místico y su lentitud de caracol, era no solamente feo, sino asqueroso: una fealdad á la vez hostil y ruin. Su cabeza encorbada é inclinada sobre el hombro tenía una sonrisa falsa y una mirada traidora.

Así es que al ver Colomba esta horrorosa criatura que le presentaba para esposo, cuando su corazón, su pensamiento y sus ojos estaban todavía llenos del hermoso joven que acababa de salir de aquella misma sala, no pudo, como ya hemos dicho, repetir su primer grito, pero su fuerza se había detenido allí, quedando pálida y helada, y mirando solamente á su padre con espanto.

—Te pido perdón, querido amigo, continuó el preboste, por la turbación de Colomba, no lo estrañes; hace dos años que no ha salido de aquí, el aire de la época no es muy bueno como sabes, para las jóvenes hermosas; después, á decir verdad, he hecho mal en no prevenirla acerca de nuestros proyectos, lo que por otra parte era inútil, porque las cosas que yo he resuelto no necesitan la aprobación de nadie para ser puestas en ejecución; en fin ella no sabe quién eres tu, ignora que con tu nombre, tus grandes riquezas y el favor de la duquesa de Etampes estás en posición de lograrlo todo; pero cuando lo reflexioné apre-

ciará el honor que nos haceis, en unir tu antigua aburnia á nuestra jó-
ven nobleza; ella sabrá que amigos haceis cuarenta años...

—Basta amigo, basta, interrumpió el conde y dirigiéndose á Colom-
ba con esa seguridad familiar é insolente que tanto contrastaba con la
timidez del pobre Ascanio:—Vamos, vamos, reponeos, hija mía, le di-
jo, y recobren vuestras mejillas esos vivos colores que tan bien le
sientan. Oh Dios mío! ya sé lo que es una doncellita, y también lo que
es una casada, porque habeis de saber, querida, que lo he estado ya
dos veces; vaya, es menester que no os turbeis por esto; espero que os
causará miedo, eh! añadió fatuamente el conde estirándose y pasando
sus manos sobre sus raquiticos bigotes y mezquina perilla: conozco que
vuestro padre ha hecho mal en darme tan repentinamente ese título
de marido, que conmueve siempre un poco el corazón de una jóven,
cuando lo oye por la primera vez; pero ya os acostumbrareis á él, y
vos misma lo pronunciareis con esa linda boca. Muy bien! muy bien!
os poneis pálida... Dios me perdone! creo que va á desmayarse...

Y Orbec estendió los brazos para sostener á Colomba, pero esta se
incorporó dando un paso hácia atrás temiendo su contacto con el de
una serpiente, y recuperando las fuerzas para pronunciar algunas pa-
labras, dijo balbuceando:

—Perdon, señor, perdon, padre mío, esto no es nada; yo creía,
esperaba...

—Y qué habeis creído? qué habeis esperado? vamos decidlo pronto,
respondió el preboste fijando en su hija sus ojitos vivos é irritados;

—Esperaba que me permitiérais permanecer siempre á vuestro lado,
padre mío, replicó Colomba. Desde la muerte de mi pobre madre no
teneis mas que mi afecto, mis cuidados, y habia pensado...

—Callate, Colomba, respondió imperiosamente el preboste, no soy
todavía tan viejo, que pueda necesitar de esos cuidados, y vos teneis
ya edad para estableceros.

—Ea! Ea! dijo Orbec, mezclándose de nuevo en la conversacion,
aceptadme sin tantas ceremonias, niñita mía. Conmigo seréis tan fe-
liz como nadie, y mas de una os envidiará. Soy rico y quiero que me
deis honor; ireis á la corte, y os presentareis con joyas que envidiará,
no solo la reina, sino hasta la misma duquesa de Etampes.

No sé qué pensamientos se despertaron con estas últimas palabras
en el corazón de Colomba, pero el rubor volvió á aparecer en sus me-
jillas; y halló medio de contestar al conde á pesar de la mirada seve-
ra con que la amenazaba el preboste:

—Pediré por lo menos á mi padre, señor, el tiempo necesario para reflexionar en vuestra proposicion,

—Qué es eso exclamó Estourville con violencia. Ni una hora, ni un minuto. Desde este momento sois la desposada del conde, lo entendeis? y seriais desde esta tarde su muger, si no tuviese precision de partir dentro de una hora para su condado de Normandia, y ya sabeis que mis voluntades son órdenes. ¡Reflexionad! ¡voto á Cristo! Orbec, dejemos á esta monuela. Desde este momento es tuya, amigo mio, y la reclamarás cuando quieras. Ahora vamos á visitar vuestra futura morada. Orbec quiso quedarse para añadir todavía alguna palabra á las que ya habia dicho, pero el preboste le cojió del brazo y lo condujo, atusándose el pelo; contentóse, pues, con saludar á Colomba con su perversa sonrisa y salió con Estourville.

Detrás de ellos y por la puerta del fondo entró la señora Petra, habia oido al preboste levantar la voz, y adivina, adivinando que habria dirigido á su hija algunas de sus reprensiones habituales. Llegó á tiempo para recibir á Colomba en sus brazos. ¡Oh Dios mio! Dios mio! exclamó la pobre niña llevando su mano á los ojos como para no ver mas á ese odioso Orbec, á pesar de hallarse ya ausente. ¡Oh Dios mio! ¡debía concluir esto así! ¡Oh mis sueños dorados! ¡Oh mis esperanzas melancólicas! ¡Todo lo he perdido, todo se ha desvanecido como el humo! ¡Solo me resta morir!

Ocioso sería preguntar si esta exclamacion, unida á la debilidad y á la palidez de Colomba, asustó á la dueña, y si al asustarla despertó su curiosidad. Y como por su parte Colomba tenia necesidad de desahogar el corazon, contó á su digna aya, derramando las lágrimas mas amargas que jamás habia vertido, lo que acababa de pasar entre su padre, el conde de Orbec y ella. La señora Petra convino en que el novio no era ni jóven ni hermoso; pero como en su opinion la mayor desgracia que puede suceder á una muger es la de quedar soltera, sostuvo á Colomba que valia mas tener un marido viejo y feo, pero rico y poderoso, que no tener ninguno.

Pero como ésta teoria repugnase á los sentimientos delicados y nobles de Colomba, retiróse á su cuarto dejando á la dueña, cuya imaginacion era muy viva, construir mil planes de porvenir para el dia en que se elevaria del cargo de aya de la señorita Colomba al grado de dama de compañía de la condesa de Orbec.

Durante este tiempo el preboste y el conde principiaron á su vez la visita del gran Nesle; que acababan de hacer una hora antes la señora Petra y Ascanio.

No dejaría de ser una cosa muy curiosa, si las paredes que, segun se dice, tienen oidos, tuviesen tambien ojos y lengua, y

confesasen á los que entran lo que han visto y oído de los que salen.

Pero como las paredes callaban y miraban al preboste y al tesorero; fiándose la vez á la manera de las paredes, el susodicho tesorero era quien hablaba.

—Verdaderamente, decia al atravesar el patio que conduce del pequeño al gran Nesle, verdaderamente la muchacha es una muger como á mí conviene, mi querido Estourville; honrada, ignorante y bien educada. Pasada la primera tempestad, vendrá la calma y el tiempo bueno. Todas las muchachas sueñan con un marido jóven, buen mozo, de talento y rico. Yo por lo menos, reuno la mitad de las cualidades que pueden exigirse. Pocos hombres pueden decir otro tanto, y esto es ya bastante. En seguida, pasando de su mager futura á su finca prometida, y hablando con el mismo acento codicioso de una y otra: lo mismo que ese antiguo Nesle, continuó, que es un magnífico palacio, por lo cual te doy las gracias. Allí estaremos perfectamente mi muger, yo y toda mi tesorería; y con algunos gastos que logremos hacer pagar á S. M. podemos sacar un excelente partido de este edificio. A propósito; Estourville, ¿estás seguro de conservar esta finca? Debias hacer que formalizasen tu título; pues, segun tengo entendido, el rey no te lo ha dado todavia.

—Es verdad que no me lo ha dado, replicó riendo el preboste, pero me lo ha dejado tomar, que es lo mismo.

—Si, pero si algún otro te juega la mala pieza de hacerle esta petición en regla?

—Sería mal recibido, estoy seguro. Y ademas contando como cuento yo con el apoyo de la duquesa de Etampes y con el tuyo, te haria arrepentirse pronto de sus pretensiones. Pero no, no hay motivo para que esté con cuidado; el palacio de Nesle me pertenece tan positivamente, querido amigo, como mi hija Colomba es tuya. Marcha, pues, tranquilo y vuelve pronto.

Luego que el preboste dijo estas palabras, de cuya veracidad ni él ni su interlocutor tenían ningun motivo para dudar, un tercer personaje conducido por el jardinero Reimbaut, se presentó en el umbral de la puerta que conducia del patio cuadrangular á los jardines del gran Nesle. Era este el vizconde de Marinagne, pretendiente tambien de Colomba, pero pretendiente desgraciado. Era un guapo mozo, de colores sonrosados, insolente, hablador, muy enamorado, lleno de orgullo por su cargo de secretario del rey, cuya posicion le permitia aproximarse á S. M. de la manera con que se aproximaban sus lebreles, sus papagayos y sus monos. Así es que el preboste no se habia engañado respecto á ese favor aparente, y á esa familiaridad superficial de que gozaba cerca de S. M.; favor y familiaridad que solo debia, segun aseguraba, á la ca-

ension poco moral que daba á su cargo. Además, el vizconde de Marmagne hacia mucho tiempo que se habia comido todo su patrimonio, y no tenia mas fortuna que las liberalidades de Francisco I. Pero estas liberalidades podian acabarse de un dia á otro, y el preboste no era tan loco que se fuese en cosas de esta importancia de los caprichos de un rey demasiado sugeto á los caprichos. Asi es que habia rechazado la peticion del vizconde de Marmagne, confesándole confidencial y reservadamente que hacia tiempo habia ofrecido á otro la mano de su hija. Gracias á esta confidencia que motivaba la negativa del preboste, el vizconde de Marmagne y Sir Roberto de Estourville quedaron en la apariencia los mejores amigos del mundo, aunque desde este tiempo el vizconde detestó al preboste, y por su parte el preboste desconfió del vizconde, el cual bajo su aire afable y risueño, no habia podido ocultar su odio á un hombre, tan habituado como lo estaba Estourville, á leer en la oscuridad de los corazones. Cada vez que veia el preboste aparecer al vizconde, esperaba recibir bajo su aire afable y cumplido al portador de malas nuevas, las cuales tenia la costumbre de divulgar con las lágrimas en los ojos y con ese dolor fingido y calculado, que derrama gota á gota el veneno sobre una herida.

En cuanto al conde de Orbec, el vizconde de Marmagne habia roto poco á poco con él. Orbec despreciaba á Marmagne porque Marmagne carecia de fortuna y no podia tener un rango. Marmagne despreciaba á Orbec porque Orbec era viejo, y habia por consecuencia perdido el privilegio de agradar á las mujeres: en fin, se aborrecian los dos, porque todas las veces que se habian encontrado en el mismo camino, el uno habia quitado alguna cosa al otro.

Asi que, desde que se vieron los dos cortesanos, se saludaron con esa sonrisa sardónica y fria que solo se ve en las antecámaras de los palacios, y que equivale á decir: «Ah! si no fuéramos los dos cobardes, hace ya mucho tiempo que uno de los dos no viviria!»

Sin embargo, como es deber de un historiador decir el bien y el mal, es justo confesar que se contentaron con este saludo y esta sonrisa, y que sin haber dirigido el conde de Orbec una sola palabra al vizconde de Marmagne, salió inmediatamente conducido por el preboste por la misma puerta que acababa de dar entrada á su enemigo.

Apresurémonos á añadir que á pesar del odio que los separaba, cuando llegaba la ocasion estaban dispuestos estos dos hombres á reunirse momentáneamente para perjudicar un tercero.

El conde de Orbec salió. El preboste se halló solo con su amigo el vizconde de Marmagne, y se adelantó hácia él con un semblante alegre, mientras este lo esperaba con aire triste.

—Muy bien, muy bien, mi querido preboste, le dijo Marmagne rompiendo primero el silencio, parece que estais muy alegre.

—Y vos, mi querido Marmagne, respondió el preboste, parece que estais muy triste.

—Ya sabeis, mi querido Estourville, que las desgracias de mis amigos me afligen tanto como las mias.

—Si, si, conozco vuestro corazon, dijo el preboste.

—Y cuando os he visto tan alegre con vuestro futuro yerno, el conde de Orboc, pues no es ya un secreto el casamiento de vuestra hija con él, y por lo cual os felicito, mi querido Estourville....

—Ya sabeis que os he dicho hace mucho tiempo, que la mano de Colomba estaba prometida, mi querido Marmagne.

—Si, no sé verdaderamente cómo consentis en separaros de vuestra hija.

—No me separo de ella, replicó el preboste. Mi yerno, el conde de Orboc, hará pasar el Sena á toda su tesoreria y vendrá á habitar el gran Nesle, mientras que yo en mis momentos perdidos habitaré el pequeño.

—Pobre amigo! dijo Marmagne meneando la cabeza con aire profundamente triste, apoyando una de sus manos en el brazo del preboste y llevando la otra á sus ojos para enjugar una lágrima que no existia.

—¿Qué es eso, amigo mio? dijo Estourville, qué tenéis que anunciarme?

—Pues qué soy yo el primero en anunciaros esta fatal nueva?

—¿Cuál? vamos, hablad.

—Ya sabeis, mi querido preboste, que es menester ser filósofo en este mundo, y hay un antiguo proverbio que nuestra pobre raza humana debería tener sin cesar en la boca, porque él solo encierra toda la sabiduría de las naciones.

—Y cuál es ese proverbio? acabad.

—El hombre propone, mi querido amigo, y Dios dispone.

—Y qué cosa he dispuesto yo de que Dios dispondrá? vamos, acabad ya de una vez.

—Habeis destinado el palacio del antiguo Nesle á vuestro yerno y á vuestra hija?

—Efectivamente, y espero que se instalarán en él antes de tres meses.

—No os hagais ilusiones, mi querido preboste, no os hagais ilusiones. A estas horas el palacio de Nesle no es vuestro. Perdonadme que os cause este pesar; pero he creído que valia mas que supiéscis esta noticia de la boca de un amigo, quien conociendo vuestro carácter vivr

empleará en decíroslo todos los miramientos debidos, que de la boca de otro cualquiera mal intencionado que contento con vuestra desgracia, os la hubicrá arrojado brutalmente á la cara. Ay! amigo mio! el gran Nesle no es vuestro ya.....

—Y quién me lo ha quitado?

—S. M.

—S. M.?

—S. M. en persona: ya veis que la desgracia es irreparable.

—Y cuándo ha sucedido eso?

—Esta mañana. Si mi obligacion no me hubiese detenido en el Louvre, hubiera venido antes á daros la noticia.

—Os habrán engañado, Marmagne, será algun falso rumor que mis enemigos se complacen en esparcir y del cual sois vos un eco prematuro.

—Ojalá fuese así! pero desgraciadamente no me lo han dicho sino que yo lo he oido.

—Y qué habeis oido?

—He oido al mismo rey dar el gran Nesle á otro.

—Y quién es ese otro?

—Un aventurero italiano, un platero que tal vez conoceréis de nombre, un intrigante que se llama Benvenuto Cellini, que hace dos meses ha llegado de Florencia, con quien el rey se ha encaprichado yo no sé por qué, en términos que hoy mismo ha ido á visitarlo con toda su corte al palacio del cardenal de Ferrara, donde este artista ha establecido su tienda.

—Y decís, vizconde, que estábais allí cuando el rey hizo donacion del gran Nesle á ese miserable?

—Allí estaba, respondió Marmagne, pronunciando estas dos palabras letra á letra y acentuándolas con lentitud y voluptuosidad.

—No importa, dijo el preboste, espero á ese aventurero que venga á tomar cuando quiera el presente real.

—Cómo, tendreis intencion de hacer resistencia?

—Sin duda.

—A una orden del rey?

—A una orden de Dios, á una orden del diablo, á todas las órdenes en fin que tengan la pretension de hacerme salir de aqui.

—Cuidado! cuidado, preboste, respondió el vizconde de Marmagne: además de la cólera del rey á la cual os espondriais, ese Venvenuto Cellini es por sí mismo mas temible de lo que pensais.

—Sabeis quién soy yo, vizconde?

—En primer lugar, él goza de todo el favor de S. M.: verdad es que provisionalmente, pero el resultado es que él goza de este favor.

—Sabeis que yo, preboste de París, represento á S. M. en el Chatelet, que me siento bajo un dosel con vestido corto, con capa de cuello, espada al lado, sombrero adornado de plumas en la cabeza, y teniendo en la mano un baston de mando?

—Además debo deciros que ese maldito italiano admite gustoso la lucha de poder á poder con toda clase de principes, de cardenales y de papas.

—Sabeis que tengo un sello particular que da autenticidad á las actas?

—Añaden que este maldito espadachin hiere y mata sin escrúpulo á todos aquellos que le incomodan.

—Ignorais que tengo á mis órdenes de dia y de noche una guardia de veinte y cuatro hombres de armas?

--Dicen que él ha acometido á un platero á quien queria mal, en medio de un batallon de sesenta hombres.

--Olvidais que el palacio de Nesle está fortificado, que tiene almenas en las murallas, y buhardas encima de las puertas, sin contar el fuerte de la ciudad que de un lado lo hace inespugnable.

--Se asegura que entiende de sitios como Bayardo ó Antonio de Leida.

--Eso es lo que veremos.

--Yo tengo miedo.

--Y yo espero.

--Quereis que os dé un consejo, mi querido amigo?

--Dadlo siempre que sea corto.

--No tratéis de luchar con quien sea mas fuerte que vos.

--Mas fuerte que yo un mal artista de Italia! vizconde, vos me exasperais.

--Es que podriais arrepentiros y os hablo con toda formalidad.

--Vizconde, me sacais de mis casillas.

--Reflexinad que ese hombre tiene al rey en su favor.

--Y yo tengo á la duquesa de Etampes.

--S. M. podrá llevar á mal que se opongan á su voluntad.

--Ya lo he hecho, señor, y con buen resultado.

--Sí, lo sé. En el asunto del peaje del puente de Mantes... pero.

--Pero qué?

--Pero nada se arriesga ó por lo menos se arriesga poca cosa en resistir á un rey que es débil y bueno, mientras que se arriesga todo entrando en lucha con un hombre fuerte y terrible, como lo es Benvenuto Cellini.

--Vote al chápiro, vizconde! quereis volverme loco?

--Todo al contrario, quiero haceros prudente.

--Basta vizconde, basta! Os juro que al villano me pagará caro el mal rato que vuestra amistad acaba de hacerme pasar.

--Dios lo quiera! preboste, Dios lo quiera!

--Está bien! está bien! no tenéis otra cosa que decirme?

--No, no, creo que no, dijo el vizconde como si tratase de buscar alguna noticia que pudiese hacer contrapeso á la primera.

--En ese caso adios, exclamó el preboste.

--Adios, mi pobre amigo!

--Adios.

--Nada tendré que reprenderme y esto me consuela.

--Adios, adios.

--Buena suerte, pero debo deciros que al espresaros esta deseo dudo verlo cumplido.

--Adios! adios! adios!

--Adios.

--Al menos he advertido.

--Adios.

Y el vizconde de Marmagne con el corazon lleno de suspiros, y al rostro alterado por el dolor, despues de haber apretado la mano del preboste como si se despidiese para siempre de él, se alejó levantando los brazos al cielo.

El preboste le siguió y cerró tras si la puerta de la calle.

Ya se comprende que esta conversacion amistosa habia irritado singularmente la sangre y removido la bilis de Estourville. Asi es que buscaba sobre quién podria descargar su mal humor, cuando de repente se acordó de aquel jóven que habia visto salir del gran Nesle en el momento en que él iba á entrar con el conde de Orbec. Como Raimbaut estaba allí, no tuvo que buscar lejos al que debia darle noticias sobre aquel desconocido, y haciendo venir á su presencia al jardinero, con uno de esos jestos imperativos que no admiten réplica, le preguntó lo que sabia de aquel jóven.

El jardinero contestó que habiéndose presentado aquel jóven en nombre del rey para visitar el gran Nesle, creyó que debia acceder á su peticion sin mas indagaciones, por lo cual lo presentó á la señora Petra, y esta lo habia enseñado con suma complacencia todo el palacio.

El preboste se lanzó en el pequeño Nesle á fin de pedirle esplicacion á la dueña, pero desgraciadamente acababa de salir para hacer la provision de la semana.

Habíase quedado sola Colomba; pero como el preboste no podia siquiera suponer que hubiese visto al jóven desconocido, despues de las prohibiciones reiteradas y terminantes que habia hecho á la señora Petra respecto de los buenos mozos, no la habló siquiera de esto,

En seguida, como sus funciones le llamasen al gran Chatelet, partió mandando á Raimbaut so pena de despedirlo al instante de su servicio, que no dejase entrar á nadie, cualquiera que fuese, en el grande ni en el pequeño Nesle, y sobre todo al miserable aventurero que se habia introducido en él la vispera.

Así es que cuando Ascanio se presentó al siguiente dia con sus joyas segun le habia suplicado la señora Petra, Raimbaut se contentó con abrir un postiguillo y decirle por entre los hierros que el palacio de Nesle estaba cerrado para todo el mundo y particularmente para él.

Ascanio, como se deja conocer, se retiró desesperado; pero, el preciso decirlo, no acusó un instante á Colomba por aquella estraña acogida: la jóven solo habia dirigido una mirada, solo habia pronunciado una frase; pero habia en esa mirada tanto amor modesto, y en aquella frase tanta amorosa melodia, que desde la vispera Ascanio oia como una voz de ángel que le cantaba en el corazon.

Con razon pensó que como habia sido visto por sir Roberto de Estourville, este solo habia sido quien habia dado aquella terrible consigna de que él era víctima.

VIII.

PREPARATIVOS DE ATAQUE Y DEFENSA.

Apenas entró Ascanio en el taller y dió cuenta á Benvenuto del resultado de su escursión relativa á la topografía del palacio de Nesle, cuando viendo este que le convenia bajo todos conceptos el edificio, se apresuró á ir á casa del primer secretario de hacienda del rey, el señor Neuville, para pedirle acta de la donación real: el señor de Neuville pidió veinte y cuatro horas de término para asegurarse de la verdad de las pretensiones de maese Benvenuto; y aunque este consideró bastante impertinente el que no se le creyese bajo su palabra, habia comprendido la legalidad de esta petición: volvióse á su casa, pero decidido á no conceder al siguiente día al señor de Neuville ni media hora.

Así es que al siguiente día se presentó á la hora convenida, y fué introducido al momento, lo que le pareció de buen agüero.

-- Ahora, bien, monseñor, dijo Benvenuto, el italiano es un embustero ó dice la verdad?

-- La verdad toda entera, mi querido amigo.

-- Me alegro mucho.

-- Y el rey me ha mandado que os entregue el acta de donación en debida forma.

-- La cual será bien recibida.

-- Sin embargo, continuó vacilando el secretario del rey.

--;Y bien! ¿qué nuevo inconveniente hay? veamos.

--Sin embargo, si me permitiérais daros un buen consejo.

--;Un buen consejo! diablo, es cosa rara, señor secretario: ¡dadlo ¡dadlo!

--Pues bien, reducése este, á que busqueis para vuestro taller otro local que no sea el gran Nesle.

--;Ola! respondió Benvenuto con aire chocarrero; ¿creéis que ese no es bueno?

--Si tal, y la verdad me obliga á deciros que con dificultad encontraréis otro mejor.

--¿Pues bien, entonces qué defecto le poneis?

--Que pertenece á un personaje demasiado elevado para que os roceis impunemente con él.

--Yo pertenezco al noble rey de Francia, respondió Cellini, y no retrocederé jamás mien tras obre en su nombre.

--Sí, pero en nuestro país, maese Benvenuto, todo señor es rey en su casa, y si os empeñais en echar al preboste de la casa que habita, esponéis vuestra vida.

--Tarde ó temprano, es menester morir, respondió setenciosamente Cellini.

--Luego estais decidido...

--A matar al diablo, antes que el diablo me mate á mí. Que el señor preboste ande con cuidado, así como todos los que traten de oponerse á la voluntad del rey, principalmente cuando es maese Benvenuto Cellini el encargado de hacer ejecutar su voluntad.

Después de esto, Sir Nicolás de Neuville dió treguas á sus observaciones filantrópicas, y en seguida protestó mil formalidades que habia que llenar antes de estender el *acta*, pero Benvenuto se sentó tranquilamente declarando que no dejaria aquel sitio hasta que se le estendiese el *acta*, y que si era preciso dormir allí, estaba decidido y dormiria, pues previendo este caso habia prevenido en su casa que tal vez no volveria. Viendo esto Sir Nicolás de Neuville, tomó su partido con riesgo de lo que podia suceder, y estendió á Benvenuto Cellini el *acta* de donacion, poniendo sin embargo en noticia de Sir Roberto de Estourville lo que acababa de hacer, obligado por la voluntad del rey y por la tenacidad del platero.

En cuanto á Benvenuto Cellini, entró en su casa sin decir á nadie lo que acababa de hacer, guardó su donacion en el armario donde encerraba sus piedras mas preciosas, y se puso tranquilamente á trabajar.

Esta noticia transmitida al preboste por el secretario de hacienda del rey, probaba á Sir Roberto que Benvenuto, como le habia dicho el vizconde de Maragnue, tenia formado el proyecto de apoderarse de gra-

do & por fuerza del palacio de Nesle. El preboste se puso, pues, en guardia, llamó á sus veinte y cuatro hombres de armas, colocó centinelas en las murallas, y no fué ya al Chatelet sino cuando era absolutamente forzado por los deberes de su cargo.

Los días pasaban sin embargo, y Cellini, tranquilamente ocupado en sus trabajos principiaados, no arriesgaba el menor ataque. Pero el preboste estaba convencido de que aquella tranquilidad aparente no era mas que una estratagemá, y que su enemigo queria cansar su vigilancia para cogerlo de sorpresa; así es que Sir Roberto, con la vista siempre en acecho, el oido siempre alerta, pensando siempre en sus ideas belicosas, adquiria en este estado que no era ni la paz ni la guerra, cierta especie de fiebre de expectativa, cierto vértigo de ansiedad que amenazaba, si la situacion se prolongaba, volverle loco como al gobernador del castillo de Santanjelo; no comia ni dormia, y enflaquecia visiblemente.

De vez en cuando desenvainaba de repente su espada y se ponía á dar cuchilladas á una pared gritando: ¡que viene ya! ¡qué viene ese malvado, que viene! ya le espero.

Benvenuto no venia.

Sin embargo Sir Roberto de Estourville tenia momentos de calma; durante los cuales se persuadia á sí mismo que el platero habia tenido la lengua mas larga que la espada, y que jamás se atreveria á ejecutar sus criminales proyectos.

En uno de estos momentos fué cuando Colomba, saliendo por casualidad de su habitacion, vió todos estos preparativos de guerra y preguntó á su padre de qué se trataba.

--Se trata solamente de castigar á un pícaro, contestó el preboste.

Y como era costumbre en el preboste castigar, Colomba no preguntó siquiera quién era el pícaro cuyo castigo se preparaba, hallándose además demasiado absorta para que no se contentase con esta simple esplicación.

En efecto, con una sola palabra Sir Roberto habia hecho un terrible cambio en la vida de su hija: esta vida tan dulce, tan sencilla, tan oscura y tan retirada hasta entonces, esta vida de días tan serenos y de noches tan tranquilas se asemejaba á un pobre lago ajitado por la tempestad. Algunas veces hasta entonces habia vagamente presentido que su alma estaba dormida y su corazon vacío, pero pensaba que esta tristeza provenia de su aislamiento, pero atribuia este vacío á que habia perdido siendo niña á su madre, y hé aqui que de repente, lo mismo en su existencia que en su pensamiento, lo mismo en su corazon que en su alma, se hallaba todo lleno, pero por el dolor.

Oh! cuánto ohaba de menos ella entonces ese tiempo de ignorancia y de tranquilidad, durante el cual la vulgar pero vigilante amistad,

de la señora Petra bastaba casi á su felicidad ; ese tiempo de esperanza y de fé en el que contaba con el porvenir como se cuenta con un amigo, ese tiempo en fin de confianza filial , en que creía en el cariño de su padre. Ay ! en la actualidad ese porvenir era el odioso amor del conde de Orbec ; la ternura de su padre era la ambicion disfrazada de ternura paternal. Por qué en lugar de ser la única heredera de un hombre ilustre y de una gran fortuna, no habia nacido la hija de algun oscuro plebeyo que la hubiera cuidado y querido mucho ? Entonces hubiera podido amar á ese jóven artista que hablaba con tanta emocion y tanto encanto, ese hermoso Ascanio, que parecia tener tanta felicidad y tanto amor que dar.

Pero cuando los latidos de su corazon , cuando el rubor de sus mejillas advertian á Colomba que la imágen del desconocido ocupaba hacia largo tiempo su pensamiento , tenia que desechar este dulce sueño , y lo lógraba , poniendo delante de los ojos la triste realidad : por lo demás, desde que su padre le franqueó sus proyectos de casamiento, habia prohibido espresamente á la señora Petra que recibiese á Ascanio bajo ningun pretexto , amenazándola con decirlo todo á su padre , si la desobedecía , y como la dueña hubiese juzgado á propósito , temiendo ser acusada de complicidad con ella , callar los proyectos hostiles del maestro de Ascanio ; la pobre Colomba se consideró por este lado bien defendida.

Pero no se crea sin embargo que se resignó á obedecer como víctima las órdenes de su padre. No : todo su ser se rebeló á la idea de su alianza con ese hombre , á quien hubiera tenido odio si hubiera sabido lo que era este sentimiento ; así es que revolvia en su imaginacion pensamientos que jamás habia tenido, pensamientos de rebelion que miraba como sus crímenes por los cuales podia arrodillada perdon á Dios. Entonces pensó en ir á arrojarle á los pies de Francisco I pero habia oido contar que en una circunsiancia no menos terrible, le habia ocurrido la misma idea á Diana de Poitiers y que la habia costado el honor. La duquesa de Etampes podia tambien protegerla, salvarla si queria, pero ¿ querria ? no recibiría con una sonrisa las quejas de una niña ? Esta sonrisa de desprecio y de burla la habia ya visto Colomba en los labios de su padre cuando le suplicó que la conservára á su lado , y esta sonrisa le habia causado un mal terrible.

Colomba, pues, no tenia mas recurso que Dios , así es que se arrojaba ante su reclinatorio cien veces al dia , pidiendo al Señor de todas las cosas , que amparase su debilidad antes que concluyeran los tres meses que la separaban todavia de su terrible desposado , ó que si era imposible todo socorro humano , le permitiese al menos ir á unirse con su madre.

En cuanto á Ascanio su existencia no estaba menos alterada que la existencia de la que amaba. Veinte veces desde el momento en que Rafmbaut le habia manifestado la órden que le prohibia entrar en el palacio de Nesle, por las mañanas, antes que nadie se hubiese levantado, y por la noche, cuando todo el mundo dormia, habia ido á rondar á rededor de aquellas altas murallas que le separaban de su vida. Pero ni una sola vez, ostensible ni furtivamente habia intentado entrar en aquel vedado jardin. Tenia entonces ese respeto virginal de los primeros años que refiere á la mujer que se ama, del mismo amor que ha de tener mas tarde. Pero esto no impedía á Ascanio, mientras cincelaba su oro y engastaba sus perlas y sus diamantes, formar mil proyectos insensatos sin contar los que hacia en sus paseos de la mañana y de la noche, ó en sus sueños ajitados. Estos sueños se referian principalmente al dia tan temido en un principio y tan deseado ahora por él, en que Benvenuto debia hacerse dueño del palacio de Nesle, porque Ascanio conocia á su maestro, y toda esa aparente tranquilidad era la del volcan que oculta una erupcion. Esta erupcion, segun habia anunciado Cellini, debia verificarse el domingo; Ascanio no dudaba de que el domingo, segun Cellini, veria cumplido su proyecto.

Pero este proyecto, segun se habia podido juzgar por sus escursiones al rededor del palacio de Nesle, no se verificaria sin obstáculos, gracias á la guardia continua que habia en sus murallas. Ascanio habia observado en el palacio de Nesle todas las señales de una plaza de armas. Si habia ataque habria defensa, y como la fortaleza no parecia dispuesta á capitular, era evidente que habria que tomarla por asalto.

En este instante supremo era cuando la galanteria de Ascanio debia hallar una ocasion de manifestarse: habria brecha, y tal vez incendio. Una cosa parecida á esa era la que necesitaba, sobre todo un incendio, un incendio que pusiera los dias de Colomba en peligro. Entonces se lanzaria al través de las escaleras ruinosas, al través de los maderos ardiendo, al través de las paredes encendidas, oiria su voz pidiendo socorro y llegaría hasta ella, la cojería moribunda y desmayada en sus brazos, la llevaría por entre los abismos de llamas, estrechándola contra su pecho, sintiendo latir su corazon contra el suyo, y respirando su aliento. Despues de arrostrar mil peligros la depositaria á los pies de su padre desolado, que recompensaria su valor dándole la hija que le habia salvado, ó bien huyendo bajo algun puente movable arrojado por encima del fuego, se le deslizaria el pie y ambos caerian juntos y morirían abrasados, confundiendo sus corazones en su último suspiro, en un primero y último beso. Lo cual no era de despreciar para un hombre como Ascanio que ya no tenia esperanzas; porque despues de la felicidad de vivir el uno para el otro, la mayor es morir juntos.

Todos nuestros héroes pasaban, pues, como ya se ha visto, los días y las noches muy agitados, á escepcion de Benvenuto Cellini que parecia haber olvidado completamente sus proyectos hostiles sobre el palacio de Nesle, y de Scozzone que los ignoraba.

Sin embargo, habiéndose pasado toda la semana en las diferentes emociones que hemos dicho, y habiendo Benvenuto Cellini trabajado concienzudamente durante los siete días que la componen, y casi acabado el modelo de barro de su Júpiter, se puso el sábado á las cinco de la tarde su cota de malta, se abotonó su jubon por encima, y diciendo á Ascanio que le acompañase se encaminó hácia el palacio de Nesle. Cuando llegó al pie de las murallas Cellini dió la vuelta á la plaza examinando los lados débiles y meditando un plan de sitio.

El ataque debía ofrecer mas de una dificultad, segun lo habia dicho el preboste á su amigo Marmagne, segun lo habia asegurado Ascanio á su maestro, segun en fin podia verlo el mismo Benvenuto por sus propios ojos. El castillo de Nesle tenia almenas y buhardas, y además, los fosos y las murallas de la ciudad del lado del Pre-aux-Clers: era una de esas sólidas é imponentes casas feudales que podian perfectamente defenderse con su sola fábrica siempre que las puertas estuviesen sólidamente cerradas, y rechazar sin socorros de fuera á los ladrones y rateros, como se llamaban en aquella época, y además en caso de necesidad á las jentes del rey. Por lo demás era admitido en aquella divertida época el servir uno á sí mismo de policía y de ronda.

Concluido su reconocimiento, segun todas las reglas de la estrategia antigua y moderna, pensando que era preciso intimar á la plaza su rendicion antes de ponerla sitio, fué á llamar en la puertecita del palacio por la cual habia entrado ya una vez Ascanio. Para él como para Ascanio se habrió el postiguillo; pero esta vez, en lugar del pacífico jardinero se presentó un belicoso portero. Qué quereis? preguntó este al desconocido que acababa de llamar á la puerta del palacio de Nesle.

—Tomar posesion del palacio, cuya propiedad me está concedida á mí, Bauvenuto Cellini, respondió el platero.

—Está bien, esperad, respondió el portero y apresuróse, segun la orden que habia recibido, á ir á advertir al señor de Estourville.

Al cabo de un momento volvió acompañado del preboste, que sin manifestarse y conteniendo su aliento, se mantuvo escondido en un rincón para escuchar, rodeado de una parte de su guarnicion, á fin de juzgar mejor de la gravedad del caso.

—No sabemos lo que quereis decir, respondió el portero.

—Entonces, dijo Benvenuto Cellini, entregad este pergamino el señor preboste: es la copia certificada del acta de donacion.

Y pasó el pergamino por el ventanillo.

El portero desapareció segunda vez, pero como ahora no tenía que hacer mas que alargar la mano para entregar la copia al preboste, el ventanillo volvió á abrirse inmediatamente.

—Aquí tenéis la respuesta, dijo el portero, metiendo por la rejilla el pergamino hecho pedazos.

—Está bien, replicó Cellini con la mayor calma. Hasta la vista.

Y complacido por la atención con que Ascanio habia seguido su examen de la plaza y por las juiciosas observaciones que habia emitido sobre el futuro golpe de mano que iba á darse, entró en el taller, afirmando á su discípulo que hubiera sido un gran capitán, si no estuviese destinado á ser un artista mas grande, lo que valia infinitamente mas á los ojos de Cellini.

Al día siguiente el sol se levantó magnífico sobre el horizonte; Benvenuto habia suplicado desde la vispera á los operarios que acudiesen al taller, aunque era domingo, y ninguno de ellos faltó al llamamiento.

—Hijos míos, les dijo el maestro, yo os he ajustado para trabajar en platería y no para combatir, pero hace dos meses que estamos juntos, nosotros nos conocemos ya lo bastante los unos á los otros, para que en una grave necesidad haya podido contar con vosotros, como vosotros podeis todos y siempre contar conmigo. Ya sabéis de qué se trata: nosotros estamos mal aquí, sin aire y sin espacio, y no tenemos libertad y holgura para emprender grandes obras, ni siquiera para forjar con un poco de fuerza. Vosotros todos habeis sido testigos de que el rey ha querido darme un alojamiento mas vasto y mas cómodo; pero como le falta el tiempo para ocuparse de minuciosidades, me ha dejado el cuidado de establecerme yo mismo en él. Y supuesto que no quieren cedermé voluntariamente ese alojamiento tan generosamente concedido por el rey, será menester tomarlo á la fuerza. El preboste de París, que lo tiene contra la orden de S. M. (parece que se acostumbra á hacer esto en este país) no sabe con quién tiene que habérselas: en el momento en que me niegan alguna cosa la exijo; en el momento en que me la resisten la arrebato. ¿Teneis vosotros intencion de ayudarme? No os ocultó que habrá peligros que arrostrar porque tenemos que dar una batalla, y emprender la escalada y otros placeres algo inocentes. Nada debemos temer de la policia ni la ronda; pues tenemos la autorizacion de S. M., pero pueden morir algunos hombres; así que, los que quieran venir conmigo, háganlo sin ceremonia; los que quieran quedarse en la casa, no se incomoden, yo no reclamo sino corazones resueltos. Si me dejais solo con Pagolo y Ascanio, no os inquieteis por eso. Yo no sé como lo haré, pero lo que sé es que lo haré. ¡Oh! si vosotros me prestais vuestros corazones y vuestros brazos como espero, mal año para o

preboste y para el prebostazgo. Ahora que estais enterados á fondo del negocio , hablad. ¿Quereis seguirme?

No hubo mas que un grito.

--A todas partes , maestro : á todas partes donde nos conduzcáis.

--¡Bravo! hijos míos : ¿en ese caso quereis todos seguirme?

--Todos.

--En ese caso vamos á divertirnos, dijo Benvenuto que se hallaba al fin en su elemento; hace mucho tiempo que me enmohezco. ¡Fuera el valor y las espadas! ; A Dios gracias , vamos á dar y á recibir algunas estocadas! ;Vamos , hijos míos , vamos, mis valientes amigos ; es menester armarse , es menester convenir en un plan ; es menester reparar nuestros golpes y disponernos á esgrimir bien , y viva la alegría! Voy á daros todas las armas ofensivas y defensivas que poseo, además de las que están colgadas en la pared donde cada uno puede escoger lo que guste: ¡ah! qué bien nos vendria una buena culebrina , pero váyase lo uno por lo otro , pues tenemos arcabuces , picas , espadas y puñales , y además cotas de malla , cascos y corazas. ¡Vamos! pronto , pronto vistámonos para el baile; el preboste es el que paga la música! ;Hurra , hurra! gritaron todos los compañeros.

Hubo en el taller un movimiento general , un tumulto y safarrancho digno de verse: la elocuencia y el entusiasmo del maestro animaban todos los corazones y todos los semblantes. Unos se probaban corazas; otros blandian sus espadas, y otros sacaban puñales, y todos reian, cantaban, como si se tratase de una mascarada ó de una fiesta. Benvenuto iba, venia, corria, enseñando una estocada al uno , abrochando el cinturón al otro, y sintiendo correr su sangre libre y caliente en sus venas; como si hubiese vuelto á encontrar su verdadera vida.

En cuanto á los operarios , no cesaban de dirigirse mil chanzonetas burlándose los unos de los otros , de sus aspectos guerreros.

--Mirad, gritaba el uno , mirad á Simon el Zurdo que pone su espada en el mismo lado que nosotros. ¡A la derecha! ;á la derecha!

--Y Juan , respondió Simon, que tiene su alabarda como tendrá su háculo cuando sea obispo.

--Y Pagolo que se pone dos cotas de malla.

--¡Por qué no? respondió Pagolo, Hermann el Aleman se viste también como un caballero del tiempo del emperador Barbarroja.

Y en efecto, el que acababan de designar con el nombre de Hermann el Aleman, epíteto que formaba un pleonasma, puesto que el nombre solo por su consonancia germánica indicaba que el que lo llevaba pertenecía á alguno de los círculos del Santo Imperio ; Hermann , decimos, estaba cubierto de hierro de pies á cabeza, y parecia una de esas gigantescas estatuas como las que los estatuarios de aquella hermosa época

del arte acostaban sobre los sepulcros. Así es que Benvenuto á pesar de la fuerza, que era proverbial en el taller de este valiente compañero del otro lado del Rhin, le advirtió que tal vez experimentaria, encerrado como estaba en semejante concha, alguna dificultad de moverse, y que su fuerza en lugar de ganar perderia seguramente. Pero por toda respuesta Hermann saltó sobre un yunque tan ligero como si hubiese estado vestido de terciopelo, y descolgando un enorme martillo lo hizo girar por cima de su cabeza, y dió sobre el yunque tres golpes tan terribles que en cada uno de ellos hundió el yunque una pulgada en la tierra. Nada habia que contestar á semejante respuesta, así es que Benvenuto hizo con la cabeza y la mano un saludo respetuoso en señal de que estaba satisfecho.

Solo Ascanio se habia armado en silencio y aparte; no dejaba de tener alguna inquietud sobre las consecuencias de la calaverada que iba á cometer; porque al fin Colomba podria no perdonarle el haber atacado á su padre, sobre todo si la lucha producía alguna grave catástrofe; y mas cerca de sus ojos, quizás iba á hallarse mas lejos de su corazón.

En cuanto á Scozzone, semi-alegre, semi-inquieta, lloraba por un lado y reía por otro; gustábanle el cambio y la batalla; pero no los golpes y las heridas; los aprestos del combate hacían saltar al diablillo; las consecuencias del combate hacían temblar á la muger.

Benvenuto la vió al fin de este modo riendo y llorando á la vez, y se dirigió á ella.

—Tú, Scozzone, le dijo, vas á quedarte en casa con Ruperta, y á preparar hilas para los heridos, y una buena comida para los que vuelvan sanos.

—No, no, exclamó Scozzone, yo quiero seguirlos. Con vos tengo valor para desafiar al preboste y á todo el prebostazgo, pero aquí sola con Ruperta, moriré de inquietud y de miedo.

—Oh! jamás consentiré en eso, respondió Benvenuto, me inquietaria demasiado pensar que puede sucederte alguna desgracia. Rogarás á Dios por nosotros, hija mia, esperándonos.

—Escuchad, Benvenuto, replicó la jóven como iluminada por un pensamiento repentino, ya conocéis que no puedo soportar la idea de permanecer tranquila aquí, mientras que vos estareis allá abajo, herido, moribundo tal vez. Pero hay un medio de conciliarlo todo; en lugar de rogar á Dios en el taller, iré á rogarle en la iglesia mas próxima al lugar del combate. De este modo no podrá alcanzarme el peligro, y yo sabré inmediatamente lo que ocurra, tanto la victoria como los reveses.

—Ea, sea así, respondió Benvenuto; por lo demás debe entenderse que no iremos á matar ó á dejarnos matar, sin ir antes á oír devota-

mento una misa. Entrátemos en la iglesia de Padres Agustinos, que es la ymas próxima al palacio de Nests, y te dejaremos en ella.

Hechos estos preparativos bebieron un poco de vino de Borgogna; agregaron á las armas ofensivas y defensivas martillos, palancas, escalas y cuerdas, y se pusieron en marcha, no en cuerpo de ejército, sino de dos en dos y á muy largas distancias para no llamar la atención. No era seguramente un golpe de mano cosa mas rara en aquellos tiempos que lo es en nuestro dias un motin ó un cambio de ministerio; pero, á decir verdad, no se escogia comunmente el santo dia del domingo ni la hora del mediodia para entregarse á estas clases de recreos, y necesitábase toda la audacia de Benvenuto Cellini, sostenida ademas por el convencimiento de su buen derecho, para arriesgar una tentativa semejante.

Nuestros héroes llegaron los unos detrás de los otros á la iglesia de Padres Agustinos, y despues de haber depositado sus armas y sus fulles en poder del sacristan, asistieron piadosamente al santo sacrificio de la misa, para pedir á Dios la gracia de esterminar el mayor número posible de sus enemigos.

Sin embargo; debemos decir que á pesar de la gravedad de la situación, á pesar de su devocion insigne, y á pesar de la importancia de las plegarias que iba á dirigir al Señor, apenas entró Benvenuto en la iglesia, dió muestras de una singular distraccion: causaba esta una jóven hermosísima que leia en un devocionario iluminado; arrodillada detrás de él, pero del lado de la nave opuesta. Era en efecto tan hermosa que hubiera distraido la atencion de un santo cuanto mas la de un escultor. El artista en esta circunstancia estorbaba ostraordinariamente al cristiano, así es que el buen Cellini no pudo menos de hacer participar su admiracion, y como Catalina que estaba á su izquierda, se hubiera mostrado sin duda demasiado sovera para las distracciones de Benvenuto, se volvió hácia Ascanio que estaba á su derecha con intencion de hacerle volver los ojos hacia aquella admirable cabeza de virgen. Pero los ojos de Ascanio no tenian nada que hacer sobre este punto: desde el momento en que el jóven entró en la iglesia, sus miradas se fijaron en la jóven y no se habian separado de ella.

Benvenuto que lo veia absorto en la misma contemplacion que él, se contentó con empujarle con el codo.

—Sí, dijo Ascanio, sí, es Colomba, no es verdad, maestro, que es muy hermosa?

Era Colomba en efecto, á quien su padre no temiendo un ataque en la mitad del dia, habia permitido, aunque no sin alguna dificultad, que fuera á rogar á Dios á la iglesia de los Agustinos. Verdad es que Colomba habia insistido mucho, porque este era el único consueo que la quedaba. La señora Petra estaba á su lado.

—Quién es esa Colomba? preguntó naturalmente Benvenuto.

—Oh! es verdad, no la conocéis. Colomba es la hija del preboste, del mismo Sir Roberto de Estourville, no es verdad que es hermosa? dijo segunda vez.

—No, replicó Benvenuto, no, esa no es Colomba. Es Hebe, la diosa de la juventud; la Hebe que mi gran rey Francisco I me ha encargado, la Hebe que he concebido, que pedí á Dios y que ha bajado á mi suplica.

Y sin aperebirse de la mezcla estraña que ofrecia la idea de Hebe leyendo su devocionario y elevando su corazon á Jesus, Benvenuto continuó su himno á la beldad al mismo tiempo que su plegaria á Dios y sus planes militares: el platero, el católico y el estrategista dominaban alternativamente su espíritu.

—Padre nuestro que estás en los cielos.—Pero mira, Ascanio, que corte de cara tan fino y suave!—santificado sea tu nombre, venganos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.—qué contorno tan seductor presenta esa línea ondulosa del cuerpo.—el pan nuestro de cada día, dánosle hoy.—y dices que tan encantadora criatura es la hija de ese miserable preboste que pienso exterminar con mi propia mano?—perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos del mal.—Aunque tuviese que abrazar el palacio para conseguirlo.—Amen Jesus.

Y Benvenuto hizo la señal de la cruz no dudando que acababa de rezar una excelente oracion dominical. La misa terminó en medio de estos diversos pensamientos, que podian parecer un poco profanos en un hombre de otro carácter y de otro tiempo, pero que eran muy naturales en una organizacion como la de Cellini, y en una época en que Clemente Marot ponía en versos galantes los siete salmos de la penitencia. Pronunciado el *ite missa est*, Benvenuto y Catalina se apretaron la mano; en seguida mientras la jóven enjugando una lágrima quedaba en el sitio donde debia esperar el resultado del combate, Cellini y Ascanio, con las miradas fijas en Colomba que no habia levantado los ojos de su libro, fué seguido de sus compañeros á tomar agua bendita, despues de lo cual se separaron para reunirse en un callejon sin salida, situado á medio camino poco mas ó menos desde la iglesia al palacio de Nesle.

En cuanto á Catalina, segun lo convenido, se quedó á oír la misa mayor, y esto mismo hicieron Colomba y la señora Petra que habian llegado antes de la hora, y solo habian oido la misa rezada como una preparacion para la misa solemne; estas dos últimas no sospechaban ademas que Benvenuto y sus aprendices tratasen de cerrarles toda comunicacion con la casa que tan imprudentemente habian abandonado.

IX

ESTOCABAS.

Había llegado el momento decisivo. Benvenuto dividió sus diez hombres en dos pelotones; el uno debía intentar forzar por todos los medios posibles la puerta del palacio; el otro estaba destinado á proteger las operaciones de los trabajadores y á separar de las murallas á tiros y rechazar á estocadas á aquellos de los sitiados que se presentasen en las almenas ó intentasen una salida. Benvenuto tomó en persona el mando de este último peloton, y escogió por lugar teniente á nuestro amigo Antonio; despues puso á la cabeza del otro nuestro nuevo conocido Hermann, ese bueno y valiente alemán que aplastaba una barra de hierro de una matillazo y á un hombre de un puñetazo; el cual tomó por su segundo al jóven Jehan, otro perillan de quince años, ligero como una ardilla, maligno como un mono, y strevido como un pavo; y á quien Goliath habia cobrado mucho afecto, sin duda porque el travieso muchachito estaba de atarmentar al buen German. El pequeño Jehan se colocó orgu-



Respetamente al lado de su capitán, con gran disgusto de Pagolo, que con su doble coraza y por su inamovilidad se asemejaba á la estatua del Comendador.

Dispuestas así las cosas, y hecha la última revista de armas y de combatientes, Benvenuto dirigió algunas palabras á sus operarios, que de tan buen grado iban á arostrar por él peligros y tal vez la muerte: despues de lo cual, apretó la mano á todos, hizo piadosamente la señal de la cruz y gritó: «adelante!»

—Inmediatamente los dos pelotones se pusieron en marcha dirigiéndose por el lado de la iglesia de los Agustinos, sitio desierto en aquella hora, y al cabo de un instante llegaron delante del palacio de Nesle.

Entonces Benvenuto no queriendo atacar á su enemigo sin haber llenado todas las formalidades de cortesía usadas en semejante caso, avanzó solo con un pañuelo blanco en la punta de la espada hácia la puerta del palacio donde la vispera habia llamado. Como la vispera le preguntaron por la regilla del ventanillo, qué se le ofrecia. Benvenuto repitió el mismo protocolo, diciendo que venia á tomar posesion del castillo que le habia dado el rey. Pero, como la vispera, no obtuvo esta vez el honor de una respuesta.

Entonces con voz alta y firme, y permaneciendo vuelto hácia la puerta:

—A tí, dijo, á tí, Roberto de Estourville, Sr. de Villebon, preboste de Paris, yo; Benvenuto Cellini, platero, estatuero, pintor, mecánico é ingeniero, hago saber; que S. M. el rey Francisco I, me ha dado libremente, y como era de su derecho, en toda propiedad el gran Nesle. En su consecuencia, y puesto que lo retienes insolentemente y que contra el deseo de S. M. te niegas á entregármelo, te declaro, pues, Roberto de Estourville, Sr. de Villebon, preboste de Paris, que tengo á tu castillo por la fuerza. Así que, desististe, y si resulta algun mal de tu obstinacion, me entenderás que debes responder de él en la tierra y en el cielo, delante de los hombres y delante de Dios.

Así habló Benvenuto y quedó aguardando la respuesta; pero como permaneció mudo detrás de las murallas. Entonces Cellini, cogió una escoba, mandó á un tropa preparar las armas, y después, volviendo á las paredes, se comenzó á decir: «¡Hormas, hormas!» Hormas, hormas, dijo, ya lo veis, no hay medio de armarla. ¡Hormas, hormas! dijo, ya lo veis, no hay medio de armarla. ¡Hormas, hormas! dijo, ya lo veis, no hay medio de armarla. ¡Hormas, hormas!



Hermann miró á su alrededor y vió en el suelo una viga, que cuatro hombres regulares apenas hubieran podido levantar.

— Con este madero dijo.

Y levantó tranquilamente el madero, lo puso debajo de su brazo, lo sujetó como un arriente en su máquina y volvió á donde estaba el general.

Entretanto principiaba á reunirse la multitud, y Benvenuto, escitado por ella, iba á dar la orden de principiar el ataque cuando el capitán de los arqueros del rey, advertido sin duda por algún vecino conservador, se presentó en la esquina de la calle acompañado de cinco ó seis de los suyos á caballo. Este capitán era amigo del preboste, y aunque sabía perfectamente de qué se trataba, se aproximó á Benvenuto Cellini, esperando intimidarle sin duda; mientras que sus gentes cerraban la calle á Hermann:

— Qué queréis, dijo, y por qué turbais la tranquilidad de la ciudad?

— Quien turba verdaderamente la tranquilidad, respondió Cellini, es el que se niega á obedecer las órdenes del rey, y no quien las ejecuta.

— Qué queréis decir? preguntó el capitán.

— Quiero decir, que veais esta orden de S. M. en buena y debida forma estendida por Mr. de Nouville, secretario de S. M., en la cual se me da el palacio del gran Nesle. Pero las personas que están encerradas en él se niegan á reconocer esta orden, y de consiguiente me niegan milion. Así que se me ha metido en la cabeza que puesto que la Escritura dice que es menester dar al César lo que es del César, Benvenuto Cellini tiene el derecho de tomar lo que pertenece á Benvenuto Cellini.

— Y en vez de impedirnos conquistar nuestro palacio, deberíais prestarnos el auxilio de vuestra fuerza, gritó Pagolo.

— Calla tú, perillan, dijo Benvenuto dando una patada, no necesito del auxilio de nadie, lo entiendes?

— Teneis razon en derecho, respondió el capitán, pero obráis mal en el hecho.

— Como es eso, preguntó Benvenuto, que sentia subírsele la sangre al rostro.

— Teneis razon en querer entrar en posesion de vuestro bien, pero hacéis mal en querer tomarlo de esa manera, porque os vaticino que no ganareis mucho en dar estocadas contra las paredes. Si he de daros un buen consejo, un consejo de amigo, creedme; lo que debéis hacer es dirigiros á la justicia y presentar vuestra demanda ante el preboste de Paris por ejemplo.

Y el capitán de arqueros del rey se retiró mofándose y riéndose á

carcajadas, lo que hizo que la multitud que veía reír á la autoridad, se hechase á reír tambien.

—Reirá bien el que se ría el último, dijo Benvenuto Cellini. Adelante, Hermann, adelante.

Herman volvió á tomar su madero, y mientras que Cellini, Ascanio, y dos ó tres de los mas hábiles tiradores de la tropa, con el arcabuz en la mano, estaban dispuestos á hacer fuego contra la muralla, dirigióse como una catapulta viva, hácia la puertecita que habian juzgado mas fácil de derribar que la grande.

Pero cuando se aproximó á la muralla comenzó á caer una granizada de piedras, y esto sin que se viese á nadie, porque el preboste habia hecho amontonar estas piedras sobre lo alto de las murallas como una segunda sobrepuesta á la primera; no se necesitaba hacer mas que empujar las piedras con la mano para que en su caída aplastasen á los sitiadores.

Así es que al ver estos la granizada que los acogía, dieron un paso atrás. Sin embargo, no hubo, á pesar de haber sido tan inesperada esta terrible defensa, ningún herido, á escepcion de Pagole que abrumado por su doble coraza, no pudo retirarse tan pronto como los demás, y fué herido en el talon.

En cuanto á Hermann, tanto cuidado le dió esta nube de morrillos, como á una encina el granizo, y continuó su camino hácia la puerta, donde habiéndose puesto en batería, principió á dar tales golpes, que era evidente que por fuerte que fuese, no podría resistir mucho tiempo á semejantes sacudidas.

Por su parte Benvenuto y los suyos permanecían con el arcabuz en su mano y dispuestos á hacer fuego contra cualquiera que apareciese sobre la muralla; pero nadie se presentó; el gran Nesle parecia defendido por una guarnicion invisible. Benvenuto se daba á los diablos por no poder ir á ayudar á su bravo alemán. De repente descubrió la vieja torre de Nesle, que como hemos dicho, estaba del otro lado del muelle y bañaba solitariamente sus pies en el Sena.

—Aguarda, valiente Hermann, exclamó Cellini, el palacio de Nesle ya es nuestro, tan cierto como yo me llamo Benvenuto Cellini y soy platero.

En seguida haciendo señas á ASCANIO y á dos de sus compañeros para que le siguiesen, corrió hácia la torre, mientras Hermann, obediéndole á las órdenes de su maestro, daba cuatro pasos atrás, y levantando su madero como un suizo su labarda, esperaba fuera del alcance de las piedras el efecto de la promesa del general.

En efecto, como lo habia previsto Benvenuto, el preboste habia desquidado guardar la vieja torre; así que se apoderó de ella sin resistencia, y subiéndole los escalones de cuatro en cuatro llegó en un instante

al terrado: este terrado dominaba las murallas del gran Nesle como un campanario domina una ciudad; de suerte que los sitiados que poco antes se hallaban resguardados detrás de su muralla, viéronse de pronto al descubierto.

Un arcabuzazo que resonó, una bala que silvó, un soldado que cayó dando alaridos, anunciaron al preboste que el aspecto de las cosas iba á cambiar para él segun todas las probabilidades.

Al mismo tiempo Hermann, creyendo que iba á tener el campo libre, volvió á coger su madero y principió de nuevo á empujar la piedra que los sitiados acababan de asegurar durante este espacio de tregua.

En cuanto á la multitud, como habia comprendido, con ese admirable instinto de conservación que posee, que iba á principiar el fuego de fusilería y que los espectadores de la tragedia que habia de representarse, podian muy bien atrapar alguna sangrienta salpicadura, al oír el arcabuzazo de Benvenuto y el grito lanzado por el soldado herido, se dispersó como una bandada de palomas. Un solo individuo quedó.

Este individuo era nuestro amigo Jacobo Aubry, individuo de la Besoche, que con la esperanza de tener su partido de pelota, acudia á la cita que le habia dado Ascanio el domingo anterior.

No necesitó mas que dirigir una ojeada al campo de batalla y vió en el mismo instante de qué se trataba.

Conocido el carácter de Jacobo Aubry, no era dudosa la determinación que debia tomar. Jugar á la pelota ó al arcabuz, todo era jugar; adivinando que sus amigos eran del número de los sitiadores, colocóse entre ellos.

—Esto significa, amigos míos, dijo avanzando hácia el grupo, que esperaba ver caer la puerta para precipitarse en la plaza, esto significa que ponemos un pequeño sitio. No es así? Pero diablos! no atacais á una bicoca, y emprendéis una obra casi imposible con tan poca gente como la que se halla delante de una plaza tan fuerte.

—No estamos solos, dijo Pagolo, que vendaba su talon, señalando con la mano á Benvenuto y á sus tres ó cuatro compañeros que continuaban haciendo sobre la muralla un fuego tan nutrido que las piedras empezaban á llover infinitamente menos abundantes que al principio.

—Comprendo; comprendo, señor Aquiles, dijo Jacobo Aubry, puesto que tenéis, entre otras muchas semejanzas de que no dudo, la de estar herido en el mismo sitio. Comprendo; sí, allí estan en lo alto de la torre mi camarada Ascanio y el maestro.

—Justamente, dijo Pagolo.

—Y ese otro que aporrea tan fuertemente la puerta, es tambien de los vuestros; no es cierto?

—Eh Hermann, dijo orgullosamente Jehan.

— ¡Cáspita! que bien está, dijo el escolar; voy á saludarlo.

— Y se acercó, con las manos en los bolsillos sin cuidarse de las balas que silbaban por encima de su cabeza, al valiente alemán que continuaba su tarea con la misma regularidad que una máquina puesta en movimiento por excelentes ruedas.

— Necesitais alguna cosa, mi querido Golia? dijo Jacobo Aubry, ven-go á ponerme á vuestras órdenes.

— Tengo sed, dijo Hermann sin interrumpir sus ataques.

— Cáspita! si lo creo, haceis un ejercicio capaz de hacer rabiar, y quisiera tener un tonel de cerbeza que poder ofreceros.

— Agua, dijo Hermann, agua.

— Os contentais con esta bebida? Sea, Tenemos allí el rio; dentro de un momento vais á ser servido, y Jacobo Aubry echó á correr hacia el Sena, llenó su sombrero de agua y lo llevó al alemán. Este enderezó su madero, bebió de un solo trago todo el líquido que contenia, y devolviendo al estudiante su sombrero vacío:

— Gracias, dijo, y volviendo á tomar su madero se entregó á su tarea.

Despues, al cabo de un instante:

— Id á anunciar al maestro que esto avanza, dijo, y que esté dis-puesto.

Jacobo Aubry tomó el camino de la torre, y un instante despues estaba entre Ascanio y Benvenuto Cellini, que con sus arcabuces en la mano hacian un fuego tan nutrido que ya habian puesto fuera de combate á dos ó tres hombres. Los soldados del preboste principiaban á hacerse los rebacios para subir á la muralla.

Sin embargo, como, segun habia mandado decir Hermann á Benvenuto, amenazase caer la puerta, el preboste resolvió hacer un último esfuerzo, y entusiasmó tanto á su gente que principió á caer una granizada de piedras. Pero dos arcabuzazos disparados casi á un mismo tiempo, calmaron de nuevo el ardor de los sitiados, quienes cualquiera que fuese la promesa que les hiciese Sir Roberto, se mantuvieron quietos y ocultos: lo cual viendo el preboste se adelantó él mismo, y cogiendo entre sus manos una enorme piedra se dispuso á dejarla rodar sobre Hermann.

Pero Benvenuto no era hombre que se dejaba sorprender; apenas vió al imprudente que se aventuraba á subir donde nadie ya se presentaba, apoyó su arcabuz en su hombro; apuntó á sir Roberto, pero en el momento mismo en que Cellini disparó, Ascanio lanzó un grito, levantó el cañon con su mano y el tiro partió al aire. Ascanio habia reconocido al padre de Colomba.

En el momento en que furioso Benvenuto iba á pedir á Ascanio la explicacion de lo que acababa de hacer, la piedra lanzada vigorosamente

to por el preboste cayó perpendicularmente sobre el casco de Hermann. En su consecuencia, cualquiera que fuese la fuerza del moderno Titán, no había medio de resistir á este otro Pelion; soltó el madero, abrió los brazos como para buscar un apoyo, pero no encontrándolo cayó desmayado con un ruido terrible.

Situados y sitiadores lanzaron al mismo tiempo un gran grito: el joven Jehan y los tres ó cuatro compañeros que estaban cerca de Hermann se precipitaron sobre él para llevarlo lejos de la muralla y prestarle socorro; pero al mismo tiempo la grande y la pequeña puerta de Nese se abrieron, y el preboste á la cabeza de unos quince hombres se lanzó sobre el herido, esponiendo su vida y dando mandobles, así como sus soldados, á diestro y siniestro, en términos de conseguir que Jehan y los tres operarios, á pesar de las voces que les daba Benvenuto para que se mantuvieran firmes mientras él llegaba á su socorro, se veían precisados á retroceder. El preboste aprovechó este momento de retirada: ocho hombres cogieron á Hermann que continuaba desmayado, los unos por los brazos y los otros por las piernas; siete se colocaron delante para proteger el movimiento retrógado que iba á verificarse, de fuerza que durante el tiempo en que Cellini, Ascanio, Jacobo Aubry y los tres ó cuatro operarios que estaban en el terrado de la torre, bajaban los cuatro ó cinco pisos que separaban este terrado de la calle, Hermann y sus conductores entraron en el gran Nese, y cuando Cellini, arcabuz en mano, se presentaba en la puerta de la torre, la del palacio se cerraba detrás del último hombre de armas del preboste.

No podía ocultarse que era este un descalabro, y un descalabro grave. Cellini, Ascanio y sus compañeros habían dejado fuera de combate á tres ó cuatro de los sitiados, pero la pérdida de estos tres ó cuatro hombres estaba muy distante de equivaler para el preboste lo que para Cellini equivalía la de Hermann.

—Habo un momento de estupor entre los sitiadores.

—De repente Cellini y Ascanio se retiraron.

—Tengo un proyecto, dijo Cellini mirando hacia la izquierda; es decir, del lado de la ciudad.

—Y yo tambien, dijo Ascanio, mirando á la derecha del lado del campo.

—He hallado un medio de hacer salir á la guarnicion.

—Y ya, si hacéis salir á la guarnicion, he hallado un medio de abrir la puerta.

—¿Cuántos hombres necesitáis?

—Uno sola me bastará.

—¿Eso es?

—A Jacobo Aubry, dijo Ascanio, quereis venir conmigo á la torre

—Al cabo del mundo, querido amigo, al cabo del mundo; empero no me disgustaría tener una arma cualquiera, alguna cosa como un pedazo de espada ó de puñal, cuatro ó cinco pulgadas de hierro que introducir en alguna parte si la ocasion se presenta.

—Bien, dijo Ascanio, tomad la espada de Pagolo, que no puede ya servirse de ella puesto que se sujeta el talon con la mano derecha y hace la señal de la cruz con la manó izquierda.

—Y he aquí, para completar vuestro armamento mi propio puñal, dijo Cellini. Dad con él, jóven; pero no le [dejeis olvidado en la herida, hariais un hermoso regalo al herido, puesto que está cincelado por mí, y el puño vale cien escudos de oro como un liar.

—Y la hoja? dijo Jacobo Aubry. El puño tiene su precio indudablemente; pero en semejante circunstancia la hoja es la que yo estimo.

—La hoja no tiene precio, respondió Benvenuto, es la misma con la cual he matado al asesino de mi hermano.

—Viva! gritó el escolar. Vamos, Ascanio, en marcha.

—Aquí estoy, dijo Ascanio, enrollándose cinco ó seis brazas de cuerda alrededor de su cuello, y echándose al hombro una de las escalas.

Y los dos jóvenes aventureros bajaron el muelle durante cien pasos poco mas ó menos, volvieron á la izquierda y desaparecieron en el ángulo de la muralla del gran Nesle, detrás de los fosos de la ciudad.

Dejemos á Ascanio intentar su proyecto, y sigamos á Cellini en la ejecucion del suyo.

Lo que este miraba á la izquierda, es decir del lado de la ciudad, mientras que Ascanio, como ya lo hemos dicho, miraba á la derecha, es decir, del lado del campo, eran, en medio de un grupo del pueblo que se mantenía á distancia, dos mugeres en quienes creia reconocer á la hija del preboste y su aya.

En efecto, eran Colomba y la señora Petra que volvian de misa para entrar en el pequeño Nesle, y que asustadas de lo que les decian sobre el sitio del palacio, y de lo que veian con sus propios ojos, se habian parado medrosas y temblando en medio de la multitud.

Pero apenas se apercibió Colomba que existia entre los combatientes una especie de tregua momentánea que le dejaba el paso libre, cuando á pesar de los ruegos de su aya, que la suplicaba que no se aventurase en esta zarrazina, se adelantó resueltamente hácia el palacio, dejando á la señora Petra en entera libertad para seguirla ó quedarse donde estaba; pero como la señora Petra amaba tiernamente á Colomba, resolvióse, á pesar de sus temores, á acompañarla.

Ambas se separaban del grupo, cuando Ascanio y Jacobo Aubry volvian el ángulo de la muralla.

Ahora se comprende el proyecto de Benvenuto Cellini.

Apenas vió á las dos mugeres adelantarse hácia el palacio del preboste, se dirigió á ellas, y ofreció galantemente el brazo á Colomba:

—Señora, nada temais, dijo, y si quereis aceptar mi brazo, os llevaré al lado de vuestro padre.

Colomba vaciló, pero la dueña asiéndose del brazo que estaba á su lado y que Benvenuto se había olvidado ofrecerle:

—Tomadlo, hija mia, tomadlo, dijo, y aceptemos la proteccion de este noble caballero. Pero mirad, mirad al señor preboste que se asoma por encima de la muralla, inquieto sin duda porque no sabe qué es de nosótras.

Colomba cogió el brazo de Benvenuto y los tres avanzaron hasta dos pasos de la puerta.

Allí se paró Cellini, y asegurando con cada uno de sus brazos el de Colomba y el de la señora Petra:

—Señor preboste, dijo en alta voz, mirad á vuestra hija que quiere entrar, espero que le abriréis la puerta, á no ser que consintais dejar en manos de vuestros enemigos tan precioso rehen.

Veinte veces en el espacio de dos horas el preboste resguardado detrás de sus atrincheramientos, había pensado en su hija á quien tan imprudentemente había permitido salir y que no sabia como hacer entrar. Esperaba que avisada á tiempo pensaria en ir á aguardarle en el gran Chatelet, cuando viendo á Cellini separarse del grupo de sus compañeros y dirigirse hácia las dos mugeres, reconoció en ellas á Colomba y á la señora Petra.

—La tortuela! gruñó en voz baja el preboste; no puedo sin embargo dejarla en medio de esos impios.

En seguida levantando la voz:

—Bien, veamos, dijo abriendo el ventanillo y arrimando su rostro á la rejilla, qué quereis?

—He aquí mis ofertas, dijo Benvenuto, dejaré entrar á la señora Colomba y á su aya; pero habeis de salir vos con todos vuestros hombres, y pelearemos fuera y al descubierto. Aquellos por quienes queda el campo de batalla, tomarán posesion del palacio, y entonces tanto peor para los vencidos, *vos victis!* como decia vuestro compatriota Brennus.

—Acepto, dijo el preboste, pero con una condicion.

—Cuál?

—Que habeis de desviaros vos y vuestra tropa á fin de dar á mi hija tiempo para entrar y á mis soldados para salir.

—Sea: dijo Cellini; pero salid primero, vuestra hija entrará después, y luego que haya entrado, y para impedirlos toda retirada, arrojaréis la llave por encima de las murallas.

—Convenido, dijo el preboste.

—Vuestra palabra?

—La de caballero!

—La vuestra?

—La de Benvenuto Cellini.

Hasta esta recíproca promesa, abrióse la puerta, los soldados del preboste salieron y se colocaron en dos filas delante de la puerta, llevando á su cabeza al señor de Estourville. Eran todavía diez y nueve entre todos. Por su parte, Benvenuto Cellini, privado de Ascanio, de Hermann y de Jacobo Aubry, no tenía ya mas que ocho combatientes, pues hasta Simon el Zurdo estaba herido, felizmente era en la mano derecha; pero Benvenuto que había sabido acometer á Pompye en medio de los esbirros, no era hombre que se ponía á calcular el número de sus enemigos; hizo su promesa con alegría porque nada deseaba tanto como una acción general y decisiva.

—Ahora podéis entrar, señora, dijo á su linda prisionera.

Colomba atravesó el espacio que la separaba de los dos campos, rápida como un pájaro, y corrió azorada á echarse en los brazos del preboste.

—Padre mio, padre mio! en nombre del cielo no es espengais, exclamó llorando.

—Vámonos, entrad! dijo bruscamente cogiéndola por el brazo y conduciéndola hacia la puerta, vuestras tonterías son las que nos reducen á este extremo.

Colomba entró seguida de la señora Petra, á quien el miedo había dado, si no alas, como á su linda compañera, al menos piernas, que creía haber perdido hacia diez años.

El preboste cerró la puerta detrás de ella.

—La llave, la llave! gritó Cellini.

El preboste á su vez, fiel ejecutor de su palabra, sacó la llave de la cerradura y la tiró por encima de la muralla, de manera que cayera en el patio.

—Y ahora, gritó Benvenuto Cellini abalanzándose al preboste y á su tropa, cada uno por sí! Dios por todos!

Hubo entonces una confusión terrible, porque antes que los soldados del preboste hubiesen tenido tiempo de bajar sus fusiles y hacer fuego, Benvenuto con sus siete operarios se había lanzado en medio de ellos, dando tajos á derecha é izquierda, con esa terrible espada que manejaba tan hábilmente y que templada por él mismo, pocos corajes había que pudieran resistirle. Los soldados, pues, arrojaron sus arcabuces que ya les eran inútiles, sacaron sus espadas y se pusieron á dar estocadas á su vez. Pero á pesar del número, á pesar de su furor, se

máenos de un instante se vieron derrotados y dispersos, y dos ó tres de los mas valientes, heridos hasta el punto de no poder ya continuar el combate, tuvieron que retirarse.

El preboste vió el peligro, y como era un hombre valiente, y que en su tiempo, según hemos dicho, habia obtenido algunos triunfos de armas, se lanzó hácia el terrible Benvenuto Cellini ante quien todo cedía, y se halló frente á frente con él.

—A mí! gritó, á mí infame ladronzuelo, y decidase todo entre nosotros. Vámonos!

—Pardiez! no deseo otra cosa, Sr. Roberto, respondió Benvenuto, y si quereis decir á vuestros soldados que no nos estorben, soy vuestro.

—Mantenedos quietos! dijo el preboste.

—Nadie se mueva, gritó Cellini.

Y los combatientes permanecieron en sus puestos, silenciosos é inmóviles como esos guerreros de Homero que interrumpian su propio combate para no perder nada del combate de los gefes asustados.

Entonces, como el preboste y Cellini tenia cada uno su espada desnuda en la mano, se precipitaron el uno sobre el otro.

El preboste era hábil en las armas, pero Cellini tenia unas fuerzas extraordinarias. Hacía diez ó doce años que el preboste no habia tenido una sola vez la ocasión de sacar la espada. Por el contrario hacía diez ó doce años que quizá no se habia pasado un solo día sin que Benvenuto hubiese desenvainado su tizona. A las primeras estocadas, el preboste que habia contado demasiado consigo mismo, conoció la superioridad de su enemigo.

Verdad es que también Benvenuto Cellini, encontrando una resistencia que no esperaba de un hombre de ropa talar, desplegaba toda la energía, toda la rapidez y toda la astucia de su ingenio. Maravilloso era ver como su espada, que parecia el triple dardo de una serpiente, amenazaba á la vez á la cabeza y al corazon, voltejando de un sitio á otro, y no dando á su adversario sino tiempo para parar los golpes sin dejarle él de dar uno solo. Asi es que el preboste, comprendiendo que tenia que habérselas con un hombre mas fuerte que él, principió á desviarse defendiéndose, es verdad, pero al fin perdiendo terreno. Desgraciadamente Sir Roberto, habia vuelto naturalmente la espalda á la muralla, de suerte que al cabo de algunos pasos se halló arrinconado en la puerta, que por instinto habia buscado, aunque sabia muy bien que habia arrojado la llave por encima de la muralla.

Quando el preboste llegó á la puerta conoció que estaba perdido: asi es, que como un javalí acosado por los perros, reunió toda su fuerza, y sucediéronse tres ó cuatro estocadas con tanta rapidez que tuvo Ben

venuto que pararas á su vez ; y á pesar de su agilidad no pudo parar una de ellas á tiempo; de manera que la espada de su adversario, á pesar de la excelente cota de malla que llevaba le tocó al pecho; pero como el león herido, que quiere una pronta venganza, apenas Benvenuto sintió la punta del acero, reunió todas sus fuerzas y hubiera con una estocada terrible atravesado de parte á parte al preboste, si precisamente en el mismo momento no hubiera cedido la puerta detrás de él, de modo que el Sr. de Estourville cayó de espaldas, y el acero fué á herir á el que acababa de salvarle, abriendo tan inopinadamente la puerta.

Pero al contrario de lo que debía esperarse, el herido fué quien guardó silencio y Benvenuto quien lanzó un grito terrible.

Había reconocido en él que acababa de herir á Ascanio.

Desde entonces no vió ya, ni á Herman ni á Jacobo Aubry, que estaban detrás del herido. Arrojóse como un loco al cuello del joven buscando su herida con los ojos, con la mano, con la boca, y gritando: muerto, muerto, muerto por mí! Ascanio, hijo mio, soy yo quien te ha matado! y rugía y lloraba como los leones deben rugir y llorar.

Durante este tiempo, Hermann sacó al preboste sano y salvo de entre las piernas de Ascanio y de Cellini y cogiéndolo debajo de su brazo como hubiera podido hacer con un niño, lo depositó en una pequeña cochera, donde Baimbaut guardaba sus instrumentos, y cerrando la puerta tras de sí, desenvainó su espada, y se puso en aptitud de defender á su prisionero contra cualquiera que intentase quitárselo.

En cuanto á Jacobo Aubry, no hacía otra cosa, que correr del parque del patio á lo alto de la muralla blandiendo su daga en señal de triunfo y gritando: victoria, victoria, el gran Nesle es nuestro!

En el siguiente capítulo verá el lector cómo todas estas cosas sorprendentes habían acontecido.

X.

Ventajas de las ciudades fortificadas.

El palacio de Nesté, en la parte que se estiende hácia el Pre-aux-Cleres, estaba doblemente defendido por los muros y por los fosos de la ciudad, aunque de este lado pasaba por inexpugnable. Asi es que Ascanio habia pensado juiciosamente que pocas veces se procura guardar lo que no puede ser tomado, y resolvió intentar un ataque por el punto donde no pensaban en la resistencia.

Con esta idea, pues, se alejó con su amigo Jacobo Aubry, sin sospechar que en el momento en que desaparecia por un lado, su amada Colomba iba á parecer por el otro y dar á Benvenuto un medio de obligar al preboste á una salida que tan profunda repugnancia le inspiraba.

El proyecto de Ascanio era escabroso en la ejecucion y peligroso en sus consecuencias. Tratábase de saltar un foso profundo, de escalar una muralla de veinte y cinco piés de altura, y despues de todo esto, caer tal vez en medio de la tropa enemiga.

Asi es que cuando llegó á la orilla del foso, y por consecuencia de su empresa, comprendió Ascanio toda la dificultad que iba á tener en salvar el uno y ejecutar la otra; aunque habia tomado decididamente su resolucion vaciló un momento delante del peligro.

En cuanto á Jacobo Aubry, habíase parado diez pasos detrás de su

amigo, mirando alternativamente á la muralla y al foso, y despues de haber medido una y otra con la vista:

— Cáspita! mi buen amigo, le dijo, hazme el favor de decirme para qué diablo me traes aquí, como no sea para pescar ranas. Ah! si..... mira tu escala..... muy bien, comprendo: pero tu escala tiene doce piés; la muralla veinte y cinco de altura, y el foso diez de ancho, que son veinte y tres piés de diferencia, si sé contar.

Ascanio permaneció un instante aturdido con la verdad de esta aritmética: en seguida, dándose de pronto una palmada en la frente:

—Oh! qué idea! exclamó, mirad!

—Dónde?

—Allí, dijo Ascanio, allí!

—No es una idea lo que me enseñas sino una encina.

En efecto, una enorme encina salia poderosamente de la tierra casi sobre el borde exterior del foso y subia á mirar curiosamente por encima de las murallas del palacio de Nests.

—Cómo, no comprendéis? exclamó Ascanio.

—Si tal, si tal, comienzo á entrever. Sí, eso es. La encina principia con la pared un arco de puente cuyo complemento puede formar esta escala; pero el abismo está debajo, camarada, y un abismo lleno de cieno. Esta es cosa que merece llamar la atencion.

—Ayudadme á subir la escala, dijo Ascanio, esto es todo lo que os pido.

—Eso es, dijo el escolar, y yo permaneceré aquí abajo, gracias!

Y agarrándose ambos al mismo tiempo de una de las ramas del tronco se hallaron en un instante en la encina. Entonces reuniendo sus esfuerzos, tiraron hácia sí la escala y subieron con ella á la cima del árbol. Cuando llegaron allí la bajaron como un puente levadizo, y vieron con alegría que mientras uno de sus extremos se apoyaba sólidamente en una gruesa rama, el otro descansaba de lleno sobre la muralla pasando en dos ó tres piés.

—Y cuando estemos sobre la muralla? dijo Aubry.

—Cuando estemos sobre la muralla, tiraremos de la escala hácia nosotros y bajaremos con ella.

—Verdad es, pero no hay mas que una dificultad en todo esto, y es que la muralla tiene veinte y cinco piés de altura y la escala no tiene mas que doce.

—Está previsto, dijo Ascanio desvanando la cuerda que habia arrojado alrededor de su cuello: la ató en seguida por un extremo al tronco del árbol y arrojó el otro cabo por encima de la muralla.

—¡Hoybre grande, te comprendo, y me envanezo y me considero feliz en romperme el alma contigo,

—¿Qué haces?

—Voy á pasar, dijo Aubry disponiéndose á salvar el espacio que le separaba de la pared.

—No, no! contestó Ascanio, yo soy quien voy á pasar primero.

—Al dedo mojado, dijo Aubry presentando su mano á su compañero con dos dedos abiertos y tres cerrados.

—Sea, dijo Ascanio, y tocó uno de los dos dedos del estudiante.

—Has ganado, dijo Aubry; pasa, pero con sangre fría, con calma, lo necesitas?

—Pierde cuidado, contestó Ascanio.

Y principió á avanzar sobre el puente volante, que Jacobo Aubry sostenia en equilibrio pesando sobre una de sus estremidades: la escala era débil, pero el atrevido jóven era ligero. El escolar respirando apenas creyó ver á Ascanio vacilar un instante: pero éste dió corriendo los cuatro pasos que le separaban de la muralla y llegó sano y salvo. Allí todavía corria un peligro enorme, si lo descubria alguno de los sitiados; pero no se habia engañado en sus previsiones, y dirigiendo una rápida mirada á los jardines del palacio;

—No hay nadie, gritó á su compañero, nadie!

—Entonces, dijo Jacobo Aubry, adelante el baile de la cuerda! y se adelantó á su vez sobre el camino estrecho y movable, mientras que Ascanio sujetando la escala, le hacia el mismo servicio que habia recibido de él. Y como no era ni menos diestro ni menos ligero que su compañero, en un instante estuvo á su lado. Ambos saltaron entonces á horcajadas sobre la muralla y tiraron de la escala; despues atándola con la estremidad de la cuerda cuyo otro cabo estaba sólidamente fijo en la encina, la bajaron á lo largo de la muralla, dándole el pie necesario para que les prestase un seguro apoyo. En fin, Ascanio que habia ganado el privilegio de hacer las esperiencias, cogió la cuerda con ambas manos y se dejó deslizar hasta el primer travesaño de la escala; un segundo despues estaba en tierra.

Jacobo Aubry le siguió con la misma fortuna, y los dos amigos se vieron pronto en el jardin.

Cuando llegaron á él conocieron que lo mejor que podian hacer era obrar con prontitud. Todas estas maniobras habian empleado algun tiempo, y Ascanio temia que su ausencia y la del escolar fuesen perjudiciales á su maestro; así que sacando ambos sus espadas, corrieron hácia la puerta que daba al primer patio donde debia hallarse la guarnicion, suponiendo que no hubiesen mudado de sitio. Al llegar á la puerta aplicó Ascanio su ojo á la cerradura, y vió que el patio estaba vacío.

—Benvenuto ha vencido, exclamó. La guarnicion ha salido, Es nues-

tro el palacio. Y quiso abrir, pero la puerta estaba cerrada con llave. Ambos se pusieron á derribarla con todas sus fuerzas.

—Por aquí, por aquí, dijo una voz que vibró hasta el fondo del corazón de Ascanio, por aquí, señor.

Ascanio se volvió y vió á Colomba en una ventana del piso bajo. En dos saltos se halló á su lado.

—Ola! Ola! dijo Jacobo Aubry siguiéndole, parece que tenemos inteligencias en la plaza. Ah! no me habiais dicho eso, señor reservado.

—Oh! salvad á mi padre, señor Ascanio, gritó Colomba sin admirarse de ver allí á aquel jóven, y como si su presencia hubiese sido cosa muy natural; se están batiendo allá afuera, y es por mi causa! Oh Dios mio! impedid que le maten.

—Estad tranquila, dijo Ascanio lanzándose en la habitacion, que tenia una salida al patio pequeño. Estad tranquila, yo respondo de todo.

—Estad tranquila, dijo Jacobo Aubry tomando el mismo camino, estad tranquila, nosotros respondemos de todo.

Al llegar al umbral de la puerta, Ascanio oyó que le llamaban otra vez, aunque con una voz menos dulce que la primera.

—Quién me llama? dijo Ascanio,

—Yo, mi querido amigo, yo, repitió la misma voz con un acento tudesco de los mas pronunciados.

—Pardiez! exclamó Jacobo Aubry, es nuestro Goliath! qué diablos haceis en ese gallinero, mi valiente gigante?

En efecto, habia reconocido á Hermann por entre la rejilla de la pequeña cochera.

—Aquí estoy, sin saber cómo he venido. Corred el cerrojo, para que pueda ir á batirme. Pronto, pronto, pronto.

—Voy allá, dijo el escolar creyendo deber prestar á Hermann el servicio que le pedia.

Durante ese tiempo Ascanio se dirigia hácia la puerta de la muralla donde se oia un terrible crujido de espadas. Cuando no estuvo separado de los combatientes sino por el espesor de la madera de la puerta, temió que si se mostraba inopinadamente, caeria en manos de sus enemigos, y miró por el ventanillo enrejado. Entonces vió al preboste arremado contra la puerta y enfrente de él á Cellini, ardiente, furioso, encarnizado, y comprendió que Sir Roberto estaba perdido. Recogió la llave que estaba en el suelo, abrió vivamente la puerta, y no pensando sino en la promesa que habia hecho á Colomba, recibió, como ya hemos dicho, en el hombro la estocada, que á no ser por él hubiera traspasado inevitablemente al preboste.

Ya hemos visto cuál fué el resultado de este suceso: Benvenuta desesperado se arrojó en los brazos de Ascanio; Hermann encerró al pre-

boste en la prision de donde acababa de salir , y Jacobo Aubry encaramado encima de la muralla , cantaba victoria.

La victoria en efecto era completa ; viendo los soldados del preboste á su gefe prisionero , no trataron siquiera de disputarla y depusieron las armas.

En su consecuencia los operarios entraron todos en el patio del gran Nese , que ya era suyo , y cerraron la puerta , dejando fuera á los hombres de armas del preboste.

En edanto á Benvenuto , no tomó parte en nada de lo que habia pasado , teniendo siempre á Ascanio en sus brazos , le habia quitado su cota de malla , le habia rasgado su jubon y descubriendo al fin la herida , sujetó la sangre con su pañuelo.

—Mi Ascanio , hijo mio , repetia sin cesar , herido ; herido por mí! qué dirá tu madre desde allá arriba ? Perdon , Estéfana , perdon! Dónde sufres ? responde. Te hace daño mi mano ? No quiere contenerse esta sangre ? Un cirujano , pronto !.... No hay alguno que vaya á buscar un cirujano ?

Jacobo Aubry salió corriendo.

—Esto no es nada , mi querido maestro , esto no es nada , respondió Ascanio , solamente tengo herido el brazo. No os aflijais así , os repito que esto no es nada.

En efecto , el cirujaro traido cinco minutos despues por Jacobo Aubry , declaró que la herida , aunque profunda , no era peligrosa , y comenzó á hacer la primera cura.

—Oh! de qué peso descargais mi corazon , dijo al cirujano Benvenuto Cellini.—Amigo mio , ya no seré tu asesino. Pero qué tienes tú , mi Ascanio , tu pulso late y la sangre se te sube al rostro. Oh! es menester trasladarlo fuera de aquí , dijo dirigiéndose al cirujano , la fiebra le acomete.

—No , no , maestro . dijo Ascanio , al contrario , me siento mejer. Oh! dejadme aquí , dejadme aquí ,

—Y mi padre ? dijo de repente detrás de Benvenuto una voz que le hizo temblar ; qué habeis hecho de mi padre ?

Volvióse á Benvenuto y vió á Colomba pálida é inmóvil buscando al preboste con la vista al mismo tiempo que lo reclamaba con la voz.

—Oh! sano y salvo , señorita , sano y salvo , gracias al cielo , exclamó Ascanio.

—Gracias á este pobre jóven , que ha recibido la estocada que le estaba destinada , dijo Benvenuto , pues bien podeis decir que os ha salvado la vida , señor preboste. Pero tate ! dónde estais , señor de Estaurville ? dijo en seguida Cellini buscando con la vista al preboste , cuya desaparicion no comprendia ,

—Aquí está, dijo Hermann.

—Dónde es aquí?

—Aquí, en la pequeña prision.

—Oh Sr. Benvenuto! exclamó Colomba lanzándose hácia la còchera y haciendo á la vez un gesto de súplica y de reconvencion.

—Abrid, Herrmann, dijo Cellini.

Hermann abrió, y el preboste apareció en el umbral algo humillado de su mala ventura. Colomba se arrojó en sus brazos:

—Oh padre mio! padre mio! exclamó, no está herido? no tenéis nada! Y diciendo esto miraba á Ascanio.

—No, dijo el preboste con su voz áspera, no; gracias al cielo nada me ha sucedido.

—Y..... y..... preguntó vacilando Colomba, es verdad, padre mio, que este jóven ha sido?....

—No puedo negar que llegó á tiempo.

—Sí, sí, dijo Cellini, para recibir una estocada que os destinaba, señor preboste. Sí, señorita Colomba, añadió Benvenuto, á este valiente jóven debeis la vida de vuestro padre. Y si el señor preboste no lo proclama así altamente, no sólo es un embusteró, sino lo que es peor, un ingrato.

—No la pagará demasiado cara, al menos así lo espero, respondió Colomba rufhorizándose de lo que se atrevía á decir.

Oh! señorita, exclamó Ascanio, la hubiera pagado con toda mi sangre.

—Pero mi Ascanio puede debilitarse; ya le han hecho la primera cura, y me parece que sería bueno que descansase ahora un poco.

Lo que Benvenuto habia dicho al preboste del servicio que le habia hecho el herido era la pura verdad; y como toda verdad lleva su fuerza en sí misma, el preboste no podia disimularse en el fondo del corazón que debía la vida á Ascanio, así que aproximándose á él le dijo:—Jóven, pongo á vuestra disposicion un departamento en mi palacio.

—En vuestro palacio, señor de Estourville, dijo riendo Benvenuto Cellini, cuyo buen humor le volvía á medida que cesaba de temer por Ascanio: en vuestro palacio! Luego queis que vuelva á principiar la zarracina.

—Cómo! exclamó el preboste, pretendereis echarnos á mi hija y á mi?

—Nada menos que eso, señor preboste. Vos ocupais el pequeño Nesle, enhorabuena! guardad el pequeño Nesle y vivamos como buenos vecinos. Por lo demás ya conoceréis que es indispensable que Ascanio se instale inmediatamente en el gran Nesle á donde vendremos los domingos esta tarde. si ya no es que preferis la guerra.....

—Oh padre mío! exclamó Colomba.

—No! no! dijo el preboste.

—No hay paz sin condiciones, señor preboste, dijo Benvenuto. Hacedme el honor de seguirme al gran Nesle, ó dignaos recibirme en el pequeño y redactemos nuestro tratado.

—Iré con vos, señor, dijo el preboste.

—Aceptado, respondió Cellini.

—Señorita, dijo el señor de Estourville dirigiéndose á su hija, hacedme el favor de retiraros á casa y esperar mi vuelta.

—Colomba á pesar del tono imperativo de esta orden, presentó su frente á su padre para que la besara, y se retiró saludando con una mirada que ultrigió á todos, á fin de que Ascanio tuviese el derecho de tomar su parte.

Ascanio la siguió con los ojos hasta que hubo desaparecido: en seguida, como nada le detenía en el patio, pidió el mismo retirarse. Hermiana lo cogió entonces en sus brazos, como hubiera hecho con un niño, y lo trasladó al gran Nesle.

—A fé mía, señor Roberto, dijo poniéndose á su vez en movimiento Benvenuto, que también había seguido con los ojos á la jóven hasta el momento de desaparecer, á fé mía que habeis tenido mucha razon en alejar á mi exprisionera, y os doy de veras las gracias por esta precaucion; la presencia de la señorita Colomba hubiera podido, os lo digo con franqueza, perjudicar á mis intereses haciéndome demasiado débil, y obligándome á olvidar que soy vencedor para acordarme solamente de que soy artista; es decir, amante de toda forma perfecta, y de toda verdad divina.

El señor de Estourville respondió al cumplimiento con un gesto medianamente gracioso; sin embargo siguió al platero, sin manifestar abiertamente su mal humor, pero murmurando entre dientes alguna cosa amarga; así es que Cellini para acabar de castigarlo, le suplicó que le acompañase en la visita que queria hacer de su nueva morada. La invitacion fué hecha con tanta polaca que no hubo medio de negarse. El preboste de grado ó por fuerza siguió á su vecino, que no le perdonó ni un rincón del jardín, ni una sola pieza del palacio.

—Oh! todo esto es magnífico! dijo Benvenuto cuando concluyeron el paseo que cada uno de ellos había hecho con un sentimiento muy opuesto. Ahora, señor preboste, concibo y escuso vuestra repugnancia á dejar este palacio; pero no necesita decirse que seréis siempre bien recibido, cuando querais, como hoy, haceros el honor de visitar mi pobre morada.

—Os olvidais, señor, que no vengo hoy sido para recibir vuestras señalamientos y ofreceros las mías.

—Como gustéis, señor Roberto. Si queréis permitirme que os comunique desde luego mis deseos, podeis en seguida expresar vuestra voluntad.

—Hablad.

—Ante todo, la cláusula esencial.

—Cuál?

—Héla aquí.

ARTICULO 1.º

«Sir Roberto de Estourville, preboste de Paris, reconoce los derechos de Benvenuto Cellini á la propiedad del gran Nesle, se la cede libremente y la renuncia para siempre, tanto para sí como para sus herederos.»

—Acepto, respondió el preboste. Empero debe entenderse, que si place al Rey quitaros lo que me ha quitado á mí, y dar á algun otro lo que os ha dado, no debo salir responsable.

—Hola! dijo Cellini, aquí hay gato encerrado, señor preboste; pero no importa, yo sabré guardar lo que he conquistado: Presigamos.

—Ahora me toca á mí; dijo el preboste.

—Es muy justo, respondió Cellini.

ARTICULO 2.º

«Benvenuto Cellini se obliga á no hacer ninguna tentativa contra el pequeño Nesle, que es y será la propiedad de Roberto de Estourville; además, no intentará siquiera penetrar en él como vecino y bajo apariencia amistosa.»

—Sea, dijo Benvenuto. Aunque la cláusula es algo obligatoria, pero os advierto que si me abren la puerta no seré tan impolítico que no entre.

—Yo daré órdenes para que no suceda, respondió el preboste.

—Adelante.

—Continúo.

ARTICULO 3.º

«El primer patio situado entre el grande y el pequeño Nesle, será común á las dos propiedades.»

—Nada mas justo, dijo Benvenuto, y espero me hareis la justicia de creer que si la señorita Colomba quiere salir, no la pondré prisionera.

—Oh! no tengais cuidado, mi hija entrará y saldrá por una puerta

que voy á masar hacer, quiero solamente asegurarme una salida para los coches y carros.

—Nada mas que eso? preguntó Benvenuto.

—Nada mas, respondió Estourville. — A propósito, añadió, espero que me dejareis llevar mis muebles.

—Es muy justo. Vuestros muebles son vuestros como el gran Neslé es mio.... ahora, señor preboste, falta la última adición al tratado; una adición muy benévola.

—Haced.

ARTÍCULO 4.º Y ÚLTIMO.

—Sir Roberto de Estourville, y Benvenuto Cellini deponen todo recelo y convienen en establecer entre sí una paz leal y sincera.

—Accedo, dijo el preboste; pero con la condicion de que esto no me obligue á prestaros secorro y ayuda contra los que os ataquen. Consiento en no perjudicaros, pero no me obligo á defenderos.

—En cuanto á eso, señor preboste, sabeis perfectamente que me defenderé muy bien solo, no es verdad? por tanto, si no hay mas que esta objecion, añadió Cellini dándole la pluma, firmad, señor preboste, firmad.

—Firmo, dijo el preboste lanzando un suspiro.

El preboste firmó, y cada uno de los contratantes guardó una copia del tratado.

Despues de lo cual, el señor de Estourville entró en el pequeño Neslé porque le urgia reñir á la pobre Colomba sobre su salida imprudente. Colomba bajó la cabeza y le dejó decir todo lo que quiso, sin oír una sola palabra de sus reconvenciones, porque mientras duraron, la jóven estuvo ocupada de un solo deseo, el de pedir á su padre noticias de Ascanio. Pero por mas que hizo, no pudo salir de sus labios el nombre del hermoso herido.

Mientras estas cosas pasaban de un lado de la muralla, del otro Catalina, á quien habian ido á buscar, hacia su entrada en el gran Neslé, y con su locura encantadora se arrojaba en los brazos de Cellini, apretaba la mano de Ascanio, felicitaba á Hermann; se burlaba de Pagolo, reía, moraba, cantaba, preguntaba todo junto; lo cual no es de extrañar; porque ella habia tenido tambien terribles angustias, y muchas veces habia interrumpido sus plegarias al oír los arcabuzazos, pero al fin, se habia salido bien de la empresa, y todos, á escepcion de cuatro muertos y tres heridos, habian quedado casi sanos y salvos de la batalla.

Cuando se calmó un poco el murmullo que la llegada de Catalina

había escitado, Ascenio se acordó del motivo que había traído al escolar, tan á tiempo para ayudarles, y volviéndose á Benvenuto:

—Maestro, dijo, hé aqui á mi camarada Jacobo Aubry, con quien debia hoy tener una partida de pelota. Pero como todavia no me hallo en estado de cumplirle mi promesa, y teniendo en cuenta además, que nos ha ayudado valerosamente, me atrevo á suplicaros que me reemplacéis.

—Con mucho gusto, dijo Benvenuto, pero os advierto, señor Aubry, que en la cena el vencedor tendrá que beber dos botellas más que el vencido.

—Lo que quiere decir que me sacarán de vuestra casa borracho como una cuba, maese Benvenuto. Bueno, no importa, viva la alegría. Y Si-mona que me espere? Bah! también la esperé yo el domingo último, que se aguante, Y cogiendo palas y pelotas se dirigieron al jardín.

XI.

Buhos, curraecos y rulseñeros.

Como este día era el santo día del Domingo, Benvenuto no hizo más que jugar á la pelota, refrescarse despues de haber jugado y visitar su nueva propiedad: pero desde el siguiente día principió la mudanza, y gracias á la ayuda de sus nueve aprendices, dos días despues se habia ejecutado ésta: al tercero Benvenuto habia vuelto á su trabajo tan tranquilamente como si nada hubiera pasado.

Cuando el preboste se vió definitivamente vencido, cuando supo que el taller de Benvenuto, operarios y útiles, estaban decididamente instalados en el gran Nese, volvió á apoderarse de él la cólera y se puso á meditar una venganza. Hallábase en lo mas fuerte de sus disposiciones rencorosas cuando el vizconde de Marmagne le sorprendió en la mañana del tercero día, es decir, el miércoles. Marmagne no quiso privarse del triunfo de vanidad que los cobardes y los tontos gustan obtener sobre los dolores y las vicisitudes de sus amigos.

—Ahora bien, dijo acercándose á Estourville, no os lo habia dicho, mi querido preboste?

—Ah! sois vos, vizconde? buenos dias, respondió Estourville.

—Decid, no tenia razon?

—Ah! sí, teniais mucha razon.

—Al menos nada tengo que reprenderme en este maldito negocio, me os lo previne.

Ha vuelto el Rey al Louvre?

—No deciais, amigo mio; cómo un artesano, un hombre salido de la nada se atreverá conmigo? ya lo veremos! Pues bien ya lo habia visto, mi pobre amigo.

—Os pregunto si S. M. ha vuelto de Fontainebleau?

—Sí, y ha sentido mucho no haber estado en Paris el domingo, para presenciar desde una de sus torres de Louvre la victoria de su platero sobre su preboste.!

—Qué dicen en la corte?

—Dicen que habeis sido completamente derrotado.

—Hum! hum! murmuró el preboste á quien este diálogo interrumpido principiaba á impacientar mucho.

—Cómo ha sido el dejaros vencer tan ignominiosamente? continuó Marmagne.

—Pero....

—Creo que os han matado dos hombres.

—Me parece que sí.

—Si quereis reemplazarlos, tengo á vuestro servicio dos valientes, dos italianos, dos espadachines consumados; se harán pagar algo caro, eso sí, pero son hombres seguros. Si los hubiéseis, tenido otro gallo os cantaría ahora.

—Veremos? no digo que no. Si no sirven para mí servirán al menos para mi yerno, el conde de Orbec.

—Sin embargo, digan lo que quieran, jamás he podido creer que ese Benvenuto, os haya apaleado personalmente.

—Quién ha dicho eso?

—Todo el mundo. Los unos se indignan como yo hago, los otros se ríen como hace el rey.

—Basta!

—Tambien habeis hecho muy mal de comprometeros con ese villano; y por qué? por el vil interés.

—Ahora combatiré por el honor.

—Si se hubiese tratado de una querida pase, hubiérais podido sacar a espada contra semejante canalla; pero por un alojamiento.....

—El palacio de Nesle es un alojamiento de principe.

—Concedido; pero por un alojamiento de principe esponeros á un castigo mas ignominioso que el que pudieran dar al último ranchero de un regimiento.

—Oh! se me ocurre una idea, Marmagne, dijo el preboste. Os estoy tan obligado, que quiero á mi vez prestaros un servicio de amigo, y me alegro de tener esta ocasion. Como noble y como secretario del rey estais muy mal situado en la calle de la Huchette, querido vizconde,

Pues bien, últimamente habia pedido para un amigo á la duquesa de Etampes, que como sabeis nada sabe negarme, un alojamiento en uno de los palacios del rey á eleccion de este amigo. No sin trabajo habia obtenido esta gracia; pero ocurre que mi prótegido ha sido llamado con urgencia á España para ciertos asuntos. Tengo, pues, á mi disposición las credenciales del rey, que dan este derecho de alojamiento. Yo no puedo servirme de ellos, ¿los quereis vos? Me alegraré mucho poder agradecer de este modo vuestros buenos servicios y vuestra franca amistad.

—Querido Estourville, qué servicio tan grande me haceis! Verdad es que estoy muy mal alojado, y que me he quejado veinte veces al rey.

—Os pongo una condicion.

—Cuál?

—Que puesto os pertenece la eleccion entre los palacios reales elijais.....

—Acabad.

—El palacio de Nesle.

—Ha! ha! este es un lazo.

—Nada menos que eso, y en prueba mirad la licencia debidamente firmada por S. M. con los blancos necesarios para los nombres del peticionario y la designacion del local. Así que escribiré, Palacio del gran Nesle, y os dejo en libertad para que escribais los nombres que querais.

—Pero ese maldito Benvenuto?

—Ni remotamente se apercibirá de la desgracia que le amenaza, tranquilo como está por un tratado firmado por nosotros dos. El que quiera entrar hallará las puertas abiertas, y si él entra un domingo hablará las salas vacias. Además no se trata de echar á Benvenuto, sino de partir con él el gran Nesle, que es bastante grande para contener tres ó cuatro familias. Benvenuto se avendrá á la razon.—Pero qué haceis?

—Escribo mis nombres y titulos al pie de la licencia. Veis?

—No os descuideis sin embargo, porque Benvenuto es quizá mas temible de lo que creéis.

—Bueno! voy á ponerme de acuerdo con mis dos espadachines.

—Cómo! comprometeros con un villano por el vil interés?

—Un vencedor tiene siempre razon, y además vengo á un amigo.

—Entonces buena suerte; os he advertido, Marmagne.

—Os doy gracias dos veces: una por el regalo, y otra por el aviso.

Y Marmagne, lleno de gozo guardó su licencia en el bolsillo, y partió presuroso en busca de los dos espadachines.

—Bueno! bueno! dijo frotándose las manos y siguiéndolo con los ojos el señor de Estourville. Ved, vizconde, y una de dos, ó me vengas de la

victoria de Benvenuto, ó Benvenuto me venga de tus sareasmos, en ambos casos el triunfo es para mí. Hago enemigos á mis enemigos, que se batan, que se maten, aplaudiré todas las estocadas, porque todas las estocadas me causarán placer.

Mientras el odio del preboste amenaza á los habitantes del gran Nesle, atravesemos el Sena y veamos un poco en qué disposiciones esperan estos los efectos. Benvenuto con la confianza y la tranquilidad que le daba su fuerza, habia vuelto como ya hemos dicho, pacíficamente á su trabajo, sin sospechar ni cuidarse del odio de Estourville. Hé aquí cuál era el empleo de sus días; se levantaba con el día, pasaba á un cuarto solitario que habia descubierto en el jardín, encima de la fundición, y cuya ventana daba oblicuamente sobre el huerto del pequeño Nesle. En este cuarto modelaba una pequeña estatua de Hebe. Despues de comer, es decir, á la una del día, volvía al taller donde ejecutaba su Júpiter; por la tarde, para descansar, jugaba á la pelota ó daba un paseo. Hé aquí ahora cuál era el empleo de los días de Catalina; daba vueltas, hablaba, vivía, cantaba, hallábase mas gustosa en el gran Nesle que en el palacio del cardenal de Ferrara. En cuanto á Ascanio, á quien su herida no permitía aun trabajar, á pesar de la actividad de su espíritu, no se aburría en la ociosidad, meditaba.

Ahora, aprovechándonos del privilegio usurpado por los ladrones de saltar las tapias, entremos en el pequeño Nesle, y veremos en primer lugar á Colomba en un cuarto, pensativa como Ascanio; séanos permitida detenernos allí un momento. Todo lo que podemos decir es que los pensamientos de Ascanio son color de rosa, y los de la pobre Colomba sombríos como la noche. Y despues hé aquí á la señora Petra que sale para ir á la compra, y bueno será que la sigamos un instante. Parece que hace mucho tiempo que habíamos perdido de vista á la buena señora; es menester decir tambien que no siendo el valor su virtud dominante, habia permanecido en medio de los peligrosos enueñtros que hemos narrado metida en un rincón; pero cuando la paz principió á florecer, las rosas de sus mejillas florecieron al mismo tiempo; y así como Benvenuto habia vuelto á su trabajo de artista, ella habia vuelto tambien pacíficamente á su alegre humor, á su charlatanismo y á su curiosidad de dueña; en una palabra, al ejercicio de todas las cualidades domésticas.

Para ir á la plaza la señora Petra, tenia que atravesar el patio común á las dos propiedades, porque aun no habian abierto la puerta nueva del pequeño Nesle. Así es que ocurrió que Ruperta, la vieja doméstica de Benvenuto, salía precisamente en el mismo minuto para ir á comprar la comida de su amo. Estas dos estimables personas eran demasiado dignas la una de la otra para entrar en las enemistades de que

señoras. Marcharon, pues, juntas con la mejor armonía, y como el camino se hace menos largo cuando se habla, hablaron.

Ruperta principió por informarse de la señora Petra del precio de los géneros y del nombre de los mercaderes del barrio, despues pasaron á asuntos de conversacion mas intimos y mas interesantes.

—Parece que vuestro amo es un hombre muy terrible? preguntó la señora Petra.

—El! cuando no le ofendais, es como una malva; sin embargo, cuando no se hace lo que quiero, entonces convengo en que no es amable; gusta mucho de que se haga lo que manda. Esta es su manía, y cuando se le pone una cosa en la cabeza, los quinientos mil diablos del infierno no se la quitarían: por lo demás se le maneja como á un niño, cuando es obedecido, y entonces hasta es sumamente dulce en sus palabras. Es menester darle decir: señora Ruberta (me llama Ruberta con la pronunciacion estrangera, aunque mi verdadero nombre es Ruperta, para servirlo) señora Ruberta, ascolento asado! vuestras habas están amonadadas divinamente, señora Ruberta, os miro como á la reina de las botácinas, y todo esto con tanta amenidad que encanta.

—Enhorabuena! Pero mata á las gentes, segun dicen.

—Oh! sí, cuando se le contraria, mata muy bien. Este es un uso de su país; pero esto no sucede sino cuando lo atacan, y únicamente para defenderse. Por lo demás, es muy alegre y muy tratable.

—Jamás le he visto. Creo que tiene el cabello rojo, no es verdad?

—Nada de eso, lo tiene negro como vos y yo, es decir, como yo lo tenia. Ah! no le habeis visto nunca? Pues vedid á pedirnos cualquier cosa sin reparar en nada, y yo os lo enseñaré. Es un guapo mozo que haria un buen arquero.

—A propósito de buen mozo, y ese gentil caballero, cómo está hoy? Ya sabeis de quién hablo, de nuestro herido, de ese jóven aprendiz, de lindo rostro, que ha recibido tan terrible estocada por salvar la vida del señor preboste.

—Ascanio? Pues qué, le conocéis?

—Que si le conozco! Figúraos si le conoceré cuando ha prometido á mi ama y á mí enseñarnos sus joyas. Recordádselo, si queréis, mi buena amiga. Pero no me dais noticia de su salud? Mirad que Colomba se alegrará de saber que el salvador de su padre está fuera de peligro.

Oh! podeis decirle que sigue muy bien. Ahora mismo acaba de levantarse; pero el cirujano le ha prohibido salir de su cuarto, y sin embargo le haria mucho provecho tomar un poco el aire; pero con este calor abrasador es imposible. Vuestro jardin del gran Noale es un verdadero desierto: ni un poco de sombra, ortigas y espigas por toda legumbre, y cuatro ó cinco árboles sin hojas por toda verdura. El espacio, por

ólese pocas proporciones para el paseo. Nuestro amo se acostumbró con el juego de pelota; pero mi pobre Ascanio no se halla todavía en estado de tomar parte en esta diversion y debe aburrirse mucho. Luego es tan vivo! Hablo así porque es mi favorito, en atención á que es muy político con las personas de edad. No es como ese oso de Pagolo ó esa loquilla de Catalina.

—Y decís que ese pobre jóven?....

—Debe morirse de tedio encerrado los días enteros en su cuarto sobre un sillón.

—Pero, Dios mio! contestó la caritativa señora Petra, decidme, pues, á ese pobre muchacho, que venga al pequeño Nesle, donde hay tan hermosas sombras. Yo le abriré con mucho gusto la puerta, aunque el señor preboste lo ha prohibido espresamente. Pero, bah, para hacer bien á su salvador es virtud desobedecerle; y hablais de tedio! nosotras sí que nos consumimos. El gentil aprendiz nos distraerá, nos contará historias de su país, de Italia; nos enseñará collares y brazaletes y charlará con Colomba. Los jóvenes gustan de verse y de hablar juntos, y perecen en la soledad. Así que, queda convenido en que le direis á vuestro Benjamin, que es dueño de venir á pasearse cuando quiera, siempre que venga solo, ó con vos, por supuesto; señora Ruperta, que le dareis el brazo. Dareis cuatro golpes, los tres primeros suavemente, y el último mas fuerte; yo sabré lo que esto significa, y vendré á abrirlos.

—Gracias por Ascanio y por mí; no dejaré de participarle vuestra generosa oferta, ni él dejará de aprovecharse de ella.

—¿Cuanto me alegro de esto! señora Ruperta.

—Hasta la vista, señora Petra; me alegro haber hecho conocimiento con una persona tan amable como vos.

—Os digo lo mismo, señora Ruperta.

Las dos comadres se hicieron una profunda reverencia y se separaron prendadas la una de la otra.

Los jardines del palacio de Nesle eran en efecto, como ella había dicho, áridos y abrasados como un arbusto por un lado, y frescos y sombríos como un bosque por el otro. La avaricia del preboste había dejado inculto el jardín del gran Nesle, porque le hubiera costado mucho su conservacion, y porque no estaba bastante seguro de sus títulos de propietario para renovar, tal vez en provecho de su sucesor, los árboles que se había apresurado á cortar cuando entró en su posesion. La presencia de su hija en el pequeño Nesle le había obligado á dejar en él los bosquecillos, único recreo que quedó á la pobre niña. Rambaut y sus dos auxiliares bastaban para conservar y hasta para embellecer el jardín de Colomba.

Estaba muy bien plantado y dividido. En el centro la huerta, reino de la señora Petra: despues, á lo largo de las murallas del gran Nesle, el jardin en que Colomba cultivaba flores, y que la dueña llamaba la alameda de la mañana, porque los rayos del sol naciente daban en él, y porque comunmente á estas horas era cuando Colomba regaba sus margaritas y sus rosas. Notemos de paso que desde el cuarto situado encima de la fundicion, en el gran Nesle, se podia sin ser visto no perder un solo movimiento de la linda jardinera. Habia tambien, segun las divisiones geográficas de la señora Petra, la alameda del mediodía, terminada por un bosque donde Colomba gustaba ir á leer ó bordar durante el calor del dia. En el otro extremo del jardin, la alameda de la tarde plantada de un triple hilera de tilos que conservaban una frescura deliciosa, y elegida por Colomba para sus paseos despues de merendar.

Esta era la alameda que la buena señora Petra habia juzgado muy á propósito para favorecer el restablecimiento y apresurar la convalecencia de Ascanio herido. Sin embargo se guardó muy bien de instruir á Colomba en sus intenciones caritativas. Esta, demasiado dócil á las órdenes de su padre, se hubiera negado á ser cómplice en la desobediencia de su aya. Y qué pensaria entonces la señora Ruperta de la autoridad y del crédito de su vecina? No, puesto que habia dado el primer paso, quizás algo ligeramente, era preciso llegar al fin. Y verdaderamente la buena señora era digna de disculpa considerando que no tenia desde la mañana hasta la noche á quien poder dirigir la palabra; y muchas veces Colomba, absorta en sus reflexiones, no la contestaba.

No es necesario describir la alegría de Ascanio cuando supo que le estaba abierto su paraíso, ni las bendiciones con que colmó á Ruperta. Quiso inmediatamente aprovecharse de su felicidad, y Ruperta pasó los mayores apuros para persuadirle que debia por lo menos aguardar hasta la tarde. Además todo le hacia creer que Colomba habia autorizado la oferta de la señora Petra, y este pensamiento le volvía loco de alegría. Con qué impaciencia, mezclada de cierto temor, contaba las horas demasiado lentas! Al fin dieron las cinco. Los operarios se marcharon. Benvenuto estaba desde el mediodía fuera del taller; creían que habia ido al Louvre. Entonces Ruperta dijo solemnemente al aprendiz que la miraba, como hacia mucho tiempo nadie la miraba:

—Ha dado la hora; seguidme jóven: y atravesando el patio con Ascanio, dió cuatro golpes en la puerta del pequeño Nesle.

—No digais nada de esto al maestro, mi buena Ruperta, dijo Ascanio que suponía á Cellini demasiado burlon y muy poco crédulo en materias de amor, y que no creía ver profanar con pullas su casta pasión.

Ruperta iba á informarse del motivo de una discrecion que tanto

trabajo le costaba guardar siempre, cuando la puerta se abrió y se presentó la señora Petra.

—Entrad, gallardo jóven, cómo os hallais? Qué bien lo siento la palidez! Venid también señora Ruperta; tomad la alameda de la izquierda, jóven, Colomba va á bajar al jardín, esta es la hora de su paseo, y procurad que no me regañe mucho por haberos introducido aquí.

—Cómo! exclamó Ascanio, la señorita Colomba no sabe...

—Cómo quereis que lo sepa! Hubiera consentido en desobedecer á su padre? Yo la he educado en estos principios; y yo soy la que he desobedecido por ella y por mí. No se pueda vivir siempre como reclusa. Raimbaut nada verá, y si lo ve tengo los medios de hacerle callar; y el último resultado me las tendré tiesas con el señor preboste como he hecho mas de una vez.

Siempre que se trataba de su amo, la señora Petra era verbosa; pero solo Ruperta la siguió en sus confianzas. Ascanio estaba parado y no escuchaba mas que los latidos de su corazón.

Sin embargo oyó estas palabras que la señora Petra le dijo al retirarse: — Hé aquí la alameda donde Colomba se pasea todas las tardes y adonde indudablemente va á venir. Ya veis, mi hermoso enfermo, que el sol no os molestará mucho.

Ascanio hizo una señal de gratitud; se adelantó algunos pasos para volver á caer en sus meditaciones y en los muelles pensamientos de una expectativa llena de ansiedad y de impaciencia.

Sin embargo oyó todavía estas palabras que la señora Petra decía al pasar á la señora Ruperta.

—Mirad el banco favorito de Colomba.

Y dejando á las dos comadres continuar su paseo y su conversacion, se sentó dulcemente sin decir nada en aquel banco sagrado.

Qué queria? Cuál era su objeto? El mismo lo ignoraba. Buscaba á Colomba porque era jóven y bella, y él jóven también y hermoso, á fin que abrigase ningun pensamiento ambicioso.

Acercarse á ella era la única idea que le ocupaba sin curarse del porvenir, á mas bien no previéndolo desde tan lejos, porque en el amor no hay mañana.

Colomba por su parte habia pensado mas de una vez, á pesar suyo, en el jóven estrangero que se le habia presentado en su soledad como Gabriel á Maria. Volver á verle habia sido desde el primer día el secreto deseo de esta niña, que hasta entonces no los habia tenido. Però entregada por un padre imprevisor á la tutela de su propio recato para no ejercer sobre si misma aquella severidad de que las almas nobles no se creen dispensadas sino cuando encadenan su libre alvedrío. Separaba, pues, apiniosamente su pensamiento de Ascanio; pero este pensamiento

obstinado salvaba la triple muralla elevada por Colomba alrededor de su corazón con mas facilidad que el mismo Ascanio habia salvado las murallas del gran Nese. Así que Colomba habia pensado en estrafias alternativas los tres ó cuatro dias que acababan de transcurrir; por un lado el temor de no volver á ver á Ascanio, por otro el de encontrarse enfrente de él.

Su único consuelo era pensar durante su trabajo ó sus paseos. Por el dia se encerraba, con gran desesperacion de la señora Petra, reducida desde entonces á un monólogo eterno en el abismo de su pensamiento. Y despues, cuando habia pasado el gran calor del dia, venia á esta fresca y sombría alameda, bautizada por la señora Petra con el nombre poético de Alameda de la Tarde, y allí sentada en el banco donde estaba sentado Ascanio, dejaba llegar la noche, aparecer las estrellas, escuchando y respondiendo á sus propios pensamientos, hasta que la señora Petra venia á advertirla que ya era tiempo de retirarse.

Así es, que á la hora acostumbrada vió el jóven aparecer de repente detras de la alemada en la que estaba sentado, á Colomba con un libro en la mano. Leia la vida de los santos, peligrosa de fé y de amor, que prepara tal vez á los crueles padecimientos de la vida, pero no seguramente á las frías realidades del mundo. Colomba no vió al principio á Ascanio; pero al descubrir á una mujer desconocida al lado de la señora Petra hizo un movimiento de sorpresa. En este momento decisivo la señora Petra, como un general determinado, lanzóse atrevidamente al corazón de la cuestion.

—Querida Colomba, dijo, sé que sois tan buena que no he creído tener necesidad de vuestra autorizacion para permitir que venga á tomar el aire bajo estas sombras á un pobre herido que lo ha sido por vuestro padre. Bien sabeis que no hay parage sombrío en el gran Nese, y el cirujano no responde de la vida de este jóven sino puede pasarse una hora todos los dias.

Mientras que ella decia esta compasiva pero gorda mentira, Colomba habia mirado desde lejos á Ascanio, y un vivo rubor habia teñido súbitamente sus mejillas. En cuanto al aprendiz, al ver á Colomba que se acercaba, no halló fuerzas sino para levantarse.

—No es mi autorizacion, señora Petra, la que era necesaria, dijo al fin la jóven, sino la de mi padre.

Al decir esto con ipseza, pero con confianza, Colomba llegó hasta el banco de piedra donde estaba sentado Ascanio. Este la oyó, y juntando las manos:

—Perdonadme, señora, dijo; creia..... esperaba..... que hubieseis ratificado la generosa oferta de la señora Petra; pero ya que no es así,

continuó con una dulzura mezclada de orgullo, os suplico que disimuleis mi atrevimiento involuntario, y me retiro.

—Quedaos por hoy al menos, contestó vivamente Colomba conmovida, aun cuando la prohibicion de mi padre se estienda á quien le ha salvado; quedaos, señor, aun cuando no sea mas que para mostraros mi gratitud.

—Oh! señora, murmuró Ascanio, yo soy quien os doy las gracias con todo mi corazon, pero al quedarme temo turbar vuestro paseo, y haber elegido mal el sitio donde me hallo:

—De ningun modo, contestó Colomba sentándose maquinalmente sin hacer alto, tanta era su turbacion, en el otro extremo del banco de piedra.

En este momento la señora Petra que estaba allí parada, y no se habia movido desde la mortificante reprension de Colomba, embarazada al fin por su actitud inmóvil y por el silencio de su jóven ama, tomó el brazo de la señora Ruperta y se alejó poco á poco.

Ascanio y Colomba quedaron solos.

Esta, que tenia los ojos fijos en su libro, no advirtió al principio la retirada de su aya, y sin embargo no leia, porque tenia una nube delante de los ojos. Estaba todavia exaltada, aturdida. Todo lo que podia hacer como por instinto, era disimular su agitacion y comprimir los atidos precipitados de su corazon. Tambien Ascanio estaba sobrecogido y habia experimentado un dolor tan vivo al ver que Colomba queria que se retirase, y despues una alegría tan loca cuando creyó apercibirse de la turbacion de su amada, que todas estas súbitas emociones en el estado de debilidad en que se hallaba, le habian arrebatado á la vez y anonanado. Estaba como desmayada, y sin embargo sus pensamientos corrian y se sucedian con un poder y una rapidez singulares.

—Ella me desprecia! ella me ama! se decia alternativamente. Miraba á Colomba muda é inmóvil y lloraba sin sentir correr las lágrimas por sus mejillas. Entre tanto, por encima de sus cabezas cantaba un pájaro en las ramas, el viento agitaba apenas las hojas; en la iglesia de Agustinos, el *Angelus* de la tarde resonaba dulcemente en el aire apacible. Jamás tarde de julio fué mas tranquila y silenciosa. Era uno de esos momentos solemnes en que el alma entra en una nueva esfera, que encierran veinte años en un minuto, y de los cuales se acuerda uno toda la vida. Estos dos hermosos jóvenes tan bien formados el uno para el otro, y que de antemano se pertenecian, no tenían que hacer otra cosa; que estender sus manos para recibirlas, y sin embargo, parecia que habia entre ellos un abismo.

Al cabo de algunos instantes Colomba levantó la cabeza.

—Llorais, exclamó con una efusion mas fuerte que su voluntad.

—No llore, respondió Ascanio dejándose caer sobre el banco; pero al llevar las manos á su rostro las retiró mojadas de lágrimas.

—Es verdad, dijo, lloro.

—Por qué? qué teneis? Voy á llamar á alguno. Padeceis?

—Sufro por un pensamiento.

—Y cuál?

—Digome á mí mismo que mas me hubiera valido morir el otro dia.

—Morir! pues qué edad teneis para hablar de morir?

—Diez y nueve años, pero la edad de la desgracia deberia ser la edad de la muerte!

—Y vuestros padres que llorarian vuestra muerte! continuó Colomba, ávida sin saborlo, de penetrar en el pasado de aquella vida cuyo porvenir sentia confusamente que le perteneceria.

—No tengo padre ni madre, y nadie me lloraria, á no ser mi maestro Benvenuto.

—Pobre huérfano!

—Sí, huérfano! mi padre jamás me ha amado, y he perdido á mi madre á los diez años, cuando iba á comprender su amor y pagárselo. Mi padre.... pero de qué voy á hablaros, y qué os importan á vos mi padre ni mi madre?

—Oh! sí, continuad, Ascanio.

—Santos del cielo! os acordais de mi nombre?

—Continuad, continuad, murmuró Colomba ocultando á su vez el rubor de su frente entre sus dos manos.

—Mi padre era platero, y mi buena madre era tambien hija de un platero de Florencia, llamado Rafael del Moro, de una noble familia italiana, porque en Italia, en nuestras repúblicas, el trabajo no deshonra, y vereis mas de un antiguo é ilustre nombre sobre la muestra de una tienda. Así que mi maestro Cellini, por ejemplo, es noble como el rey de Francia, si no es mucho mas: Rafael del Moro, que era pobre, casó á su hija Estéfano contra su voluntad con un compañero casi de la misma edad que él, pero que era rico.

—Ay! mi madre y Benvenuto Cellini se amaron, pero eran pobres. Benvenuto corria el mundo para conquistarse un nombre y ganar dinero. Se hallaba lejos y no pudo oponerse á esta union. Gismondo Gaddi, este era el nombre de mi padre, aunque jamás supo que ella amaba á otro, llegó á odiar á su muger; porque su muger no le amaba. Mi padre era hombre violento y celoso. Perdóneme si le acuso, pero la justicia de los hijos tiene una memoria incomparable. Muchas veces mi madre buscó contra las brutalidades, al lado de mi cuna, un asilo, que mi padre no respetó siempre. Algunas veces la pegó. Perdonadle, Dios mio! Cuando me tenia en sus brazos, para sentir menos los golpes, á

cada uno de ellos me daba mi madre un beso. Oh! acuérdomela á la vez por un doble estremecimiento de mi corazón, de los golpes que recibí mi madre y los besos que me daba.

Dios, que es justo, castigó á mi padre con lo que mas quería en el mundo, con su riqueza; muchas bancarotas le arruinaron enteramente, y murió de dolor porque no tenia ya dinero; y mi madre, algunos días despues, murió porque creia no ser ya amada.

Quedé solo en el mundo. Los acreedores de mi padre acudieron á apoderarse de todo lo que dejaba, y husmeando por todas partes para ver si olvidaban algo, no vieron á un niño que lloraba. Una antigua criada que me amaba, me alimentó dos dias por caridad, pero la buena muger vivía tambien de caridad, y no tenia demasiado pan para ella.

La pobre no sabia qué hacer de mí, cuando un hombre cubierto de polvo entró en la alcoba, me cogió en sus brazos, me abrazó llorando, y despues de haber dado algun dinero á la buena vieja, me llevó consigo. Este hombre era Benvenuto Cellini, que habia venido desde Roma á Florencia expresamente para buscarme. Me amó, me instruyó en su arte, me tuvo siempre á su lado, y os lo digo, él solo lloraria mi muerte.

Colomba escuchó con la cabeza baja y el corazón oprimido la historia de este huérfano, que por el aislamiento era su historia y la vida de esa pobre madre, que algun dia tal vez seria su vida; porque ella tambien iba á casarse contra su voluntad con un hombre que la aborrecia, porque ella no le amaria.

—Sois injusto con Dios, dijo á Ascanio, pues tenéis al menos quien os ame, vuestro buen maestro, y habeis conocido á vuestra madre; yo no puede acordarme de las caricias de la mía, porque murió dándome á los. Fuí criada por una hermana de mi padre, áspera é intratable, que lloré sin embargo cuando la perdí, hace dos años, porque á falta de otro cariño, mi ternura se habia fijado en esta muger como una yedra en la roca. Dos años hace que habito este palacio con la señora Petra, y aunque mi padre viene á verme pocas veces á pesar de mi ternura, estos dos años han sido y serán los mas felices de mi vida.

—Cierto que habeis sufrido mucho, dijo Ascanio, pero si lo pasado ha sido doloroso, por qué dudais del porvenir? El vuestro; ay! es deslumbrador. Sois noble, rica, hermosa, y la sombra de vuestros tiernos años hará resaltar mas el brillo del resto de vuestra vida.

Colomba meneó tristemente la cabeza.

—Oh! madre mía, madre mía! murmuró.

Cuando elevándose el pensamiento sobre el tiempo, perdemos de vista esas mesquinas necesidades del momento; en medio de esas locas que iluminan y resumen toda una vida, porvenir y pasado, el alma

tiempo á veces peligrosas vértiges y terribles delirios, y cuando nos acordamos de mil dolores, cuando mil angustias nos oprimen, el corazón enternecido tiene frecuentemente emociones terribles y mortales dolores. Es preciso ser muy fuerte para no caer cuando el peso del destino nos abruma el corazón. Estos dos jóvenes que tanto habian ya padecido, que habian quedado siempre solos, no tenían tal vez mas que pronunciar una palabra para un mismo porvenir de este doble pasado, pero para pronunciar esta palabra, la una era demasiado santa y el otro demasiado respetuoso.

Sin embargo, Ascancio miraba á Colomba con ternura infinita, y Colomba se dejaba mirar con una confianza divina; así que con las manos juntas y con el acento con que debía rogar á Dios, dijo el aprendiz á su joven apasionada:

—Escuchad, Colomba, si deseais alguna cosa, si pesa sobre vos alguna desgracia, y puedo satisfacer ese deseo dando toda mi sangre, y evitar esa desgracia dando toda mi vida, decidme una palabra, Colomba, como la diriais á un hermano, y seré muy feliz.

—Gracias, gracias, dijo Colomba; ya sé que á una sola palabra mia os habeis espuesto generosamente; pero Dios solo puede salvarme esta vez.

Colomba no tuvo tiempo para decir mas, las dos dueñas Ruperta y Petra se pararon en este momento delante de ellos.

Las dos comadres habian aprovechado el tiempo lo mismo que los dos enamorados, y ya estaban unidas con una amistad íntima, fundada en una simpatía reciproca. La señora Petra habia enseñado á la señora Ruperta un remedio para los sabañones, y la señora Ruperta por su parte, para no ser menos, habia indicado á la señora Petra un secreto para conservar las ciruelas. Fácilmente se concibe que se prometerian una eterna amistad, y que volverian á verse á pesar de todo el mundo.

—Y bien, Colomba, dijo la señora Petra, aproximándose al banco, continuais casada conmigo? No hubiera sido una vergüenza negar la entrada de la casa á aquel sin cuyo auxilio la casa no tendria ya dueño? Pues qué, no se trata por ventura de curar á este joven de una herida que ha recibido por nosotros? Y decid, señora Ruperta, si no es verdad que tiene ya mejor semblante y está menos pálido que cuando vino aquí.

—Es verdad, afirmó la señora Ruperta, aun estando en plena salud jamás ha tenido más vivos colores.

—Reflexionad, Colomba, continuó Petra, que seria un asesinato impedir una convalecencia tan bien principiada. Ea, el fin salva los medios. Me permitireis, no es verdad, que te diga que venga mañana al anochecer? Esto será para vos misma una distraccion, hija mia, distrac-

cion muy inocente, á Dios gracias, puesto que aquí estamos la señora Ruperta y yo. A la verdad os declaro, Colomba, que necesitais mucha distraccion. Y quién ha de ir á decir al señor preboste que hemos dulcificado un poco el rigor de sus órdenes? Además; antes de su prohibicion, habiais autorizado á Ascanio para que viniese á enseñaros joyas; y ya que las ha olvidado hoy, es menester que las traiga mañana.

Colomba miró á Ascanio que se habia quedado pálido y esperaba su respuesta con angustia.

Para una pobre muchacha, tiranizada y cautiva, esta humildad contenia una inmensa lisonja. Habia en el mundo un ser que dependia de ella, y cuya felicidad y desventura podia formar con una sola palabra! Todos aman su poder. Las maneras imprudentes y el aire de arrogancia del conde de Orbec habian recientemente humillado á Colomba. La pobre prisionera, perdonadla, no resistió al deseo de ver brillar un rayo de alegría en los ojos de Ascanio, y dijo ruborizándose y sonriendo:

—Señora Petra; qué cosas me obligais á hacer?

Ascanio quiso hablar, pero no pudo mas que juntar las manos con efusion.

—Gracias, generosa señora, dijo Ruperta con profunda reverencia. Vamos, Ascanio, estais débil todavía, ya es tiempo de retirarse. Dadme el brazo y partamos.

—El aprendiz tuvo apenas fuerzas para decir adios y dar las gracias; pero suplió las palabras con una mirada en que puso toda su alma, y siguió dócilmente á la criada con el corazón inundado de gozo.

Colomba volvió á caer pensativa en el banco, y penetrada de una embriagadora alegría que se reprehendia á sí misma, y á la cual no estaba habituada.

—Hasta mañana! dijo con aire de triunfo al separarse de sus huéspedes la señora Petra que los habia llevado al jardín; y vos, jóven, si gustais podeis venir todos los dias durante tres meses.

—Y por qué solamente durante tres meses? preguntó Ascanio que habia pensado volver siempre.

—Toma! respondió Petra, porque dentro de tres meses se casa Colomba con el conde de Orbec.

Ascanio necesitó toda la energia de su voluntad para no caer.

—Colomba se casa con el conde de Orbec! murmuró Ascanio. Oh, Dios mio! Dios mio! No me habia engañado! Colomba no me ama!

Pero como en este momento la señora Petra cerraba la puerta detrás de él, y la señora Ruperta marchaba delante, ni una ni otra le oyeron.

XII.

La reina del rey.

Hemos dicho que Benvenuto habia salido á las once de la mañana de su taller, sin decir á donde habia ido. Benvenuto habia ido al Louvre á devolver á Francisco I la visita que S. M. le habia hecho en el palacio del cardenal de Ferrara.

El rey habia cumplido su palabra; pues se habia dado en todas partes el nombre de Benvenuto Cellini, y todas las puertas se abrieron delante de él; sin embargo, una sola quedó cerrada, la del Consejo. Francisco I estaba discutiendo los asuntos de estado con los primeros dignatarios del reino, y á pesar de ser muy terminantes las órdenes del rey, no se atrevieron á introducir á Cellini en medio de la grave sesion que se celebraba, sin ir de nuevo á tomar la autorizacion de S. M.

Y en efecto, la situacion en que se hallaba la Francia era grave: hasta ahora hemos hablado poco de negocios de estado, convencidos de que nuestros lectores, y sobre todo nuestras lectoras, preferian las cosas del corazon á las de la política; pero, en fin, hemos llegado al momento en que no podemos ya retroceder, y en que nos vemos obligados á dirigir una ojeada, que procuraremos que sea lo mas rápida posible, sobre la Francia y España, ó bien sobre Francisco I y Carlos V; porque en el siglo XVI los reyes eran las naciones.

En la época á que nos referimos, por uno de esos azares de la poli-

tica, cuyos efectos experimentaron ambos con harta frecuencia, habia llegado á ser mejor la situacion de Francisco I, y habia empeorado la de Carlos V. En efecto, mucho habian variado las cosas desde el famoso tratado de Cambrai, negociado por dos mugeres, Margarita de Austria, tia de Carlos V, y la duquesa de Angulema, madre de Francisco I. Este tratado, que era el complemento de el de Madrid, establecia que el rey de España cederia la Borgoña al rey de Francia, y que este renunciaria por su parte al homenaje de Flandes y de Artois. Además, los dos jóvenes principes que servian de rehencs á su padre, debian ser rescata-dos por una suma de dos millones de escudos de oro. En fin, la buena reina Eleonara, hermana de Carlos V, prometida primero al condestable en recompensa de su traicion, despues casada con Francisco I, como prenda de paz, debia volver á la córte de Francia con los dos niños á quienes tan tiernamente habia servido de madre: todo esto se llevó á cabo con igual lealtad de una y otra parte.

Pero, como se deja conocer, la renuncia de Francisco I, al ducado de Milan, exigida de él durante su cautiverio, no era mas que una renuncia momentánea. Apenas libre, apenas reintegrado en su poder, apenas recobrada su fuerza, volvió de nuevo los ojos hácia Italia. Y para que sus pretensiones alcanzasen apoyo en la córte de Roma, casó á su hijo Enrique, Delfin por la muerte del primogénito Francisco, con Catalina de Médicis, sobrina del Papa Clemente VII.

Desgraciadamente, en el momento de terminarse todos los preparativos de la invasion meditada por el rey, habia muerto el Papa Clemente VII, siendo su sucesor Alejandro Farnesio, que habia subido al trono de San Pedro con el nombre de Paulo III.

El nuevo Papa habia resuelto en su política no dejarse arrear ni por el partido del emperador ni por el del rey de Francia, y mantener igual la balanza entre Carlos V y Francisco I.

Tranquilizado al emperador por este lado, cesó de inquietarse por los preparativos de la Francia, y dispuso á su vez una expedicion á Tunas, de que se habia apoderado el famoso corsario Char-Eddin, tan célebre bajo el nombre de Barbarroja, quien despues de haber echado á Malacá y Asen, habíase apoderado de este pais, acolando desde él la Sicilia.

La expedicion se llevó á cabo felizmente, y Carlos V, despues de haber destruido tres ó cuatro buques al comandante Soliman, entró triunfante en el puerto de Nápales.

Allí supo una noticia que acabó de darle completa seguridad, á saber: que Carlos III, duque de Saboya, aunque hijo materno de Francisco I, instigado por los consejos de su nueva muger Beatriz, hija de don Manuel, rey de Portugal, se habia separado del partido del rey de

Francia, en términos que cuando Francisco I, en virtud de sus antiguos tratados con Carlos III, intimó á este que recibiese sus tropas, el duque de Saboya contestó con una negativa, de modo que Francisco I se vió en la necesidad de forzar el terrible paso de los Alpes; cuyas puertas había creído hasta entonces hallar abiertas, gracias á su aliado y paciente.

Pero Carlos V salió de su seguridad cuando menos lo esperaba. El rey había hecho marchar con tanta prontitud un ejército contra Saboya, que su duque vió su provincia invadida antes de sospechar que lo estaba. Brion, encargado del mando del ejército, se apoderó de Chambery, se presentó en las alturas de los Alpes y amenazó al Piamonte al mismo tiempo que Francisco Sforce, aterrado sin duda con la noticia de semejantes sucesos, murió repentinamente, dejando el ducado de Milán sin heredero, y de consiguiente dando no solo facilidad, sino un derecho mas á Francisco I.

Brion bajó á Italia y se apoderó de Turin, donde se detuvo; estableció su campamento en las orillas del Sesá, y esperó.

Carlos V por su parte había dejado á Nápoles por Roma. La victoria que acababa de alcanzar sobre los antiguos enemigos de Cristo le valió una entrada triunfal en la capital del mundo cristiano. Esta entrada embriagó de tal modo al emperador, que contra su costumbre, rompió toda mesura y comedimiento, acusó en pleno Consistorio á Francisco I, de herejía, apoyando esta acusacion en la proteccion que dispensaba á los protestantes y en la alianza que había hecho con los turcos. Despues, recapitulando todas sus antiguas querrelas, en las cuales, segun él, Francisco I había cometido siempre los primeros agravios, juró una guerra de esterminio á su cuñado.

Sus pasadas desgracias habían hecho á Francisco I, tan prudente como aventurado fuera en un principio. Asi es que desde que se vió amenazado á la vez por las fuerzas de España y del imperio, dejó á Annebant por guardar á Turin y llamó á Brion con órden de resguardar parás y simplemente las fronteras.

Todos los que conocian el carácter caballeresco y emprendedor de Francisco I, nada comprendieron de esta retirada, y pensaron que cuando daba un paso atrás era porque se consideraba de antemano vencido. Esta creencia exaltó mucho mas el orgullo de Carlos V, puso personalmente á la cabeza de su ejército, y resolvió invadir á Francia penetrando por el Mediodia.

Conocidos son los resultados de esta tentativa; Marsella, que había resistido al condestable Borbon y á Pescara, los mejores guerreros de la época, no tuvo trabajo en resistir á Carlos V, gran político, pero mediano general. En nada desconcertó á Carlos V este contratiempo, dejó

á Marsella detrás de sí y quiso marchar detrás de Avignon; pero Montmorency habia establecido entre los rios Durance y Ródano un campamento inexpugnable contra el cual Cárlos V se encarnizó inútilmente. De suerte que despues de seis semanas de tentativas inútiles, rechazado en la cabeza, hostigado por los flancos, y amenazado ser cortado en su retaguardia, mandó á su vez una retirada que se asemejaba mucho á una derrota, y despues de haber estado á punto de caer en manos de sus enemigos, llegó con gran trabajo á Barcelona sin hombres y sin dinero.

Entonces todos los que habian esperado el resultado de la empresa para declararse, lo hicieron contra Cárlos V. Enrique VIII repudió á su muger, Catalina de Aragon, para casarse con su manceba Ana-Bolena. Soliman atacó el reino de Nápoles y la Hungria. Los príncipes protestantes de Alemania hicieron una liga secreta contra el emperador. En fin, los habitantes de Gante cansados de los impuestos con que sin cesar los abrumaban para atender á los gastos de la guerra contra la Francia, reveláronse de repente y enviaron á Francisco I embajadores para proponerle que se pusiera á su cabeza.

Pero en medio de este trastorno universal que amenazaba la fortuna de Cárlos V, habíanse renovado las negociaciones entre él y Francisco I. Ambos soberanos se habian avistado en Aguas Muertas; y Francisco I resuelto á una paz de que conocia tenia gran necesidad la Francia, decidióse á esperarle todo en lo sucesivo, no de una lucha á mano armada, sino de negociaciones amistosas.

Participó, pues, á Cárlos V las pretensiones de los ganteses, proponiéndole al mismo tiempo el paso por la Francia para dirigirse á Flandes.

Esto era el asunto que ocupaba al consejo en el momento en que Benvenuto habia ido á llamar á la puerta, y fiel á su promesa Francisco I avisado de la presencia de su famoso platero, mandó que entrase. Benvenuto pudo oír el fin de la discusion.

—Sí, señores, decia Francisco I, sí, soy del parecer de Montmorency, y mi sueño es concluir una alianza duradera con el emperador electo, colocar nuestros dos tronos sobre todos los de la cristiandad, y hacer desaparecer todas esas corporaciones, todas esas comunidades, todas esas asambleas populares que pretenden imponer limites á nuestro poder real negándonos tan pronto los brazos, como el dinero de nuestros súbditos.

Mi sueño es hacer entrar en el seno de la religion y en la unidad pontifical á todas las heregias que desolan nuestra santa madre iglesia; mi sueño en fin es reunir todas mis fuerzas contra los enemigos de Cristo, echar de Constantinopla al sultan de los turcos, aunque no sea mas

que para probar que no es, como se dice, mi aliado, y establecer en Constantinopla un segundo imperio, rival del primero, en fuerza, en esplendor y en estension. Hé aquí mi sueño, señores, y le he dado este nombre, á fin de no dejarme arrebatar demasiado por la esperanza del triunfo, á fin de no humillarme demasiado cuando tal vez el porvenir venga á demostrarme la imposibilidad. Pero si se realizase, si se realizase, condestable, si tuviese á la Francia y la Turquía, París y Constantinopla, el Occidente y el Oriente, convenid, señores, que esto sería hermoso, grande y sublime.

—Segun eso, dijo el duque de Guisa, está definitivamente resuelto que rehusareis la soberanía que os ofrecen los ganteses y que renunciareis á los antiguos feudos de la casa de Borgoña.

—Está resuelto, el emperador verá que soy aliado tan leal como leal enemigo. Pero antes, y sobre todas las cosas, tenedlo entendido, quiero y exijo que se me restituya el ducado de Milan; me pertenece por mi derecho hereditario y por la investidura de los emperadores; y lo tendré á fé de caballero hidalgo; y segun espero, sin romper la amistad con mi hermano Cárlos.

Y propondreis á Cárlos V que pase por la Francia para ir á castigar á los ganteses rebelados? añadió Poyet.

—Sí, señor canceller, respondió el rey, haced partir desde hoy á Mr. de Frejus para que le invite en mi nombre. Mostrémosle que estamos dispuestos á todo por la paz, pero si quiere la guerra.....

Un gesto terrible y magestuoso acompañó á esta frase interrumpida un instante, porque Francisco I habia visto á su artista que se mantenía modestamente cerca de la puerta.

—Pero si se quiere la guerra, repitió, por mi Júpiter de quien Benvenuto viene á traerme noticias, juro que la tendrá sangrienta, terrible, encarnizada. Y bien, Benvenuto, dónde está mi Júpiter?

—Señor, respondió Cellini, os traigo el modelo de vuestro Júpiter; pero sabeis en qué pensaba al veros y escucharos? Pensaba en una fuente pasa vuestro Fontainebleau; en una fuente, en la que colocaría una estatua colosal de sesenta piés, empuñando una lanza rota con su mano derecha y apoyando la izquierda sobre el puño de su espada. Esta estatua, señor, representaría á Marte, es decir, á V. M.; porque en vos todo es valor, y empleais el valor con justicia y en la santa defensa de vuestra gloria. Pero no es esto todo, señor: en los cuatro ángulos de la basa, habrá cuatro figuras sentadas: la poesía, la pintura, la escultura y la liberalidad. Hé aquí en lo que pensaba al veros y escucharos, señor.

—Y hareis vivir ese pensamiento en mármol ó en Bronce, Benvenuto; lo quiero, dijo el rey con tono imperativo, pero sonriéndose amistosamente.

Todo el consejo aplaudió, porque juzgaba al rey digno de la estatua y á la estatua digna del rey.

—Entretanto, añadió el rey, veamos nuestro Júpiter.

Benvenuto sacó el modelo de debajo de su capa y lo colocó sobre la mesa, alrededor de la cual acababan de discutirse los destinos del mundo.

Francisco I lo miró un instante con admiración.

—En fin, exclamó, he hallado un hombre según mi corazón; en seguida dando una palmada en el hombro de Benvenuto: amigo mio, continué, no sé quién experimente mas felicidad, si el príncipe que halla un artista que se anticipa á todas sus ideas; un artista, en fin, como vos, ó el artista que encuentra un príncipe capaz de comprenderle. Creo que mi placer es el mayor.

—Oh! no señor, exclamó Cellini, permitidme que os diga que el mio es el mayor.

—No porféis, Benvenuto, es el mio.

—No me atrevo á contradecir á V. M., sin embargo....

—Ea, digamos, pues, que nuestras alegrías son iguales, amigo mio.

—Señor, vos me llamais vuestro amigo, dijo Benvenuto, y esa es una palabra que me paga en el céntuplo de su valor lo que he hecho y pienso hacer por V. M.

—Pues bien, quiero probarte que no es una vana palabra que se me ha escapado, Benvenuto! y que si te llamo mi amigo es porque lo eres realmente. Tráeme mi Júpiter, acábalo lo mas pronto posible, y te ofrezco por la fé de caballero que obtendrás cuanto me pidas al traérmelo si la mano de un monarca puede alcanzarlo. Lo ois, señores, y si olvidó mi promesa recordádmela.

—Señor, exclamó Benvenuto, sois un rey grande y noble, y me avergüenzo de poder tan poco para vos que tanto hacéis por mí.

En seguida besando Cellini la mano que el rey la alargó, volvió á guardar su Júpiter debajo de la capa y salió de la sala del consejo lleno de orgullo y de alegría.

Al salir del Louvre encontró al Primático que iba á entrar en él.

—A dónde vais tan alegre, mi querido Benvenuto? dijo el Primático á Cellini que pasaba sin verle.

Ah! sois vos, Francisco, exclamó Cellini. Si, tenéis razon, estoy alegre porque acabo de ver á nuestro grande, á nuestro sublime, á nuestro divino Francisco I.

—Y habeis visto á la señora de Etampes? preguntó el Primático.

—Qué me ha dicho cosas, Francisco, que no me atrevo á repetir, aunque dicen que la modestia no es muy fuerte.

—Pero qué os ha dicho la duquesa de Etampes?

—Me ha llamado su amigo, me ha tuteado como tutea á sus mariscales. En fin, me ha dicho que cuando acabe mi Júpiter podré pedirle lo que quiero, pues de antemano me lo concede.

—Pero qué os ha prometido la de Etampes?

—Qué hombre tan raro sois, Francisco!

—Por qué?

—Vos no me habláis sino de la duquesa de Etampes cuando yo no os hablo sino del rey.

—Porque conozco la corte mejor que vos, Benvenuto; porque sois mi compatriota y mi amigo; porque me habeis traído un poco de aire de nuestra bella Italia, y en muestra de agradecimiento quiero salvaros de un gran peligro. Escuchad, Benvenuto, la duquesa de Etampes es vuestra enemiga, vuestra enemiga mortal; os lo dije cuando me lo temí; pero hoy que estoy seguro os lo repito. Habeis ofendido á esa mujer, y si no la calmáis os perderá. La duquesa de Etampes, Benvenuto, escuchad bien lo que voy á deciros, la duquesa de Etampes es la ruina del rey.

—Qué me decís, Dios mío! exclamó Cellini riéndose. Yo, yo he ofendido á la duquesa de Etampes! y cómo ha sido eso?

—Oh! os conozco bien, Benvenuto, y estoy seguro que no sabéis mas que yo, ni mas que ella, el motivo de su aversión. Pero qué remedio! Las mujeres son así; aborrecen como aman sin saber por qué. Pues bien, la duquesa de Etampes es aborrece.

—Qué querais que haga?

—Qué quiero? Quiero que el cortesano seive al ocultar.

—Yo; el cortesano de una cortesana! exclamó Cellini.

—Habeis hecho mal, Benvenuto, dijo sonriéndose el Primático, habeis hecho mal; la duquesa es muy hermosa, y todo artista deba convenir en ello.

—Tambien convengo yo, dijo Benvenuto.

—Pues bien! decíadlo á ella misma, y no á mí. Nada mas es pido para que os hagais los mejores amigos del mundo. La habeis ofendido por un capricho de artista; á vos os toca dar los primeros pasos para una reconciliacion.

—Si la he ofendido, dijo Cellini, ha sido sin intencion, ó mas bien sin malicia. Ella me dirigió algunas palabras mordaces que no merecia, y yo la he pagado con otras que merecia.

—No importa, no importa, olvidad lo que ha dicho, Benvenuto, y haced que ella olvide lo que le habeis contestado. Os lo repito, es impetiosa, vengativa, tiene en su mano el corazón del rey, que ama á las artes, pero que ama mas al amor. Ella os hará arrepentir de vuestra audacia, Benvenuto; os suscitará enemigos; ella ha sido quien ha dado

ya al preboste valor para resistiros. Y además sabed que yo parto para Italia, que voy á Roma por órden suya, y que este viaje es dirigido contra vós, Benvenuto, y yo mismo, yo, vuestro amigo, me veo obligado á servir de instrumento á su rencor.

—Y qué vais á hacer en Roma?

—Qué voy á hacer? ¡Habeis prometido al rey rivalizar con los antiguos, y sé que sois hombre capaz de cumplir vuestra promesa; pero la duquesa cree que os habeis vanagloriado sin razon, y para dejaros más, por medio de la comparacion sin duda, me envia á mí que soy pintor, á vaciar en Roma las mas bellas estatuas antiguas, el Leocote, la Venus, qué sé yo?

—En efecto, ese es el refinamiento del ódio, dijo Benvenuto, que á pesar de la buena opinion que tenia de sí mismo, no dejaba de inquietarse acerca de una comparacion de su obra con la de los mas grandes maestros; pero ceder á una muger, añadió apretando los puños; jamás, jamás!

—Quién os habla de ceder! nada de eso, yo solo os propongo un medio. Ascanio le ha agradado; ella quiere hacerle trabajar, y me ha encargado que le diga que pase á verla. Pues bien, nada más sencillo para vos que acompañar á vuestro discípulo al palacio de Etampes para presentarle vos mismo á la bella duquesa. Aprovechaos de esta circunstancia; llevad alguna de esas joyas maravillosas que vos solo sabeis hacer, Benvenuto; primero se la enseñareis, despues cuando veais sus ojos brillar mirándola, se la ofrecereis como un tributo apenas digno de ella. Entonces la aceptará, os dará las gracias, y en cambio os hará algun presente digno de vos, dispensándoos además todo su favor. Si por el contrario teneis á esta muger por enemiga, renunciad desde ahora á las grandes cosas que meditais. Ay! tambien yo me he visto obligado á humillarme un instante para levantarme despues con toda mi estatura. Hasta entonces me vi postergado á ese embadurnador de Rosó, que en todo y por todo era preferido, hasta nombrarle intendente de la Corona.

—Sois injusto con él, Francisco, dijo Cellini, incapaz de ocultar su pensamiento; es un gran pintor.

—Así os parece?

—Estoy seguro de que lo es.

—Eh! tambien yo lo estoy, dijo el Primático, y por lo mismo le aborrezco. En fin, se sirvieron de él para chafarme, supe llorjear la miserable vanidad de mis enemigos, y ahora soy el gran Primático, y ahora se sirven de mí para chafaros á vuestra vez. Haced lo que yo he hecho, Benvenuto, no os arrepentireis de haber seguido mi consejo. Os suplico por vos y por mí, os suplico en nombre de vuestra gloria y de vuestro porvenir que comprometéis si persistis en vuestra obcecacion.

—Eso es duro, dijo Cellini, que principiaba sin embargo, visiblemente á ceder.

—Si por vos no lo haceis, Benvenuto, añadió el Primático, hacédlo por nuestro gran rey. Quereis desgarrarle el corazón poniéndole en la necesidad de optar entre una muger que ama y un artista que admira!

—Pues bien! sea; lo haré por el rey, exclamó Cellini satisfecho de haber encontrado para su amor propio una excusa suficiente.

—En buen hora! dijo el Primático. Y ahora ya comprendéis, Cellini: que si llega á saber la duquesa una sola palabra de esta conversacion, soy perdido.

—No tengais cuidado, dijo Benvenuto.

—Benvenuto dá su palabra, y nada hay que decir, contestó el Primático.

—Os la doy.

—Pues bien, adios, compañero.

—Buen viaje por esos paises!

—Buena suerte en este!

Y los dos amigos, despues de haberse apretado por última vez la mano, se separaron haciendo cada uno un gesto que reasumia toda su conversacion.

XIII.

LA MUGER VARÍA Á MENUDO.

El palacio de Etampes no estaba muy distante del palacio de Nesle. Nuestros lectores, pues, no estrañarán que pasemos del uno al otro.

Estaba situado cerca de la iglesia de los Agustinos y se estendia á lo largo de la calle Gilieu-le-Gueux. Su principal entrada estaba por la calle de la Hirondelle. Francisco I lo habia regalado á su querida para que consintiese en casarse con Jacobo Desbrosses, conde de Pentiebre, asi como habia dado el ducado de Etampes y el Gobierno de Bretaña á Jacobo Desbrosses, conde de Pentiebre, para que consintiese en casarse con su querida.

El rey además habia querido hacer su presente digno de la hermosa Ana de Heilly, disponiendo que lo arregláran conforme al último gusto. Sobre la fachada sombría y severa se habia esparcido por encantamiento, como otros tantos pensamientos de amor, las delicadas flores del renacimiento. En fin, por el interés que el rey habia tomado en adornar esta morada, era fácil conocer que debia habitarla él mismo casi tanto como la duquesa de Etampes. Habianse además amueblado las piezas con un lujo régio, y la servidumbre estaba montada como la de una verdadera reina, y aun mucho mejor sin duda que la de la excelente y casta Elcouora, hermana de Carlos V, y muger legítima de Francisco I.

Si ahora penetramos indiscretamente á hora muy temprana de la mañana en la cámara de la duquesa, la hallaremos recostada en un canapé, apoyando su encantadora cabeza en una de sus bellas manos y pasando negligentemente la otra por los bucles de sus cabellos castaños de reflejos dorados. Los

piés desnudos de Ana parecían mas pequeños y mas blancos en sus anchos chapines de terciopelo negro, y sus vestidos flotantes y descuidados prestaban á la coqueta un encanto irresistible.

El rey está aquí en efecto, de pié apoyado en una ventana, pero no mira á su duquesa. Toca á compás con los dedos en los cristales y parece meditar profundamente. Sin duda piensa en esa grave cuestion de Carlos V atravesando la Francia.

—Qué haceis ahí, señor, con la espalda vuelta? le dijo al fin la duquesa impaciente.

—Versos para vos, amada mia, pero ya los he concluido, respondió Francisco I.

—Oh! recitádmelos al punto, mi hermoso poeta coronado.

—Con mucho gusto, contestó el rey con el desembarazo de un rimador que empuña cetro. Oid,

De un lado miro á la aurora
que á Febo el camino enseña,
y á cuya luz sonrosada
desparescen las estrellas;

De otro á mi amada jugando
con sus doradas guedejas,
que el mismo Apolo envidiara
y la diva Citera.

Y si amorosa me mira
y me sentie halagüeña,
dudo entonces que el Olimpo
tenga beldad mas perfecta.

—Oh! qué hermosos versos! exclamó la duquesa aplaudiendo. Mirad á la aurora cuanto queráis, ya no tendré celos de ella, puesto que me proporciona tan lindos versos. Os suplico que me los repitais.

Francisco I repitió complacido para ella y para si su galante oportunidad; pero ahora fué Ana quien guardó silencio.

—Qué tenéis, querida mia? dijo Francisco I, que esperaba otro cumplido.

—Tengo, señor, que os repetiré con mas autoridad esta mañana lo que ayer tarde os decia: un poeta tiene menos excusa que un rey caballero para dejar ultrajar insolentemente á su dama, porque ella es al mismo tiempo su amada y su musa.

—Qué cruel sois, contestó el rey con un ligero movimiento de impaciencia. Vuestro odio es tan implacable, mi niña soberana, que vuestros agravios os hacen olvidar mis versos.

—Yo odio como amo.

—Y sin embargo me atrevo á suplicaros que no aborrezcais á ese loco de Benvenuto, que no sabe lo que dice, que habla como se bate, sin reflexion, y que os aseguro no ha tenido intencion de ofenderos. Además, bien sabéis que la clemencia es el atributo de las divinidades, mi querida diosa, perdonad á ese loco por el amor que me profesais.

—Loco, repitió Ana murmurando.

—Oh! loco sublime, es verdad, dijo Francisco I, ayer le he visto, y me ha prometido prodigios. Es un hombre que creo no tiene competidor en su arte y que honrará mi porvenir tanto como Andrés del Sarto, Ticiano y Leonardo de Vinci. Bien sabéis cuánto amo á mis artistas, mi querida duquesa; os suplico, pues, que seais benigna é indulgente con este. Bah! bah! aguacero de abril, capricho de muger y arrebató de artista ofrecen mas encanto que tedio. Oh! vos, á quien yo amo, perdonareis á quien me agrada?

—Soy vuestra sierva y os obedeceré, señor.

—Gracias. En cambio de este favor que me otorga la bondad de la muger, podéis pedir el don que os plazca al poder del príncipe. Mas ay! se hace tarde y es menester separarnos. Tambien hoy se celebra consejo. Qué fastidio! Ah! mi hermano Carlos V me hace bien pesado el cargo de rey! En vez de la galantería emplea la astucia, y la pluma en vez de la espada; es una vergüenza. Creo, á fé de quien soy, que será preciso inventar nuevas palabras para nombrar toda esa ciencia y toda esa habilidad de gobierno. Adios, amada mia, voy á tratar de ser astuto y diestro. Feliz vos, que os basta ser hermosa! Adios, no os levanteis, mi page me espera en la antecámara. Hasta la vista, y pensad en mí.

—Siempre, señor.

Y dirigiéndose con la mano un último adiós, Francisco, alzó el tapiz y salió dejando sola á la bella duquesa, que fiel á su promesa se puso inmediatamente, es preciso decirlo, á pensar en cualquiera otra cosa que no era él. Porque la duquesa de Etampes era activa, ardiente, ambiciosa. Despues de haber buscado vivamente y conquistado el amor del rey, pronto no bastó este amor á la inquietud de su espíritu y principió á fastidiarse de él. El admirante Brion y el conde de Longueval, á quienes amó algun tiempo Diana de Poitiers, á quien siempre detestó, no la ocupaban ya muy poderosamente, pero hacia ocho dias que se habia llenado un poco el vacío que sentia en su espíritu, y ya principaba á vivir, gracias á un nuevo odio y á un nuevo amor.

Odiaba á Cellini y amaba á Ascanio, y en uno y otro pensaba mientras sus camareras acababan de vestirla.

Como solo faltaba peinarla, anunciaron la llegada del preboste de Paris y del vizconde de Marmagne.

Eran del número de los mas decididos partidarios de la duquesa, en los dos campos que se habian formado en la córte entre la querida del Belfin,

Diana de Poitiers y ella. Comumente acogemos bien á los amigos cuando pensamos en nuestro enemigo. Asi es que con gracia infinita dió la duquesa de Etampes su mano á besar al preboste ceñudo y al risueño vizconde.

—Señor preboste, le dijo con una cólera que nada tenia de fugida, y una compasion que nada tenia de injuriosa, hemos sabido la odiosa manera con que ese záfio italiano os ha tratado, á vos, que sois nuestro mejor amigo, y todavía estoy indignada.

—Señora, respondió Estourville, haciendo una lisonja hasta de su derrota, me hubiera avergonzado de que mi edad y mi carácter hubiesen sido perdonados por el infame á quien no contuvieron vuestra hermosura y vuestra gracia.

—Oh! dijo Ana, yo no pienso mas que en vos: en cuanto á mi injuria personal, el rey, que es en verdad demasiado indulgente con esos insolentes estrangeros, me ha suplicado que la olvide, y yo la olvido.

—Si es asi, señora, la súplica que teniamos que haceros, será sin duda mal acogida, y os pedimos permiso para retirarnos sin decirlosla.

—Cómo! señor de Estourville, no soy vuestra en todo tiempo y en toda circunstancia. Hablad! hablad! ó me ofendo con tan desconfiado amigo.

—Pues bien, señora, hé aquí nuestra pretension. Habiendo yo creído poder disponer en favor del conde de Marmagne del derecho de alojamiento en uno de los palacios reales que debia á vuestra eminencia, naturalmente nos hemos inclinado al palacio de Nesle, que en tan malas manos ha caido.

—Ah! ah! dijo la duquesa, os escucho con atencion.

—El vizconde, señora, aceptó desde luego con el mayor apresuramiento, pero despues que ha reflexionado, vacila, pensando con espanto en ese terrible Benvenuto.

—Perdonad, mi digno amigo, interrumpió el vizconde de Marmagne, perdonad, vos explicais muy mal la cosa; no temo á Benvenuto, temo la cólera del rey. No temo que me mate ese záfio italiano, llamándole como le llama la señora duquesa. Lo que temo es, por decirlo asi, matarle y que me sobrevenga algun mal por haber privado á nuestro soberano de un servidor á quien parece aprecia mucho.

—Y yo me habia atrevido, señora, hacerle esperar que en ese caso de necesidad, no le faltaria vuestra proteccion.

—Jamás ha faltado á mis amigos, dijo la duquesa, y además no teneis en vuestro apoyo una amiga mejor que yo, la justicia? No obrais en virtud de los deseos del rey?

—S. M., respondió Marmagne, no ha designado el palacio de Nesle para que lo ocupe otro que no sea Benvenuto, y nuestra eleccion, es preciso confesarlo, tendrá todo el aire de una venganza. Y además, si mato á ese Cellini, como puedo afirmar, puesto que llevaré dos hombres seguros?

—Oh Dios mio! dijo la duquesa mostrando sus dientes blancos al mismo

tiempo que su sonrisa, el rey proteje á los vivos, pero creo que se cuidará poco de vengar á los muertos; y no teniendo ya que ejercer su admiración por el arte, espero que solo se acordaría de amarme. Ese hombre me ha insultado tan pública y horriblemente! Marmagne, lo olvidais?

—Pero señora, dijo el prudente vizconde, reparad bien en lo que tenéis que defender.

—Os entiendo bien, vizconde.

—No señora, si me lo permitis, no quiero que ignoreis nada. Puede suceder que se frustre la fuerza con ese diablo de hombre: entonces os confesaré que debemos recurrir á la astucia; si se escapa de las manos de los amigos á la mitad del día en su palacio, lo hallarían casualmente alguna noche en una callejuela, y.... no tienen solamente espadas, señora, también tienen puñales.

—Qué decis! señora.

—Digo, vizconde, que sois hombre prevenido, y que no conviene ser de vuestros enemigos.

—Pero qué os parece el asunto en cuestión, señora?

—La cosa es grave en efecto, y merecería tal vez la pena de que reflexionase mucho; pero qué queréis que os diga? Todos saben, y el mismo rey no ignora, que ese hombre ha herido gravemente mi orgullo. Lo aborrezco... tanto como á mi marido ó á Diana, y á fé mia creo poder daros palabra... pero qué ocurre, Isabel, por qué nos interrumpes?

• Estas últimas palabras de la duquesa se dirigian á una de las camareras que entró azorada.

—Señora, os pido perdon, dijo Isabel; pero ese artista florentino; ese Benvenuto Cellini está allá fuera con la mas linda jarra dorada que puede imaginarse. Ha dicho muy políticamente que venia á ofrecerla á vuestra señoría, y que pedia instantáneamente el favor de hablaros un minuto.

—Eso ha dicho, eh! contestó la duquesa con la satisfacción de un orgullo templado, y qué le has contestado, Isabel?

—Que no estábais vestida, y que venia á avisaros.

—Muy bien; parece, añadió la duquesa, volviéndose hácia el preboste consternado, que nuestro enemigo se enciende y principia á reconocer lo que valemos y lo que podemos. No importa, no será perdonado tan fácilmente como se cree, ni voy á recibir inmediatamente sus excusas. Es menester que sienta un poco mas su ofensa y nuestro enojo. Isabel, dile que me has avisado y que le mando que me espere.

Isabel salió.

—Os decia, pues, vizconde de Marmagne, continuó la duquesa modificando un poco su cólera, que el asunto de que me hablais es grave y que no puedo prometeros tomar parte, en lo que despues de todo es un asesinato premeditado y una asechanza.

—La injuria ha sido atroz, se aventuró á decir el preboste.

—Espero que la reparacion no lo será menos, mi querido preboste. Ese terrible orgullo que resistió á los soberanos, está esperando ahí, en mi antecámara, mis caprichos de muger, y dos horas de este purgatorio espianrán bien á decir verdad, una palabra impertinente. Es menester no ser tan crueles, preboste. Perdonadle como yo le perdonaré dentro de dos horas; tendré yo sobre vos menos poder que el rey ha tenido sobre mí?

—Permitidnos, señora, que nos retiremos, dijo el preboste haciendo una reverencia, porque no quisiera haceros una promesa que tal vez no cumpliría.

—Retiraros, nada de eso, dijo la duquesa que á toda costa quería tener testigos de su triunfo; espero, señor preboste, que asistireis á la humillacion de vuestro enemigo y que ambos quedemos vengados á un mismo tiempo. Os doy á vos y al vizconde estas dos horas: no me lo agradezcáis. — Dicen que casais á vuestra hija con el conde de Orbec. — Hermoso partido seguramente. Pero qué digo, hermoso; bueno debería decir; pero sentaos. Sabeis que para que este casamiento se realice es menester mi consentimiento? Y vos no me lo habeis pedido todavía, pero os lo daré. Orbec me es tan afecto como vos. Espero que al fin iremos á ver á vuestra hermosa hija, y que su marido no será tan indiscreto que no la conduzca á la córte. Cómo se llama?

—Colomba, señora.

—Bonito y dulce nombre. Dicen que los nombres ejercen grande influencia sobre el destino; si es así, la niña debe tener el corazón tierno y padecerá. Otra vez Isabel! qué hay?

—Nada, señora, ha dicho que esperará.

—Ah! sí, está bien, ya lo habia olvidado. Sí, sí, lo repito, tened cuidado con Colomba, señor de Estourville; el conde es un marido de la misma pasta que el mio, tan ambicioso como avaro es el duque de Etampes, y muy capaz tambien de cambiar su muger por algun ducado. Entouces, cuidado conmigo tambien, sobre todo si es tan linda como se dice. Me la presentareis, no es verdad, señor preboste? Es justo que pueda ponerme en estado de defensa.

La duquesa radiante de alegría, esperando su victoria, habló largo tiempo con este desenfado, mientras que su júbilo impaciente se traslucia en sus movimientos.

—Ea! dijo al fin, todavía falta media hora y habrán pasado las dos del suplicio del pobre Benvenuto. Pongámonos en su lugar, debe sufrir horriblemente, no está habituado á semejantes facciones: para él el Louvre está siempre abierto, y el rey siempre visible. A la verdad, aunque lo ha merecido, lo tengo lástima: debe morderse los puños, no es verdad? y luego no poder manifestar su rabia! Ja! ja! ja! voy á reirme mucho tiempo! Pero Dios mio, qué oigo? esas voces..... ese ruido.

—Será el condenado que se aburre del purgatorio, dijo el preboste recordando la esperanza.

—Quisiera ver eso todavía, dijo la duquesa toda pálida; venid pues, conmigo, señores, venid.

Benvenuto resignado por los motivos que hemos visto, á hacer la paz con la omnipotencia favorita, cogió desde el día siguiente de su conversacion con el Primático, la jarra de plata dorada, rescate de su tranquilidad, y sosteniendo con su brazo á Ascanio débil y pálido, se encaminó hácia el palacio de Etampes. Desde luego halló lacayos que se nezararon á anunciarle tan temprano á su señora; y perdió media hora en transacciones. Esto principió ya á irritarle mucho. Al fin pasó Isabel y consintió en avisar á la señora de Etampes. Volvió á decir á Benvenuto que la duquesa se vestía y que tenía que esperar un poco. Revistióse, pues, de paciencia y sentóse en un escabel al lado de Ascanio, que fatigado por lo que había andado, por la fiebre y por sus pensamientos, sentía alguna debilidad. Una hora pasó de este modo. Benvenuto se puso á contar los minutos; pero despues de todo se decía á si mismo, el tocado de una duquesa es el negocio importante de su día, y por un cuarto de hora mas ó menos, no he de perder el beneficio de mi diligencia. Sin embargo, á pesar de esta reflexion filosófica principió á contar los segundos.

—Entretanto Ascanio palidecía: había querido ocultar sus padecimientos á su maestro: y le había seguido heroicamente sin decir palabra; nada había tomado por la mañana, y aunque lo negaba, sentía que le abandonaban sus fuerzas. Benvenuto no pudo permanecer sentado y principió á pasearse aceleradamente de arriba abajo.

Trascurrió otro cuarto de hora.

—Tú sufres, hijo mio! dijo Cellini á Ascanio.

—No, mi querido maestro; mas bien sois vos quien padecéis. Suplico que tengais paciencia, ya no pueden tardar.

En este momento pasó otra vez Isabel.

—Vuestra ama tarda mucho, dijo Benvenuto.

La maliciosa doucella se asomó á la ventana y miró el reloj del patio.

—Todavía no hace mas que hora y media que esperais, de qué os quejais?

Y como Cellini fruncióse el entrecejo, se alejó soltando una carcajada. Benvenuto haciendo un esfuerzo violento pudo contenerse todavía: volvió á sentarse, y con los brazos cruzados permaneció mudo y grave. Parecía tranquilo; pero su cólera fermentaba en silencio. Dos criados inmóviles delante de la puerta, le miraban con una seriedad que él atribuía á burla.

Sonó el cuarto; Benvenuto dirigió sus ojos á Ascanio y lo vió mas pálido que nunca y dispuesto á desmayarse.

—¿Cáscaras! exclamó perdiendo la paciencia: lo hace espresamente! He

querido creer lo que me decían y esperar por complacencia; pero si es un insulto el que quieren hacerme, tan poco acostumbrado estoy á ellos, que ni siquiera se me ha ocurrido semejante idea; si es un insulto, no soy hombre que me dejen insultar de nadie, ni aun de una muger. Yo me marchó, Ascanio, vámonos.

Al decir esto Benvenuto levantó con su mano vigorosa el escabel inhospitalario, donde el odio de la duquesa le habia humillado, sin saberlo, durante cerca de dos horas, y dejándolo caer con toda su fuerza lo hizo pedazos. Los lacayos hicieron un movimiento, pero Cellini sacó hasta la mitad su puñal y se detuvieron. Ascanio, asustado por su maestro, quiso levantarse: pero su emocion habia agotado el resto de sus fuerzas y cayó sin conocimiento. Benvenuto no lo observó en su principio.

En este momento se presentó la duquesa pálida y encolerizada en el umbral de la puerta.

—Sí, me marchó, repitió con su voz de trueno Benvenuto, que la vió muy bien, y decid á esa muger que me llevo mi regalo para darlo, no sé á quién, al primer labriego que encuentre, pero que será mas digno que ella de él. Decidla que si me ha tomado por uno de sus criados, como á vosotros, se ha engañado, y que nosotros los artistas no vendemos nuestra obediencia y nuestro respeto, como ella vende su amor, y ahora dejadme paso. Sigúeme, Ascanio.

En este momento se volvió hácia su amado discípulo y lo vió con los ojos cerrados, la cabeza caída y pálido contra la pared.

—Ascanio, exclamó Benvenuto, Ascanio, hijo mio, qué tienes! estás desmayado! moribundo tal vez! Oh! mi querido Ascanio, todavia esa muger.... Benvenuto se dirigió con un gesto amenazador á la duquesa de Etampes, haciendo al mismo tiempo un movimiento para llevarse á Ascanio en sus brazos.

En cuanto á ella, llena de enojo y espanto, no habia podido hasta entonces dar un paso ni pronunciar una palabra. Pero al ver á Ascanio blanco como un mármol, con la cabeza inclinada, sus largos cabellos esparcidos y tan hermoso en su palidez, tan gracioso en su desmayo, impelida de un movimiento irresistible se precipitó sobre él y se halló casi arrodillada y frente á Benvenuto, teniendo como él una mano de Ascanio entre las suyas.

—Pero ese jóven se muere! Si os lo llevais, lo matareis. Quizás necesita socorros muy prontos. Gerónimo, corre en casa de maese Andrés. No quiero que salga de aqui en este estado, no ois! Marchaos, ó quedaos, pero dejadle.

Benvenuto miró á la duquesa con penetracion y á Ascanio con ansiedad. Conoció que no habia ningun peligro en dejar á su discípulo querido entregado á las atenciones de la señora de Etampes. Como siempre, no tardó

en tomar su partido, porque la decision rápida é inmutable era una de las virtudes ó uno de los defectos de Cellini.

—Respondeis de él, señora! dijo.

—Oh! con mi vida! exclamó la duquesa.

Benvenuto besó dulcemente al aprendiz en la frente, y embozándose en su capa, la mano puesta en su puñal, salió orgullosamente, no sin haber dirigido á la duquesa una mirada de odio y de desprecio. En cuanto á los dos hombres, ni siquiera se dignó mirarlos.

Anna por su parte siguió á su euenigo, mientras pudo verle, con los ojos llenos de furor; despues, mudando de espresion, bajó la cabeza con la cabeza con una tristeza inquieta sobre el gallardo enfermo: el amor sucedió á la cólera: la pantera se convirtió en corza.

—Maese Andrés, dijo á su médico que acudia, salvadle, está herido y moribundo.

—No es nada, dijo el doctor, un desmayo pasajero; y derramó sobre los labios de Ascanio algunas gotas de un cordial que llevaba siempre consigo.

—Ya se reanima, exclamó la duquesa, ya se mueve. Ahora, doctor, necesita reposo, no es verdad? Trasludadlo á esta estancia y acostadlo en un sofá, dijo á los dos pages. En seguida, bajando la voz para no ser oida sino de ellos: Pero silencio, añadió, si se os escapa una palabra de lo que acabais de ver y de oír, vuestro cuello responde de vuestra lengua. Despa-chaos.

Los lacayos temblando se inclinaron, y levantando suavemente á Ascanio lo llevaron.

Luego que quedó sola con el preboste y el vizconde de Marmagne, espectadores tan prudentes de su ultrage, la duquesa los miró de piés á cabeza, principalmente al último, con una ojeada de desprecio, pero pronto reprimió este movimiento.

—Decia, pues, vizconde, continuó con afectada calma, que el asunto de que me hablais es grave; no importa, no hay necesidad de reflexionarlo. Creo tener bastante poder para sentar la mano á un traidor, como lo tendria, en caso de necesidad, para sentársela á los indiscretos. Espero que el rey se dignará esta vez castigar, pero yo quiero vengarme. El castigo matará al insulto: la venganza lo amortajará. Habeis tenido, señores, la suficiente sangre fria para aplazar esta venganza á fin de no comprometerla, os doy las gracias por vuestra prudencia; os aconsejo que tengais tambien la debida destreza para no dejarla escapar, y procurad que no me vea yo en la necesidad de recurrir á otros. Vizconde de Marmagne, necesitais palabras claras y terminantes; pues bien, os garantizo la misma impunidad que al verdugo; solamente, si quereis que os dé un consejo, os invito, á vos y á vuestros esbirros, á que renunciéis la espada y os atengais al puñal.

Pero silencio sobre todo, obrad y prontamente : esta es la mejor respuesta. Adios , señores.

Pronunciadas con voz breve é imperiosa estas palabras, la duquesa estendió el brazo como para mostrar la puerta á sus dos conjurados. Estos se inclinaron torpemente sin hallar, en su confusion, una excusa, y salieron mohinos y avergonzados.

—Qué fatalidad es ser muger y necesitar á semejantes cobardes! dijo Ana viéndolos alejarse , mientras sus labios se contraian con disgusto. Oh : cuánto desprecio á esos hombres , amante real , marido venal , criados con jubon , criados con librea , á todos , esceptuando á uno solo que admiro á mi pesar, y á otro que amo con pasion.

En seguida entró en la estancia donde se hallaba el hermoso enfermo. En el momento de aproximarse á él la duquesa , Ascanio abrió los ojos.

—No es nada , dijo el doctor á la señora de Etampes , este jóven ha recibido una herida en el hombro , y la fatiga , alguna emociion del alma , quizis tambien el hambre , han causado un desmayo momentaneo , que como veis , ha disipado completamente este cordial. Ya se ha repuesto y soportará bien el ser trasladado á su casa en la litera.

—Basta , doctor , dijo la duquesa dando una bolsa á su médico , el cual la saludó profundamente y salió.

—Dónde estoy? dijo Ascanio, que vuelto en si procuraba coordinar sus ideas.

—Estais á mi lado , en mi casa , Ascanio , dijo la duquesa.

—En vuestra casa , señora? Ah ! sois vos la señora duquesa de Etampes? Y dónde está Benvenuto ? Dónde está mi maestro ?

—No os movais , Ascanio ; vuestro maestro está en seguridad , tranquilizaos : á estas horas está comiendo pacíficamente en su casa.

—Pero por qué me ha dejado aqui ?

—Perdisteis el conocimiento , y os ha confiado á mis cuidados.

—Y me asegurais , señora , que no corre ningun peligro , que ha salido de aqui sin daño ?

—Os repito , os afirmo , Ascanio , que jamás ha estado menos espuesto que en este momento. Ingrato ! le vigilo , le cuido , yo duquesa de Etampes , con la ternura de una hermana , y no me habla mas que de su maestro!

—Oh ! señora , perdonadme ; os doy las mas espresivas gracias ! dijo Ascanio.

—Ya era tiempo ! dijo la duquesa meneando su linda cabeza con fina sonrisa.

Y entonces la duquesa de Etampes se puso á hablar , acompañando cada palabra con una entonacion tierna, dando á las frases mas sencillas las intenciones mas delicadas, haciendo cada pregunta con una especie de avidez y al mismo tiempo de respeto, escuchando cada respuesta como si su destino dependiese de ella. Estuvo humilde, tierna, acariciadora como una gata, lista

y atenta á todo, así como una buena actriz en escena, volviendo dulcemente á Ascanio al tono si de él se separaba y atribuyéndole todo el mérito de las ideas que habia preparado y necesariamente desenvuelto; aparentando dudar de si y oyéidole á él como un oráculo; desplegando todo ese talento cultivado y encantador que, como hemos dicho, le habia valido el sobrenombre de la mas bella de las instruidas y la mas instruida de las bellas. En fin, hizo de esta conversacion la mas dulce de las lisonjas y la mas hábil de las seducciones; en seguida, como el jóven por tercera ó cuarta vez hiciese ademán de retirarse.

—Me habláis, Ascanio, dijo deteniéndole de nuevo, con tanta elocuencia y entusiasmo de vuestro bello arte de platería, que es para mí como una revelacion, y que veré en lo sucesivo un pensamiento donde ad veia mas que un adorno. Luego, según vos, ¿vuestro Benvenuto es el maestro de este arte?

—Señora, ha sobrepujado al divino Miguel Angel.

—Estoy quejosa de vos. Vais á disminuir el rencor que le tengo por su mal proceder conmigo.

—Oh! no hagnis caso de su rudeza, señora. Esa tosquedad oculta el alma mas ardiente y mas generosa; pero Benvenuto tiene al mismo tiempo el carácter mas impaciente y mas fogoso. Ha creído que de intento le haciais esperar y este insulto.....

—Decid mas bien esta malicia, interrumpió la duquesa remedando la confusion de un niño mimado. La verdad es que no estaba todavía vestida cuando llegó vuestro maestro y he alargado solamente un poco mi tocado. He hecho muy mal, muy mal! Ya veis que hago mi confesion. No sabia que estabais con él, añadió con vivacidad.

—Sí, señora, pero Cellini, que no es muy penetrante sin duda, y á quien ademas han engañado, cree que vos, bien puedo decirlo á vos tan bondadosa y tan buena, cree que sois mal intencionada y terrible, y ha tomado una puerilidad por una ofensa.

—Crecis eso? contestó la duquesa sin poder ocultar enteramente una sonrisa burlona.

—Oh! perdonadle, señora; si os conociese, creedme, es noble y generoso, os pediria de rodillas perdón de su error.

—Pero callad! Pretendeis ahora que le ame? No quiero hacer las paces con él, ya os lo dije, y para principiar voy á suscitarle un rival.

—Será difícil, señora.

—No, Ascanio, porque este rival sois vos, es su discípulo. Permitidme siquiera que no tribute sino un homenaje indirecto á ese gran génio que me aborrece. Y cuando el mismo Cellini alaba vuestra gracia de invencion, os negareis á poner esta poesia á mi servicio? Y puesto que no participais de las prevenciones de vuestro maestro contra mi persona, no me lo probareis contribuyendo á embellecerla?

—Señora, todo lo que puedo, y todo lo que soy está á vuestras órdenes. Sois tan bondadosa conmigo, os habeis informado ahora mismo con tanto interés de mi pasado, de mis esperanzas, que me consagro á vuestro servicio con toda la efusion de mi alma.

—Niño! nada he hecho todavía, y hasta ahora no os pido mas que un poco de vuestra habilidad. Vamos, habeis visto en sueños alguna prodigiosa joya? yo tengo perlas magnificas; ¿en qué lluvia maravillosa deseais transformármelas, mi mago gentil? esperad; queréis que os diga una idea que se me ocurre? ahora mismo, al veros recostado en esta antecámara, pálido y la cabeza caída, me imaginaba ver un hermoso lirio cuyo tallo inclina el viento. Pues bien! hacedme un lirio de perlas y de plata que llevaré en mi corpiño, dijo la encantadora poniendo la mano sobre su corazon.

—Oh! señora, tanta bondad.....

—Ascanio, queréis mostráros agradecido por esta bondad, como decís? Prometedme que me tomareis por confidente, por amiga, que uada me ocultareis de vuestras acciones, de vuestros proyectos, de vuestros pesares, sí, de vuestros pesares, porque veo que estais triste. Prometedme venir á buscarme cuando necesiteis ayuda y consejos.

—Pero esa es una nueva gracia que me otorgais, y no un testimonio de gratitud que me pedís.

—En fin, me lo prometeis

—Ay! ayer todavía os lo hubiera prometido, señora! ayer todavía hubiera podido comprometerme á apelar á vuestra generosidad si tuviese necesidad de ella : hoy ya no está en el poder de nadie servirme.

—Quién sabe?

—Lo sé yo, señora, lo sé.

—Ah! conozco que padecéis, Ascanio.

—Ascanio movió tristemente la cabeza.

—Sois reservado con una amiga, Ascanio; no debeis obrar así, continuó la duquesa cogiendo la mano del jóven y apretándola dulcemente.

—Mi maestro debe estar con cuidado, señora, y temo ser importuno. Me hallo enteramente repuesto y me permitireis que me retire.

—Qué prisa tenéis por dejarme! Esperad al menos que os preparen una litera. No resistais, es la órden del médico y la mia tambien.

Ana llamó á un criado y le dió las órdenes necesarias; en seguida dijo á Isabel que le trajera sus perlas y algunos de sus brillantes, los cuales entregó á Ascanio.

—Ahora os devuelvo la libertad, dijo; pero cuando esteis restablecido, mi delirio será la primera cosa de que os ocupais, no es verdad? Entretanto os suplico que lo estudiéis, y cuando hayais acabado vuestro dibujo, venid á enseñármelo.

—Así lo haré, señora duquesa.

—Y no queréis que yo piense en serviros, y cuando hacéis lo que deseo, que no haga por mi parte lo que podéis apeteecer? Vamos, Ascanio, qué deseáis? Porque en vuestra edad por mas que comprima uno su corazón, vuelva los ojos y cierre los labios, siempre se desea alguna cosa. Sin duda tengo para vos tan poco poder y valimiento que os desdefiais de tomarme por confidente?

—Sé, señora, respondió Ascanio, que tenéis todo el poder que merecís; pero ningun poder humano podrá valerme en la situacion en que me hallo.

—En fin, Ascanio, lo exijo, dijo la duquesa de Etampes, pero templando en seguida con graciosa coqueteria su voz y su rostro, añadió: os lo suplico.

—Ay! Ay! señora, exclamó Ascanio, cuyo dolor no podia contener ya en su pecho; ay! puesto que me habláis con tanta bondad, puesto que mi partida va á ocultaros mi vergüenza y mis lágrimas, voy, no como lo hubiera hecho ayer, á dirigir una súplica á la duquesa, sino á hacer una confianza á la muger. Ayer os hubiera dicho: amo á Colomba y soy feliz!.... Hoy os diré: Colomba no me ama, y no me queda mas que morir. Adios, señora, compadecedme!

—Ascanio besó precipitadamente la mano de la duquesa muda é inmóvil, y huyó.

—Una rival, dijo Ana como despertando de un sueño; pero ella no le ama, y él me amará porque así lo quiero! Oh! sí, juro que me amará y que mataré á Benvenuto.

BIBLIOTECA GRATIS

DE LA

PROBABILIDAD.

Escario 2º tomo

RELATIO AD VIGILANTI

1712

SCIENTIARUM

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

ASCANIO

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCIDA DEL FRANCES.

TOMO II.



MADRID.—1883.

Imprenta de la España, calle del Factor, núm. 9, cuarto principal.

I.

EL DOLOR ES EL FONDO DE LA EXISTENCIA HUMANA.

Bien se nos puede dispensar la misantropía de este epígrafe, porque á la verdad no tendrá el presente capítulo, fuerza es confesarlo, otra unidad como la vida que la del dolor. La comparacion no es nueva como diria, echándola de gracioso, un personaje de sainete, pero es consoladora, sirviéndonos de excusa para con el lector, á quien vamos á conducir, como Virjilio condujo á Dante, de tristeza en tristeza. Esto sea dicho sin ofender al lector ni á Virjilio.

A la altura á que nos hallamos, respecto de nuestros personajes, comenzando por Benvenuto y acabando por Jacobo Aubry, todos se entregan á dolorosas ideas que arrastran su imaginacion como la corriente de un rio que se fuera creciendo poco á poco.

Tenemos á Cellini en su casa muy inquieto sobre la suerte de Ascanio. De vuelta ya en el gran Nesle, no se acordaba ni pensaba remotamente en la cólera de la de Etampes; solo le preocupaba su querido enfermo, y así no tuvo límites su alegría cuando se abrió la puerta para que pasase una litera de la que saltó ligero Ascanio, para apretar la mano á su maestro, y asegurarle de que estaba tan bueno como en las primeras horas de la mañana. Esto no obstante, no evitó que la frente de Benvenuto se fuera poniendo mas sombría á las primeras palabras del aprendiz, y que le escuchase con una expresion singular de disgusto, mientras decia:

—Tengo, maestro, que haceros presente un agravio que reparar, y estoy persuadido que me lo agradeceréis mas bien que otra cosa. Es el caso que os habeis engañado respecto de la señora de Etampes y que la juzgais mal; no le anima hacia vos ningun sentimiento de odio, ni os desprecia, sino que por el contrario os estima, os honra y os admira y es preciso convenir en que la habeis tratado con aspereza siendo mujer y duquesa. Sí, maestro, la señora de Etampes no es solamente bella como una diosa, sino que es buena como un ángel, modesta, entusiasta y sencilla, de corazón generoso y cultivado talento. En lo que habeis creído ver esta mañana un ultraje insolente, no había mas que malicia infantil, y yo os suplico por vos que no quereis ser injusto, antes que por lo que á mi toca, que por cierto no ha dejado de acogermé y cuidarme con graciosa ternura, que no insistais en ese injurioso menosprecio. Yo garantizo que os costará trabajo hacerla olvidar...

Pero meneais la cabeza, maestro, y no mecontestais. ¿Os habeis ofendido acaso?

—Escucha, hijo mio, respondió gravemente Benvenuto; te he repetido frecuentemente que, segun mis creencias, no existe en el mundo mas que una cosa eternamente bella, eternamente grande y fecunda, que es el arte, el arte divino. No es esto decir no crea que para algunas almas tiernas, no sea el amor tambien un sentimiento profundo y que pueda por sí solo hacer una vida feliz; pero esto es raro. ¿Qué es el amor ordinariamente? El capricho de un dia, una asociación tierna en que se engaña recíprocamente y con frecuencia de buena fé. Yo me rio del amor, bien lo sabes Ascanio, y me burlo de sus pretensiones y de su lenguaje. Yo me digo á mi mismo: Aquella me gusta; hablando con verdad, reúne los encantos, las dulzuras y los celos de una pasión formal; pero sus heridas no son mortales. Comedia ó tragedia, no queda en la mente después de cierto tiempo mas que un recuerdo como el de una representación teatral. Y sin embargo, las mujeres son encantadoras; pero en mi sentir no merecen ni comprenden mas que estas fantasías. Concederlas mas, es negocio de tontos ó imprudencia de locos. Mira un ejemplo: Scozzone, si pudiese penetrar su mirada en mi corazón, se aterraria. Yo la dejo á su libertad y está alegre, canta, rie y es feliz; añade á esto Ascanio que en las alianzas convenidas, se desarrolla un gérmen de permanencia que las hacen suficientes y agradables para un artista, porque reúnen el culto de la forma y la adoración de la belleza pura. Esto es, por lo que considerado confiadamente, hace que yo no la calumnié y que ella esté contenta y risa; pero escucha, Ascanio, hay tambien otros amores que no dan que reír

que por el contrario hacen temblar: amores terribles, insensatos, imposibles, y que son un sueño.

—¡Dios mío! decía para sí Ascanio, habrá penetrado algo de mi loca pasión por Colomba!

—Estos, continuó Cellini, no proporcionan ni el placer ni la felicidad, y sin embargo se apoderan de nuestro ser con violencia; son vampiros que chupan lentamente toda nuestra existencia, que devoran poco á poco el alma y que nos aprietan entre sus garras sin poder nunca desasirnos. Ascanio, Ascanio, témelos. Son quimeras con las que nada puede ganarse, pero á las que sin saber por qué entregamos cuerpo y alma y á las que se abandona la vida casi con alegría.

—¡Eso es justamente! ¡lo sabe todo! decía para sí Ascanio.

—¡Hijo mío! prosiguió Bienvenuto; si aun es tiempo, quiebra esos lazos que te aprisionan para siempre, conservarás el recuerdo, pero al menos procura no envenenarte la vida.

—Y quién os ha dicho que la amaba yo? preguntó el aprendiz.

—Si tu no la amas, ¡quíralo Dios! dijo Bienvenuto, que creyó que Ascanio negaba cuando no hacía mas que interrogarle; pero está en guardia porque yo he conocido esta mañana que ella te amaba.

—¡Esta mañana? De quién habláis? ¿Qué queréis decir?

—Que de quién hablo? De la señora de Etampes.

—De la de Etampes! repuso el aprendiz con la mayor admiración. Vaya, maestro, os engañais, eso es imposible. ¡Decís que habeis conocido que la señora de Etampes me amaba?

—Ascanio, tengo cuarenta años, he vivido mucho y conozco algo e corazón humano. En las miradas que te dirigia aquella mujer, en las miradas con que ha sabido presentarse para tí, juró que te ama, y al notar el ardor y entusiasmo con que tú ahora mismo la defendías, temia no la amases tú tambien. Entonces, quecido Ascanio, estabas perdido: bastante fuerte para ahogar en tí mismo ese amor cuando te abandonara, te encontrarías entonces sin una ilusión, sin una creencia, sin una esperanza, y no tendrías otro recurso que amar á tu vez como te habian amado, con un amor emponzoñado, fatal, que propagaría á otros corazones la enfermedad y los estragos que habia ocasionado en el tuyo.

—Maestro, dijo Ascanio, ignoro si la señora de Etampes me ama, pero os aseguro que yo no amo á tan elevada dama.

Bienvenuto solo se tranquilizó un poco, no del todo, por el aire de sinceridad de Ascanio, porque pensaba que á sí mismo se podía engañar;

pero no le habló mas acerca de este asunto y solo en los siguientes dias miraba frecuentemente con tristeza á su aprendiz.

Sin embargo, es menester confesar que no estaba demasiado inquieto respecto á Ascanio, sino que él mismo parecia atormentado por alguna preocupacion personal; habia perdido su alegría franca y sus chanzas que prodigaba en otro tiempo. Permanecia encerrado siempre por la mañana en su habitacion que caia encima de la fundicion, y habia mandado espresamente no le interrumpiera nadie por motivo alguno. El resto del día lo pasaba trabajando con su ardor acostumbrado, en su gigantesca estatua de Marte, pero sin hablar con su ordinaria efusion. Sobre todo, delante de Ascanio era cuando se mostraba mas sombrío y como avergonzado. Parecia huir la presencia de su querido discípulo como si fuera un acreedor ó un juez. En fin, no era difícil conocer que algun gran dolor ó alguna pasion terrible se habia apoderado de su vigorosa alma y la mortificaba.

No por esto era mas feliz Ascanio; estaba persuadido, como lo habia dicho á la señora de Etampes, de que no le amaba Colomba. El conde de Orbec, á quien solo conocia de nombre, era para su celosa imaginacion un jóven y elegante caballero, y la hija de Estourville, su dichosa prometida, que no habia jamás pensado ni un minuto en el oscuro artista. Aun así casi hubiera conservado la vaga y fugitiva esperanza que no abandona jamás á ningun amoroso corazon, pero él mismo la habia cerrado las puertas con la revelacion que habia hecho á la señora de Etampes, s electivamente ella le amaba. La poderosa señora en otro caso, tenia en su mano los medios de impedir el enlace de Colomba, pero ahora procuraria con todas sus fuerzas el apresurarlo, porque perseguiria con todo su odio á la pobre jóven. Sí, Benvenuto tenia razon: el amor de esta mujer era en efecto formidable y mortal; pero el de Colomba debia ser ese sublime y celeste sentimiento de que le habia anteriormente hablado su maestro, y esta felicidad la consideraba con dolor reservada para otro.

Ascanio era victima de la desesperacion; habia creido en la amistad de la señora de Etampes y esta engañosa amistad era un amor peligroso; esperaba en el amor de Colomba y este ilusorio amor, no era mas que una indiferente amistad. Casi se sentia á punto de declarar el odio mas profundo á estas dos mujeres, que tan mal correspondian á sus ilusiones, amando cada una como él hubiera querido ser amado de la otra.

Abismado en el mas cruel abatimiento, no pensaba en el lirio que le habia encargado la de Etampes, y tampoco su celoso despecho le permitió volver al pequeño Nésie, no obstante las súplicas y las reconvencciones

de Ruperta, quien le hacia mil preguntas, á las que no contestaba. Alguna vez, sin embargo, se arrepentia de las resoluciones que habia adoptado desde el primér dia, crueles seguramente para él solo. Quería ver á Colomba y pedirle cuenta, pero no sabia de qué, como no fuera de sus extravagantes visiones. En fin, pensaba así en sus momentos de delirio: yo la veré, la confesaré esta vez mi amor como un crimen, y ella será tan buena que me consolará como á un desgraciado. ¿Pero cómo volver después de mi ausencia, cómo justificarla á sus ojos?

Ascanio, entregado á sus dolorosas reflexiones, dejaba consumirse el tiempo sin atreverse á adoptar partido alguno.

Colomba esperó á Ascanio con susto y alegría al dia siguiente de aquel en que la señorita Petra arrancó al aprendiz su terrible revelacion; pero en vano contó las horas y los minutos, y en vano Petra estuvo esperándola siempre alerta. Ascanio, que vuelto en sí de su desmayo á tiempo aun para poder aprovecharse del gracioso permiso de Colomba, no vino acompañado de Ruperta á dar los cuatro golpes convenidos á la puerta del pequeño Nesle. ¿Qué queria decir esto?

Esto quiere decir que Ascanio está peor, quizás espirando, y sobre todo, demasiado indispuerto para venir; esto era al menos lo que pensaba Colomba, y pasó toda la noche arrodillada ante la imágen del Señor, llorando y rezando, y cuando concluyó su oracion observó que lloraba aun. Esto la causó temor. Aquella ansiedad que la mortificaba tanto; fué para su alma una revelacion. En efecto, no le faltaba motivo de qué asustarse, porque en menos de un mes Ascanio se habia hecho dueño de sus pensamientos al extremo de hacerle olvidar á Dios, á su padre y á su propia desgracia, porque de nada de esto se trataba. Ascanio estaba enfermo á dos pasos de ella y quizás se moria sin que pudiese ella verle. Así que este no era seguramente el momento de razonar, sino el de llorar, llorar siempre. Cuando viera que su existencia no peligraba, entonces reflexionaria.

A la mañana siguiente ya era otra cosa. Petra acechó el momento en que Ruperta salia y se precipitó á su encuentro para acudir mas bien á la provision de noticias que á la de víveres. Pero como Ascanio no estaba gravemente enfermo, y solamente habia rehusado el ir al pequeño Nesle, sin querer responder á las vivas interrogaciones de Ruperta y se encerraba en el mas obstinado silencio, quedaron reducidas por entonces las dos comadres á las mas oscuras conjeturas. En efecto, era para ellas una cosa incomprendible.

En cuanto lo supo Colomba no vaciló en lo que debia pensar, en for-

mar su juicio y decir al punto: todo lo sabe; le habrán informado de que debo de ser dentro de tres meses la mujer del conde de Orbec, y no querrá verme mas.

Su primer impulso fué agradarse de la cólera de su amante y sonreír; explique quien quiera esta secreta alegría, nosotros solo somos historiadores; pero reflexionando despues, acusaba á Ascanio de haber podido pensar no le causase desesperacion el enlace á que la destinaban.

—Me desprecia, decia. Estas disposiciones de indignacion y de ternura eran muy peligrosas, porque desarrollaban su corazon ignorante de si mismo. Colomba decia que se alegraba de no ver mas á Ascanio, pero interiormente le aguardaba para justificarse.

La jóven atormentaba su timorata conciencia y sufría en su desconocido amor. Mas no era este solo amor el que Ascanio desconocia, sino que existia otro mas poderoso, mas impaciente aun por mostrarse, y que soñaba sordidamente en la felicidad de su posesion, como el odio sueña en la venganza.

La señora de Etampes no creía ni podía persuadirse que fuera muy profunda la pasion de Ascanio hácia Colomba. Es un niño, decia, que no sabe lo que desea, que se ha enamorado de la primera muchacha bonita que se le ha presentado á sus ojos y que se ha irritado ofendiendo su orgullo, con los obstáculos que le oponen los desdenes y la vanidad de una tontería de pocos años. ¡Oh! cuando conozca lo que es un amor verdadero, un amor ardiente y tenaz, cuando sepa que yo, la duquesa de Etampes, que gobierna el reino á su capricho, le amo!... Será preciso hacérselo conocer, es necesario que lo sepa.

El vizconde de Marmagne y el preboste de París padecian con sus odios, como Ana y Colomba con su amor. Detestaban mortalmente á Benvenuto, y de los dos, sobre todo Marmagne. El artista le habia hecho humillar y ser despreciado de una mujer; Benvenuto le ponía en el caso de ser valiente, porque antes de la escena del palacio de Etampes, hubiera podido el vizconde mandar á sus esbirros que la asesinasen en la calle; pero ahora no tenia otro medio que el de ir á asaltarle en su misma casa, y Marmagne á esta sola idea se estremecía de miedo; pero tampoco perdonaba jamás el cobarde al que una vez arranca la máscara con que se cubre.

Así es que á ninguno faltaban sus grandes motivos de disgusto, y todos padecian. Scozzone misma, tan aturdida, tan jovial y tan loca siempre, no reía ni cantaba ya, y frecuentemente enrojecia sus ojos el llanto. Benvenuto no la amaba, Benvenuto la miraba con frialdad y muchas veces se mostraba con ella hasta brusco. La pobre Scozzone alimentó siempre una idea fija que se

habia convertido ahora en monomania: pretendia casarse con Benvenuto, La primera vez que vino á su casa creyendo servirle de juguete y se vió tratada con el miramiento debido á una mujer, y no como una mujer cualquiera, se halló la pobre niña sorprendida por este respeto y deferencia inesperado, y sintió un reconocimiento profundo hácia su bienhechor y un orgullo disculpable al verse tan noblemente apreciada.

Después, que no por mandato de Cellini, sino por su súplica, consintió gozosa en servirle de modelo y que se vió tantas veces reproducida, y tantas veces admirada en bronce, en plata y en oro, se habla sencillamente atribuido la mitad de los triunfos del artista, pues que antes de todo, los elogios prodigados á sus bellas formas la pertenecian mejor á ella que á su maestro. Sus mejillas se coloraban sin mucho esfuerzo, cuando alguien hacia presente á Benvenuto su admiracion sobre la precision de las líneas y contornos de tal ó cual figura, y se persuadía con satisfaccion que era indispensable á la gran fama de su amante y que constituía una parte de su gloria como de su corazón.

¡Pobre niña! ignoraba que por el contrario no habia sido nunca ella para el artista, esa alma secreta, esa oculta divinidad que todo genio invoca y le hace creador; sino porque Benvenuto parecia copiar sus actitudes y su gracia, creía de buena fé que le debía todo, y poco á poco se habia ingreído hasta persuadirse que después de haber elevado á la mujer pública al rango de querida suya, la arrancaría aun de esta posicion para hacerla su legítima mujer.

Como no sabia disimular, habia confesado claramente sus pretensiones, y Cellini, después de escucharla con gravedad, la contestó:

—Ya veremos.

Pero el hecho es que hubiera preferido verse encerrado en el castillo de Santangel; aunque hubiera arriesgado romperse por segunda vez una pierna al escaparse, no porque despreciase á su querida Scozzone á quien amaba tiernamente, y hasta con celosos trasportes, segun le hemos visto, pero él adoraba ante todo el arte, y su verdadera y legítima señora era sin rival la escultura; después, una vez casado, ¿no se vería el esposo obligado alguna vez á alterar su alegría? ¿No se distraería del cincel el padre de familia? Además, que si hubiera de desposarse con todas sus modelos, sería por lo menos cien veces bigamo.

—Cuando cese de amar y de modelar á Scozzone, decía para sí Benvenuto, no dejaré de encontrar algun buen muchacho con la mirada demasiado corta para ver en lo pasado y escudriñar el porvenir, y que no mirará más que una mujer bonita y un considerable dote que la dará. De esta suerte satisfaré ese afán que se ha apoderado de Scozzone por añadir

honradamente á su nombre el de un esposo, porque Benvenuto estaba convencido de que sobre todo, lo que queria Scozzone era marido, y que le importaba poco fuese este el que quisiera.

Pensando así, dejó á la ambiciosilla niña gozarse tanto como quisiera en sus quiméricos sueños, pero desde su instalacion en el gran Nesle, no queria fueran mas adelante las ilusiones; conociendo Scozzone que no era tan necesaria á la vida y á las tareas de Cellini como habia pensado, no procuraba disipar con su alegría la tristeza que cubria su frente; Benvenuto habia empezado á modelar en cera una estatua para la cual no le servia de modelo. Y sobre todo, ¡qué horrible pensamiento! la pobre jóven habia ensayado coquetear con Ascanio delante de Cellini sin que este se diera en lo mas mínimo el ceño, ni diese la menor muestra de inquietud ni de celos. ¿Seria, pues, llegado el momento de dar el último adios á tantas bellas ilusiones, á sus mágicos sueños, y no ser mas que una pobre muchacha humillada como antes?

Por lo que hace á Pagolo, si alguna curiosidad nos inspira sondear las tinieblas de su alma, podriamos decir que nunca habia estado mas sombrío ni mas taciturno, que en esta misma época, hacia ya algunos dias.

Se creerá á lo menos que el estudiante Santiago Aubry, nuestro antiguo conocimiento, habria escapado con su carácter jovial á este contagio de incertidumbre y sufrimiento, pues nada de eso: tambien le cabia su parte de dolor.

Simona, despues de haberle esperado largo tiempo el domingo, día del sitio de Nesle, habia regresado furiosa al domicilio conyugal, y no habia querido bajo ningun pretesto recibirle; este, para vengarse, habia retirado su confianza al marido de la caprichosa, pero este maestro, tan feroz como todos, no habia manifestado á esta noticia otro sentimiento que la mas viva satisfaccion, porque si bien es verdad que Santiago Aubry rompía pronto sus vestidos (menos los bolsillos) y que los usaba con prodigalidad, tambien es menester añadir que profesaba por principio económico el no pagarlos nunca. Así es que cuando cesó la influencia de Simona para contrabalancear la entera ausencia del dinero, conoció el egoista maestro que el honor de vestir á Santiago Aubry no compensaba la pérdida que sufría vistiéndole gratis.

De esta suerte nuestro pobre amigo se encontró al mismo tiempo abrumado con su viudex, y con el deslucimiento exterior de sus vestidos; pero por fortuna, como hemos podido conocer, no era hombre que se dejase fácilmente dominar por la melancolía. No tardó mucho en encon-

ter una encantadora, aunque diminuta consolacion llamada Gervasia, pero Gervasia era un promontorio erizado de ciertos principios que consideraba él fuera de propósito; rehuía siempre las cuestiones difíciles y la hacia condenarse en discurrir y estudiar los medios de fijar la coquetería de la niña.

Carecía tambien casi del todo de los medios indispensables para beber y comer; y esto debia apurarle tanto mas, cuanto que el que le suministraba lo necesario para satisfacer estas necesidades imperiosas, era primo de su infame maestro sastre, y no queria darle nada á crédito.

Todos los personajes que hemos citado en estas páginas, mantenian en su interior la alarma, desde el mismo rey, demasiado inquieto por saber si Carlos V querria pasar por Francia, hasta las señoras Petra y Ruperta, demasiado desconsoladas por no tener ocasion de tomar el hilo nuevamente acerca de sus medicinas y comentarios, y si el lector, como el Júpiter de la antigüedad escuchaba las penas y los votos de los mortales, tiene la paciencia de escuchar los que nuestros personajes expresaban, de seguro que así oiria decir á cada uno:

Santiago Aubry.—¡Si no se me riera Gervasia en mis barbas!

Scozzone.—¡Si recobrase Benvenuto un solo momento de calos!

Pagolo.—¡Si aborreciese Scozzone al maestro!

Marmagne.—¡Si tuviese la fortuna de sorprender á Cellini solo!

Señora de Etampes.—¡Si Ascanio solamente supiese que yo le amo!

Colomba.—¡Si yo lograse verle el tiempo necesario para justificarme!
¡un solo minuto!

Ascanio.—¡Si ella se justificase!

Benvenuto.—¡Si me atreviese yo al menos á confesar mi tortura á
Ascanio!

Todos.—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

II.

LA ALEGRIA NO ES MAS QUE UN DOLOR QUE VARIA DE LUGAR.

Todos estos deseos tan vivamente expresados, debian cumplirse ó resolverse antes de acabar la semana. Solamente que su buen éxito debia producir á los que los habian formado, otros mas fatales y mas tristes que antes.

—Esa es la ley general: toda alegría contiene en sí un gérmen de desgracia.

Garvasia ya no se reia en las barbas de Santiago Aubry; cambio, si se recuerda, ardientemente deseado por el estudiante, porque en efecto; Santiago Aubry habia encontrado el dorado lazo que debia encadenar la ligereza de la jóven niña; este lazo no fué otra cosa que una linda sortija cincelada por Benvenuto mismo, y representando dos manos cogidas respectivamente la una á la otra.

Bueno será saber que desde el dia del combate, Santiago Aubry se habia tomado el mayor interés y la mas grande amistad por la franca y soberana energia del artista florentino. No le interrumpia cuando él hablabá, ¡cosa singular! Le consideraba y escuchaba con un respeto que sus maestros y catedráticos no habian podido jamás obtener durante sus esplicaciones. Admiraba sus obras con un entusiasmo, sino muy inteligente, al menos muy sincero y ardoroso. Por otra parte su lealtad, su valor y su buen humor habian agradado á Cellini. El jugaba á la pelota con bastante fuerza y destreza para defenderse con el artista aunque perdiese,

y podían competir en la mesa con la sola diferencia de una botella que le sacara de ventaja Benvenuto. Así es que el platero y él habían venido á ser los mejores amigos del mundo, y Cellini, generoso porque conocía su inagotable riqueza, le obligó un día á admitir esta pequeña sortija tan admirablemente cincelada, que á falta de manzana que tentara á Eva, bastara ella sola para arrojar la discordia en las bodas de Thetis y de Peleo.

A la mañana siguiente del día en que la sortija pasó de mano de Santiago Aubry á las de Gervasia, recobró esta su aire serio y formalidad, y esperó el estudiante poseer su corazón.

¡Pobre tonto! ella era quien poseía el suyo.

Segun su deseo, Scozzone consiguió también despertar en el corazón de Benvenuto una chispa de celos. Hé aquí cómo:

Una tarde en que se habían estrellado sin éxito alguno y ante la imposible gravedad del maestro sus gracias y coqueterías, dijo revestida de un aire sentimental y con acento solemne:

—¿Sabeis Benvenuto que no parecé os preocupa mucho vuestro compromiso conmigo?

—¿Qué compromisos, querida mia? respondió Benvenuto con el acento de una persona que no encuentra explicación satisfactoria á la reconven-
cion que se le hacia.

—¿No me habeis prometido cien veces casaros conmigo?

—No me acuerdo, dijo Benvenuto.

—¿No os acordais!

—No, y me parece que he contestado que ya veremos.

—Y bien, ¿aun no lo habeis pensado?

—Si.

—¿Y qué habeis pensado?

—Que soy demasiado jóven aun para ser otra cosa que tu amante, Scozzone, y que mas tarde lo veremos mejor.

—Y yo, señor, no soy tan simple que me satisfaga una promesa lan-
güa y que me haga estaros esperando siempre.

—Haz lo que mejor te parezca, y si tienes tanta prisa, camina de-
lante.

—¿Pero en qué consiste vuestra decidida aversion al matrimonio, en
qué alteraría vuestra existencia actual? Hariais dichosa á una pobre mu-
chacha que os ama, y hé aqui todo.

—¿Que en qué cambiaría mi vida, Scozzone? dijo gravemente Cellini,
la ves esta bufa, cuya pálida luz ilumina débilmente el vasto aposento

en que estamos ahora? Pues bien, pongo el apagador sobre su pívilo, y ya ves, de pronto nos encontramos en la mayor oscuridad. Pues bien; el matrimonio es este apagador: enciende, enciende Scozzone la luz, que yo detesto las tinieblas.

—Comprendo, exclamó con volubilidad Scozzone, saltándose las lágrimas; teneis un nombre demasiado ilustre para concederlo á una joven hija de la nada, que os ha entregado su alma, su vida, todo lo que podia daros, que está dispuesta á sacrificarse por vos, que no respira mas que por vos y que solo á vos ama.

—Todo eso lo conozco, Scozzone, y te aseguro que mi reconocimiento es tan grande como no podria serlo el de ninguno otro hombre.

—Que ha aceptado gustosísima y amenizado cuanto le era posible vuestra soledad, que conociendo vuestro carácter celoso no ha parado jamás su vista en los arrogantes escuadrones de los arqueros y de los sargentos de armas, y que ha cerrado siempre el oído á las dulces y seductoras galanterías, que no ha cesado de escuchar hasta aqui mismo.

—¡Hasta aqui mismo! interrumpió Benvenuto.

—Sí, sí; aqui mismo, ¿estais?

—Scozzone, exclamó Benvenuto, yo creo que no será ninguno de mis compañeros el que se haya atrevido á ultrajar á su maestro hasta ese punto.

—Y se casaria conmigo si yo quisiera, prosiguió Scozzone, que atribuia á una recrudescencia del amor el movimiento de cólera de Cellini.

—¡Habla, Scozzone! ¿quién es el insolente?... yo creo que no será Ascanio.

—Hay uno que me ha dicho mas de cien veces: Catalina, el maestro abusa de vuestra bondad, no se casará nunca con vos, con vos tan buena y tan linda, es demasiado orgulloso para apreciar esto. ¡Oh! si él os amase como yo os amo, ó si vos me amáseis como le amais á él!

¡El nombre, el nombre del traidor! exclamó furioso Benvenuto.

—Pero yo, no solo no le he escuchado, continuó Scozzone mas animada, sino que por el contrario, eran inútiles todas sus dulces palabras y le amenazaba con decirlo todo si continuaba de esa manera. Yo no amaba mas que á vos, pero mi nuevo adorador, no solo era digno de todo por sus elegantes discursos, sino que tambien por sus dulces ojos. Sí, recobrad ese aire indiferente que mostrais, fingid no creerme, pero no por eso sin embargo es menos cierto.

—Yo no te creo, Scozzone, dijo Benvenuto, que conoció que para saber el nombre de su rival le era menester emplear otros medios entera-

mente distintos de los que hasta entonces habia puesto en juego.

—¿Cómo, vos no me creéis? exclamó Scozzone alterada.

—No.

—¿Con que según eso creéis que miento?

—Preciso, que te equivocas.

—¿Pues qué, no soy digna del amor de nadie?

—Yo no digo eso.

—¿Pero vos lo pensáis así?

Benvenuto se sonrió porque conoció que habia encontrado el medio de hacer hablar á Catalina.

—Pues es la verdad, á pesar de todo, repuso Scozzone, el que no me falta quien me ame.

Benvenuto hizo un nuevo ademán de duda.

—Y me ama mas que vos me habeis amado jamás, mas que sois capaz de amarme nunca; ¿entendeis, entendeis bien?

Benvenuto soltó una carcajada.

—Me alegraría mucho, dijo, de saber quién es ese bello Medoro.

—No se llama Medoro, respondió Catalina.

—¿Cómo se llama, pues, Amadis?

—No se llama Amadis, no. Se llama.....

—¿Galaor?

—Se llama Pagolo, pues que tanta es vuestra curiosidad por saberlo.

—¡Ah! ¡ah! es mi Pagolo, murmuró Cellini.

—Si, es mi Pagolo, repuso Scozzone ofendida del tono desdeñoso con que Cellini pronunció el nombre de su rival; es un gallardo joven de buena familia, honrado, de mucho juicio, religioso, y que hará un excelente marido.

—Esa es tu opinión, Scozzone.

—Sí, esa es mi opinión.

—¿Y no le has dado nunca ninguna esperanza?

—Ni aun siquiera le escuchaba. ¡Oh! qué tonta he sido, pero de hoy en adelante.....

—Tienes razón, Scozzone, es necesario escucharle y contestarle.

—¿Cómo? ¿Qué quereis decir?

—Digo que es necesario escucharle cuando te hable de amor; lo demás se de mi cuenta.

—Pero.....

—Nada; está tranquila, que yo tengo un proyecto.

—Ehorrabuena, pero yo espero que no queráis castigar trágicamente á ese pobre diablo que parecia confesar sus pecados cuando me decía: yo os amo. Darle un chasco si quereis, pero sobre todo, no con vuestra espada. Yo os demando para él indulto.

—No pases cuidado, mi venganza te satisfará, porque ha de redundar en provecho tuyo.

—¡Cómo!

—Sí, ella satisfará uno de tus mas ardientes deseos.

—¡Qué quereis decir? Benvenuto, explicaos.

—Ese es mi secreto.

—¡Oh! si víeis el gesto tan compungido que pone cuando quiere mostrar su ternura, repuso la aturdida niña incapáz de permanecer triste cinco minutos seguidos. ¿Con que os interesa que se galantee á vuestra Zumbona? Bien, ¡pero amais todavía un poco á la pobre Scozzone!

—Sí, mas no dejes de obedecerme exactamente con respecto á Pagolo y de seguir al pie de la letra mis instrucciones.

—No tengais cuidado, yo sé representar la comedia tan bien como otra cualquiera. No tardará en decirme: Y bien, Catalina, ¿vos siempre la misma, siempre cruel? Yo responderé: ¡Qué! ¿todavía eso, señor Pagolo? Pero ya comprendeis, con un tono dulce y bastante animador, y cuando él vea que no me muestro tan severa, creerá haber triunfado y ser el vencedor del mundo. Y vos ¿qué le hareis, Benvenuto? ¿Cuándo empezará vuestra venganza? ¿Será larga, divertida, reiremos mucho?

—Reiremos, respondió Benvenuto.

—¿Y me amareis siempre?

Benvenuto besó su frente; es decir, la dió la mejor de las respuestas, atendido que respondía á todo y no decía nada.

La pobre Scozzone no dudaba que este beso era el principio de su venganza.

El vizconde de Marmagne, segun sus deseos, encontró solo á Benvenuto; hé aqui cómo sucedió la cosa:

Escitado por la cólera del preboste, aguijado por el recuerdo de los desprecios de la señora de Etampes, y sobre todo, impulsado por su sordida avaricia, determinó el vizconde con sus dos esbirros atacar al león en su madriguera; escogió para esta expedicion el día de San Eloy, día de fiesta del gremio de plateros y momento en que el taller debía estar desierto. Caminaba por las calles con la cabeza erguida y el corazón latente, y sus dos ayudantes marchando á diez pasos detrás.

Hé aqui, exclamó una voz, un arrogante jóven señor que va de con-

quita amososa, con graciosa apostura para su dama y sus dos espada-chines para el marido.

Marmagne se volvió creyendo que alguno de sus amigos le dirigia la palabra, pero solo vió á un desconocido que llevaba el mismo camino que él y en quien no habia reparado, distraido en su preocupacion.

—Apuesto que he dicho la verdad, mi buen caballero, continuó el desconocido pasando del monólogo al diálogo; yo arriesgaria mi bolsillo contra el vuestro sin saber lo que hay en él, porque esto me es igual, que vos pareceis en buen estado de fortuna. ¡Oh! no quiero que me digais nada, la discrecion en los amores es un deber. En cuanto á mi nombre, yo me llamo Santiago Aubry, mi oficio estudiante, y voy ahora mismo á una cita de mi amada Gervasia Philipot, que es una linda chica, pero aqui para entre nosotros, aunque virtuosa hasta la ferocidad, ha sin embargo naufragado ante una sortija; verdad es que esa sortija era una foya de un mérito particular, de un trabajo maravilloso; en fin, ¡cincelada por Benvenuto Cellini, nada menos que esc!

Hasta aqui el vizconde de Marmagne apenas habia fijado la atencion en la confidencia de aquel impertinente charlatan, ni aun se habia dignado contestarle; pero al oir pronunciar el nombre de Benvenuto se despertó toda su atencion.

—¡Una cinceladura de Benvenuto Cellini! ¡Diablo! ese es un regalo demasiado grande para un estudiante.

—¡Oh! ya comprenderais, querido baron; ¿sois baron, conde ó vizconde?

—Vizconde, dijo Marmagne mordiéndose los labios por la impertinente familiaridad que se tomaba el estudiante, pero deseando al mismo tiempo saber si le podria informar de algo de lo que le interesaba.

—Ya comprenderais muy bien, mi querido vizconde, que no la habré comprado yo. No, porque aunque aficionado á las artes, no empleo mi dinero en esas vagateles; el mismo Benvenuto es quien me la ha regalado en agradecimiento de haberle ayudado á dar un golpe de mano el domingo último para echar del gran Nesle al preboste.

—¿Con que segun eso, sois el amigo de Cellini? preguntó Marmagne.

—Su mas íntimo, vizconde, tengo orgullo en decirlo, somos amigos de razon; vos le conocerais sin duda tambien, ¿es verdad, querido?

—Sí.

—Pues sea bien dichoso; es un génio sublime. Perdonad si os digo mi querido, esta es mi manera de hablar; aunque os objetate, yo sepo que

soy noble tambien, á lo menos así lo decia mi madre á mi padre cada vez que la pegaba. Pues como os decia, yo soy el admirador, el confidente, el hermano del gran Benvenuto Cellini, y por consecuencia, amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos, porque no le faltan tampoco al sublime platero. Desde luego son sus enemigos, la señora de Etampes, el preboste de Paris, un viejo marrullero y tambien un cierto Marmagne, especie de espátula con patas, que vos conoceréis quizá, y que quiere, segun dicen, apoderarse del gran Nesle; ¡pero pardiez que será bien recibido!

—¿Con que Benvenuto no ignora sus pretensiones? preguntó Marmagne que comenzaba á interesarse de la conversacion del estudiante.

—No, y todo lo tiene previsto; pero..... callad, es menester que no se sepa, á fin de que ese Marmagne reciba el castigo que merece.

—¿Con que, segun eso, Benvenuto está siempre á la defensiva? repuso el vizconde.

—¿A la defensiva? Yo lo creo; Benvenuto lo está siempre; infinitas veces han intentado asesinarle en su pais, y á Dios gracias, ha salido siempre bien.

—¿Y qué entendeis vos por estar á la defensiva ó estar precavido?

—¡Oh! no digo por eso que tenga una guarnicion como esa maula vieja de preboste: por el contrario, él estará ahora mismo solo, segun la hora que es, porque sus compañeros habrán ido á pasear y á divertirse á Vanves. Yo debia ahora ir á hacerle la partida á la pelota, pero desdichadamente Gervasia se ha encontrado en competencia con el gran platero, y como es natural, y como vos comprendereis muy bien, he dado la preferencia á Gervasia.

—En ese caso, yo voy á reemplazaros, dijo Marmagne.

—Y bien, si vais, hareis una accion meritoria; id mi querido vizconde y decid de mi parte á mi amigo Benvenuto que irá esta tarde á hacerle mi visita. Ya sabeis; tres golpes fuertes, esta es la señal, porque ha adoptado esta precaucion á causa de que ese galabardo de Marmagne, á quien supone dispuesto á jugarle alguna mala pasada..... conoceis vos á ese vizconde de Marmagne?

—No.

—¡Ah! lo siento, porque me garias las señas de ese personaje.

—¿Para qué?

—A fin de que si le encontraba, proponerle una partida de palos, porque sin saber por qué y sin haberle visto nunca, ¡cómo creeria que le abomino particularmente. ¡Oh! si yo me le topara, os prometo que le habia de sacudir el polvo; pero perdonad, ya estamos en los Agustinos, y tengo por fuerza

que abandonaros.—; Ah! á propósito, ¿cómo os llamais, querido mio?

El vizconde se marchaba como si no hubiese entendido la pregunta.

—; Ah! ¡ah! dijo Santiago Aubry, mirando como se alejaba; parece, querido vizconde, que deseamos guardar el incógnito, hé ahí un rasgo de caballerosidad particular; pero como vos querais, mi querido vizconde, como gustéis.

Y Santiago Aubry, con las manos en los bolsillos, cantoneándose como de costumbre, silbando y dándose toda la pedantesca importancia que acostumbraba, echó por la calle de Battoir, al cabo de la cual vivia Germain.

Por lo quehace al conde de Marmagne, siguió su camino hácia el gran Nesle, y en efecto, como lo habia dicho Aubry estaba solo Benvenuto: Ascanio habia ido á soñar no sé dónde, Catalina visitaba una de sus amigas con la señora Ruperta, y los compañeros celebraban el dia de San Eloy en Vanves.

El maestro estaba en el jardin trabajando en modelar en barro su gigantesca estátua de Marte, cuya colosal cabeza sobresalía de los techos del gran Nesle, y podia ver el Louvre, cuando Juanillo que estaba este dia de guardia á la puerta, engañado por la manera de llamar de Marmagne y creyéndole amigo, le introdujo con sus dos esbirros.

Si no trabajaba Benvenuto como el Ticiano, con la coraza puesta, lo hacia por lo menos como Salvador Rosa, con la espada ceñida y la escopeta al lado; de manera que Marmagne conoció que no habia adelantado gran cosa con sorprender á Cellini solo, pues que habia sorprendido á un hombre armado: he aquí todo.

A pesar de esto, el vizconde procuró disfrazar ahora con su descaro y atrevimiento su anterior poltroneria; pero Cellini le preguntó con aquel tono imperioso que no admitía dilacion alguna en la respuesta, que con qué intencion se presentaba en su casa.

—Nada tengo que ver con vos dijo; yo me llamo el vizconde de Marmagne, soy secretario del rey y ved aquí una orden de S. M., añadió enseñando un papel que tenia en la mano, y que levantaba por encima de su cabeza, que me concede la posesion de una parte del gran Nesle; y vengo á tomar mis disposiciones para arreglar á mi gusto la porcion que me pertenezco, y que habitaré de hoy en adelante.

Hablando de esta suerte se dirigia Marmagne hácia la puerta del castillo, siempre acompañado de sus dos espadachines; pero Benvenuto echó mano á su escopeta que, como sabemos, la tenia cerca, y de un salto se puso en lo mas alto del vestibulo é interpuesto entre la puerta y el vizconde.

—Alto allá! exclamó con voz aterradora; y estendiendo el brazo hácia Marmagne, añadió: Si dais un paso mas, sois muerto.

El vizconde tuvo por conveniente detenerse, aunque despues de los preliminares que habian mediado, parecia debia verificarse un encarnizado combate; pero hay hombres que tienen el don de ser formidables. No se sabe qué terror emana de su mirada, de su gesto, de su postura, que espanta como la mirada del leon; sus movimientos nos asustan; aun desde lejos parece qua experimentamos los efectos de su fuerza, y sacuden el suelo con sus pies, aprietan los puños, fruncen el ceño, se hinchan sus narices y los mas determinados á su presencia vacilan y titubean. Una bestia salvaje, una fiera cuando se le va á arrabatar sus hijuelos, encrespa sus pelos y exhala gruñidos para que se la tiemble. Los hombres de quien hablamos son unos peligros latentes. Los hombres esforzados reconocen su superioridad, y no obstante su secreta emocion, van derechamente á ellos; pero los débiles, los tímidos ó cobardes tiemblan y retroceden á su vista.

Así es que para Marmagne, que como se ha podido adivinar no era ningun valiente, tenia Benvenuto toda la apariencia de un grande peligro, y cuando sus oídos escucharon la formidable voz del platero, y vió dirigirse á su persona su ademan de emperador, comprendió que la espada, la escopeta y el puñal de que iba armado, iban á ser los instrumentos de su muerte y la de sus esbirros. Además de que Juanillo, aunque chiquitín, se había armado de una pica para ayudar á su amo, conociendo el peligro que corría.

Observando todo esto, conoció Marmagne que habia errado el golpe, y que seria muy dichoso si conseguia salir sano y salvo del mal lance en que se habia empeñado.

—No hay que incomodarse! muy bien! señor platero. Todo lo que nosotros deseábamos saber, era si estábais ó no dispuesto á obedecer los órdenes de S. M.; pero despreciais sus órdenes, rehusais cumplimentarlas! sea en buena hora! Nosotros nos dirigiremos á quien sepa hacerlas ejecutar; pero no esperéis tener el honor de medir vuestras fuerzas con las nuestras. Buena tarde.

—Muy buenas os las dé Dios! dijo Benvenuto rien lo á carcajada. Juan, acompaña á estos señores.

Vergonzosamente salieron del gran Nesle el vizconde y los dos esbirros, intimidados por un hombre, y guiados por un niño.

En este desenlace triste, fué en lo que se estrelló el deseo del vizconde. ¡Si halláse yo á Benvenuto solo!

Como se llevó mas grande chasco en el éxito de sus votos que Santiago Aubry y Scozzone, porque al menos estos no descubrian aun la ironía de

destino, estaba furioso nuestro bueno y esforzado vizconde.—Tiene razon la señora de Etampes, se decía para sí, y no tendré otro recurso que valirme de sus consejos: es preciso romper mi espada y aguzar el puñal; este diablo de hombre es ciertamente como le pintan: inflexible en sus resoluciones y poco aficionado á transijir. Si, en sus ojos he leído clara y distintamente que me hubiera matado si doy un paso adelante, mas todo juego perdido dá su revancha. Tenéos firme, maestro Benvenuto, tenéos firme!

Dijo esto último dirijiéndose á sus acompañantes, gente experimentada y que no querian mas que ganar hárridamente sus honorarios, matando ó haciéndose matar, y que al retirarse lo habian hecho por obedecer á las órdenes de su amo. Los esbirros le prometian ser mas afortunados en una emboscada; pero como pretendia Marmagne que su presencia habia desgraciado el golpe intentado aquel dia, les dijo para poner su honor á cubierto, que no les acompañaria, y que ellos solos se compondrian como pudieran. Esto era precisamente lo que deseaba.

En seguida y despues de recomendarles el sigilo, se fué á casa del preboste de Paris y le anunció que definitivamente habia resuelto como mediomas seguro para disipar toda sospecha, dilatar el castigo de Benvenuto hasta el día en que encargado de alguna obra preciosa, ó que condujese dinero se internase, como no tardaria en suceder, en alguna calle apartada y solitaria.

De esa manera creerian que habia sido Benvenuto asesinado por robarle.

Ahora nos resta conocer hasta qué punto fueron satisfechos los votos de la señora de Etampes, de Ascanio y de Cellini.

III.

UNA CORTE.

En este tiempo habia concluido Ascanio el dibujo de su lirio, y sea por curiosidad ó por una fuerza singular y desconocida que atrae á los desgraciados hácia el objeto de su desventura, se encaminó hácia el palacio de Etampes. Eran las dos de la tarde, justamente el momento en que la duquesa brillaba como una reina rodeada de su corte; pero las mismas órdenes que habia en el Louvre respecto á Cellini, se habian repetido en el palacio de Etampes para Ascanio.

Asi que se presentó el jóven le introdujeron en una antesala mientras iban á prevenir á la duquesa. Esta se estremeció de alegría al pensar que Ascanio podia considerarla en todo el esplendor de su soberanía, y dió algunas órdenes en voz baja á Isabel, que fué la encargada del mensaje.

En su consecuencia volvió inmediatamente donde se hallaba Ascanio y tomándole de la mano, sin decir palabra, le siguió por una galeria, levantó un gran pabellon y le empujó dulcemente hácia adelante. Ascanio se encontró sin saber como en el salon de recibo de la duquesa, detrás del sillón de la soberana, que adivinando ya su presencia mas por la secreta emocion que esperimentó que por el leve ruido que izo la colgadura al rozar su espalda, fué á separarla de suerte que en la posicion que ocupaba Ascanio casi selló sus labios en la linda mano.

Estaba, como hemos dicho, la bella duquesa rodeada de una verdadera

corte. Estaba á su derecha sentado el duque de Medinasidonia, embajador de Cárlos V y el señor de Montbrion, ayo ó preceptor de Cárlos de Orleans; á su izquierda el hijo segundo del rey, y los demás señores y grandes personajes se mantenian formando un estenso círculo. Entre los principales magnates del reino, generales, diplomáticos, magistrados, grandes y artistas, se hallaban tambien algunos gefes del partido protestante, á quienes en secreto favorecia la señora de Etampes; pero todos eran señores de la corte del rey, convertidos en cortesanos de la favorita, y ofrecian en aquella rójia sala un movimiento de brillantez que deslumbraba á primera vista.

La conversacion giraba en este instante, amenizada con mil chistes y alusiones graciosas, sobre Diana de Poitier la querida del Delfin, y mortal enemiga de la de Etampes; solamente Ana no tomaba parte en esta guerra de retruécanos y maliciosas agudezas, sino de vez en cuando por algunas palabras ó frases rápidas lanzadas como al acaso; «vamos, señores, vamos, no murmurar de Diana demasiado, porque se ofenderia Endymion; además esa pobre Diana se casará el dia de mi nacimiento;» pero aparte de estas chispas con que animaba el asunto que en general se discutia, solo hablaba á media voz con sus dos vecinos, pero de una manera bastante perceptible para hacerse oír de Ascanio, humilde y perdido entre tantos ilustres caballeros.

—Si, de Montbrion, decia confidencialmente la bella duquesa á su vecino de la izquierda, es menester que hagamos de vuestro educando un príncipe admirable: ese es el verdadero rey del porvenir; ahí teneis, mis ambiciones se cifran todas en pro de este querido niño, y trabajo en este mismo momento por crearle una soberania independiente. Enrique II, pobre señor, será aquí [para entre nosotros sin duda alguna el rey de Francia; pero nuestro rey será un rey francés, abandonaremos á su heredero, á Diana y á Paris; pero llevaremos con nosotros, con nuestro Cárlos el genio de la Francia. Donde yo vaya, allí estará la corte, mudaré de sol; pero tendremos á los grandes pintores como el Primaticci, á los sublimes poetas como Clemente Marot que se rebulle allí bajo en un rincon sin hablar palabra, lo que prueba evidentemente que desea recitar nos alguna composicion. Todos esos que nos acompañan tienen mas vanidad que interés, están mas descosos de gloria que de dinero. No será el que posea mas grandes riquezas; pero sí el que prodigará sus mas sinceros elogios, y el que los merezca, será siempre grande, atendido á que conseguirá alcanzar una buena reputacion, particularmente entre las gentes del pueblo en que brille su ingenio.

■ El Delfin solo ama los torneos. ¡Y bien! se reservará para sí la gloria de

las lanzas y de las espadas, y nuestra será la de las plumas y los pinceles. ¡Oh! estad tranquilo señor de Montbrion, que jamás me dejaré envolver por Diana, reina en expectativa. Que espere pacientemente su reinado del tiempo y de la casualidad; yo entretanto me habré hecho el mío dos veces. ¡Y que me decís del ducado de Milán? No estaríais allí muy apartado de vuestros amigos de Génova; porque yo conozco que las nuevas doctrinas de Alemania no os son indiferentes. Ya hablaremos de esto y os diré cosas que os sorprenderán, tanto mas cuanto que Diana se ha hecho la protectora de los católicos; ella proteje, y yo protesto; es muy sencillo.

En seguida, con un ademán imperioso y una mirada penetrante, terminó sus conferencias, acabadas de decir estas palabras, que dejaron aturrido alayo de Carlos de Orleans. Quiso contestarle, pero la duquesa se había dirigido al duque de Medinasidonia.

Ya hemos dicho que Ascanio estaba en posición de oírlo todo.

—Y bien, señor embajador, dijo la señora de Etampes; ¿se decide por fin el emperador á atravesar por Francia? No tiene otro recurso á decir verdad, se príncipe Enrique VIII arrebataría sin escrúpulo su persona en los mares, y si escapaba á los ingleses, caería en manos de los turcos; por tierra, los príncipes protestantes se opondrían á su paso; ¿con que qué recurso le queda? Es menester cruzar la Francia y sería muy cruel sacrificio renunciar á castigar la rebelion de los ganeses, sus queridos compatriotas, porque nuestro gran emperador Carlos, es hijo de Gante. Hemos podido observar el poco respeto que ha guardado en cierta ocasion á la magestad real, y estos son los recuerdos que le hacen hoy tímido y circunspecto, señor de Medina. ¡Oh! nosotros le conocemos muy bien, teme que el rey de Francia venga al prisionero de España y que pague al prisionero de Paris el resto de la deuda contraida por el cautivo del Escorial; pero puede tranquilizarse; si aun no ha comprendido nuestra caballeresca lealtad, habrá oido hablar de ella y espero.....

—Sin duda, señora duquesa, dijo el embajador; conocemos la lealtad del rey Francico I, obrando por sí, pero tememos...

El duque se detuvo:

—Si, temeis á sus consejeros, no es verdad? repuso la duquesa. Si, si, ¡oh! Yo sé bien que un consejo expresado por los seductores labios de una linda boca, que un consejo que adquiriese una forma graciosa y galante, no dejaría de influir en el ánimo del rey. A vos os toca conjurar esto, y tomar vuestras medidas; sin embargo, á pesar de todo, debéis tener plenos poderes ó en su defecto algun papel firmado en blanco en el que se podrán poner muchas cosas en pocas palabras; sabemos muy bien como se hacen

estas negociaciones, he mos estudiado la diplomacia y habia pensado pre- tender del rey que hiciese á mi embajador tambien, atendido á mi natural inclinacion hácia los asuntos de Estado. Si, yo conozco que será penoso á Carlos V permitir la ocupacion de una parte de su imperio, por desempeñar su persona ó por asagurar su inviolabilidad. Por otra parte, la Flandes es una de las mas bellas floras de su corona, es la herencia entera de su abue- la paterna, Maria de Borgoña, y es muy duro renunciar á ella por un rasgo de pluma, cuando despues de haber hecho de este patrimonio un gran du- cado, podria muy bien con el tiempo convertirlo en una pequeña monar- quia; pero ¿de que estoy hablando? ¡Dios mío yo que tengo tanto horror á la política, porque dicen que pone feas á las mujeres. Es verdad que de tiempo en tiempo de jo deslizarse sin parar la atencion algunas palabras so- bre los negocios de Estado; pero si S. M. insiste en examinar mas á fondo mis ideas, le suplico mudar de asunto en sus conversaciones y hasta algunas veces, tomo el partido de huir de su lado, y dejarle solo entregado á sus reflexiones. Ya se que me diréis siendo un hábil diplomático y conociendo á los hombres, que son precisamente estas palabras lanzadas al acaso, las que germinan en las imaginaciones del temple de la del rey, y que estas palabras que se creen disipadas por el viento tienen casi siempre mas in- fluencia que un largo y razonado discurso. Esto es muy posible, señor du- que de Medina, pero yo no soy mas que una pobre mujer, que no se ocupa mas que de prendidos y vagatas; vos como es natural entendeis mil veces mas que yo de todas estas cosas graves, mas tambien el león puede necesi- tar alguna vez de la débil hormiga, y la barquilla salvar la tripulacion de un gran buque. En fin, no estamos muy distantes de entendernos, señor du- que, porque no se trata mas que de entenderse.

—Si quisierais vos, señora, dijo el embajador, seria cosa resuelta.

—Quien dá hoy recibe mañana, continuó la duquesa sin responder di- rectamente; siempre me escitará mi instinto de mujer á aconsejar á Fran- cisco acciones grandes y generosas; pero muchas veces el instinto trastorna el criterio á la razon. Es menester pensar tambien en el interés bien en- tendido de la Francia; mas yo confío en vos, señor de Medina; os pe- diré consejo, y calculado todo, creo que el emperador podrá aventurarse bajo la garantia y la fé de la palabra del rey.

—¡Ah! si vos estuviérais por nosotros, no titubearíamos.

—Señor Clemente Marot, dijo la duquesa interrumpiendo bruscamente la conversacion y fingiendo no haber oido la exclamacion del embajador: señor Clemente Marot, ¿no teneis por casualidad hay algun lindo madri- gal ó algun soneto que leernos?

—Señora, dijo el poeta, sonetos y madrigales son para vos flores de cielo, que se marchitan al sol de vuestros bellos ojos; solo una décima se me ha ocurrido improvisada al contemplaros.

—¡De veras! pues bien, ya os escuchamos. ¡Ah! bien venido, señor preboste, perdonadme si no he reparado en vos desde luego; ¿me traéis algunas noticias de vuestro yerno futuro, nuestro amigo el conde de Orbec?

—Sí, señora, respondió de Estourville, me ha dicho que vendría al instante, y espero que le veamos dentro de poco.

Un caai abogado suspiro hizo estremecer á la señora de Etampes, pero sin volverse hácia el que lo había lanzado.

—Será bien venido para todos. Y bien, vizconde de Marmagne, continuó la duquesa; ¿habeis hallado la funda de vuestro puñal?

—No, señora, pero no estoy lejos de ello, porque sé dónde y cómo lo encontraré.

—Buen éxito entonces, señor vizconde. Cuando gustéis, maestro Clemente, todos nosotros somos orejas para escucharos.

—Es sobre el ducado de Etampes, dijo Clemente Marot.

El poeta leyó su décima, que era un juguete gracioso de palabras, y cuyo pensamiento, dedicado al elogio de la de Etampes, consistia principalmente en suponer que Júpiter había situado en Francia, personalizado en la duquesa, uno de los bellisimos y celebrados valles de Tesalis.

Terminada su lectura, la señora de Etampes aplaudió con las manos y con su sonrisa, y todos los demas aplaudieron tambien.

—Vamos, dijo ella, veo que al mismo tiempo que á mí, Júpiter ha trasportado Pindaro á Francia.

—Diciendo así, se levantó la duquesa y todo el mundo se levantó; tenia razon esta mujer en creerse la verdadera reina, porque tambien con un ademán de reina despidió á sus cortesanos, y como á una reina la saludaron todos retirándose.

—Quedad aqui, dijo á media voz á Ascanio.

Ascanio obedeció.

Mas cuando todos se habian retirado, no fué la reina desdeñosa y altanera, sino la mujer humilde y apasionada la que se dirigió al jóven.

Nacido Ascanio en la oscuridad, educado lejos del mundo, en la caa; claustral mansion del estudio de su maestro, huésped inesperimentado de los palacios, á donde rara vez habia seguido á Callini, estaba aturdido y deslumbrado por esa brillantez, ese movimiento y esa conversacion ligera, galante y peculiar de los salones. Habia sentido su cabeza alguna cosa

parecida á un vértigo, cuando oyó hablar á la señora de Etampes tan sencillamente, ó mas bien, con tanta coquetería, de proyectos graves, y decidir en una frase familiar los destinos de los reyes y las fortunas de los reinos. Esta mujer, como otra segunda Providencia, acababa de dar en cierta manera á cada uno su parte de dolores y de alegría, y con la misma mano que habia aliviado de cadenas, habia derribado coronas. Esta caprichosa soberana de las mas elevadas cosas de la tierra, tan fiera y orgullosa con sus nobles aduladores, se dirigia á él, no solamente con la mirada de una mujer que ama, sino tambien con el aire suplicante de la esclava que teme y sin saber por qué ni cómo. Ascanio, de simple espectador, vióse convertido en el personaje principal del drama.

Ya habia la duquesa calculado y conducido hábilmente este efecto. Ascanio conocia el imperio que esta mujer ejercia á su pesar, no sobre su corazon, pero sí sobre su pensamiento, y á pesar de ser tan niño, se armó de frialdad y severidad para ocultar su turbacion. Quizás entre él y la duquesa habia visto deslizarse como una sombra, á su casta Colomba con su blanca túnica y frente angelical.

IV.

AMOR, PASION.

Señora, dijo Ascanio á la duquesa, no sé si recordareis haberme encargado un lirio; mandásteis os trajera el dibujo tan pronto como le acabase. Esta mañana le he concluido y vedlo aqui, señora.

—Tiempo tenemos, Ascanio, dijo la duquesa con una sonrisa y una voz de sirena, de ocuparnos de eso. Sentáos. Y bien, mi bizarró jóven, ¿vuestra herida?

—Me hallo de ella completamente restablecido, señora, contestó Ascanio.

—Restablecido de la espalda, ¿pero de aqui? dijo la duquesa señalando con su mano el corazon del jóven, con un ademan lleno de gracia y ternura.

—Os ruego, señora, olvidéis todas esas locuras con que he debido de inportunar á vuestra señoría.

—¡Dios mio! ¿por qué mostrais ese aire tan severo? ¿Qué es lo que osurece vuestra frente? ¿Os fastidiaban todos esos hombres, verdad, Ascanio? ¿Pues á mí tambien! Yo los odio y los aborrezco, pero les temo. ¡Oh! qué pesado se me hacia el tiempo que tardaba en estar sola con vos, pero ya habeis visto como los he despedido á todos prontamente.

—Teneis razon, señora; yo me encontraba enmedio de tan noble compañía como estraido de mi centro; yo, pobre y humilde artista, venido aqui simplemente para mostraros este lirio.

—Enhorabuena, Ascanio, continuó la duquesa meciendo su cabeza; pero vos os mostráis bien frío y bien sombrío con una amiga: el otro día habeis estado tan expansivo y tan confiado, ¿de qué proviene este cambio, Ascanio? Sin duda de algun discurso de vuestro maestro que no puede verme; ¿qué os dice de mí Ascanio? Vamos, sed franco, ¿habeis hablado de mí con él, es verdad? Os habrá dicho que era peligroso fiarse de mí, que la amistad que yo os mostraba oculta algun lazo que os tendia, os habrá dicho, responded, que yo os detestaba quizá?

—Me ha dicho que vos me amais, señora, respondió Ascanio mirando fijamente á la duquesa.

La señora de Etampes permaneció un instante como sorprendida bajo el peso de mil ideas y pensamientos contradictorios que luchaban en el interior de su alma; sin duda deseaba que conociese Ascanio su amor, pero hubiera querido tiempo para prepararle, y destruir poco á poco, sin parecer interesada, su pasion por Colomba. Mas ya descubierta la emboscada, sólo podia vencer mostrándose abiertamente en batalla campal. Asi que sin vacilar un punto, adoptó este partido.

—;Y bien, sí! dijo ella, yo te amo ¿es esto un crimen? ¿Es siquiera una falta suficiente para condenarme á su amor ó á su odio? Jamás hubiésetis sabido que te amaba, porque ¿á qué fin conducia el decirtelo, cuando tú amas á tíra? pero ya que este hombre te lo ha revelado todo, ya que tó ha mostrado mi corazon, me alegró, ha hecho bien, Ascanio. Repara, considera despacio mi amor, y verás una a loracion tan profunda que te conmoverá, y entretanto á tu vez, ¿entiendes bien, Ascanio? es menester que tú me ames.

La de Etampes, naturalmente superior y fuerte, desdeñosa por penetracion y ambiciosa por aburrimento, habia hasta aqui tenido muchos amantes, pero no un amor. Habia seducido al rey, sorprendido al almirante Brion, fascinado al conde de Longuebal, pero en todas estas intrigas la vanidad habia sustituido á los pensamientos del corazon, hasta que llegó un día en que encontró ese amor jóven y verdadero, tierno y profundo. tantas veces llamado y siempre oculto; pero esta vez otra mujer se le disputaba. ¡Ab! ¡tanto peor para ella! ignoraba con qué implacable pasion tenia que luchar; toda la resolucion, toda la violencia de su alma debia imprimirle Ana en su ternura; esta mujer no sabia aun qué fatalidad debia temer de la duquesa de Etampes como rival, de la duquesa de Etampes que queria á su Ascanio para ella sola, y que con una mirada, una palabra ó un gesto podria romper todo lo que se encontraba entre ella y él. Esto así, la suerte estaba arrojada, y la ambicion y la belleza de la favo-

rita del rey, solo pedia emplearse en su amor hácia Ascanio, y en sus celos contra Colomba.

¡Pobre Colomba! que en este momento estaria tal vez llorando, y arrodillada en su oratorio.

Ascanio en presencia de un amor tan franco y tan formidable, se sentia al mismo tiempo fascinado y lleno de susto y de confusion. Benvenuto le habia dicho, y Ascanio lo comprendia ahora, que no se trataba aqui ya de un capricho, y no le faltaba la fuerza que lucha, sino la experiencia que engaña y somete. Tenia apenas veinte años, y era demasiado cándido para fingir; se imaginó, pobre niño, que el recuerdo evocado de Colomba, que el nombre de la sencilla jóven, pronunciado solamente, le seria un arma ofensiva y defensiva, un arco y un escudo, sin pensar que asi clavaba mas profundamente el dardo en el corazon de la señora de Etampes, que quizás hubiera abandonado un amor sin rivalidad y sin lucha.

—Vamos, Ascanio, repuso con mas calma la duquesa, observando el silencio del jóven y asombrada quizás de sus mismas palabras; olvidemos por hoy el amor que os ha révelado una palabra imprudente y pronunciada fuera de propósito; no pensemos mas que en vos solo. ¡Oh! ya os estimo mas por vos mismo que por mí, os lo juro.

—Yo deseo iluminar el sendero de vuestra vida como habeis hecho con la mia. Sois huérfano, tenedme á mí por madre. Habeis escuchado lo que hace un instante decia yo á Montbrion y á Medina, y creierais que era yo sola la ambiciosa, pero no es asi; mi ambicion conspira solo en vuestro provecho. ¡Desde cuándo creéis que he pensado en el proyecto de crear para un hijo de Francia un ducado independiente en el corazon de la Italia? Desde que os ví, desde que os amo. Si yo soy alli bajo la reina, ¿quién será el verdadero rey? Vos y solo vos. Por vos trocaré de lugar, de imperio y de reino. ¡Ah! vos aun no me conoceis, ni sabeis qué clase de mujer soy! Ya lo veis, os digo puramente la verdad, os descubro mi proyectos. Ahora es preciso que me descubrais vuestros secretos; hacedme, Ascanio vuestra confidenta, decidme cuáles son vuestros deseos para que los realice yo; cuáles vuestras pasiones y las vereis al punto satisfechas.

—Mi deber y mi deseo, señora, es el de ser tan sincero y tan leal con vos, como vos lo sois conmigo; debo confesaros francamente la verdad, como vos me la habeis dicho antes á mí. Yo no pido ni ambiciono otra cosa que el amor de Colomba.

—Pero si ella no te ama, me has dicho tú mismo.

El otro dia es verdad que desesperaba; pero hoy quién sabe!... Aca —

no bajó los ojos y el tono de voz. Me amais vos, señora, demasiado, añadió.

La duquesa permaneció un instante como aterrada ante esta terrible verdad, adivinada por el instinto de la pasión. Hubo un momento de silencio, pero bastó también solo un momento para que se recobrará la duquesa.

—No hablemos mas por hoy de los asuntos del corazón, dijo la duquesa, ya os lo he suplicado antes y reitero de nuevo mi ruego. Conozco muy bien que el amor no es todo lo que constituye la felicidad de los hombres; veamos, por ejemplo: ¿no habeis nunca ambicionado los honores, la riqueza, la gloria?

—¡Oh! sí, sí; un mes hace que me abruman ardientemente esos deseos, respondió Ascanio arrastrado á su pesar por la corriente de una idea, constante.

Aquí hubo una nueva pausa.

—¿Amáis el suelo de Italia? continuó Ana con esfuerzo.

—Sí, señora, mucho; respondió Ascanio. Allí, señora, es tan dulce el eco de la conversacion bajo las enramadas bóvedas de los naranjos, respirando los perfumes del azahar, y considerando como la blanca brisa acaricia y presta desconocidos y nuevos encantos á las más seductoras bellezas.

—¡Oh! llevarte allí conmigo, conmigo sola! ¡Ser toda para tí como tú lo serás para mí! ¡Dios mio, Dios mio! exclamó la duquesa arrebatada ella misma por el impulso de su amor; pero de pronto, temiendo la desesperacion de Ascanio, se repuso y continuó: Creo, dijo, que ante todo amais las artes.

—¡Ante todo yo amo! ¡Amar! dijo Ascanio. ¡Oh! no soy yo, no, es mi maestro Cellini quien dá vida á sus creaciones; el sublime artista, el grande, el admirable es él; yo soy un pobre aprendiz, le he seguido á Francia, no por ganar riquezas, no por adquirir gloria, sino porque le amaba, porque me era imposible separarme de él, y porque en esa época él era el todo para mí. Yo no tengo voluntad personal, carezco de fuerza de independencia, y me he hecho platero por agradarle, y porque lo deseaba, y soy cincelador porque él era entusiasta de las cinceladuras finas y delicadas.

—¡Pues bien! dijo la duquesa, escucha: vivir en Italia casi rey, proteger á los artistas, á Cellini el primero, prodigarles el bronce, la plata y el oro que cincelar, fundir y modelar, amar y ser amado sobre todo; ¿esto, decís, Ascanio, no es un bello ideal?

—Señora, ese es el paraíso si fueras con Colomba, á quien amo y do quien soy amado.

—¡Aun Colomba, siempre Colomba! exclamó la duquesa. ¡Pues, que siempre aparece obstinadamente en nuestra conversacion y en nuestras almas, pues que Colomba está aqui siempre con nosotros, sin cesar, delante de tus ojos, y sin cesar, en tu corazon, hablemos de ella y de mí francamente y sin hipocrecia: tú sabes muy bien que ella no te ama.

—¡Oh! no, yo no lo sé, señora.

—Pero ella se casa con otro, exclamó la duquesa.

—Su padre quizás la obligue, respondió Ascanio.

—¡Su padre! ¡y crees tú que si me amases como tú la amas, crees, si yo estuviera en su lugar, que existiria en el mundo una fuerza, una voluntad, un poder que nos separara al uno del otro! ¡Oh! yo lo abandonaria todo, me escaparia, huiria contigo haciéndote guarda de mi honor, y entregándote mi amor y mi existencia! ¡No, no, yo te digo que ella no te ama, y si quieres que aun te diga alguna cosa mas, me atreveria á jurar que tú no la amas á ella tampoco!

—¡No amar yo á Colomba! ¡Señora me parece que habeis dicho que yo no la amaba!

—No, tu no la amas, te engañas á tí mismo. A tu edad se toma por amor la necesidad de amar; si tú me hubieses visto la primera, seria á miá quien amases. ¡Oh! ¡cuando pienso que tú podias amarme! pero no no; vale mas que tú me escojas. Yo no conozco á esa Colomba, pero ella será bella, pura, será todo lo que tú quieras, pero las mujeres en esa edad no saben amar. No es ciertamente Colomba la que te diria lo que yo acabo da decirte, y que tú desdeñas; ten dria ella demasiada vanidad, demasiada reserva y demasiada vergüenza quizás; pero yo, mi amor es sincero y habla ardientemente, tú me desprecias porque hallas en mí que olvido mi carácter de mujer, porque no soy disimulada. Algua dia cuando conozcas mejor el mundo cuando hayas penetrado profundamente en el curso de la vida y te encuentres tan solo en el sendero de los dolores, entonces te arrepentirás de tu injusticia y me admirarás, pero yo no quiero ser admirada, Ascanio, que no ser amada, lo repito, y si te amase menos podria ser falsa, hábil, coqueta, pero yo te amo demasiado para seducirte. Yo quiero recibir tu corazon, poseerlo, pero no arrebatarlo. ¿A qué te conducirá tu amor hacia esa niña? responde; serias desgraciado toda tu vida, mientras que yo puedo serte de grande utilidad. Yo he padecido extraordinariamente, y desde luego Dios quizá permita que el exceso de mi sufrimiento sea en descuento tuyo; ade-

mis, mi riqueza, mi poder, mi experiencia, todo lo pongo á tus pies. Con-sagrare mi vida á la tuya, y te alejaré de toda suerte de errores y de cor-ruption; para llegar á la fortuna y hasta á la gloria, es muy frecuente que un artista tenga que arrastrarse como un reptil, y tú nada tendrás que te-mer de todo esto conmigo; te elevaré sin cesar; yo seré tu escabel, y á mi-lado serás siempre el sublime, el noble, el puro Ascanio.

—Y Colomba, Colomba, señora! ¿no est tambien ella una perla inma-culada?

—Creeme, hijo mio, respondió la duquesa pasando de la exaltacion á la melancolía; tu casta, tu inocente Colomba, te haria sobrellevar una existen-cia árida y monótona. Sois ambos demasiado divinos, y Dios no ha creado los ángeles para unir los unos á los otros, sino para hacer mejores á los malos.

Dijo la duquesa todo esto con un acento tan elocuente, con una voz tan plenamente sincera, que se sintió Ascanio, á su pesar, dominado por un sen-timiento de ternura.

—¡Ah! señora, le dijo; bien persuadido estoy de vuestro amor, que me conmueve tiernamente; pero aun es mejor amar!

—¡Oh! ¡cuán verdad es eso! cuán verdad es lo que dices! mas amo yo tus desdenes, que las mas dulces palabras del rey. ¡Oh! ahora amo por la pri-mera vez, sí, por la primera vez, yo te lo juro.

—Con que ¿no amais al rey, señora?

—No; yo soy su dama, pero sin que por eso sea mi amante.

—Pero él os ama aun!

—¡Dios mio! respondió Ana mirando fijamente á Ascanio, y apretando sus manos entre las suyas, ¿seré yo tan dichosa que te inspirara celos, temerías que el rey te hiciese sombra? pues escucha: yo he sido hasta ahora para tí la duquesa rica, noble y poderosa, ofreciéndote arrebatat coronas y derribar tronos, pero atiende; preferirias tú la muger pobre, sencilla, solitaria, fue-ra del mundo, vestida con una simple túnica blanca, y adornada con una flor de los campos en sus cabellos? ¿preferirias mejor esto Ascanio? Pues bien, abandonaremos á Paris, el mundo y la corte. Partiremos, nos refugia-remos en un rincon de tu Italia, bajo la sombra de los altos pinos de Ro-ma, ó en las inmediaciones del magnífico golfo napolitano. Mirame, pron-ta estoy á todo. Oh! Ascanio, Ascanio! ¿no es cierto que lisonjeará tu orgu-lló, el que te sacrifique un amante investido de la púrpura sagrada?

—Señora, dijo Ascanio que á su pesar sentia propagarse en su corazon el fuego de tan inmensa pasión; señora, mi alma es muy altiva y exi-gente y no podeis darme lo pasado.

—¡Lo pasado! ¡Oh! ¡hé aquí lo que sois los hombres, crueles siempre! Lo pasado! ¿debe responder siempre de su pasado una débil y desventurada mujer, cuando con casi siempre los acontecimientos y las cosas mas extraordinarias, las que nos arrebatan nuestro pasado? Supon por un instante que arrastrado por una tempestad te envolviese un torbellino y te condujera hácia Italia; cuando regresaras despues de un año, de dos ó de tres, deseando á tu Colomba, á quien amas tanto hoy, y que obedeciendo á sus parientes, se hubiese casado con el conde de Orbec, ¿dudarías de su virtud? ¿La castigarías por haber obedecido á uno de los mandamientos de Dios? Y si ella no conservase recuerdo alguno, supoa que no te conociese y abrumada de fastidio y de dolores, olvidándose un instante de Dios, desase tener alguna idea de ese paraiso, cuya puerta se le habia cerrado y que se llama del amor; que amase aun otro ser que á su marido, á quien ella no podia amar; si en un momento de delirio concediese su alma á otra alma, ¿sería á tus ojos una mujer perdida, deshonrada en tu corazon? ¡Hé ahí una mujer que no podría abrir su esperanza á la felicidad, porque no tendría su pasado que darte en cambio de tu corazon! ¡Oh! ¡te lo repito, eso es injusto, es cruel!

—Señora.....

—¿Quién te ha dicho que no es esa mi historia? Escucha lo que yo te digo, cree lo que te afirmo; repito que he sufrido extraordinariamente, y á esta mujer que tanto ha padecido la perdona Dios, y tú no la perdonas porque no comprendes como él, que es mas grande, mas sublime, alzarse del abismo donde se ha precipitado un alma, que pasar por su orilla con el cenital de la felicidad en los ojos. ¡Oh, Ascanio, Ascanio! te habia creído mejor que los demás porque eras mas niño y mas bello....

—¡Oh señora!

—Tíendeme la mano Ascanio y de un salto me lanzaré del fondo de esta silla para alzarame hasta tu corazon. Si tú lo deseas así, romperé mañana mismo con el rey, con la corte y con el mundo. ¡Oh! yo soy valiente en amor, y no porque quiera parecer mas grande de lo que soy, porque no es tan grande el sacrificio, no; creeme. Las lisonjas de todos esos hombres no valen una de tus miradas; pero si tú me creyeses, querido niño, dejarías reservase mi autoridad y continuar mis proyectos sobre tí y para tí. Yo te haría grande, y vosotros los hombres pasais por el amor para llegar á la gloria, sois ambiciosos tarde ó temprano, pero los sois por fin. En cuanto al amor del rey, no te inquiete, yo le inclinaré sobre; alguna otra á quien otorgará su corazon, reservándome solo su dominio. Con que así Ascanio, escojed; poderoso por mí y conmigo, ó yo humilde para tí y contigo. Haas

un momento, ya lo has visto, ocupaba yo esa silla y los mas grandes y mas poderosos señores de la corte estaban á mis pies; ahora siéntate on mi lugar, yo lo quiero, siéntate que yo soy ahora quien se postra á los tuyos. ¡Oh! que bien estoy así, Ascanio, y cuán feliz, cuán dichosa soy solo con verte y con mirarte! Palideces Ascanio, ¡Oh! si solamente quisieras decirme que me amarais algun dia, mas tarde, mucho mas tarde!

—¡Señora, señora! exclamó Ascanio ocultando su cabeza entre las manos cerrando á la vez sus ojos y sus oídos; tal era su convencimiento de que la mirada y el acento de la sirena lo fascinaban.

—No me llames, señora, no me llames tampoco Ana, dijo la duquesa separando las manos del jóven pero sin soltarlas de las suyas: llámame Luisa que es mi nombre tambien, pero un nombre que nadie me ha dado, un nombre que será tuyo solo. ¡Luisa Luisa!.... Ascanio, ¿no te parece que es muy dulce este nombre?

—Yo sé otro mas dulce aun dijo Ascanio.

—¡Oh! ten cuenta Ascanio, ase amó horrida la leona, que si tú me haces padecer demasiado, puede llegar el dia en que te odie tanto como te amo!

—¡Dios mio, señora! respondió el jóven sacudiendo su cabeza, como si quisiera librarse de un peso enorme, ó de una fuerza superior que le oprimia; vos sois, señora, quien confundis mi razon y trastornais mi alma! ¿estoy delirando, ó qué pesadilla tan horrible se ha apoderado de mi? perdonad, si mis labios han pronunciado palabras duras que puedan ofenderos; quería despertar me á mi mismo del sueño que me fatigaba. Os veo ahora aquí á mis pies, vos señora, hermosa, adorada, vos reina! no es posible que existan tentaciones como estas, sino para la perdicion de las almas; si, vos lo habeis dicho, quereis salir del abismo, pero en lugar de conseguirlo, pretendéis atraerme á mi á él, y en lugar de remontaros conmigo, quereis precipitarme con vos. ¡Ah! no pongais mi debilidad á tamaña prueba!

—Aquí no hay prueba, ni tentacion, ni sueño: soló hay para nosotros una realidad positiva y esplendorosa; ¡yo te amo, Ascanio, yote amo!

—Vos me amais, pero algun dia os arrepentiriais de ese amor, ó me echariais en cara lo que habíais hecho en mi beneficio, ó lo que hubiera dejado de hacer yo en el vuestro.

—¡Ah! tú no me conoces, exclamó la duquesa; ¿tan débil me crees para arrepentirme? pues bien; ¡quieres una prueba, necesitas una garantía?

Y diciendo así se dirigió vivamente Ana hácia una mesa en que habia papel y tintero, y arrebatando una pluma, escribió apresuradamente algunas palabras.

—Toma, dijo ella, duda aun si te atreves.

Yote amo, Ascanio! sígueme donde yo vaya ó déjame seguirte donde tú quieras.

ANA D' HELLY.

—Oh esto no puede ser; esto no puede ser, señora, mi amor sería para vos una vergüenza.

—¡Una vergüenza! exclamó la duquesa, ¿de qué había de avergonzarme tengo demasiado orgullo para eso, y el orgullo en mí es una virtud.

—¡Ah! yo conozco otra mas dulce y mas santa; dijo invocando en su imaginacion por un esfuerzo desesperado el recuerdo de Colomba.

El golpe produjo su entero efecto; la duquesa se puso de pies, temblando de rabia y de indignacion.

—Sois un niño preocupado y cruel, Ascanio; dijo con acento entrecortado; deseaba ahorraros penas y tormentos, pero ahora veo que solo el dolor puede enseñaros el camino de la vida; ya vendreis á mi encuentro, Ascanio, herido y desgarrado, y entonces sabreis lo que vale vuestra Colomba, y lo que valgo yo: contad desde luego con mi perdon, porque os amo, pero de aquí á entonces pasarán cosas terribles, adios, ya nos veremos.

Acabando de decir estas palabras salió toda alterada de odio y de amor, pero olvidando que dejaba en manos de Ascanio las dos líneas que había escrito en un momento de delirio.

V.

AMOR SOÑADO.

Cuando Ascanio perdió de vista á la señora de Etampes, se disipó la fascinadora influencia que difundía esta mujer, y vió claro en su rededor. Solo se acordaba de una cosa que habia dicho: era factible que Colomba le amase y ser digno de su amor, cuando toda una duquesa de Etampes le amaba. Desde este momento no le pertenecía ya su existencia, de mucho le habria servido su instinto, suministrándole estas ideas, pero al inspirárselas, par^a que las profiriesen sus labios, le habia engañado. Si el carácter sencillo y recto del jóven hubiese aprendido el arte de la disimulacion ó hubiese tratado de ensayarlo, no tendria que luchar con los inconvenientes que necesariamente habia de hallar á cada paso, porque diciéndolo habia prevenido á la altiva y formidable duquesa, é iba á estallar una guerra tanto mas terrible cuanto que solo á Colomba amenazaba.

Sin embargo, no dejó de ser de gran provecho para Ascanio la escena arrebatada y peligrosa que tuvo con Ana, porque le inspiró un no sé qué de confianza y de exaltacion inexplicable. Embargada su imaginacion y embebido su espíritu del espectáculo á que habia asistido, y como admirado de sus propios esfuerzos, se miraba así mismo revestido de una actividad y de una audacia que no poseia antes, así que resolvió decididamente saber á qué debia atenerse sobre sus esperanzas, y sondear el alma de Colomba. Si esta amaba al conde de Orbéc, ¿con qué objeto sostener una lucha

contra la señora de Etampes? Entonces bien podría entregarse á ella para que dispusiera á su gusto de una existencia rebelde, desolada y perdida. Seria ambicioso, llegaria á hacerse sombrío y hasta malvado; pero ¿qué importaba? Sobre todo ya era indispensable no vacilar un instante mas, y penetrar con paso firme en el fondo de su destino. En el último caso, el empeño de la señora de Etampes le respondia del porvenir.

Sugeríase Ascanio, esta decision regresando por lo largo del Quai, y mirando al sol que se ocultaba por detrás de la ennegrecida torre de Nesle. Cuando llego á su casa, cojió sin titubear algunas de las lindas bagatelas que trabajaban sus manos, y fué resueltamente hácia la puerta del pequeño Nesle, en la que sacudió cuatro golpes.

Por fortuna Petra se hallaba cerca, y sobrecojida de admiracion y de curiosidad se dirigió precipitadamente á abrir la puerta, y cuando distinguió al aprendiz creyó deber mirarle con alguna frialdad.

—¡Ah! sois vos, señor Ascanio, dijo, ¿qué queréis, qué se os ofrece?

—Quería, mi buena Petra, enseñar ahora mismo estas joyas á la señorita Colomba. ¿Está en el jardin?

—Si, en su alameda; pero esperadme.

Ascanio que no habia olvidado el camino, se dirigió rápidamente sin pensar en la buena de la dueña.

—Vamos á lo que conviene, se dijo ella misma, deteniéndose para entregarse á profundas reflexiones; yo creo que lo mejor es dejarlos solos, y dejar á Colomba libre en la eleccion de sus joyas y regalos. Y como es probable, no les pese que no esté yo delante, no dejaré Colomba de separar alguna cosilla para mí. Yo me apareceré cuando haya terminado sus ajustes, y entonces ciertamente que no estaria en el orden, ni seria justo rehusar cualquier fineza. Con que así, quedémonos para no escitar embarazo en el bello corazon de la sensible niña.

Ya se puede conocer que la honrada señora respetaba mucho los puntos que conciernen á la delicadeza. Ascanio distinguió á Colomba algo mudada, pero mas bella, porque la palidez y melancolía que mostraba en su semblante prestaba nuevos encantos á su figura ideal. Parecia un ser de otra esfera distinta de los que pueblan la faz de la tierra, y admirándola mas entusiasmado que nunca, recayó en las modestas aprensiones que el amor de la señora de Etampes habia disipado un momento. ¿Cómo figurarse qué esta celestial criatura hubiese de amarle?

Delante estaban el uno del otro los dos admirables niños que se amaban hacia tanto tiempo, sin atreverse á confiárselo mutuamente y que tanto habian sufrido. Ahora debían sin duda en este encuentro, salvar en un minuto

el espacio que cada uno de los dos en sus sueños imaginarios habian recorrido. Se les presentaba la mas oportuna ocasion de explicarse, de desfogar su corazon, y de que brillasen en un primer trasporte de alegria, todos sus sentimientos tan penosamente reprimidos hasta aqui.

Pero los dos eran demasiado tímidos para esto, y no obstante la emociion que experimentaban y que sus miradas traidoramente descubrian, no conciliaron sus angélicas almas en el punto que con ansia buscaban, sino despues de un grande rodeo y pesados circunloquios.

Colomba ruborizada y silenciosa, se levantó súbitamente de su asiento, impulsada por un movimiento rápido é involuntario. Pálido Ascanio, apoyaba su mano trémula en su corazon como si quisiera sujetarle y contener los saltos y latidos que le daba. Los dos á la vez se hablaron para decirse:—Os ruego señorita que me dispenseis el que aprovechando vuestro permiso venga á mostraros algunas bagatelas; al mismo tiempo que ella exclamaba:—Con gusto veo que os hallais enteramente restablecido, señor Ascanio.

Aunque mútuamente se interrumpieron sus acentos, no estorbó esto para que sus dulces voces fuesen escuchadas claras y distintas del otro la de cada uno, porque Ascanio alentado por la sonrisa que naturalmente este faciente produjo en los labios de la niña, respondió con un poco mas de seguridad.

—Segun eso, habeis tenido la bondad de acordaros alguna vez de que me hallaba herido?

—¡Oh! sí; y á Petra y á mí, repuso Colomba, nos ha causado admiracion y aun inquietud, el no veros en tantos dias.

—No quería venir.....

—¡Por qué?

En este momento decisivo Ascanio tuvo que apoyarse contra un árbol reuniendo todas sus fuerzas y todo su valor, dijo con voz palpitante:

—No tengo ya inconveniente en confesaroslo, yo os amaba.

—¡Y ahora?

Esta exclamacion escapada á Colomba hubiera disipado todas las dudas de otro mas hábil que Ascanio; pero para él solamente sirvieron á reanimar algun tanto sus esperanzas.

—Ahora, ¡ah! continuó; he medido la distancia que nos separa, y sé que vos la dichosa prometida de un noble conde.

—¡Dichosa! interrumpió Colomba sonriendo amargamente.

—¡Cómo! ¿no amais al conde, ¡gran Dios! ¡Oh! hablad, ¿es porque no es digno de vos?

—Es rico, poderoso, de mas elevada alcurnia que yò; pero ¿le conocéis?

—No, y temo conocerle. Desde luego, ¿no se por qué, he concebido la idea de que seria un gallardo y arrogante jóven que os agradase.

—Tiene mas edad que mi padre y me asusta, dijo Colomba, ocultando la cara entre sus manos y con un gesto de repulsion que no lué dueña de contener.

Ascanio, loco de alegría, cayó de rodillas á sus pies, juntas las manos, pálido y con los ojos medio cerrados; una mirada sublime brillaba bajo sus párpados y una sonrisa bella como la esperanza divina, dilataba sus descoloridos labios.

—¿Qué teneis, Ascanio? dijo Colomba asustada.

—¿Qué tengo! exclamó el jóven recobrando en el esceso de su alegría la audacia que le habia robado el dolor, ¿qué tengo! ¿yo te amo, Colomba!

—¿Ascanio, Ascanio! murmuró Colomba con acento de reconvencion y de ternura.

Pero demas se habian comprendido ya, sus corazones se adelantaban á sus palabras y antes que se apercibiesen, sus labios se habian confundido en una inocente y candorosa pasion.

—¿Amigo mio! dijo Colomba rechazando dulcemente á Ascanio: se miraron como en éxtasis: los dos ángeles se reconocian.

En la vida humana no se repiten dos veces estos momentos.

—Con que asi, repuso Ascanio, ¿no amais al conde de Orbec, me amais á mí?

—Amigo mio, dijo Colomba con su acento grave y dulce á la vez, hasta aqui solo mi padre me ha besado la frente, y esto bien rara vez; ¡ah! soy una ignorante niña, que nada sabe de la vida, pero he sentido en el estremecimiento que vuestro beso me ha causado que es mi deber no pertenecer en adelante mas que á vos ó al cielo. Si yo fuera de otro, estoy segura que cometeria un crimen; vuestros labios me han consagrado á ser vuestra prometida y esposa, y aunque mi padre me dijese que no, yo solamente creeria á la voz de Dios, que escucho decirme que sí. Hé aqui mi mano que os pertenece desde ahora.

—¿Ángeles del paraiso! escuchadla y protejednos, exclamó Ascanio.

El éxtasis no se pinta ni se cuenta y los que lo hayan experimentado hasta saben que es imposible espresar friamente las palabras, las miradas y las contracciones de las manos de dos seres puros y jóvenes cuando se aman. Sus almas tiernas se confunden como se confunden en uno solo dos arrollos cristalinos sin variar de naturaleza y de color; Ascanio no manchó

con la sombra de ningún pensamiento ruin ni villano la casta frente de su bien amaba; Colomba se apoyaba, confiada, en el hombro de su prometido; la virgen Maria los hubiera mirado desde su trono, sin que hubiese tenido que volver sus ojos á otro lado.

Cuando se comienza á amar, se procura cifrar en el amor toda la existencia entera; presente, pasado y porvenir: así que desde el momento que se hablaron con confianza, se refirieron Colomba y Ascanio, todos sus dolores, sus incertidumbres y las esperanzas de los últimos días, y era una relación en extremo graciosa y original. Cada uno podía referir la historia del otro. Los dos habían padecido, y refiriéndose ahora sus cuitas, sonreían; pero hablaron del porvenir y entonces no podían menos que mostrarse serios y pensativos. ¿Qué les reservaba Dios para mañana? Según las leyes divinas, el uno había nacido para el otro, pero según las conciencias, su enlace debía ser desigual y monstruoso. ¿Qué hacer? ¿Cómo persuadir al conde de Orbec á que abandonase su proyectada alianza, y cómo convencer á todo un preboste de Paris á que otorgara la mano de su hija á un pobre artista?

—¡Ah! amigo mío, dijo Colomba; os prometo no pertenecer mas que á vos ó al cielo; pero creo que seré de este último.

—No, dijo Ascanio, serás mía. Dos pobres criaturas débiles, como nosotros, no podían solos trastornar el orden de las cosas; pero yo hablaré á mi querido maestro, á Benvenuto Cellini, que es poderoso, Colomba, y que mira las cosas desde otra esfera mas elevada que en la que nosotros nos ajitamos. ¡Oh! él conduce los sucesos de la tierra, con la misma firme voluntad, con que Dios debe mandar en el cielo, y todo lo que desea se realiza. Conseguirá sin duda alguna que seas mía, yo no sé como lo hará, pero estoy persuadido de que será así. Desea siempre hallar obstáculos que vencer, y se lo confiará á Francisco I que convencerá á tu padre. Benvenuto salva los abismos, y la única cosa que él no podría conseguir, la has hecho tú sin necesidad de su auxilio; me amas y esto basta. Lo demás es bien sencillo, lo creo fácil querida mía, y ahora es cuando mas que nunca creo en los milagros.

—Ascanio mío, tenéis esperanzas y me las hacéis á mí concebir también. ¿Os parece que por mi parte seria conveniente que intentase algo, que diese algun paso que pudiera favorecer nuestros proyectos? Yo sé de alguna persona cuya influencia es poderosísima en el ánimo de mi padre. ¿Queréis que escriba á la señora de Etampes?

—A la señora de Etampes; exclamó Ascanio. ¡Dios mío! yo olvidaba....

Entonces Ascanio refirió sencillamente y sin fatuidad el cómo había co-

nocido á la duquesa, su amor, y cómo en aquel mismo día, y unjhora antes de decidirse á ver á Colomba, se habia declarado la enemiga mortal del ser que amaba; pero ¿qué importaba? ¡Todo esto no queria decir mas sino que seria mas atrevida y mas difícil la empresa que abrazaria Benvenuto y que tendria un adversario mas que vencer y que aterrar.

—Amigo mio, dijo Colomba, vos teneis confianza en vuestro maestro y yo la tengo en vos. Hablad á Cellini lo mas pronto posible, y que decida él nuestra suerte.

—Mañana mismo se lo confesé todo. ¡Me ama tanto! me comprenderá al instanté; ¡pero qué tienes, mi Colomba! ¿estas ahora triste!

Cada frase de la relacion de Ascanio, habia hecho sentir á la pobre niña toda la estension de su cariño, porque haria su alma con la emponzoñada aguja de los celos, y mas de una vez habia apretado convulsivamente á Ascanio la mano que mantenia entre las suyas.

—Ascanio, la señora de Etampes es hermosa y amada de un gran rey. ¿No ha sembrado en vuestro espíritu ninguna impresion? ¡Dios mio!

—A tí solo amo, Colomba.

—Esperadme, dijo esta.

Al cabo de un instante volvió con un lirio blanco en la mano.

—Escucha, le dijo, cuando trabajes en el lirio de oro y ricas piedras de esa mujer, dirije alguna mirada hácia este tan sencillo de los jardines de Colomba. Y con tanta coqueteria como hubiera podido emplear la misma señora de Etampes, depositó sobre la flor un beso y se le dió á su amante.

En este momento la buena Petra apareció por un extremo de la alameda.

—Adios, dijo precipitadamente Colomba con un ademán furtivo, lleno de gracia, y poniendo su mano sobre los labios de Ascanio.

La duña se acercó á ellos.

—Y qué hija mia, dijo á Colomba, ¿habeis reprendido á nuestro desartor y escójido adornos bonitos?

—Tomad, señora Petra, dijo Ascanio, depositando en manos de la duña la caja que habia traído, pero que ni siquiera habian abierto; la señorita Colomba y yo hemos resuelto que vos misma escojais el que mas os agrade, y que mañana volveré por los demas.

Despues de esto se retiró dándole el corazon saltos de alegría y dirijiendo á Colomba una última mirada que expresaba mejor que las palabras todo cuanto tenia que decirle. Y Colomba por su parte quedó inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho como si temiera se escapase la dicha que experimentaba, mientras que Petra consideraba con admiracion los lindos dijes que Ascanio le habia traído.

“ ¡Ah! terriblemente despertada de sus dulces sueños se vió la pobre niña.

Una mujer se presentó acompañada de dos de los criados del preboste.

—El señor conde de Orbec, dijo esta mujer, que vendrá pasado mañana, me manda hoy para que venga á ponerme á vuestras órdenes, señorita. Estoy al corriente de las últimas novedades de la moda, y de las mas elegantes maneras de vestir, y monseñores el conde y el preboste, me han encomendado haceros, señorita, un soberbio traje de brocado; la señora duquesa de Etampes quiere presentarse á la reina el dia mismo de la partida de S. M. á San German, es decir, dentro de cuatro dias

Ya puede adivinarse sin mucha violencia qué dolorosa impresion produciria esta doble noticia en el ánimo de Colomba, despues de la escena que habia tenido con Ascanió.

VI.

AMOR IDEADO,

Ascanio determinó confiar su secreto y depositar su destino en manos del maestro, al amanecer del siguiente día; así es que se dirigió hacia la fundición en que todas las mañanas Cellini trabajaba; pero en el momento en que iba á llamar á la puerta del cuarto sintió la voz de Scozzone, y pensando que tal vez estaria modelándola, se retiró discretamente para volver mas tarde. Para entretener un poco el tiempo, empezó á pasearse por el jardín del gran Nasle, reflexionando lo que habia de decir á Cellini y lo que probablemente Cellini le contestaria.

Mientras, Scozzone no servia de modelo á su amo como pensaba Ascanio, ni habia puesto ella hasta entonces con gran pesadumbre de su curiosidad, ni nadie, el pié en aquel cuarto, porque Benvenuto no sufría que se le interrumpiese, por lo que se incomodó terriblemente cuando al volver la cabeza, vió tras de sí á Catalina abriendo mas que nunca sus grandes ojos. Poco halló que satisfacer por entonces su indiscreto deseo de curiosidad; algunos dibujos en las paredes, una cortina verde delante de la ventana, el bosquejo de una estatua de Hebe y una colección de útiles de escultura, constituian todo el mueblaje del aposento.

—¿Qué te se ofrece, lagartija? ¿Qué vienes á hacer aquí? Por vida de mi ánima, que me perseguirás hasta el infierno, esciamó Benvenuto al ver á Catalina,

—Ah! maestro, dijo Scozzone con la mas dulce inflexion de su voz, os aseguro que no soy lagartija, aunque si he de confesar la verdad, os seguiria si fuera menester con muy buena voluntad hasta el infierno, pero yo vengo ahora aqui, porque es el único sitio en que se os puede hablar en secreto.

—Pues bien, despacha; ¿qué tienes que decirme?

—¡Oh dios mio! Benvenuto, dijo Scozzone fijando la vista en la estátua; ¡qué figura tan admirable! Esa es Hebe, no creia yo que estaba tan adelantada; qué buena es!

—No vale nada, dijo Benvenuto.

—Oh si, es bellísima, ya concibo por qué no habeis querido que sirviera yo de natural; pero ¿á quién habeis tenido de modelo? continuó Scozzone con inquietud. No he visto salir ni entrar á ninguna mujer.

—No hables de eso, y di lo que quieres, que no creo seguramente habrás venido aqui para hablar de escultura.

—Es verdad que no; queria hablaros de lo relativo á Pagolo. Os he obedecido, Benvenuto, y ayer tarde, aprovechando él vuestra ausencia, me ha entretenido hablándome de su amor, y yo con arreglo á vuestras instrucciones, le he escuchado.

—¡Ah, mira qué traidor! ¿Y qué te decia?

—Era cosa de morirse de risa, y yo hubiera dado la posesion del mundo porque le hubieseis oido. Advertir que para que nadie pudiera sospechar, continuaba el hipocritilla trabajando en el broche de oro que la habeis encargado, y el chirrido de la lima que tenia en la mano, no era lo que menos contribuia á dar un tono mas patético á sus discursos. Querida Catalina, me decia: muero de amor por vos; ¿cuándo os apiadareis de mi martirio? Yo no os pido mas que una palabra; una sola palabra! Considerad á lo que por vos me espongo; si no acabase este broche sospecharia el maestro alguna cosa; y si tal llegase á acontecer, me mataria sin misericordia; mas yo todo lo aventuro por vuestros lindos ojuelos. ¡Qué diablo! esta maldita obra no adelanta. Y últimamente, Catalina, ¿de qué os sirve amar á Benvenuto? no os mira con agrado; siempre está para con vos indiferente, mientras que yo os amaré con entusiasmo y con prudencia á la vez. Nadiese apercibirá de ello; jamás os comprometeré, asegurando desde ahora una discrecion á toda prueba. Escuchad, añadió animándose cada vez mas con mi silencio; he discurrido un asilo seguro y profundamente oculto, donde podremos vernos sin temor. —Ah! ah! jamás adivinariais, Benvenuto, el rincon que ese cazurro habia escogido; no hay como esas frentes oscuras y esos que no miran nunca derecho á la cara, para descubrir escondites. ¿Dónde creis que quería alo-

¿ar nuestros amores? En la cabeza de nuestra grande estatua de Marte. Allí dice que se puede subir con el auxilio de una escalera, y me asegura que hay un lindo aposento que todos ignoran, y desde el cual se disfruta de una vista admirable del campo.

—La idea es peregrina, en efecto, dijo Benvenuto sonriendo; ¿y qué has contestado, Scozzone?

—Me eché á reir sin poder contenerme, lo que desanimó á Pagolo al estremo de salir de donde estábamos, echándose en cara que carecia de sentimientos; que deseaba su muerte, y qué sé yo qué mas; pero en decirme todo esta al compás de los golpes del martillo y de la lima no tardó ni media hora, porque tambien parece inspirado en estas ocasiones.

—¿Y tú, qué le has contestado, Scozzone?

—¿Qué le he contestado? Cuando vos llamábais á la puerta y que él ponía sobre la mesa su broche terminado ya, le he cogido gravemente la mano, y le he dicho: «¡Pagolo, ya sois buena alhaja!» Lo que ha producido que le encontráseis vos tan estúpido.

—Has hecho mal; eso es una tontería, Scozzone: es preciso no desanimarle.

—Me digisteis que le escuchara y le he escuchado, á no ser que penseis que es cosa muy fácil escuchar sin mas ni mas á los muchachos guapos! ¿Y si algun dia sucede una desgracia?

—Es que tú, no solamente debes escucharle, hija mia, sino que es tambien indispensable que le contestes, porque asi conviene á mi plan. Le hablas desde luego, ya sin enfado, despues con indulgencia, y mas tarde con amabilidad. Y cuando hayas llegado á esta altura, yo te diré lo que debes hacer.

—Pero eso pudiera conducirnos mas lejos; ¿entendeis? Yo quisiera que vos estuviéseis delante.

—Tranquilízate, Scozzone; yo apareceré en el momento crítico. Ahora vete, querida mia, y déjame trabajar.

Salió Catalina en efecto, saltando y celebrando el chasco que iba Tellini á dar á Pagolo, á pesar de que ni una palabra adivinaba de lo que debía suceder.

Mientras, Benvenuto, cuando se halló solo, no se puso á trabajar como habia dicho, sino que corrió precipitadamente á la ventana que daba oblicuamente al jardín del pequeño Neste, y permanecia allí en contemplacion, cuando un fuerte golpe que dieron en la puerta, lo sacó de su éxtasis.

—¿Cien rayos! exclamó furioso; ¿quién será ahora? ¿no podian dejarme en paz con mil diablos?

—Dispensad, maestro mio, exclamó la voz de Ascanio; si estais ocupado, me retiraré.

—¡Ah! ¿eres tú mi Ascanio? No, tú seguramente no me estorbas nunca. ¿Qué ocurre, ó qué me quieres?

Benvenuto se apresuró diciendo esto á abrir él mismo la puerta á su querido discípulo.

—Interrumpo vuestra soledad y vuestros trabajos, dijo Ascanio.

—No Ascanio, tu puedes venir cuando te de gana, no me interrumpo jamás tu presencia.

—Maestro, es que ahora tenia que confiaros un secreto y que pedir os un favor.

—Habla. ¿Quieres dinero? ¿necesitas de mi brazo, de mi pensamiento?

—Puede que de todo eso reunido necesite.

—¡Tanto mejor! estoy á tu disposicion, ya lo sabes Ascanio. Yo tambien tengo que hacerte una confesion, si, una confesion porque sin ser á mi parecer culpable tendré yo remordimientos hasta que me hayas tú absuelto. Pero habla primero.

—¡Pues bien maestro!... pero Dios mio, ¿qué es lo que tenéis aquí bosquejado? exclamó Ascanio interrumpiéndose.

Acababa de fijar la atencion en la comenzada estátua de Hebe y de reconocer en ella la imagen de Colomba.

—Esta es Hebe, repuso Benvenuto con vanidad y descubriendo en sus ojos el genio de la inspiracion, es la diosa de la juventud. ¿Te parece hermosa, Ascanio?

—¡Oh! ¡bellisima, admirable! pero esas facciones las conozco yo, no es una ilusion, no....

—¡Calla, no seas indiscreto! ya que tus labios han comenzado á descorrer el velo, será preciso que yo termine arrancándolo, aunque tu confidencia quede para despues de la mia. Siéntate Ascanio, vas á leer en mi corazon como en un libro abierto. Dices tu que necesitarás de mi auxilio, y yo ahora necesito del tuyo, porque me bastará el que tú lo sepas todo, que no ignores nada, para aliviarme de un gran peso.

Ascanio se sentó y estaba mas pálido que el criminal á quien van á leer su sentencia de muerte.

—Eres florentino, Ascanio, y no tengo que preguntarte si sabes la historia de Dante Alighieri. Vió un dia pasar por la calle á una niña llamada Beatriz y la amó. Murió esta niña y sin embargo la amaba siempre porque era su alma, era su amor, y las almas no mueren nunca, solamente se cifien á la cabeza una corona de estrellas y se alzan al paraiso. El Dante despues se

dedicó á profundizar las pasiones, á sondar los arcanos de la poesía y de la filosofía, y cuando purificado por los padecimientos del corazón y la mortificación de las ideas llegó á las puertas del cielo, donde Virjilia, es decir, la sabiduría, debía abandonarlo, no se detuvo por falta de guía, pues allí encontró en el umbral mismo á Beatriz que la esperaba, es decir á su amor.

Yo tengo también Ascanio, mi Beatriz, difunta como la otra, y como la otra adorada; pero esto era un secreto entre Dios, ella y yo. Soy débil con las tentaciones, pero en las pasiones impuras que durante mi existencia me han exaltado, ha quedado intacta é indeleble mi adoración. Había colocado muy elevada la antorcha de mi amor, para que la apagase el aire pestilente del mundo. Se arroja el hombre inconsideradamente en el laberinto de los placeres, pero el artista permanece fiel á sus misteriosos lazos, y si yo he hecho alguna cosa bien, Ascanio, si la inerte materia, plata ó greda, sabe adquirir bajo mis dedos forma y vida, si alguna vez he acertado yo á imprimir la hermosura en el mármol y expresión en el bronce, es porque mi deslumbradora é inspirada visión, hace veinte años que me aconseja, me sostiene y me ilumina.

Yo no sé decirte, Ascanio, si hay quizás diferencia entre el poeta y el platero, entre el cincelador de ideas y el cincelador del oro. Dante meditaba; yo necesito contemplar; el nombre de María á él le bastaba, y yo tengo que mirar el rostro de la madona. Sus creaciones se adivinan, las mías se tocan. Hé aquí por qué mi Beatriz no era bastante, ó mejor, era demasiado para mí, simple escultor, llenaba los vacíos de mi fantasía, pero tenía precisión de buscar la forma. La angélica mujer que brillaba sobre mi vida, había sido bella sin duda, bella sobre todo para el corazón, pero no realizaba ese tipo de la belleza eterna que yo me ideaba. Me veía obligado á perderme en investigaciones y en inventar.

Ahora bien, Ascanio, ¿crees que si este ideal del escultor estuviese presente á mis ojos, viviendo sobre la tierra, le hubiera dado lugar en mis adoraciones, hubiese sido ingrato é infiel á mi ideal de poeta? ¿crees que mi celeste aparición no me sostendría ya, y que tendría celos el espíritu de la mujer? ¿Lo crees tú? A tí solo te hago esta pregunta, Ascanio, y tú sabrás en su día por qué lo hago á tí antes que á otro, por qué tiemblo saber tu contestación como si fuera los labios de mi Beatriz quien la profiriese.

—Maestro, dijo grave y tristemente Ascanio, soy demasiado joven para que mi imaginación se remonte á tan elevadas ideas, pero en el fondo de mi corazón pienso que sois uno de esos hombres escogidos por Dios, que la

conduce con su mano, y que no es la casualidad quien aglomera las cosas en la senda de vuestra vida, sino el mismo Dios con su poderosa voluntad.

—¿Es esa tu creencia, Ascanio? Tú eras de opinion que el ángel terrestre, la realizacion de mis halagüeños deseos, será determinada por el Señor, y que el otro ángel divino no se irritará de mi abandono? Pues bien, entonces ya puedo con libertad revelarte que he encontrado la imagen de mis sueños, que existe real y verdadera, que la contemplo, y que casi estoy delante de ella. Sí, Ascanio, el modelo de la mas cabal hermosura, de la mas grande pureza, ese tipo de la perfeccion infinita á que aspiramos nosotros los artistas, se halla cerca de mí, respira y puedo á cada momento contemplarlo. ¡Ah! todo lo que hasta aqui mis manos han trabajado no vale nada comparado con lo que sería mis obras sucesivas. Esta Hebe que tú consideras como muy bella y que es ciertamente mi obra perfecta, aun no me satisface; mi animada inspiracion se mantiene al lado de su modelo, y me parece este cien veces mas sublime; pero yo lo conseguiré! ¡lo conseguiré! Ascanio, mil creaciones, mil estatuas que todas se le parecen, se alzan ya radiantes de magestad en mi cabeza, y las veo, me las figuro esculpidas, y no estará lejano el dia en que se desprendan del seno que las vela. Ahora, Ascanio, ¿quieres que te muestre el hermoso genio de mi inspiracion? porque no debe estar muy apartado de nosotros. Todas las mañanas, mira, á la hora en que el sol se eleva á las inmensas alturas, se muestra allí abajo. Mira.

Benvenuto al mismo tiempo separó el pabellon de la ventana con la mano, y señaló al jardín del pequeño Nests.

Colomba con la cabeza inclinada y apoyándola en su mano, paseaba muy despacio y pensativa por la frondosa y lozana alameda de su eleccion.

—¡Que hermosa! ¡no es cierto? dijo Benvenuto contemplándola estasiado y con el inextinguible fuego de su entusiasmo. Fidias y el venerable Miguel Angel no han creado jamás nada tan puro, ni los antiguos maestros han llegado á esprosar la gracia y juventud de esa preciosa cabeza. ¡Qué hermosa es!

—¡Oh! sí, ¡hermosa! murmuró Ascanio que sin poder sostenerse y sin fuerza ni voluntad propia, tuvo que buscar una silla en que apoyarse.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Benvenuto contemplaba con alegría, y Ascanio media lo profundo de sus penas.

—Pero últimamente, maestro, se aventuró el aprendiz á preguntar con sobrecogimiento, ¿á dónde os con lucirá esa pasion de artista? ¿Qué pretendis hacer?

—Ascanio, repuso Calliope, la que no existe ya no ha sido ni podia ser mia;

ahora pertenece á Dios. El solo me la ha mostrado para contemplarla, pero no ha dotado mi corazon sin duda para ella del amor humano. ¡Cosa singular! no me ha hecho sentir lo que era para mí, sino despues de haberla arrebatado al mundo, y no es en mi existencia mas que un recuerdo dulce, una imagen vaga, apenas percibida cuando disipada como una celeste aparicion; pero si tú me has comprendido, Colomba, reasumb todos los momentos de mi vida, es dueña de mi alma y yo me atrevo á llamarla y aun á decirme: ¡ella será mia!

—¡Cómo! vuestra la hija del preboste de Paris! dijo Ascanio con voz trémula.

—Y aun cuando fuese heredera de un reino, Ascanio, dijo sonriendo, ¿ignoras que nada á mi vo'untad seo pone? ¿te acuerdas haberme visto retroceder ante los mas grandes obstáculos? Yo siempre he conseguido todo aquello que he deseado y nunca he deseado tan ardentemente como ahora. No te diré cómo sucederá; ignoro de qué medios me he de valer para conseguir el logro de mis fines, pero es indispensable que sea mi esposa, ¿que te parece?

—¡Vuestra esposa! ¡Vos casaros con Colomba!

—Me dirijiré, continuó Benvenuto á mi gran soberano, le poblaré ai quiere el Louvre y Chambord de estatuas, cubriré de lindos juguetes y de candelabros las mesas de sus palacios, y cuando por premio de todo esto le pida tan solo me conceda la posesion de la mano de Colomba, no será Francisco I capaz de rehusármelo. ¡Oh! así lo espero, Ascanio. Iré á verle cuando se halle rodeado de su corte y dentro de tres días que marchará á San German, vendrás conmigo á entregarle el salero de plata que está ya concluido, y los bosquejos de una puerta para Fontaineblau. Todos seguramente lo admirarán porque es muy bello, pero él lo admirará mejor que los demás. ¡Pues bien! estas sorpresas las renovaré todas las semanas, porque nunca me he sentido con una fuerza mas fecunda y mas creadora. Dia y noche germinan en mi cabeza mil pensamientos nuevos, originales; este amor, Ascanio, á la vez me ha rejuvenecido y multiplicado mis ideas. Y cuando Francisco I considere sus deseos realizados tan pronto como concebidos, ¡ah! entonces me hará grande, rico, y el preboste de Paris, preboste y todo como es, se honrará con mi alianza; pero ciertamente que casi estoy loco, ¡Ascanio! Estas ideas me sacan de quicio, no soy dueño de mí mismo, me trastornan. ¡Ella mia! ¡Sueño celestial! ¿Comprendes, Ascanio? ¡mia Colomba! Abrázame hijo mio, porque desde que todo te lo he confesado, me atrevo á considerar mis esperanzas y siento mas tranquilo mi corazon, y como legitimada mi alegría. Lo que te he dicho, lo comprenderás

tú también algún día; pero mientras tanto creo que te amo más desde que en tu seno ha depositado mi secreto, qué venturoso soy de que me comprendas, abrázame, Ascanio, abrázame.

—Pero no pensais, maestro, que ella no os amará quizás?

—¡Oh! ¡calla Ascanio, no digas eso! ese pensamiento me ha puesto á punto de envidiar tu belleza y tu juventud; pero lo que antes dijiste de los previsores designios del Señor, me tranquiliza. Ella me espera; ¿y á quién ha de amar? ¿á algun necio y presumido cortesano, indigno de ella? Desde luego qué sea el que quiera el hombre que la destinen, yo soy tan caballero como el que mas, y poseo también los privilegios del génio.

—El conde de Orbec dicen que es su futuro.

—Tanto mejor. ¡El conde de Orbec? le conozco. Es el tesorero del rey; el que me entrega el oro ó la plata necesarios para mis trabajos, ó las cantidades que me asigna la bondad de su magestad. El conde de Orbec, un viejo miserable, regañon y gastado, eso no importa nada, y casi no hay gloria ninguna en plantar á semejante rival. ¡Bah! es á mi á quien ama ella y no por mi persona, sino por ella misma; porque yo mismo seré el espejo de su hermosura, y porque se verá comprendida, adorada é immortalizada. Sin titubear he dicho: «Yo lo quiero,» y cada vez que pronuncio estas dos palabras, lo contemplo realizado, porque no hay humanopoder que se sostenga en lucha con mis pasiones. Marcharé siempre, como siempre lo he proclamado, recto al fin que me propongo, con la inflexibilidad del destino. Que será mia te he dicho, y si fuese preciso trastornar el reino, ó si algun rival se opusiera; ¡mil centellas! tú me conoces, Ascanio, ya podías ver lo que hacia; esta mano que oprime ahora la tuya habia de darle la muerte. ¡Pero Dios mio! Ascanio, perdona, soy un egoista porque he olvidado que tú también tienes un secreto que confiarme, un servicio que reclamar de mí. Nunca te abandonaré, hijo mio, siempre para tí seré el mismo, pero habla, ya puedes comenzar. Para tí también puedo lo que quiero.

—Os engañais, maestro, hay cosas que solo pueden encomendarse á la infinita soberanía de Dios, y estoy convencido de que con él solo debo de contar para el alivio de mis penas. Asi pues, guardaré mi secreto entre mi debilidad y su poder.

Ascanio salió acabado de pronunciar estas palabras, y Cellini apenas habia cerrado la puerta, cuando describió la cortina verde, y acercando á la ventana su caballate, continuó modelando su Hebe con el corazón saltándole de alegría por entonces, y con la seguridad en el porvenir.

VII.

EL MERCADER DE SU HONRA.

Fue el día en que debía ser Colomba presentada á la reina; y nos hallamos en una de las soberbias salas del Louvre, donde estaba reunido lo mas selecto de la corte. Despues de misa debian partir para San German, y solo se esperaba al rey y á la reina para pasar á la capilla, y como no fueran algunas damas que estaban sentadas, permanecian todos de pié ó paseando muy entretenidos en conversacion. Los ricos trages de brocado y de seda, se rozaban; se tocaban las espadas, y las miradas tiernas ó desdeñosas, de amor ó de odio, se cruzaban por todas partes espresando los ocultos afectos de pasion ó de rivalidad; aquello parecia una barahunda, una confusion aturdidora, un torbellino esplendoroso. Aquella variedad de vestidos dispuestos con la elegancia de la moda postrema; los rostros de las damas, flor de la juventud y de la hermosura de su época, y la graciosa variedad de los colores que usaban los pejes en sus vestidos á la española ó á la italiana, con una maneja puesta en la cadera y la espada al lado, todo este conjunto ofrecia un cuadro cuya brillantez, animacion y magnificencia sobrepujaba á cuanto se pudiera describir, porque no se obtendria mas que una copia débil y pálida.

dad un soplo de vida á todos esos caballeros galantes, restituid la existencia á todas esas damas vivarachas y elegantes de Brantome, y del Hep-tameron, poniendo en sus labios aquel lenguaje oportuno, pronto, instruido, y brillante y precisamente formado del siglo diez y seis, y tendreis una idea

de esta seductora corte, si recordais sobre todo las palabras que con tanta frecuencia repetta Francisco I: «Una corte sin damas es un año sin primavera, ó una primavera sin flores.» Asi que la corte de este rey puede decirse que era una eterna primavera en que se ostentaban las mas bellas y mas nobles flores de la tierra.

Pasado el aturdimiento que producía el golpe primero de vista, repuestos los ojos de su turbacion, y penetrando la mirada por entre los animados grupos, era fácil percibir que se dividian en dos campos aquella muchedumbre: uno cuyo distintivo era el color de la lila, á cuya cabeza estaba la de Etampes, y el otro que comandaba, digámoslo asi, Diana de Poitiers, distinguida con el azul. Los encubiertos partidarios de la reforma pertenecian al primero, y los católicos al segundo. En este último sobresalía como primer término del cuadro, la figura escualida é insignificante del delfín y en las filas del otro se ostentaba la esbelteza de la persona de Carlos de Orleans, rubio, alegre, jugueton y segundo hijo del rey. Entretejéd estas oposiciones políticas y religiosas, de mujeres celosas, de artistas rivales, y se obtendrá un conjunto de odios bastante considerable para explicar la multitud de miradas desdeñosas y ademanes amenazadores que no podrian ocultar á la consideracion del observador, las cortesanas disimulaciones.

Estaban sentadas en los dos opuestos extremos de la sala las dos rivales, Diana y la de Etampes, y sin embargo de la distancia, no pasaban cinco minutos sin que llegase á los oídos de la una, las graciosas oportunidades que de los labios de la otra se desprendian y la consiguiente contestacion concebida con agudeza y trasportada por los mismos correos y el mismo camino.

Por entre aquella turba de señores vestidos de terciopelo y de seda, se paseaba aun indiferente, grave y envuelto en su largo ropaje de doctor, Enrique Estienne, adicto de corazon al partido de la reforma, mientras que á dos pasos de él, y no menos absorto y olvidado de lo que le rodeaba, se mantenía de pié Pedro Strozzi, pálido, melancólico, refugiado de Florencia, y que apoyado contra una columna consideraba en su alma á la patria ausente donde no debía entrar mas que como prisionero, y en la que solo habia de hallar reposo encerrado en la tumba. Este noble refugiado italiano, pariente por linea femenina de los Médicis, se mantenía profundamente adicto al partido católico.

Después se distinguian conversando acerca de los graves negocios de Estado, y deteniéndose á cada momento uno frente del otro como para dar mas peso á su conversacion, el viejo Montmorency, á quien el rey acababa de concederle el cargo de condestable, vacante desde la desgracia de

Borbon, y el canciller Poyet, orgulloso con haber establecido el impuesto de la renta de loterías, y haber autorizado el decreto de Villers-Cotterets (1).

Sin confundirse con ninguno de los grupos y sin tomar parte en las conversaciones, se veía espiar, escuchar puesto en observacion y sonreír mostrando dos hileras de blancos dientes al fraile benedictino Francisco Rabalais, mientras que Triboulet, el bufon favorito de su magestad, rodaba sin peligro su joroba y sus calumnias aprovechándose de su estatura de Zoroastro, por entre las piernas de los cortesanos.

Tambien estaba allí Clemente Marot, elegantemente vestido con un uniforme nuevo de ayuda de cámara del rey, y parecia tan impaciente como el día de su recepcion en el palacio de Etampes, porque de seguro no debía faltarle en su bolsillo para pasarlo como improvisado, algun soneto huérfano ó alguna decimilla recientemente compuesta. En efecto, ¡ah! la inspiracion no se compra, viene de arriba y no se la domina; pero una idea seductora le sugirió el nombre de Diana, la resistió; pero la musa no es una amada; es una querida.

Sus versos se desprendian por sí solos, las rimas se combinaban entre sí como por arte de magia, y esta malaventurada décima le atormentaba mas que cuanto nosotros pudiéramos decir. Era partidario de la señora de Etampes y de Margarita de Navarra; se inclinaba sin género de duda al partido protestante, y quizá se esforzaba por componer un epigrama á Diana cuando le ocurrió este desgraciado madrigal en su obsequio; pero en fin, compuesto ya, ¿cómo resistir á la tentacion de recitar aquel selecto producto de su imaginacion en obsequio de un católico, no obstante su amor por la causa protestante y cómo, á lo menos, resistir al deseo de confiarlos en voz baja á algun literato amigo!

Esto fué lo que hizo el desgraciado Marot; pero el indiscreto cardenal de Tournon, en cuyo seno depositó sus versos, los halló tan bellos y sonoros, que se lo dijo al duque de Lorraine, el que inmediatamente habló de ellos á Diana. Motivó esto entre los del partido azul un cuchicheo que pro-

(1) En la pequeña villa de Villers-Cotterets, perteneciente al departamento de la Aisne, donde poseía Francisco I un castillo, fué donde se firmó el famoso decreto prescribiendo que para los actos de las Cortes soberanas no se empleara el idioma latino, sino que en adelante fueran redactados en el idioma nacional. Este castillo existe, aunque sin sombra ya de su esplendor antiguo, y sobre todo, con un uso muy diferente de su primitivo. Fué comenzada su edificacion por Francisco I que ocupó sus salamandras, y terminado por Enrique II que grabó sus blasones y los de Catalán de Médici.

dujo que Marot fuese instado vivamente á leerlos. Viendo los lilas á Marot penetrar por entre la multitud para llegarse á Diana, se acercaron tambien circuyendo al poeta, y la misma duquesa de Etampes se levantó de su asiento para ver, como ella misma decia, si el ingenioso Marot, que tanta imaginacion tenia, la empleaba para elogiar dignamente á Diana.

En el momento en que iba Marot á comenzar á leer, despues de haber hecho una genuflexion de cortesia á Diana de Poitiers, que le contestó con una sonrisa benévola, dirigió un poco en su derredor y ligeramente la vista, y percibió á la señora de Etampes que sonreia tambien; pero la sonrisa de una era graciosa y la de la otra terrible. Asi que, nuestro pobre poeta, lisonjeado por una parte, y aterrado de otra, leyó con voz trémula y acento incierto su composicion.

Apenas acabó Marot de pronunciar la última sílaba de su gracioso madrigal, cuando prorumpieron en estrepitosos aplausos los azules, mientras que los lilas guardaron un silencio sepulcral, y Clemente, animado con la aprobacion, é irritado por la censura, fué atrevidamente á presentar su composicion á Diana de Poitiers.

—A la hermosa Diana; dijo á media voz, é inclinandose; ¿comprendeis, señora? á la hermosa, á la bella por excelencia y sin comparacion.

Diana le mostró su agradecimiento por una de sus mas tiernas miradas.

—Bien pueden dedicarse versos á una bella despues de haberlos hecho á la mas hermosa; dijo á manera de excusa pasando cerca de la señora de Etampes: ya os acordais:—De Francia la mas bella.

Ana, respondió con una mirada fulminante.

Dos grupos de nuestros conocimientos se mantenian apartados de este incidente: era el uno Ascanio con Benvenuto, que tenia la debilidad de preferir la *Divina comedia* á los conceptos, y el otro se componia del conde de Orbec, del vizconde de Marmagne, de Estourville y de Colomba que habia suplicado á su padre no confundirse con aquella multitud que vela por primera vez y que solo le causaba disgusto. Por galanteria, el conde de Orbec, no se apartaba un punto de la jóven que iba su padre á presentar á la reina despues de la misa.

Colomba y Ascanio, aunque turbados, se habian visto, y se dirijian de cuando en cuando furtivas miradas. Los dos puros y tímidos niños, educados en la soledad que forma los grandes corazones, se encontraban alli como perdidos y desterrados entre aquella multitud elegante y corrompida, sin poder acercarse ni comprenderse mas que por su mirada.

No se habian vuelto á ver desde el dia de su mútua confesion, porque

Ascanio había en vano intentado penetrar diez veces en el paquillo Neale. La nueva doméstica que entró para servir á Colomba por órden del conde de Orbec, se había presentado siempre á sus llamamientos á la puerta, en vez de la señora Petra, y le había despedido bruscamente. Ascanio carecía de la suficiente determinación y de la suficiente riqueza para atreverse á ganar á esta mujer, además de que no podía llevar á su amada más que noticias tristes, que desgraciadamente sabría demasiado pronto. Eran estas la confesion del amor de su maestro hacia Colomba y la necesidad indispensable, no solo de pasar sin su apoyo, sino tambien quizás de tener que luchar con él mismo.

En cuanto á abrazar un partido, sentia Ascanio, como lo había dicho á Cellini, que Dios solo podía salvarle; de manera, que reducido á sus únicos recursos, había resuelto cándidamente si conseguia interesar en su favor á la señora de Etampes. Cuando falla una esperanza sobre la que contábamos, nos impulsa á lanzarnos en pos de los mas desesperados socorros.

La poderosísima energia de Benvenuto, hacia á Ascanio, no solamente desesperar, sino lanzarse á inquirir medios que se volverian en contra suya, porque era demasiado jóven y confiado, é iba á invocar lo que creia haber visto de grandeza, generosidad y ternura en la duquesa para tratar de interesar en sus penas, la piedad de aquella de quien era amado. Además de que si esta última y frágil rama escapaba de sus manos, ¿qué había de hacer él, pobre, niño, solo y débil, sino dejar prolongar su ausencia y esperar? Hé aqui explicado por qué había acompañado á Benvenuto á la corte.

La duquesa de Etampes se había vuelto á sentar, y el jóven aprendiz, introduciéndose por entre los cortesanos, llegó por detrás de ella hasta su silla.

—¡Ah! ¿Sois vos, Ascanio? dijo con frialdad.

—Sí, señora duquesa; he venido acompañando á mi maestro Benvenuto; y si me he tomado la libertad de llegar hasta vos, es porque habiendo dejado en vuestro palacio el otro dia el dibujo del lirio que habeis tenido la bondad de encargarme, deseo saber si os agrada.

—Sí tal en verdad, me ha parecido muy bello, dijo la de Etampes con mas dulzura, y á mis amigos á quien le he enseñado, lo mismo; particularmente al de Guisa, que me ha preguntado tan solo si la ejecucion será tan perfecta como el dibujo; y ahora os pregunto si bastarán mis piedras para vuestra obra.

—Si señora; lo espero así á lo menos, solo que quisiera colocar en el plisito un diamante grueso que se meceria como una gota de rocío; pero como tendria que ser de grueso tamaño, y por consiguiente de gran valor,

sería quizá dar demasiada importancia á un trabajo confiado á un artista tan humilde como yo.

—¡Oh! Bien podemos hacer ese sacrificio, Ascanio.

—Es, señora, que un diamante de ese tamaño valdria quizás doscientos mil escudos.

—No importa; pero, añadió la duquesa á media voz, hacedme un favor; Ascanio.

—Estoy señora á vuestras órdenes.

—Yendo ahora poco á escuchar las majaderías de ese Marot, he visto en la otra estremidad de la sala al conde de Orbec: llegaos á él, y decidle que deseo hablarle.

—¡Qué, señora! dijo Ascanio palideciendo al oír el nombre del conde.

—¿No deciais que estábais á mis órdenes? repuso con altivez la señora de Etampes. Contad con que si os comisiono para que lo llameis, es porque estais interesado en la entrevista que quiero tener con él, y podria daros qué pensar, si es que los enamorados reflexionan alguna vez.

—Obedezco, señora; dijo Ascanio temblando. ¡Disgustar á aquella de quien aguardaba esperanza!

—Bien; pero cuidad de hablar en italiano al conde; tengo para ello mis razones, y venios con él.

Ascanio, por no disgustar de nuevo á su formidable enemiga, y apartándose de seguida, preguntó á un jóven caballero de lazos-lilas si habia visto el conde de Orbec, y dónde se hallaba.

—Miradle, le contestó; es aquel señor anciano que alli habla con el proboste de Paris al lado de aquella jóven encantadora.

La jóven era Colomba, á quien admiraban con curiosidad todos los galancetes. El viejo que le habian mostrado á Ascanio, le pareció tan repugnante como puede un rival desear; pero despues de concedido un instante á su exámen, se acercó á él, y con grande admiracion de Colomba le instó en italiano á que le siguiera donde estaba la señora de Etampes. El conde se disculpó por abandonar á su prometida y su padre, y fué á tomar órdenes de la duquesa seguido de Ascanio, el que sin embargo no lo hizo sin tranquilizar antes por una elocuente mirada de inteligencia á la pobre Colomba, sobresaltada de aquel estraño mensaje, y, mas qué todo, considerando al mensajero.

—¡Ah! Muy buenos dias, conde; dijo la señora de Etampes al distinguir al de Orbec: tengo mucho gusto de veros, porque tengo que comunicaros cosas de importancia; señores: añadió dirijiéndose á los que la rodeaban; aún tendremos que esperar un cuarto de hora largo á SS. MM., y si lo per-

mita, deseaba aprovecharlo para hablar á mi amigo el conde de Orbec.

Todos los señores de la corte de la duquesa, se apresuraron con su aviso á alejarse discretamente, no bien proferida aquella despedida tan franca, y la dejaron sola con el tesorero del rey junto á uno de los huecos de una ventana, tan grandes antes como las salas de las casas de nuestros dias. Ascanio iba á imitar el ejemplo de los demas, pero se detuvo á una seña de la duquesa.

—¿Quién es esa jóven? pregunto el conde.

—Un paje italiano que no entiende una palabra de francés; así que, podeis hablar sin recelo, y como si estuviéramos solos.

—Pues bien, señora, repuso el de Orbec; he obedecido, y espero ciegamente vuestras órdenes. Me indicásteis el deseo de ver á mi futura hoy, y de que se presentara á la reina, y Colomba está aqui ya con su padre; pero ahora no concibo la causa del honor que me dispensais, y me atrevo á suplicaros que me informeis.

—Bien, si; sois el mas fiel de mis amigos, Orbec, y felizmente puedo recompensar vuestra adhesion, porque me resta algo que hacer por vos, y aun así no sé si alcanzará á lo que mereceis; pero yo haré cuanto me sea posible. Ese cargo de tesorero del rey que desempeñais, no es mas que la base sobre que se ha de cimentar vuestra fortuna y elevacion, conde.

—Señora! exclamó el de Orbec, haciendo una profunda inclinacion.

—Voy á hablaros con franqueza; pero ante todo, debo daros la enhorabuena, porque he visto á vuestra Colomba y me ha parecido encantadora, si bien algun tanto cortadita, lo que le añade un atractivo mas; pero aqui para los dos, he procurado investigar, porque os conozco, qué miras son las que llevais, vos, hombre grave, prudente y medianamente positivo, en este enlace, á mas de poseer la belleza de vuestra futura, y no las adivino: yo me pregunto qué objeto llevará, porque indispensablemente hay algo mas que todo esto, porque no sois vos hombre que camina á ciegas y en busca de casualidades.

—Las cosas de este mundo, señora, conducen todas á un fin; el padre es un viejo avaro, y debe su hija heredar sus escudos.

—¿Pues qué edad tendrá?

—Eh; unos cincuenta y cinco ó cincuenta y seis años.

—¿Y vos, conde?

—Casi la misma con corta diferencia; pero él es hambre gastado.

—Ahora empieze á comprender y á conocer; bien me pensaba yo que os escitaba otra cosa que un sentimiento vulgar, y que no eran las gracias de esa niña las que os habian seducido.

—Cierto, señora; no era eso solo á la verdad en lo que habia pensado; lo mismo hubiera si lo siendo fea; pero es bonita, y tanto mejor.

—¡Oh! por ello me felicito, conde, que de otra suerte lo sentiria.

—Y ahora que conocéis mis proyectos, señora, ¿os dignareis decirme...?

—En vuestra elevacion pensaba, interrumpió la duquesa; quisiera veros en la plaza que ocupa ese Poyet que detesto, añadió la duquesa dirijiendo una iracunda mirada sobre el canceller, que continuaba paseándose con el condestable.

—¡Qué señora! ¡Una de las mas importantes dignidades del reino!

—Y qué, ¿no sois, conde, un hombre eminente? Pero mi poder es tan perecedero como que reino al borde de un abismo. ¡Ah! teneis, en este momento soy victima de una mortal inquietud! Es ahora la dama del rey la mujer de un nadie, de un tal Feron, y si esa mujer es ambiciosa, vos pierdes. Yo hubiera debido tomar la iniciativa acerca de este capricho de Francisco I. ¡Ah! No hablaré yo nunca otra duquesa de Brissac como la que di á S. M.: una mujer dulce y tímida; una niña. Eternamente la lloraré: no era peligrosa, y no hablaba al rey mas que de mis perfecciones. ¡Pobra Mariá! Habia aceptado todos los cargos de mi posicion, dejándome todas las prerrogativas, pero esa Ferueta, como la llaman, podria todo su conato en distraer á Francisco I. He agotado todo mi arsenal de seducciones, y me encuentro reducida á sostenerme en mis últimas trincheras, la costumbre.

—¡Cómo, señora!

—Si, desgraciadamente solo ocupo un lugar en su imaginacion; pero su alma me ha desertado, y necesito, como podeis comprender, de una aliada; pero ¿cómo hallar una amiga sinceramente adicta y fiel? ¡Ah! Yo la recompensaria con todos los honores y riquezas que ambicionara; buscádmela, conde de Orbec, que no conocéis en el carácter de nuestro soberano, hasta qué punto el rey y el hombre se intimidan, y hasta qué extremo puede conducirle. Si fuésemos dos siquiera, pero no dos rivales, sino dos amigos que guardáramos la una el Francisco y la otra el Francisco I, entonces la Francia seria nuestra, y ¡en qué momentos! cuando Carlos V viene á arrojarse en nuestras mismas redes, cuando podriamos hacer de él lo que quisiéramos, y aprovecharnos en todo caso de su imprudencia para labrarnos un magnífico porvenir. Ya os explicaré mi pensamiento y mis intentos, Orbec. Esa Diana que os agrada tanto, no nos adelantaria un solo día á nuestra fortuna, y el canceller de Francia podria llegar á.... Mas aqui está el rey.

Tal era la táctica de la señora de Etampes; explicaba rara vez sus ideas por entero, y dejaba siempre qué adivinar; sembraba en los espíritus reso-

luciones y proyectos, y dejaba que lo demás lo hiciese la avaricia, la ambición y la perversidad; sabía hacer de suerte que se viera interrumpida con oportunidad.

Arte sublime que nunca estará demasíadamente recomendado á los poetas y á gran número de amantes.

—También el conde de Orber, ávido de honores y distinciones, hombre sagaz y corrompido, comprendía perfectamente á la duquesa, porque mas de una vez mientras la entrevista, se dirijieron las miradas de Ana-bacia Colomba. La recta y generosa naturaleza de Ascanio no lo permitía sondear hasta el fondo aquel misterio de iniquidad y de infamia; mas sin embargo presentia, aunque vagamente, que esta conversacion ocultaba un peligro terrible para su amada, por lo que consideraba con espanto á la señora de Etampes.

Un ugiar anunció al rey y á la reina, y al punto todos los señores pusieronse de pié.

—¡Dios os guarde, señores! dijo Francisco I al penetrar en el salon. Hoy tengo que participar á mi córte una grande noticia. Nuestro querido y buen hermano el emperador Carlos V, se halla caminando para Francia, si es que no está en ella ya. Es indispensable que nos preparemos para mostrarle una acogida digna de su nombre, y no me parece que estoy precisado á recordar á mi fiel nobleza á lo que esta grande hospitalidad le obliga. En los campos del Draps de Oro hemos mostrado que sabemos cómo debe recibirse á los reyes. De hoy á menos de un mes estará Carlos en el Louvre.

—Y yo, señores, dijo la reina Eleonor con su voz dulce, os doy las gracias con anticipacion por la acogida que os merecerá mi real hermano.

Todos contestaron á esto con las exclamaciones de ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el emperador!

En este momento se rebullia una cosa que pasaba tropotando en las piernas de los cortesanos: este era Triboulet.

—Señor, dijo el bufon, ¿me permitís dedicar á V. M. un libro que acaba de hacer imprimir?

—Con mucho gusto, bufon, respondió el rey; pero es preciso antes saber cuál es su título; y que sepa su contenido.

—Señor, tendrá por título mi obra el *Almanak de los locos*, y contendrá una lista de los mas célebres dementes que han existido en la tierra. En cuanto á su contenido, os bastará saber que en la primera página está inscrito el nombre del rey de los locos del pasado y porvenir.

—¡Y quién es ese ilustre cofrade, que me das por primo y que escojes tú para monarca? preguntó Francisco I.

—Carlos V, señor; respondió Triboulet.

—¿Cómo, Carlos V? exclamó el rey.

—El mismo.

—¿Y por qué Carlos V?

—Porque solo él en el mundo, habiéndonos tenido prisionero en Madrid, es tan loco que venga á cruzar por vuestro reino.

—Pero ¿y si pasa sin accidente por medio de él? replicó Francisco I.

—Entonces, respondió Triboulet, yo prometo borrar su nombre para escribir otro en su lugar.

—¿Y cuál será ese?

—El vuestro, señor; porque dejándole pasar, sois mas loco que él.

El rey prorumpió en una fuerte carcajada, y los cortesanos se sonrieron tambien; solo la pobre Eleonor palideció.

—Pues bien, dijo Francisco; escribe en vez del nombre del emperador el mio, porque le he dado mi palabra de caballero, y la sostendré. En cuanto á la dedicatoria, la acepto, y éste es el precio del primer ejemplar.

Diciendo así, sacó de su pecho un bolsillo que arrojó á Triboulet, el que lo recibió en su boca y marchó, andando á cuatro pies, y gruñendo como un perro que lleva un hueso entre sus dientes; y tome que se lo arrebatan.

—Señora, dijo á la reina el preboste de Paris adelantándose con Colomba; si V. M. me permite, aprovecharé este momento de regocijo para presentar á mi hija Colomba, á quien ha tenido V. M. la dignacion de nombrar su camarista.

La bondadosa reina, dirigió algunas palabras felicitando á la pobre niña que se hallaba confusa, mientras tanto que el rey la consideraba con admiracion.

—¿Fé de caballero! señor preboste, dijo Francisco I sonriendo; sabeis que es un crimen de alta traicion habernos privado hasta ahora de una perla tan escogida y que tanto lustre debe añadir á la corona de hermosuras que circunda á nuestra reina! Si tamaña falta dejo impune, agradecédselo á la muda intercesion de sus ojos candorosos.

En seguida saludó graciosamente el rey á la encantadora niña, y se dirigió á la c: pilla acompañado de su córte.

—Señora, dijo el duque de Medina Sidonia á la de Etampes ofreciéndola la mano; dejaremos si os agrada pasar la multitud quedándose mas detrás, y porque tambien deseaba deciros dos palabras que importa que den en secreto.

—Como gustéis, señor embajador, respondió la duquesa; pero no os alejéis, conde, dijo al de Orbec; porque el señor de Medina podrá sin reboto

decir lo que quiera aunque sea delante de mi mejor amigo, que es otra yo misma, y delante de este jóven que no habla mas que italiano.

—Su discrecion debe tanto como á mi importaros, señora, y estando vos segura... pero ya estamos solos, y voy en derechura á mi objeto sin rodeos ni reticencias. Ya veis que S. M. sagrada ha decidido cruzar por Francia, y que probablemente en ella habrá puesto el pié á estas horas; no ignora que tiene que caminar entre las filas de dos odios enemigos irreconciliables, y cuenta solo con la caballerosidad del rey: vos misma, señora, le habeis aconsejado esta confianza; y debo de convenir en que mejor que tal ó cual ministro, teneis mas influencia y ejercéis mas imperio sobre el ánimo de Francisco I, para hacer de su palabra á vuestro agrado ó con vuestro consejo, bueno ó malo, un lazo ó una garantia, sin embargo de que, ¿qué objeto llevariais en ser nuestra enemiga? Semejante enemistad no redundaria en provecho vuestro ni del Estado.

—Acabad; porque creo no me habeis aún dicho todo.

—No por cierto, señora; Cárlos V es el sucesor digno de Cárlo Magno, y lo que de él pudiera exigir un aliado desleal como venganza, desea ofrecerlo como presente, y no dejar sin recompensa ni la hospitalidad ni el consejo.

—Muy bien; eso será obrar con grandeza y prudencia.

—Siempre ha deseado estraordinariamente el rey Francisco I la posesion del ducado de Milan; y ahora esta provincia, manantial fecundo de eternas disensiones entre Francia y España, consentiria en cederla Cárlos V, mediante un tributo anual moderado.

—Comprendo, interrumpió la dupuesa; el crédito del emperador está bastante lastimado: lo sé bien; el milanésado se halla affijido por veinte géneros de guerrrs, y no se me oculta que no desagradaria á S. M. sagrada traspasar el crédito de un deudor pobre á otro opulento. Rehusó, señor de Medina, porque conoceis que proposicion semejante no es aceptable.

—Pero señora, hay entabladas negociaciones con el rey á quien ha parecido muy seductora esta nueva investidura, mostrándose sumamente complacido.

—Ya lo sé; pero yo no accedo. Si podeis pasar sin mí, tanto mejor para vos.

—Señora, el emperador se holgaria singularmente de teneros propicia, y todo lo que deseáseis...

—Mi influencia no es mercancía que se vende y se compra, señor embajador.

—¡Oh! señora, yo no digo eso.

—Escuchad: me asegurais que vuestro amo desea mi apoyo, y aqui para entre nosotros no hace mal. Pues bien: para obtenerlo, exijo menos de lo que ofrece. Hé aqui lo que debe hacer: Prometerá á Francisco I la investidura del ducado de Milan, y así que se vea fuera de los dominios de Francia, olvidará su promesa acordándose de la infraccion del tratado de Madrid.

—Pero, eso equivale á declarar la guerra.

—Escuchad; señor de Medina: S. M. se desesperará y le amenazará en efecto, y entonces Carlos consentiria en otro género de transaccion, declarando Estado independiente el Milanésado, y concediéndole libre de tributos á Carlos II hijo de Orleans: de esta suerte el emperador no engrandecerá á un rival, y esta ventaja es mas poderosa que la percepcion de algunos escudos; creo que nada tendreis que oponer á monseñor, y por lo que toca á satisfacer lo que personalmente pudiera yo desear, como deciais hace poco, si conviene con mis designios, S. M. sagrada dejará caer á mis ojos y en nuestra primera entrevista una joya ó un dije mas ó menos brillante que recojeré yo, y que si merece la pena, guardaré en recuerdo de la gloriosa alianza verificada entre el sucesor de los Césaros, rey de España y de las Indias, y la duquesa de Etampes.

La duquesa se inclinó al oido de Ascanio que se hallaba asustado con tan misteriosos y sombríos proyectos, al paso que el duque se inquietaba, y que el conde de Orbec se mostraba encantado.

—Todo por tí, Ascanio; dijo al aprendiz. Por conquistar tu corazon, perderé la Francia. Y bien, señor embajador, ¿qué respondeis?

—Solo el emperador mismo, señora, puede decidir en asunto de tanta gravedad; pero todo me induce á creer que aceptará una negociacion que me asusta casi tanto como ventajosa me parece á nuestros intereses.

—En el fondo tambien proteje los míos; esto podrá tranquilizaros algun tanto, y convencersos de por qué me comprometo á obligar al rey que lo acepte. Nosotras las mujeres tenemos tambien nuestra politica, quizá mas profunda que la vuestra; pero puedo en tanto aseguraros que mis proyectos nada tienen de peligrosos para los españoles, y si reflexionais, no hallareis en qué pudieran serlo. Mas entretanto que espero la resolucion de Carlos V, señor de Medina, estad persuadido que no desperdiciaré ocasion de incitar con todo ahinco á S. M. á retenerlo prisionero.

—¿Y qué, señora! ¿Es justo de esa manera comenzar los preliminares de nuestra próxima alianza?

—Vamos, señor embajador. ¿Cómo un hombre de Estado, tan eminente como vos sois, no conoce que lo esencial es alejar de mí toda sospecha de seduccion, y que abrazar abiertamente vuestra causa seria perderla? Así

no espero que nunca me puedan vender ni denunciar. Dejadme ser vuestra enemiga, señor duque, y hablemos luego los dos. ¿Qué os importa? ¿No sabéis vos lo que valen y se hace de las palabras? Si Carlos V rehúsa mi alianza; ¡Dios mío! diré al rey: «Señor: fiáos en mis audaces instintos de mujer. No debéis retroceder ante el desco de tomar justas é indispensables represalias.» Y si acepta el emperador, diré: «Señor: creed en mi habilidad femenil: es necesario resignarse á una útil negociacion.»

—¡Ah, señora! dijo el duque de Medina haciendo una cortesía: ¡qué fatalidad es que seáis una reina, porque hubiérais hecho un hábil y consueto embajador!

A este tiempo, se despidió el duque de la señora de Etampes, alejándose encantado del inesperado giro que habia tomado la negociacion.

—Ahora toca hablar á vos sin reticencias, conde; dijo la duquesa de Orbec, cuando quedaron solos con Ascanio. Ya sabéis tres cosas: la primera, que importa principalmente á mis amigos y á mí misma, es que mi poder se consolide en este momento y al abrigo de todo contratiempo: la segunda, que una vez terminada á nuestro placer esta crisis, nada tendremos ya que temer del porvenir; que á Francisco I le heredará Carlos de Orleans, y que el duque de Milan que me deberá su fortuna y engrandecimiento, se mostrará mas reconocido que el rey de Francia que me ha elevado á lo que soy; la tercera es que, la hermosura de nuestra Colomba, ha llamado profundamente la atencion del monarca; y yo, ahora conde, me dirijo al hombre superior que aprecia en lo que valen las preocupaciones vulgares. En este instante tenéis en la mano vuestra suerte: ¿quereis que el tesorero de Orbec reemplace al canciller Poyet? O para que lo comprendais mejor, en términos mas positivos, ¿quereis que Colomba de Orbec suceda á Maria de Brissac?

Ascanio se estremeó horrorosamente produciendo un movimiento que no percibió el de Orbec, que cambió una mirada odiosamente maliciosa con la penetrante de la de Etampes.

—Sí: yo quisiera ser canciller; respondió sencillamente.

—Bueno; pues entonces estamos como yo llamo desear; ¡pero el preboste!

—¡Eh! repuso el conde: ya encontrareis algun buen destino que sea mas bienflucrativo que honorífico, y todo lo cojeré junto cuando se muera ese avaro y gotoso viejo.

Ascanio, no pudo contenerse mas tiempo.

—Señora... se clató con voz entera y adelantándose hácia la duquesa.

No pudo continuar, ni tampoco tuvo el conde tiempo para mostrarse

admirado de semejante exclamacion, porque en aquel instante abrieron con estrépito las dos hojas de la puerta, para hacer paso á la córte que comenzaba á salir por ella.

La señora de Etampes cejó violentamente la mano de Ascanio, y se lanzó bruscamente, haciéndole retirar con ella, y diciéndole al oído con voz entrecortada, pero vibrante:

—¡Y bien, jóven! ¿Ves tú ahora cómo se hace á una mujer concubina de un rey, y adonde á nuestro pesar muchas veces nos lanza la vida y los sucesos?

Callóse despues de decir esto, é interrumpieron estas palabras graves el buen humor, y las oportuñidades festivas del rey y de los cortesanos.

Francisco estaba gozosisimo. Carlos V iba á llegar y habria grandes recibimientos, fiestas, sorpresas, y un magnifico papel en que ostentar su lujo y esplandez. El mundo entero fijaria su mirada sobre Paris y sobre el rey, atento solo al drama interesante en que Francisco I jugaria como protagonista conduciendo los hilos de su artificiosa intriga, y en esto pensaba con una alegría infantil. Tal era su carácter, que le hacia examinar las cosas por la parte brillante mejor que por la de su gravedad, y lo que le impulsaba á considerar las batallas como torneos y la realeza un arte. Fecundo conjunto de ideas aventureras, estrañas y poéticas, consiguió Francisco I de su reinado constituirlo en una representacion teatral que tenia al mundo por localidades para el espectáculo.

—Este dia, en vispera de tener en su mano los medios de sacrificar á un rival el mas poderoso de Europa, se hallaba inspirado de una clemencia y de una amenidad mas sublimes que nunca.

Asi que, animado Triboulet por la bondad que su semblante manifestaba, se lanzó rodando por entre los pies de todos hasta los del monarca.

—¡Oh señor, señor! exclamó lamentablemente el bufon; vengo á despedirme de vuestra magestad; es menester que os resigneis á perderme; tambien lloro yo esta separacion. ¿Qué será ahora de V. M. sin su pobre Triboulet que tanto queria?

—¡Cómo! ¿Me vas á abandonar ahora, loco, en el momento que no habrá mas que un bufon para dos reyes?

—Sí señor: en el mismo instante en que habrá dos reyes para un solo bufon.

§ —Pero yo no entiendo eso, Triboulet; te quedarás porque yo lo mando.

—¡Ah! Sí; pero participad vuestro real decreto al señor de Vieilleville, á quien he dicho lo que de su mujer dice todo el mundo, y por una cosa tan sencilla ha jurado arrancarme las orejas primero y luego el alma... y que si

tengo tantas alas, añadió el impío, á quien haría bien V. M. en sacar la lengua por tamaña blasfemia...

—¡Va, va! interrumpió el rey; tranquilízate, loquillo: bien sabe el que ta haya de quitar la vida que lo mandaría ahorcar un cuarto de hora despues.

—¡Oh señor! Si os es igual...

—Y bien, ¿qué?

—Que le hiciérais ahorcar un cuarto de hora antes. Así lo quisiera yo mejor.

Todos se echaron á reir, y el rey mas que todos. Despues, siguiendo andando, fijó su atencion el monarca sobre la persona de Pedro Strozzi, el desterrado ilustre.

—Señor Pedro Strozzi, le dijo; me parece que hace mucho tiempo, demasiado, que nos pedisteis la concesion de la carta de naturalizacion, y me avergüenas el que despues de haber combatido tan valerosamente con nosotros en el Piamonte por los franceses, y aun en Francia mismo, no pertenecais aún á nuestra patria por el valor, cuando la vuestra os repudia por el nacimiento. Esta tarde, señor Pedro, os espedirá las cartas de naturalizacion mi secretario le Mazon. No me lo agradezcáis, porque creo un deber imprescindible os halle Cárlos V hecho un francés, por mi honor y por el vuestro...—¡Ah! ¿Estais aqui vos, Cellini? Pues algo me traereis; porque nunca venis con las manos vacías: ¿qué es eso de debajo del brazo? Pero aguardad un momento: que no se dirá, á fé de caballero, que hay quien me adelante en magnificencia. Señor Antonio le Mazon, al mismo tiempo que las del grande Strozzi, espedireis la carta de naturaleza para mi amigo Benvenuto, y la remitireis libre de todo gasto á su domicilio: un platero no gana quinientos ducados con tanta facilidad como un Strozzi.

—Señor, dijo Benvenuto; doy á V. M. las mas rendidas gracias, y le suplico dispense mi ignorancia; pero, ¿qué són cartas de naturalizacion?

—¿Qué? dijo gravemente Antonio Mazon, mientras que el rey como un loco se reía de la candidez de la pregunta; no sabeis, maestro Benvenuto, que es el mas alto honor que puede S. M. dispensar á un extranjero, pues que con ella le concede los derechos de francés?

—Ya comienzo á entender, señor, y por ello os doy las mas rendidas gracias; pero dispensadme de eso; de corazon soy adicto á vuestra magestad: ¿qué necesito yo cartis?

—¿Para qué las necesitáis? Sirven, dijo Francisco I, cuyo festivo humor iba creciendo, mi Benvenuto, porque mientras no seais francés, no podia hacerte yo señor del gran Nesle. Le Mazon, añadirá á las cartas de naturaleza la definitiva donacion en tu favor del castillo. ¿Comprendes ahora,

Benvenuto, para lo que necesitas y sirven las cartas de naturalización?

—Si señor; y ¡gracias, gracias mil veces! Podría desear que nuestros corazones se comprenden sin hablarse, porque la gracia que hoy me otorga vale tanto como allanar el camino de un inmenso favor, que quizá algún día me atreveré á demandaros, y que, por decirlo así, será el término de la partida.

—Ya sabes lo que te he prometido; tráeme mi Júpiter, y pide lo que quieras.

—Si V. M. tiene tan buena memoria, no dudo que cumplirá su magnífica palabra; y si puede realizarse un voto que formará en cierta manera la felicidad de mi vida, y que ya, por un real y sublime instinto, le haceis mucho mas fácil.

—Será cómo desees, mi gran platero, pero en tanto no nos enseñas lo que tienes aun en tus manos?

—Señor, es un salero de plata del mismo gusto y estilo que el vaso y la palangana.

—Enséñamelo pronto, Benvenuto.

El rey examinó atenta y silenciosamente como siempre, la maravillosa obra que le presentaba Cellini.

—¡Qué inadvertencia! exclamó, ¡que contrasentido!

—¡Cómo! exclamó también Benvenuto, extraordinariamente alarmado, ¿no satisface á V. M.?

—¡Eh! sin duda que no, señor mío. Porque expresais una idea tan bella en plata! En oro debiais haberlo ejecutado, Cellini, por eso me desagrada, pero otra vez la empezareis.

—¡Ah! señor dijo melancólicamente Benvenuto, no sea V. M. tan ambicioso para mis obras. Yo creo que la riqueza de la materia es muchas veces quien hace se pierdan los tesoros del pensamiento, y yo soy celoso conservador de los míos. Vale mas para una gloria eterna trabajar el barro que el oro, y nuestros nombres no sobreviven ni se transmiten á los plateros de las edades sucesivas, porque son, señor, crueles muchas veces las necesidades de los hombres y los hombres siempre avariciosos y estúpidos, y quién sabe si tal obra que salida de mi mano no vacilaria V. M. en ofrecer por ella diez mil ducados, me la fundirá otra por diez escudos que pueda valer la plata.

—Vamos, y crees tú que el rey de Francia haya de poner jamás en poder de usureros y como hipotecas los saleros de su mesa?

—Señor, el emperador de Constantinopla empeñó á los venecianos la corona de espinas de Nuestra Señora.

—Pero un rey de Francia la desempeñó.

—Si, no lo ignoro; pero siempre es menester pensar en los peligros, en las revoluciones, en los destierros. He nacido en un país de donde han sido los Médicis echados y vueltos á llamar tres veces, y no se cuentan tantos reyes que como V. M. se hayan conquistado una gloria que no puedan fácilmente arrancársela y con ella su bien y su felicidad.

—No importa Benvenuto, no importa, quiero el salero de oro; y mi tesorero os contará hoy mismo mil escudos de peso antiguo con ese objeto. ¿Me ois conde de Orbec? hoy mismo, porque no quiero que Cellini pierda un solo minuto. Adios, Benvenuto, continuó el rey, pensad en mi Júpiter. Adios señores, pensad en Carlos V.

Mientras que Francisco I bajó la escalera para reunirse con la reina que estaba ya en el coche y debia acompañar él á caballo, se verificaron diversos movimientos que no debemos omitir.

Benvenuto se acercó al conde de Orbec y le dijo:—Procurad tener pronto ese oro á mi disposicion, señor tesorero; deseo obedecer las órdenes de S. M. y voy ahora mismo á buscar un talego y dentro de media hora si os place estaré en vuestra casa. El conde se inclinó en prueba de asentimiento, y Cellini salió solo, despues de haber buscado por todas partes con la vista y en vano á su Ascanio.

Al mismo tiempo Marmagne hablaba á media voz al preboste que se mantenía siempre con su hija del brazo.

—He aquí una ocasion soberbia, decia, voy al momento á prevenir á mi gente; encargad vos al conde de Orbec que entretenga el mas tiempo posible á Benvenuto.

Dicho esto desajareció y Estourville se dirigió hacia Orbec, hablóle algunas palabras al oido, añadiendo en tono de voz mas elevado:

—Mientras tanto, conde, acompañaré á mi hija á casa.

—Bien, y no dejéis de comunicarme el resultado de todo.

Se separaron y el preboste tomó en efecto con lentitud, acompañando á su hija, el camino del pequeño Nesle y seguidos á gran distancia por Ascanio que no los habia perdido de vista ni un minuto, y que consideraba de lejos y con ternura la marcha de Colomba.

Mientras el rey ponía el pié en el estribo para montar un soberbio alazan su favorito, que era regalo de Enrique VIII, dijo:

—Vamos hoy á dar un gran paseo, y puesto á caballo saludó á todos graciosamente con la mano y partió al galope.

Todos los cortesanos se fueron retirando unos, otros quedaban conversando; pero no se puede explicar que les pasaba á todos que parecia murmuraban poseidos de cierto aire de incomprendibilidad: el poeta Marot mas preocupado que nunca entró en el pabellon de Navarra.

VIII.

CUATRO ESPECIES DE ASESINOS.

Benvenuto repasó el Sena sin perder tiempo, y entró en su casa, de donde tomó, no un talego, como dijo al conde de Orbec, sino un esportillo pequeño que le había regalado en Florencia una de sus primas que era religiosa, y como deseaba terminar este negocio en aquel mismo día y eran ya las dos de la tarde, sin aguardar á Ascanio, á quien había perdido de vista, ni á ningún otro de los de su obrador que habían ido á comer, se dirigió á la calle de Froidmanteau, donde vivía el conde de Orbec, y por más que fijó su atención durante todo el camino en lo que le rodeaba, no vió nada que pudiera causarle el menor recelo ni inquietud.

Una vez ya en casa del conde de Orbec, le insinuó este que no podía entregarle el oro al instante porque era indispensable llenar ciertas formalidades, llamar á un notario y firmar con su autorizacion algun documento. Todo esto se lo manifestó con mil protestas y cumplidos, porque sabía que Cellini naturalmente no era hombre de mucha paciencia: mas supo con tal arte legitimar la dilacion, y con tan persuasivas formas, que no tuvo protesto para irritarse Benvenuto, que en el fondo creía verdaderos estos inconvenientes.

Cellini entonces quiso aprovechar este tiempo para avisar á alguno de sus obreros que le acompañaran de regreso á su casa, y le ayudáran á conducir su oro, y no bien expresó este deseo, cuando el de Orbec se apresuró

á enviar al facto uno de sus criados; en seguida entabló conversacion sobre las tareas del artista, sobre el favor que le dispensaba el rey, y sobre todo aquello que podia ser capaz de inspirar paciencia á Benvenuto, tanto menos desconfiado en aquella ocasion, cuanto que no tenia motivo alguno para tomar nada del conde. Era verdad que alimentaba la idea y la esperanza de sustituirle con respecto á Colomba, pero nadie absolutamente mas que Ascanio conocia su secreto; así que siguió de buen humor la conversacion al tesorero.

Fué preciso despues emplear algun tiempo para escojer el oro de la época que el rey habia designado, y el notario se hizo esperar bastante y tardó no poco tambien en estender el documento de resguardo, en términos que cuando Benvenuto salió de casa del tesorero que le despidió muy cortesmente, empezaba la noche á tender sus sombras, é infórmándose del criado si habian llegado alguno de sus oficiales, contestó que nó, pero que si gustaba conducirla el mismo el dinero al señor platero. Esto despertó en cierto modo su desconfianza, y le hizo concebir alguna sospecha, por lo que rehusó el ofrecimiento aparentando quedar por ello reconocido.

En seguida depositó su oro en el sportillo, pasó por sus dos asas el brazo, quedando bien guardado, porque solo lo consiguió con alguna dificultad, pero en cambio podia así tambien conducirlo mas cómodamente que en un talego. Llevaba bajo su vestido una cota de maila excelente, que le preservaba hasta los brazos, una espada corta al lado y un puñal en el cinto; así es, que considerado todo, no vaciló en emprender su camino con paso ligero, pero seguro. Le pareció que al salir de la casa hablaban entre sí los criados, y que salian con alguna precipitacion; pero á lo menos habian acordado no llevar el mismo camino.

Hoy día que para ir del Louvre al Instituto se pasa por el puente de las Artes, es muy corta la distancia que tendria que andar Benvenuto; pero en la época de su vida era un verdadero viaje, porque tenia que subir hasta el Chatelet, atravesar el puente de los Molineros, cruzar la Cité por la calle de san Bartolomé, y bajar por la orilla desierta del rio hasta el gran Nuncio. Tampoco tiene nada de extraño que caminára Benvenuto con alguna precaucion, porque sin ser precisamente en su época, bastante abundante de raterillos y ladronzuelos, llevaba consigo una suma de dinero considerable para excitar la codicia ajena, además de que si el lector quiere con nosotros adelantarse cien pasos del punto que de su camino habia llegado el artista, se convencerá de que no carecia de fundamento cualquier género de inquietud que le asaltase.

Desde el momento que empezó á oscurecer, se habian apostado cuatro

hombres de muy mala traza y embozados en grandes capas, en el Quai de los Agustinos, que por un lado, el de la orilla del río, solo tenía unas débiles tapias, y que en aquel momento era un verdadero desierto. Durante su estancia estos hombres no vieron pasar mas que al preboste que regresaba de acompañar á Colomba á su casa, y á quien saludaron con el respeto debido á las autoridades.

Hablaban entre ellos y á media voz, con el sombrero calado hasta los ojos, en una rinconada que formaba la puerta de la iglesia: dos de ellos conocemos ya, pues que eran los espadachines empleados al servicio del conde de Marmagoe en la malhadada expedición del gran Nesle, y se llamaban Ferranti y Fracasso. Sus dos otros camaradas que ganaban el pan de su vida con la misma honrosa profesion, se llamaban Prócope y Maledento, y á fin de que la posteridad no se dispute despues de tres mil años, como; del antiguo Homero, la patria de estos valerosos capitanes, no debemos dejar de añadir que Maledento era picardo, Prócope bohémio, y que sus dos amigos habían habierto sus ojos por primera vez bajo el hermoso cielo de Italia; por lo que respecta á sus cualidades distintivas en tiempo de paz podemos afirmar que Prócope era jurista, Ferranti un tonto y pedante, Fracasso un visionario, y Maledento un imbécil.

Por lo demás, en combate, cada uno de ellos, eran, preciso es hacerles justicia, una fiera, un demonio.

Ahora será justo tambien enterarse de la edificante y amistosa conversacion que mantenian entre sí, y podremos conocer qué clase de hombres eran, y cuáles los peligros que amenazaban á nuestro amigo Benvenuto.

—A lo menos, Fracasso, decia Ferranti, no nos veremos hoy en la necesidad de participar de la vargüenza del vizconde, y nuestras pobres espadas podrán salir de la vaina sin que nos grite el cobarde: ¡En retirada! y no obligue á huir.

—Sí; pero, replicó Fracasso, pues que nos reserva todo el peligro del combate, lo que le agradezco yo, debería tambien dejarnos por entero el beneficio, porque ¿con qué derecho se reserva ese miserable diablo su parte de quinientos escudos de oro? No se me oculta que los quinientos escudos restantes constituyen una bonita prima en la especulacion; ciento veinte y cinco para cada uno de nosotros es una recompensa honrosa en los calamitosos tiempos que alcanzamos, porque al fin yo me he visto en el duro trance de tener que matar á un hombre por dos escudos.

—¡Por dos escudos! Virgen santa, exclamó Maledento; eso es prostituir

si oficio, no digais semejante cosa cuando esteis á mi lado, porque podrian confundirnos el uno con el otro, querido mio.

—¡Qué quieres, Maledento! dijo Fracasso con melancolía; hay en la vida trancés fatales y momentos en que se holgaria uno de matar á un hombre por un pedazo de pan; pero volvamos á nuestro objeto. Me parece, amigos mios, que doscientos cincuenta escudos valen mejor la pena que ciento veinte y cinco, y esto nos ajenciaríamos si despues de matar á nuestro héroe nos negamos á dar cuenta á ese ladronazo de Marmagne.

—Hermano, repuso gravemente Prócope, olvidais que seria eso faltar á nuestro trato y seria perder un buen parroquiano; yo opino por guardar entodo lealtad. Nosotros fielmente y hasta el último entregaremos al vizconde los quinientos escudos; pero distingamos, cuando él se los haya embolsado, y nos haya reconocido por gente honrada, no veo dificultad en caer sobre él y arrebatárselos.

—¡Bien pensado! dijo doctoralmente Ferranti; siempre Prócope ha reunido la probidad mas esquisita á la mas viva imaginacion.

—Eso no es mas sino porque he hecho algun estudio del derecho, contestó modestamente Prócope.

—Pero, continuó Ferranti con el tono pedantesto que le era habitual, nos embrollamos con nuestros mismos intentos. *Recte á el ter minun amus.* Que duerma por ahora tranquilo el vizconde, que ya le llegará la vez, ahora por el momento lo que debemos tratar es del artista florentino: para mayor seguridad nos encomiendan á cuatro el encargo de despacharle; en rigor uno solo de nosotros podia muy á gusto conseguirlo y embolsarse la suma, pero la capitalizacion es una plaga social y vale mas que se reparta el beneficio entre varios amigos. Debemos por el momento pensar solamente en darle el pasaporte para la otra vida con la mayor comodidad posible y lo mas presto y en regla que sea dable, porque como hemos observado Fracasso y yo, no es un hombre comun. Resignémonos pues para mayor seguridad á acometerle á la vez los cuatro, porque no puede ya tardar el llegar. Atencion, serenidad, seguridad en los golpes, buen ojo y mucho cuidado con parar y defenderse de los que á estilo de su escuela italiana nos aire.

—Ya sabemos lo que es, Ferranti, dijo Maledento con aire desdénoso una cuchillada ó estocada. Penetré yo una vez de noche para asuntos personales en uno de los castillos de los Borbones, y me sorprendió la luz del dia antes de terminarlos completamente; en tal situacion y precisado á ocultarme hasta la siguiente, me resolví á ello y nada me pareció mas aparaente que el arsenal del castillo: era aquello un laberinto de armaduras y

trofeos, cascos, corazas, brazales, escarcelas, tarjas y escudos. Yo levanté la viga que sostenia una de estas armaduras y me metí dentro de ella, manteniéndome de pié con la visera calada é inmóvil sobre el pedestal.

—Eso es muy bueno, interrumpió Ferranti, continúa Maledento, porque ¿de qué manera se puede emplear mejor el tiempo que se gasta en una emboscada, que en la relacion de algunos otros hechos de guerra? continúa.

—Pues señor, yo no sabia, prosiguió Maledento, que aquella maldita armadura servia á los hijos del castellano para ejercitarse en el manejo de las armas, y así es que no tardaron en presentarse dos jóvenes gallardos como de veinte años de edad, que descolgaron cada uno una espada y una lanza que comenzaron á esgrimir con todo el empuje de su fuerza sobre mi concha. ¡Pues bien! amigos míos, podeis creer, por mas difícil que os parezca, que ni un solo ay me arrancaron los repetidos golpes que sobre mí descargaron de lanza y sable; yo siempre firme y derecho como si fuera una estatua clavada por su base. Por fortuna ninguno de los dos mancebos eran de hérculeas fuerzas; el malandrin del padre les exhortaba sin cesar á apuntar bien al blanco de la coraza; pero san Maledento, mi patron, á quien yo con fervor santo invocaba, me libró de los golpes. Ultimamente el diablo del padre, para enseñar á sus hijitos cómo se arrancaba una visera, tomó una lanza y al primer golpe me dejó descubierto el rostro pálido y desencajado. Creí que habia sonado mi hora postrera.

—¡Pobre amigo! dijo melancólicamente Fracasso.

—¡Bah! aquello no valió nada; figuráos que, como os iba contando, al verme tan pálido, creyeron era yo el fantasma de su bisabuelo, y tanto, que el padre y los hijos huyeron á cual mejor podia como si los llevase el diablo. Ahora, ¿qué queriais que hiciera? salí de mi escondite é hice otro tanto, pero para el caso es igual; porque aquell lance os probará si soy fuerte, casi impenetrable.

—Sí; pero lo esencial de nuestro oficio, amigo Maledento, dijo Prócope, no es saber recibir bien los golpes, sino darlos. Lo sublime es contemplar como cae la victima sin lanzar un gemido. Ahí tienes: en uno de mis paseos por Flandes, queria desembarazarse uno de mis parroquianos de cuatro de sus íntimos amigos que viajaban juntos. Quiso proporcionarme tres adjuntos, tres camaradas para que fuéramos número igual; pero yo le dije que me encargaba del asunto por mi cuenta. Convinimos en que me arreglase como quisiera, y que, con tal de entregar cuatro cadáveres, tendría por entero la recompensa. Yo conocia el camino que seguian, y los esperé en una posada por don le precisamente tenian que pasar.

Habia sido el posadero en otros tiempos de nuestro oficio, y lo habia

abandonado para hacerse posadero, lo que le proporcionaba el medio de que acabasen los viajeros mas pronto con las molestias del camino, sin tener nada que temer; pero tenía muy buenos sentimientos, de manera que me costó mucho trabajo que participase de mis intenciones é intereses, mediante un décimo de prima. Convenidos así, esperamos á los cuatro caballeros, que no tardaron en parecer por un recodo que hacia el camino, y charon pié á tierra delante de la posada, preparándose para restaurar sus debilitados estómagos y dar pienso á sus cabalgaduras.

El posadero les dijo entonces que su caballeriza era demasiado pequeña, y que á no entrar el uno despues del otro, no podrian moverse y se estorbarian. El primero que penetró tardaba tanto en salir, que impaciente el segundo quiso entrar á enterarse de lo que hacia. Este no tardó menos en aparecer; y cansado el tercero de esperar, se movió tambien á su vez; pero como al cabo de algun tiempo se mostrase el cuarto admirado de la lentitud de todos, exclamó mi posadero:

—¡Ah! ya sé lo que es esto: como la caballeriza es tan sumamente pequeña, habrán salido por la puerta de detrás al patio, y estarán dando agua. Esta esplicacion, tan sencilla al parecer, animó al último que restaba á reunirse con sus compañeros y conmigo, porque ya adivinareis que estaba yo en la caballeriza; pero como ya no podia ocasionar inconveniente, permití á este último el desahogo de exhalar un quejido, para que no se fuera con el desconsuelo de dar un adios al mundo.

Ferranti, en el derecho romano, no podia decirle de esto *trucidatio per divisionem necis*; pero ¡calla! añadió Prócope; nuestro hombre no debe venir tan despacio: es necesario precaver si le han dado algun aviso, porque la noche ha cerrado ya.

—*Suadenque cadentia sidera somnos*; añadió Fracasso. Y á propósito de precavernos ahora de Benvenuto por esta completa oscuridad en que nos hallamos, se me acuerda un lance que me ha sucedido á mí mismo, y me ocurrió en mis expediciones por las orillas del Rhin. He sido siempre aficionado á aquel país á un mismo tiempo pintoresco y melancólico. El Rhin es el rio de las imaginaciones fantásticas: yo soñaba contemplándolo, y ahora sabreis el objeto de mis sueños:

—Se trataba de sacar de las penalidades de la vida humana á un señor llamado Schreckenstein, de quien conservo buena memoria; pero la cosa no se presentaba tan fácil, porque no salia nunca sino bien acompañado. Hé aquí el plan que me propuse:

Me vestí exactamente como él; y una noche muy oscura, le esperé con resolución y á su tropa. Cuando distinguí la negra masa que se dibujaba en

la noche solitaria del grupo en que venia, me arrojé desesperado sobre Schreckenstein, que marchaba algun trecho delante y separado de sus criados; pero yo tuve la habilidad y fortuna de arrobatarlo su sombrero de plumas y de cambiar de posicion con él, á fin de ocupar el lugar que naturalmente debia conservar. En este estado, le aturdi de un golpe que le descargué con el pomo de mi espada, y me puse á gritar en medio de la confusion, del ruido de las armas y de los gritos de los demas: ¡Socorro, socorro!—¡A los ladrones! Así que, los acompañantes de Schreckenstein, cayeron furiosos sobre su amo, y le dejaron allí mismo muerto, mientras que yo me escurría por entre la espesura del monte; de manera, que el desventurado señor tuvo el consuelo á lo menos de que dijeran habia muerto á manos de sus criados ó amigos.

—Atrevidillo fué el golpe, repuso Ferranti, perosi vuelvo yo los ojos y considero mi disipada juventud, podria quizá hallar una empresa mas audaz. Yo me las tenia que haber como tú, Fracasso, con un jefe de partida siempre bien montado y escoltado. Pasaba esto en un bosque de los Abruzzes: fui á apostarme en un sitio por donde mi hombre debia pasar, y me subí á una encina que cubria el camino y me entregué al sueño sobre una de sus ramas para esperarle. El sol sacudia sus cabellos de oro para mostrarse radiante sobre el horizonte, y ya sus primeros rayos comenzaban á penetrar por entre las hojas como dorados y larguissimos hilos; circulaba libre y juguetona la brisa de la mañana y murmuraba débilmente, interrumpida solo por el cantar de los pajarillos, cuando de repente...

—¡Calla! interrumpió Prócope; ¡siento pasos! ¡atencion! ¡es nuestro hombre!

—¡Mejor murmuró Maldento echando en su derredor una mirada furtiva; ¡todo yace desierto y silencioso! ¡ánimo, el negocio es nuestro!

Quedaron mudos ó inmóviles y sin que se distinguieran sus atezadas y terribes figuras entre las sombras crepusculares, pero si se veian sus ojos brillantes, sus manos trémulas blandiendo sus espadones, y su posicion de espantosa cautela; de esta manera constituian un grupo que solo el pincel de Salvador Rosa podria con éxito reproducir.

Era en efecto Benvenuto el que se adelantaba con paso rápido, y que, como sabemos habia concebido alguna sospecha, sondeaba prudentemente la oscuridad con su mirada penetrante. Pero acostumbrado ya á esoudriñar en mayores tinieblas, vió desde veinte pasos salir de la emboscada á los cuatro bandidos, y antes de que se arrojasen sobre él, tuvo tiempo para ocultar su esportillo bajo de su capa, y de desenvainar su espada; luego, con la serenidad que jamás le abandonaba, tomó la precaucion de pegarse

al muro de la iglesia, y tan pronto como pensó y ejecutó todo esto, se vió con tres de los asaltadores por delante.

Le atacaron vivamente, y no habia medio ni de huir ni de gritar, porque era del todo inútil; el castillo distaba aún mas de ciento cincuenta pasos; pero como el artista no hacia su aprendizaje en las armas, recibió á los bandidos con vigor y serenidad.

Mientras se defendia, como su imaginacion estaba enteramente libre, cruzó por su mente una idea rápida como un rayo: evidentemente aquella emboscada iba dirigida á él, y le ocurrió, que si conseguia deslumbrar á sus asesinos engañándoles, se salvaria. Asi que, bajo el amenazador acero de sus espadas, se puso á reir del empeño que mostraban.

—¡Ah! ¿Qué pretendéis de mí, amigos míos? ¿Estais locos? ¿Qué vais á ganar de un pobre militar como yo? ¿Es mi capa la que quereis, ó es mi espada la que asi os tienta? Espera tú, mala sangre, guarda tus orejas. Si quieres la hoja de mi espada, decia dirijiéndose al que mas le sostenia el ataque, es preciso conquistaria; pero para ladrones tan aguerridos como vosotros, me pareceis teneis muy malas narices.

Diciendo asi los hostigaba él mismo haciéndolos retroceder delante de sí, aunque sin abandonar la pared mas que uno ó dos pasos para volver junto á ella, sacudiendo estocadas y cuchilladas, y descubriéndose muchas veces á fin de que si habian sido informados por los criados del conde de Orbec, que habia visto salir al mismo tiempo que él y que le habian visto contar su oro, imaginasen que no lo llevaba consigo. En efecto; la seguridad de sus palabras y la destreza con que manejaba la espada, sin embargo de los mil escudos de oro que llevaba colgando del brazo, comenzaron á sembrar la duda en la imaginacion de los espadachines.

—¡Ah! ¿Será posible que realmente nos engañemos, Ferranti? dijo Fracasso.

—Ya me lo temo. Me parece que es mas pequeño que Benvenuto; y si es, no lleva á lo menos los escudos y nos engaña ese condenado de vizconde.

—¡Yo oro! Esclamó Benvenuto esgrimiendo su acero cada vez con mas agilidad y destreza; yo no tengo mas oro que un puñado de cobre mugriento; pero si tanto lo ambicionais, os aseguro pagareis mas caro mi cobre que el oro de otro.

—¡Al diablo! dijo Prócope; ciertamente que es un militar. ¿Pues qué, un platero habia de jugar las armas con tanta maestría? Seguid vosotros si quereis, que yo no me mato por la gloria.

Y comenzó á retirarse Prócope, mientras que el ataque de los otros se

debilitaba cada vez mas, con la duda y la falta de su compañero. (Así que, Benvenuto aprovechó este momento en que se veia menos hostigado para dirigirse á su casa, rompiendo por entre sus dos enemigos; pero sin cesar de batirse y de mantenerlos á raya. El experimentado jabali arrastraba con él los perros hácia su escarbadero.

—Vamos, vamos, seguid conmigo, mis valientes amigos, decia Benvenuto; me acompañareis hasta la entrada del Pre-aux-Clercs, á la casa encarnada donde vive mi muchacha, y su padre vende vino; porque el camino no está muy seguro, y no me vendrá mal llevar escolta.

Así que dijo estas palabras renunció Fracasso á la persecucion, y se fué á renair á Prócope.

—¡Somos locos! ¡Ferranti! dijo Maledento: seguramente que no es este Benvenuto.

—¡Si, sí! Al contrario, es él; es él en persona; exclamó Ferranti que acababa de ver el esportillo del oro bajo del brazo de Benvenuto, descubierto por un movimiento brusco que le habia dejado caer la capa.

Pero ya era tarde. Su casa no distaba ya mas de cincuenta pasos del lugar de la escena, y con su voz extraordinaria comenzó á gritar interrumpiendo el silencio de la noche: «¡A mi del palacio de Nesle! ¡Socorro! ¡Socorro!» Apenas Fracasso tuvo tiempo de volver sobre sus pasos, y Prócope de correr de mas lejos, y Ferranti de redoblar su esfuerzo con Maledento, cuando los oficiales que con cuidado aguardaban ya á su maestro, abrieron la puerta; al primer grito, y se lanzaron veloces á la calle el enorme Herman, el diminuto Juanillo, Simon el zurdo y Santiago Aubry, armados de picas.

Al distinguirlos huyeron los espadachines.

Esperad un poco, queridos: gritaba Benvenuto á los que huían: ¡no que-
reis escoltarme un poco mas? ¡Oh! ¡Qué malandrines, que no han conse-
guido á un hombre solo arrebatar mil escudos que le estorbaban para de-
fenderse!

En efecto, los ladrones solo habian hecho á su enemigo un ligero arañazo en la mano, y se salvaron huyendo vergonzosamente, y uno de ellos, que era Fracasso, exhalando dolorosos alaridos. Este pobre diablo en los últimos golpes le habia saltado Benvenuto un ojo, cuyo accidente le dejó tuerto para el resto de sus dias, lo que oscureció algo mas las tintas melancólicas que formaba el carácter esencial de su pensativa fisonomía.

—Basta ya, hijos míos; dijo Benvenuto á sus compañeros, disipado el ruido de los pasos de los ladrones: ahora es menester que pensemos en tener bien para celebrar el fallá desenlace de esta emboscada. Venid todos

á beber á mi salud mis queridos salvadores; pero ¿quó ha venido Ascanio?
¿Dónde está Ascanio?

En efecto, ya sabemos que Ascanio se habia perdido de la compañía del maestro al salir del Louvre.

—Yo sé dónde está; dijo Juanillo.

—¿Dónde hijo mio? preguntó Benvenuto.

—Por lo último del jardín, hace mas de media hora que se pasea; y cuando el estudiante y yo nos hemos acercado á hablar con él, nos suplicó que le dejásemos solo.

—¡Eá extraño! dijo Benvenuto; ¿cómo no me ha oido gritar? ¿Por qué no ha acudido con todos vosotros? No me esperéis á cenar, hacaded vosotros solos, añadió dirigiéndose á sus compañeros; y tú, qué trues, Scozzone?

—¡Oh Dios mio! ¡que me han dicho habian querido asesinaros, maestro!

—Sí, sí; algo hay de eso.

—¡Jesus! exclamó Scozzone.

—No ha sido nada, mi buena amiga, no ha sido nada; repitió Benvenuto para tranquilizar á la pobre Catalina, que estaba pálida como la muerte. Por ahora has de tratar de sacar para estos buenos muchachos del mejor vino que haya en la bodega. Dá las llaves de ella á Ruperta, y escójele tú misma.

—¡Pero no saldrelé otra vez! dijo Scozzone.

—No, tranquilízate; voy á buscar á Ascanio, que está en el jardín, porque tengo que hablar con él precisamente de asuntos graves y de importancia.

Los compañeros del artista y Scozzone regresaron otra vez al taller; y Benvenuto se encaminó hácia la puerta del jardín.

Comenzaba con su rayos la luna á disipar las neblías de la noche, y á su luz distinguió á Ascanio, pero no paseándose, sino escalando el muro del pequeño Nésle: habia enganchado una escala en lo alto de la tapia; y pegado á ella, subió hasta montar su estrecho caballete, y en seguida, pasando del otro lado la misma escala, desapareció de su vista.

Benvenuto pasó por sus ojos la mano como un hombre que no se atreve á creer lo que vé; pero adoptando rápidamente su resolución, se fué derecho á la fundición, subió á su cuarto reservado de estudio, y desde la ventana, de un salto calculado, se lanzó sobre el muro del pequeño Nésle, y con la ayuda de una parra que estendia sus ramas por la pared, se dejó caer sin hacer ruido en el jardín de Colomba: por la mañana habia flovido, y la blandura de la tierra embolaba el rumor de sus pasos. Para proceder con cautela y sin perder tiempo, escuchó el oído contra el suelo por espe-

ció de algunos minutos, pero sin resultado alguno. Ultimamente le pareció percibir algun ruido muy lejano, y guiándose por él comenzó á marchar con mucho tiento y parándose á cada instante. No tardó mucho en percibir mas distintos algunos sonidos de voz que le indicaron la direccion en que se propagaban, hasta que por último en la segunda alameda que cruzaba el jardín, reconoció ó mas bien adivinó que se hallaba Colomba, vestida de una túnica blanca y sentada al lado de Ascanio en el consabido banco que conocemos ya. Los dos jóvenes conversaban á media voz, pero su diálogo era animado y rápido.

Al abrigo de la espesura de un grupo de árboles, se acercó Benvenuto y escuchó.

IX.

ENSUEÑOS DE UNA NOCHE DE OTOÑO.

Era una apacible y clara noche del otoño. La luna había disipado casi todas las nubes que empañaban su transparencia, y las que aún restaban, deslizándose iban unas tras las otras, y desaparecían descubriendo el bello azul del cielo sembrado de relumbrantes estrellas. Alrededor del grupo que hablaba y escuchaba, todo yacía en el mayor silencio y tranquilidad; pero en el alma de cada uno de ellos todo era turbación é inquietud.

—Mi Colomba, decía Ascanio, mientras que Benvenuto de pié y detrás de él, pálido y con el frío de la muerte creía no escuchar aquellas palabras con los oídos, sino con el corazón; ¡adorada mía! ¿quién me ha arrojado á turbar la calma de vuestro destino? Cuando os entereis en toda su extensión de la desventura y fatalidad que os amenaza, maldecireis sea yo el mensajero de tan crueles nuevas.

—Os equivocais, amigo mio, repuso Colomba: sea lo que quiera lo que tengais que decirme, yo os bendeciré, porque os miro como venido de parte de Dios. Jamás escuché el acento de mi madre, pero creo que la hubiese escuchado como os escucho á vos. Hablad, Ascanio; y si teneis cosas terribles que comunicarme, el que sea vuestra voz la que me lo diga, me consolará algun tanto.

—Llamad á vuestra ayuda todo vuestro valor y vuestras fuerzas, dijo Ascanio.

Y en seguida comenzó á referirle la entrevista que á su presencia ha-

bientenido la señora de Etampes y el conde de Orbéc; la espuso toda la traicion del complot concebido contra el interés del reino y los proyectos para mancillar el honor de la pobre niña; continuó el suplicio de explicar á aquella alma cándida y asombrada de tanta iniquidad, el infame convenio del tesorero, é hizo comprender á la jóven, con palabras que exaltaban su imaginacion, los crueles refinamientos de odio y de ignominia que habia inspirado á la favorita su amor herido. Todo lo que Colomba pudo claramente concebir, es que su amante se hallaba poseido de terror y disgusto, y ella, cual yedra solitaria que no tiene otro asilo que el desterrado peñasco á que se adheria, temblaba y se estremecía como él.

—Amigo mio, dijo ella: es menester enterar á mi padre de este horrible designio contra mi honor. Mi padre no se ofenderá de nuestro amor, porque os debe la vida, y mi padre os escuchará. ¡Oh! no lo dudeis: él arrancará mi destino de las manos del conde de Orbéc.

—¡Ah! exclamó Ascanio por toda respuesta.

—¡Oh amigo mio! dijo Colomba que comprendió la expresion de desconfianza que envolvía la exclamacion de su amante; ¿suponeis á mi padre en tan odiosa complicidad? ¿Cuán terrible sería esto, Ascanio! Pero no, no; mi padre no sabe nada, estoy segura, nada sospecha, y cuando siempre me ha mostrado tanta ternura, ¿pretenderia con su propia mano el lanzarme en la vergüenza y la desventura?

—Perdonad, Colomba, repuso Ascanio; pero vuestro padre no está acostumbrado á divisar la vergüenza en la opulencia; un título pudiera deslumbrarle quizá hasta el punto de ocultarle su propia deshonra, y en su orgullo de cortesano pudiera creeros mas dichosa manceba de un rey que esposa de un artista. Yo no debo ocultaros nada, Colomba: el conde de Orbéc decia á la señora de Etampes que respondia de vuestro padre.

—¿Es posible, Dios mio? exclamó la jóven. ¿Se han visto alguna vez padres que vendan á sus hijos?

—En todos los tiempos y en todos los paises se ha visto eso, ángel mio; y sobre todo, en este pais y en este tiempo. No creais al mundo imagen de vuestra alma, y á la sociedad de vuestra virtud. Sí, sí, Colomba: los mas ilustres nombres de la Francia han entregado su pudor al libertinaje real, la juventud y la belleza de sus esposas y de sus hijas; eso es cosa muy comun de la corte; y si vuestro padre quisiera de tal proceder justificarse, no le faltarían ejemplos notables. Yo imploro tu perdon, amada mia, de haber desgarrado tan bruscamente tu alma casta y santa, con el contacto de la asquerosa realidad; pero es preciso, es indispensable, mostrarte el abismo que abren á tus mismas plantas.

—¡Ascanio! ¡Ascanio! exclamó Colomba ocultando su cabeza tras la espalda del artista, y apoyada con la mano en su hombro. Qué, ¿también mi padre había de contribuir á tejer la tela de mi desventura? ¡Oh! ¡No me lo digas! ¡no quiero pensarlo! ¡me avergüenzo! ¿Y dónde refugiarme entonces? ¡En vuestros brazos, Ascanio? ¡Sí; vos sereis mi salvador! ¡Habeis hablado á vuestro maestro, á ese Benvenuto tan noble, tan bueno; tan grande, á ese que me habeis dicho, y que amo solo porque vos le amais?

—No le amo: no le amo ya, Colomba; exclamó.

—¿Y por qué? murmuró la jóven.

—Porque os ama él; porque en vez de un amigo con cuya proteccion pensábamos contar, es un rival; un enemigo mas á quien tenemos que combatir; un enemigo; ¿entiendes? un enemigo el mas terrible de todos. Escucha:

Entonces Ascanio refirió á Colomba como en el momento en que iba á confiárselo todo, le habia revelado su amor ideal, y como el cincelador favorito de Francisco I, gracias á la caballeresca palabra del rey, á cuya fé no faltaba nunca, pensaba obtener la realizacion de sus proyectos despues de terminada la fuente de Júpiter. Sus proyectos, como sabemos, eran pedir la mano de Colomba.

—¿Cómo, Dios mio! ¿conque no nos queda mas amparo que el de nosotros mismos? dijo Colomba clavando sus bellos ojos en el cielo, y cruzando sus manos sobre el pecho. Cada aliado se nos convierte en enemigo, y cada puerto se nos trueca en escollo. ¿Estais seguro de que llague nuestro abandono á este estremo?

—¡Oh! demasiado seguro desgraciadamente; dijo el jóven. Tan peligroso es para nosotros mi maestro como tu padre, Colomba. Sí: el mismo, añadió Ascanio juntando las manos; Benvenuto, mi amigo, mi maestro, mi protector, mi padre, mi Dios, que á pesar de todos estos títulos, casi me veo precisado á odiarle. Y sin embargo, bien considerado, ¿por qué? ¿Yo os lo pregunto, Colomba! Porque ha participado del ascendiente á que debe humillarse toda imaginacion viva y ardiente que os contemple; porque os ama él como yo os amo. Su delito es el mio; solamente, Colomba, que vos me amais, y con eso absolveis mi crimen. ¿Qué hacer, Dios mio! ¡Ah! dos dias hace que sin cesar me pregunto lo mismo, y no sé si comenzar á odiarle, ó si le quiero como siempre. El os ama, es cierto; pero tanto me ama tambien á mí, que mi alma vacila y tiembla en esta confusion como un rosal bauido por la tempestad. ¿Qué hará él? ¡Oh! desde luego quiero informarme de los designios del conde de Orbec, que espero sabrá conjurarlos.

Pero después de todo, cuando nos encontrásemos cara á cara como amigos; cuando le diga que su querido discípulo es su rival, Colomba, su poderosa voluntad ciega como el destino, olvidará á Ascanio para pensar solo en Colomba; apartará sus ojos del hombre que protege para fijarlos en la mujer que ama, porque yo también siento que entre él y yo no vacilaría. Tengo la convicción de que sin remordimientos sacrificaría lo pasado de mi corazón por el porvenir, la tierra al cielo. ¿Por qué hacemos ilusiones? Es hombre; y pensar que sacrifique su amor, es un rasgo superior á la perfección humana.

Lucharemos; sí, lucharemos uno contra otro; pero ¿cómo resistirle yo, débil y abandonado? ¡Oh Colomba! Si llego un día á aborrecer al hombre que por tanto tiempo he amado, no le deseo ni aun en este caso, os lo aseguro, que experimente el suplicio en que me puso el otro día declarándose me su amor á vos.

Mientras Benvenuto, inmóvil detrás de un árbol como una estatua, sentís deslizarse por su frente gotas de frío sudor, y se crispaban los dedos de su mano que apretaba convulsivamente contra su corazón,

—¡Pobre Ascanio, amigo querido! contestó Colomba; mucho habeis padecido, y mucho que sufrir os resta aún; pero esperemos con calma el porvenir; no nos exajeremos nuestras penas, que no está perdido todo. Para resistir nuestra desventura, para conjurar el destino, somos tres contando con Dios; prefeririais, Ascanio, verme en brazos de Benvenuto, que esposa del conde de Orbac; ¿no es verdad? ¿Pero aún os lisonjearia mas fuese esposa del Señor antes que de Benvenuto? Pues bien: si no soy vuestra, no seré tampoco mas que de Dios; ¿qué decís de esto, Ascanio? ¿os parece bien? Vuestra esposa en este mundo, ó vuestra futura en el otro; esta es mi promesa, Ascanio, y podeis tranquilizaros, que la sostendré!

—¡Gracias, ángel mio, gracias! dijo Ascanio. Ovidemos este mundo ingrato que nos rodea, y concentremos nuestra existencia á este bosquecillo que nos protege y nos escucha; pero nunca me habeis dicho aun que me amais. ¡Ah! y yo podría pensar que sois mía por carecer en este trance de otro recurso.

—¡Calla, Ascanio, calla! dijo Colomba; ¿tú desconoces que trato de santificar mi dicha haciendo un deber? Yo te amo, Ascanio; mi vida es la tuya.

No pudo resistir mas tiempo de pié Benvenuto, y debilitadas sus rodillas cayó en el suelo, y apoyando su cabeza en un árbol fijaba sus ojos en el inmenso espacio, mientras que el oído atento escuchaba á los dos jóvenes con toda su alma.

—¡Si Colomba, repetía Ascanio; yo te amo; y no sé qué oculto instinto me

dice que seremos felices, y que Dios no abandonará al hermoso ángel que desterró á la tierra. ¡Oh Dios mio! no puedo acordarme subyugado de esta atmósfera de inocencia y de felicidad que te rodea, del círculo de penas que me asaltarán cuando nos separemos!

—Es menester pensar en mañana, dijo la jóven; ayudémonos nosotros, que Dios no nos abandonará; no creo será prudente ni leal que ignore nuestro amor vuestro maestro; se espondria quizá á peligros graves combatiendo á la señora de Etampes y al conde de Orbec. Esto no seria justo; es menester advertirle de todo, Ascanio.

—Os obedeceré, Colomba; porque una palabra vuestra, ya lo conoceis, es para mí una orden. Tambien mi alma dice que teneis razon siempre; pero semejante confesion será un terrible golpe, juzgando por mi corazon el suyo; tambien es posible, y hasta probable, que el cariño que me tenia se convierta en odio, y que me arroje de su lado; ¿y cómo resistir entonces, yo extranjero, sin apoyo, sin asilo y contra poderosos enemigos, como son la duquesa de Etampes y el tesorero del rey? ¿quién me ayudará á desatar los nudos de esta horrible trahilla? ¿quién ha de querer aliarse conmigo en esta lucha desigual? ¿quién me tenderá una mano?

—¡Yo! exclamó una voz grave y profunda detrás de los dos jóvenes.

—¡Benvenuto! exclamó el aprendiz sin haberle mirado aun siquiera.

Colomba lanzó un grito y se levantó precipitadamente, mientras que Ascanio le consideraba, indeciso entre su cólera y su amistad.

—Sí, soy yo; el mismo Benvenuto Cellini á quien vos no amais, señorita, y á quien tampoco Ascanio ama ya; pero sin embargo, quiere salvaros á ambos.

—¡Cómo! exclamó Ascanio.

—Digo, que es necesario os senteis á mi lado, porque tenemos mucho que hablar. De nada teneis que informarme, porque ni una sola palabra de vuestra conversacion he perdido; perdonadme el haber sorprendido por casualidad vuestro secreto, pero ya conoceis os conviene no le ignorase yo. He escuchado terribles cosas, y cosas buenas tambien; Ascanio ha tenido razon algunas veces, y otras no; es evidente que le hubiera disputado vuestra posesion: mas puesto que vos le amais, todo está dicho: sed dichosos; vos no podeis amarme á mí; pero al menos, conquistaré de vos la ternura de una hija, haciéndoos suya.

—Mucho padecéis, señor; dijo Colomba juntando sus manos.

—¡Oh! gracias; dijo Benvenuto interrumpiéndose y arrasados de lágrimas sus ojos. Ya veis lo que padezco, y este ingrato no lo conoce; pero nada escapa á la penetracion de las mujeres. Sí; no quiero mentir, padezco mu-

cho; porque es muy sencillo, os pierdo; pero, al mismo tiempo, me considero feliz en poderme consagrar á vuestro servicio: me lo debereis todo, y esto me consuela. Tú te engañabas, Ascanio: mi Beatriz está ciega, y no quiere rival; tú serás, Ascanio, el que acabe mi estatua de Hebe. ¡Adios, mi bello sueño! ¡el último!

Benvenuto, cuando hablaba, hacia el mayor esfuerzo para decir aquellas palabras espresadas con acento trémulo y entrecortado. Colomba se le acercó cariñosamente, y alargándole con gracia su mano, que estrechaba el artista entre las suyas, le dijo dulcemente:

—Llorad, amigo mio, llorad.

—Sí, decís bien; contestó Cellini brotando de sus ojos el llanto.

Quedó algun tiempo así de pié, llorando sin proferir palabra y víctima de la mas grande contraccion nerviosa; pero su privilegiada naturaleza se aliviaba con el llanto que vertía y que tanto tiempo habia reprimido. Ascanio y Colomba consideraban con respeto su pena.

—Escepto el día en que te herí, escepto el momento en que ví correr tu sangre, no he vertido una lágrima hace veinte años; dijo recobrándose un poco; ¡pero tambien el golpe ha sido terrible! y en prueba de ello, que hace un momento, detrás de estos árboles, me acometió la idea de suicidarme con mi puñal; pero me detuvo el escuchar que me necesitábais. De esa manera habeis salvado mi vida, ademas de que es mas justo que améis á Ascanio. Tiene veinte años mas que yo que consagrar á vuestra felicidad, y pues que él es mi hijo, siendo vosotros dos dichosos, lo será yo tambien. Benvenuto sabrá triunfar de sí mismo como de sus enemigos, y pues que el destino de las criaturas es el padecer, germinará de cada una de mis lágrimas una estatua como de cada una de las de Dante producía un canto sublime. Ya lo veis, Colomba, de nuevo me atrincheró en mi antiguo amor, en mi escultura querida: esta por lo menos no me abandonará jamás. ¡Cuánto bien me habeis hecho con hacerme llorar! toda la pena que sobrecojia mi corazón se ha disipado como el agua que se desprendía de mis ojos. Solo me resta una tristeza que me hará bondadoso y de la que me distraerá el placer de salvaros.

Ascanio cojió una de las manos de su mastro y la apretó entre las suyas. Colomba al mismo tiempo imprimió sus labios en la otra y Benvenuto respiró con satisfaccion meciendo su cabeza.

—Con que vamos, dijo sonriendo, no me atormentéis mas, hijos míos; no volvamos hablar de esto jamás; ya para en adelante, Colomba, seré yo vuestro amigo y nada mas; no, me engaño, seré algo mas, seré yo vuestro padre. Lo demas es una quimera, y ahora solo debe ocuparnos lo que he-

mos de hacer para desviaros de los peligros que os amenazan; he escuchado vuestros proyectos y vuestros planes; pero sois demasiado jóvenes los dos y ambos ignorais lo que es la vida. Cándidamente y desarmados os ofrecéis á los golpes de la suerte, y aspirais vencer con vuestra bondad y sonrisas la maldad, la ambicion y todas las mas infames pasiones. ¡Eso es pensar una locura! es preciso en esta ocasion mostrarse fuerte, astuto, é inflexible, y yo por fin estoy acostumbrado á esto; pero vosotros, queridos míos, nacidos para la dicha y la ventura, ¡oh! no paseis cuidado, yo velaré porque se cumpla vuestro destino.

La desesperacion, Ascanio, no sombreará tu blanca frente, ni el dolor, Colomba, alterará los puros contornos de tu divino rostro, yo os levantaré en mis brazos y asi cruzareis sin mancharos con su contacto todas las miserias de la vida, hasta que sanos y salvos os vea en el seno de la ventura, pudiendo yo feliz consideraros porque lo seais vosotros. Ahora solamente es indispensable que en mí depositeis una ciega confianza; yo tengo una manera de tratar las cosas muy brusca y estraña, y que quizá os asustará, Colomba. Tengo alguna semejanza con la artillería que lanza sus proyectiles hasta el término de la carrera que deben alcanzar, sin detenerse por los obstáculos que halla en el camino. Si: yo considero mas bien la pureza de mis intentos que la moralidad de los medios.

Cuando quiero modelar una estatua hermosa, no me apura ni me cuida de si la grada mancha mis dedos. Terminada la obra, me lavo las manos y desaparece todo. Concededme, señorita, entera libertad para conducir mis planes; lance vuestra alma tímida y delicada la responsabilidad de mis actos para con Dios, porque nos conocemos él y yo, y tal cual en este momento está planteada la cuestion, puede ofrecer trances críticos. El conde de Orbec es ambicioso, avaro el preboste, intrigante la duquesa, y todos poderosos; estais vosotros bajo su influencia y hasta dos de estos personajes tienen derechos que aducir, y es muy fácil que tuviésemos que emplear la astucia y la violencia; pero yo haré de suerte que permanezcaís lo mismo que Ascanio al abrigo de una lucha tan indigna de vosotros. Veamos, Colomba: ¿os decidís á cerrar los ojos y dejaros conducir? Cuando os diga chaced tal cosa, ¿la hareis? ó quedad ó permaneced. ¿Estais dispuestos á ejecutar lo que os ordene?

—¿Qué dice Ascanio? preguntó Colomba.

—Colomba, respondió el aprendiz: Benvenuto es bueno y grande; no os ama, y perdona el mal que le hemos causado. Obedezcámosle; yo os lo suplico.

—Mandad lo que gustéis, dijo Colomba; y yo os obedeceré como si fué-
séis enviado de parte de Dios.

—Bien, hija mia: yo no tendré que exijiros mas que una cosa que os cos-
tará alguna violencia; pero despues de la cual se limitará vuestro papel á
esperar y á dejaros conducir por la corriente de los sucesos; y para que en
mi podais depositar con mas franqueza vuestra confianza, os referiré la
historia de mi juventud, cuyo período de mi vida fué mancillado, aunque no
padeció alteracion ninguna la pureza del corazon. Todas las historias se
parecen, y en el fondo de cada una se aposenta el dolor. Ascanio: voy á
referirte cómo se ha mezclado á mi existencia mi Beatriz, el ángel de quien
tan largamente me has oido hablar; y sabiendo quién era no te admirará
tanto mi resignacion en abandonar te tu Colomba, cuando conozcas que so-
lamente por este sacrificio comienza á satisfacer al hijo, la deuda de dolor
y lágrimas contraida con tu madre. ¡Tu madre era un ser del paraiso, Asca-
nio! Beatriz quiere decir ventura celestial, y Estelania equivale á coro-
nada.

—Prometido, maestro, me teneis, que me contarais un dia toda esa his-
toria.

—Sí; y creo que ha llegado el momento oportuno de que la sepas, y es-
cuchándola, Colomba, y sin ignerar las razones que me escitan á amar
tanto á mi Ascanio, depositará con mas confianza su suerte en mis manos.

—En seguida, cojiendo la de sus hijos entre las suyas, y bajo la celeste
techumbre sembrada de pálidas estrellas, y en el profundo silencio de una
noche calmosa y embalsamada, comenzó Benvenuto con acento grave y ar-
monioso á decir de esta manera:

X.

ESTEPANIA.

Hace veinte años que tenia solo veinte de edad, tambien como tú, Ascainio, y que trabajaba en casa de un platero de Florencia que se llamaba Rafael del Moro. Era un buen artista que no carecia de gusto é intaligencia; pero era mas aficionado á dormir que á trabajar; con una facilidad admirable le seducian las fiestas y los placeres, y malgastaba mas dinero del que poseia. Era muy frecuente me quedara yo solo en el obrador cantando en aquel entonces como hace hoy Scozzone, y acabando algun trabajo comenzado. Todos los haraganes de la ciudad acudian á su casa pidiéndole ocupacion, porque tenia fama de no irritarse nunca; asi es que con tales elementos, no consiguió adquirirse fortuna; siempre estaba empeñado, y poco á poco llegó á ser el mas desacreditado platero de Florencia.

No, me engaño, que aún habia otro cofrade mas desacreditado; pero no era por su poca formalidad en el pago de sus obligaciones por lo que Segismundo Gaddi estaba en ese estado, sino por su insigne mal gusto y poca intaligencia de su arte y su sórdida avaricia. Como todo lo que se le confiaba salia de sus manos mezquino y tosco, nadie, á menos que no fuese extranjero, entraba en su tienda; lo que hizo que Segismundo se echara á usurero, prestando á los hijos de familia bajo enormes intereses. Este modo de vivir le convenia mejor que el otro, porque Gaddi exijia siempre buenas garantias sin empeñarse nunca en negocio alguno que careciese de es-

e, para él esencial requisito. Mucho mas que esto, como él mismo lo proclamaba, era ademas de prudente en extremo legal y tolerable; y así prestaba á todos, lo mismo á compatriotas que á estraños, á cristianos que á judios. Lo mismo hubiera prestado á san Pedro hipotecando las llaves del cielo, que á Satanás sobre sus posesiones del infierno.

Casi no tengo ya necesidad de advertir que prestaba á mi pobre Rafael del Moro, que comia cada dia su mañana, y cuya integra probidad sin embargo no habia jamás desmentido. Las frecuentes relaciones en materia de negocios, la especie de inhabilidad que ambos sufrían y la vecindad de sus viviendas, habia intimizado á los dos plateros. Del Moro le debia el mayor agradecimiento por el dinero que le adelantaba, y Gaddi estimaba profundamente á su acreedor honrado y puntal. Eran en una palabra los mejores amigos del mundo, y Segismundo no hubiera faltado por todas las consideraciones del universo á ninguno de los convites con que le obsequiaba.

Era viudo el Moro y tenia una hija de diez y seis años que se llamaba Estefanía, que considerada artisticamente no era hermosa, pero que cautivaba sin embargo desde el primer momento que se la miraba. Era su frente demasiado grande y despejada para mujer, se veia, por decirlo así, sujar las ideas, y sus ojos de un negro bruñido cuando los fijaba, de respeto y enternecimiento penetraban; una palidez como la del ámbar extendiéndose por su rostro la daba la apariencia con su triste y encantadora mirada, de una nube teñida por un débil rayo de sol de una mañana de otoño, y me olvidaba de sus cabellos negros como el ébano y dignos de ceñir una corona de reina.

Algun tanto inclinada su cabeza, se asemejaba á un lirio marchito por el aire de una tempestad, y pudiera con admirable propiedad haber representado la estatua de la melancolía, ó cuando su vista se animaba, erguia la cabeza, se dilataban sus narices y estendia su brazo para comunicar un orden, se la hubiera adorado, creyéndola trasunto vivo de nuestro ángel custodio. Mucho parecido tienos de ella, Ascania, faltándote tan solo cierta expresion resignada de conformidad en las penas para que fuera admirablemente exacto; pero en nadie como en aquella figura esbelta, lijera y elegante, se ha ofrecido mas claramente á mis ojos la imagen de la inmortalidad del alma. Su padre, que la respetaba tanto cuanto la queria, acostumbraba á decir que cuando murió su esposa solo habia depositado en la tumba su cuerpo, porque su alma se habia transmitido á Estefanía.

En aquella época era yo un jóven aturrido, aventurero y fogoso, amando sobre todo mi independencia y mi libertad porque la savia de mi vida se desbordaba de mi alma, lanzándome sin aprension en el laberinto de incógnitas

querellas y amoríos. Trabajaba yo entonces con pasión, y a pesar de mis botaratas era el mejor oficial de los del obrador de Rafael, y el único que á la casa prestaba utilidad; pero lo que hacia de bueno era por instinto ó como si dijéramos, por casualidad. Estudiaba asiduamente las obras de nuestros antepasados, y dias enteros me pasó considerando las estatuas de Atenas y de Roma, intentando imitarlas con el lapiz y el cincel, adquiriendo con este estudio la pureza de los contornos y la seguridad de la forma; pero yo imitaba con buen éxito, mas no creaba. Esto, como os he dicho ya, me hizo un trabajo y un rival, el mas hábil y laborioso de entre mis compañeros, y luego despues supe que el mismo alimentaba secretamente el deseo de casarme con su hija; pero yo cuidaba muy poco de pensar en semejante cosa, á fé mia, porque necesitaba ser independiente, respirar con libertad y así es que me ausentaba dias enteros de la casa á donde no obstante volver muerto de cansancio y de fatiga, emprendia mi trabajo y en pocas horas alcanzaba y aun excedia en tarea á mis compañeros; yo me desafiaba por una palabra casualera y me enamoraba de una mirada. ¿Qué tal marido hubiera hecho!

Sin embargo de mi aturdimiento, sentia al lado de Estefanía una emoción que en nada se parecía á las que experimentaba considerando las maravillas lindas de la Puerta de Prato ó de Borgo Pinti; la respetaba hasta casi infandirme temor y si me hubieran dicho que la amaba en grado mas que el cariño que se tiene á una hermana mayor; hubiera soltado la cargajada. Cuando regresaba de alguna de mis escapatorias, no me atrevia á mirarla á pesar de que mas demostraba tristeza que severidad, y cuando al contrario me entretenia en casa algun laudable impulso de celo por el trabajo, buscaba la sociedad de Estefanía y me agradaba escuchar su voz y considerar su mirada; el efecto que yo le hacia simbolizaba un no se qué de grave y sagrado que no me podia explicar, pero que me cautivaba; muchas veces interrumpia el estrepito de mi alegría una idea que me la representaba y que me hacia preguntarme á mi mismo, de qué provenia aquella inquietud; otras muchas cuando tiraba de mi espada ó del puñal, invocaba su nombre como el de mi santo tutelar, y observé que fuera casualidad ó lo que quiera; siempre que lo hacia me apartaba de mis peccadillas sin una mirada ni un arañazo siquiera; mas todo este cariño y sentimiento hacia aquella hermosa, tierna é inocente criatura, se sustentaba en el fondo de mi corazon como en un santuario en donde jamás ni planta penetraba.

Por lo que respecta á ella, es cierto que todo lo que se mostraba de digno y hábil para con mis peregrinos compañeros lo desquitaba en bondad y en indulgencia para conmigo. Venia alguna vez á sentarse en el obrador al

la de su padre, y de cuando en cuando se inclinaba la cabeza para mirar el estado de lo que trabajaba, y detenía sus ojos para mirarme. Lisonjébanse; amor propio y me llenaba de orgullo esta preferencia; pero si algún compañero del obrador por adularme groseramente se atrevía á decir que estaba la hija del maestro enamorada de mí, le contestaba poseído de tal rabia é indignación, que no le quedaba deseo de repetirlo.

Un accidente que sobrevino á Estefanía, trivial en su principio, me demostró hasta qué punto insensiblemente se había posesionado de mi alma. Un día que estaba en el obrador fué á tomar una cosa, no recuerdo qué, de una de las mesas, y sin duda no retiró tan presto como debía su blanca y delicada mano, porque un maldito oficial, borracho creo yo, le cojió con unas tijeras dos dedos de ella. La pobre niña lanzó un grito, pero al instante mismo se echó á reír para tranquilizarnos y (como apesadumbrada de haberse quejado. Sin embargo, tenía la mano ensangrentada y malé hubiérase pasado el desdichado que cometió la torpeza si no me contuviera la bondadosa conformidad de Estefanía.

Segismundo Gaddi, que estaba delante, dijo que en la vecindad conocía á un cirujano, corrió en su busca, y cuando llegó vendó en efecto la herida de Estefanía y continuó viniendo todos los días á verla; pero era tan desconfiado y tan ignorante aquel mal sangrador, que dejó se hiciese una llaga y comenzase la gangrena, declarando después doctoralmente que á pesar de sus esfuerzos perdería la mano derecha según todas las probabilidades.

Se hallaba Rafael del Moro en muy crítica situación ya, respecto de intereses, para consultar otro médico; pero así que escuché la sentencia del imbécil doctor, no vaciló un punto, subí á mi cuarto, coji el bolsillo que contenía todos mis ahorros y me fui de seguida á casa de Giacomo Rastelli de Perouse, cirujano del Papa y el más grande operador de toda Italia. A fuerza de mis vivas instancias y por otra parte como la recompensa que yo le ofrecía era bastante considerable, acudió inmediatamente, diciendo: «¡Oh! ¡lo que son los enamorados!.... Y después de examinar detenidamente la herida, aseguró que antes de catorce ó quince días se valdria Estefanía de su mano derecha como de la otra: me daban impulsos de abrazar á aquel hombre, que con solo curar por sí mismo los delicados dedos de la jóven y colocar las vendas de otra manera, sintió alivio; pero algunos días después fué preciso extraer la carie de de los huesos.

Ésto era ya mas serio; me suplicó asistiese á la operación para inspirarla valor, cuando carecía yo de él y sentía harto diminuto mi corazón en el pecho. Giacomo se valia de grandes instrumentos que hacían padecer hor-

riblemente á Estefanía y lanzaba gemidos que resonaban en mi alma de una manera angustiosa. Mis sienes estaban bañadas de un sudor glacial.

Ultimamente aquel suplicio era superior á mis fuerzas: los grandes instrumentos que atormentaban sus dedos atormentaban también mi corazón, y sin poder resistir más supliqué á Giacomo suspendiese la operación y me esperase un medio cuarto de hora.

Bajé al obrador y allí, como inspirado por un buen génio, fabriqué un instrumento muy sutil de acero y más cortante que una navaja de afeitar, y con el auxilio de esta nueva herramienta, comenzó el cirujano á operar tan fácilmente que no sufría la paciente casi dolor alguno. En cinco minutos estuvo acabado todo, y quince días después me dió á besar la mano que yo le había conservado según decía ella misma; pero sería imposible describir las desgarradoras emociones que experimenté viendo sufrir á mi pobre Resignación como yo la llamaba, porque era en efecto la resignación la situación natural de su alma. Estefanía no era feliz, el desorden y la imprevisión de su padre la afligían: su único consuelo era la religión, y como todos los desgraciados, era piadosa. Frecuentemente, cuando entraba yo en una iglesia, porque siempre he amado á Dios, veía en un rincón el más retirado, á Estefanía llorosa y rezando.

En todas las situaciones apuradas en que se veía, que eran muy frecuentes por la indolencia y disipación de su padre, recurría á mí con una confianza y una franqueza que me encantaba. Me decía la pobre niña con la sencillez de los corazones generosos; «Benvenuto, yo quisiera suplicaros que trabajaseis todo lo posible esta noche para acabar este relicario, alfilerero ó cualquiera otra obra, porque nos hace falta dinero.»

Poco después adquirí la costumbre de someter á su crítica todas las obras que acababa, y me aconsejaba con una superioridad singular. La soledad y las penas habían elevado y engrandecido sus pensamientos á un punto que es difícil presumir; sus palabras, á la vez naturales y profundas, me hicieron adivinar más de un secreto de mi arte y abrieron á mi espíritu nuevas perspectivas.

Me acordaré mientras viva de un día que le enseñé el modelo de una medalla grabada para un cardenal y que representaba por una parte la cabeza de este prelado, y por la otra á Jesucristo marchando por la mar teniendo una mano á S. Pedro, con esta leyenda: *¿Quare dubitasti?* ¿Por qué has dudado?

Estefanía se mostró muy complacida del retrato que era muy parecido y bien ejecutado, y después consideró largo tiempo y en silencio el

—La figura de nuestro Señor es perfectamente bella, dijo, y si representara un Júpiter ó un Apolo nada de ella tendria que decir; pero Jesus es mas bello, es divino: esta cara tiene una pureza y precision de contornos admirable; pero, dónde está la expresion, dónde el alma? Yo admiro aquí al hombre, pero busco el Dios y no le encuentro: pensad que no solo sois un artista sino tambien un cristiano. Mirad, tambien mi corazon ha desconfiado frecuentemente y al levantarme de mi abatimiento, he visto á Jesus alargarme una mano y he oido que me decia: ¿por qué has dudado? ¡Ah! Bienvenuto, su imágen es mas bella que esta y en su celeste figura se retrata al mismo tiempo la tristeza del padre que se afije y la clemencia del rey que perdona. Su frente se oscurecia pero sonreian, sus labios; era mas grande, mas sublime.

—Esperad, Estefanía, le dije yo.

Inmediatamente borré lo que habia hecho, y un cuarto de hora despues y bajo su inspeccion, comencé de nuevo la figura de Jesucristo.

—¿Es eso? le pregunté cuando estuvo concluido.

—¡Oh! sí; contestó bañados sus ojos en lágrimas, así es como á mí se me ha aparecido el Salvador del mundo en las horas del dolor. Si, yo le reconozco ahora con su aire misericordioso y lleno de magestad. ¡Pues bien! haced siempre como ahora, antes de tomar la cera medita el pensamiento: poseis los medios de dar vida á una materia muerta, conquistad la inspiracion, dadla el alma y que no sean nunca vuestras manos mas que ciegos vasallos de vuestra imaginacion, ¿entendeis!

Este era el consejo de una niña de diez y seis años, consejo en toda su estension sublime. Cuando quedé yo solo medité lo que me habia dicho y conocí que tenia razon; de esa manera sujetó á reglas é inspiró mi instinto. Cuando tenia la forma, procuraba concebir la idea y combinarlas de tal suerte que saliesen ambas cosas confundidas de mis manos, como Minerva de Júpiter armada ya.

¡Ah, Dios mio, que encantadores y sublimes son los recuerdos de la juventud! Esta deliciosa noche que pasamos reunidos me acuerda las que pasábamos juntos Estefanía y yo, uno al lado del otro y sentados juntos en el banco de casa de su padre; ella miraba al cielo y yo la miraba á ella. Veinte años hace de esto ya, y me parece que fué ayer; aprieto ahora mis manos, creo sentir las suyas y son las vuestras, ¡hijos míos! lo que Dios dispone está bien hecho. ¡Oh! al considerarla tan bella y vestida de blanco, sentia por mi alma difundirse una calma consoladora, y cuando nos separábamos, muchas veces aun no habíamos proferido ni el uno ni el otro una sola palabra, y sin embargo renacian de estas mudas entrevistas toda suerte

de pensamientos buenos y fecundos que me hacian mejor y más grande; pero esto tuvo su fin como todas las felicidades del mundo.

Rafael del Moro estaba casi tocando al último término de la miseria; debía á [su buen vecino Segismundo Gaddi dos mil ducados, que no sabia como pagarle, y esta idea le desesperaba; queria de su ruina salvar á lo menos á su hija, y confió su proyecto de casarla conmigo á un obrero del taller, sin duda para que me hablase; pero aquel imbécil era uno de los que yo habia desmentido cuando me echó en cara brutalmente como una calumnia, la afeccion fraternal de Estefania, y fué tan estúpido que no dejó acabar de hablar á Rafael.

—Renunciad á ese proyecto, maestro, le dijo; yo os aseguro que no tendrá buen éxito vuestra proposicion.

El platero era orgulloso y pensó que le despreciaba á causa de su pobreza, y no habló más sobre ello.

Poco tiempo después Segismundo Gaddi reclamó á su acreedor lo que le adeudaba, y como aun Rafael le exijia un nuevo término, le dijo Segismundo.

—Concededme la mano de vuestra hija que es económica y no carece de talento, y quedamos en paz.

No tuvo límites la alegría de del Moro, porque aunque Gaddi pasaba por ser un poco avaro, brusco y celoso, era rico, que es lo que los pobres estiman y envidian mas; mas las riquezas no es el todo de la vida. Cuando Rafael participó esta inesperada proposicion á su hija no le contestó nada, y solamente cuando nos levantamos del banco en que habiamos estado, tomando el fresco por la noche me dijo:

—Benvenido, Segismundo Gaddi ha pedido á mi padre mi mano y se la ha concedido.

Diciendo estas sencillas palabras me dejó y yo me puse de plé como movido por un resorte; en seguida poseido de un furor extraño salí de Florencia y comencé á vagar por el campo como un loco. Toda la noche la pasé corriendo y echándome unas veces sobre la yerba, otras rozando y acometiéndome mil pensamientos desesperados y furiosos que turbaban mi agitado espíritu.

—Yo á mi mismo me decia cuando recobraba algun imperio sobre mi ánimo; ella, ¡Estefania mujer de Segismundo Gaddi! esta idea que me estremeció la asusta á ella tambien indudablemente; ella me prefere y lo que me ha dicho es un tácito llamamiento á mi amistad y á mis celos; ¡oh! seguramente yo tengo celos, estoy rabioso, y sin embargo ¡tengo motivos para estarlo! Recapacitemos, seamos justos: Gaddi es sombrío y violento.

¿pero qué mujer habia de ser feliz conmigo? no soy yo tambien brutal, inquieto, pendencioso, empeñándome á cada paso en disputas peligrosas y en criminales intrigas? ¿y podria ya enmendarme? No, mientras que circule por mis venas tan agitada mi sangre, siempre estaré con la mano sobre el puñal y el pié fuera de casa.

¡Pobre Estefania! á mi lado verteria lágrimas, sin cesar, la haria padecer, y pálida y afligida llegaria á aborrecerla, y mi odio seria una reconvenccion siempre viva y palpitante, despues no podria vivir, sucumbirla y yo soy el que la habria asesinado. No, yo lo conozco, no es mi mision gozar de las puras y tranquilas alegrías del padre de familia, necesito libertad, necesito el espacio, la creacion entera, las tempestades del alma antes y mejor que la paz y monotonía de la dicha; ¿pero será ménos desgraciada con ese Segismundo Gaddi? ¡Estábamos tan bien!

Además que bien conoce Estefania que la suerte ni la imaginacion de un artista no se acomoda fácilmente á los vínculos duros y estrechos de las imprescindibles necesidades de una casa; tendria que dar mi último adios á mis sueños de gloria, abdicar el porvenir de mi nombre y renunciar al arte que vive y se desarrolla con la libertad. ¿Qué es un artista aprisionado en un rincon del hogar doméstico? Decidme, Dante Alighieri, ó mi maestro Miguel Angel, cómo reiriais viendo á vuestro discípulo mecer los hijos en sus brazos ó pedir perdon á su mujer! ¡Es preciso ser para uno mismo valiente, y generoso para Estefania; quedeme yo solo y triste en mi sueño y mi destino!

¿Ya lo veis, hijos míos, no soy yo ahora mejor que entonces? En mi determinacion habia algo de egoísmo, pero tambien mucho de viva y sincera ternura á Estefania, de modo que parecia tener mi delirio razon.

A la siguiente mañana me presenté en el taller con bastante serenidad, y Estefania no mostraba la menor inquietud; solo estaba mas pálida que de costumbre: así pasó un mes hasta que otra noche me dijo al separarnos.

—Dentro de ocho dias será la mujer de Segismundo Gaddi, y como no se retiró esta vez como la primera acabadas de pronunciar estas palabras, tuve ocasion de considerarla. Permanecia de pié, triste, con una mano sobre el corazon y como agobiada con el peso de sus penas. Su bella sonrisa era amarga y casi escitaba el llanto: ella tambien me miraba á mí, pero sin expresar sus ojos reconvenccion de ninguna especie. Mi ángel me decia adios, presintiendo debia abandonar la tierra; despues de estar por espacio de un minuto muda é inmóvil, entró en su casa.

Yo no debia verla mas en el mundo.

Esta vez tambien salí fuera de la ciudad sin que nada cubriera mi es-

beza, y corriendo como un insensato, però nõ regresé al dia siguiente ni al otro, continué mi camino hasta llegar á Roma.

Viví cinco años en Roma donde comencé á granjearme alguna reputacion, me conquisté la amistad del Papa y tuve desafios, amores y triunfos artísticos; pero no estaba satisfecho, me faltaba una cosa, y en medio de las tempestades de esta ajitada vida no pasaban veinte y cuatro horas sin que mis ojos se volbiesen alguna vez en direccion de Florencia, y no se cerraban una vez tampoco para dormir que no soñase que Estefanía estaba á la puerta de su casa, de pié, al lado de su padre y mirándome á mí.

Al cabo de este tiempo recibí una carta cerrada con lacre negro, y tantas veces la he leído que la sé de memoria como si estuviera escrita en mi corazón.

Escuchadla.

«Benvenuto, voy á presentarme ante el tribunal de Dios y ya es tiempo de que sepais que os amaba.

»En esto consistía mi felicidad, os conocía tanto como vos mismo; presentia la poderosa fuerza que os mueve y que os haría grande algun día. Vuestro génio, que habia yo leído en vuestra ancha frente, en vuestras miradas penetrantes, y en vuestros ademanes apasionados imponía á la que llevaria vuestro nombre graves deberes. La felicidad tenia para mí la solemnidad de una mision: no hubiera sido solo vuestra mujer, Benvenuto, hubiera sido tambien vuestra amiga, vuestra hermana, vuestra madre. Sabia que vuestra noble existencia pertenece á todos, y no hubiera tomado mas que el derecho de consolaros en vuestras horas de tedio, y desvanecer vuestras dudas. Hubiérais permanecido libre, amigo siempre y en todo.

»¡Ay! yo me habia habituado hacia mucho tiempo á vuestras dolorosas ausencias, á todas las exigencias de vuestra fogañidad, á todos los caprichos de vuestra alma, amante de tempestades. Toda poderosa naturaleza, tiene poderosas necesidades. Cuánto mas el águila se ha cernido, mas necesita reposar sobre la tierra. Pero cuanto hubiéseis sido arrancado á los pensamientos febriles del sueño de vuestro génio, hubiera vuelto á hallar al despertar á mi sublime Benvenuto, á aquel que yo amo, á aquel que me hubiera pertenecido á mí sola! No hubiera dirijido una reconvenccion á las horas del olvido, porque nada habrian tenido de injurioso para mí. Por lo demás, sabiendo que erais celoso como todo noble corazón, celoso como el Dios de la Escritura, hubiera permanecido, cuando no hubieseis estado á mi lado, lejos de las miradas, en la soledad que amo, esperándoos y rogando por vos.

»Esta hubiera sido mi vida.

»Cuando vi que me abandonábais, sometida á la voluntad de Dios y á la vuestra, cerré los ojos, y puse mi destino en manos del deber; mi padre quiso que contrajera un matrimonio que le librase del deshonor; y le obedecí. Mi marido ha sido duro, severo, implacable; no le ha satisfecho mi docilidad; exijia un amor superior á mis fuerzas y me castigaba brutalmente por mis pesares involuntarios. Me resigné sin embargo, y creo poder decir que he sido una esposa digna y pura, pero sumida siempre en la tristeza, Benvenuto. Dios sin embargo me ha recompensado en este mundo dándome un hijo. Durante cuatro años, los besos de este hijo querido me han impedido sentir los ultrajes, los golpes, y en fin la pobreza, porque por querer mi marido ganar demasiado se arruinó y ha muerto el mes pasado á consecuencia de esta ruina. ¡Dios le perdone como yo también le perdono!

»También yo voy á morir, hoy dentro de una hora, víctima de mis padecimientos, y os lego á mi hijo, Benvenuto.

»Tal vez así convenga. Quién sabe si mi debilidad de mujer hubiera bastado al desempeño de los deberes que me hubiera impuesto á vuestro lado. Mi Ascanio será un compañero mas fuerte y mas resignado de vuestra vida; os amará mejor si no mas. No estoy celosa de él.

»Por otro lado, haced por mí hijo lo que yo hubiera hecho por vos.

»Adios, amigo mio, os amaba y os amo, os lo repito sin vergüenza y sin ramordimientos en las puertas mismas de la eternidad; porque este amor era santo. Adios, sed grande, yo voy á ser feliz, y levantad alguna vez los ojos al cielo para que os vea

»vuestra Estéfana.»

Ahora, Colomba, Ascanio ¡tendreis confianza en mi, y hareis lo-que voy á aconsejaros?

Ambos jóvenes respondieron con un solo grito.



XI.

VISITAS DOMICILIARIAS.

Al día siguiente al en que fué contada esta historia á la luz de las estrellas, en los jardines del pequeño Nesle, el obrador de Benvenuto presentaba desde por la mañana su aspecto acostumbrado: el maestro trabajaba en el salero de oro, cuya primera materia habia defendido tan valerosamente de las manos de los cuatro temerarios que habian querido quitársela, y su vida por añadidura.

Ascanio cincelaba el lircio de madama de Etampes; Jacobo Aubry, muo-
llemente recostado en una silla, dirijia mil preguntas á Cellini que no le contestaba y que ponía al escolar amante en la necesidad de responderse á sí mismo. Pagolo miraba al soslayo á Catalina que trabajaba en alguna labor propia de su sexo. Hermann y los demás obreros limaban, golpeaban, soldaban, cincelaban, y la cancion de Scozzone alegraba esta calma de la actividad.

El pequeño Nesle estaba lejos tambien de estar tranquilo. Colomba habia desaparecido.

Todo era en el rumor y gritería, y no habia una sola persona del palacio que en aquella sazón no estuviese dedicada á buscar y llamar á la desaparecida jóven. La señora Petra daba gritos desaforados, y el preboste, á quien habian ido á buscar aceleradamente, procuraba cojer en medio de las

las demostraciones de aquella buena mujer algun indicio por donde pudiese rastrear la huellas de la ausente, y probablemente de la fugitiva.

—;Veamos, señora Petra! ;Con que decís que ayer por la tarde algunos instantes despues de haber yo salido la visteis por la última vez? preguntaba el preboste.

—;Ay! si señor. ¡Jesus Dios mio! ;qué aventura! La pobre niña parecia algo triste, ella fué á desembarazarse de todos sus hermosos dijes de corte; se puso despues un simple vestido blanco; santos del paraíso, tened piedad de mí! y despues me dijo: señora Petra, la noche está hermosa, voy á dar paseo por mi alameda; serian entonces las siete de la noche. La señora que está presente, dijo Petra señalando á Pulcherie, la doncella que la habian dado por compañera ó mas bien por superiora, la señora que está presente, segun su costumbre, habia ya entrado en su cuarto sin duda para preparar esos hermosos adornos que ella hace tan bien, y yo me habia retirado á cozer á la sala baja. No sé cuanto tiempo permanecí allí trabajando; es posible que á lo largo mis pobres ojos fatigados se cerrasen á pesar mio, y que entonces perdiese un poco el conocimiento.

—Segun vuestra costumbre, interrumpió ásperamente Pulcherie.

—Siempre resulta, replicó la señora Petra sin dignarse responder á esta mezquina calumnia, que hácia las diez dejé mi sillón y fuí á buscar á Colomba en el jardin: llamé y no habia nadie, creí entonces que se habria retirado á su cuarto, y se habria acostado sin quererme llamar por no incomodarme, como le habia sucedido mil veces á la pobre niña. ;Dios misericordioso! quién lo hubiera pensado?...;Ah! señor preboste, bien puedo aseguraros que no ha seguido á un amante, sino á un raptor; porque la habia educado en los principios....

—;Y esta mañana, dijo impacientemente el preboste, esta mañana?

—;Esta mañana, cuando ví que no bajaba, Virgen santa socorrednos!

—Al diablo vuestras letanías, exclamó Estourville. Contad pues, simplemente y sin todas esas jeremiadas; ;esta mañana?....

—;Ah! ;señor preboste! no podeis impedirme que lllore hasta que parezca. Esta mañana, señor, inquieta por no verla (era tan madrugadora) fuí á llamar á su puerta para despertarla, y como no respondió, abrí. No habia nadie! La cama no estaba ni aun desecha, señor, entonces grité, llamé, perdi la cabeza, y ;no quereis que lllore!

—Señora Petra, dijo severamente el preboste, ;habiais introducido aquí á alguno durante mi ausencia?

—;Jesus! ;Dios mio, que decís! ;Introducir yo á nadie! exclamó con mil demostraciones de asombro el aya, cuya conciencia era muy delicada sobre

este particular. ¿Pues qué, no me lo habéis prohibido, señor? ¿Desde cuando me he tomado la libertad de infringir vuestras órdenes? ¿Introducir á nadie aquí? ¡Sí! buena soy yo para eso.

—Por ejemplo, ese Benvenuto que ha tenido la osadía de decir que le parecia muy hermosa mi hija, ¿no ha intentado ganaros?

—Mas fácil le hubiera sido intentar escalar la luna. Si tal hubiese hecho, yo hubiera sabido recibirle.

—De ese modo ¿jamás habreis admitido en el pequeño Nesle á un jóven?

—¡Un jóven, santo Dios! ¡un jóven! ¡Por que no al diablo!

—¿Quién es entonces, dijo Fulcherie, ese gallardo mancebo que ha venido á llamar diez veces á la puerta desde que estoy aquí, y á quien diez veces he dado con la puerta en los hocicos?

—¡Un gallardo mancebo! estais trascordada, amiga, como no sea el conde de Orbec. ¡Ah! es verdad, ya caigo: sin duda es Ascanio de quien hablais. Ya sabeis, señor, quien es Ascanio: ese muchacho que os salvó la vida. Sí, en efecto, le habia dado á componer las hebillas de plata de mis zapatos. ¡Pero creéis que ese aprendiz!.... Vaya, vaya, amiga mia, estais delirando. Además que digan estas paredes y estos suelos si lo han visto aquí.

—Basta, interrumpió severamente el preboste. Si habeis burlado mi confianza, señora Petra, os juro que me la pagareis! Voy á casa de Benvenuto: Dios sabe como me recibirá ese patán, pero es preciso.

Benvenuto, contra lo que esperaba el preboste, lo recibió muy bien. Al ver su sangre fria y su amabilidad, Estourville no se atrevió ni aun á hablarle de sus sospechas; pero dijo que habiéndose asustado sin saber de qué la vispera su hija Colomba, en su terror pánico huyó como loca; que tal vez sin que el mismo Benvenuto lo supiese, habria buscado un refugio en el gran Nesle, ó bien que al atrevesarlo para ir á otra parte, tal vez se habria desmayado. En una palabra, mintió lo mas torpemente del mundo.

Cellini aceptó sin embargo todos estos cuentos y todos estos pretextos con política; en fin llevó su delicadeza hasta el punto de aparentar que no se apercibia de nada; hizo mas, compadeció al preboste con toda su alma, asegurándole que tendria á gran dicha volver su hija á un padre que siempre la habia rodeado de una ternura y de un amor verdaderamente paternal. En su concepto la fugitiva habia obrado muy mal, y no podía volver tan pronto á gozar de una proteccion tan dulce y tan completa. Por lo demas, como prueba del sincero interés que se tomaba por Estourville, se ponía á su disposicion para secundarle en todas sus investigaciones, no solo en el gran Nesle, sino en cualquiera otra parte.

El preboste, medio convencido y tanto más agradecido á aquellos elogios, cuanto que conocía en el fondo de su conciencia lo poco que los merecía, principió, seguido de Benvenuto, una investigación escrupulosa en su antigua propiedad del gran Nesle, cuyos rincones todos y escondites conocía perfectamente. Así es que no hubo puerta que no empujase, armario que no abriese, baul que no registrase con la vista, como por descuido. Visitado el palacio en todos sus escondrijos y rincones, pasó al jardín, recorrió el arsenal, la fundicion, las cuevas, la caballeriza, examinándolo todo severamente.

Durante esta pesquisa, fiel Benvenuto á su palabra, le ayudó lo mejor que pudo, presentándole sucesivamente todas las llaves, indicando tal corredor ó tal gabinete que el señor de Estourville olvidaba. En fin le aconsejó, temiendo que la fujitiva se pasára de una sala á otra furtivamente, que dejára uno de sus criados en cada sitio de los que iba registrando.

Después de haber escudriñado por todas partes, al cabo de dos horas de pesquisas inútiles, seguro Estourville de no haber omitido nada, y confundido por la amabilidad de Benvenuto, salió del gran Neale dando á aquel mil gracias y pidiéndole mil perdones.

—Cuando gustéis volver, dijo el platero, y principiar de nuevo vuestras investigaciones, mi casa está abierta para vos á todas horas como cuando os pertenecía: además, ese es vuestro derecho, señor; ¡no hemos firmado un tratado por medio del cual nos obligamos á vivir como buenos vecinos?

El preboste repitió su accion de gracias á Benvenuto, y como no sabía de qué modo devolverle sus obsequiosas atenciones, elojó mucho al salir esa gigantesca estatua de Marte que, como hemos dicho, estaba ejecutando el artista. Benvenuto le hizo dar la vuelta, y llamó su atencion sobre sus admirables proporciones; en efecto tenia mas de sesenta pies de alto, y en su base mas de veinte pasos de circunferencia.

Desconsolado por demas se retiró Estourville, porque estaba convencido que cuando no habia hallado á su hija en el gran Nesle, era prueba de que habia buscado un asilo en la ciudad. Pero en aquella época era ya la ciudad bastante grande para dar que hacer al mismo gefe de la policia. Además, ¿habia sido robada, ó se habia escapado? Era victima de una violencia estraña, ó habia cedido á su propio movimiento? Incertidumbre era esta que pinguna circunstancia podia fijar. Esperó entonces que en el primer caso lograría escaparse, y que en el segundo volveria por sí misma. Aguardó, pues, con bastante paciencia, aunque interpellando veinte veces al día á la señora Petra, que no hacia mas que invocar á todos los santos de la corte celestial, poniéndoles por testigos de que no habia recibido á nadie, y en

la realidad, lo mismo que Estourville, no habia concebido sospecha alguna contra Ascanio.

Aquel día y el siguiente se pasaron sin novedad. El preboste puso entonces á todos sus agentes en movimiento, lo que habia descuidado hacer hasta entonces para no dar demasiada publicidad á aquel acontecimiento, en el que tan interesada estaba su reputacion. Verdad es que se contentó con darles las señas, pero sin decirles el nombre, y que las pesquisas de la policia se hicieron bajo otro pretexto que el que verdaderamente las causaba; pero aunque no se perdonó fuente ninguna secreta de informaciones, todas sus diligencias fueron infructuosas.

Ciertamente no habia sido para con su hija un padre afectuoso y tierno, pero si no se desesperaba, estaba despechado, porque su orgullo sufría á falta de su corazon: pensaba con indignacion en el magnifico partido que la muy necia iba tal vez á perder, y lleno de cólera, en la mutacion y en los sarcasmos con que la corte acojeria su mala aventura.

Al fin tuvo que franquear esta desgracia al esposo futuro de Colomba, el qual se apesadumbró del mismo modo que un comerciante á quien anuncian que sus mercancías han sufrido una avería. El buen conde era muy filósofo, y prometió á su amigo que si el lance no se divulgaba demasiado, llevaria á cabo su casamiento; luego como era hombre que sabia aprovechar las ocasiones, no se descuidó en deslizar algunas palabras de los proyectos de madama de Etampes acerca de Colomba.

El preboste quedó deslumbrado con el honor á que hubiera podido ser llamado; redoblóse su pena y maldijo á la ingrata que despreciaba tan noble y hermoso destino.

Perdonamos á nuestros lectores la conversacion que esta confianza del conde de Orbec promovió entre los dos viejos cortesanos; contentémonos con decir que el dolor y la esperanza tomaron en ella un caracter estragadamente sensible. Y como no hay cosa que mas aproxime á los hombres que la desgracia, el suegro y el yerno se separaron mas unidos que nunca, y sin poder decidirse todavia á renunciar al brillante porvenir que habian alumbrado.

Habian convenido en callar esta ocurrencia á todo el mundo; pero la duquesa de Etampes era una amiga demasiado íntima y una cómplice demasiado interesada para que no la hicieran participa del secreto.

En efecto, no pudieron hacer cosa mejor, porque la duquesa tomó la cosa mucho mas á pechos que el padre y el marido; y además, como ya sabe el lector, ninguna mejor que ella podia informar al preboste y dirigir sus pesquisas, porque enterada del amor de Ascanio á Colomba, la ha-

bia obligada, por decirlo así, á consentir á toda su conspiracion. Quitada el ítem, viendo comprometido el honor de la que amaba, se habia decidido á un acto de desesperacion; pero el mismo Ascanio le habia dicho que Colomba no le amaba, y no amándole no habia podido entregarse á semejantes proyectos. Además la duquesa de Etampes conocia bastante el carácter del jóven de quien habia sospechado al principio, para saber que jams tendria el atrevimiento de desafiarse el desprecio y la resistencia de su amada; y sin embargo, á pesar de todos estos razonamientos, y aunque todas las probabilidades le manifestasen que Ascanio no era culpable, su instinto de mujer celosa le decia que en el palacio de Nesle debian buscar á Colomba y que á todo todas cosas debian apoderarse de Ascanio.

Pero la duquesa no podia decir á sus amigos en qué fundaba esta conviccion, porque hubiera tenido entonces que confesarles que amaba á Ascanio y que en la imprudencia de su pasion, habia confiado á este jóven todas sus designios sobre Colomba. Contentóse, pues, con asegurarles que se engañaria mucho si Benvenuto no era el culpable, Ascanio el cómplice y el gran Nesle el asilo. Por mas que el preboste juró y perjuro que todo le habia visto, visitado y recorrido, la duquesa no desistió, porque tenia para esto sus razones, y tanto se aferró en su opinion que logró despertar sospechas y dudas en el ánimo de Estourville, que no obstante estaba seguro de haber buscado bien á su hija.

—Ademas, añadió la duquesa, yo misma llamaré á Ascanio, le verá, le preguntaré, está tranquilo.

—¡Oh señora! solo demasiado buena, dijo el preboste.

—Y vos demasiado necio, murmuró la duquesa entre dientes, y los despidió en seguida.

Désease entonces á meditar los medios de hacer venir al jóven artista; pero aun no se habia fijado en ninguno, cuando anunciaron á Ascanio, que se anticipaba á los deseos de la duquesa. Entró serena y tranquilo.

La de Etampes le dirigió una mirada tan penetrante que se hubiera dicho que queria leer hasta en el fondo de su corason; pero Ascanio no dió muestras de percibirse de semejante mirada.

—Señora, dijo inclinando la cabeza, venga á enseñaros vuestro lirio casi concluido, pues solo le falta la gota de rocío de doscientos mil escudos que me habeis prometido proporcionarme.

—Está bien, ¿y tu Colomba? dijo la duquesa por toda respuesta.

—Si es de la señorita de Estourville de quien queréis hablar, señora, contestó gravemente Ascanio, os suplico encarecidamente que no pronuncieis mas su nombre delante de mí. Sí, señora, me sirve á pedirle hu-

milis ó instantáneamente que no volvamos á tocar este asunto.

Nada contestó la duquesa devorada por los celos, pero fijó una mirada elocuente y terrible en su interlocutor.

—Cualquiera que sea el sentimiento que me anima y aunque incurra en vuestra desgracia, señora, me atreveré á negarme en lo sucesivo á continuar con vos toda conversacion sobre este particular. Me he jurado á mí mismo que todo cuanto pudiese tener relacion con este recuerdo quedará sepultado en mi corazon.

—Con que me he engañado, dijo interiormente la duquesa, y ninguna participacion tiene Ascanio en ese acontecimiento? ¿Habrá seguido esa niña de grado ó por fuerza á algun otro raptor, y perdida para los proyectos de mi ambicion, servirá con su fuga á los intereses de mi amor?

Despues de hacer estas reflexiones para sí misma, añadió en voz alta:

—Ascanio, me pedis que no os hable mas de ella; pero al menos me permitireis que os hable de mí. Ya veis que no insisto sobre vuestra peticion, pero ¿quién sabe si este segundo asunto de conversacion no os será mas desagradable que el primero! quien sabe....

—Perdonadme si os interrumpo, señora, dijo el jóven; pero la bondad con que quereis concederme la gracia que os pido, me anima á pedir os otra. Aunque de familia noble, no soy mas que un pobre muchacho oscuro, educado en la sombra de una platería, y desde ese claustro artistico me he visto de repente transportado á una esfera brillante, mezclado en el destino de los imperios; teniendo, débil como soy, á poderosos señores por enemigos desconocidos, á un rey por rival; y qué rey, ¡señora! Franciscó I, es decir, uno de los mas poderosos príncipes de la cristiandad. De repente me he visto al lado de los hombres mas ilustres por su nacimiento y por su destino; he amado sin esperanza y me han amado sin recompensa. ¡Y quién me amaba, gran Dios! Vos, una de las mas bellas, una de las mas nobles damas de la tierra! Todo esto me ha turbado, señora; todo esto me ha aturrido y enojado. Si, me he asustado como un enano que se despertase entre gigantes; no discurro ya con acierto, me encuentro como perdido entre todos esos odios terribles, entre todos esos amores implacables, entre todas esas ambiciones gloriosas. Señora, dejadme respirar; permitid al naufrago volver en sí, al convaleciente recobrar sus fuerzas; espero que el tiempo restituirá la calma y el orden á mi alma y á mi vida. Dadme tiempo, señora, dadme tiempo, y por compasion no venis hoy en mí sino al artista que viene á preguntaros si su libro merece vuestra aprobacion.

La duquesa fijó en Ascanio una mirada llena de duda y de asombro; no habia concebido que aquel jóven, que aquel niño, pudiese hablar en ese tono

á la vez poético, grave y severo: así es que se sintió moralmente arrastrada á obedecerle y no hablando mas que de su lirio, prodigó á Ascanio elogios y consejos, prometiéndole que haria todo lo posible para enviarle pronto el gran diamante que completaria su obra. Ascanio le dió las gracias y se despidió de ella con las mayores muestras de gratitud y de respeto.

—¿Es este jóven Ascanio? se preguntó la duquesa de Etampes luego que él partió: me parece que ha envejecido diez años. ¿Quién le dá esa gravedad casi imponente? ¿Es el dolor? ¿Es la felicidad? ¿Es en fin sincera, ó aconsejada por ese maldito Benvenuto? Representa como artista consumado un papel superior, ¿ó se deja llevar de su propia naturaleza?

Ana no se contuvo. El singular vértigo que acometia poco á poco á los que luchaban con Benvenuto Cellini principiaba á apoderarse de ella á pesar del vigor de su espíritu. Apostó criados que espíran á Ascanio y le siguiesen en cada una de sus raras salidas; pero esto no produjo descubrimiento alguno. En fin, madama de Etampes llamó al preboste y á Orbec y les aconsejó que intentasen de improviso otra pesquisa en el palacio de Nesle.

Estos obedecieron, pero aunque sorprendido en medio de su trabajo, Benvenuto recibió á los dos esta vez todavia mejor que habia recibido la primera al preboste solo. Hubiérase dicho, al verle tan desembarazado y tan político, que nada tenia de injurioso para él la presencia de estos dos personajes. Contó amistosamente al conde de Orbec cómo habian querido asesinarle en el momento en que pocos dias antes, salia de su casa cargado de oro; el mismo dia, dijo llamando la atencion del conde sobre esta circunstancia, en que desapareció la señorita de Esteourville. Ofrecióse esta vez como la anterior á acompañar á los visitantes en el registro de su casa y ayudar al preboste á recobrar sus derechos de padre, cuyos deberes sagrados comprendia tan bien, y añadió que tenia á gran dicha el hallarse en casa para cumplimentar á sus huéspedes, pues en aquel mismo dia, dentro de dos horas, iba á partir para Romorantin, designado por la benevolencia de Francisco I, para una reunion de artistas que debian anticiparse al emperador.

En efecto, los sucesos políticos habian marchado tan aceleradamente como los de nuestra humilde historia. Carlos V. animado por la promesa pública de su rival y por el compromiso secreto de madama de Etampes, hallábase á pocas jornadas de Paris. Habíase nombrado una diputacion para ir á recibirle, y efectivamente Orbec y el preboste habian hallado á Cellini en traje de camino.

—Si deja á Paris con todo el acompañamiento, dijo Orbec en voz baja

al preboste, no es él, según todas las probabilidades, quien ha robado á Colomba, y en ese caso nada tenemos que hacer aquí.

—Ya os lo habia dicho antes de venir, respondió el preboste.

Sin embargo, quisieron ir hasta el fin y principiaron de nuevo su pesquisa con minucioso cuidado. Benvenuto los acompañó y aun los dirigió al principio: pero como viese que se alargaba mucho su visita domiciliaria, les pidió permiso para dejarlos continuar solos, y puesto que tenia que partir dentro de media hora, para ir á dar algunas órdenas á sus obreros pues queria hallar á su vuelta acabados todos los preparativos de la fundición de su Júpiter.

Benvenuto volvió efectivamente al obrador, distribuyó el trabajo entre sus aprendices, les encargó que obedeciesen á Accenti como á él mismo, dijo en voz baja algunas palabras italianas al oido de este, despidiólos de todos y se dispuso á partir. Un caballo enalado le esperaba en el patio.

En este momento Scorzano se dirigió á Benvenuto y le llamó á parte.

—¿Sabeis, le dijo gravemente, que vuestra situación me deja en una posición muy difícil?

—¿Por qué?

—Porque Pagolo me ama cada vez mas.

—¿De veras?

—Y no costó de hablarle de su amor.

—¿Y tú, qué respondes?

—Toma! según vuestras órdenas le digo que es monester capotar, y que así vea puede arreglarse todo.

—Muy bien.

—¿Cómo, muy bien! Pero no sabéis, Benvenuto, que él convierte en sustancia todo lo que yo le digo, y que estos son verdaderos compromisos que contraigo con ese jóven! Quince días hace que me prescribisteis la regla de conducta que habia de observar, ¿no es verdad?

—Creo que sí, no me acordó muy bien.

—No sí, que tengo mejor memoria. Pues bien, durante los cinco primeros dias le contesté con reflexiones amistosas; él debia tratar de vencerse y no amarme mas. En los cinco dias siguientes le acusé en silencio y con una respuesta muy comprometida, pero tal era vuestra orden y la he obedecido; en fin, en los cinco dias últimos me he visto reducida á hablarle de mis deberes para con vos, y ayer cuando yo pensaba en suplicarle que me perdonase, pensaba él en pedirme una confesion.

—Entonces siendo así, ya es diferente dijo Benvenuto.

—¿Gracias á Dios! dijo Scorzano, gracias á Dios que me das la razón!

—Si, ahora escucha, hija mia. Durante los tres primeros dias de mi ausencia, le dejarás creer que le amas; y en los tres dias subsiguientes le harás la confesion de este amor.

—¡Cómo! ¡y sois vos quien me dice eso, Benvenuto! exclamó Scozzone ofendida de la demasiada confianza que el maestro hacia de ella.

—No te apures. ¿Qué tienes que reconvenirte, si soy yo quien te autoriza para ello?

—¡Dios mio! dijo Scozzone, nada, ya lo sé: pero colocada siempre así entre vuestra indiferencia y su amor, Dios sabe si acabaré por amarle de veras.

—¡Bah! ¡en seis dias! ¡No te sientes con fuerzas para permanecer indiferente seis dias?

—Si tal, os los concedo, pero no vayais á estar fuera siete dias.

—No temas, hija mia, volveré á tiempo. Adios, Scozzone.

—Adios, maestro, dijo Catalina saltando, sonriendo y llorando, todo á un tiempo.

En tanto que Benvenuto Cellini dirijia á Catalina estas últimas instrucciones, entraron Orbec y el preboste.

Quando quedaron solos y dueños de sus movimientos, habianse entregado á sus investigaciones con una especie de frenesí; exploraron los graneros, registraron las cuevas, sondearon todas las paredes, removieron todos los muebles; apostaron en diferentes puntos de la casa á sus criados, intrépidos como acreedores y pacienzudos como cazadores: cien veces volvieron atrás, veinte examinaron una misma cosa, y acababa su expedicion, se volvieron al obrador cansados y mohinos sin haber descubierto nada.

—Y bien, señores, les dijo Benvenuto á tiempo de montar á caballo, ¿no habeis encontrado nada, no es así? ¡Tanto peor! ¡tanto peor! Concibo el dolor que semejante suceso debe causar á dos corazones tan sensibles como los vuestros; pero á pesar de todo el interés que tomo en vuestros pesares y de todo el deseo que tengo de ayudaros en vuestras investigaciones, necesito marchar ahora mismo. Adios, señores, si necesitais entrar en el gran Nesle durante mi ausencia, disponed de él como de vuestra casa; he dado las órdenes convenientes para que esté siempre á vuestra disposicion. La única cosa que me consuela dejándoos en esa inquietud es la esperanza que llevo de que á mi regreso sabré que vos, señor preboste, habeis hallado á vuestra querida hija, y vos, señor de Orbec, á vuestra hermosa desposada. Adios, señores, hasta la vuelta; y dirijiéndose á sus aprendices que se habian agrupado en el patio para despedirlo, á escepcion de Ascanio que sin duda quiso evitar la presencia de su rival,

—Adios, hijos, les dijo; si durante mi ausencia, quiere el señor preboste visitar por tercera vez este palacio, recibidle como á su antiguo dueño.

A estas palabras Juanillo abrió la puerta, y Benvenuto metiendo espuelas á su caballo partió al galope.

—Ya veis cuán simples somos, amigo, dijo el conde de Orbec al preboste; quien ha robado á una doncella, no marcha á Romarantin con la corte.

VII.

CARLOS V EN FONTAINEBLEAU.

No sin graves perplejidades y horribles angustias puso Carlos V el pie en tierra de Francia, donde el aire y el suelo le eran, por decirlo así, enemigos. La Europa esperaba por parte de Francisco I terribles represalias desde el instante en que su rival viniese él mismo á ponerse entre sus manos. Pero la audacia de Carlos, de este gran jugador de imparios, no le habia permitido retroceder, y una vez sondeado y preparado hábilmente su terreno, pasó denodadamente los Pirineos.

Contaba en efecto en la corte de Francia amigos desinteresados, y ora si poder fiarse de tres garantías, la ambición de la duquesa de Etampes, la jactancia del condestable de Montmorency, y la caballerosidad del rey

Ya hemos visto cómo y por qué motivo queria servirle la duquesa. En cuanto al condestable, era otra cosa. El escollo de los hombres de Estado de todos los paises y de todos los tiempos, es la cuestion de las alianzas. Fundada solamente la política con respecto á este punto y á otros muchos sobre conjeturas como la medicina, se engañan con mucha frecuencia, ¡ay! estudiando los sintomas de las afinidades entre los pueblos, y aventurando remedios para los rencores de las naciones. Asi es que para el condestable, la alianza española habia llegado á ser una monomanía. Se habia obstinado en creer que en ella consistia la salvacion de la Francia, y con tal de satisfacer á Carlos V el condestable de Montmorency se cuidaba muy poco de

agradar ó desagradar á sus demás aliados, los turcos y los protestantes, y desperdiciar las mejores ocasiones, como la que daba á Francisco I la Flandes.

Algo parecido á esto vemos hoy, y podríamos citar tal cual ministro tan encaprichado con la alianza inglesa en el año de 1843, como en el de 1559 lo estaba el condestable con la alianza española.

El rey tenia en Montmorency una confianza ciega, porque en las últimas hostilidades contra el emperador habia mostrado una resolucion inaudita y puesto raya al enemigo: verdad es que esto habia sido á costa de la ruina de una provincia y devastando la décima parte de la Francia. Pero lo que sobre todo imponia al rey era la orgullosa rudeza de su ministro, y su inflexible obstinacion, que á un espíritu superficial podía parecer hábil é íntegra firmeza.

Carlos V podia, pues, con toda seguridad, contar con la sistemática amistad del condestable, pero aun mucho mas con la generosidad de su rival. Francisco I en efecto, llevaba la grandeza hasta la tontería. «Mi reino habia dicho, no tiene pesaje como un puente, y yo no vendo mi hospitalidad.» Y el astuto Carlos V sabia que podia descansar en la palabra del rey caballero.

«Sin embargo, cuando el emperador entró en el territorio francés, no pudo ser dueño de sus aprensiones y sus dudas; halló en la frontera á los dos hijos del rey, que habian salido á su encuentro, y por todo su tránsito, le abrumaban de obsequios y honores. Pero el cauteloso monarca temblaba pensando que todas estas bellas apariencias de cordialidad, ocultaban tal vez un lazo. «Decididamente se duerma mal, decía, en país extranjero.» En las fiestas que se le hacian se presentaba con el semblante alterado, y como pensativo, y á medida que penetraba en el interior del país, poníase mas triste y mas sombrío.

Siempre que entraba en alguna ciudad, preguntábase á sí mismo en medio de las arangas y bajo los arcos de triunfo, si aquella ciudad era la que iba á servirle de prision; en seguida añadía: «No es esta ni ninguna otra en particular, la Francia toda entera es mi calabozo, todos estos cortesanos son mis carceleros.» Y de hora en hora crecían su ansiedad y su incertidumbre.

Un dia yendo de paso á caballo, Carlos de Orleans, travieso y valiente como un hijo de la Francia, saltó con suma viveza á la grupa del caballo del emperador, y abrazándolo por medio del cuerpo exclamó con alegría infantil: «de esta hecha soy mi prisionero.» Carlos V se puso pálido como un difunto y estuvo á punto de desmayarse.

En Châtellerault el pobre cautivo imaginario encontró á Francisco I que le recibió fraternalmente y, que al día siguiente en Romorantin le presentó toda su corte, la valerosa y galante nobleza, gloria del país; á los artistas y literatos, gloria del rey. El emperador mostraba á todos rostro allagado, pero interiormente temblaba y se reconvenía por su imprudencia.

De vez en cuando, como para hacer ensayos de su libertad, salía al desamparar el día del palacio donde lo habían hospedado, y veía con placer que además de los honores que le tributaban, no estorbaban sus movimientos, pero sabía que no era vigilado de lejos. Muchas veces, como por capricho, alteraba el orden establecido para su ruta, y cambiaba el itinerario prescrito, con gran desesperación de Francisco I, porque estas humoradas frustraban sus ceremoniosos preparativos.

Cuando estuvo á dos jornadas de París, se acordó con terror de lo que Madrid había sido para el rey de Francia. Para un emperador la capital debía haber parecido la prisión mas honrosa y al mismo tiempo mas segura. Se detuvo, pues, y suplicó al rey que le llevase inmediatamente á ese Fontainebleau de que tanto había oído hablar. Esto trastornaba todos los planes de Francisco I; pero era demasiado hospitalario para dar á entender su desagrado, y se apresuró á mandar á Fontainebleau á la reina y á todas las damas.

La presencia de su hermana Leonor y la confianza que tenía en la lealtad de su esposo, calmaron un poco la inquietud del emperador. Sin embargo, por mas tranquilo que estuviese momentáneamente Carlos V, no debía jamás hallarse muy bien al lado de Francisco I: este era el espejo de lo pasado; Carlos V, era el tipo del porvenir. El soberano de los tiempos modernos no comprendía bastante al héroe de la edad media; era imposible establecer la simpatía entre el último de los caballeros y el primero de los diplomáticos.

Verdad es, que en el rigor Luis XI, podría revindicar este título; pero á juicio nuestro Luis XI fué menos el diplomático que engaña que el avaro que acumula.

El día de la llegada del emperador, se dispuso una cacería en el bosque de Fontainebleau. La caza era uno de los grandes placeres de Francisco I; y esta no podía menos de ser una molestia para Carlos V. Sin embargo, Carlos V aprovechó con avidez esta nueva ocasión de ver si no estaba prisionero; dejó pasar la caza, se echó á un lado y anduvo hasta que llegó á estraviarse; pero al verse solo en medio de aquel bosque, libre como el aire que pasaba por entre las ramas y libre como los pájaros que cruzaban por el aire, se tranquilizó casi enteramente y recobró un poco de buen

humor. Sin embargo, un resto de inquietud apareció todavía en su rostro cuando al volver al sitio de la reunión vio á Francisco I venir á él, animado por el ardor de la caza y llevando todavía en la mano e venablo ensangrentado con que acababa de horir al jabalí. El guerrero de Marignan y de Pavia se dejaba ver hasta en los placeres del rey.

—¡Ea, pues, mi buen hermano, alegría! dijo Francisco I á Carlos V asiendo amistosamente de su brazo, cuando ambos soberanos echaron pie á tierra en la puerta del palacio; y llevándolo á la galería de Diana resplandeciente toda de pinturas del Rosso y del Primático. ¡Qué diantre! Estais pensativo y mohino como yo lo estaba en Madrid. Pero convenid, mi querido hermano, en que yo tenia alguna razon para estarlo, porque era vuestro prisionero, mientras que vos sois mi huésped, estais libre y en visperas de un triunfo. Regocijáos, pues, con nosotros; si no de estas fiestas, demasiado fútiles sin duda para un gran político como vos, al menos pensando en que vais á castigar á todos esos gordos bebedores de cerveza flamencos que quieren renovar las comunidades... O mas bien, olvidad á los rebeldes y no penseis sino en divertirlos con los amigos. ¿No os agrada mi corte?

—Es admirable, hermano mio, dijo Carlos V, y os la envidio. También yo tengo una corte, ya la habeis visto, pero corte grave y severa, tétrica asamblea de hombres de Estado y de generales, como Lannoy, Pescara, Antonio de Leiva, Pero vos tenéis ademas de vuestros guerreros y vuestros negociantes, ademas de vuestros Montmorency y vuestros Dubellay, ademas de vuestros sabios, ademas de Budé, Cholina, Dughatol y Lascares, á vuestros poetas y á vuestros artistas: Marot, Juan Goujon, Primático, Benvenuto, y sobre todo mujeres adorables como Margarita de Navarra, Diana de Poitiers, Catalina de Médici y tantas otras, de modo que principio á creer verdaderamente, mi querido hermano, que trocaria gustoso mis minas de oro por vuestros campos de flores.

—Oh! entre todas esas flores, no habeis visto todavía la mas bella, dijo ingenuamente Francisco I al hermano de Leonor.

—No, y quisiera admirar á esa maravilla, dijo el emperador, que en la alusion del rey habia reconocido á la de Etampes; pero desde ahora creo que con razon dicen que el mas hermoso reino del mundo es el vuestro.

—Pero vos tenéis el mas hermoso condado, la Flandes, y el mas hermoso ducado, Milan.

—El mas pasado renunciasteis al uno, dijo el emperador sonriendo, y os lo agradezco, pero codiciateis el otro, ¿es verdad? añadió el emperador burlando.

—Por Dios, primo, dijo Francisco I, no hallemos hoy de cosas serias! confieso que despues de los placares de la guerra, no hay cosa que menos me gusta turbar que los placeres de una fiesta.

—La verdad es, contestó Carlos V con el gesto de un avaro que comprende la necesidad en que está de pagar una deuda, la verdad es que me gusta mucho el ducado milanés y que me costará el alma dárselo.

—Decid mas bien devolvérmelo, hermano, hablareis con mas exactitud y será menor vuestro pesar. Pero no se trata de esto ahora sino de divertiros: hablaremos de ese ducado mas tarde.

—Regalo ó restitution, dado ó vuelto, dijo el emperador, no por eso dejareis de tener uno de los mas hermosos dominios del mundo; porque está resuelto que lo habeis de poseer, y yo cumpliré mis compromisos con vos, como cumplis los vuestros conmigo.

—¡Oh Dios mio! exclamó Francisco I principiando á impacientarse al ver la obstinacion de Carlos V en hablar de asuntos serios, ¿qué echais de menos, hermano mio? ¿No sois rey de las Españas, emperador de Alemania, conde de Flandes, y señor por el influjo ó por la espada, de toda la Italia, desde el pie de los Alpes hasta el extremo de las Calabrias?

—Pero vos poseis á la Francia, dijo Carlos V suspirando.

—Y vos teneis las Indias y sus tesoros, teneis el Perú y sus minas.

—Pero vos teneis la Francia.

—Vos teneis un imperio tan vasto que el sol no se pone jamás en él.

—Pero vos teneis la Francia!... ¿Qué diria V. M. si yo echase el ojo á este diamante de los reinos tan amorosamente como V. M. codicia á Milan, la perla de los ducados?

—Escuchad, hermano, dijo gravamente Francisco I; sobre estas cuestiones capitales tengo mas bien instintos que ideas; pero asi como en vuestro pais se dice: «no toqueis á la reina;» os digo yo: «no toqueis á la Francia.»

—Pues qué dijo Carlos V, ¿no somos primos y aliados!

—Indudablemente, respondió Francisco I, y espero que nada alterará sino sucesivo este parentesco y esta alianza.

—Tambien yo lo espero, dijo el emperador. Pero, continuó con su sonrisa ambiciosa y su mirada hipócrita, ¿puedo yo responder del porvenir, y estarbar, por ejemplo, que mi hijo Felipe riña con vuestro hijo Enrique?

—La riña no será peligrosa para nosotros, respondió Francisco I, si es Tiberio quien sucedé á Augusto.

—¿Qué importa el nombre del señor? dijo Carlos V exaltándose. El imperio será siempre el imperio, y la Roma de los Césares hubiera sido

siempre Roma aun cuando los Césares se hubiesen sido solo en el nombre.

—Si, pero el imperio de Carlos V. no es el imperio de Octavio; hermanino, dijo Francisco I que principiaba á picarse. Pavía es una herética sabiduría, pero no un Actium; además Octavio era rico, y á pesar de vuestros tesoros de la India y vuestras minas del Perú, es público y notorio que están tan exhaustas las arcas de vuestro erario. Ningun banco quiere ya prestarnos ni al trece ni al catorce; vuestras tropas sin sueldo han sido obligadas á haquear á Roma para vivir, y ahora que Roma está saqueada, se rebelan.

—Y vos, hermano, dijo Carlos V, habeis enojado los dominios vuestros y os veis precisado á contemplar á Lutero para que os presten dinero los príncipes de Alemania.

—Sin contar, añadió Francisco I, que vuestras cortes no son tan doctas como el Senado, mientras que yo puedo vanagloriarme de haber puesto siempre á los reyes fuera de tutela.

—Tened cuidado de que vuestros parlamentos no vuelvan á ponerse en tutela el día menos pensado.

La discusión se iba animando; cada vez se calentaban más los dos veranos, y ya principiaba á embosarse de nuevo el antiguo odio que tan largo tiempo los habia tenido separados; Francisco I iba á olvidar la hospitalidad, y Carlos V la prudencia, cuando el rey de Francia se acordó de que aquel se hallaba en su casa.

—¿Qué diablos! ¿lo estais viendo hermano? exclamó de repente riendo, poco falta para que regañémos. Bien os decia que no debiamos hablar de cosas serias, y qué era preciso dejar la discusion á nuestros ministros, y reservar solamente para nosotros la buena amistad. Vamos, vamos, convengamos de una vez para siempre que poseeréis al mundo menos la Francia, y no volvamos á hablar sobre el particular.

—Y menos sobre el ducado de Milan; hermano mio, contestó Carlos V apercibiéndose de la imprudencia que habia cometido, porque el ducado de Milan es vuestro. Os lo he prometido, y os ruego mil promesas.

Hechas estas reciprocas protestas de amistad, se abrió la puerta de la galeria y apareció la duquesa de Etampes. El rey salió á recibirla, y entró con ella dándole la mano delante del emperador, que al verla por la primera vez, y sabiendo lo que habia pasado entre ella y el de Medina, le examinó de pies á cabeza con una mirada escudriñadora.

—Hermano mio, dijo sonriendo el rey, ¿veis á esta hermosa dama?

—No solamente la veo, dijo Carlos V, sino que la admiro.

—Buen bien, ¿nos sabeis lo que quiere?

—Si es una de mis Españas, se la daré.

el castigo de herirle, no es eso. — ¿Entonces qué quiere?

— Quiera que os detenga en París hasta que rompáis el tratado de Madrid y ratifiquéis con hechos la palabra que os habéis de daros.

— Si el consejo es bueno, es menester seguirlo, respondió el emperador haciendo una profunda reverencia á la duquesa, tanto para ocultar la profunda repugnancia que aquellas palabras habian hecho asomar á su rostro, como por cumplir con un acto de cortesía.

No habia tiempo para decir mas, y Francisco I no pudo ver el efecto que habian producido las palabras que el habia proferido viendo y que Carlos estaba siempre dispuesto á recibir serlamente, porque la puerta se abrió de nuevo y toda la corte se esparció por la galería.

En el espacio de media hora que precedió á la comida, y durante la cual se mezcló y confundió toda esa muchedumbre de personas dignas, intrahadoras y corrompidas, se repitió con corta diferencia la escena que ya hemos referido al hablar de la recepcion del Louvre. Hallábase allí los mismos hombres y las mismas mujeres, los mismos cortesanos y los mismos lacayos. Encontráronse las miradas de amor con las de odio segun costumbre, y como de costumbre tambien se prodigaron los insultos y las palanterías.

Al ver Carlos V entrar á de Montmorency, á quien con justo título miraba como su mas seguro aliado, salió á su encuentro y se retiró á un rincón á hablar con él y con el duque de Medina, su aliado.

— Yo firmaré todo lo que queráis, condestable, decia el emperador que tenia la fidelidad del viejo soldado, prepararme en esta ocasión del duque de Medina y un juro que aunque sea uno de los mas hermosos florones de mi corona, firmaré su renuncia plena y completa.

— Una escritura, señores el condestable rechazando enérgicamente una proposicion que implicaba desconfianza. — Una escritura, señores ¿qué dice V. M? Nada de escritura, señor, nada de escritura. ¿Ha necesidad V. M. para venir á Francis de ninguna escritura? Crees acaso que no he de tener confianza en V. M. cuando V. M. la ha tenido en nosotros?

— Y tenéis razón, Montmorency, respondió el emperador alargandote la mano, tenéis razón.

El condestable se retiró. — ¡Ay de tanto! dijo el emperador, es un topo en política, Medina, y fia de ella á ciegas.

— Pero el rey señor? preguntó Medina. — El rey está demasiado envanecido con su grandeza, para no estar se-

guro de la sustra. El nos dejará locamente partir, Medina, y nosotros le haremos prudentemente esperar. Hacer esperar, continuó Carlos V, no es faltar á una promesa, es solo aplazarla.

—¿Pero la duquesa de Etampes? añadió Medina.

—En cuanto á esta, veremos, dijo el emperador sacando y metiendo incessantemente una sortija magnífica que llevaba en el dedo pulgar de la mano izquierda, y que estaba adornada con un soberbio diamante. ¡Ah! necesitaría una buena entrevista con ella.

Durante estas rápidas palabras que se hablaron en voz baja el emperador y su ministro, la duquesa hacia desapiadada burla de Marmagne en presencia de Estourville, y esto á propósito de sus hazañas nocturnas.

—¿Era gente vuestra? señor de Marmagne, decía la duquesa, de quien Benvenuto refiere esta prodigiosa historia: atacado por cuatro bandidos y no teniendo mas que un brazo para defenderse, ¡ha obligado á estos señores á que lo escolten hasta su casa. ¿Erais, vizconde, uno de esos valientes tan políticos y atentos?

—Señora, respondió el pobre Marmagne avergonzado y confundido, eso no ha pasado precisamente así, y Benvenuto refiere el lance demasiado favorable para él.

—Sí, sí, no dudo que bordará y adornará algo sus perneras, pero el fondo es claro, vizconde, el fondo es cierto, y en semejante materia el fondo es todo.

—Señora, replicó Marmagne, prometo que tomaré venganza, y que esta vez será mas atrevido.

—Pasito, señor vizconde, no es una venganza la que podais tomar sino una nueva partida la que debais emprender; pues me parece que Cellini os ha ganado las dos primeras puestas.

—Si, gracias á mi ausencia, baluceó Marmagne cada vez mas embarrado, porque mis hombres han aprovechado para huir, la circunstancia de no hallarme yo allí. ¡Infames!

—Os aconsejo, Marmagne, dijo el preboste, que sobre este punto os consideréis vencido, porque con Cellini jamás seréis afortunado.

—En este caso me parece que podemos consolarnos mutuamente, mi querido preboste, le respondió Marmagne; porque si se agregan los hechos averiguados á los rumores misteriosos que corren, la toma del gran Nesié á la desaparición de una de sus moradoras, poca felicidad pueda haberos proporcionado ese Cellini. Verdad es que á falta de la vuestra, mi querido preboste, dicen que se ocupa activamente de la de vuestra familia.

—Señor de Marmagne, exclamó con violencia el preboste furioso al saber

que su mala aventura paternal principiaba ya á andar en lenguas de la fama, señor de Marmagne, luego me explicareis lo que quereis decir con esas palabras.

—¡Ah! señores, señoras, exclamó la duquesa, os suplico que no olvidéis que estoy aquí. Todos habeis obrado mal. Señor preboste, no son los que saben buscar tan mal los que deben reconvenir á los que saben tan mal hablar. Señor de Marmagne, en las derrotas es preciso unirse contra el enemigo comun y no darle la satisfaccion de ver todavía á los vencidos degollará entre sí. Pasemos al comedor. Vuestra mano, señor de Marmagne. Ahora bien, puesto que los hombres y sus fuerzas se estrellan en Cellini, veremos si lo hallan tan invencible las astucias de una mujer. Siempre he sido de opinion de que los aliados no sirven mas que de estorbo, y he preferido siempre hacer la guerra sola. Los peligros son mayores, lo sé, pero al menos no hay que distribuir los honores de la victoria con nadie.

—¡Habrás visto mayor insolencia! dijo Marmagne, mirad al miserable cincelador con qué familiaridad habla á nuestro gran rey.

—¡Qué estais diciendo, vizconde! no es un miserable cincelador, sino un noble, todo lo mas noble que puede ser un hombre, dijo la duquesa riendo. ¡Conocéis muchos entré nuestras mas antiguas familias, que desciendan de un lugar teniente de Julio César, y que tengan las tres flores de lis y el lambel de la casa de Anjou en sus armas? No es el rey quien engrandece al cincelador hablándole, señores, sino por el contrario el cincelador quien honra al rey dirigiéndole la palabra.

En efecto, Francisco I y Cellini hablaban en aquel momento con la familiaridad á que los grandes de la tierra habian habituado al artista elegido del cielo.

—Y bien, Benvenuto, decia el rey, ¿cómo vá nuestro Júpiter?

—Preparo su fundicion, señor, respondió Benvenuto.

—¿Y cuándo se ejecutará esa gran obra?

—Tan pronto como regrese á Paris, señor.

—Tomad vuestros mejores fundidores, Cellini, nada perdoneis para que se haga bien. Si necesitais dinero, ya sabeis que podeis contar conmigo.

—Sé que sois el mas grande, el mas noble y el mas generoso de los reyes de la tierra, respondió Benvenuto; pero gracias al sueldo que me dá S. M., soy rico. En cuanto á la operacion por que tanto os interesais, señor, si me lo permitis, de nadie me valdré sino de mi mano para prepararla y ejecutarla. Desconfio de todos vuestros fundidores de Francia, no porque carecan de habilidad, sino porque temo que por espíritu de nacionalidad no quieran emplear esta habilidad en el servicio de un artista ultramon-

todo. Y os lo confieso, señor, doy demasiada importancia al bien y mal de mi Júpiter para permitir que otro que no sea yo ponga manos en él.

—Bravo, Cellini, bravo, dijo el rey, esto es hablar como verdadero artista.

—Además, añadió Benvenuto, quiero tener al derecho de reclamar la promesa que V. M. me ha hecho.

—En justo; si estamos contentos, / debemos concederlos un día. No sé hemos olvidado; por otra parte, si lo olvidáramos nos harían comprometer de su presencia de testigos. ¡No es verdad, Montmorency! ¡no es verdad Fogell y nuestro condeable y nuestro condeable nos recordaría siempre palabra.

—¡Oh! es que V. M. no puede advertir de qué precio ha sido para mí esta palabra desde el día en que me la dió.

—Bien, será cumplida, hermano, será cumplida. Pero la sala se abre, á la mesa señores, á la mesa.

Y Francisco I aproximándose á Carlos V se puso con el emperador á la cabeza de la comitiva que formaban los ilustres convidados. Como las dos hojas de la puerta estaban abiertas de par en par, entraron á un mismo tiempo ambos soberanos y se colocaron el uno en frente del otro. Carlos V entre Leonor y la duquesa de Etampes, y Francisco I entre Catalina de Médicis y Margarita de Navarra.

La comida fué alegre y las viandas esquisitas. Francisco I en su esfera de placeres, de fiestas y de representaciones se divertía como un rey y reía como un rústico, con todas las cuentos que le refería Margarita de Navarra; Carlos V por su parte abrumaba á la duquesa de Etampes con cumplimientos y atenciones; todos los demás hablaban de artes y de política. En los postres, como de costumbre, se presentaron los pajes con los lavamanos, y entonces la duquesa de Etampes cojió el jarro y la palangana de oro destinada á Carlos V de las manos del paje que la llevaba, como hizo Margarita de Navarra para Francisco I, y echando el agua que contenía el jarro en la palangana, hincó una rodilla en tierra según le etiqueta española y presentó la palangana al emperador. Este mojó en ella la punta de los dedos, y contemplando á su hermosa y noble sirvienta, dejó caer sonriendo en el fondo de la palangana la sortija preciosa de que ya hemos hablado.

—V. M. pierde su sortija, dijo Ana suspirando á su vez en sus lindos ojos.

des en el agua, y tomando delicadamente la joya que presentó á Carlos V.

—Guardad esa sortija, señora, respondió en voz baja el emperador: se halla en manos demasiado bellas y demasiado nobles para que la vuelva á tomar; en seguida añadió bajando mucho mas la voz: es un anticipo á buena cuenta sobre el ducado de Milan.

—La duquesa se sonrió y calló. La china habia caído á sus pies, solamente que la china valia un millon.

En el momento de pasar del comedor al salon, y del salon á la sala de baile, la duquesa de Etampes detuvo á Benvenuto Cellini á quien la multitud habia llevado cerca de ella. IIIV

—Señor Cellini, dijo la duquesa, entregándole la sortija, prenda de alianza entre ella y el emperador, tomad este diamante y haced el favor de entregarlo á vuestro discípulo Ascano para que corone con él mi lirio: es la gota de rocío que le he prometido.

—Y verdaderamente ha caído de los dedos de la Aurora, señora, respondió el artista con sonrisa burlona y galantería afectada.

En seguida examinando la sortija tembló de alegría, porque reconoció el diamante que habia montado en otro tiempo para el papa Clemente VII y que habia llevado él mismo de parte del soberano Pontifice al sublimis emperador.

Para que Carlos V se deshiciera de semejante alhaja, y sobre todo en favor de una mujer, era necesario que existiera alguna connivencia oculta, algun tratado secreto, alguna alianza oscura entre la duquesa de Etampes y el emperador.

Mientras que Carlos V continúa pasando en Fontainebleau sus días, y sobre todo sus noches, en las alternativas de angustia y de confianza que hemos procurado describir, mientras que engaña, intriga, penetra, mina, promete, se retracta, vuelve á prometer, dirijamos una mirada al gran Nesle, y veamos si pasa algo nuevo entre aquellos de sus moradores que han quedado en él.

VIII.

EL FRAILE ENCANTADO.

Toda la colonia estaba en revolucion. El fraile encantado, ese antiguo huésped fantástico del convento sobre cuyas ruinas se había edificado el palacio de Amaury, hacia tres ó cuatro días que había vuelto á aparecer. La señora Petra le había visto paseándose por la noche en los jardines del gran Nesle, con su largo hábito blanco y marchando con un paso que no dejaba ninguna huella en el suelo, ni producía ningun ruido en el aire.

¿Cómo la señora [Petra que habitaba el pequeño Nesle había visto á la Tantasma pasearse á las tres de la mañana por el jardin del gran Nesle? Esto es lo que no podemos decir sino cometiendo una grande indiscrecion; pero ante todo somos historiadores, y nuestros lectores tienen derecho á conocer los pormenores mas secretos de la vida de los personajes que hemos puesto en escena, sobre todo cuando estos pormenores deben arrojar una luz tan viva en la continuacion de nuestra historia.

Con la desaparicion de Colomba, con la retirada de Pulcherie que habia llegado á ser ya inútil, y con la marcha del preboste, habiase quedado la señora Petra dueña absoluta del pequeño Nesle; porque como ya hemos dicho, el jardinero Rimbaut, lo mismo que sus auxiliares, habian sido solamente ajustados de día, por razones de economia, al servicio del señor de Estourville. La señora Petra se hallaba, pues, reina absoluta del pequeño Nesle, pero al mismo tiempo reina solitaria; de suerte que se aburría de día y se moría de miedo por la noche.

-Desde luego discurrió que al menos tendría remedio su desgracia, pues sus relaciones amistosas con la señora Ruperta le abrían las puertas del gran Nesle. Pidió permiso para visitar frecuentemente á sus vecinas, y le fué concedido este permiso cordialmente. Pero visitando á las vecinas la señora Petra, se hallaba naturalmente en contacto con los vecinos. La señora Petra era mujer de treinta y seis años, de los cuales ella se quitaba siete: Gorda, robusta, fresca todavía y amable, su entrada debía dar golpe en el obrador donde forjaban, cortaban, limaban, cincelaban diez ó doce aprendices: muchachos de humor, aficionados al juego los domingos, al vino los domingos y demás dias festivos, y al bello sexo siempre. Así es que tres de ellos al cabo de tres ó cuatro dias estaban heridos del mismo rayo. Eran estos Juanillo, Simon el zurdo y Hermann el alemán.

En cuanto á Ascanio, Aubry y Pagolo, se habian librado del encuentro, comprometidos como estaban en otra parte.

El resto de los aprendices podian muy bien haber sentido algunas chispas de este fuego griego (1), pero sin duda se dieron cuenta á sí mismo de su posicion inferior, y derramaron, antes que llegáran á hacer un incendio, el agua de su humildad sobre estas primeras centellas.

Juanillo amaba á la manera de querubin, es decir, que ante todo, estaba enamorado del amor. La señora Petra, como se comprende bien, era una mujer demasiado positiva para corresponder á semejante fuego fátuo.

Simon el zurdo, ofrecia un porvenir mas cierto, y prometia una llama mas durable. Pero la señora Petra era persona demasiado supersticiosa. Tenia para sí que la mano derecha era la mano necesaria, útil y familiar del hombre, y que la mano izquierda solo habia sido creada para mirar obrar á su compaÑera; pero en Simon sucedia todo lo contrario, la mano izquierda, obraba sin cesar, y la mano derecha descansaba eternamente, sobre todo desde que el heroico pariente del sacristan de padres agustinos habia sido herido en la mano derecha en el sitio del palacio.

La señora Petra habia obligado á Simon á hacer la señal de la cruz con la mano izquierda, y pensó que se veria precisado á firmar su contrato de matrimonio con la mano izquierda. Quedd, pues, convencida que una señal de la cruz ejecutada con la mano izquierda era mas bien para perder que para salvar una alma, así como se persuadió que un contrato de matrimonio firmado con la mano izquierda no podia hacer otra cosa que dos

(1) Fuego griego, ó grequico, como escribian los autores antiguos, era un misto incendiario para los usos de la guerra, cuya composicion hoy se ignora. (Nota del traductor.)

desgraciados. La señora Petra sin dudar nada acerca de las causas de su repugnancia, recibió las primeras declaraciones de Simon, el zardo, de modo que le quitase toda esperanza para el porvenir.

Quedaba Hermann. ¡Oh! Hermann era otra cosa. Hermann no era un pisaverde como Juanillo, ni un lisado como Simon el zardo; Hermann tenía en toda su persona cierta candor y cierta honradez que aliegaba al corazón de la señora Petra. Además Hermann, en lugar de tener la mano izquierda en la derecha, y la mano derecha en la izquierda, se servía tan enérgicamente de una y otra, que parecía tener dos manos derechas. Era también un hombre magnífico, según todas las ideas vulgares; Hermann, como ya le has dicho, tenía cinco pies y diez pulgadas. Hermann, según hemos visto, era de una fuerza hercúlea, y la mujer es naturalmente un ser tan débil que estima en el más alto grado en el otro sexo la fuerza que falta al suyo. La señora Petra había, pues, fijado su atención en Hermann.

Pero como ya se sabe, Hermann era de una candidez estremada, y de aquí resultó que las primeras baterías de la señora Petra, es decir, los arrumacos, los fruncimientos de boca y los guiños de sus ojos se estrellaron completamente contra la natural timidez del honrado alemán. Esto se contentaba con mirar á la señora Petra con sus grandes ojos; pero como los ciegos del Evangelio, *oculos habebat et non videbat*, ó si veía, era todo el conjunto de la digna aya, sin reparar en nada los pormenores. La señora Petra propuso entonces algunos paseos, ora por el pueblo de los Agustinos, ora por los jardines del grande y pequeño Neso, y en todos ellos cogió á Hermann por su caballero, lo que hacía á este muy feliz interiormente. Su gordo corazón tudesco daba cinco ó seis pulsaciones más por minuto cuando la señora Petra se apoyaba en su brazo; pero era fuese que espantimentase alguna dificultad en pronunciar la lengua francesa, ora que tuviese mayor placer en oír hablar al objeto de sus secretos pensamientos, raras veces sacaba de él la señora Petra otra cosa que estas dos frases sacramentales: «buenos días, señorita, y adios señorita», las cuales Hermann pronunciaba generalmente en muy mal francés y en dos horas de distancia la una de la otra, la primera al tomar el brazo de la señora Petra y la otra al dejarlo. Y aunque este título de señorita fuese inmensa lisonja para la señorita Petra, y á pesar de que no deja de ser muy agradable hablar dos horas enteras con el objeto amado sin temor de ser interrumpido, la señora Petra hubiera deseado que su monólogo lo hubiese sido al menos por algunas interjecciones que pudiesen darle alguna idea estadística de los progresos que hacía en el corazón de su mundo acompañante.

—Petra, no parece estos progresos que se espresasen por medio de la palabra ó por medio de la acción, eran menos reales; el fuego ardía en el corazón del honrado alemán, y atizado todos los días con la presencia de la señora Petra, se convertía en un verdadero volcán. Hermann principiaba á conocer al fin la preferencia que le concedía la señora Petra, y se guardaba una que un poco de certidumbre para declararse. La señora Petra comprendió esta pechujidera. Una noche, al despedirse de él en la puerta del pequeño Nese, le creyó hacer una verdadera obra de caridad apretándole la mano. Hermann transportado de alegría contestó á la demostración con otra demostración igual; pero con gran acombro suyo, la señora Petra lanzó un grito formidable. Hermann en su delirio no había medido su presión. Creyó que cuanto mas fuerte apretase, mas exacta daría la idea de la violencia de su amor, y por poco pulveriza la mano de la pobre aya.

Al grito que esta lanzó, Hermann se quedó estupefacto; pero la señora Petra temiendo desanimarle en el momento en que acababa de arriesgar su primera tentativa, se esforzó por sonreír y despegando sus dedos momentaneamente empalmados:—no es nada, dijo, no es nada, mi querido Hermann, no es nada, absolutamente nada.

—Mil perdones; señorita Petra, dijo el alemán, pero os amo demasiado, y os he apretado como os amo. Mil perdones.

—No hay de qué, señor Hermann, no hay de qué. Vuestro amor es honesto y del cual ninguna mujer puede avergonzarse.

—¡O Dios mio! ya lo creo, dijo Hermann, que mi amor es honrado; solamente que no me atrevo á hablaros todavía, peo puesto que he soltado la palabra, si, os amo, os amo, os amo muchísimo, señorita Petra.

—Y yo, señor Hermann, dijo esta haciendo mil argucias, creo poder decirlo, por que supongo que sois un hombre de bien, incapaz de comprometer á una pobre mujer, que... ¡Dios mio! ¿cómo lo dire?

—¡Oh! ¡decidlo! ¡decidlo! exclamó Hermann.

—Pues bien, digo que... ¡Oh! hago mal en confesarlo!

—No, no haceis mal, decidmelo.

—Pues bien! os confieso que no soy indiferente á vuestra pasión.

—¡Santo Dios! exclamó el alemán en el colmo de la alegría.

—¡Oh Dios mio! Dios mio, ¿qué haceis señor Hermann? murmuró la señora Petra, ¿qué queréis, qué haceis, qué queréis?

—Quiero un besito, quiero dos, quiero tres, quiero besaros siempre! exclamó Hermann pasando de la alegría al delirio, y del temor á la temeridad.

El fuego había prendido la pólvora; el volcan verificaba su erupción; creyendo la buena señora Petra atizar la llama, había causado el incendio; como Semele había querido ver á Júpiter en toda su gloria y en todo su poder; pero como Semele fué devorada por el rayo que el dios mismo no pudo contener.

Hermann había entrado en el pequeño Nesle como Breau de Boisguilbert había entrado en casa de Ladi Rowna, y salió de él como Romeo salió de casa de Julieta.

Una noche despues de haber dado un paseo la Julieta del pequeño Nesle acompañó á su Romeo hasta los umbrales del grande, y al volverse sola, y pasando por delante de la puerta del jardín vió á la blanca aparicion de que hemos hablado, y que, segun el parecer de la digna aya, no podia ser otra que la de la fantasma. Es inútil decir que la señora Petra entró muerta de miedo y se parapetó en su cuarto.

A la siguiente mañana todos los operarios de Cellini sabian la ocurrencia de la vision nocturna; pero la señora Petra refirió el hecho sencillamente juzgando inútil detenerse sobre los pormenores. Se le habia aparecido la fantasma, y nada mas. Por mas que la preguntaban no pudieron averiguar de ella otra cosa.

En todo el día no se habló en el gran Nesle de otro asunto sino de la fantasma. Los unos creían en su aparicion y los otros se burlaban de ella; de estos últimos era Ascanio que se erigió en gafe de los incrédulos.

El partido de los incrédulos se componia de Juanillo, de Simon el zurdo, de Aubry y de Ascanio.

El partido de los creyentes se componia, de la señora Ruperta, de Scoszone, de Pagolo y de Hermann.

Por la noche se reunieron en el segundo patio del pequeño Nesle, pues interrogada por la mañana la señora Petra sobre el orijen de la fantasma, habia pedido por plazo todo el día para coordinar sus ideas y cuando llegó la noche declaró que estaba dispuesta á contar esta terrible leyenda. La señora Petra conocia que una historia de aparecidos pierde todo su efecto contada á la luz del sol, mientras que por el contrario, el efecto de la narracion se aumenta en la oscuridad.

Componíase su auditorio de Hermann, que estaba sentado á su derecha; de la señora Ruperta, que estaba sentada á su izquierda; de Pagolo y Scoszone que se habian sentado al lado el uno del otro y de Aubry que se habia acostado sobre la yerba, entre sus dos amigos Juanillo y Simon el zurdo. En cuanto á Ascanio habia declarado que despreciaba de tal modo

todos esos cuentos ridiculos y necios, de la buena mujer, que no queria ni aun oirlos.

—Conque nos vais á referir, señorita Petra, la historia de la fantasma? dijo Hermann despues de un momento de silencio; durante el cual cada uno se acomodó lo mejor que pudo para escuchar.

—Si, dijo la señora Petra, si, pero debo advertiros que es una terrible historia que tal vez no convendria contar á estas horas. Pero como todos nosotros somos personas piadosas, aunque haya entre nosotros algunos incrédulos, y como además el señor Hermann tiene tales fuerzas que puede poner en fuga al mismo Satanás si se presentase, voy á contaros esta historia.

—Perdon, perdon, señorita Petra, pero si Satanás viene, os digo que es menester no contar con migo, yo me batiré con los hombres cuanto quieran, pero no con el diablo.

—No importa! yo me batiré con él si viene, señora Petra, dijo Aubry, contad, pues, vuestra historia y no tengais miedo.

—Y hay un carbonero en vuestra historia, señorita Petra, dijo Hermann.

—Un carbonero? preguntó el aya, no, señor Hermann.

—Oh! bien, tanto mejor.

—Por qué decis un carbonero!

—Porque en las historias de Alemania hay siempre un carbonero. Pero no importa, contad vuestra historia que debe ser muy linda.

—Sabed, pues, dijo la señora Petra, que habia antiguamente sobre el sitio mismo donde nos hallamos y antes que el palacio de Nesla se construyese, una comunidad de frailes, compuesta de los hombres mas hermosos que han podido verse y de los cuales el mas pequeño era de la estatura del señor Hermann.

—Cáspita! que comunidad! exclamó Jacobo Aubry.

—Queréis callar, hablador, dijo Scozzono.

—Si, callad, hablador, repitió Hermann.

—Ya me callo, ya me callo, dijo el escolar, proseguid señora Petra.

—El prior llamado Enguerrand, continuó la narradora, era principalmente muy buen mozo. Todos tenian barbas negras y lucientes, y ojos negros y brillantes, pero el prior tenia la barba mucho mas negra y los ojos mas brillantes que los demas; además de esto, los dignos hermanos eran de una piedad y de una austeridad sin ejemplo, y poseian una voz tan armoniosa y tan dulce que acndian las jentes de muchas leguas á la redonda nada mas que para oirlos cantar las vísperas. Al menos asi es como me lo han contado.

—Pobres frailes! dijo Ruperta.

—Estos muy interesante, dijo Jacobo Aubry.

—Es milagroso, dijo Hermann.

—Un día, continuó la señora Petra, lisonjeada con las muestras de aprobación que daban á su relato, trajeron al prior un hermoso jóven que podia entrar como novicio en el convento; no tenia barba todavia, pero tenia grandes ojos negros como el ébano y largos cabellos obscuros y brillantes como el azabache, de suerte que lo admitieron sin dificultad. El hermoso jóven dijo que se llamaba Antonio, y suplicó al prior que lo agregase á su servicio, en lo cual consintió Enguerrand sin dificultad. Os hablaba de voces buenas, pues sabed que Antonio la tenia fresca y melodiosa como la de un ángel, en términos que cuando cantó al domingo siguiente, todos los que le oyeron quedaron encantados, y sin embargo esta voz tenia cierta cosa que os turbaba al mismo tiempo que os encantaba, un timbre que despertaba en el corazon ideas mas mundanas que celestiales, pero eran tan puros todos los religiosos, que solamente las personas de fuera espermentaron esta singular emocion. Y Enguerrand que hasta entonces nada habia espermentado parecido á lo que hemos dicho, quedó de tal modo encantado de la voz de Antonio, que le encargó que cantase solo en lo sucesivo las respuestas de las antifonas alternativamente con el órgano.

La conducta del jóven novicio era ademas ejemplar y servia al prior con un celo y un ardor increíble. Lo único que podian reprenderle eran sus eternas distracciones; por todas partes y siempre seguia al prior con la vista: Enguerrand le decia:

—Qué estais mirando, Antonio?

—Os estoy mirando á vos, padre, respondia el jóven.

—Mirad á vuestro libro de oraciones, Antonio... que mirais ahora?

—A vos, padre.

—Antonio, mirad á la imágen de la Virgen... que estais mirando todavia?

—A vos, padre.

—Mirad, Antonio, al crucifijo que adoramos.

¡Ademas de todo esto, Enguerrand principiaba á notar, al hacer su exámen de conciencia, que desde la recepcion de Antonio en la comunidad, era mas asitado que antes por los malos pensamientos. Jamás habia pecado antes mas de siete veces por dia, lo que, como todos saben, es la cuenta de los santos; y aun muchas veces por mas que escudriñaba su conciencia del dia, no podia hallar en ella ¡cosa inaudita! mas que cinco ó seis pecados: pero ahora el total de sus faltas cotidianas ascendia á diez ó doce y aun algunas veces á quince. Procuraba recuperar lo perdido al siguiente dia; el santo varon oraba, ayunaba, se confundia. Pero ay! trabajo perdido! cuanto mas hacia, mas aumentaba la suma, en términos que pronto

llegó á la veintena. El pobre Enguerrand no sabia ya que hacer, conocia que se condenaba á pesar suyo, y observaba (observacion que á otro hubiera consolado, pero que á él espantaba mas) que sus mas virtuosos monjes estaban sometidos á la misma influencia, influencia estraña, inaudita, incomprendible, desconocida: la confesion de estos religiosos que antes duraba quince minutos, media hora, una hora todo lo mas, prolongábase ya hasta dos horas enteras. Esto les obligó á retardar la hora de cenar.

En este entretanto, un gran rumor que corria hacia un mes en el pais, llegó al fin hasta el convento. El señor de un castillo inmediato habia perdido á su hija Antonia. Antonia habia desaparecido una noche, absolutamente lo mismo como ha desaparecido mi pobre Colomba, con la única diferencia de que estoy segura de que mi Colomba es un ángel, mientras que parece que esta Antonia estaba poseida del demonio. El pobre señor habia buscado por montes y por valles á la fujitiva, del mismo modo que el preboste ha buscado á Colomba, ya no quedaba mas que el covento por registrar, y sabiendo que el espiritu malo, para mejor librarse de las pesquisas, tiene muchas veces la malicia de ocultarse en los monasterios, mandó á pedir por medio de un limosnero á Enguerrand permiso para visitar el suyo. El prior se lo concedió con la mejor voluntad del mundo, por que creyó que tal vez, merced á esta visita, iba él mismo á descubrir alguna cosa de ese poder májico, que pesaba hacia un mes sobre él y sobre sus compañeros. Todas las investigaciones fueron inútiles, y el castellano iba á retirarse mas desesperado que nunca, cuando al dirigirse todos los frailes á la capilla para rezar el oficio de la tarde, pasaron por delante de él y de Enguerrand. El castellano los miraba maquinalmente cuando al pasar el último lanzó un grito diciendo: «Dios del cielo! esta es Antonia! esta es mi hija!» Antonia, por que ella era en efecto, se quedó pálida como un lirio.

—Qué haceis aqui con estos hábitos sagrados? continuó el castellano.

—Lo que hago aqui, padre mio, dijo Antonia, es que estoy enamorada de Enguerrand.

—Sal de este convento ahora mismo, desgraciada, exclamó el castellano.

—No saldré de él sino muerta, respondió Antonia.

Y diciendo esto, á pesar de los gritos del castellano, se lanzó en la capilla detras de los monjes y se sentó en su silla acostumbrada. El prior sobre todo habia quedado como petrificado. El castellano furioso queria perseguir á su hija, pero Enguerrand le suplicó que no profanase el lugar santo con semejantes escándalos, y que esperase que concluyera el oficio. El padre consintió en ello y siguió á Enguerrand á la capilla.

Estaban en las antífonas, y semejante á la voz de Dios, el órgano preludiaba majestuosamente. Un canto admirable, pero irónico, amargo y terrible, respondió á los sonidos del sublime instrumento: era el canto de An-

tonia y todos los corazones temblaron. El órgano volvió á resonar tranquilo, grave, imponente, y parecía querer sofocar con su magnificencia celeste el agudo clamor que le insultaba desde abajo. Pero como si aceptase el desafío, los acentos de Antonia se elevaron á su vez mas desolados, mas implos que nunca. Todos esperaban aturdidos lo que iba á resultar de este formidable diálogo, de este cambio de blasfemias y de oraciones, de esta lucha estraña entre Dios y Satanás, cuando en medio de un silencio pavoroso, la música celestial estalló como un trueno al fin del versículo blasfemador, y derramó sobre todas las cabezas inclinadas, escepto una sola, los torrentes de su cólera. Fué aquello algo parecido á la voz atronadora que oirán los pecadores el dia del juicio final. Antonia, no por eso dejó de luchar todavía; pero su canto no fué esta vez mas que un grito agudo, horroroso, penetrante, parecido á una risa de condenado, y cayó pálida y tiesa sobre el pavimento de la capilla. Cuando la levantaron estaba muerta.

—Jesus Maria! esclamó la señora Ruperta.

—Pobre Antonia, dijo candorosamente Hermann.

—Embustera, murmuró Aubry.

En cuanto á los demas guardaron silencio, lo que probaba que hasta sobre los incrédulos habia tenido poder la terrible relacion de la señora Petra; solamente Scozzone se enjugó una lágrima y Pagolo hizo la señal de la cruz.

—Cuando el prior, continuó la señora Petra, vió al enviado del diablo, así pulverizado por la cólera de Dios, creyó verse libre para siempre de los lazos del tentador; pero contaba sin su huésped, como puede decirse ahora mas que nunca, puesto que habia tenido la imprudencia de dar hospitalidad á un poseido del demonio. Así es que á la noche siguiente apenas se habia dormido, fué despertado por un ruido de cadenas; abrió los ojos, los volvió instintivamente hácia la puerta, vió á esta jirar sola sobre sus goznes, y al mismo tiempo un fantasma, vestido con el hábito blanco de los novicios, se aproximó á su cama, le cojió por el brazo y le gritó: «yo soy Antonia! Antonia que te ama! y Dios me ha dado poder sobre ti por que has pecado, sino de obra, al menos de pensamiento.» Y todas las noches, al dar las doce se presentaba la terrible aparicion implacable y fiel á su palabra, hasta que al fin Enguerrand tomó el partido de hacer una peregrinacion á la Tierra Santa, y murió por gracia especial de Dios, en el momento que acababa de arrodillarse delante del santo sepulcro.

Pero Antonia no estaba satisfecha. Se dirigió entonces á todos los frailes en general, y como habia pocos que no hubiesen tambien pecado como el pobre prior, continuó visitándolos todas las noches y despertándolos brutalmente gritando con voz formidable: «yo soy Antonia! yo soy Antonia que te ama.»

Este es el origen del fraile encantado.

Cuando vayáis de noche por la calle, y se os acerque un capuchon gris ó blanco, apresuraos á entrar en vuestra casa; por que este es el fraile que busca una presa.

Destruído el convento para edificar en su lugar el castillo, creyeron libertarse de la fantasma; pero parece que ella tiene querencia al sitio. En diferentes épocas ha vuelto á aparecer. Y he aquí, Dios nos perdone, que el condenado vuelve á presentarse.

—Dios nos libre de su malignidad!

—Amen! dijo la señora Ruperta persignándose.

—Amen! dijo Hermann temblando.

—Amen! dijo Aubry riendo.

Y cada uno de los asistentes repitió Amen! en un tono correspondiente á la impresion que habia experimentado.



XIV.

LO QUE SE VE DE NOCHE DESDE LA COPA DE UN ALAMO.

Al día siguiente, que era el mismo en que toda la corte debía volver de Fontainebleau, la señora Ruperta declaró al mismo auditorio, que también ella tenía que hacer una grande revelacion.

Como es fácil de inferir, á tan interesante noticia, todo el mundo se reunió á la misma hora y en el mismo sitio; lo que pudieron hacer con tanta mas libertad cuanto que Benvenuto habia escrito á Ascenio que se quedase dos ó tres dias mas para hacer preparar la sala donde pensaba colocar á su Júpiter, el cual debia fundirse tan pronto como regresára.

El preboste por su parte no habia hecho mas que presentarse en el gran Nesle para preguntar si habia alguna noticia del paradero de Colomba; pero como le contestase la señora Petra que todo continuaba en el mismo estado, se habia vuelto inmediatamente al Chatelet.

Los moradores del pequeño y del grande Nesle, gozaban, pues, de entera libertad, puesto que los dueños estaban ausentes.

En cuanto á Aubry aunque debia tener aquella noche con Gervasia una entrevista, la curiosidad pudo mas que el amor, ó mas bien esperaba que la relacion de Ruperta, menos larga que la de la señora Petra acabaria á tiempo para poder oír á la vez la narracion y llegar á la hora designada á su cita.

Ha aquí lo que Ruperta tenía que contar:

La relación de la señora Petra la había hecho tal impresión que cuando entró en su cuarto tembló de pies á cabeza temiendo que apesar de los santos reficarios que cubrían la cabeza de su cama, viniera á visitarle la fantasma de Antonio.

Ruperta atrancó bien su puerta, pero esta era una débil precaución, porque la buena dueña estaba demasiado al corriente de las costumbres de los fantasmas para saber que los espíritus no conocen puertas cerradas; sin embargo hubiera querido fortificar también la ventana que daba al jardín del gran Nésle, pero el propietario primitivo había olvidado poner en ella contra-ventanas, y el propietario actual había juzgado inútil gravarse con este gasto. Ordinariamente tenía cortinas, pero esta vez para que nada saliera al derecho, las cortinas estaban en poder de la labandera. La ventana, pues, no estaba defendida, sino por un simple vidrio transparente como el aire que impedía entrar.

Al entrar Ruperta en su cuarto, miró debajo de su cama, registró todos sus armarios, y no dejó el menor rincón sin visitar. Sabía que el diablo no necesita grande espacio cuando quiere meter su cola, sus uñas y sus cuernos, y que Asmodeo, permaneció no sé cuantos años acurrucado en una botella. El cuarto estaba enteramente solo, y no había en él la menor huella de fantasma.

Ruperta se acostó, pues, algo mas tranquila, pero sin embargo dejó ardiendo su lámpara. Apenas se halló en la cama dirigió la vista á la ventana y delante de ella vió una sombra gigantesca que se dibujaba en la oscuridad, y la interceptaba la luz de las estrellas; en cuanto á la luna, no había cuestion porque entraba en su último cuarto.

La buena Ruperta tembló de miedo, y ya estaba á punto de gritar ó llamar, cuando se acordó de la estatua colosal de Marte, que se elevaba precisamente delante de su ventana. Inmediatamente volvió á dirigir sus ojos, que había cerrado, hácia el lado de la falsa aparición y reconoció perfectamente todos los contornos del Dios de la guerra. Esto tranquilizó momentáneamente á Ruperta, que tomó la resolución positiva de dormirse.

Pero el sueño, este tesoro del pobre, que tan frecuentemente le envidia el rico, no está á las órdenes de nadie. Dios le abre de noche las puertas del cielo, y caprichoso como es, visita al que bien le parece, desdeñando á quien le llama, y llamando á las puertas de quien no lo espera. Ruperta lo invocó largo tiempo sin ser oída.

En fin hácia media noche la fatiga la rindió, poco á poco sus sentidos se embotaron; sus pensamientos, en general tan mal encadenados los unos con los otros, rompieron el hilo imperceptible que los sujetaba, y

se esparcieron como las cuentas de un rosario. Su corazón solo, agitado por el temor, continuó velando; al fin se durmió también, y solo la lámpara quedó despierta:

Peró como toda cosa humana, la lámpara tuvo su fin dos horas despues que Ruperta habia cerrado los ojos con el sueño del justo. La lámpara, so pretexto de que no tenia mas aceite, principió á debilitarse; despues chisporroteó, despues despidió una gran luz, despues en fin murió.

Precisamente en este momento Ruperta tenia un sueño terrible; se ñaba que al volver por la noche de casa de la señora Petra, habia sido perseguida por un fantasma, pero felizmente Ruperta habia hallado, contra la costumbre de las personas que sueñan, sus piernas de quince años; y corrió tanto, que la fantasma aunque parecía deslizarse y no marchar por la tierra, no pudo alcanzarla, sino hasta el momento en que aquella le dió con la puerta en la cara. Ruperta la habia entonces oído, siempre en su sueño por supuesto, quejarse y llamar á la puerta, pero como se deja conocer no se dió prisa para ir á abrirla; encendió su lámpara, subió los escalones de cuatro en cuatro, entró en su habitacion, se metió en la cama y apagó la luz.

Peró en el momento mismo de apagarla, distinguió la cabeza de la fantasma detras de su vidriera; habiase trepado como un lagarto por la pared, y trataba de entrar por la ventana. Ruperta oia en sueños las uñas de la fantasma que rechinaban arañando lo vidrios.

Ya se comprande que no hay letargo que resista á semejante sueño. Ruperta, pues, despertó con los cabellos herizados y toda bañada en sudor frio.—Abrió sus ojos espantados y los dirijió á pesar suyo á la ventana.—Entonces lanzó un grito terrible, porque he aqui lo que vió:

Vió la cabeza de Marte colosal arrojando fuego por los ojos? por la nariz, por la boca y por los oidos. Al principio creyó que estaba todavia dormida y que todo aquello era la continuacion de su sueño; pero para asegurarse de que estaba bien despierta se pellizcó hasta hacerse sangre, hizo la señal de la cruz, rezó mentalmente tres *pater noster* y dos *ave-Marías* y la monstruosa aparicion no desapareció.

Ruperta tuvo valor para alargar el brazo, cojer el palo de su escoba y golpear con toda su fuerza en el techo. Hermann dormia en el piso que habia encima de ella, y esperaba que el vigoroso alemán despertado por este llamamiento acudiese á su socorro. Pero por mas que llamó Ruperta, Hermann no dió ninguna señal de existencia.

Entónces cambió de direccion, y en lugar de llamar en el techo para despertar á Hermann, llamó en el pavimento para despertar á Pagolo.

Pagolo dormía debajo del cuarto de Ruperta, como Hermann dormía encima, pero Pagolo estaba tan sordo como Hermann, y por mas que llamó Ruperta, nada se movió.

Entonces abandonó la línea vertical por la horizontal. Ascanio era su vecino, y llamó con el palo de su escoba en el tabique de separación.

Pero todo permaneció mudo en el cuarto de Ascanio, como todo había permanecido mudo en los de Pagolo y Hermann. Era, pues, evidente, que ninguno de los tres compañeros se hallaba en su dormitorio. Por un momento creyó Ruperta que la fantasma se los había llevado á todos tres.

Pero como semejante idea nada tenía de satisfactoria, Ruperta cada vez mas espantada, y segura de que nadie podía venir á su socorro, tomó el partido de ocultar la cabeza debajo de las sábanas y esperar. Esperó una hora, hora y media, dos horas tal vez; pero como no oyó ningún ruido, volvió á recobrar algún aliento, separó dulcemente su sabana, asomó primero un ojo y despues los dos. La vision había desaparecido. La cabeza de Marte se había apagado y todo había vuelto á entrar en las tinieblas.

Por mucho que pudieran tranquilizarle este silencio y esta oscuridad, ya se comprende que Ruperta estaria reñida con el sueño para todo el resto de la noche. La pobre mujer, permaneció con el oído en acecho y los ojos abiertos hasta el momento en que los primeros rayos del sol penetrando por los vidrios, le anunciaron que había pasado la hora de las fantasmas.

Hé aquí lo que refirió Ruperta, y en honor de la narradora debemos decir, que su relacion hizo mas efecto que la de la vispera; la impresion fué profunda, sobre todo en Hermann, y la señora Petra, en Pagolo y Scozzone. Los dos hombres se escusaron de no haber oído á Ruperta, pero con una voz tan trémula y de una manera tan embarazada, que Aubry soltó una carcajada. En cuanto á la señora Petra y Scozzone no desplegaron sus lábios. Solamente ponianse alternativamente tan coloradas y tan pálidas, que si hubiera habido luz y hubiera podido seguirse en su rostro el reflejo de lo que pasaba en sus almas, se hubiera podido creer en menos de diez segundos que iban á morir, primero de un arrebató de sangre, y despues eas; al mismo tiempo fallecer de inanición.

—Segun eso, señora Petra, dijo Scozzone que fué la primera en reponerse, asegurais que habeis visto á la fantasma pasearse por el jardín del gran Nestsle.

—Como os estoy viendo ahora, hija mia, respondió la señora Petra.

—Y vos, Ruperta, habeis visto echar fuego á la cabeza de Marte?

—Todavía la veo.

—Sin duda el maldito aparecido, añadió la señora Petra, habra elegido la cabeza de la estátua para su domicilio, y como despues de todo, es menester que una fantasma se pasee como una persona natural, á ciertas ho-

ras, baja, vá, viéne, y cuando está cansada se vuelve á trepar á su cabeza: Los ídolos y los espíritus se entienden como ladrones en fèria; todos son habitantes del infierno, así es que ese horrible falso dios Marte, dá buena hospitalidad á esa espantosa fantasma.

- Lo creéis así, señora Petra? preguntó el candoroso alemán.
- Estoy segura de ello, señor Hermann, estoy muy segura.
- Pardiez! esto heriza los cabellos! murmuró Hermann temblando.
- Luego creéis en aparecidos, Hermann? dijo Aubry.
- Si creo.

Aubry se encojió de hombros, pero al encojerse de hombros, resolvió profundizar el misterio. Esto era la cosa mas facil del mundo para él, que entraba y salía tan familiarmente como si hubiera sido de la casa. Resolvió, pues, ir á ver á Gervasia al siguiente dia, y quedarse aquella noche en el gran Nesle hasta las diez: á esta hora se despediría de todo el mundo, aparentaria salir, se quedaria dentro, se treparia á un álamo, y desde allí ocultó entre las ramas conoceria al fantasma. Todo pasó como el escotar habia proyectado. Dejó el obrador sin ser acompañado como de costumbre, abrió y cerró el porton con gran ruido para hacer creer que habia salido, y despues dirijiéndose rápidamente al pie del álamo se encaramó á la primera rama, se hizo hasta olla á fuerza de puños y en un instante estuvo en la copa del árbol, hullándose precisamente enfrente de la cabeza de la estátua, y dominando á la vez el grande y el pequeño Nesle, en cuyos jardines y patio nada podia pasar sin que él lo viese.

Mientras Aubry se establecía en su atalaya, habia gran fiesta en el Louvre; cuyas ventanas todas relumbraban. Carlos V se habia decidido al fin á dejar á Fontainebleau y arriesgarse á ir á la capital, y como ya hemos dicho, los dos soberanos habian entrado aquella misma noche en Paris.

Una fiesta espléndida esperaba todavia al Emperador; habia cene, juego y baile. Góndolas alumbradas con farolitos de colores se deslizaban sobre el Sena llenas de músicos, y se detenian armoniosamente enfrente de aquel famoso balcon desde donde treinta años mas tarde, Carlos IX debia disparar sobre su pueblo, mientras que bajeles empavesados de flores, pasaban de un lado á otro del rio á los convidados que venian del arrabal de S. German al Louvre, ó que volvian al arrabal de S. German.

En el número de estos convidados hallábase como era natural el vizconde de Marmagne.

Como ya hemos dicho, el vizconde de Marmagne, buen mozo, rubio, é insulso, tenia la pretension de ser hombre de fortuna en empresas amorosas; así que habia creído observar que una linda condesita, cuyo marido se hallaba precisamente á la sazón en el ejército de Saboya, le habia mirado de cierta manera, entonces bailó con ella y creyó apercibirse de que la ma-

no de la bailarina no era insensible á la presion de la suya. En una palabra, al ver salir á la señora de sus pensamientos, se imaginó por una rápida ojeada que ella le dirigió al separarse de él, que como Galatea, si bien hacía los sauces ora con la esperanza de ser hasta allí perseguida. Marmagne, pues, sin encomendarse á Dios ni al diablo se habia puesto á perseguir á la dama, y como vivia en la parte alta de la calle Hautefeuille habia pasado del Louvre á la torre de Nesle, y seguia por la calle de S. Andres para salir á la de los Padres Agustinos, cuando oyó marchar detras de él.

Era cerca de la una de la madrugada. La luna, como hemos dicho, entraba en su último cuarto, de suerte que la noche estaba bastante oscura. Además el número de las raras cualidades morales de que la naturaleza habia dotado á Marmagne, no era el valor el que hacia el principal papel. Principió, pues, á inquietarse por aquel ruido de pasos que parecia ser el eco de los suyos y envolviéndose lo mas herméticamente que pudo en su capa y llevando instintivamente la mano al pomo de su espada apresuró su marcha.

Pero esta celeridad de nada le sirvió, por que los pasos que seguian los suyos, no solo seguian con la misma uniformidad sino que parecian avanzar cada vez mas. De suerte que al tiempo de volver el pórtico de los Agustinos conoció que iba á ser alcanzado indudablemente por su compañero de camino, si despues de haber pasado del paso simple al paso acelerado no pasaba del paso acelerado al paso gimnástico. Iba á decidirse á este partido estremo, cuando al ruido de los pasos se mezcló el ruido de una voz.

—Par diez, buen hidalgo! decia ésta voz, haceis bien en apresurar el paso, el sitio no es bueno, sobre todo á estas horas, pues ya sabreis sin duda que aqui fue acometido mi digno amigo Benvenuto, el sublime artista que está á estas horas en Fontainebleau, y que no sospecha siquiera de lo que pasa en su casa; pero como nosotros llevamos el mismo camino segun parece, podemos marchar al mismo paso, y si encontrásemos algunos ladrones tendrán que mirarse mucho antes de acometernos: os ofrezco, pues, la seguridad de mi compañía, si quereis concederme el honor de la vuestra.

En las primeras palabras que habia pronunciado nuestro escolar reconoció Marmagne una voz amiga; despues al oir el nombre de Benvenuto, Cestini se acordó del hablador que ya en otra ocasion le habia dado tan útiles informes acerca del interior del gran Nesle: parósa, pues, porque la compañía de Aubry le ofrecia una doble ventaja. En primer lugar le servia de escolta, y despues escoltándolo podia darle acerca de su enemigo alguna nueva noticia que su odio pudiera aprovechar. Acejó, pues, esta vez al estudiante con el mayor agrado del mundo.

—Buenas noches, mi jóven amigo, dijo Marmagne en contestacion á las palabras de franca amistad que Aubry acababa de dirigirle en la oscuridad. Que deciais de ese querido Benvenuto que yo esperaba encontrar en el Louvre, y que se ha quedado como un cazurro en Fontainebleau?

—Ah, pardiez! qué fortuna! exclamó Aubry, como, sois vos, mi querido vizconde... de...! Os habeis olvidado de decirme vuestro nombre, ó yo le he olvidado? Venis del Louvre? parece que estaba muy hermoso y muy animado y no faltarian aventurillas amorosas? Navegamos con viento en popa, no es verdad? Oh! sois terrible en las conquistas de amor.

—Cáspita, dijo Marmagne con aire fátuo, sois brujo, amigo mio: si, vengo del Louvre donde el rey me ha dicho cosas muy graciosas, y donde estaria todavia, si una encantadora condesita, no me hubiese hecho señas que preferia la soledad á toda esa grande bataola. Y vos de donde venis?

—De donde vengo? dijo Aubry prorrumpiendo en una carcajada. Pardiez! vos me haceis pensar en ello; amigo mio, vengo de ver cosas muy graciosas, pobre Benvenuto! Oh! seguramente no merecia eso.

—Y qué le ha sucedido á nuestro buen amigo?

—En primer lugar, si venis del Louvre, es menester que sepais que yo vengo del gran Nesle, donde he pasado dos horas encaramado en una rama ni mas ni menos que un papagallo.

—Diablo! la posicion no era muy cómoda.

—No importa, no importa; no me arrepiento del calambre que allí he tenido porque he visto cosas, amigo mio, mirad, solo de pensarlo me muero de risa.

Y Aubry se puso en efecto á reirse con unas carcajadas tan joviales y tan francas, que aunque Marmagne no sabia todavia de que se trataba, no pudo menos de hacer coro. Pero como ignoraba la causa de la alegria del estudiante, el vizconde cesó naturalmente de reir el primero.

—Ahora, mi jóven amigo, ahora que arrastrado por vuestro buen humor me ha reido de tan buena gana, dijo Marmagne, no podria saber el motivo de vuestra estremada alegria? Ya sabeis que yo soy de los partidarios de Benvenuto, aunque no os haya visto jamás en su casa, en atencion á que mis ocupaciones me dejan muy poco tiempo que poder consagrar al mundo, y que este poco tiempo, debo confesarlo, prefiero dedicarlo á mis queridas, mas bien que á mis amigos. Pero no es menos cierto que todo lo que interesa á él me interesa á mí. Mi buen Benvenuto! decidme, decidme lo que pasa en el gran Nesle en su ausencia. Os juro que me interesa esto mas de lo que pudiera explicaros.

—Lo que pasa? dijo Aubry, no; esto es un secreto.

—Un secreto para mí? dijo Marmagne. Un secreto para mí que amo á Benvenuto tan cordialmente, y que esta misma noche he subido de punto

los elojios que le tributaba Francisco I? Ah! haceis muy mal, añadió Marmagne con aire picado.

—Si estuviese seguro de que no habiais de hablar á nadie, mi querido... como diablo os llamais, mi querido amigo? os contaria eso, porque os confieso, que tengo tanta prisa por decir mi historia, como la tenjan las cañas del rey Midas para contar la suya.

—Hablad, pues, entouces, hablad, repitió Marmagne.

—No lo direis á nadie?

—A nadie, os lo juro.

—Palabra de honor?

—Palabra de caballero.

—Imajinaos pues... pero en primer lugar mi querido... mi querido amigo, conoçeis la historia del fraile encantado?

—Si, he oido hablar de ella. Un fantasma que segun aseguran aparece en el gran Nesle.

—Precisamente. Pues bien, si sabeis eso, puedo deciros lo demas. Imajinaos que la señora Petra...

—El aya de Colomba?

—Precisamente; Vamos, vamos, se conoce que sois de los amigos de la casa. Imajinaos pues, que la señora Petra, en un pasco nocturno que daba por su salud, creyó ver pasearse tambien al fraile encantado, por los jardines del gran Nesle, mientras que al mismo tiempo la señora Ruperta... conoçeis á la señora Ruperta?

—La vieja criada de Cellini?

—Precisamente. Mientras la señora Ruperta, en uno de sus insomnios habia visto centellear á los ojos, nariz y boca de la gran estatua del dios Marte que habeis visto en el jardin del gran Nesle...

—Si; una verdadera obra maestra! dijo Marmagne.

—Obra maestra, asi es la verdad. Cellini no hace otras. Quedó, pues, convenido entre estas dos respetables personas (hablo de la señora Petra y de la señora Ruperta), que estas dos apariciones tenian una misma causa, y que el demonio, que se paseaba por las noches con hábitos de fraile por el jardin, subia al canto del gallo á la cabeza del dios Marte, digno asilo de un condenado como él; y allí era quemado con tan terribles llamas que salia el fuego por los ojos, por la nariz y por los oidos de la estatua.

—Qué diablo de cuento es ese, mi querido amigo? dijo Marmagne, no sabiendo si el estudiante se burlaba ó hablaba seriamente.

—Un cuento de aparecidos, no es otra cosa.

—Y un muchacho de talento como vos, dijo Marmagne puede creer en semejantes necedades?

—No, no creo en ellas, dijo Aubry, y por lo mismo he querido pasar

la noche sobre un álamo para poner la cosa en claro, y ver quien era el verdadero demonio que ponía toda la casa en revolucion. He aparentado salir; pero en lugar de cerrar la puerta del gran Nese detrás de mí, la cerré delante, me deslicé en la oscuridad sin ser visto de nadie, llegué al álamo, y cinco minutos despues estaba encaramado en medio de sus ramas precisamente á la altura de la cabeza del dios Marte. A que no adivináis lo que ví?

—Cómo queréis que lo adivine? dijo Marmagne.

—Es verdad, sería preciso ser hechicero para adivinar semejantes cosas. He visto en primer lugar abrirse la puerta grande, la puerta de la grada, sabéis cuál es?

—Sí, sí, la conozco.

—Vi abrirse la puerta y á un hombre asomar las narices para ver si habia alguien en el patio. Este hombre, era Hermann el gordo alemán.

—Sí, Hermann, el gordo alemán, repitió Marmagne.

—Cuando se aseguró bien que el patio estaba solitario, y despues de haber mirado á todos lados, excepto sobre el árbol, donde como podéis figuraros estaba lejos de suponerme salió del todo, cerró la puerta, bajó los cinco ó seis escalones de la grada y se dirigió en derechura al patio del pequeño Nese donde llamó tres veces. A esta señal salió una mujer del gran Nese y vino á abrir la puerta. Esta mujer era la señora Petra, nuestra amiga, la cual segun parece; gusta de pasear á la luz de las estrellas, en compañía de nuestro Goliat.

—Bah! de veras! pobre preboste!

—Esperad, esperad un poco, no es esto todo. Yo los seguí con la vista al entrar en el pequeño Nese, cuando de repente oigo á mi izquierda rechinar las vidrieras de una ventana. Me volví, se abrió la ventana, y vi á Pagolo, ese picaro de Pagolo! quien hubiera creído esto en él, con sus rezos, sus paternostres, y sus avemarias. Y vi á Pagolo que despues de haber mirado con las mismas precauciones que Hermann, pasó la balaustrada, se dejó deslizar por el cancelon, y de balcón en balcón llegó hasta la ventana... adivináis de qué cuarto? vizconde.

—Qué sé yo! la ventana del cuarto de la señora Ruperta.

—Qué! nada menos que de Scozzone; de Scozzone, el modelo tan querido de Benvenuto: morena encantadora á fé mía! Habcis visto picardia igual vizconde?

—En efecto, es muy gracioso! dijo Marmagne, y es eso todo lo que habeis visto?

—Esperad, esperad, amigo mio, os guardo lo mejor para lo último, el buen plato para la buena boca; tened un poco de paciencia, no hemos llegado á ello, pero llegaremos, estad tranquilo.

—Ya escucho, dijo Marmagne, os aseguro que no he oido en mi vida cosa mas divertida.

—Esperad, esperad un poco! Miraba, pues, á mi Pagolo que corria de balcon á balcon, con riesgo de desnucarse, cuando oi otro ruido que venia casi desde el pié del árbol sobre el cual estaba encaramado. Dirigi entonces mi vista de arriba abajo y vi á Ascanio que salia á paso de lobo de la fundicion.

—Ascanio, el querido discipulo de Benvenuto?

—El mismo, amigo mio, una especie de monaguillo á quien podia darse el pan eucaristico sin confesion. Si, si, fiaos luego de las apariencias.

—Y con qué objeto salia Ascanio?

—Hé ahí la pregunta que yo me dirigi al principio; pero bien pronto no tuve necesidad de preguntarme; porque Áscanio, despues de haberse asegurado, como Hermann y Pagolo, que nadie podia verle, sacó de la fundicion una larga escala que fué á apoyar contra los dos hombres del dios Marte, y por la cual subió. Como la escala estaba precisamente del lado opuesto á donde yo me hallaba, le perdí de vista en medio de su ascension y en el mismo momento en que yo le buscaba, vi de repente inflamarse los ojos de la estátua.

—Qué decis? exclamó Marmagne.

—La verdad pura, amigo mio; y confieso que si hubiera sucedido esto sin conocer ya los antecedentes que acabo de contar, quizás no hubiera estado tan sereno. Pero habia visto desaparecer á Ascanio y sospeché que él era quien habia causado aquella luz.

—Pero qué iba á hacer Ascanio á esa hora en la cabeza del dios Marte.

—Ah! hé ahí precisamente lo que yo me preguntaba; y como nadie podia responderme, resolví descubrir la cosa por mi mismo. Abri cuanto pude los ojos y llegué á descubrir por entre los de la estátua, un espiritu vestido todo de blanco, una fantasma de mujer, á cuyos pies Ascanio se arrodilló como delante de una Madona. Desgraciadamente la Madona me volvió la espalda, y no pude ver su rostro, pero vi su cuello. Oh! que que. Hoy tan lindo tienen las fantasmas, mi querido vizconde, figuraos un cuello de cisne blanco como la nieve. Asi que no es extraño que Ascanio la contemplase con adoracion: impio! con una adoracion que me convenció, que la fantasma era ni mas ni menos una mujer. Qué decis á esto, amigo mio? No es mala ocurrencia ocultar á su querida en la cabeza de la estátua!

—Si, si, es original, dijo Marmagne riendo y reflexionando á la vez; muy original en efecto. Y no sospechais quién puede ser esa mujer?

—A lo mia, no tengo ninguna idea de quien pueda ser. Y vos?

—Tampoco yo. Y qué hicisteis despues de haber visto todo esto!

—Yo! me eché á reir de tal modo que me faltó el equilibrio, y si no me

hubiera detenido en una rama me rompo la cabeza. Pero como nada tenia que ver y como á consecuencia de mi caída habia descendido hasta la mitad del árbol, lo acabé de bajar, me dirigí á la puerta sin ruido y me volví á mi casa riéndome todavía á mis solas, cuando os he encontrado, y me habeis obligado á que os cuente todo. Ahora dadme un consejo. Veamos, vos que sois de los amigos de Benvenuto, qué es menester que haga yo respecto de él? En cuanto á la señora Petra esto no le importa, la buena mujer es mayor de edad y por consecuencia dueña de su voluntad; pero en cuanto á Scozzone y á la Venus que se hospeda en la cabeza del dios Marte, ya es otra cosa.

—Y quereis que os dé mi parecer sobre lo que debeis hacer?

—Sí, os confieso..... que no sé qué hacer, mi querido..... mi querido.... siempre olvido vuestro nombre.

—Mi parecer es que debeis guardar silencio, tanto peor para las personas que son tan necias que se dejan engañar. Ahora, mi querido Aubry, os doy gracias por vuestra buena compañía y vuestra amable conversacion, pero estamos en la calle de Hautefuille, y confianza por confianza, aquí es donde vive mi objeto:

—Adios, mi tierno, mi querido, mi excelente amigo, dijo Aubry apretando la mano del vizconde, vuestro consejo es prudente y lo seguiré. Quedaos con Dios, y Cupido os de ventura en lides de amor.

Los dos compañeros se separaron entonces, Marmagne subiendo por la calle Hautefuille y Aubry tomando la de Poupee para dirigirse á la de la Harpe, en cuyo extremo habia fijado su domicilio.

El vizconde habia mentado al malhadado escolar afirmando que no tenia ninguna sospecha de lo que podia ser el demonio-hembra que adoraba Ascanio de rodillas. Su primera idea fué que el habitante del dios Marte no era otra que Colomba, y cuanto mas reflexionó en esta idea, mas se afirmó en su creencia. Pero como Marmagne aborrecia igualmente al preboste, á Orbec y á Benvenuto Cellini, hallóse situado en una falsa posicion respecto á su odio, porque no podia molestar á los unos, sin dar gusto á los otros. En efecto, si guardaba silencio, Orbec y el preboste quedaban en su misma embarazosa situacion, pero tambien servia á los intereses de Benvenuto: si por el contrario denunciaba el raptó, perjudicaba á Benvenuto, pero el preboste y Orbec hallarian el uno á su hija y el otro á su desposada. Resolvió, pues, meditar bien el asunto para tomar el partido que mas ventajoso le pareciese.

No fué larga la indecision de Marmagne: sabia, aunque sin conocer el verdadero motivo, el interés que la duquesa de Etampes tomaba en el casamiento de Orbec con Colomba, y creyó que esta revelacion le acreditaria de perspicaz á los ojos de la duquesa, ya que no podia hacer valer

los títulos de valiente. Resolvió, pues, presentarse á la mañana siguiente en casa de la de Etampes y contárselo todo; y tomada esta resolución, la ejecutó puntualmente.

Por una de esas casualidades felices que favorecen algunas veces á las malas acciones, todos los cortesanos estaban en el Louvre con Francisco I y el emperador: y al levantarse aquella mañana la duquesa de Etampes no tuvo á su lado sino á sus dos fieles amigos, es decir, al preboste y al conde de Orbec, cuando anunciaron el vizconde de Marmagne.

Este saludó respetuosamente á la duquesa, la cual no respondió á este saludo, sino con una de esas sonrisas que solo á ella pertenecian, y en las que sabia confundir á la vez el orgullo, la proteccion y el desden. Pero Marmagne no se turbó por esta sonrisa, que conocia muy bien, por haberla visto asomar á los labios de la duquesa, no solamente con respecto á él, sino tambien con respecto á otros muchos. Por lo demás, sabia el medio de transformar con una sola palabra esa sonrisa de desprecio en una sonrisa llena de amabilidad.

—Y bien, señor de Estourville, dijo volviéndose hácia el preboste, ha vuelto el hijo pródigo?

—Todavía os chanceais, vizconde! exclamó Estourville con jesto amenazador y montado en cólera.

—Oh! no os enfadéis, mi digno amigo, no os enfadéis, respondió Marmagne. Os digo esto porque si no habeis encontrado todavía á la paloma escapada, yo sé donde ha hecho su nido.

—Vos? exclamó la duquesa con la espresion de la mas encantadora amistad, y donde está? pronto! pronto! decidlo, os lo suplico, mi querido Marmagne.

—En la cabeza de la estatua de Marte, que Benvenuto ha modelado en el jardin del gran Nesle.

XV.

MARTE Y VENUS.

El lector, lo mismo que Marmagne, ha adivinado sin duda la verdad, por estraña que parezca á primera vista. La cabeza del coloso servia de asilo á Colomba. Marte hospedaba á Venus, como habia dicho Aubry. Por segunda vez hacia intervenir Benvenuto su obra en su vida, llamaba al artista en auxilio del hombre, y además de su pensamiento y su génio, ponía su suerte en sus estátuas. Ya en otra ocasion, como hemos visto, habia sepultado en ellas los proyectos de evasion, y ahora ocultaba la libertad de Colomba y la felicidad de Ascanio.

Pero en el punto á que hemos llegado, es necesario que volvamos un poco atrás para mayor claridad.

Cuando Cellini acabó la historia de Estefanía, un momento de silencio sucedió á su relacion; Benvenuto con sus recuerdos, terribles á veces, estrepitosos siempre, entre las sombrías tempestades que habian atravesado su existencia; veía pasar por el fondo la melancólica y serena figura de Estefanía muerta á los veinte años; Ascanio, con la cabeza inclinada, trataba de recordar las facciones pálidas de la mujer que encorvada sobre su cuna, le habia despertado muchas veces siendo niño, dejando caer sus lágrimas sobre su rostro sonrosado. En cuanto á Colomba, contemplaba con enternecimiento á ese Benvenuto á quien otra mujer jóven y pura como

ella, habia amado tanto; parecíale entonces su voz casi tan dulce como la de Ascanio, y entre estos dos hombres que tanto la amaban, sentíase instintivamente tan segura, como un niño podia estarlo sobre las rodillas de su madre.

—Y bien! preguntó Benvenuto, despues de una pausa de algunos segundos, Colomba se fiará del hombre á quien Estefania ha confiado á Ascanio?

—Vos sois mi padre, y él mi hermano, respondió Colomba con graciosa modestia alargándoles las dos manos, y me abandono ciegamente á vosotros dos para que me guardéis para mi esposo.

—Gracias, dijo Ascanio, gracias, amada mia, porque creéis en él.

—Con que prometéis obedecerme en todo, Colomba? añadió Benvenuto.

—En todo, dijo Colomba.

—Pues bien! escuchad hijos míos. Siempre he estado convencido de que el hombre puede todo lo que quiere; pero con la condicion, de tener por ayuda á Dios en el cielo y al tiempo en la tierra. Para salvaros del conde de Orbec y de la infamia, y para entregaros á mi Ascanio, necesito tiempo, Colomba, y dentro de algunos dias vais á ser la mujer del conde. Lo que importa, pues, ahora y aates de todo, es el retardar esa union impia, no es verdad? Colomba, hermana mia, niña mia, hija mia! hay momentos en esta triste vida en que es necesaria una falta para evitar un crimen. Tendreis valor y firmeza? Vuestro amor, que tiene tanta pureza y abnegacion, tendrá tambien un poco de valor? responded.

—Ascanio responderá por mí, dijo Colomba sonriendo y volviéndose hácia el jóven. A él toca disponer de mí.

—No tengais cuidado, maestro, Colomba tendrá valor, respondió Ascanio.

—En ese caso, Colomba, segura como estais de nuestra lealtad y de vuestra inocencia, ¿tendreis resolucion para abandonar esta casa y seguirnos?

Ascanio hizo un movimiento de sorpresa, Colomba guardó silencio por un minuto contemplando á Cellini y Ascanio, despues se levantó y dijo sencillamente:

—A donde es menester ir?

—Colomba! Colomba! exclamó Benvenuto enternecido con tanta confianza, sois una criatura noble y santa. Ya nos hemos salvado, pero no hay que perder un momento. Esta hora es suprema, Dios nos la concede, aprovechémonos de ella; dadme la mano, Colomba y venid.

La jóven bajó su velo como para ocultar su propio rubor á si misma, despues siguió al maestro y Ascanio. La puerta de comunicacion entre el pequeño y gran Nestsé estaba cerrada, pero como tenía la llave por dentro, Benvenuto la abrió sin ruido.

Al llegar á esta puerta se paró Columba.

—Esperad un poco, dijo con voz conmovida.

Y en el umbral de aquella casa que abandonaba, por que ya no la ofrecia un asilo bastante Santo, Columba se arrodilló y oró. Su plegaria quedó entre ella y el Señor, pero sin duda pidió á Dios perdon por lo que iba á hacer. En seguida se levantó tranquila y fuerte y marchó conducida por Cellini: Ascanio, turbado el corozon, los seguia en silencio, contemplando con amor su vestido blanco que huia en la sombra. Asi atravesaron el jardin del gran Nesle; los cantos y las risas de los obreros que cenaban, porque como ya recordará el lector, habia fiesta en el castillo, llegaban indiferentes y alegres hasta nuestros amigos, inquietos y temblando como sucede comunmente en los instantes suprimos de la vida.

Al llegar al pié de la estatua, Benvenuto dejó á Columba un momento, se dirigió á la fundicion y volvió á aparecer, cargado de una larga escala que apoyó contra el coloso. La luna celeste veladora, alumbraba toda esta escena con su pálida luz; el maestro, despues de haber asegurado la escala, incó una rodilla en tierra delante de Columba. El más tierno respeto dulcificaba su poderosa mirada.

—Hija mia, dijo á la jóven, rodéame con tus brazos y asegúrate bien. Columba obedeció sin decir palabra, y Benvenuto levantó á la jóven como hubiera hecho con una pluma.

—Deje el hermano al padre, dijo Ascanio, que se aproximaba á llevar allá arriba á su hija muy amada.

Y el vigoroso artista principiό á subir la escala con su preciosa carga tan fácilmente como sino hubiera llevado mas que un pájaro. Al traves de su velo, Columba apoyando su cabeza encantadora en el hombro del maestro, miraba la varonil y afable fisonomía de su salvador y sentíase penetrada para con él de una confianza enteramente filial, que la pobre niña; ay; no habia experimentado hasta entonces. En cuanto á Cellini, tal era la poderosa voluntad de este hombre de hierro, sostenia en sus brazos á aquella por quien dos horas antes hubiera espuesto su vida, sin que su mano temblase, sin que su corazon latiese mas vivo, sin que ninguno de sus músculos de acero se doblasen. Habia mandado á su corazon que estuviese tranquilo y su corazon habia obedecido.

Cuando llegó al cuello de la estatua abrió una puertecita, entró en la cabeza de Marte y depositó en ella á Columba.

El interior de esta cabeza colosal de una estatua que tenia cerca de sesenta pies de altura, formaba un pequeño aposento redondo que podia tener ocho pies de diametro y diez pies de altura; el aire y la luz penetraban alli por las aberturas de los ojos, de la nariz, de la boca y de los oidos. Este camarín habia sido ejecutado por Cellini: cuando trabajaba en la

cabeza, cenerraba en ella los instrumentos de que se servia diariamente á fin de ahorrarse el trabajo de subirlos y bajarlos cinco ó seis veces al dia; frecuentemente tambien llevaba su desayuno consigo y lo colocaba sobre una mesa que habia en medio de este singular comedor, de manera que no abandonaba su andamiada por el almuerzo. Esta innovacion que le era tan cómoda le incitó á adoptar otras, además de la mesa, metió en la cabeza de la estatua una especie de cama pequeña, y ya últimamente no solo se desayunaba en la cabeza de su Marte, sino tambien dormia en ella su siesta. Asi que nada tiene de particular que se le ocurriese la idea de trasportar á Colomba al escondite mas seguro evidentemente de todos cuantos podian ofrecerte.

—Aquí es necesario que os quedeis, Colomba, dijo Benvenuto, y debéis hija mia, resignaros á no bajar sino denoche. Aguardad en este asilo bajo la mirada de Dios y bajo la guarda de nuestra amistad el resultado de mis esfuerzos. Espero que Júpiter, añadió sonriéndose y aludiendo á la promesa del rey, acabará lo que Marte ha principiado. Vos no me comprendéis; pero yo sé lo que quiero decir. Nosotros tenemos á nuestra disposicion el Olimpo, y vos el paraiso. ¿Qué cosa no alcanzaremos! Vamos sonreios un poco, sino por el presente al menos por el porvenir. Os digo formalmente que es menester aguardar. Esperad pues, con confianza; sino en mi al menos en Dios. Yo he estado en una prision mas dura que la vuestra, creedme, y mi esperanza me hacia olvidar mi cautiverio.—Desde ahora hasta el dia del triunfo, Colomba, no me volveréis á ver mas.

Vuestro hermano Ascanio, de quien menos sospechan y que de consiguiente está menos vijado que yo, vendrá á vos y velará sobre vos; él es á quien yo encargo que transforme este cuarto de artista en celda de religiosa. En el momento, pues, de separarme de vos, retened bien mis palabras: vos habeis hecho, confiada y animosa niña, todo lo que teneis que hacer; todo lo demás queda á mi cuidado: no tenemos ya que hacer otra cosa sino dejar obrar á la Providencia; oid bien Colomba, lo que voy á deciros. Suceda lo que quiera, en cualquiera situacion desesperada en que os parezca hallaros ó esteis realmente, aun cuando al pié de los altares no tengais ya que hacer otra cosa sino decir el terrible *sí*, que os unirá para siempre con el conde de Orbec, no dudeis de vuestro amigo, Colomba; no dudeis de vuestro padre, hija mia: contad con Dios y con nosotros. ¿Tendréis esta fé y esta firmeza? ¿Decid, la tendréis?

—Sí, dijo la jóven con voz tranquila.

—Está bien, respondió Cellini, adios, os dejo en vuestra soledad; cuando todo el mundo duerma vendrá Ascanio á traeros todo lo que os haga falta, adios Colomba.

Benvenuto alargó la mano á Colomba, pero esta le presentó su frente

como acostumbraba á hacer con su padre. Cellini tembló, pero pasando su mano por delante de sus ojos, y dominando á la vez los pensamientos que bullian en su cabeza y las pasiones que fermentaban en su corazon, depositó sobre aquella frente pura el mas paternal de los besos, murmurando á media voz:

—Adios, querida hija de Estefania.

Y descendió rápidamente para unirse con Ascanio que le esperaba, y ambos se dirigieron tranquilamente á donde estaban los obreros que ya no comian, pero que continuaban bebiendo.

Una nueva vida, estraña, inaudita principi6 entonces para Colomba, pero resign6se á ella como á la existencia de una reina.

He aquí como fué amueblado el aposento áereo.

Como ya hemos dicho, tenia una cama y una mesa; Ascanio aadi6 á estos muebles una silla, un espejo de Venecia, una biblioteca compuesta de libros devotos que designó la misma Colomba, un crucifijo, maravilla del arte por su cincelado; y por último un jarro de plata, obra tambien del maestro, y cuyas flores renovaban todas las noches.

Esto era todo lo que podia contener el camarín que enterraba tanta inocencia y gracia.

Colomba dormia comunmente de dia: Ascanio se lo habia aconsejado así, temiendo que un movimiento involuntario la descubriese; se despertaba con la luz de las estrellas y el canto de los ruiseñores, arrodillábase sobre su lecho delante de su crucifijo, permanecía largo tiempo absorta en una ferviente plegaria, en seguida arreglaba su tocado y peinaba sus hermosos y largos cabellos. Entonces se apoyaba una escala contra la estufa y Ascanio venia á llamar á la puertecita. Si Colomba habia acabado su tocado abria á su amigo que permanecia á su lado hasta media noche, en cuya hora si el tiempo estaba bueno, bajaba Colomba, Ascanio entraba en el gran Nesle y dormia algunas horas mientras que Colomba daba su paseo nocturno. Al cabo de dos horas, la blanca aparicion se volvia á su escondite donde esperaba el dia respirando las flores que acababa de cojer para perfumar su dulce nido y oyendo cantar los ruiseñores del pequeño Nesle y á los gallos del Pre-aux-Clers.

Un poco antes del alba volvia Ascanio á ver á su amada y le traia sus provisiones del dia, hábilmente hurtadas á la señora Ruperta, gracias á la complicidad de Cellini. Entonces principiaban dulces y sabrosas pláticas, recuerdos de amantes, proyectos de esposos. Algunas veces tambien Ascanio permanecia en silenciosa contemplacion delante de su idolo, y Colomba le dejaba mirar sonriéndole. Frecuentemente al separarse, no habian pronunciado una sola palabra; pero precisamente entonces, era cuando mas habian hablado. ¿Cada uno de ellos no tenia dentro de su corazon

todo lo que el otro hubiera podido decirle, mas lo que el corazon no dice y Dios lee?

El dolor y la soledad en la juventud tienen de bueno que haciendo el alma mejor y mas grande, la conservan tambien fresca y pura. Colomba, la virgen orgullosa y digna, era al mismo tiempo una niña alegre y loca; pues los dos jóvenes amantes tenían además de los dias en que meditaban, dias en que reían, y dias en que jugaban como niños, y cosa admirable, no eran estos dias ó mas bien estas noches, porque como ya se sabe, los dos jóvenes habían invertido el orden de la naturaleza, no eran estos dias los que pasaban mas pronto. El amor, como toda cosa radiante, necesita sombra para brillar mejor.

Jamás una palabra de Ascanio asustó a la tímida y pura niña que le llamaba su hermano. Estaban solos, se amaban, pero precisamente porque estaban solos, sentían mejor la presencia de Dios, cuyo cielo veían desde mas cerca, y precisamente porque se amaban, respetaban su amor como una divinidad.

Cuando la aurora principiaba á dorar débilmente los techos de las casas, Colomba con gran sentimiento despedía á su amigo, pero como Julieta despedía á Romeo llamándole diez veces, siempre sucedía que el uno ó la otra habían olvidado alguna cosa importante: sin embargo, era necesario partir al fin, y Colomba hasta el momento en que, hacia el medio dia, entregaba su corazon á Dios y se dormía con el sueño de los ángeles, quedaba sola para meditar escuchando á la vez los pensamientos que murmuraban en su corazon, y los pajaritos que se despertaban cantando bajo los tilos de su antiguo jardin. Es inútil decir que al retirarse Ascanio se llevaba la escala.

Para estos pajaritos desmenuzaba todas las mañanas migas de pan á la entrada de la boca de la estatua; los picaruelos atrevidos venían á buscar este pan y se volaban en seguida, pero poco á poco se fueron domesticando. Los pájaros comprenden á las almas de las jóvenes aladas como ellos. Permanecían, pues, largo tiempo y pagaban con sus cantos la comida que les daba Colomba. Venía entre ellos un jilguero atrevido que se aventuró á entrar en el camarín y se habituó á venir á comer en la mano de la joven por las mañanas y las tardes. Despues, cuando las noches principiaban á refrescar, en una de ellas se dejó prender por la joven prisionera, que lo colocó en su seno, donde durmió hasta el amanecer apesar de la visita de Ascanio y del paseo de Colomba. El cautivo voluntario no dejó por eso de volver al siguiente dia y todas las demas tardes. Al rayar el alba se ponía á cantar. Colomba entonces lo cojía, lo daba á besar á Ascanio y le devolvía la libertad.

De este modo pasaba la existencia de Colomba en la cabeza de la estatua.

Dos sucesos solos turbaron su curso apacible; estos dos sucesos fueron las dos visitas domiciliarias del preboste. Una vez despertó Colomba sobresaltada al oír la voz de su padre; no era un sueño: allí estaba, en el jardín, debajo de ella, y Benvenuto le decía:

—Preguntáis quien es este coloso, señor de Estourville? Es la estatua de Marte que S. M. el rey Francisco I ha tenido la bondad de encargarme para Fontaineblau. Un juguete de sesenta pies, como veis, nada mas.

—Es muy grandiosa y muy hermosa, respondió Estourville; pero pasemos adelante, no es esto lo que vengo á buscar.

—Seria demasiado fácil de hallar.

Y pasaron.

Colomba arrodillada con los brazos estendidos, tuvo intencion de gritar á su padre: padre mio, padre mio, aqui estoy! el anciano buscaba á su hija, la horaba tal vez; pero el pensamiento del conde de Orbec, y los proyectos odiosos de la duquesa de Etampes, y el recuerdo de la conversacion que habia oido Ascanio, la obligaron á guardar silencio. Asi es, que no volvió á tener semejante intencion en la segunda visita cuando la voz del odioso conde se mezcló á la del preboste.

Hé aquí una admirable estatua construida como una casa, decia Orbec parado al pié del coloso. Si resiste el invierno, las golondrias podrán hacer en ella su nido en la primavera.

En la misma mañana de este dia, en que la sola voz de su desposado causó tan gran terror á Colomba, Ascanio la habia entregado una carta de Cellini.

«Hija mia, decia Benvenuto, tengo necesidad de partir, pero estad tranquila, pues lo dejo todo preparado para vuestra libertad y vuestra dicha. Una palabra del rey me garantiza el resultado, y ya sabéis que el rey no falta nunca á su palabra. Hoy mismo va á ausentarse tambien vuestro padre. No desesperéis. Ahora he tenido todo el tiempo que necesitaba. Vuelvo á repetiroslo, hija mia, aunque estuviéscis en el umbral de la iglesia, aunque estuviéscis arrodillada delante del altar, y dispuesta á pronunciar las palabras que ligan para siempre, dejad obrar á la fatalidad; la Providencia intervendrá á tiempo.—Adios.

Vuestro padre,
BENVENUTO CELLINI.

Esta carta que llenó de alegría á Colomba, reanimando sus esperanzas, tuvo el desgraciado efecto de inspirar á los amantes una seguridad peligrosa. La juventud no conoce los sentimientos moderados. De la de-

esperacion salta á la excesiva esperanza; para ella está siempre el cielo ó preñado de tempestades ó resplandeciente de azul. Doblemente tranquilizados con la ausencia del preboste y con la carta de Cellini, descuidaron desde entonces las precauciones, y dieron mas al amor, y menos á la prudencia. Colomba no velaba ya con tanto cui lado sobre sus movimientos y fué descubierta por Petra, que afortunadamente no vió en ella sino al fraile encantado. Ascanio encendia la lámpara sin correr las cortinas y la luz fué percibida por la señora Ruperta. La relacion de las dos comadres despertó la curiosidad de Aubry, y el indiscreto escolar, semejante al Horacio de la *Escuela de las mujeres*, fué á revelarlo todo, precisamente al que mas debía ocultarse. Ya se conoce el resultado de esta confianza.

Volvamos al palacio de Etampes.

Cuando preguntaron á Marmagne como habia logrado este precioso descubrimiento, nada quiso decir y se hizo el misterioso. La verdad era demasiado sencilla y dejaba poca felicidad á su penetracion, asi que prefirió dar á entender que á fuerza de astucia y de estratagemas habia llegado á obtener los magníficos resultados de que se admiraban. La duquesa, como ya hemos dicho, estaba radiante de alegría. Iba, venia, interrogaba al vizconde; donde se hallaba en fin la rebelde niña que habia causado tantas alarmas? La duquesa queria ir en persona al palacio de Nesle para asegurarse de la felicidad de sus amigos. Además, despues de lo que habia sucedido, despues de la fuga ó mas bien rapto de Colomba, no se la podia ya dejar en el pequeño Nesle. La duquesa se encargaria de ella; la llevaria al palacio de Etampes; la guardaria mejor que lo habian hecho la dueña y el esposo, ella la guardaria como una rival, y como se conoce, Colomba estaria bien guardada.

La duquesa hizo aproximar su litera.

—La cosa ha quedado casi en el secreto, dijo madama de Etampes al preboste. Vos, Orbec, no sois hombre que forméis escúpulo por una escapatoria de niña, no es verdad? Asi que no veo nada que pueda impedir la realizacion del casamiento y nuestros proyectos.

—Oh! señora, dijo inclinándose Estourville lleno de satisfaccion.

—Con las mismas condiciones, no es verdad duquesa? dijo Orbec.

—Sin duda, con las mismas condiciones, mi querido conde. En cuanto á Benvenuto, continuó la duquesa, culpable ó cómplice de un rapto infame, estad tranquilo, mi querido vizconde, os vengaremos de él, vengándonos.

—Pero me han dicho, señora, añadió Marmagne, que el rey en su entusiasmo artistico habia contraido con él para en caso en que la fundicion de su Júpiter mereciera su aprobacion tales compromisos, que no tendria que hacer mas que desear una cosa para verla inmediatamente cumplida.

—Estad tranquilo, aqui es donde le aguardo, respondió la duquesa. Pa-

ra ese día le preparo una sorpresa que él no espera. Descansad pues en mí y dejadme obrar.

Esto es lo mejor que había que hacer ; largo tiempo hacia que la duquesa no se había mostrado tan activa y tan encantadora. Su alegría brillaba á pesar suyo. Pidió al preboste que mandase á buscar inmediatamente á sus soldados; y pronto el preboste, Orbec y Marmagne precedidos de aquellos, llegaron á la puerta del palacio de Nesle, seguidos á cierta distancia por la duquesa de Etampes, que toda trémula de impaciencia y con la cabeza sin cesar fuera de su litera, esperaba en la calle.

Era la hora en que estaban comiendo los trabajadores y Ascanio, Paolo, Juanillo y las mujeres se hallaban solas en aquel momento en el ran Nesle. No esperaban á Benvenuto sino hasta el siguiente día por la tarde ó hasta la mañana del subsiguiente. Ascanio, que recibió á los visitantes, pensó que volvían para hacer un tercer registro, y como había recibido sobre este particular órdenes muy terminantes del maestro, no opuso ninguna resistencia, y recibió por el contrario á los visitantes con la mayor política.

El preboste, sus amigos y sus jontes se dirijieron en derechura á la fundición.

—Abridnos esta puerta, dijo Estourville á Ascanio.

El corazón del jóven se oprimió con no sé que terrible presentimiento; sin embargo podia equivocarse, y como la menor vacilacion podia inspirar sospechas entregó sin resistencia la llave al preboste.

—Cojed esa gran escala, dijo el preboste á sus soldados.

Los soldados obedecieron, y guiados por Estourville se dirijieron á la estatua. Al llegar á ella, el mismo preboste apoyó la escala y se dispuso á subir; pero Ascanio pálido de coraje y de terror puso el pie sobre el primer peldaño.

—Qué pretendéis, señores, esclamó; esta estatua es la obra maestra de Cellini, y su custodia me está confiada: el primero que se atreva á poner la mano en ella, sea para lo que quiera, os prevengo que es hombre muerto.

Y sacó de su cintura un puñal pequeño y afilado, pero tan perfectamente templado que la hoja atravesaba de un solo golpe un escudo de oro.

El preboste hizo una seña y sus soldados se precipitaron sobre Ascanio, este hizo una resistencia desesperada é hirió á dos hombres; pero nada podia solo contra ocho, sin contar el preboste, Marmagne y Orbec. Tuvo que ceder al número, fué derribado, atado y se le puso una mordaza, mientras el preboste subia la escalera seguido por dos de sus soldados, para evitar una sorpresa.

Colomba lo había visto y oído todo ; su padre la encontró desmayada, pues la pobre niña al ver caer á Ascanio creyó que estaba muerto.

Sobrecojido al verla, de cólera mas bien que de sentimiento, el preboste cargó bruscamente á Colomba sobre sus robustos hombros y bajó. En seguida se dirijieron todos á la calle arrastrando los soldados á Ascanio á quien Orbec miraba con atencion. Pagolo vió pasar á su compañero y no se movió. Juanillo habia desaparecido. Scozzone, sola, no comprendiendo nada de lo que pasaba, trató de empujar la puerta gritando:

—Que significa esta violencia, señores? por qué arrastrais asi á Ascanio? quién es esta mujer?

Pero en este momento se levantó el velo que cubria el rostro de Colomba y Scozzone reconoció al modelo de la estátua de Hebe.

Entonces se paró pálida de envidia, y dejó pasar sin decir una palabra mas, al preboste, á sus amigos, á sus soldados, y á los que ellos conducian.

—Que significa esto, y porque habeis maltratado á este jóven? dijo la duquesa de Etampes; vicelo á Ascanio atado, pálido, y todo ensangrentado; desatadle, desatadle.

—Señora, dijo el preboste, este jóven nos ha opuesto una resistencia desesperada, ha herido á dos de mis hombres, es cómplice indudablemente de su maestro, y me parece urgente conducirlo á lugar seguro.

—Ademas, dijo Orbec, á media voz á la duquesa, se parece tanto al paje italiano que he visto en vuestra casa y que ha asistido á toda nuestra conversacion, que si no tuviese otro vestido, y no hablase la lengua que me habeis asegurado que no entendia, á fé mia, señora duquesa, juraría que era él.

—Teneis razon, señor preboste, dijo vivamente la duquesa de Etampes derogando la orden que habia dado para dar libertad á Ascanio, teneis razon, ese jóven puede ser peligroso, aseguradle.

—Al Chatelet prisionero! dijo el preboste.

Y nosotros, dijo la duquesa, á cuyo lado habian colocado á Colomba que continuaba desmayada, nosotros, señores, al palacio de Etampes.

Un instante despues se oyó el galope de un caballo.

Era Juanillo que corria á toda brida para anunciar á Cellini lo que acababa de pasar en el palacio de Nesle.

En cuanto á Ascanio, entró en el Chatelet sin haber visto á la duquesa, y sin saber la parte que acababa de tomar en el suceso que destruia todas sus esperanzas.

KVI

LAS DOS RIVALES.

La duquesa de Etampes que desde que habia oido hablar de Colomba deseaba tanto conocerla, vió al fin cumplidos sus deseos, puesto que se hallaba en su presencia la pobre niña desmayada. Asi es, que durante todo el camino la celosa duquesa no cesó de mirarla. Sus ojos encendidos de cólera, al verla tan bella, analizaba cada una de sus facciones y contaba una á una todas las perfecciones de la pálida jóven que se hallaba ya en su poder y bajo su mano. Estaban, pues, enfrente una de otra esas dos mugeres que aspiraban á un mismo amor y que se disputaban un mismo corazon. La una vengativa y poderosa, la otra débil pero amada, la una con su brillo, la otra con su juventud, la una con su pasion, la otra con su inocencia: Ambas separadas por tantos obstáculos se encontraban y se rozaban al fin, ajando el vestido de terciopelo de la duquesa el sencillo vestido blanco de Columba.

Aunque Colomba estaba desmayada, Ana no estaba menos pálida que ella. Sin duda aquella muda contemplacion desesperaba su orgullo y destruia sus esperanzas; porque mientras que balbuceaba como á pesar suyo «no me habian engañado, es hermosa, muy hermosa!» su mano que tenia asida la de Colomba la apretó tan convulsivamente que la jóven saliendo de su desmayo por la fuerza del dolor, volvió en si y abrió sus grandes ojos diciendo:

—¡Ah señora! me haceis daño.

Tan pronto como la duquesa de Etampes vió abrirse los ojos de Colomba soltó su mano.

Pero la percepción del dolor que habia experimentado la jóven, habia en cierto modo precedido al recobro de sus facultades intelectuales. Despues de haber lanzado este grito mas bien que pronunciado estas palabras, permaneció todavia algunos segundos contemplando á la duquesa con admiracion y no pudiendo conseguir coordinar sus ideas. En fin, despues de un instante de exámen; ¿Quién sois vos, señora! dijo, ¿y á donde me llevais asi? En seguida retrocediendo de repente;—Ay! exclamó, sois la duquesa de Etampes, ¿ya me acuerdo, ya me acuerdo!

—Callad, replicó Ana imperiosamente, callad, ahora mismo nos quedaremos solas y podeis admiraros y gritar cuanto querais.

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada dura y altanora; pero el sentimiento de su propia dignidad, y no esta mirada, impuso silencio á Colomba. Encerróse, pues, hasta que llegaron al palacio de Etampes en un silencio absoluto, y cuando llegaron á él, á una señal de la duquesa la siguió á su oratorio.

Cuando las dos rivales se hallaron solas, se miraron mutuamente de pies á cabeza sin decir una palabra durante uno ó dos minutos; pero con dos espresiones de rostro muy diferentes. Colomba estaba tranquila, porque la sostenia su esperanza en la Providencia y su confianza en Benvenuto. Ana estaba furiosa con su tranquilidad, pero este furor aunque espresado por el trastorno de sus facciones, no estallaba todavia, porque contaba con su omnipotente voluntad y su poder para dominar y vencer aquella débil criatura.

Ella fué la primera que rompió el silencio.

—Ea, mi joven amiga, le dijo con un tono que á pesar de la dulzura de las palabras, no dejaba duda sobre la amargura del pensamiento, al fin habeis vuelto á la autoridad paterna. Yo me alegro de esto, pero ante todo permitidme que alabe como debo vuestro valor, sí, porque es preciso confesar que sois mas atrevida que lo que pudiera creerse en vuestra edad.

—Es que tengo á Dios en mi favor, señora, respondió Colomba cando-rosamente.

—¿De qué Dios hablais, señorita?

Ah! del Dios Marte sin duda, respondió la duquesa de Etampes con una de esas guiñadas que con tanta frecuencia usaba en la córte.

—Yo no conozco mas que un solo Dios, señora, el Dios bueno, protector, eterno, el Dios que recomiend la caridad en la fortuna y la humildad en la grandeza. Desgraciados aquéllos que no conozcan al Dios de que yo hablo, porque tampoco él los conocerá á ellos algun dia.

—Bien, señorita, bien! dijo la duquesa.—La situación es buenisima para predicar moral, y os felicitaria por ello sino creyese mas bien que quereis escudar vuestra impudicia con vuestra impudencia.

—Seguramente, señora, respondió Colomba sin ninguna acritud, pero encojiéndose casi imperceptiblemente de hombros, no trato de escusarme delante de vos, ignorando todavía en virtud de que derecho me acusars. Cuando me pregunte mi padre le contestaré con respeto y dolor. Si me dirige reconvenciones, trataré de justificarme, pero hasta entonces, señora duquesa, permitid que me calle.

—Comprendo, mi voz os importuna, y prefeririais, no es verdad, quedaros sola con vuestro pensamiento, para pensar con libertad en el que amais?

—Ningun ruido, por importuno que sea, puede impedirme que piense en él, señora, sobre todo cuando es desgraciado.

—Luego os atreveis á confesar que le amais?

—Esa es la diferencia que hay entre nosotras, señora : vos le amais sin atreveros á confesarlo.

—La imprudente se propone insultarme, exclamó la duquesa de Etampes,

—Ay! no, no os insulto, os respondo solamente porque me obligais á responderos. Dejadme sola con mi pensamiento y yo os dejaré sola con vuestros proyectos.

—Pues bien! puesto que me obligas á ello, niña, puesto que te crees bastante fuerte para luchar conmigo, puesto que confiesas tu amor, yo confesaré el mio, pero al mismo tiempo que mi amor confesaré mi odio. Sí, amo á Ascanio, y te aborrezco. Despues de todo, por qué linjir contigo? la única á quien puedo decirlo todo, porque es la única á quien no creería nada de lo que diga? Sí, amo á Ascanio.

—Entonces os compadezco, señora, respondió dulcemente Colomba, porque Ascanio me ama.

—Sí, es verdad, Ascanio te ama, pero por medio de la seducción, si puedo, por medio de una mentira, si es menester; y hasta por medio de un crimen, si es necesario, te robaré ese amor; lo entiendes? Yo soy Ana de Heilly, duquesa de Etampes.

—Ascanio amará, señora, á la que le ame mejor.

—Oh! exclamó la duquesa exasperada con tanta confianza, no puedo creerse que su amor sea único en el mundo y que ningun otro pueda comparársele.

—No digo eso, señora. Puesto que yo amo, tambien puede amar otro corazon del mismo modo, solamente dudo que ese corazon sea el vuestro.

—Y que harias tú por él? sepannos, tú que te envanece de ese amor

con el cual no podría competir el mio; que le has sacrificado hasta ahora? la oscuridad de tu vida, el tedio de la soledad?

—No señora, sino mi tranquilidad.

—A quién le has preferido? al ridiculo amor del conde de Orlec?

—No señora, sino á mi obediencia filial.

—Qué tienes tú que darle, puedes hacerle rico, poderoso, temible.

—No, señora, pero espero hacerle feliz.

—Oh! yo, dijo la duquesa de Etampes, yo hago mucho mas que tú: yo le inmolo la ternura de un rey y pongo á su disposicion riquezas, titulos y honores.

—Si, es verdad, dijo Colomba sonriendo, vuestro amor le da todo lo que no es amor.

—Basta de injuriosas comparaciones! exclamó con violencia la duquesa, que conocia perder palmo á palmo el terreno.

Entonces hubo un momento de silencio que Colomba sostuvo sin turbacion, mientras que la duquesa de Etampes no disimulaba la suya sino con el auxilio de una cólera visible. Sin embargo, sus facciones recobraron poco á poco una espresion mas dulce y volvió á ese combate que su orgullo no podia empeñar sino por medio de un triunfo.

—Vamos, Colomba, dijo con tono casi afectuoso, si te dijeran: «sacrifica tu vida por él», que harias tú?

—La daria sin vacilar.

—Yo tambien! exclamó la duquesa con un acento que probaba sino la sinceridad del sacrificio la violencia del amor. Pero sacrificariais vuestro honor como vuestra vida?

—Si por mi honor entendeis mi reputacion, si; si por mi honor entendeis mi virtud, no.

—Cómo, no sois suya, no es él vuestro amante?

—Es mi desposado, señora, y nada mas.

—Oh! ella no le ama, contestó la duquesa! lo pospone al honor, una palabra!

—Y si os dijese, señora, replicó Colomba irritada á pesar de su dulzura, si os dijese «renuncia por él á tus titulos, á tu grandeza, inmólate al rey, no en secreto, porque esto seria demasia lo fácil, sino públicamente, si os dijese: Ana de Heilly, deja por su oscuro taller de cineclador tu palacio, tus riquezas y tus cortesanos?

—Por su interés mismo me negaria, contestó la duquesa como si le hubiera sido imposible mentir ante la mirada penetrante y profunda de su rival.

—Os negariais?

—Si.

—Ah! ella no le ama! exclamó Colomba, ella le pospone á los honores, quimeras!

—Pero cuando os digo que para él solo quiero conservar mi rango! contestó la duquesa exasperada por el nuevo triunfo de su rival, cuando os digo que quiero conservar mis honores para que él participe de ellos! Todos los hombres aman esto tarde ó temprano.

Si, respondió Colomba, sonriendo, pero Ascanio no es uno de todos esos hombres.

—Callad, exclamó segunda vez Ana furiosa y golpeando el suelo con el pié. La astuta y poderosa duquesa no habia podido vencer á aquella frágil niña que creia aterrar solo con levantar la voz. A sus interrogatorios furiosos ó irónicos, Colomba habia contestado siempre con una calma y una modestia que desconcertaban á su rival. La duquesa conoció demasiado que el ciego impulso de su odio la perdía, y cambió de táctica, á decir verdad no habia contado con tanta hermosura y con tanto talento, y de consiguiente, no pudiendo vencer á su rival por los medios que al principio habia adoptado, resolvió vencerla por medio de la sorpresa.

Por su parte Colomba, como ya hemos visto, no se intimidó ante la doble explosion de cólera escapada á la duquesa de Etampes, y encerróse solamente en un silencio frio y pleno de dignidad. Pero la duquesa, en virtud del nuevo plan que acababa de adoptar, se aproximó á ella con sonrisa encantadora, y le tomó afectuosamente la mano.

—Perdóname, hija mia, le dijo, creo que me he escedido, pero no me aborreciais por eso: tenéis tantas ventajas sobre mí que es muy natural que esté celosa. Ay! sin duda os pareceré como á las demás una muger mala! pero en rigor, mi destino es el malo, no yo. Perdoname; no porque ambas amemos á Ascanio debemos aborrecernos. Además vos á quien él ama únicamente, estais en la obligacion de ser indulgente. Seamos hermanas, queréis? hablemos con el corazon abierto, y yo procuraré borrar de vuestro espíritu la desagradable impresion que mi cólera insensata haya podido dejar en él.

—Señora; exclamó Colomba con cautela y retirando su mano por un movimiento de repulsion instintivo; hablad os escucho.

—Oh! respondió la duquesa de Etampes con aire jovial y como si comprendiese perfectamente la desconfianza de la jóven, estad tranquila, no os pido vuestra amistad sin ofreceros una garantia. Para que sepais bien quien soy, para que conozcais como yo misma me conozco, os diré en dos palabras mi vida. Mi corazon no se parece á mi historia, ay! y frecuentemente nos calumnian, á nosotras pobres mugeres, á quienes el vulgo llama grandes señoras. Ay! la envidia hace mal en murmurar de nosotras en

vez de compadecernos. Y sino vos misma, hija mía, como me juzgais? sed franca; como una mujer perdida, no es verdad?

Colomba hizo un movimiento que indicaba la repugnancia que experimentaba en contestar á semejante pregunta.

—Pero si me han perdido, continuó la duquesa de Etampes, es culpa mía? Vos que habeis sido feliz, Colomba, no despreciéis demasiado á las que han sufrido; vos que habeis vivido hasta ahora en una casta soledad, no sepáis jamás lo que es ser educada para la ambicion: por que á las infelices destinadas á este tormento como á las victimas á quienes adornan de flores, no se le enseña mas que el lado brillante de la vida. No se trata de amar, se trata solo de agradar. Asi es como desde mi juventud, mis pensamientos no debian dirigirse sino á seducir al rey; esa hermosura que Dios dá á la mujer para que la cambie por un amor verdadero, me han obligado á que la cambie por un título de un encanto, han hecho un lazo.

Pues bien! decidme, Colomba, que quereis que llegue á ser una pobre niña caída en la edad en que ignora todavía lo que es el bien y el mal y á quien dicen: el bien es el mal, el mal es el bien? Pero Dios; me perdonará, porque no he tenido á mi lado una persona que me enseñase el verdadero camino. ¿Qué quereis que hiciera, aislada, débil y sin apoyo? La astucia y el engaño han sido desde entonces toda mi existencia. Sin embargo, no he nacido para este papel horroroso, y la prueba es, de que he amado á Ascanio y de que al conocer que le amaba me he sentido feliz y avergonzada á la vez. Ahora decidme, querida y pura niña, me comprendéis.

—Sí, respondió injenuamente Colomba, engañada por esta falsa buena fe que menta con la apariencia de la verdad.

—En ese caso os compadecereis de mí, exclamó la duquesa; me dejareis amar á Ascanio desde lejos, sola, sin esperanza; de este modo no seré vuestra rival, puesto que él no me amará, y entonces en cambio, yo que conozco este mundo, sus astucias, sus lazos, sus engaños reemplazaré á la madre que habeis perdido, os guiaré y os salvaré. Ya veis que podéis fiaros de mí; puesto que sabeis mi vida. Una niña en cuyo corazon han hecho germinar pasiones de muger, he ahí todo mi pasado. Mi presente ya lo veis, es la vergüenza de ser públicamente la querida de un rey. Mi porvenir, es mi amor á Ascanio: no el suyo, porque como vos misma habeis dicho y yo me habla dicho á mi misma frecuentemente; Ascanio no me amará jamás; pero precisamente porque este amor permanecerá puro me purificará á mí. Ahora os toca hablar, sed franca y decidme todo. Contadme vuestra historia, querida niña.

—Mi historia, señora, es muy corta, y sobre todo muy sencilla; respondió Colomba. Ella se resume en tres amores. He amado, amo y amaré: á Dios, á mi padre y á Ascanio; solamente que en lo pasado, mi amor para Ascanio, era un sueño, en lo presente es un dolor, en el porvenir es una esperanza.

—Muy bien, dijo la duquesa comprimiendo los celos en su corazón y las lágrimas en los ojos; pero no seas franca á medias, Colomba. Qué vais á hacer ahora? como luchareis vos, pobre niña, contra dos voluntades tan poderosas como las de vuestro padre y del conde de Orbec, sin contar que el rey os ha visto y os ama?

—;Oh Dios mio! murmuró Colomba.

—Pero como esa pasión era la obra de la duquesa de Etampes vuestra rival, Ana de Helly y vuestra amiga, os librará de ella. No nos ocupemos pues del rey, pero queda vuestro padre y queda el conde; no es tan fácil vencer su ambición como el amor furioso de Francisco I.

—Oh! no seas buena á medias, exclamó Colomba, salvadme de ambos como me salvais del rey.

—No sé mas que un medio, dijo la duquesa de Etampes afectando meditar.

—Cuál? preguntó Colomba.

—Pero tal vez os asuste y no le séis.

—Si no se necesita mas que ánimo, hablad.

—Venid aquí y escuchad, dijo la duquesa atrayendo afectuosamente á Colomba hácia una banqueta que habia al lado de su sillón y pasándole la mano al rededor del talle; sobre todo no os asustéis á las primeras palabras que voy á deciros.

—;Luego es muy espantoso lo que vais á decirme? preguntó Colomba.

—Sois de una virtud rígida y sin tacha, querida niña, pero vivamos ¡ay! en un tiempo y en un mundo en que esta inocencia encantadora solamente es un peligro mas: porque os entrega sin defensa á vuestros enemigos, á quienes no podeis combatir con las armas de que ellos se sirven para atacaros. Pues bien! haced un esfuerzo sobre vos misma, descended de las alturas de vuestro sueño y colocaos al nivel de la realidad. Deciais ahora mismo que sacrificariais á Ascanio vuestra reputación. No os pido tanto, inmoladle solamente la apariencia de la fidelidad de su amor. Quereis luchar sola y débil contra vuestro destino; pensar, vos, hija de noble, en contraer un matrimonio con un aprendiz de platero, es una locura. Creed en los consejos de una amiga sincera; no los despreciéis, dejaos conducir, permaneced con vuestro corazón la desposada para, la esposa de Ascanio, y dad vuestra mano al conde de Orbec; que lleveis su nombre,

esto es lo que exigen sus proyectos ambiciosos; pero siendo la condesa de Orbec, frustraríais fácilmente sus proyecto infames, porque no tendríais que hacer mas que alzar la voz y quejaros. Ahora, quien se atreverá á osaros la razon en vuestra lucha? Nadie, yo misma no puedo ayudaros contra la autoridad legitima de un padre; mientras que si se tratara solamente de contrariar los cálculos de vuestro marido, me vereis poner manos á la obra. Reflexionad en esto. Para ser de veras independiente, es preciso que en la apariencia abandonéis vuestra libertad; y entonces escuchada con el pensamiento de que Ascanio es vuestro esposo legitimo y que una union con otro cualquiera no es mas que un sacrilegio, hareis lo que os dicte vuestro corazon, y callará vuestra conciencia; y el mundo, ante cuyos ojos se han salvado las apariencias, os dará la razon.

—Señora! señora! exclamó Colomba levantándose y procurando desahucarse de la princesa que queria detenerla por un brazo; no sé si os comprendo bien, pero me parece que me aconsejais una infamia!

—Qué deis? exclamó la condesa.

—Digo que la virtud no es tan sutil señora, digo que vuestros sofismas me avergüenzan por vos, digo que bajo la aparente amistad con que se oculta vuestro odio, veo el lazo que me tendéis. Quereis deshonrarme á los ojos de Ascanio, no es verdad? porque sabeis que Ascanio no amará jamás ó dejará de amar á la muger que desprecia?

—Pues bien! sí! dijo la duquesa estallando de cólera, por que estoy al fin cansada de llevar la máscara. ¡Ah! dices que no quieres caer en el lazo que te tiendo! pues bien, caerás en el abismo á que te arrastro. Escucha lo que voy á decirte. Quieras ó no, te casarás con el conde de Orbec.

—En ese caso, la violencia de que seré victima, me escusará, y cediendo, si es que cedo, no habré profanado la religion de mi corazon.

—Segun eso piensas luchar?

—Por todos los medios que estén á mi alcance, y os advierto que diré: No, hasta el fin, Aunque pongais mi mano en la mano de ese hombre: dire, No: si me arrastrais al altar, diré: No, si me obligais á arrodillarme delante del sacerdote, diré, No.

—Que importa! Ascanio creera que has aceptado voluntariamente el casamiento que habrás contraido por la fuerza.

—Es qué espero no contraerlo, señora.

—Con que cuentas para librarte de él?

—Con Dios en el cielo y con un hombre en este mundo.

—Pero ese hombre está preso!

—Ese hombre está libre, señora.

—¿Quién es, pues, ese hombre?

—Benvenuto Cellini.

La duquesa rechinó los dientes al oír pronunciar el nombre de aquel á quien tenía por su mas mortal enemigo. Pero en el momento en que iba á repetir este nombre acompañándolo de alguna imprecacion terrible, un page abrió la mampara y anunció al rey.

La duquesa de Etampes se lanzó fuera de la habitacion, y con la sonrisa en los labios salió á recibir á Francisco I, á quien condujo á su aposento, haciendo seña á sus criados que vigilasen á Colomba.

—>>>O<<<—

XVII.

BENVENUTO APURADO.

Una hora despues del encarcelamiento de Ascanio y el rescate de Colomba, Benvenuto Cellini caminaba al paso de su caballo por la calle de los Agustinos: acababa de separarse del rey y de su corte, á quienes habia divertido mucho durante todo el camino con mil cuentos que él sabia adobar con la relacion de sus propias aventuras; pero cuando se vió solo volvió á caer en su meditacion habitual: el hablador frivolo habia sido reemplazado por el pensador profundo. Mientras que su mano dejaba flotar la brida, su frente inclinada meditaba. Pensaba en la fundicion de Júpiter de que dependia con su gloria de artista la felicidad de su querido Ascanio: el bronce fermentaba en su cerebro antes de hervir en el horno. Sin embargo esteriormente estaba tranquilo.

Cuando llegó delante de la puerta del palacio del Gran Nese se paró un minuto admirado de no oír el ruido de los martillos, el negro cas-

tillo estaba mudo, como si nadie lo habitase; en seguida el maestro llamó sin que nadie le respondiese; en fin al tercer golpe vino á abrir Scozzone.

—Ah! sois vos, maestro! exclamó al ver á Benvenuto Cellini. Ay! que no hubieseis venido dos horas antes.

—Pues que ha sucedido? preguntó Cellini.

—El preloste, el conde de Orbec y la duquesa de Etampes han venido.

—Y Qué?

—Han hecho una pesquisa.

—Y bien?

—Han encontrado á Colomba en la cabeza del dios Marte.

—Imposible!

—La duquesa de Etampes se ha llevado á su casa á Colomba y el preloste ha hecho conducir á Aseanio al Chatelet.

—Ah! hemos sido vendidos! exclamó Benvenuto golpeando su frente con la mano y la tierra con su pie! En seguida, como en todas las cosas el primer movimiento de este hombre de energía era la venganza, dejó á su caballo ir solo á la cuadra, y lanzándose dentro del taller:

—Aquí todos! todos!

—Un instante despues se hallaban reunidos todos los operarios. Cada uno de ellos tuvo que sufrir un interrogatorio en regla, aunque ignorando completamente no solo el lugar del retiro de Colomba, sino el medio de que se habian valido sus enemigos para descubrirla: no hubo uno solo de ellos, contando á Pagolo sobre quien habian recaido en un principio las sospechas de Benvenuto, que no se disculpase de una manera que no dejaba la menor duda sobre su inocencia. Es inútil decir que estas sospechas no se habian fijado un instante en el honrado Hermann, y apenas habian alcanzado á Simon el Zurdo.

Viendo que por este lado nada tenia que vengar ni saber, Benvenuto tomó inmediatamente su partido con la rapidez de resolucion que le era hábitud, y despues de haberse asegurado de que su espada estaba en buen estado y que su puñal salia facilmente de la vaina, mandó á todos que se mantuviesen en su puesto á fin de que pudiera hallar á cada uno en caso de necesidad. Salíó del taller, bajó rapidamente las gradas y se lanzó á la calle.

Esta vez su rostro, su andar y todos sus movimientos revelaban la mas viva agitacion. En efecto; mil pensamientos, mil proyectos, mil dolores se chocaban y mezclaban en su cabeza. Faltábale Aseanio en el momento en que le era mas necesario; por que para la fundicion de su Jupiter necesitaba todo sus aprendices y á su cabeza el mas inteligente de todos.

Columba había sido sustraída, y en medio de todos sus enemigos podría perder su valor. Esa serena y sublime confianza que servía á la pobre niña como de una muralla contra los malos pensamientos y los designios perversos, iba tal vez á alterarse y abandonarla entre tantas emboscadas y amenazas.

Ademas, en medio de todo esto, un recuerdo bullía en el fondo de su pensamiento; acordábase de que un día, al indicar á Ascanio la posibilidad de alguna cruel venganza por parte de la duquesa de Etampes le había contestado este sonriendo: «ella no se atreverá á perderme, por que con una sola palabra puedo perderla.» Benvenuto entonces había querido conocer este secreto, pero el jóven le había contestado: «hoy, maestro, esto sería una traición. Esperad el día en que no sea mas que una defensa».

Benvenuto había comprendido esta delicadeza y había esperado. Ahora era preciso que viese á Ascanio, y al logro de este objeto debía dirigir todos sus esfuerzos.

En Benvenuto, la resolución seguía inmediatamente al deseo. Apenas se había dicho que era preciso ver á Ascanio, cuando llamó á la puerta del Chatelet. Abrióse el postigullo, y uno de los soldados del preboste preguntó á Cellini quién era. Otro hombre permanecía detras de aquel en la sombra.

—Me llamo Benvenuto Cellini, respondió el platero.

—Qué quereis? replicó el soldado.

—Quiero ver á un preso encerrado en esta prision.

—Cómo se llama?

—Ascanio.

—Ascanio está incomunicado y no puede ver á nadie.

—Y por qué está incomunicado Ascanio?

—Por que está acusado de un crimen que merece pena de muerte.

—Esa es una razon mas para que le vea.

—Teneis una singular lógica, señor Cellini, dijo con tono chocarrero la voz del hombre oculto en la sombra, la cual no tiene valor ninguno en el Chatelet.

—Quién se ríe cuando yo pregunto? quién se burla, cuando yo suplico? exclamó Benvenuto.

—Yo, dijo la voz; yo Roberto de Estourville, preboste de Paris. A cada uno le llega su vez, señor Cellini. Toda lucha se compone de partida y rebancha. Habeis ganado la primera puesta, y á mí me toca la segunda. Vos me habeis cogido ilegalmente mi palacio y yo os tomo legalmente vuestro aprendiz. Vos no habeis querido devolverme el uno, yo os aseguro que no os volveré el otro. Pero sois valiente y emprendedor, teneis

un ejército de operarios que os quiere, ea, mi conquistador de ciudades! ea! mi escalador de murallas! ea, mi derribador de puertas, venid á tomad el Chatelet, os aguardo.

A estas palabras se cerró el postiguillo.

Benvenuto lanzó un rujido y se dirigió hácia la puerta maciza, pero á pesar del esfuerzo reunido de sus pies y de sus manos la puerta no se movió siquiera.

—Llamad, llamad, amigo mio, gritó el preboste desde adentro, no lograis mas que hacer ruido, y si haceis demasiado guardaos de la ronda, guardaos de mis arqueros! Mirad que el Chatelet no es como el palacio de Nesle, pertenece al rey, y veremos si sois en Francia mas que el rey.

Benvenuto buscó con la vista á su alrededor y vió una piedra enorme que dos hombres de fuerza ordinaria apenas hubieran podido levantar; pero el se la echó áuestas con la misma facilidad que un niño hubiera hecho con un guijarro comun.

Apenas habia dado algunos pasos cuando reflexionó que derribada la puerta hallaria la guardia interior, y que esta via de hecho podria causarle á él mismo la prision en el momento en que la libertad de Ascanio dependia de la suya. Dejó, pues, caer la piedra que por el efecto de su propio peso se introdujo algunas pulgadas en tierra. Sin duda el preboste le miraba por alguna abertura invisible por que Benvenuto oyó una segunda carcajada. Alejóse entonces aceleradamente para no ceder al deseo de ramperse la cabeza contra esta puerta, y marchó en derechura al palacio de Etampes.

No se habia perdido todo, pues no pudiendo ver á Ascanio veia por lo menos á Colomba. Quizás Ascanio en una expansion de amor habia confiado á su amada, el secreto que no habia querido revelar á su maestro.

Todo se presentó bien al principio; la puerta del palacio estaba abierta, atravesó el patio y entró en la antecámara, donde se hallaba de pie un gran lacayo con librea, especie de coloso, de cuatro pies de ancho y seis de alto.

—Quién sois? preguntó al artista mirándole de pies á cabeza.

En cualquiera otra circunstancia, Benvenuto hubiera contestado á esta mirada insolente con alguna de las violencias que le eran habituales, pero se contó al considerar que se trataba de ver á Colomba y de salvar á Ascanio.

—Yo soy Benvenuto Cellini, el platero florentino, respondió.

—Qué quereis?

—Ver á la señorita Colomba.

—La señorita Colomba no está visible.

—Y por qué no está visible?

—Porque su padre, el señor de Estourville preboste de Paris, la ha entregado á la señora duquesa de Etampes para que la vijile.

—Pero yo soy un amigo.

—Una razon mas para que seais sospechoso.

—Os digo que necesito verla, dijo Benvenuto que principiaba á amostarzarse.

—Y yo os digo que no la vereis, respondió el lacayo.

—Y la duquesa de Etampes tampoco está visible?

—Lo mismo que la señorita Colomba.

—Ni aun para mí que soy su platero?

—Para vos menos que para cualquiera otro.

—Entonces es decir que hay consigna para que no se me deje entrar? exclamó Benvenuto.

—Precisamente, exclamó el lacayo, habeis dado en el item.

—Sabes tú que soy un hombre muy singular, dijo á su vez Benvenuto Cellini con esa risa terrible que precedia ordinariamente á sus explosiones de cólera, y que donde no quieren dejarme entrar, precisamente es alli donde yo entro!

—Y cómo lo haceis? decidmelo, me alegraria saber de que medio os valeis para entrar á la fuerza.

—Cuando hay una puerta y un pilla delante como tú por ejemplo.

—En ese caso, qué haceis? dijo el lacayo.

—En ese caso, dijo Benvenuto juntando el efecto á la palabra, derribo al tunante y rompo la puerta.

Al mismo tiempo Benvenuto de un puñetazo hizo rodar al lacayo á cuatro pasos de distancia, y de un puntapié abrió la puerta.

—Socorro! gritó el lacayo, socorro! pero este grito era inútil; al pasar Benvenuto de el vestibulo á la antecámara se halló enfrente de seis lacayos que parecian colocados alli para esperarle. Adivinó que la duquesa de Etampes habia sabido su regreso y que habia tomado todas sus precauciones.

En cualquiera otra ocasion, y armado como estaba de su puñal y su espada, Benvenuto se hubiera arrojado sobre toda aquella chusma que probablemente no lo hubiera pasado muy bien, pero este acto de violencia en el palacio de la querida del rey podia tener consecuencias terribles. Por segunda vez, contra su costumbre, la razon pudo mas que la cólera y seguro por lo menos de poder llegar hasta el rey, á quien, como ya hemos dicho, podia ver á todas horas, soltó su espada que tenia ya medio desenvainada, se volvió atrás y parándose á cada movimiento como un leon que

se bate en retirada; atravesó lentamente el vestíbulo, después del vestíbulo el patio y en seguida se encaminó hacia el Louvre. Esta vez Benvenuto volvió á tomar su aire tranquilo y su andar mesurado, pero esta calma no era mas que aparente, gruesas gotas de sudor surcaban su frente y una profunda cólera se reconcentraba en él, la cual le hacía sufrir tanto mas, cuanto mas enérgicamente trataba de dominarse. Nada en efecera mas antipático en esta violenta naturaleza que la dilacion inerte, que el obstáculo mezquino de una puerta cerrada, que la negativa grosera de un lacayo insolente. Esos hombres fuertes á quienes el pensamiento obedece, jamás se desesperan mas que cuando chocan inútilmente con una resistencia material; diez años de su vida hubiera dado Benvenuto para que un hombre le hubiese dado con el codo, y marchando levantaba de vez en cuando la cabeza, y fijando su mirada terrible en los que pasaban cerca de él parecia decirles:—Vamos á ver, hay entre vosotros algun desgraciado que esté cansado de vivir? en ese caso dirijase á mí, yo soy el hombre que busca.

Un cuarto de hora después, Benvenuto entraba en el Louvre y se detenía en la sala de los pajes pidiendo hablar inmediatamente á S. M. Quería contar todo á Francisco I, hacer un llamamiento á la nobleza de sus sentimientos, y ya que no obtuviese permiso para librar á Ascanio, solicitar por lo menos el de verle; en todo el camino no habia hecho mas que pensar en lo que debía decir al rey y como no dejaba de presumir de ocuente, quedó desde luego satisfecho del discursito que habia preparado. En efecto, todo ese movimiento, esas terribles noticias que habia sabido repentinamente, esos ultrajes sufridos, esos obstáculos que no habia podido vencer, todo esto habia encendido la sangre en las venas del irascible artista, sus sienes zumbaban, su corazon latia con fuerza y sus manos temblaban. El mismo ignoraba que excitacion ardiente redoblaban la energia de su cuerpo y de su alma: un dia de vida se concentra á veces en un minuto.

En esta disposicion se habia dirijido Benvenuto á un paje pidiendo entrar á ver al rey.

—El rey no está visible, contestó el paje.

—No me conocéis? replicó asombrado Benvenuto.

—Si tal, perfectamente.

—Yo me llamo Benvenuto Cellini, y S. M. está siempre visible para mí.

—Precisamente porque os llamais Benvenuto Cellini, respondió el paje, no podeis entrar.

Benvenuto se quedó estupefacto.

—Ah! sois vos! continuó el jóven dirijiéndose á un cortesano que habia

llegado al mismo tiempo que el artista, sois vos, señor de Termes! entrad, entrad, conde de La Fayé, entrad, marqués de los Prados.

—Y yo, y yo? exclamó Benvenuto pálido de cólera.

—Vos! el rey al entrar, hará diez minutos, dijo: si se presenta ese insolente florentino, que sepa que no quiero verle, y que le aconsejen que sea dócil si no quiere tener ocasion de comparar el Chatelet con el fuerte de Santo Angelo.

—Paciencia, no me abandones! balbuceó Benvenuto con voz sorda, porque, vive Dios! que no estoy habituado á que los reyes me hagan esperar. El Vaticano valia tanto como el Louvre, y Leon X como Francisco I, y sin embargo yo no aguardaba á la puerta del Vaticano, ni á la puerta de Leon X: pero ya comprendo; eso es, si, el rey estaba en casa de la duquesa de Etampes, el rey viene de casa de su querida, y esta le habrá prevenido contra mí. Si, eso es, tengamos paciencia, por Ascanio y por Colomba!

Pero á pesar de esta buena resolucion de revestirse de paciencia, Benvenuto se vió obligado á apoyarse contra una columna: su corazón se hinchaba y sus piernas, flaqueaban. Esta última afrenta no le heria solamente en su orgullo sino tambien en su amistad. Su alma estaba toda llena de amargura y desesperacion, y sus labios apretados, su mirada sombría, sus manos crispadas revelaban la violencia de su dolor.

Sin embargo, al cabo de un minuto volvió en sí, separó con un movimiento de cabeza sus cabellos que caian sobre su frente y salió con paso firme y decidido. Todos los que se hallaban presentes le miraron alejarse con una especie de respeto.

Si Benvenuto aparecia tranquilo, lo debía al poder inaudito que poseia sobre si mismo, porque por lo demas hallábase realmente mas turbado y azorado que un ciervo acosado por los perros. Anduvo algun tiempo por la calle sin saber á donde iba, sin ver otra cosa que una nube, sin oir mas que el zumbido de su sangre en sus oidos, preguntándose vagamente á si mismo, como un ébrio; si dormia ó velaba. Esta era la tercera vez que le daban con las puertas en el rostro en el espacio de una hora; á él, á Benvenuto Cellini, al favorito de los papas y de los reyes, á aquel ante quien se abrían las puertas de par en par cuando se oía el ruido de sus pasos. Y sin embargo, á pesar de esta triple afrenta, no podia dejarse llevar de su cólera; era preciso que ocultase su rubor y que disimulase su vergüenza hasta que hubiese salvado á Colomba y á Ascanio. La multitud que pasaba por su lado indiferente, pacífica ó distraída, parecia que leia en su frente la triple injuria que acababa de soportar. Quizás fué este el único momento de su vida en que esta grande alma humillada dudó de si misma.

Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora poco mas ó menos de esta fuga ciega, errante, desordenada, volvió en si mismo y levantó la cabeza, cesó su abatimiento, y la fiebre volvió á apoderarse de él.

—Vamos, esc'amó en voz alta, pues tanto le dominaba su pensamiento y tanto el alma devoraba el cuerpo, vamos! por mas que abatan al hombre, no humillarán al artista. Vamos, escultor! que se arrepientan de su accion admirando tu obra, vamos, Júpiter! prueba que eres todavia no solamente el rey de los dioses, sino el dueño de los hombres.

Y al concluir Benvenuto de pronunciar estas palabras, arrastrado, por decirlo asi por un impulso mas fuerte que él, se encaminó hácia las Torrecillas, antigua residencia real que habitaba á la sazón el viejo condestable Montmorency.

Preciso fué que el impaciente Benvenuto aguardase su turno durante una hora, antes de penetrar hasta donde se hallaba el ministro soldado de Francisco I, á quien asediaba una multitud de cortesanos y de pretendientes; en fin fué introducido á la presencia del condestable.

Montmorency era un hombre alto, apenas encorvado por la edad, amojamado, de mirada viva y de pocas palabras; gruñia eternamente y jamás se le habia visto de buen humor, pues hubiera considerado como humillacion el ser sorprendido riendo. Cómo este viejo gruñon habia agradado al amable y liberal principe que entonces gobernaba la Francia, es lo que no puede explicarse sino por la ley de los contrastes. Francisco I poseia el secreto de despedir contentos á los que el condestable rechazaba, y este por el contrario tenia la habilidad de poner furiosos á los que el rey contentaba. De jenio mediano por lo demas, inspiraba confianza al rey por su inflexibilidad militar y su gravedad dictatorial.

Cuando entró Benvenuto; paseábase segun su costumbre, por su cuarto. Con un movimiento de cabeza saludó á Cellini, y parándose en seguida de repente y fijando en él su mirada penetrante:

—Quién sois? le dijo.

—Benvenuto Cellini.

—Vuestra profesion?

—Platero del rey, respondió el artista admirado de que su primera respuesta no le hubiese ahorrado la segunda pregunta.

—Ah! si, es verdad, refunfuñó el condestable, os conozco! y bien que queréis? que os encargue alguna obra? Si habeis contado para esto conmigo, habeis perdido vuestro tiempo. Aseguro á fé de quien soy que no comprendo nada de esa mania de las artes que se propaga hoy por todas partes. No parece sino una epidemia que ha atacado á todos menos á mi.

No, no es de mi devoción la escultura, lo entendeis, maestro platero: podeis pues dirigirlos á otra persona, y buenas tardes. Benvenuto hizo un movimiento. No os desaniméis por esto, continuó el condestable, no os faltarán cortesanos que quieran remedar al rey é ignorantes que la echen de conocedores. Por lo que á mí hace, escuchad bien lo que voy á deciros: me vá bien con mi oficio, que es ir á la guerra, y prefiero cien veces una aldeana que cada diez meses me para un muchacho, es decir un soldado, á un mal estatuario que pierde su tiempo en componerme una cáfila de hombres de bronce, que no son buenos sino para hacer subir el precio de los cañones.

—Monseñor! dijo Benvenuto, que habia escuchado toda esa larga heresia con una paciencia que á él mismo le admiraba, monseñor! yo no venia á hablar de cosas de artes, sido de cosas de honor.

—Ah! en ese caso, ya es otra cosa. ¿Qué deseais de mí? Hablad pronto.

—Os acordais, monseñor, que una vez dijo S. M. en vuestra presencia que el día en que le llevase la estatua de Júpiter, vaciada en bronce, me concedería la gracia que le pidiese y que os encargaba á vos, mon señor, y al canciller Poyet que le recordase esta leal promesa en el caso de que la olvidase?

—Me acuerdo, por qué lo decís?

—Porque se acerca el momento, monseñor, en que os suplicaré que recordéis al rey su promesa. Lo hareis?

Y es eso lo que venis á pedirme; exclamó el condestable, y para suplicarme que haga lo que debo me molestais!

—; Monseñor!

—Sois un impertinente, señor platero. Sabed que el condestable Montmorency no necesita que se le advierta que debe ser un hombre de bien. El Rey me ha dicho que tenga memoria, por si á él le falta; precaucion que, sin ofenderle, debia tomar mas frecuentemente, y la tendré aunque esta memoria le sea importuna. Adios, señor Cellini, y pasemos á otros.

Y el condestable volvió la espalda á Benvenuto é hizo señal que podia entrar otro pretendiente.

Benvenuto saludó al condestable, cuya brusca franqueza no le desagradaba, y siempre animado por la misma fiebre, siempre empujado por el mismo pensamiento ardiente se presentó en casa del canciller Poyet, que vivia no lejos de allí, en la puerta de San Antonio.

El canciller Poyet formaba con Montmorency, siempre tosco, siempre armado de pies á cabeza, la oposicion moral y física mas completa. Era

político, fino, cauteloso, hundido entre almohadones, perdido en cierto modo entre el armiño, y no dejando ver mas que un cráneo calvo y encanecido, ojos vivos y pequeños, lábios menudos y una mano blanca. Tenia quizás tanta honradez como el condestable, pero menos severidad.

En esta otra casa esperó media hora: pero Benvenuto no era ya conocido y se iba acostumbrando á esperar.

—Monseñor, dijo, cuando al fin fué introducido, vengo á recordaros una palabra que el rey me ha dado en vuestra presencia, y de la cual os ha hecho no solamente testigo sino fiador.

Sé lo que queréis decir, señor Benvenuto, interrumpió Poyet, y estoy dispuesto si queréis á recordar á S. M. su promesa delante de vos, pero debo preveniros que judicialmente hablando, no tenéis ningún derecho, en atencion á que un compromiso contratado sin formalidad ninguna y abandonado á vuestra discrecion no es válido absolutamente delante de los tribunales y jamás equivaldría á un título; resulta de aquí que si el rey satisface á vuestra demanda será solamente por pura gracia y á fuer de caballero.

—Así es como yo lo entiendo, monseñor, dijo Benvenuto, y solo os suplico que desempeñeis en su debido tiempo la comision que el rey os ha confiado, dejando lo demás á la benevolencia de S. M.

—En hora buena! dijo Poyet, y dentro de estos limites no dudeis, mi querido Cellini, que seré todo vuestro.

Benvenuto, pues, se separó mas tranquilo del canciller, pero con la sangre siempre encendida y las manos siempre calenturientas. El pensamiento, exaltado por tantas injurias, cólera é impaciencia, obligado á reprimirse tanto tiempo, rompía al fin su estrecha prision. El espacio y el tiempo no existía ya para el espíritu que inundaba, y mientras Benvenuto volvía aceleradamente á su casa, entreveía en una especie de delirio luminoso á Estefanía, la casa del Moro, el castillo de Santo Angelo y el jardín de Colomba. Al mismo tiempo sentía dentro de sí fuerzas mas que humanas y le parecia que vivía fuera de este mundo. Acometido de esta exaltacion estraña entró en el palacio de Nesle.

Todos sus aprendices le esperaban como lo habia mandado.

—A la fundicion de Júpiter, hijos míos, á la fundicion! gritó desde el umbral de la puerta, y se lanzó dentro del obrador.

—Buenos dias, maestro dijo Aubry que habia entrado cantando alegremente detrás de Benvenuto Cellini; no me habiais visto, ni oido! Hace cinco minutos que sigo vuestros pasos llamándoos, pero caminabais tan

de prisa que me habeis dejado sin aliento. ¿Pero qué teneis todos aqui? Estais tristes como jueces.

—A la fundicion, continuó Benvenuto sin responder á Aubry, á quien sin embargo habia visto de reojo. A la fundicion; en ella tengo todas mis esperanzas que Dios mediante verá al fin realizadas. Oh! amigo mio, continuó hablando en frases cortadas, dirijiéndose tan pronto á Aubry como á los demás aprendices, ¡ah, mi querido Aubry! que triste nueva me esperaba á la vuelta, y como se han aprovechado de mi ausencia!

—Qué teneis, maestro? exclamó Aubry verdaderamente inquieto con la agitacion de Cellini y con la profunda tristeza de los aprendices.

—Sobre todo, hijos míos, traed leña; ya sabeis que en seis meses he hecho muy buena provision de ella. Qué tengo, mi buen Aubry? Que he de tener sino que mi Ascanio está preso en el Chatelet, que Colomba, la hija del preboste á quien él amaba, como sabeis muy bien, esa encantadora criatura está en manos de la duquesa de Etampes, su enemiga; la han hallado en la estatua de Marter donde yo la habia ocultado. Pero nosotros la salvaremos. Qué es eso? A donde vas, Hermann, no es en la cueva donde está la leña, sino en el corral.

—Ascanio preso! exclamó Aubry, Colomba en poder de sus enemigos!

—Si, si, algun infame espía habrá acechado á los pobres muchachos, y habrá revelado un secreto que os habia ocultado á vos mismo mi querido Aubry. Pero como llegue á descubrir á ese infame espía... A la fundicion, hijos míos, á la fundicion! No es e-to todo; el rey no quiere ya verme, á mí, á quien él llamaba su amigo. Creed luego en la amistad de los hombres! Verdad es que los reyes no son hombres: son solamente reyes. He modo que he ido inútilmente al Louvre; no me han permitido que le vea, ni le diga una palabra. Ah! mi estatua le hablará por mí! Disponed el molde, amigos míos, y no perdamos un minuto. Esa fluger que insulta á la pobre Colomba! ese infame preboste que se burla de mí! ese carcelero que atormenta á Ascanio! Oh! que terribles visiones he tenido hoy, mi querido Aubry.

Tres años de mi vida daría al que pudiese penetrar hasta donde está Ascanio, hablarle y traerme el secreto con que domaría á esta soberbia duquesa, por que Ascanio sabe un secreto que tiene ese poder. lo entendéis Aubry? y no ha querido revelármelo! tanta ha sido su delicadeza! pero no importa; nada temas Estefanía, nada temas por tu hijo, yo le defenderé hasta el último aliento de mi vida y le salvaré! Sí, le salvaré ¡Ah! donde está el traidor que nos ha vendido para ahogarle con mis propias armas! Que viva solamente tres días, Estefanía, pues me parece que el

fuego que me abrasa vá á devorar mi vida. Oh! si muriese sin poder acabar mi Júpiter? A la fundicion, hijos, á la fundicion.

A las primeras palabras de Benvenuto Cellini, quedóse Aubry enteramente inmutado, por que sospechaba que él era la causa de todo. Después, á medida que Benvenuto hablaba, esta sospecha se cambió en certidumbre; entonces debió indudablemente ocurrirle un proyecto, por que desapareció en silencio, mientras Cellini todavía caleaturiento y agitado corrió á la fundicion, seguido de sus operarios, gritando como un loco:

—A la fundicion! hijos mios, á la fundicion!

KVIII.

DE LAS DIFICULTADES QUE ESPERIMENTA UN HOMBRE DE BIEN PARA IR A LA CARCEL.

El pobre Aubry habia salido desesperado del gran Nesle: no podia ya dudar que era él quien involuntariamente habia descubierto el secreto de Ascanio. Pero quien era el que le habia vendido á él mismo? No seria ciertamente ese buen señor, cuyo nombre ignoraba. Bah! ni remotamente un noble! Indudablemente fué ese truhan de Heuriet, á no ser que fuese Robin, ó Charlot, ó Guillermo! á decir verdad el pobre Aubry se perdía en sus conjeturas: el hecho es que habia confiado el suceso á una docena de amigos íntimos entre los cuales no era fácil hallar al culpable; pero no importa! el primero, el primero, el verdadero, el único traidor era él, Aubry; el espia infame á quien acusaba Benvenuto, era él. En lugar de encerrar bajo tres llaves en su corazon el secreto sorprendido á un amigo, habia ido á sembrarlo en veinte sitiós, y por su lengua maldita habia causado la pérdida de Ascanio, de un hermano. Aubry se arrancaba los cabellos, se daba sendos puñetazos, se llenaba de injurias á cual mas tremendas y no hallaba invectivas bastante irritantes para calificar como merecía su odiosa conducta.

Sus remordimientos llegaron á ser tan punzantes y le arrojaron en tal desesperacion, que por la primera vez de su vida tal vez, Aubry se puso á reflexionar. Despues de todo aun cuando se quedara calvo á fuerza de discurrir, con esto solo no habia de librar á Ascanio: de consiguiente era

preciso reparar el mal á toda costa en lugar de perder el tiempo en desesperarse.

El honrado Aubry habia retenido estas palabras de Benvenuto: "Diez años de mi vida daria al que pudiera penetrar hasta donde está Ascanio, hablarle y traerme el secreto con que domaria á esa soberbia duquesa" y como hemos dicho, se habia puesto, contra su costumbre á reflexionar. El resultado de estas reflexiones fué que era preciso penetrar en el Chatelet. Una vez dentro, le seria fácil ver á Ascanio.

Pero como quiera que Benvenuto no habia podido entrar en la prision como visita, y no teniendo Aubry la presuncion de alcanzar lo que su maestro no habia logrado, se convenció de que seria inútil entrar en el Chatelet como no fuese en calidad de preso. Entraria, pues, con este título, y despues, cuando hubiese visto á Ascanio, cuando este se lo hubiese confiado todo, cuando nada mas tuviese que hacer en el Chatelet, saldria de él y se presentaria á Benvenuto Cellini, rico con el secreto salvador, no para reclamar los diez años de su vida que habia ofrecido, sino para confesarle su crimen y pedirle su perdon.

Encantado con la riqueza de su imaginacion y orgulloso con la estension de su desinterés, se encaminó al Chatelet.

—Veamos, decia para sí Aubry, marchando con paso deliberado hácia la prision, objeto de su deseo; veamos ante todas cosas, para no cometer nuevas torpezas, cual es nuestra verdadera situacion; procuremos ponernos al corriente de ella, lo que no creo muy fácil, puesto que toda esa historia me parece tan embrollada como la madeja de hilo de Gervasia, cuando me la dá para que se la tenga y yo quiero abrazarla. Vamos por partes, recordemos una á una todas las cosas. Ascanio amaba á Colomba, la hija del preboste; bien. Como el preboste queria casarla con el conde de Orbec, Ascanio la robó, muy bien: despues de robarla no sabiendo que hacer de la preciosa niña, la ocultó en la cabeza del dios Marte, *optime*. El escondite, pardiez! era maravilloso, y solo faltaba que un animal... en fin pasemos. Entonces, parece que á consecuencia de mis noticias el preboste atrapó á su hija y prendió á Ascanio. Oh! soy dos veces bruto! Si, pero aquí es donde la madeja se enmaraña. ¿Qué papel representa en todo esto la duquesa de Etampes! Ella detesta á Colomba á quien todo el mundo ama. Por qué? Ah! ya sé. Ciertas chanzas de camaradas, la turbacion de Ascanio cuando se habla de la duquesa: madama de Etampes está enamorada de Ascanio y como es natural abomina á su rival. Aubry, amigo mio, confiesa que eres un miserable, pero tambien un mozo de penetracion, Ah! si; pero ahora ¿cómo Ascanio tiene en su mano el medio de perder á la duquesa? ¿Cómo es que el rey anda dan-

zando en toda esta sarracina con una tal Estefania! ¿Por qué Benvenuto invoca á cada instante á Júpiter, cuya invocacion es algo pagana para un católico? El diantre me lleve si entiendo nada de todo esto. Pero no es absolutamente necesario que comprenda: lo esencial es conseguir que me encierren en ese calabozo. En seguida combinaré lo demás.

Diciendo esto llegó Aubry al término de su camino y dió un fuerte al-babazo en la puerta del Chatelet. Abrióse el postigo, y una voz bronca le preguntó que quería: esta voz era la del carcelero.

—Quiero un calabozo de vuestra cárcel, respondió Aubry con voz sombría.

—¿Un calabozo! repitió el carcelero admirado.

—Sí, un calabozo, el mas negro y el mas profundo, y aun asi será mejor que el que merezco.

—¿Y por qué?

—Por que soy un gran criminal.

—Y que crimen habeis cometido.

—¡Ah! en efecto, ¿qué crimen ha cometido? se preguntó Aubry, que no habia pensado en inventar un crimen conveniente; despues como, á pesar de los cumplimientos que se habia dirigido un momento antes, la viveza de imaginacion no era su lado brillante, ¿qué crimen? repitió.

—Sí, ¿qué crimen? volvió á preguntar el carcelero.

—Adivinad, dijo Aubry. Despues añadió en voz baja. Este mozo debe entender mas que yo en materia de crímenes, me presentará una lista y escojeré.

—¿Habeis asesinado? preguntó el carcelero.

—¡Pardiez! exclamó el escolar cuya conciencia se horrorizaba con la idea de pasar por un asesino; decid, quién pensais que soy yo?

—Habeis robado? continuó el carcelero.

—Robado! Dios me asista!

—Entonces que habeis hecho? esclamó el carcelero impaciente; no basta declararse criminal, es monester decir que crimen se ha cometido.

—Pero cuando os digo que soy un matvado, un miserable! cuando os digo que merezco la rueda, que merezco el patibulo!

—El crimen! el crimen! preguntó lleno de impaciencia el carcelero.

—El crimen! Sí, voy á decirlo, he vendido á la amistad.

—Eso no es crimen, dijo el carcelero.—Buenas tardes.—Y cerró la puerta.

—No es un crimen! no es un crimen! Pues qué es?

Y Aubry agarró con ambas manos el aldabon y principió á llamar con todas sus fuerzas.

—Quién está llamando todavia de ese modo? interrumpió en el interior del Chatelet la voz de una tercera persona.

—Es un loco que quiere entrar en el Chatelet, dijo el carcelero.

—Entonces, si es un loco, su tío no está en el Chatelet sino en el hospital.

En el hospital, exclamó Aubry huyendo á carrera abierta; en el hospital! ¡caspita; allí, no tengo que hacer nada! en el Chatelet es donde quiero entrar y no en el hospital. Además en el hospital solamente entran los mendigos, y no las personas que como yo, tienen treinta sueldos parises en sus bolsillos.

En el hospital! pero en donde ha visto ese miserable carcelero que vender á su amigo no es un crimen! Según eso para tener el honor de ser admitido en la cárcel, es menester haber asesinado ó robado. Pero estoy pensando... por que no habré seducido á alguna muchacha? Esto no es deshonesto. Si, pero á quién?... á Gervasia? y á pesar de su aflitiva situación el escolar se echó á reír á carcajadas. Y despues de todo, esto no ha sucedido, pero hubiera podido suceder. Ea! ea! ya he hallado mi crimen, he seducido á Gervasia; y Aubry se dirigió hácia la casa de la jóven costurera, subió aceleradamente los sesenta escalones que conducian á su aposento, y de un brinco se plantó en medio de la sala donde su encantadora niña planchaba á la sazón sus tocas.

—Ay! exclamó Gervasia lanzando un grito agudo, me habeis asustado.

—Gervasia, mi querida Gervasia, exclamó Aubry acercándose á su amada con los brazos abiertos, es preciso que me salves la vida.

—Poco á poco, dijo Gervasia sirviéndose de su plancha como de un escudo; qué queréis, señor perdido? hace tres dias que no se os vé el pelo.

—Es verdad he hecho mal, Gervasia, soy un desgraciado. Pero la prueba de que te amo es que acudo á tí en mi desesperacion. Te lo repito, Gervasia, es menester que me salves la vida.

—Si, comprendo: os habeis embriagado en alguna taberna donde habeis tenido alguna riña, vendrán persiguiendoos, querrán llevaros á la cárcel y venis á pedir hospitalidad á la pobre Gervasia. Id á la cárcel, caballero, id á la cárcel y dejadme tranquila.

—He ahí precisamente lo que yo desco, Gervasita mia, ir á la cárcel, pero esos indignos no quieren encerrarme en ella.

—Oh Dios mio! Aubry, dijo la jóven con un movimiento de tierna compasion; estás loco?

—Eso dicen, que estoy loco, y por eso quieren enviarme al hospital, siendo así que donde quiero ir es al Chatelet.

—Quieres tú ir al Chatelet, y por que.... Aubry? mira que el Chatelet es una horrorosa prision. Dicen que el infeliz que entra en ella, no vé el dia de salir.

—Sin embargo, es menester que yo entre en el Chatelet, es preciso

que entre, exclamó el estudiante, no hay mas que este medio de salvarle.

—De salvar á quién?

—A Ascanio.

—Quién es Ascanio, ese hermoso jóven discípulo de vuestro amigo Benvenuto?

—El mismo, Gervasia. Está en el Chatelet y está por mi culpa.

—Gran Dios!

—De modo que es preciso que le vea, dijo Aubry, es preciso que le vea, dijo Aubry, es preciso que le salva.

Y por que está en el Chatelet?

—Por que amaba á la hija del preboste y la ha seducido.

—Pobre jóven! con que meten en la cárcel por eso?

—Si, Gervasia. El la tenia oculta y yo he descubierto el escondite como un bestia, como un miserable, como un infame, y no contento con haberlo descubierto qué piensas tú que he hecho? se lo he contado á todo el mundo.

—Menos á mí! exclamó Gervasia.

—No te lo he contado, Gervasia?

—Ni una palabra me habeis dicho, solamente sois hablador para los demas, cuando venis aquí es para abrazarme, para beber ó para dormir; jamas para hablar; y tened entendido señor mio, que una mujer gusta de hablar?

—Y bien, que hacemos en este momento Gervasia mia, sino hablar?

—Si, porque teneis necesidad de mí.

—Verdad es que puedes prestarme un gran servicio.

—Y cual?

—Puedes decir que te he seducido.

—Y quien lo duda? ya se vé que si me habeis seducido,

—Yo! exclamó Aubry admirado, yo, Gervasia, te he seducido?

—Ay! si, seducido, caballero, me habeis seducido indignamente con vuestras bellas palabras y vuestras falsas promesas.

—Con mis bellas palabras y mis falsas promesas?

—Si, no me deciais que era la muchacha mas linda del barrio de San German de los Prados?

—Y te lo digo todavia.

—¿No deciais que si no os amaba os ibais á morir de amor?

—He dicho eso? es gracioso, no me acuerdo.

—Mientras que si por el contrario os amaba os casarais con migo.

—Gervasia, yo no he dicho eso jamas.

—Lo habeis dicho, si señor.

—Jamás, jamás, jamás, Gervasia. Mi padre me ha obligado á hacer un juramento como Anibal.

—Qué juramento ?

—El de morir soltero como él.

—Oh ! exclamó Gervasia llamando á las lágrimas en auxilio de sus palabras, con esa maravillosa facilidad que las mugeres tienen para llorar ; ay ! así son todos, las promesas no les cuestan nada, y despues, cuando la pobre muchacha está seducida no se acuerdan ya de lo que prometieron. Así que juro yo tambien que esta será la última vez que me dejaré engañar.

—Y harás bien, Gervasia, dijo el estudiante.

—Cuando una piensa, exclamó la costurera, que hay leyes para los ladrones, y no ha de haber una contra los malos hombres que pierden á las pobres muchachas !

—Las hay, Gervasia, dijo Aubry.

—Las hay : repitió Gervasia.

—Sin duda. puesto que han enviado á ese pobre Ascanio al Chatelet por haber seducido á Colomba.

—Y han hecho muy bien, contestó Gervasia, á quien la pérdida de su honor jamás se habia presentado de una manera tan sensible como desde que se convenció de que Aubry estaba decidido á no darla su nombre en recompensa. Si han hecho muy bien, y me alegraria que estuvieseis con él en el Chatelet.

—Pues si precisamente eso mismo es lo que yo deseo, exclamó el estudiante, y como ya te he dicho, Gervasia mia, cuento contigo para esto.

—Contais conmigo ?

—Si.

—Os burlais ingrato !

—No me burlo, Gervasia.

—Digo que si tuvieseis valor. . .

—Valor ! para qué ?

—Para acusarme delante del juez.

—De qué ?

—De haberte seducido ; pero jamás te atreverás.

—?Cómo que no me atreveré ? exclamó Gervasia enfadada ; ? no me atreveré á decir la verdad ?

—Piensa en que es preciso hacer juramento, Gervasia.

—Y lo haré.

—Jurarás que te he seducido ?

—Si, si, cien veces si.

—Entonces todo vá bien, dijo el estudiante contento. Pero mira que un juramento es una cosa grave.

—Si, lo sé, pero quiero jurar ahora mismo y os enviaré al Chatelet

—Bueno!

—Y allí vereis á vuestro Ascanio.

—Magnífico

—Y ambos tendreis tiempo do arrepentiros juntos.

—Eso es todo lo que yo pido.

—Donde está el correjidor ?

—En el palacio de justicia.

—Voy allá.

—Vamos juntos, Gervasia.

—Si juntos, de esta manera recaerá mas pronto el castigo.

—Agárrate de mi brazo Gervaria, dijo el escolar.

—Venid, caballero, dijo la costurera.

Y ambos se encaminaron hácia el palacio de justicia, al mismo paso con que acostumbraban ir á paseo los domingos al cerro de Montmartre.

Sin embargo á medida que avanzaban hácia el templo de Temis, como Aubry llamaba poéticamente al monumento en cuestion, Gervasia aflojaba sensiblemente el paso: cuando llegó al pie de la escalera, le costó algun trabajo subirla; en fin á la puerta del correjidor las piernas le flaquearon y el estudiante sintió todo el peso de su cuerpo en su brazo.

—Que es eso, Gervasia, ? te falta el valor ?

—No, dijo Gervasia, pero un correjidor es cosa que intimida.

—Es un hombre como todos los demás.

—Si, pero será preciso contarle las cosas....

—Bueno ! se las contarás

—Pero será menester jurar.

—Jurarás.

—Aubry, preguntó Gervasia, estás tu seguro de haberme seducido ?

—Pardiez ! no he de estar seguro ? dijo Aubry ; además no me lo repetias tú ahora mismo ?

—Si, es verdad, pero es singular, me parece que no veo aqui ya las cosas del mismo modo que las veia hace poco.

—Vamos, dijo Aubry, ya sabia yo que te faltaria el valor.

—Aubry, amigo mio, dijo Gervasia, llevame á casa.

—Gervasia, Gervasia, dijo el estudiante, no es eso lo que me has prometido.

—Aubry, no te haré mas reconvenciones, no te hablaré ya de nada. Te he amado porque me agradabas y nada mas.

—Al fin ha sucedido lo que temia, dijo el estudiante, pero ya es demasiado tarde.

—Cómo? demasiado tarde?

—Has venido aquí para acusarme, y me acusarás.

—Jamás, Aubry, jamás! tú no me has seducido, yo he sido la coqueta.

—Vamos, bien, exclamó el escolar,

—Además, añadió Gervasia bajando los ojos, yo no he sido seducida mas que una vez.

—¿Cómo que una vez?

—Si, la primera vez que he amado.

—! Y me habeis hecho creer que no habeis amado jamás!

—Aubry, llévame á casa.

—Oh! no, dijo Aubry exasperado tanto por la negativa de Gervasia, como por el motivo en que la apoyaba: no! no! no! y llamó á la puerta del juez.

—¿Que haceis! exclamó Gervasia.

—Ya lo ves: llamar.

—Entrad! gritó una voz gangosa.

—No quiero entrar, dijo Gervasia haciendo todos sus esfuerzos para desprenderse del brazo del escolar, no entraré.

—Entrad! repitió segunda vez la misma voz, pero con un acento mas pronunciado

—Aubry, mira que voy á gritar, á llamar, dijo Gervasia.

—Entrad, digo, repitió tercera vez la voz mas próxima, y al mismo tiempo se abrió la puerta.

¿Que quereis, dijo un hombre alto, flaco, vestido de negro, cuya presencia sola hizo temblar á Gervasia de pies á cabeza.

—Es esta señorita, dijo Aubry, que viene á quejarse de un mal caballero que la ha seducido.

Y empujó á Gervasia en el aposento negro, sucio, asqueroso, que servia de vestibuio al gabinete del correjidor. Al mismo tiempo como por un resorte se cerró la puerta.

Gervasia lanzó un débil grito semi-asustada y semi-sorprendida y fué á sentarse, ó mas bien á caer, sobre un escabel apoyado en la pared.

En cuanto á Aubry, temeroso de que la jóven no le llamase ó corriese detras de él, se escapó por los corredores conocidos solamente de los escolares y litigantes, hasta el patio de la santa capilla, desde donde con mas tranquilidad pudo encaminarse hácia el puente de san Miguel, por el cual infaliblemente habia de pasar Gervasia.

Media hora despues la vió venir.

—Y bien! le dijo corricado á su encuentro, que ha pasado?

—Ay! dijo Gervasia, me habeis hecho mentir, pero espero que Dios me lo perdonará en gracia de la intencion.

—Sobre mi conciencia vá, dijo Aubry, sepamos que ha pasado?

—Yo misma no lo sé, dijo Gervasia, estaba tan avergonzada que apenas recuerdo lo que he dicho. Todo lo que sé es que el señor corregidor me ha preguntado, y qué á sus preguntas he contestado unas veces si y otras no, pero no estoy muy segura de haber contestado lo que debía.

—Pobrecilla! exclamó Aubry, á que se ha acusado de haberme seducido?

—Oh! no, dijo Gervasia, no creo que haya dicho eso.

Y tienen mis señas para que puedan prendeme? preguntó el escolar.

—Si, balbuceó Gervasia, se las he dado.

—Bien, muy bien; ahora esperemos á que Dios haga lo demás.

Y después de haber conducido á su casa y consolado lo mejor que pudo á Gervasia, por la falsa deposicion que habia dado á la fuerza, Aubry se retiró lleno de fé en la providencia.

En efecto, sea que la Providencia se hubiese mezclado en esto, sea que la casualidad lo hubiese hecho todo, Aubry fué citado al día siguiente á comparecer ante el corregidor en aquel mismo dia.

Esta citacion colmaba los deseos de Aubry, y sin embargo, ¡tan respetable es la justicia! sintió, al leer esta citacion, cierto temblor en todo su cuerpo. Pero, digámoslo de una vez, la certidumbre de volver á ver á Ascanio, el deseo de salvar al amigo que habia perdido, ahuyentaron de él el temor y la debilidad.

La citacion fijaba la hora de las doce, y todavia no eran mas que las nueve de la mañana; corrió á casa de Gervasia á quien halló tan ajitada como la vispera.

—Que hay? preguntó esto.

—Qué hay? repitió Aubry con aire de triunfo y enseñando el papel cubierto de geroglíficos que tenia en la mano; mira.

Para qué hora?

—Para las doce. Esto es todo lo que he podido leer.

—Entonces no sabéis de que sois acusado?

—Presumo que de haberte seducido.

—No olvidareis que vos fuisteis quien lo exigió.

—Que he de olvidar! Estoy dispuesto á firmar que tú te negabas completamente á ello.

—En ese caso, no os quejaréis por que os he obedecido.

—Todo lo contrario, te vivire eternamente agradecido.

—Sucedalo que quiera.

—Sucedalo que quiera.

—Ademas, si he dicho todo eso, ha sido por que me habeis obligado.

—Quién lo duda!

—Y si en mi turbacion hubiese dicho alguna cosa que no queria decir me perdonareis?

—No solamente te perdonaré, divina Gervasia mia, sino que te perdono desde ahora.

—Ah! dijo Gervasia suspirando, con esas palabras me habeis perdido!

Se vé, pues, que decididamente Gervasia habia sido seducida.

Hasta los doce menos cuarto no se acordó Aubry de que estaba citado para las doce. Se despidió de Gervasia, y como la distancia era larga, el deseo de ser puntual á la cita, dió alas á sus pies. Las doce sonaban cuando llamaba á la puerta del correjidor.

—Entrad, gritó la misma voz gangosa.

No fué necesario repetir esta invitacion, y Aubry se presentó al hombre negro con la sonrisa en los labios, la cabeza erguida y la gorra sobre la oreja.

—Cómo os llamas? preguntó el hombre negro.

—Aubry, respondió el estudiante.

—Qué sois?

—Estudiante de la Basoquia.

—Qué haceis?

—Seducir á las muchachas.

—Bien! ayer se ha presentado una queja contra vos... por...

—Por Gervasia Popinot.

—Está bien; sentáos, y esperad vuestro turno.

Aubry se sentó como le mandaban y aguardó.

Cinco ó seis personas diferentes en fisonomía, edad y sexo esperaban como él, naturalmente fueron antes que él despachadas, sin mas diferencia que las mas salian solas, y estas eran aquellas contra quienes no habia cargos suficientes, y las otras salian acompañadas ó de un exento ó de dos guardias del prebostazgo. Aubry ambicionaba la suerte de estas últimas por que eran conducidas al Chatelet, en donde tantos deseos tenia de entrar.

En fin llamaron á Aubry, estudiante.

Este se levantó al punto y entró en el gabinete del correjidor con un aire tan jovial y tan alegre como si se tratase de alguna fiesta.

Dos hombres habia en el gabinete del correjidor, el uno mas alto, mas negro, mas seco y mas amojado que el de la antecámara, lo que Aubry hubiera juzgado imposible cinco minutos antes: este era el escribano; el otro gordo, rechoncho, redondo, de ojos vivarachos, de fisonomía jovial y boca risueña, era el correjidor.

La sonrisa de Aubry y la suya se cruzaron, y el estudiante estuvo tentado á dar un apretón de mano al juez; tanta era la simpatía que experimentaba por este honrado magistrado.

—Me pareceis guapo muchacho, dijo el magistrado mirando atentamente al escolar, tomad una silla y sentáos.

Aubry tomó una silla, se sentó, cruzó una pierna sobre la otra y se mecía alegremente.

—Ea, señor escribano, dijo el correjidor frotándose las manos, veamos la deposición de la querellante.

El escribano se levantó, y gracias á su larga estatura, llegó describiendo una semi-curva al otro lado de la mesa, donde entre multitud de papeles, cojió el legajo relativo á Aubry.

—Aquí está, dijo el escribano.

—Veamos, quién se queja? preguntó el correjidos.

—Gervasia Popinot, dijo el escribano,

—Esa es, dijo el escolar meneando la cabeza de arriba abajo, esa misma es.

—Menor, continuó el escribano, de edad de diez y nueve años.

—Oh! oh! menor! exclamó Aubry.

—Así aparece en su declaración.

—Pobre Gervasia! murmuró Aubry; tenía razon en decir que estaba tan turbada que no sabía lo que contestaba; ella me ha confesado á mi que tiene veinte y dos años. En fin sea lo que ella quiera; diez y nueve!

—Segun eso, dijo el correjidor, sois acusado de haber seducido á una jóven menor. Ja! ja! ja!

—Ja! ja! ja! prorrumpió Aubry participando de la risa del juez.

—Con circunstancias agravantes, continuó el escribano, mezclando su voz gañidora á las dos joviales del magistrado y del escolar.

—Con circunstancias agravantes, repitió el juez.

—Diablo! exclamó Aubry, quisiera conocer las circunstancias agravantes.

—Como la demandante permaneciese insensible por espacio de seis meses á todas las súplicas y á todas las seducciones del acusado.

—Por espacio de seis meses! repitió Aubry, pordonad, señor escribano, creo que hay una equivocacion.

—Por espacio de seis meses, señor; así está escrito, contestó el hombre negro con un tono que no admitía réplica.

—Adelante, si, seis meses, respondió Aubry; efectivamente tenía Gervasia mucha razon en decir...

—El supradicho Aubry, desesperado por su indiferencia la amenazó...

—Oh! oh! exclamó Aubry.

—Oh! oh! repitió el juez.

—Pero, continuó el escribano, la supradicha Gervasia Popinot manifestó tanta presencia de ánimo y tanta resignacion que el atrevido pidió perdón en gracia de su arrepentimiento.

—Ah! ah! murmuró Aubry.

—Ah! ah! repitió el juez.

—Pobre Gervasia! continuó el estudiante hablando consigo mismo y encojiéndose de hombros; dónde tenia la cabeza?

—Pero, añadió el escribano, este arrepentimiento era fingido; desgraciadamente la querellante, á causa de su inocencia y de su candor, se dejó engañar por esto arrepentimiento, y una noche que cometió la imprudencia de aceptar una cena que le ofreció el acusado, el supradicho Aubry, mezcló en su agua...

—En su agua! interrumpió el escolar.

—La querellanta, ha declarado no beber jamás vino, continuó el escribano. El supradicho Aubry, mezcló en su agua una bebida embriagadora.

—Decidme, señor escribano, exclamó el escolar, que diablos estais leyendo.

—La deposicion de l^a demandante.

—Imposible! contestó Aubry.

—¿Está así escrito? preguntó el correjidor.

—Así está escrito, contestó el escribano.

—Continuad.

—En resumidas cuentas, dijo hablando consigo Aubry, cuanto mas culpable sea, mas seguro estare de ir á ver á Ascanio en el Chatelet. Pase lo de la embriaguez: Continuad, señor escribano.

—Con que confesais? preguntó el juez.

—Confieso, dijo el escolar.

¡Ah picarillo! exclamó, el juez riendo y frotándose las manos.

—De modo, continuó, el escribano, que la pobre Gervasia, habiendo perdido su razon, acabó por confesar á su seductor que le amaba.

—Ah! exclamó Aubry.

—¡Afortunado truhan! murmuró el juez, cuyos ojos brillaban.

—Pero, exclamó Aubry, es aduerto que no hay una palabra de verdad en todo esto.

—Negais?

—Completamente.

—Escribid, dijo el majistrado, que el acusado afirma no ser culpable de ninguna de las faltas que se le imputan.

—;Aguardad, aguardad un instante! exclamó el estudiante al pensar que si negaba su culpabilidad, no se vería en la cárcel.

—Con que no negais completamente? preguntó el juez.

—Confieso que hay alguna verdad, no en la forma, sino en el fondo..

—Oh! puesto que habeis confesado lo del brebaje embriagador, dijo el juez, bien podeis confesar las consecuencias.

—Es verdad, dijo Aubry, puesto que he confesado lo del brebaje embriagador, confieso, señor escribano, confieso....Pero en efecto, continuó en voz baja, Gervasia tenia razon en decir....

—Pero no es esto todo, interrumpió el escribano.

—¡Cómo no es eso todo!

—El crimen cometido por el acusado en la persona de la jóven Gervasia tuvo consecuencias sensibles. La desgraciada Gervasia conoció que era madre.

—Oh! esta vez no puedo callar, eso es demasiado, exclamó Aubry.

—Negais la paternidad? preguntó el juez.

—No solamente niego la paternidad, sino la preñez.

—Escribid, dijo el juez, que toda vez que el acusado niega no solamente la paternidad, sino la preñez, será menester hacer una informacion sobre este punto.

—Un instante, un instante, exclamó Aubry, conociendo que si Gervasia era conveceida de falsedad sobre un solo punto, toda la andamiada de la acusacion vendria abajo; un instante, ¿ha dicho Gervasia todo eso que acaba de leer el señor escribano?

—Lo ha dicho palabra por palabra, respondió el escribano.

—Entonces, si ella lo ha dicho, continuó Aubry, si ella lo ha dicho... entonces!

—Entonces, qué? preguntó el juez.

—Entonces, deberá ser así

—Escribid que el acusado confiesa todos los cargos de la acusacion.

—El escribano escribió.

—Pardiez! se dijo el escolar, si Ascanjo merece ocho dias del Chatelet por haber cortejado pura y lisamente á Colomba, yo que he engañado á Gervasia, yo que la he embriagado, yo que la he seducido, bien puedo contar con tres meses de cárcel por lo menos. Cáspita! y que bien ha desempeñado su papel la niña! Puedo apostárselas en resolución con Juana de Arc.

—Segun eso, interrumpió el juez, confesais todos los crímenes de que sois acusado.

—Los confieso, señor, respondió Aubry sin vacilar, los confieso, esos y

otros mas si quereis. Soy un gran criminal, señor juez, no me perdoneis.

—Habrás visto picaro mas descarado; murmuró el juez con el tono con que un tio de comedia habla á su sobrino, habrás visto picaro mas descarado!

Entonces bajó su gorda y redonda cabeza sobre su pecho y se puso á reflexionar profundamente, y despues de algunos minutos de meditacion:

—En atencion, dijo levantando la cabeza y el indice de la mano derecha, en atencion, escribid, señor escribano, en atencion á que el llamado Aubry, estudiante teólogo de la Basoquia, ha declarado haber seducido á la jóven sollera Gervasia Popinot, con bellas promesas y falsas protestas de amor, condenamos al dicho Aubry á veinte sueldos parisies de multa, á que cuide de la criatura, si es hijo varon y á los gastos.

—Y la cárcel? esclamó Aubry.

—Cómo; la cárcel! preguntó el juez.

—Si, la cárcel. Pues que, no me condenais á la cárcel?

—No.

—¿No mandais que me lleven al Chatelet, como á Ascanio?

—¿Quién es ese Ascanio?

—Ascanio es un discipulo del maestro Benvenuto Cellini.

—¿Qué ha hecho ese discipulo!

—Ha seducido á una jóven.

—Y quién es esa jóven?

—La señorita Colomba de Estourville, hija del preboste de Paris.

—Y qué tenemos con eso?

—¿Qué tenemos con eso? digo que es una injusticia, puesto que ambos hemos cometido el mismo crimen, hacer ninguna diferencia en el castigo. Cómo! le enviais á la cárcel á él, y á mi me condenais á veinte sueldos parisies de multa? No hay ya justicia en este mundo?

—Al contrario, respondió el juez, porque hay justicia, y justicia bien entendida, se ha decidido esto así:

—Cómo?

—Hay diferencia de honor á honor: el de una señorita noble se estima con la prision, el de una costurera vale veinte sueldos parisies. Si queriais ir al Chatelet, debiais haberos dirigido á una duquesa, y entonces ya estariais preso.

—Pero esto es infame! inmoral! abominable! esclamó el escolar.

—Amigo mio, dijo el juez, pagad vuestra multa, y marchad con Dios.

—Ni pago la multa, ni me voy.

—Entonces llamaré á dos esbirros y os llevarán á la cárcel hasta que pagueis.

—Eso es lo que yo quiero.

—El juez llamó á dos esbirros

—Conducid á este perillan á los *Grands-Carmes*.

—A los *Grands-Carmes!* exclamó Aubry, ¿por que no al Chatelet?

—Porque el Chatelet no es prision para deudas, lo entendéis, amigo? porque el Chatelet es fortaleza real, y es menester haber cometido un crimen muy grande para entrar en él. Al Chatelet! si, ya vereis que Chatelet voy á daros.

—Un instante, un instante, dijo Aubry, un instante!

—Que quereis?

—Si no voy al Chatelet, quiero pagar.

—Entonces, si pagais, nada hay que decir. Marcháos, señores guardias, marcháos, porque este jóven vá á pagar.

—Los dos guardias salieron, y Aubry sacó de su bolsillo veinte sueldos parisies que colocó sobre el bufete del juez.

—Mirad si es eso, dijo el correjidor.

El escribano se levantó, y para cumplir la órden dada, se arqueó abarcando con el circulo que describia su cuerpo que parecia poseer el privilejo de alargarse hasta lo infinito, su mesa y los papeles que estaban encima; en esta actividad, los pies en tierra y ambas manos sobre el bufete del juez, parecia un arco iris, salvo sea el color.

—Está cabal la cuenta, dijo.

—Entonces retiráos, jóven!, dijo el juez, y dejad paso á otros; la justicia no puede ocuparse solamente de vos; retiráos.

Aubry conoció que ya nada tenia que hacer allí y se retiró desesperado.



XIX.

EN QUE AUBRY SE ELEVA A LAS PROPORCIONES EPICAS.

Qué dirá Gervasia! decía á sus solas el estudiante saliendo del palacio de Justicia y siguiendo maquinalmente el puente de los Molinos que conducía casi en frente del Chatelet; que dirá Gervasia cuando sepa que su honor ha sido apreciado en veinte sueldos parisies! Dirá que he sido indiscreto, que he hecho revelaciones y me arrancará los ojos. Pero que mire allí?

Lo que veía el escolar era un paje de ese señor tan amable á quien acostumbraba á confiar sus secretos y miraba como su mas tierno amigo. El muchacho estaba recostado en el pretel del rio y se divertía en jugar con unas chinás, tirándolas por lo alto y parándolas en la mano.

—Aha! pardiez, dijo el escolar, este encuentro me viene de molde. Mi amigo, cuyo nombre ignoro, y que me parece se halla bien quisto en la córte. tal vez tendrá influencia para hacer que me metan en la cárcel; la Providencia sin duda me depara á su paje para decirme donde podrá hallarle, supuesto que no sé su nombre, ni donde vive.

Y para aprovecharse de lo que él consideraba como un beneficio de la Providencia, Aubry se dirigió hácia el jóven paje, quien al reconocerle tambien, dejó sucesivamente caer sus tres chinás en la misma mano y cruzando su pierna derecha sobre su pierna izquierda, esperó al estudian-

te con ese aire truhanesco que es el carácter particular de la corporación á que tenia el honor de pertenecer.

—Buenos días, señor paje! exclamó Aubry desde donde creyó que el jóven podía oírle.

—Buenos días, señor estudiante, respondió el muchacho: qué haceis por aquí?

—Si, es preciso, deciroslo, buscaba una cosa que creo haber hallado, puesto que os encuentro á vos, buscaba la casa de mi excelente amigo, el conde...el baron...el vizconde la casa de vuestro amo.

—Con que deseais verle? preguntó el paje.

—Ahora mismo, si es posible.

—Pues vais á ser servido al instante, porque ha entrado á ver al preboste.

—En el Chatelet?

—Si, y va á salir de él.

—Dichoso él que entra en el Chatelet cuando quiere; pero no es extraño atendidas las relaciones que median entre el señor Roberto de Estourville y mi amigo el vizconde.... el conde... el baron...

—El Vizconde

—Mi amigo el vizconde... de... decidme, pues, continuó Aubry, deseando aprovechar aquella circunstancia para conocer al fin el nombre de su amigo; el vizconde de...

—El vizconde de Mar...

—Ah! exclamó el estudiante viendo al que esperaba aparecer en la puerta y sin dejar acabar el paje. Ah! querido vizconde, ¡cuánto me alegro veros! os estaba esperando.

—Buenos días, dijo Marmagne evidentemente disgustado de aquel encuentro, buenos días, querido. Quisiera poder detenerme para hablar con vos, pero desgraciadamente tengo mucha prisa. Así, pues, quedaos con Dios.

—Un instante! un instante! exclamó Aubry asiéndose del brazo de su compañero; un instante! no os ireis de ese modo, cáspita! porque tengo que pedir os un servicio inmenso.

—Vos! cual?

—Si, yo; y la ley del cielo manda que se ayuden los amigos.

—Amigos?

—Quien lo duda! no sois mi amigo? porque ¡qué es lo que constituye la amistad? la confianza; es así que tengo mucha confianza de vos, puesto que os refiero todos mis secretos, y hasta los agenos, luego soy vuestro amigo.

—¿Habeis tenido ocasion de arrepentiros?

—Jamás, respecto de vos al menos; pero no así respecto de otros. Hay en Paris un hombre á quien busco, y á quien con el auxilio de Dios hallaré algun dia.

—Querido, interrumpió Marmagne, que sospechó desde luego quien era el hombre que buscaba Aubry, os he dicho que tengo mucha prisa.

—No importa, esperad un poco, pues ya os he dicho que podeis prestarme un gran servicio.

—En ese caso, hablad pronto.

—Estais bien quisto en la córte, no es verdad?

—Así lo dicen mis amigos.

—Entonces gozareis de crédito.

—Mis enemigos pueden haberlo conocido.

—Pues bien, mi querido conde, mi querido baron, mi querido...

—Vizconde.

—Haced que me encierren en el Chatelet.

—En qué calidad?

—En calidad de preso nada mas.

—En calidad de preso? singular ambicion, afe mia!

—Qué quereis, no tengo otra.

—¿Y con qué objeto quereis entrar en el Chatelet? preguntó Marmagne, que sospechaba que este desco del estudiante ocultaba algun nuevo secreto de que podia sacar partido,

—A otro que no fueseis vos, no lo diria; mi buen amigo, respondió Aubry, porque he aprendido á mi costa, ó mas bien á la del pobre Ascanio, que es menester saber callar. Pero á vos es otra cosa. Ya sabeis que no tengo secreto para vos.

—En ese caso hablad pronto.

Hareis que me encierren en el Chatelet, si os lo digo?

—Al instante.

—Pues bien, amigo mio; imaginaos que he tenido la imprudencia de confiar á otros, ademas de vos que habia visto una encantadora muchacha en la cabeza del dios Marte.

—Y qué mas.

—Qué mas? Los calaveras han divulgado esta historia, tanto y tan bien que ha llegado á los oidos del preboste, y como este hacia algunos dias que habia perdido á su hija, sospechó que ella seria la que habia clejido ese retiro. Así que previno al conde de Orbec y á la duquesa de Etampes; é inmediatamente pasaron á hacer una visita domiciliaria en el palacio de Nesle, mientras que Benvenuto Cellini estaba en Fontainebleau. Leváronse á Colomba y encerraron á Ascanio en la cárcel.

—Bah!

—Como os lo digo, amigo mio; y parece que el que ha dirigido todo esto es un tal vizconde de Marmagne.

—Pero todavia, no me habeis dicho, interrumpió el vizconde que acada momento temia oir su nombre en los labios del escolar, todavia no me habeis dicho que cosa os obliga á entrar en el Chatelet.

—No comprendeis?

—No.

—Ascanio está preso.

—Si.

—Está en el Chatelet.

—Bien.

—Pero lo que ellos no saben, lo que nadie sabe, escepto la duquesa de Etampes, Benvenuto y yo, es que Ascanio posee cierta carta, cierto secreto que puede perder á la duquesa. Comprendeis ahora?

—Sí, comienzo á comprender.

—Pues bien, mi querido vizconde, continuó Aubry aristocratizándose mas y mas, quiero entrar en el Chatelet, penetrar hasta donde esta Ascanio, cojer su carta ó recibir su secreto, salir de la cárcel, ir en busca de Benvenuto, y combinar con él algun medio de hacer triunfar la virtud de Columba y el amor de Ascanio, mal que les pese á los Marmagne, á los Orbec, al preboste, á la duquesa de Etampes y á todo la trinca.

—Eso es muy ingenioso, dijo Marmagne. Gracias por vuestra confianza, mi querido escolar; os aseguro que no tendreis porque arrepentiros.

— Me prometeis vuestra proteccion?

—Para que?

—Para entrar en el Chatelet como os he dicho.

—Contad conmigo.

—Ahora mismo?

—Esperadme aqui.

—Dónde estoy?

—En el mismo sitio.

—Y á dónde vais?

—A buscar la órden para prenderos.

—Oh amigo mio, mi querido baron! mi querido conde, pero será preciso que me deis vuestro nombre y vuestras señas para en el caso en que tenga necesidad de vos.

—Inútil, pues he de volver.

—Si, volved pronto, y si os encontrais al paso á ese condenado de Marmagne decidle....

—Qué? preguntó el vizconde.

—Decidle que he hecho un juramento.

—Cuál?

—Que no morirá sino á mis manos.

—Adios, exclamó el vizconde, ádios, esperadme aqui.

—Hasta la vista; os espero. Ah! sois un amigo verdadero, un hombre de quien puedo fiarme y asi me alegraria saber.....

—Adios, señor estudiante, dijo el paje que habia permanecido aparte durante esta conversacion y se puso en camino para seguir á su amo.

—Adios, gentil paje, dijo Aubry; pero antes de marchar hacedme un favor.

—Cuál?

—Quién es ese noble señor á quien teneis el honor de servir?

—Ese con quien acabais de hablar por espacio de un cuarto de hora?

—Si.

—Y á quien llamais vuestro amigo?

—Si.

—No sabeis como se llama?

—No.

—Es.....

—Un señor muy conocido, no es verdad?

—Sin duda.

—Influyente?

—Con el rey y con la duquesa de Etampes él es quien lo hace todo. ♦

—Ah!.....y decís que se llama?.....

—Se llama el vizconde.....pero vedle que se vuelve y me llama, perdonad.....

—El vizconde de.....

—El vizconde de Marmagne.

—Marmagne! exclamó Aubry, el vizconde de Marmagne? ese jóven señor es el vizcondede Marmagne?

—El mismo.

—Marmagne, el amigo del preboste, de Orbec y de la duquesa de Etampes?

—En persona.

—Y el enemigo de Benvenuto Cellini?

—Precisamente.

—Ah! exclamó Aubry, viendo como á la luz de un relámpago todo lo pasado, ah! ya comprendo, Marmagne! Marmagne!

—Entonces como el estudiante se hallaba sin armas, por un movimiento

rápido como el pensamiento echó mano á la espada corta del pajecillo, la sacó de la vaina y se lanzó en persecucion de Marmagne gritando: — detente!

Al primer grito se volvió Marmagne, y viendo correr á Aubry detras de él espada en mano, sospechó que al fin habia sido descubierto. No habia mas que dos medios, huir ó esperarle. Pero aunque Marmagne no era todo lo valiente que necesitaba para esperar, no era bastante cobarde para huir, escogió pues un término medio, y se lanzó en una casa cuya puerta estaba abierta, pensando cerrarla, pero desgraciadamente para él estaba sujeta á la pared por una cadena que no pudo desatar, de suerte que Aubry que le seguia á alguna distancia llegó al zagüan antes que el tuviese tiempo de subir la escalera.

—Ah Marmagne! vizconde maldito! espia endemoniado, ladron de secretos, ha! eres tú, al fin te conozco, ya estas en mi poder! En guardia, miserable, en guardia!

—Caballero, respondió Marmagne, afectando un tono de gran señor, pensais que el vizconde Marmagne concederá el honor al estudiante Aubry de medir su espada con la suya?

—Si el vizconde de Marmagne no concede al estudiante Aubry el honor de cruzar su espada con la suya, el estudiante Aubry tendrá el honor de atravesar con su espada el cuerpo del vizconde de Marmagne.

Y para no dejar ninguna duda á quien esta amenaza iba dirigida, Aubry puso la punta de su espada en el pecho del vizconde y al través de su jubon le hizo sentir lijeramente el acero.

—Asesino! gritó Marmagne! auxilio; socorro!

—Oh! grita cuanto quieras, respondió Aubry, antes que lleguen habris cesado de gritar. Lo mejor que puedes hacer, vizconde es defenderte, asi que creeme, ponte en guardia, vizconde, en guardia!

—Pues bien, ya que lo quieres asi, exclamó el vizconde, espera un poco y verás.

Marmagne, como ya habrá conocido el lector, no era naturalmente valiente, pero como todos los señores de aquel tiempo caballeresco, habia recibido una educacion militar. Además era reputado como intelijente en la esgrima. Verdad es que esta reputacion tenia mas bien por resultado ahorrar á Marmagne los malos lances en que podia empeñarse, que concluir bien los que ya habia contraido. No es menos cierto que al verse vigorosamente apremiado por Aubry, desenvainó su espada y se puso inmediatamente en guardia, segun todas las reglas del arte.

Pero si Marmagne era de una habilidad reconocida entre los señores de la corte, Aubry era de una destreza incontestable entre los estudian-

tes de la universidad y los teólogos de la Basoquia. De aquí resultó que desde luego ambos adversarios conocieron que no eran legos en el arte; solamente quedaba en favor de Marmagne una gran ventaja. La espada del paje, que había cojido Aubry era seis pulgadas mas corta que la del vizconde, y aunque esto no era un grande inconveniente para la defensa, era una grave inferioridad para el ataque.

En efecto, Marmagne que llevaba al estudiante seis pulgadas de estatura, y armado ademas con una espada de medio pie mas largo que la suya, no tenia que hacer mas que presentarle la punta del acero en el rostro para tenerle constantemente á raya, mientras que por su parte Aubry por mas que atacase y por mas fintas que hiciese, Marmagne sin tener necesidad de dar un paso atrás y con solo aproximar su pierna derecha á su pierna izquierda se encontraba fuera de tiro. De aquí resultó que por dos ó tres veces, á pesar de la vivacidad del reparo, la larga espada del vizconde casi tocó el pecho del estudiante, mientras que este no había hecho mas que dar estocadas al aire.

Aubry conoció que era perdido si continuaba de este modo, y para quitar á su adversario toda idea del plan que acababa de adoptar, continuó atacándole y dando quites por medio de reparos y fintas ordinarias ganando insensiblemente terreno, y despues cuando se creyó bastante cerca se descubrió como por torpeza. Marmagne viendo un claro avanzó cuanto pudo, pero prevenido Aubry volvió á un reparo de primera y aprovechando el momento en que la espada de su adversario se encontraba levantada dos pulgadas encima de su cabeza, se deslizó por debajo del acero, brincando y tendiéndose á la vez con tanta habilidad y tan vigorosamente que la daga del paje desapareció hasta la empuñadura en el pecho del vizconde.

Marmagne lanzó uno de esos gritos agudos que anuncian la gravedad de una herida; despues bajando la mano, se puso pálido, dejó escapar su espada y cayó de espaldas.

Precisamente en este momento acudió una patrulla atraída por los gritos de Marmagne, por las señas del paje y por la vista del gentío que se había reunido delante de la puerta, y como Aubry tenia todavia en la mano su espada ensangrentada fué preso.

Aubry quiso al principio oponer alguna resistencia, pero como el jefe de la patrulla gritase en voz alta: desarmad á ese tunante y conducidle al Chatelet, entregó su espada y siguió á los guardias hácia la prision tan ambicionada por él; admirando los decretos de la Providencia que le concedia á la vez las dos cosas que mas deseaba, vengarse de Marmagne y ver á Ascanio. Esta vez no hubo dificultad niuguna en recibirle en la for-

talera real; solamente que como en aquel momento parece que estaba llena de inquilinos, hubo una larga discusión entre el portero de golpe y el inspector para saber donde colocarían al recién venido. Al fin estas dos honradas personas se convinieron sobre este punto, en virtud de lo cual el portero hizo señas á Aubry que le siguiese, le hizo bajar treinta y dos escalones, abrió una puerta, lo empujó en un calabozo muy oscuro y cerró en seguida la puerta.

IX.

DE LAS DIFICULTADES QUE ESPERIMENTA UN HOMBRE DE BIEN PARA SALIR DE LA CARCEL.

El estudiante permaneció un momento aturdido por su repentina transición de la luz á la oscuridad. ¿Dónde estaba? no lo sabia, ¿se hallaba cerca ó lejos de Ascanio? En el corredor que acababa de atravesar habia solamente observado ademas de la puerta que se habia abierto para él, otras dos; pero habia conseguido su primer objeto puesto que se hallaba bajo el mismo techo que su amigo.

Sin embargo, como no podia permanecer eternamente en el mismo sitio, y en el otro extremo del calabozo, es decir, á quince pasos poco mas ó menos delante de él percibiese una lijera luz que penetraba por una claraboya, alargó la pierna con precaucion con la instintiva intención de llegar al sitio alumbrado; pero al segundo paso que dió, pareció hundirse de repente el suelo bajo sus pies, bajó rápidamente tres ó cuatro escalones, y sin duda cediendo al impulso dado, se hubiera roto la cabeza contra la pared si sus pies no se hubieran enredado en un obstáculo que le hizo caer. De aqui resultó que Aubry se libertó de algunas contusiones.

El obstáculo que sin querer habia prestado este servicio al estudiante, lanzó un profundo jemido.

—Perdonad, dijo Aubry, levantándose y quitándose politicamente su gorra, perdonad, pues parece que he marchado sobre alguno ó sobre alguna cosa; falta de atencion que no hubiera cometido, si hubiera visto mas claro.

—Habeis marchado, dijo una voz, sobre lo que fué sesenta años un hombre, y sobre lo que va á ser un cadáver por toda una eternidad.

—Entonces, dijo Aubry, mi sentimiento es mayor por habéros incomo-

dado en ocasion en que os ocupabais sin duda , como debe hacerlo otod buen cristiano, de arreglar vuestras cuentas con Dios.

—Mis cuentas están arregladas , señor estudiante; he pecado como un hombre, pero he sufrido como un mártir; y espero que Dios al pesar mis culpas y mis dolores, hallará que la suma de los dolores es mucho mayor que la de las culpas.

—Sea asi, dijo Aubry , y esto es lo que os deseo con todo mi corazon: Pero sino os incomodo demasiado , quisiera que me dijéseis , mi querido compañero digo, mi querido, por que presumo que no me guardareis ningun rencor por el pequeño accidente al cual deb la fortuna de conoceros; quisiera que me dijéseis repito , como habeis sabido que era estudiante.

—Lo he conocido por vuestro traje, y sobre todo por el tintero que llevais pendiente de vuestra cintura, en el mismo sitio en que un hidalgo lleva su puñal.

—Como habeis podido ver mi traje y mi tintero, mi querido compañero, cuando si mal no me acuerdo me habeis dicho que os estabais muriendo?

—Espero haber llegado al término de mis males; si, espero dormirme hoy sobre la tierra para despertarme mañana en el cielo.

—No me opongo en manera alguna á ello, respondió Aubry; pero no me permitiréis que os diga que la situacion en que os hallais en este momento no es la mas á proposito para chancearse.

—Y quien os ha dicho que me chanceo? balbuceó el moribundo lanzando un profundo suspiro.

—Cómo! decís que me habeis conocido en mi traje y en mi tintero que llevo en la cintura y por mas que abro los ojos no veo mis propias manos!

—Bien puede suceder, respondió el preso; pero cuando hayais estado quince años como yo en un calabozo, vuestros ojos verán en las tinieblas tan bien como antes veian á cielo raso.

—Que el diablo me los arranque antes que hacer semejante aprendizaje! exclamó el estudiante. Quince años! habeis estado quince años preso!

—Quince ó diez y seis años, quizás mas, quizás menos; por que hace mucho tiempo que he cesado de contar los dias y de medir el tiempo.

—Sin duda habeis cometido algun crimen atroz, exclamó el estudiante, para haber sido castigado tan cruelmente?

—Estoy inocente, respondió el preso.

—Inocente! exclamó Aubry espantado. Por Dios! querido compañero, hablemos claros, ya os he dicho que no era ocasion de chancearse.

—Y os he contestado que no me chanceaba.

—Pero lo es mucho menos de mentir; porque al fin la chanza es un sim-

ple juego de la imaginación que no ofende al cielo, ni á la tierra, mientras que la mentira es un pecado mortal que compromete el alma.

—Jamás he mentido.

—Estais inocente, y hace quince años que os hallais preso?

—Quince años mas ó menos, ya os lo he dicho.

—Cáspita! exclamó Aubry, y yo que tambien estoy inocente?

—En ese caso, Dios os proteja! respondió el moribundo

—Cómo que Dios me proteja!

—Sí, por que el criminal puede tener la esperanza de que le perdonen, el inocente jamás!

—Lo que decís, amigo mio, está lleno de filosofía, pero no es muy satisfactorio.

—Digo la verdad.

—Pero sepamos al fin, replicó Aubry, sepamos que pecadillo habeis cometido; bien podeis confiármelo.

Y Aubry, que efectivamente principiaba á distinguir los objetos en la oscuridad, tomó un escabel, y lo colocó cerca del lecho del moribundo, escogiendo un ángulo de la pared, á fin de poder recostarse, como en un sillón.

—Ah! ah! guardais silencio, querido amigo, no tenéis confianza en mí! Ya comprendo; quince años de calabozo han debido haceros desconfiado. Pues bien, sabed que, me llamó Jaime Aubry, tengo veinte y dos años, soy estudiante, segun habeis visto, al menos así decís; tenia mis motivos para querer entrar en el Chatelet, hace diez minutos que estoy en él; he tenido el honor de conoceros; he aquí mi vida entera: ahora ya me conoceis como yo me conozco; hablad vos tambien, ya os escucho.

—Y yo, dijo el preso, soy Esteban Raimundo.

—Esteban Raimundo, murmuró el estudiante, no conozco este nombre.

—En primer lugar, dijo el que acababa de darse á conocer, erais muy niño cuando plugo á Dios hacerme desaparecer de la superficie de la tierra, y en segundo lugar como he hecho poco ruido en ella, nadie ha notado mi ausencia.

—Pero que haciais, que érais!

—Era el confidente del condestable de Borbon.

—Oh! oh! y habeis vendido al estado como él! entonces ya no me maravillo....

—No; me he opuesto á vender á mi amo, y nada mas.

—Vamos por partes; como sucedió eso?

—Hallábame en Paris en el palacio del condestable, cuando este habitaba su palacio de Borbon el-Archambant. Un dia vino á buscarme el capi-

tan de sus guardias y me entregó una carta de Monseñor, en la que me mandaba entregarse al punto al mensajero un paquetito cerrado que hallaría en la alcoba del duque, en la cabecera de su cama y dentro de un estantito. Condujo al capitán á la alcoba, me diriji hácia la cabecera de la cama abrí el estante, el paquete estaba allí, y lo entregué al mensajero, que partió inmediatamente. Una hora despues vinieron algunos soldados del Louvre conducidos por un oficial y me mandaron tambien que les abriera la alcoba del duque y les enseñase un armario que debia haber á la cabecera de su cama. Obedeci, abrieron el armario, pero buscaron inútilmente, lo que buscaban era el paquete que acababa de llevarse el mensajero del duque.

—Cáspita! cáspita! murmuró Aubry, que principiaba á interesarse vivamente por la situacion de su compañero de infortunio.

—El oficial me dirijió amenazas terribles, á las cuales solo contesté que ignoraba lo que venia á buscar, por que si hubiera dicho que acababa de entregar el paquete al mensajero del duque, hubieran corrido tras él y tal vez lo hubieran atrapado.

—Diablo! interrumpió Aubry, anduvisteis listo y obrásteis como criado bueno y leal.

—Entonces el oficial me dejó bajo la custodia de dos soldados, y acompañado de otros dos se volvió al Louvre. Al cabo de media hora vino con la órden para conducirme al castillo de *Pierre-en-Scise* en Lion; me cargaron de grillos y esposas, me metieron en un coche y colocaron un soldado á mi derecha y otro á mi izquierda. Cinco dias despues me hallaba encerrado en una prision, que debo confesar, distaba mucho de ser tan oscura y tan mala como esta; pero que importa? murmuró el moribundo, una prision es siempre una prision y ho concluido por habituarme á esta como á las demas.

—Hum! dijo Aubry, esto prueba que sois filósofo.

—Tres dias y tres noches transcurrieron, continuó Esteban Raimundo; en fin, en la cuarta noche me despertó un lijero ruido; abrí los ojos; mi puerta jiraba sobre sus goznes, una mujer velada entró acompañada del carcelero, este puso una bujia sobre la mesa, y á una señal de mi visitadora nocturna, salió humildemente; entonces ella se aproximó á mi lecho se levantó el velo, y yo lancé un grito.

—Pues quien era ella? preguntó Aubry aproximándose vivamente al narrador.

—Era Luisa de Saboya, la duquesa de Angulema en persona, la regenta de Francia, la madre del rey.

—Ah! ah! exclamó Aubry; y qué venia á buscar al calabozo de un pobre diablo como vos?

—Venía á buscar ese paquete cerrado que yo habia entregado al mensajero del duque, y el cual contenia las cartas de amor que habia cometido la imprudencia de escribir al mismo á quien á la sazón perseguia.

—Que diablura! murmuró entre dientes Aubry, esta historia se parece á la de la duquesa de Etampes y Ascanio.

—Ay! todas las historias de las princesas locas y enamoradas se asemejan! respondió el preso, que parecia tener tan fino el oido como perspicaz la vista; desgraciados solamente los pequeños que se mezclan en ellas!

—Aguardad un poco! profeta de desgracias, exclamó Aubry, que diablos estais diciendo! Yo tambien, yo tambien me hallo mezclado en una historia de princesa loca y enamorada.

—Pues si es así, bien podeis despediros de la luz del dia y de la vida.

—Id al diablo con vuestras predicciones del otro mundo! Que tengo yo que ver en todo eso! No soy yo de quien la princesa está enamorada, sino de Ascanio.

—Y era yo por ventura de quien la otra princesa estaba enamorada? repitió el preso, era yo, cuya existencia hasta entonces habian ignorado? No; y sin embargo me hallaba colocado entre un amor estéril y una venganza fecunda, y fui destrozado con el choque de ambos.

—Diablo! exclamó Aubry, pero volvamos á la princesa, pues precisamente porque esa historia me hace temblar por mí mismo, me interesa infinito.

—Las cartas, pues, eran lo que ella buscaba, como ya os he dicho, y en cambio de estas cartas me prometia favores, dignidades, títulos, y por verlas hubiera arrancado de nuevo cuatrocientos mil escudos á otro Semblancay, aunque este hubiera tenido que pagar su complacencia con el cadalso.

Yo le respondí que no tenia semejantes cartas que no las conocia, que no sabia lo que queria decir.

Entonces á las ofertas sucedieron las amenazas; pero no podia ser mas intimidado que seducido, porque habia dicho la verdad: esas cartas no estaban en mi poder, las habia entregado al mensajero de mi noble amo.

La princesa salió furiosa y en mas de un año no volví á oír hablar de nada; pero al cabo de este tiempo volvió y se renovó la misma escena.

Entonces fui yo quien la rogué, la supliqué y la insté para que me dejara salir. Yo la pedí este beneficio en nombre de mi mujer y de mis hijos; pero todo fué inútil. Debía entregar las cartas ó morir en la prision.

Un dia hallé una lima dentro de mi pan.

Mi noble amo se habia acordado sin duda de mí á pesar de hallarse ausente desterrado y fujitivo. No pudiendo salvarme ni por medio de sí-

plicas, ni con la fuerza, envió á Francia uno de sus criados que consiguió del carcelero que me entregase esta lima diciéndome quien me la enviaba.

Limé uno de los hierros de mi ventana. Hice una cuerda de mis sábanas; me descolgué; pero al llegar á la punta, en vano busqué la tierra con los dedos de mis pies: me dejé caer invocando el nombre de Dios y me rompí una pierna al caer: una ronta me encontró desmayado.

Entonces me trasladaron al castillo de *Chalons-Sur-Saône*, donde permanecidos años poco mas ó menos, al cabo de los cuales mi perseguidora volvió á presentarse en mi prision. Las cartas eran las que la llevaban nuevamente á mi calabozo, si bien esta vez vino acompañada de un hombre; mandó darme tormento, pero inútil crueldad, nada consiguió, porque nada podía conseguir. Yo no sabia nada sino que habia entregado estas cartas la mensajero del duque.

Un dia en el fondo del cántaro que contenia mi agua hallé un saco lleno de oro: mi noble amo habia vuelto á acordarse de su pobre criado.

Soborné á uno de los porteros, ó mas bien el malvado fingió dejarse sobornar: á media noche, vino á abrirme la puerta de mi calabozo.

—Salí, le seguí por los corredores; ya respiraba el aire de los vivientes ya me creia libre; pero de pronto unos cuantos soldados se arrojaron sobre nosotros y nos maniataron á los dos. Mi guia habia aparentado dejarse enternecer por mis súplicas, á fin de atrapar el oro que habia visto en mis manos, y despues me vendió para ganar la recompensa prometida á los delatores.

Fui trasladado entonces al Chatelet, y encerrado en este calabozo.

Aquí por la última vez se me apareció Luisa de Saboya, seguida del verdugo.

La vista de la muerte no obtuvo mas resultado que las promesas, las amenazas y el tormento. Me ataron las manos, pasaron una cuerda por una argolla y me echaron un lazo al cuello con esta misma cuerda. Di la misma respuesta de siempre añadiendo que mi enemiga colmaba todos mis deseos concediéndome la muerte, desesperado como estaba de esta vida de cautiverio.

Sin duda este mismo desprecio de la vida, fué parte para que mi mortal enemiga desistiera de su infame proyecto, pues salió, y el verdugo detras de ella.

Desde entonces no la he vuelto á ver. Qué ha sido de mi noble duque? Que se ha hecho la cruel duquesa? Lo ignoro, porque desde ese tiempo, hará tal vez ya quince años, no he hablado una palabra con un solo ser viviente.

—Los dos han muerto; respondió Aubry.

—Han muerto los dos; mi noble duque ha muerto! Si todavía no era muy viejo apenas tendría cincuenta y dos años, como es que ha muerto?

—Murió en el sitio de Roma, y probablemente.... Aubry iba añadir; á manos de uno de mis amigos; pero se contuvo, pensando que esta circunstancia podría resfriar la amistad entre él y el viejo. Aubry en esta ocasión fué prudente.

—Probablemente?... repitió el preso.

—A manos de un platero llamado Benvenuto Cellini.

—Hace veinte años hubiera maldecido al asesino; hoy digo con toda la sinceridad de mi alma. «Bendito sea el asesino! Y han dado á mi noble duque una sepultura digna de él».

—Ya lo creo; le han erijido un sepulcro en la catedral de Gaeta, cuyo sepulcro tiene un epitafio que dice: que comparado con el que aquí yace, Alejandro Magno no era mas que un bellaco y César un gullopo.

—Y la otra?

—Quien es la otra.

—Mi perseguidora.

—También ha muerto, hará nueve años.

Si, ella era! una noche vi en mi calabozo una sombra arrodillada que me suplicaba. Yo no pude contener un grito y la sombra desapareció. Era ella que venia á pedirme perdón.

—Segun eso, creéis que al tiempo de morir habrá perdonado?

—Así lo espero por la salvación de su alma.

—Pero en ese caso debieron ponerlos en libertad.

—Ella tal vez lo mandaría; pero soy tan poca cosa, que en medio de esa gran catástrofe se habrán olvidado de mí.

—También vos la perdonareis en vuestro postrer momento.

—Levantadme, joven, quiero orar por los dos.

—Y el moribundo, incorporado por Aubry, confundió en la misma plegaria á su protector y á su perseguidora, al que nunca desmintió su afecto y á la que jamás olvidó su odio, al condestable y á la rejenta.

El preso tenía razón. Los ojos de Aubry principiaban á habituarse á las tinieblas, puesto que ya distinguían en la oscuridad la figura del moribundo. Era este un anciano descarnado y consumido por los padecimientos, de barba blanca, y espaciosa frente; una de esas cabezas que ideó el Dominiquino al ejecutar su Confesión de San Gerónimo.

Luego que acabó de orar, lanzó un suspiro y volvió á caer: estaba desmayado.

Aubry creyó que estaba muerto. Sin embargo, corrió al cántaro echó un poco de agua en el hueco de la mano y roció con ella el rostro venerable del anciano, que volvió en sí.

—Has hecho bien en socorrerme, jóven, dijo el anciano, y he aquí tu recompensa.

—Que es eso? preguntó Aubry.

—Un puñal, respondió el moribundo.

—Un puñal? y como se halla esta arma en vuestras manos?

—Oye.

Un día al traerme el carcelero mi pan y mi agua puso su linterna sobre el escabel que por casualidad estaba cerca de la pared. En esta pared sobresalía una piedra, en la que habia grabadas con un cuchillo unas letras; que no tuve tiempo de leer; pero escribí en la tierra con mis manos, la destel de modo que formé una especie de pasta, y estampé en ella estas letras *ultor*.

Qué queria decir esta palabra, *vengador*? Volví á la piedra procuré arrancarla: se movia como un diente en su encía. A fuerza de paciencia, repitiendo veinte veces los mismos esfuerzos, logré arrancarla de la pared. Al punto introduje la mano en la escavacion que habia dejado y hallé este puñal.

Entonces volvió á punzarme el deseo de la libertad que casi habia abandonado; resolví abrimme paso con este puñal en cualquier calabozo inmediato, y allí, con el auxilio del que lo habitase combinar un plan de evasion. Ademas, aun cuando nada de esto surtiese efecto, abujerear la tierra, escarbar la pared, era una ocupacion, cuando esteis como yo veinte años en un calabozo, jóven, vereis que terrible enemigo es el tiempo.

Aubry tembló de pies á cabeza.

—Y habeis puesto vuestro proyecto en ejecucion? preguntó este.

—Si, y con mas facilidad que pensaba. Despues de doce ó quince años que estoy aqui, no sospecharán sin duda que pueda evadirme; ademas, tal vez no sepan ó no se acuerden ya de que estoy aqui. Me guardan como guardan esa cadena que pende de esa argolla. El condestable y la rejenta han muerto, ellos solos se acordaban de mí; quien sabrá ahora, aquí mismo, que nombre pronuncio al pronunciar el nombre de Esteban Raimundo? Nadie.

Aubry sintió correr por su frente un sudor frio pensando en el olvido de que era victima el infeliz anciano.

—Y que mas? preguntó, y que mas?

—Que mas? dijo el anciano, mas de un año hace que mino el suelo, y he logrado hacer por debajo de la pared un agujero por el cual puede pasar un hombre.

—Pero que habeis hecho de la tierra que sacábais de ese agujero?

—La he sembrado como arena en mi calabozo y la he confundido con el suelo á fuerza de caminar por encima.

—Y dónde está ese agujero?

—Debajo de mi lecho. Hace quince años que á nadie le ha ocurrido la idea de cambiarle de sitio. El carcelero solo baja á mi calabozo una vez al día. Luego que se marchaba el carcelero, cerraba las puertas y cesaba el ruido de sus pasos, entonces retiraba yo mi cama y ponía manos á la obra, despues cuando llegaba la hora de la visita volvía á colocar mi cama en el mismo sitio y me acostaba en ella. Antes de ayer me acosté para no levantarme mas; se habian agotado mis fuerzas: hoy siento agotada mi vida. Bien venido seas, jóven, tú me ayudarás á morir, y yo en recompensa, te dejare por mi heredero.

—Vuestro heredero! dijo Aubry admirado.

—Si; te dejaré este puñal. Te sonries? Qué herencia mas preciosa puede dejarte un preso? Este puñal es tal vez la libertad.

—Teneis razon, dijo Aubry, y os doy gracias por el beneficio. Pero hasta donde llega, ese agujero que habeis hecho.

—Todavía no habia llegado al otro lado, sin embargo estaba muy cerca. Ayer, oi en el calabozo inmediato ruido de voces.

—Diablo! exclamó Aubry, y creeis....

—Creo que con pocas horas de trabajo acabareis mi obra.

—Gracias, dijo Aubry, gracias!

—Ahora, quisiera tener á mi lado un sacerdote, dijo el moribundo.

—Aguardad padre mio, dijo Aubry, aguardad; es imposible que nieguen semejante peticion á un moribundo.

—Aubry corrió á la puerta sin tropezar esta vez, porque sus ojos se habituaban ó la oscuridad, y llamó con pies y manos.

Bajó un calabocero.

—Qué alboroto es ese? preguntó, ¿por qué armáis ruido? qué quereis?

—El anciano que está con migo se muere, dijo Aubry, y pide un sacerdote.

—Hum!... refunfuñó el calabocero. No sé en que consiste que á todos estos guapos les dá por pedir sacerdotes. Está bien, ahora iran á buscar uno.

Efectivamente, diez minutos despues, entró el sacerdote con el santo Viático, precedido de dos sacristanes, de los cuales uno llevaba la cruz y el otro la campanilla.

Solemne espectáculo, fué el que presentó la confesion de este mártir que no tenia que confesar sino crímenes ajenos, y que en lugar de pedir perdon para si lo imploraba para sus enemigos.

A pesar de su despreocupacion, Aubry se arrodilló y se acordó de sus oraciones de niño, que creia haber olvidado.

Quando el preso acabó su confesion, el sacerdote fué quien se inclinó delante de él y le pidió su bendicion.

El anciano se sonrió con la sonrisa de los elejidos del Señor, alargó una mano por encima de la cabeza del sacerdote, estendió la otra hácia Aubry, lanzó un profundo suspiro y cayó de espaldas.

Este suspiro era el último.

El sacerdote salió como habia venido, acompañado de los monaguillos, y el calabozo, un momento alumbrado con la trémula luz de los cirios, volvió á quedar sumerjido en su habitual oscuridad, hallándose entonces Aubry solo con el difunto.

Compañía muy triste y lúgubre por cierto era esta, principalmente por las reflexiones que sujeria. Ese hombre, que estaba tendido allí, habia entrado inocente en la cárcel, veinte años habia permanecido en ella, y no salia de su encierro sino porque la muerte, ese gran libertador, habia venido á buscarle.

Así es que el alegre escolar parecia enteramente otro: por la primera vez se hallaba en frente de un pensamiento supremo y sombrío; por la primera vez sondeaba con la vista las abrasadoras vicisitudes de la vida y la tranquila sublimidad de la muerte.

Además, una idea egoista se despertó en el fondo de su corazon: pensaba en que él tambien estaba inocente como ese hombre, pero arrastrado como ese hombre, en el torbellino de esas pasiones reales, que rompen, devoran y anonadan una existencia. Ascanio y él podian desaparecer tambien como habia desaparecido Esteban Raimundo. Quién pensaria en ellos?

Gervasia tal vez.

Benvenuto Cellini indudablemente.

Pero la primera nada podia hacer sino llorar; en cuanto al segundo, al pedir á grandes gritos esa carta que poseia Ascanio, confesaba él mismo su impotencia.

Y por toda probabilidad de salvacion, por única esperanza le quedaba la herencia del anciano difunto: un viejo puñal que ya habia burlado las esperanzas de sus dos primeros dueños.

Aubry habia ocultado en su pecho este puñal, y llevó á él convulsivamente la mano para asegurarse de que lo tenia allí todavia.

En este momento volvió á abrirse la puerta; venian á llevarse el cadaver.

—Cuándo me trais de comer? preguntó Aubry, tengo hambre.

—Dentro de dos horas, respondió el carcelero.

Y el estudiante quedó solo en su calabozo.

XXI.

UN ROBO HONESTO.

Aubry pasó estas dos horas sentado en su escabel sin moverse, tanto reposo había dado á su cuerpo su activo pensamiento.

A la hora indicada, bajó el carcelero, renovó el agua, mudó el pan; esto era lo que en el idioma del Chatelet se llamaba una comida.

El estudiante recordó lo que le había dicho el moribundo, esto es, que la puerta de la prision no se abria sino cada veinte y cuatro horas; sin embargo permaneció todavía largo tiempo sentado en el mismo sitio y sin hacer un solo movimiento, temiendo que el acontecimiento de aquel dia alterase algo las costumbres de la prision.

Pronto vió gracias á su respiradero, que se acercaba la noche. Bien puede decirse que fué un dia muy ocupado el que acababa de transcurrir: por la mañana el interrogatorio del juez; al media dia, el duelo con Marmagne; á la una la prision; á las tres la muerte del preso, y en aquel momento sus primeras tentativas de evasion.

Un hombre no cuenta muchos dias semejantes en su vida.

Aubry se levantó lentamente, dirigióse á la puerta para escuchar si alguien venia; en seguida para que no viesen en su jubon la huella de la

tierra y da la pared se desnudó de esta parte de su vestido, separó la cama y halló el agujero de que le había hablado su compañero.

Deslizóse como un lagarto por esta estrecha galería, que tendría ocho pies de profundidad y la cual pasando por debajo de la pared subía hasta el otro lado.

Al primer golpe que dió Aubry con su puñal conoció efectivamente por el sonido que hacía el suelo, que pronto iba á lograr su objeto, esto es, abrirse una salida en un lugar cualquiera. ¿A dónde daría esta salida? Era preciso ser adivino para saberlo. Pero no por eso continuó con menos actividad su trabajo haciendo el menor ruido posible. De vez en cuando solamente salía de su agujero como un minero para sembrar por el aposento la tierra que hubiera podido embarrazar su galería, y despues deslizábase nuevamente por ella y volvía á su tarea.

Mientras Aubry trabajaba, Ascanio pensaba tristemente en Colomba.

Tambien él, segun ya hemos dicho, había sido conducido al Chatelet, tambien él, como Aubry había sido arrojado en un calabozo. Sin embargo, bien fuese casualidad ó recomendacion de la duquesa, este calabozo estaba algo menos desnudo, y por consiguiente algo mas habitable que el del estudiante.

Pero qué importaba á Ascanio un poco mas ó menos de comodidad! Su calabozo era siempre un calabozo y su cautiverio una separacion. Faltaba Colomba, es decir, mas que la luz, mas que la libertad, mas que la vida. Si Colomba estuviese con él en el calabozo, el calabozo seria para él un lugar de delicias, un palacio encantador. Qué diferencia entre las horas de tedio que ahora pasaba, y las deliciosas noches que había disfrutado últimamente al lado de su amada! ¿Qué dulce y que agradable había sido para él este último período de su vida! Durante el día pensando en su amada, por las noches á su lado, jamás pensó que pudiera cesar esta felicidad. Asi es que muchas veces en medio de la embriaguez de su dicha la férrea mano de la daga le había oprimido el corazon. Entonces Ascanio, como un hombre á quien un peligro amenaza, pero que no sabe cuando se desplomará sobre él este peligro, se había apresurado á separar de su mente todos los temores del porvenir para aperrar todas las delicias del presente.

Y en la actualidad se hallaba en un calabozo, solo, lejos de Colombe, tal vez encerrada tambien como él, tal vez presa en algun convento de donde no podría salir, sino para pasar á la capilla donde la esperaria el marido que querian darle á la fuerza.

Doa pasiones terribles velaban á la puerta de la prision de los dos amantes: el amor de la duquesa de Etampes en el umbral de la de As-

canio, la ambicion del conde de Orbec en el umbral de la de Colomba. Asi es que cuando Ascanio se vió solo en su calabozo quedó sumerjido en una profunda tristeza y en el mayor abatimiento; porque era una de esas naturalezas tiernas que necesitan apoyarse en una organizacion robusta; era una de esas flores débiles y graciosas que se encorvan al mas ligero soplo del huracan, y que no vuelven á levantarse sino á los rayos bivi-cantes del sol.

Encerrado en una prision, el primer cuidado de Benvenuto hubiera sido explorar las puertas, registrar las paredes, hacer resonar el suelo para asegurarse si las unas ó las otras no ofrecian á su viva y belicosa inteligencia algun medio de salvacion. Ascanio se sentó sobre su cama, dejó caer su cabeza sobre su pecho y balbuceó el nombre de Colomba, no ocurriéndole la idea de que pudiese evadirse de un calabozo, cerrado con tres rejas de hierro y rodeado de paredes de seis pies de espesor.

Sin embargo, como ya hemos dicho, este calabozo era algo mas habitable que el de Aubry, puesto que habia en él una cama, una mesa, dos sillas y una estera vieja, ademas sobre un poyo de piedra ardia una lámpara. Este calabozo, sin duda era de los privilegiados.

Habia tambien una gran mejora en el sistema alimenticio: en vez del pan y del agua que llevaban cada veinte y cuatro horas á nuestro escolar, Ascanio tenia dos comidas; ventaja que estaba compensada con el desagrado de ver dos veces á su calabocero: y aun estas comidas, preciso es decirlo, en honor de la filantrópica administracion del Chatelet, no eran del todo excrables.

Ascanio se ocupó poco de este pormenor; era una de esas organizaciones delicadas, femeninas, que parece vivir de perfumes y de rocío, siempre sumerjido en sus reflexiones, comió un poco de pan, bebió algunas gotas de vino y continuó pensando en Colomba y en Benvenuto Cellini: en Colomba por que era el objeto de todo su amor; en Cellini por que cifraba en él todas sus esperanzas.

En efecto, hasta este momento Ascanio jamás se habia ocupado de ninguno de los cuidados y de los detalles de la existencia; Benvenuto vivia por los dos; Ascanio se contentaba con respirar, idear alguna hermosa obra del arte y amar á Colomba. Era como el fruto que brota en un árbol vigoroso y que recibe de este árbol toda su sávia.

Y todavia ahora, á pesar de lo afflictivo de su situacion, si en el momento en que lo habian preso y conducido al Chatelet, hubiera podido ver á Benvenuto Cellini, y si este hubiera podido decirle apretándole la mano: tranquilizate, Ascanio, yo velo por tí y por Colomba, hubiera sido tan grande su confianza en el maestro, que sostenido en esta sola promesa hu-

biera esperado sin inquietud el momento en que su prision se abriese, seguro de que esta prision debía abrirse á pesar de las puertas y las rejas que la aseguraban.

Pero no había visto á Benvenuto. Este ignoraba que su discípulo querido, que el hijo de su Estefanía estuviese preso: se necesitaba un día para ir á buscarle á Fontainebleau, suponiendo que alguno tuviese la idea de hacerlo; otro día para volver á Paris, y en dos días los enemigos de los dos amantes podían tomar la delantera á su defensor.

Así Ascanio pasó todo el resto del día y de la noche que siguió á su prision sin dormir, tan pronto paseándose, tan pronto sentándose como echándose sobre su cama, en la cual por una atencion particular, que probaba hasta que punto había sido recomendado el preso, habían puesto sábanas limpias. Durante todo este día y toda esta noche, y durante toda la mañana del siguiente día, nada le aconteció de nuevo, ni tuvo mas visita que la cotidiana del calabocero que le llevaba sus comidas.

Hacia las dos de la tarde, al menos esta hora fué la que calculó el preso, le pareció oír hablar muy cerca de él: era un murmullo sordo, indefinible, en el cual era imposible distinguir nada, pero causado evidentemente por palabras humanas. Ascanio se puso á escuchar y dirigióse al lado de donde venia el ruido que era uno de los ángulos de su calabozo. Aplicó silenciosamente su oído á la pared y al suelo y le pareció que el ruido provenia de bajo de tierra.

Ascanio tenía vecinos que evidentemente no estaban separados de él sino por medio de una pared estrecha, ó por una tabla delgada.

Al cabo de dos horas poco mas ó menos, cesó este rumor y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio. Pero á la noche volvió á oirse el mismo ruido, si bien esta vez había cambiado de naturaleza. No era ya el que forman dos personas hablando, sino el sonido de golpes sordos y apresurados como los que dá un picapedrero. Por lo demas este ruido venia del mismo sitio, no se interrumpia un segundo y cada vez se aproximaba mas.

Por mucho que ocupasen á Ascanio sus propias ideas no pudo mezarse á fijar su atencion en este ruido, y permaneció con los ojos fijos en el sitio de donde venia el ruido. Eran lo menos las doce de la noche; pero á pesar de su insomnio de la vispera, Ascanio no pensó siquiera en dormir.

El ruido continuaba, y como la hora no era la mas apropiada para un trabajo ordinario, era indudable que este ruido era producido por algun preso que trabajaba en su evasion. Ascanio se sonrió tristemente al considerar que aun cuando llegase hasta él el desgraciado que tal vez por un instante pudiera creerse en libertad, no haria mas que cambiar de prision.

En fin, el ruido se aproximó de tal modo que Ascanio corrió á su lámpara, la cojió y volvió con ella al sitio de donde parecia salir aquel; casi al mismo instante se levantó el suelo en el ángulo mas distante del calabozo, dando en seguida paso á una cabeza humana.

Ascanio lanzó un grito de sorpresa y de alegría, al cual respondió otro grito no menos acentuado. Esta cabeza era la de Aubry. Un instante despues, gracias al auxilio que Ascanio dió al que venia á visitarle de una manera tan estraña y tan inesperada, los dos amigos se hallaban tiernamente abrazados.

Inútil es decir que las primeras preguntas y las primeras respuestas fueron algo incoherentes; pero en fin, á fuerza de hablar sin concierto, lograron poner un poco de orden en su espíritu y dar un poco de claridad á los acontecimientos. Además Ascanio casi nada tenia que decir, antes por el contrario todo ó mucho que saber.

Entonces Aubry le refirió todo lo que habia pasado: como él habia vuelto al palacio de Nests al mismo tiempo que Benvenuto, como habian sabido casi juntos la noticia de la prision de Ascanio, y el rescate de Colomba; como Benvenuto habia corrido á su obrador como un loco gritando; á la fundicion! á la fundicion! y él al Chatelet. Entonces se separaron, y el estudiante no supo ya nada mas de cuanto habia pasado desde aquel momento en el palacio de Nests.

Pero á la iliada comun, sucedió la odisea particular. Aubry contó á Ascanio su desaliento al ver que no querian encerrarle en la cárcel, su visita á Gervasia, la demanda de esta ante el correjidor, su interrogatorio terrible, que no habia tenido otro resultado que esa multa de veinte sueldos parisies, tan humillante para el honor de Gervasia; en fin, su encuentro con Marmagne en ocasion en que principiaba á desconfiar de verse en la cárcel; y por último, todo lo que habia sucedido desde entonces hasta el momento en que, no sabiendo en que calabozo iba á entrar al dividir su cabeza la bóveda de tierra que le quedaba por horadar, habia distinguido á la luz de la lámpara á su amigo Ascanio. Entonces los dos amigos se abrazaron nuevamente y con mayor efusion que al principio.

—Y ahora, dijo Aubry, escúchame Ascanio, pues no debemos perder tiempo.

—Está bien, dijo Ascanio, pero ante todas cosas háblame de Colomba, ¿donde está Colomba?

—Colomba! no sé nada de ella: creo que está en casa de la duquesa de Etampes.

—En casa de la duquesa de Etampes! en casa de su rival.

En ese caso es cierto lo que dicen del amor de la duquesa por ti?

Ascanio se ruborizó y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Oh! no es menester abergonzarse por eso, exclamó Aubry. Cúspita! una duquesa, y una duquesa que es la querida del rey! no soy yo quien la suerte depara tan grande dicha. Pero volvamos á nuestro asunto.

—Si, dijo Ascanio, volvamos á Colomba.

—Bah! no se trata de Colomba sino de una carta.

—Qué carta?

—Una carta que la duquesa de Etampes te á escrito.

—¿Y quién te ha dicho que poseia una carta de la duquesa de Etampes?

—Benvenuto Cellini.

—¿Por que te ha dicho eso?

—Porque necesita esa carta; porque me he comprometido á llevársela, por que todo cuanto he hecho ha sido para obtener esta carta.

—Pero ¿qué quiere hacer de esta carta Benvenuto? preguntó Ascanio.

—No lo sé ni me importa. El me dijo; necesito esa carta, y yo le consentí: bueno yo la tendre, he hecho porque me encierren en la cárcel para obtenerla; aqui me tienes, dámela y yo me encargo de hacer que llegue á manos de Benvenuto. Pero diablo! qué tienes?

Esta pregunta era motivada por el ceño que notó Aubry en la fisonomía de Ascanio.

—No tengo nada, mi pobre Aubry, sino que has perdido tu trabajo.

—Como es eso! exclamó Aubry. Pues qué, ¿no conservas ya en tu poder esa carta?

—Si, aqui está, dijo Ascanio metiendo la mano en el bolsillo de su jubon.

—Ah! me alegro. En ese caso dámela y la llevaré á Benvenuto.

—Jamás me desprenderé de esta carta, Aubry.

—Y por qué?

—Porque ignoro el uso que quiere hacer de ella Benvenuto.

—Quiere servirse de ella para darte la libertad.

—Y para perder á la duquesa de Etampes. tal vez, Aubry, no quiero que ninguna mujer se pierda por mi causa.

—Y si esa mujer quiere perderte? Esa mujer te detesta; no, me equivoco, esa mujer te adora.

—Y quiere que en pago de ese amor...

—Pero si es lo mismo que si te aborreciese; puesto que tú no la amas: además ella es la causadora de todo.

—Cómo! la causadora de todo?

—Si, ella ha sido la que ha tenido la culpa de que te prendan, y por ella tambien han sacado á Colomba de su retiro.

—¿Quien te lo ha dicho?

—Nadie, pero quien quieres tú que sea?

—No puede haber sido el preboste, el conde de Orbec, Marmagne á quien tú mismo confiesas le has dicho todo?

—Ascanio! Ascanio! exclamó Aubry desconsolado, tú te pierdes!

—Quiero mejor perderme que cometer una accion villana, Aubry.

—No creo que cometas ninguna accion villana, puesto que Benvenuto es el que se encarga de facilitarte tu libertad.

—Escucha, Aubry, dijo Ascanio, y no te enfades por lo que voy á decirte; si Benvenuto estuviere en tu lugar, si él me dijese: La duquesa de Etampes, tu enemiga, ha sido quien ha causado tu prision, quien ha robado á Colomba, quien la tiene en su poder, quien quiere forzar su voluntad; yo no puedo salvar á Colomba sino con el auxilio de esta carta; le haria jurar que no se la mostrase al rey, y entonces se la daria. Pero Benvenuto no está aqui, yo no tengo ninguna certidumbre de que la persecucion que sufro venga de parte de la duquesa. Esta carta estaria mal en tus manos Aubry; perdóname, pero tú mismo confiesas que eres un franco calavera.

—Te aseguro, Ascanio, que el dia que acabo de pasar, me ha envejecido diez años.

—Si, pero puedes perder esta carta, y aun con la mejor intencion del mundo, hacer de ella algun uso imprudente; asi que, Aubry, no insistas en pedirme esta carta, por que estoy resuelto á no entregártela.

—Pero, amigo mio, exclamó Aubry, ten presente que el mismo Benvenuto ha dicho que solo esta carta puede salvarte.

—Benvenuto me salvará sin ella, Aubry; Benvenuto cuenta con la palabra del rey que le otorgará una gracia el dia en que quede fundido su Júpiter. Asi es que cuando tu has creido que Benvenuto se habia vuelto loco por que gritaba: «A la fundicion! á la fundicion!» entonces Benvenuto principiaba á salvarme.

—Pero si sale mal la fundicion? dijo Aubry.

—No hay peligro, contestó Ascanio sonriendo.

—Sin embargo, esta desgracia sucede á los mas hábiles fundidores de Francia.

—Los mas hábiles fundidores de Francia no son mas que aprendices comparados con Benvenuto.

—Pero cuanto tiempo durará esa fundicion?

—Tres dias.

—Y para presentar la estatua al rey, cuanto tiempo será necesario?

—Otros tres dias.

—Seis ó siete entre todos, segun veo. Y si de aquí á seis ó siete dias obliga la duquesa de Etampes á Colomba á que se case con el conde de Orbec?

—La duquesa de Etampes no tiene derecho alguno sobre Colomba, y Colomba sabrá resistir.

—Si, pero el preboste tiene derechos sobre Colomba, por que al fin es su padre, y el rey Francisco puede alegarlos tambien, como su soberano, y si el preboste ó el rey lo manda?

Ascanio no pudo menos de inmutarse ante tan terrible reflexion.

—Si, cuando Benvenuto llegue á pedir tu libertad, Colomba es ya la mujer de otro, di, que harás de tu libertad?

Ascanio se pasó una mano por la frente para enjugar el sudor de que estaba bañada, mientras que la otra buscaba en su bolsillo la carta salvadora; pero cuando Aubry creia que iba á ceder, movió la cabeza como si tratase de ahuyentar toda irresolucion:

—No! dijo, no! A Benvenuto solo! Hablemos de otra cosa.

Y pronunció estas palabras con un tono que indicaba que al menos en aquel momento era completamente inútil insistir.

—Entonces, dijo Aubry pareciendo tomar interiormente una resolucion importante, entonces, amigo, si hemos de hablar de otra cosa, podemos dejarla para mañana, por que temo que nos encuentren juntos. Ademas te confieso que fatigado con mis tribulaciones del dia de hoy y mi trabajo de la noche, necesito mas de reposo que de hablar. Quédate, pues, con Dios, que yo me vuelvo á mi calabozo, y cuando desees verme, me llamarás. Entre tanto eubre con esa estera el agujero que acabo de hacer, á fin de que no corten nuestra comunicacion. Adios, Ascanio; la noche es buena consejera y espero hallarte mañana mas razonable.

Y pronunciando estas palabras, sin querer escuchar las observaciones de Ascanio que procuraba detenerle, metió primero la cabeza en su pasadizo subterráneo, y arrastrándose como un reptil llegó á su calabozo. Ascanio, ejecutando el consejo que le habia dado su amigo, apenas desaparecieron los pies del estudiante, tendió la estera sobre el horadado rincón de su encierro, desapareciendo de este modo enteramente la via de comunicacion que acababa de establecerse entre los dos calabozos.

En seguida tiró su jubon sobre una de las sillas, que con la mesa y la lámpara componian todo su ajuar, y se acostó en su cama: á pesar de la zozobra que las reflexiones de su amigo le habian infundido; se quedó pronto dormido, por que la fatiga del cuerpo era superior á los tormentos del alma.

Pero Aubry, en lugar de seguir el ejemplo de Ascanio, aunque tenia

tanta ó mas necesidad de sueño que él, contentóse con sentarse en su escabel y se puso á reflexionar profundamente, lo que, como ya sabe el lector, era tan opuesto á su costumbre, que era indudable que meditaba algun gran golpe.

La inmovilidad del estudiante duró un cuarto de hora, poco mas ó menos, despues de lo cual se levantó lentamente, y con el paso de un hombre ya resuelto, se dirigió á su abertura, deslizándose por ella de nuevo, pero con tantas precauciones y observando esta vez un silencio tan profundo, que cuando llegó al otro lado y levantó la estera con su cabeza, observó con alegría que la operacion que acababa de ejecutar no habia despertado á su amigo.

Esto era todo lo que deseaba el estudiante; así es que con precauciones mayores aun que las que hasta entonces habia tomado, salió lentamente de su galeria subterránea, se aproximó conteniendo la respiracion, á la silla donde estaba el jubón de Ascanio, y sin separar la vista de éste, y con el oido atento, sacó del bolsillo la preciosa carta tan ambicionada por Cellini, y puso dentro del sobre un billete de Gervasia que dobló exactamente de la misma manera que lo estaba la carta de la duquesa, calculando que mientras Ascanio no la abriese, creeria siempre que era la misma de la bella Ana de Heilly la que aquella cubierta encerraba.

En seguida se volvió á la estera con el mismo silencio, la levantó, se deslizó de nuevo por la abertura y desapareció como las fantasmas que se hunden por los escotillones de un teatro. Aubry no pudo retirarse mas oportunamente, por que apenas habia entrado en su calabozo, oyó la puerta de él de Ascanio jirar sobre sus goznes, y la voz de su amigo que gritaba con el acento de un hombre que se despierta sobresaltado:

—¿Quién vá allá?

—Yo, respondió una voz dulce; nada temais, es una amiga.

Ascanio, medio vestido, como ya hemos dicho se levantó al acento de esta voz que creia reconocer, y á la luz de su lámpara vió á una mujer velada. Esta mujer se aproximó lentamente á él, y levantó su velo. No se habia engañado: esta mujer era la duquesa de Etampes.

XXII

EN QUE SE PRUEBA QUE LA CARTA DE UNA COSTURERA CUANDO SE QUEMA
FORMA TANTA LLAMA Y CENIZA COMO LA CARTA DE UNA DUQUESA.

Había en la animada fisonomía de la hermosa Ana de Heilly cierta mezcla de compasión y de tristeza que enterneció á Ascanio, y le confirmó, aun antes que la duquesa desplegara los labios, en la idea de que no tenía la menor parte de culpabilidad en la catástrofe de que él y Colomba acababan de ser víctimas.

—Vos, aquí, Ascanio, dijo con voz melodiosa; vos á quien yo quería dar palacios, encerrado en un calabozo!

—Ah! señora, exclamó el jóven, es cierto que sois absolutamente estraña á la persecución que sufrimos?

—Habeis sospechado de mí un solo instante, Ascanio? dijo la duquesa. Entonces tenéis razon para aborrecerme, y yo no debo hacer mas que lamentarme en silencio, por ser tan mal conocido de aquel á quien yo tan bien conozco.

—No, señora, no, dijo Ascanio; me han dicho que erais vos quien lo habia dirijido todo, pero no he querido creerlo.

—Bien, Ascanio. Sé que no me amais, pero al menos no sois injusto conmigo. Teneis razon, Ascanio; no solamente no he dirijido, sino que lo ig-

moraba todo: el preboste ha sido, Estourville, quien habiendo sabido todo, no sé como, se lo dijo todo al rey y obtuvo la orden para prender y apoderarse de Colomba.

—Y Colomba está en casa de su padre? preguntó vivamente Ascanio.

—No, dijo la duquesa, Colomba está en la mía.

—En vuestra casa, señora! exclamó Ascanio. Por qué está en vuestra casa?

—Es muy hermosa, Ascanio, dijo la duquesa con marcada repugnancia; y ahora comprendo por que la preferís á todas las mujeres del mundo, aunque la mas amante de estas mujeres os ofreciese el mas rico de los ducados.

—Es verdad, amo á Colomba, señora, dijo Ascanio, y ya sabéis que todos prefieren el amor, este bien del cielo, á todos los bienes de la tierra.

—Si, Ascanio, si, vos la amais sobre todas las cosas. Por un momento creí que vuestra pasión hácia ella no sería mas que amor vulgar; pero me he engañado, si, ahora lo conozco, añadió lanzando un suspiro. Separaros por mas tiempo al uno del otro, sería oponerse á la voluntad de Dios.

—¡Ah señora! exclamó Ascanio, juntando las manos, Dios os ha dado el poder de reunirnos. Sed grande y generosa hasta el fin, señora, y haced la felicidad de dos jóvenes que os amarán y bendecirán toda su vida.

—¡Pues bien! si, dijo la duquesa, estoy vencida, Ascanio, si, estoy dispuesta á protejerlos, á defenderos; ¡pero, ay! tal vez sea ya demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde! ¿qué quereis decir? exclamó Ascanio.

—Tal vez á estas horas, Ascanio, yo misma esté perdida.

—¡Perdida! ¿y por qué, señora?

—Por haberos amado.

—¡Por haberme amado! ¿Perdida vos por mi causa?

Si, ¡cuán imprudente soy! si, perdida por vuestra causa; perdida por haberos escrito.

—¿Qué decís? no os comprendo, señora.

—No comprendéis que el preboste, escudado con la orden del rey ha mandado hacer una pesquisa general en el palacio de Nesle? ¿No comprendéis tampoco que esta pesquisa, que tiene por objeto buscar todas las pruebas de vuestro amor á Colomba, se ejercerá principalmente en vuestra habitacion

—¿Y qué importa? dijo Ascanio.

—¿Qué importa! continuó la duquesa, si en vuestro aposento hallan esa carta que os escribí en un momento de delirio, si conocen que esa carta es mia, si la llevan al rey á quien he engañado y á cuyo amor renunciaba

por el vuestro, ¡no conocéis que en ese mismo momento caerá mi poder, no comprendéis que entonces nada podré hacer ni por vos ni por Colom-
ba, no comprendéis en fin que seré perdida!

—¡Oh! exclamó Ascanio; tranquilizaos, señora, no correis ningun peli-
gro, esa carta no está en mi aposento, la conservo aquí en mi poder, pues
nunca me he separado de ella.

La duquesa respiró, y su fisonomía pasó de la espresion de la ansie-
dad á la de la alegría.

—¡Jamás os habeis separado de ella, Ascanio! exclamó á su vez, ¡ja-
más os habeis separado de ella! ¡Y á qué sentimiento, decid, debo el que
no os hayais separado de esa carta venturosa?

—A la prudencia, señora, contestó Ascanio.

—¡A la prudencia! Es decir que me engañaba, Dios mio, sí, yo me en-
gañaba. Y sin embargo debiera haber estado convencida de que no me
amaba. ¡A la prudencia! Pues bien, en ese caso, añadió haciendo un es-
fuerzo sobre sí misma, puesto que no tengo que agradeceros mas que
vuestra prudencia, ¿creeis, Ascanio, que obráis muy prudentemente con-
servando en vuestro poder una carta de que pueden apoderarse, puesto
que no es difícil que vengan á registrar tambien vuestra prision y aun
vuestra misma persona, imposibilitando de este modo protectoros á vos y
á Colomba á la única persona que puede salvaros?

—Señora, dijo Ascanio con su voz dulce y con esa especie de melanco-
lia que sienten siempre los corazones puros cuando se ven obligados á du-
dar, ignoro si la intencion de salvarnos á Colomba y á mí está en el fondo
de vuestro corazon como en nuestros labios, ignoro si el deseo solo de
apoderaros de esa carta, que como habeis dicho, puede perderos, os ha
conducido hasta aqui; ignoro en fin si cuando la tengais en vuestro poder
no os convertireis de protectora en enemiga: pero lo que sé, señora, es,
que esa carta es vuestra, que os pertenece, y que desde el momento en
que habeis venido á reclamarla no tengo ya derecho para retenerla.

Ascanio se levantó, se dirigió á la silla sobre la cual estaba su jubon,
registró los bolsillos, y sacando de ellos una carta cuyo sobre reconoció la
duquesa al primer golpe de vista.

—Tomad, señora, dijo, este papel tan deseado por vos, y que sin poder
serme útil puede seros tan perjudicial; tomadlo y rompedlo; he hecho lo
que debo, ahora hareis lo que querais.

—¡Ah! teneis un corazon verdaderamente noble y generoso, Ascanio,
exclamó la duquesa arrebatada per ese primer movimiento que á veces se
halla hasta en el fondo de las almas mas corrompidas.

—Viene gente, señora; ¡no os descuideis! exclamó Ascanio.

—Teneis razon, contestó la duquesa. Y al ruido de los pasos que efectivamente se acercaban alargó vivamente la mano hacia la lámpara, aplicando el papel á la llama que un instante lo devoró. Sin embargo, la duquesa no lo soltó hasta que el fuego estuvo á punto de quemar sus dedos, y la carta casi enteramente consumida bajó dando vueltas; cuando tocó el suelo estaba completamente reducida á cenizas, sobre las cuales puso el pie la duquesa.

En este momento se presentó el preboste en la puerta.

—Me han dicho que estábais aqui, señora, dijo con aire inquieto, mirando alternativamente á Ascanio y á la duquesa, y me he apresurado á bajar para ponerme á vuestra disposicion. ¿Podemos seros útiles en alguna cosa, yo ó alguno de los que están bajo mis órdenes?

—No, señor, dijo la duquesa, no pudiendo disimular el sentimiento de profunda alegría que salia de su corazon al rostro, no, pero no por eso os agradezco menos vuestra buena voluntad. He venido solamente para interrogar á este jóven que habeis mandado prender, y para asegurarme si verdaderamente era tan culpable como dicen.

¿Y cuál ha sido el resultado de ese exámen? preguntó el preboste con un tono que revelaba cierta ironia.

—Que Ascanio es menos culpable de lo que yo pensaba. Asi es que os encargo, señor, que tomeis el mayor interés por él, y que le proporcionéis si es posible, un alojamiento mas cómodo que este.

—Desde mañana pensaremos en esto, señora, pues ya sabeis que para mi vuestros deseos son órdenes. ¿Teneis algo mas que mandarme, y queréis continuar vuestro interogatorio?

—No señor, respondió Ana, sé todo lo que deseaba saber.

A estas palabras la duquesa salió del calabozo, dirigiendo á Ascanio una mirada llena de gratitud y de pasion.

El preboste la siguió y la puerta se cerró en seguida.

¡Pardiez! dijo Aubry que no habia perdido una palabra de la conversacion de la duquesa y de Ascanio, ¡pardiez! todavia hay tiempo.

En efecto, el primer cuidado de Marmagne al volver en sí, fué mandar decir á la duquesa que acaba de recibir una herida que podria ser mortal, pero que antes de morir queria revelar un secreto de la mas alta importancia para ella. La duquesa no esperó segundo recado, corrió inmediatamente á donde estaba Marmagne, y este le dijo entonces que habia sido atacado y herido por un estudiante llamado Aubry, que queria entrar en el Chatelet para ver á Ascanio y pedirle cierta carta que deseaba obtener Cellini.

Estas palabras bastaron para que lo comprendiese todo la duquesa.

la cual maldiciendo la pasión que esta vez la había hecho salir de los límites de su prudencia ordinaria, corrió al Chatelet, á pesar de no ser mas que las dos de la madrugada, mandó que la al riesen el calabozo del preso, y allí pasó entre ella y Ascanio la escena que acabamos de contar, y la cual tuvo, según creía la duquesa, el resultado favorable que ella apetecía.

Según había dicho Aubry aun ara tiempo.

Pero solo estaba hecho la mitad del trabajo y seguramente quedaba por hacer la mas difícil. El estudiante tenía en su poder la carta que tan á pique había estado de ser anegadada para siempre; pero no era en las manos de Aubry donde esta carta podía tener su valor, sino en las de Cellini.

Además Aubry estaba preso, y muy preso, y según le había dicho su predecesor, no salía con facilidad del Chatelet el que tenía la desgracia de entrar en él. Debemos, pues, confesar francamente que Aubry se veía en el mayor embarazo del mundo sin saber qué haría de su riqueza.

Tratar de huir por medio de la violencia era imposible. Armado de su puñal, bien podía Aubry matar al calabocero que le traía su comida, apoderarse de sus llaves y disfrazarse con sus vestidos. Pero además de que este medio extremo repugnaba á su carácter, no le ofrecía la suficiente seguridad. Había diez probabilidades contra una, de que sería reconocido, registrado, despojado de su preciosa carta y vuelto á su calabozo.

Tratar de huir por medio de la destreza era menos seguro todavía. El calabozo se hallaba á ocho ó diez pies bajo tierra, barras de hierro enormes cruzaban la lumbrera por donde penetraba el único rayo de luz que bajaba al calabozo. Se necesitaban meses enteros para quitar una de estas barras, y aun después de quitada ¿dónde se hallaría el fugitivo? En algun patio cuyas paredes no podría saltar y en donde infaliblemente lo hallarían al siguiente día.

Que daba el soborno; pero gracias al fallo dado por el corregidor y que señalaba á Gervasia veinte sueldos parisies por la pérdida de su honor, el preso no poseía mas dinero que la suma de diez sueldos parisies, suma insuficiente para seducir al poor calabocero de la peor prision, y que no podía ofrecerse decentemente á un llavero de una fortaleza real.

Tenemos, pues, el sentimiento de decir que Aubry se hallaba sumergido en la situación mas cruel y embarazosa del mundo: de vez en cuando parecía sin embargo, que se presentaba á su mente una idea de salvacion, pero sin duda esta idea arrastraba consigo muchos graves inconvenientes; porque Aubry fingía el ceño con frecuencia y lanzaba suspiros que probaban que el pobre muchacho sufría una lucha interior de las mas violentas.

tas. Esta lucha fué tan violenta y prolongada que Aubry no pensó en dormir toda la noche, y pasó el tiempo paseándose de arriba abajo, sentándose y levantándose á cada instante. Era la primera vez que le acontecia velar para reflexionar. Aubry jamas habia velado sino como bebedor, como jugador ó como enamorado. Al despuntar el día sin embargo, la lucha pareció mitigada, sin duda por la victoria de una de las fuerzas opuestas, por que Aubry lanzó un suspiro mucho mas lamentable que ninguno de los que hasta entonces habia lanzado, y se arrojó sobre su cama como un hombre completamente abatido.

Apenas se habia acostado cuando oyó pasos en la escalera, la llave sonó en la cerradura, rechinaron los cerrojos, la puerta giró sobre sus goznes y dos hombres de justicia se presentaron en el umbral: el uno era el correjidor, y el otro el escribano. El desagrado de la visita fué templado por el placer que tuvo Aubry en ver á dos antiguos conocidos.

—Ah, ah! amigo, dijo el correjidor conociendo á Aubry, al fin habeis logrado venir al Chatelet; sois el mismo demonio, seducis á las jóvenes y dais estocadas á los nobles! Oh! esta vez será otra cosa, porque la vida de un noble vale mas que el honor de una costurera, y no pagareis la que habeis hecho con veinte sueldos parisies.

Por formidables que fuesen las palabras del juez, el tono con que las habia pronunciado tranquilizaba un poco al preso, porque su rostro jovial parecia inspirarle la confianza de que nada fatal podria venirle de su parte, verdad es que no se podia decir lo mismo de su escribano, que á cada amenaza que hacia el correjidor meneaba la cabeza en señal de aprobacion. Esta era la segunda vez que Aubry veia juntos á estos dos hombres, y cualquiera que fuese la preocupacion que le inspirase la precaria situacion en que se hallaba, no pudo menos de hacer interiormente las reflexiones mas filosóficas sobre el capricho de la suerte, que habia reunido á dos individuos tan opuestos en fisico y en carácter.

Principió el interrogatorio; Aubry no ocultó nada, declaró que habiendo reconocido én el vizconde de Marmagne un noble que le habia hecho traicion varias veces, se habia apoderado de la espada de su paje y lo habia desafiado. Marmagne habia aceptado el desafio, el vizconde y el estudiante se habian dado unas cuantas cuchilladas, en una de las cuales cayó el vizconde. Nada mas sabia.

—No sabeis mas, no sabeis nada mas! murmuró el juez dictando el interrogatorio al escribano. Cáspita! como sino hubiera bastante con eso! vuestra causa no puede ser mas sencilla, puesto que el vizconde de Marmagne es uno de los grandes favoritos de la Duquesa de Etampes.

¡Diablo! exclamó el estudiante que principiaba á inquietarse.

Decid, señor juez, ¿es tan mala la causa como decís?

—Peor todavía, mi querido amigo, mucho peor, puesto que no tengo la costumbre de intimidar á mis clientes. Pero os lo prevengo para que si tenéis algunas disposiciones que tomar....

—Disposiciones que tomar! exclamó el estudiante. Pues qué, señor juez, creéis que mi vida está en peligro?

—Quién lo duda, dijo el juez. Con que atacáis en medio de una calle á un caballero, le forzais á que se bata, le pasáis con vuestra espada y preguntáis todavía si corre peligro vuestra vida? Si, amigo mio, sí, y muy grande.

—Pero estos desafíos ocurren todos los dias y no veo por eso que se persiga á los culpables.

—Si, cuando los culpables son nobles, amigo mio, cuando á dos nobles place cortarse la cabeza, es un derecho de su condicion, y el rey nada tiene que ver en ello; pero si algun dia les ocurre la idea á los plebeyos de batirse con los nobles, como son mas numerosos que estos, no quedaria pronto ningun noble, lo que seria una lástima.

—Y cuantos dias creéis que durará mi proceso?

—Cinco ó seis dias, poco mas ó menos.

—Cómo! exclamó el estudiante. Cinco ó seis dias nada mas!

—Sin duda, el hecho es claro, hay un hombre que se muere, confesará que le habeis matado, la justicia está satisfecha; sin embargo añadió el juez dando á su rostro un carácter mas profundo de benevolencia, si queréis dos ó tres dias mas.

—Con mucho gusto.

—Pues bien, alargaremos los escritos y ganaremos tiempo. En el fondo sois buen muchacho y quiero hacer algo por vos.

—Y ahora, dijo el juez levantándose, tenéis algo mas que pedirme?

—Podria ver á un sacerdote?

—Por que no, tenéis derecho á pedirlo.

—Entonces, señor juez, haced que me envíen uno.

—Voy ahora mismo á cumplir vuestro encargo, amigo mio.

—Os lo agradezco mucho.

—Señor estudiante, dijo entonces el escribano á media voz, y aproximándose al preso, queréis concederme una gracia?

—Con mucho gusto, dijo Aubry, cuál?

—Tenéis por ventura amigos, parientes á quienes penseis dejar todo lo que poseéis?

—Amigos, no tengo mas que uno y se halla preso como yo. Parientes;

no tengo mas que primos y primas muy lejanos. Asi que hablad, señor escribano, hablad.

—Señor, yo soy un pobre padre de familia que tengo cinco hijos.

—Y qué?

—Jamás hé podido prosperar en mi oficio, á pesar de que lo desempeño con escrupulo y probidad. Todos mis compañeros ganan mas que yo.

—Y por qué?

—Por que? voy á deciroslo.

—Decidlo.

—Por que tienen fortuna.

—Ah!

—Pero por qué tienen fortuna?

—Esto es lo que yo os pregunto, señor escribano.

—Y esto es lo que yo voy á deciros, señor estudiante.

—Me hareis un favor.

—Tienen fortuna... el escribano bajó mucho mas la voz.—Tienen fortuna, porque tienen la cuerda del ahorcado en su bolsillo, comprendeis?

—No.

—Sois torpe para comprender. No vais á hacer testamento?

—Testamento yo, por qué?

—Toma? para que no haya pleito entre vuestros herederos. Pues bien, decid en ese testamento que autorizais á Marcos Bonifacio Grimoineau, escribano del correjimiento, para reclamar del verdugo un cabito de vuestra cuerda.

—Ah! exclamó Aubry con voz ahogada: ya comprendo.

—Y concedeis mi peticion.

—Por que no?

—Jóven! reflexionad bien lo que acabais de prometerme. Muchos han dado la misma palabra que vos; pero los unos han muerto intestados, y los otros han escrito mal mi nombre, Marcos Bonifacio Grimoineau, de suerte que ha habido equivocacion y embrollos, otros en fin que eran criminales. si, muy criminales, os lo digo bajo mi palabra de honor; han sido absueltos y han ido á dejarse ahorcar en otra parte; de modo que perdí todas las esperanzas cuando caisteis en nuestras manos.

—Está bien, señor escribano, está bien, dijo Aubry; esta vez podeis estar tranquilo, por que si me ahorcan, no vereis burladas vuestras esperanzas.

—Os ahorcarán, señor, os ahorcarán, no hay que dudar.

—Vamos? Grimoineau, dijo el juez.

—Vamos, señor juez, vamos. Con qué me marcho desculado, señor estudiante?

—Marcháos descuidado.

—Palabra de honor?

—Palabra de plebeyo!

—Esta vez al menos haré negocio, dijo el escribano al marcharse: voy á anunciar esta buena noticia á mi mujer y á mis hijos.

Y siguió al correjidor que le reprendió amablemente por haberle hecho esperar.

XXIII.

EN QUE SE VE QUE UNA VERDADERA AMISTAD ES CAPAZ DE LLEVAR EL DESINTERES HASTA EL MATRIMONIO.

— Cuando quedó solo Aubry, volvió á sus reflexiones mucho mas profundas que antes, y preciso es convenir que su conferencia con el corregidor prestaba ámplia materia á la meditacion. Sin embargo, apresurémonos á decir que el que hubiera podido leer en su espíritu, habria visto que la situacion de Ascanio y de Colomba, situacion que dependia de la carta que tenia entre las manos, ocupaba el primer lugar en sus pensamientos, y que antes de pensar en su persona, de la cual esperaba ocuparse mas tarde, pensaba en ellos.

Media hora habia que estaba meditando, cuando volvió á abrirse la puerta de su calabozo, y el calabocero se presentó en el umbral.

— Sois vos quien ha pedido un sacerdote? preguntó gruñendo.

— Si, yo soy, dijo Aubry.

— El diablo me lleve si sé lo que tienen todos que hacer con un fraile, dijo entre dientes el carcelero; pero lo que sé es que no pueden dejar cinco minutos á un pobre hombre tranquilo. Vamos, padre, entrad, continuó dejando paso al sacerdote, y despachad pronto.

En seguida cerró la puerta sin cesar de refunfuñar, y dejando dentro del culabozo al sacerdote con el preso.

—Sois vos quien me ha mandado llamar, hijo mio? preguntó el sacerdote.

—Si, padre mio, respondió el estudiante.

—Quereis confesaros?

—No, todavia no, deseo solamente hablaros de un simple caso de conciencia.

—Hablad, hijo mio, respondió el sacerdote sentándose en el escabel, y ojalá que mis débiles luces puedan guiaros.

—Precisamente os he hecho venir para que me deis un consejo.

Ya os escucho.

—Padre mio, dijo Aubry, yo soy un gran pecador.

—Ay! exclamó el sacerdote, dichoso al menos el que lo reconoce.

—Pero no es esto todo; no solamente soy un gran pecador, como os decia, sino que he hecho caer á los demás en el pecado.

—¿Y puede repararse el daño que habeis causado?

—Creo que si, padre mio, creo que si. La que he arrastrado conmigo al abismo era una jóven inocente.

—Segun eso la habeis seducido? preguntó el sacerdote.

—Seducido, si, padre mio, asi es la verdad.

—¿Quereis reparar vuestra falta?

—Al menos esa es mi intencion.

—No hay mas que un medio de repararla.

—Bien lo sé, y por eso he estado tanto tiempo indeciso. Si hubiera habido dos medios habria escogido el otro.

—Luego deseais casaros con ella?

—Esperad un poco, no, no quiero mentir; no, padre mio no lo deseo; me resigno solamente.

—Mejor seria un sentimiento mas puro, mas desinteresado.

—Qué quereis, padre mio, hay personas que han nacido para ser casadas, y otras para permanecer solteras. El celibato era mi vocacion, y os confieso, que solo puede obligarme á renunciar á ella la circunstancia en que me allo....

—Pues bien! hijo mio, cuanto antes mejor.

—¿Y cuándo podria verificarse ese cuanto antes? preguntó Aubry.

—Tóma! dijo el sacerdote, como es un casamiento *in extremis*, se obtendrán todas las dispensas necesarias, y pienso que pasado mañana...

—Bien! sea pasado mañana, dijo el estudiante lanzando un suspiro.

—Y ella, la jóven seducida?

—Qué?

—Consentirá?

—En qué?

—En casarse con vos.

—Pardiez! si consentirá, con el mayor placer del mundo. No se le hacen proposiciones de esta especie todos los dias.

—Entonces no habrá ningun impedimento?

—Ninguno.

—Y vuestros padres?

—Estan ausentes.

—Y los suyos?

—Son desconocidos.

—Su nombre?

—Gervasia Popinot.

—Quereis que la lleve esta noticia?

—Si quereis tomaros esta molestia, os viviré reconocido.

—Hoy mismo se lo diré.

—Decidme, padre mio, ¿podriais llevarla de mi parte una carta?

—No, hijo mio, nosotros los que estamos consagrados al servicio de los presos, hemos hecho el juramento de no llevar ningun mensaje de su parte á nadie sino hasta despues que mueren. Cuando llegué este momento, todo lo que gusteis.

—Gracias, seria inútil, contentemonos, pues, con el casamiento, murmuró Aubry.

—No tenéis nada mas que decirme?

—Nada sino que en caso de que se dude de la verdad de lo que digo, y opusieran alguna dificultad en acceder á mis deseos, en apoyo de lo que os he manifestado, encontrarán en poder del señor correjidor una demanda de la espresada Gervasia Popinot, la cual probaria al tribunal que nada digo que no sea la exacta verdad.

—Dejad á mi cuidado allanar todas las dificultades, respondió el sacerdote, que habia creido observar que en la accion que Aubry se proponia llevar á cabo no procedia por entusiasmo, sino que cedia á una necesidad, y de aqui á dos dias....

—De aqui á dos dias?

—Habreis vuelto el honor á quien se lo habeis quitado.

—Ay! murmuró el estudiante lanzando un profundo suspiro.

—Bien, hijo mio, bien, dijo el sacerdote; cuanto mas nos cueste un sacrificio, mas grato es á los ojos de Dios.

—Si es asi, respondió el escolar, Dios me debe estar muy agradecido: id, padre mio, id!

En efecto, no sin gran repugnancia habia tomado Aubry semejante resolucion; segun habia dicho á Gervasia, habia heredado la antipatia paterna al matrimonio, y nada menos que la amistad de Ascanio fué necesaria, ayudada de la idea de que él era quien lo habia perdido, corroborado todo con los mas bellos ejemplos de heróico desinterés que la antigüedad habia podido suministrarle, para elevar esta amistad al grado de abnegacion á que habia llegado.

Pero, dirá tal vez el lector ¿qué hay de comun entre el casamiento de Gervasia y de Aubry con la felicidad de Ascanio y de Colomba, y porque era necesario este casamiento para salvar á su amigo ?

Aqui podria decirse al lector que carece de penetracion. Verdad es que él por su parte podria contestar que no está obligado á tenerla.

Tómese, pues el lector el trabajo de leer el fin de este capitulo, trabajo que hubiera podido ahorrarse si hubiese sido mas perspicaz.

Despues que marchó el sacerdote, imposibilitado Aubry de retroceder un paso en su empresa, pareció mas tranquilo; es propio de las resoluciones, aun las mas terribles, producir la calma despues de tomadas. El espiritu [que ha luchado descansa, el corazon que ha combatido se adormece.

Aubry, pues, permaneció en su reposo y en su letargo, hasta el momento en que despues de haber oido ruido en el calabozo de Ascanio creyó que este ruido causado por la entrada del calabocero que le llevaba su desayuno, era una garantia de tranquilidad para muchas horas. En su consecuencia dejó trascurrir algunos minutos, despues de los cuales, seguro ya de que ningun ruido turbaba el silencio, se metió en su galeria subterránea; salvó como de costumbre la distancia, y levantó la estera con su cabeza.

El calabozo de Ascanio yacia en la oscuridad mas profunda.

Aubry llamó á media voz, pero nadie le contestó. El calabozo estaba enteramente solitario.

El primer sentimiento de Aubry fué un sentimiento de alegria, Ascanio estaba libre, y si Ascanio estaba libre no tenia necesidad de él... Pero casi al mismo tiempo se acordó del encargo que habia oido la vispera, hecho por la duquesa de Etampes para que trasladasen á Ascanio á una prision mas cómoda. El ruido que acababa de oír el estudiante era producido por la mudanza de su amigo.

Deslumbradora fué la esperanza que habia concebido Aubry, pero rápida comó un relámpago.

Dejó caer otra vez la estera y se volvió á su calabozo. Tenia ya que renunciar á todo consuelo, hasta de á ver su amigo por quien se sacrificaba.

No le quedaba, pues, mas recurso que reflexonar, pero Aubry habia ya reflexionado tanto tiempo, y sus reflexiones habian tenido tan doloroso resultado, que prefirió dormir. Arrojóse, pues sobre la cama, y á pesar del estado aflictivo de su alma no tardó en dormirse profundamente.

Suñó que habia sido condenado á muerte y ahorcado; pero, como por una mala intencion del verdugo, la cuerda habia sido mal encebada, la ahorcadura quedó incompleta, de consiguiente fué enterrado vivo. Y en su sueño el infeliz Aubry comenzaba á devorarse los brazos, cuando el escribano que no se habia olvidado de su cabo de cuerda, vino á recogerla, abrió la sepultura donde estaba enterrado Aubry y le volvió á un tiempo la vida y la libertad.

Ay! esto no era mas que un sueño, y cuando el estudiante se despertó, su vida estaba muy comprometida y su libertad enteramente perdida.

La tarde, la noche y el día se pasaron sin que Aubry recibiese otra visita que la de su carcelero, de quien no pudo obtener una sola palabra de contestacion á las varias preguntas que le dirigió.

En la mitad de la noche, y cuando Aubry estaba en su primer susño, oyó jirar la puerta sobre sus goznes y se despertó sobresaltado. Por muy dormidos que se hallen los presos, el ruido de una puerta que se abre los despierta siempre.

El escolar se incorporó en la cama.

—Levantáos y vestios, dijo la bronca voz del carcelero, mientras que Aubry veia brillar detrás de él á la luz de la antorcha que llevaba, las alabardas de dos guardias del prebostazgo.

La segunda intimacion era inútil, porque no habiendo en la cama de Aubry ni sábanas ni manta, se acostaba siempre vestido.

—A donde me quereis llevar? preguntó Aubry casi medio dormido todavia.

—Sois muy curioso, dijo el carcelero.

—Sin embargo quisiera saber... replicó el estudiante.

—Vamos, vamos, pocos discursos y seguidme.

El preso conoció que era inútil toda resistencia, y obedeció.

El carcelero marchó delante, seguiale Aubry, y detras de este los dos guardias escoltándole.

Aubry miraba á su rededor con una inquietud que no podia disimular temiendo sin duda una Ejecucion nocturna; sin embargo, una cosa le tranquilizaba, y era el no ver ni sacerdote ni verdugo.

Al cabo de diez minutos se halló Aubry en la primera sala á donde lo habian conducido cuando entró en el Chatelet, pero allí, en lugar de llevarlo á la puerta, cosa que Aubry habia tenido la debilidad de esperar

por un instante, pues con tanta facilidad nos hacemos ilusiones en nuestras desgracias, su guía abrió una puerta oculta en un rincón y penetró en un corredor interior: este corredor daba á un patio.

Al llegar á este patio, al hallarse al aire libre y al ver la bóveda del cielo, Aubry sintió una emoción difícil de describir y respiraba con ansia aquel aire de vida que no sabía cuando volvería á respirar.

Después, cuando vió en el otro lado del patio las ventanas ojivas de una capilla del siglo IV, comenzó á adivinar de que se trataba.

Nuestra veracidad de narrador nos obliga á decir que casi le faltaron las fuerzas al sospechar á donde era conducido. Sin embargo, el recuerdo de Ascanio y de Colomba se presentó á la vez á su espíritu, y la grandeza de la buena acción que iba á ejecutar le sostuvo en su apurado trance. Avanzó, pues, con paso firme hácia la iglesia, y, al llegar á su umbral todo le fué explicado.

El sacerdote estaba en el altar; en el presbiterio le esperaba una mujer: era Gervasia.

En medio de la capilla halló al gobernador del Chatelet.

—Habeis solicitado restituir, antes de morir, el honor á la jóven á quien habiais seducido, dijo el gobernador, y como es justa la petición, se os ha concedido.

Una nube pasó por los ojos del estudiante; pero llevó la mano á la carta de la duquesa de Etampes, y recobró valor.

—¡Oh! mi querido Aubry, exclamó Gervasia corriendo á arrojarle en los brazos del estudiante; ¡oh! ¡quién me hubiera dicho que esta hora que yo deseaba sonaría en semejante circunstancia!

—Qué quieras, mi querida Gervasia! exclamó el escolar recibiendo á Gervasia en sus brazos; Dios sabe á quienes debe castigar y á quienes premiar: sometámonos á la voluntad de Dios!

Después añadió en voz baja y deslizándole en la mano la carta de la duquesa de Etampes:—Para Benvenuto, á él solo.

—¡Hum! murmuró el gobernador acercándose vivamente á los dos esposos, ¿qué es eso?

—Nada; digo á Gervasia que la amo.

—Como, según todas las apariencias, no tendrá probablemente tiempo para conocer lo contrario, las protestas son inútiles; acercaos al altar y despachad pronto.

Aubry y Gervasia se dirijieron sin pronunciar una palabra hácia el sacerdote que los esperaba. Al llegar enfrente de él ambos se arrodillaron, y principió la misa.

Aubry hubiera querido hablar algunas palabras con Gervasia, que por

su parte se consumía por no poder manifestar su gratitud á Aubry; pero dos guardias colocados cerca de ellos vigilaban sus gestos y espiaban sus palabras. No fué poca fortuna, que en un momento de compasion sin duda, los hubiese dejado el goberdador darse el abrazo, á merced del cual habia pasado la carta de las manos de Aubry á las de Gervasia. Perdido este momento, la vigilancia ejercida sobre los dos esposos, hubiera hecho inútil el sacrificio del pobre estudiante.

Indudablemente el sacerdote habia recibido sus instrucciones, porque abrevió mucho su discurso. Quizás tambien reflexionaba que era inútil hacer grandes recomendaciones conyugales y paternas á un hombre que iba á ser ahorcado dentro de dos ó tres dias.

Terminado el discurso, dada la bendicion, dicha la misa, Aubry y Gervasia creyeron que les concederian por lo menos un momento de conferencia; pero nada menos que eso; á pesar de las súplicas de Gervasia, que materialmente se deshacia en lágrimas, los guardias separaron cruelmente á los dos nuevos esposos.

Tuvieron no obstante tiempo para dirigirse una mirada. La de Aubry queria decir: no olvides mi encargo.

La de Gervasia contestaba: pierde cuidado, lo haré ¡esta noche misma ó mañana por la mañana lo mas tarde.

En seguida fueron los esposos conducidos por opuestos lados. Gervasia fué acompañada galantemente hasta la puerta de la calle, y Aubry custodiado politicamente hasta su calabozo.

Al entrar en él lanzó un suspiro mas profundo que ninguno de los que habia lanzado desde su entrada en la prision: estaba casado!

De este modo Aubry, nuevo Curcio, se precipitó, impelido por su abnegacion, en la sima del himeneo.

XXIV.

LA FUNDICION.

Ahora con el permiso de nuestros lectores, dejemos un instante el Chatelet para volver al palacio de Nesle.

A los gritos de Benvenuto, sus operarios habian acudido y le habian seguido á la fundición.

Todos le conocian en el trabajo; pero jamás habian visto un ardor semejante en su rostro, ni llama igual en sus ojos, cualquiera que hubiera podido vaciarlo á él mismo en aquel momento como él iba á vaciar á su Júpiter, hubiera dotado al mundo con la estátua mas hermosa que hubiera podido hacerse del genio del arte.

Todo estaba preparado, el modelo de cera, cubierto con una capa de tierra, esperaba rodeado de hierro y en el hornillo, la hora de la vida. La leña tambien estaba dispuesta; Benvenuto aplicó á ella la llama por cuatro puntos diferentes, y como era de abeto muy seca, el fuego prendió rápidamente todas las partes del horno, y pronto el molde pudo formar el centro de una inmensa hoguera. Entonces la cera principió á salir por los cañoncillos, mientras que por su parte cocia el molde; al mismo tiempo los

operarios abrían una gran zanja cerca del horno en que el metal debía entrar en fusión, porque Benvenuto no quería perder un solo instante, y tan luego como se cociera el molde, quería proceder á la fundición.

Día y medio estuvo destilando cera el molde; día y medio, mientras que los operarios se relevaban alternativamente para descansar, Benvenuto veló, dando vueltas al rededor del horno, alimentando el fuego, animando á los trabajadores. En fin, conoció que toda la cera estaba destilada y el molde perfectamente cocido; esta era la segunda parte de su obra; la última era la fundición del bronce y el vaciado de la estatua.

Al llegar á esta parte del trabajo, los operarios que no comprendían aquella fuerza sobrehumana, y aquel furioso ardor de Benvenuto, quisieron obligarle á que descansara algunas horas; pero estas eran algunas horas aumentadas al cautiverio de Ascanio y á las persecuciones de Colomba; y Benvenuto se opuso. Parecía que era del mismo metal que ese bronce de que iba á hacer un dios.

Cuando estuvo abierta la zanja, ciñó el molde con excelentes cuerdas y con el auxilio de cabestrantes preparados al efecto, lo levantó con todo el cuidado posible, lo transportó por encima de la zanja y lo bajó á ella lentamente hasta que estuviese á la altura del horno; entonces echó al rededor del molde la tierra estraida del foso apisonándola por capas y colocando en ella á medida que se elevaba, los tubos de tierra cocida destinados á servir de cañoncillos. Todos estos preparativos ocuparon el resto del día. Llegó la noche, hacia cuarenta y ocho horas que Benvenuto no había dormido ni se había acostado ni aun sentado. Los trabajadores le suplicaban, Scozze le reñía; pero Benvenuto no quería atender á nada; una fuerza mágica parecía sostenerle, y no contestaba á las súplicas y á las reprensiones, sino designando á cada operario la tarea que debía ejecutar con la voz breve y dura con que un general de ejército manda la maniobra á sus soldados.

Benvenuto quería principiar la fundición inmediatamente; el enérgico artista que había visto constantemente ceder ante él todos los obstáculos, ensayaba entonces su poder imperativo sobre sí mismo; abrumado de fatiga, devorado de inquietud, abrasado por la fiebre, mandaba á su cuerpo obrar y este cuerpo de hierro obedecía, mientras que sus compañeros se veían obligados á retirarse los unos detras de los otros, como en una batalla vemos á los soldados heridos dejar sus filas para retirarse al hospital de sangre.

El horno de fundición estaba preparado; Benvenuto había hecho que se llenara de barras de bronce y de cobre colocadas simétricamente las unas sobre las otras á fin de que el calor pudiera hacerse lugar entre ellas y la

fusión se verificase mas rápida y completamente. Aquí encendió el fuego como en el primer hornillo, ó inmediatamente como la leña era de abeto, la resina que destilaba unida á la combustibilidad de la madera formó tal llama que elevándose mas alta de lo que se creía, llegó hasta el techo de la fundicion, que como no era mas que de madera, ardió al momento. Al ver, y sobre todo al sentir el calor de este incendio, todos los operarios á escepcion de Hermann se alejaron; pero Hermann y Benvenuto bastaban para hacer frente á todo. Cada uno de ellos tomó un hacha y se puso á derribar los pilares de madera que sostenian el cobertizo. Un instante despues el techo enteramente inflamado cayó. Entonces con los garfios, Benvenuto y Hermann empujaron los fragmentos ardiendo al hornillo, y aumentándose el calor principió el metal á fundirse. Pero al llegar á este punto Benvenuto Cellini sintió agotadas sus fuerzas. Hacia cerca de sesenta horas que no habia dormido, veinte y cuatro que no habia comido, y en todo este tiempo habia sido el alma del movimiento, el eje de toda aquella fatiga. Una fiebre terrible se apoderó de él. En una atmósfera tan ardiente que nadie podía resistir, temblaban sus miembros y castañoteaban sus dientes como si se hallara en medio de las nieves de la Laponia. Los operarios se apercibieron de su estado y se acercaron á él; Benvenuto quiso resistir todavía y negar su derrota, por que para este hombre ceder, aunque fuese ante lo imposible, era una vergüenza; pero en fin le fué preciso confesar que se sentia muy malo. Felizmente la fusión llegaba á su término, lo mas difícil estaba hecho, lo demas era una obra mecánica fácil de ejecutar. Llamó á Pagolo: Pagolo no estaba allí. Sin embargo, á los gritos de los operarios que repetian su nombre en coro, se presentó Pagolo diciendo que venia de orar por el feliz resultado de la fundicion.

Este no es tiempo de orar, exclamó Benvenuto, y el Señor ha dicho: quien trabaja ora. Este es el momento de trabajar, Pagolo. Escucha, conozco que me muero; pero muera ó no es preciso que mi Júpiter viva. Pagolo, amigo mio, á ti confío la direccion del vaciado, seguro de que si tú quieres lo harás todo tan bien como yo. Pagolo, tu ores inútilmente, el metal estará pronto dispuesto, tu no puedes engañarte respecto á su grado de coccion, cuando esté rojo, harás enjer un pedrero á Hermann y otro á Simon el Zurdo. Ah, Dios mio! que es lo que yo digo? si, despues darán un golpe en los dos tapones de los hornos. Entonces el metal correrá y si me he muerto direis al rey que me ha prometido en mi nombre, y que esta gracia... es... Oh! Dios mio! ya no me acuerdo de ella; que queria pedir al rey? Ah! si... Ascanio... señor de Nestlé... Colomba la hija del preboste... Orbec... la duquesa de Etampes... ah! me vuelvo loco...

Y Benvenuto no pudiendo sostenerse en pie cayó en los brazos de Her-

mann, que lo trasladó como un niño á su cuarto mientras que Pagolo encargado de la direccion de los trabajos daba disposiciones para que estos continuasen.

Benvenuto decia bien, estaba loco, ó mas bien un delirio terrible se habia apoderado de él. Scozzone, que sin duda rezaba tambien como Pagolo, acudió para socorrerle; pero Benvenuto no cesaba de gritar: estoy muerto!—voy á morir.—Ascanio! Ascanio! que será de Ascanio!

En efecto mil visiones delirantes pasaban en su cabeza: Ascanio, Colomba, Estefanía, todo esto crecia á sus ojos como espectros y se desvanecia como sombras. Despues, en medio de todo esto, pasaban ensangrentados Pompeyo el platero, á quien habia matado de una puñalada, y el maestro de postas de Siena, á quien habia matado de un arcabuzazo. Pasado y presente se confundian en su cabeza. Tan pronto era Clemente VII que retenia á Ascanio en prision, tan pronto era Cómodo I que queria obligar á Colomba á casarse con Orbec. Despues se dirigió á la duquesa Eleonor, creyendo dirigirse á la duquesa de Etampes suplicándola y amenazándola á un tiempo. Despues se reia de la pobre Scozzone que lloraba, y le decia que tuviese cuidado no se rompiese Pagolo la cabeza corriendo por las cornisas como un gato. Despues por último á estos momentos de agitacion insensata, sucedian intérvalos de postracion completa, durante los cuales se hubiera dicho que iba á morir.

Esta agonía duraba hacia tres horas. Benvenuto estaba en uno de estos momentos de letargo que hemos dicho, cuando de repente entró Pagolo en su cuarto, pálido y gritando:

—¡Jesus y la Virgen nos valgan! maestro; ahora todo está perdido y no podemos alcanzar otro socorro que el del cielo.

A pesar de hallarse desmayado y moribundo Benvenuto, estas palabras como un punzon agudo penetraron hasta lo mas profundo de su corazon. El velo que cubria su olijencia se desgarró, y como Lázaro levantándose á la voz de Cristo, se incorporó en su cama gritando:

—Quién ha dicho aqui que todo estaba perdido cuando Benvenuto vive todavia.

¡Ay! yo, maestro, yo, dijo Pagolo.

—¡Embustero, infame! exclamó Benvenuto, bien sabia que me engañarias sin cesar, pero no tengas cuidado, Jesus y la Virgen á quienes ahora mismo invocabas están aqui para sostener á los hombres de buena voluntad y para castigar á los traidores...

En este momento se oyó la voz de los operarios que se lamentaban gritando: ¡Benvenuto! Benvenuto!

—¡Aqui está, aqui está! respondió el artista lanzándose fuera de su apo-

sento pálido, pero lleno de fuerza y de razón, ¡aquí está! y desgraciados aquellos que no hayan cumplido su deber.

En dos brinco se plantó Benvenuto en la fundición y halló á todos sus aprendices, á quienes había dejado tan llenos de ardor, estupefactos y abatidos; el mismo Hermann parecia morir de cansancio, el coloso vacilaba y se veía obligado á apoyarse en uno de los pilares del cobertizo que había quedado de pie.

—Escuchadme todos, exclamó Benvenuto con voz terrible y cayendo en medio de ellos como un rayo; todavía no sé lo que ha sucedido, pero aseguro de antemano que tiene remedio: obedeced, pues, ahora que presencio los trabajos, pero obedeced pasivamente sin decir una palabra, sin hacer un gesto, porque el primero que vacile lo mato.

Esto lo digo para los malos.

Para los buenos no diré mas que una palabra: la libertad, la felicidad de Ascanio. Vuestro compañero á quien tanto amais, depende del resultado de nuestra empresa. ¡Vamos!

A estas palabras se aproximó Cellini al horno para juzgar del suceso con sus propios ojos.

Había faltado la leña y el metal se había enfriado, de modo que se había vuelto una torta como se dice en términos técnicos.

Benvenuto conoció al momento que todo era remediable; sin duda Pagolo había descuidado su vigilancia, y durante este tiempo había disminuido el calor del horno; era preciso volver á la llama todo su calor y al metal toda su licuación.

—¡Leña! exclamó Benvenuto, ¡leña! busca la por todas partes donde pueda haberla, corre á las panaderías y pagada si es necesario al precio que os pidan: traed hasta la última viruta que haya en casa. Derriba las puertas del pequeño Nesle, Hermann, si la señora Petra no quiere abrirte las; todo es de buena presa, y obrad como si estuviéramos en país enemigo: ¡leña! leña!

Y para dar primero el ejemplo, Benvenuto cogió una hacha y principió á dar golpes en los dos maderos que quedaban todavía de pie y que muy pronto vinieron abajo con el resto del techo, que Benvenuto arrojó inmediatamente en el horno; al mismo tiempo los operarios venían de todos lados cargados de madera.

—¡Bien! bien! ahora, exclamó Benvenuto, ¿estais dispuestos á obedecerme?

—Si, si, gritaron todos; ¡si! en todo lo que nos mandéis y mientras nos quede un soplo de vida.

—Entonces escoged la ceniza y no arrojéis mas que de esta leña en el

horno; la encina forma un fuego mas vivo y por consiguiente el remedio será mas pronto,

Inmediatamente la encina llovió por haces en el horno; hasta que Benvenuto tuvo que gritar: basta.

La energia de esta alma habia pasado á todas las demás: sus órdenes sus signos, sus gestos. todo era comprendido y ejecutado al punto. Solo Pagolo de vez en cuando murmuraba entre dientes:

—Quereis intentar cosas imposibles, maestro, y esto es tentar á Dios.

A lo que Ceilini contestaba con una mirada que queria decir: está tranquilo, no se ha acabado todo para nosotros.

Sin embargo, á pesar de las predicciones siniestras de Pagolo, el metal principió á entrar de nuevo en fusion, y para apresurar esta fusion, Benvenuto arrojaba de vez en cuando en el horno algunas libras de plomo, removiendo plomo, cobre y bronce con una larga barra de hierro, de suerte, que para servirme de sus propias espresiones, este cadáver de metal principió á revivir. A la vista de este progreso, Benvenuto, alegre, no sentia ya la fiebre ni debilidad, porque él tambien resucitaba.

En fin, se vió al metal hervir y subir. Inmediatamente Benvenuto abrió el orificio del molde y mandó que quitasen los taponos del horno, lo que fué ejecutado al punto; pero como si esta obra gigantesca debiera ser hasta el fin un combate de titanes, quitados los taponos, Benvenuto vió no solamente que el metal no corria con la rapidez suficiente, sino tambien que no habria tal vez bastante. Entonces ocurriéndosele una de esas ideas supremas que solo los artistas conciben.

—La mitad de vosotros, dijo, quédese aqui, para echar leña en el horno, y seguidme los demás.

En efecto, seguido de cinco operarios se lanzó fuera del palacio de Nesle; un instante despues aparecieron todos cargados de bajilla de plata y de estaño, de rielas, de jarros medio concluidos; Benvenuto dió el ejemplo y cada uno echó la preciosa carga en el horno, que lo devoró todo en el mismo instante, bronce, plomo, plata, cinceladuras maravillosas, con la misma indiferencia que hubiera devorado al mismo artista, si el artista tambien se hubiese precipitado en él.

Pero gracias á este aumento de materias fusibles, el bronce llegó á liquidarse enteramente, y como si se hubiese arrepentido de su vacilacion de un instante, principió á correr á canales llenos. Hubo entonces un momento de angustiosa expectativa que casi se convirtió en terror, cuando Benvenuto observó que todo el bronce destilado no llegaba hasta el orificio del molde, sondeó entonces con una larga pértiga, y conoció que aun cuando el metal no habia llegado al orificio, habia pasado la cabez de Júpiter.

Entonces se arrodilló y dió gracias á Dios; estaba terminada la obra que debia salvar á Ascanio y á Colomba; y solo faltaba que Dios coronase los esfuerzos y los sacrificios del artista.

Esto es lo que Benvenuto no podia saber sino hasta el dia siguiente.

La noche, como era de suponer, fué una noche de angustia, y á pesar de hallarse tan cansado Benvenuto, apenas disfrutó algunos momentos de sueño y aun este sueño estaba muy lejos de ser el verdadero descanso. Apenas el artista habia cerrado los ojos, cuando los objetos reales fueron reemplazados por los objetos imaginarios. Veia á su Júpiter, al señor de los cielos, al rey de la beldad olimpica, torcido como su hijo Vulcano. No comprendia nada en su sueño: dependia la falta del molde ó de la fundicion? ¿Se habia él engañado en la obra ó era el destino que se burlaba del artista? Despues á esta vista su pecho se hinchaba y sus aienes latian ardentemente, y despertó con el corazon palpitante y la frente bañada en sudor. Durante algun tiempo dudó todavia no pudiendo en la confusion de su espiritu, separar la verdad de la mentira. Despues en fin, reflexionó que su Júpiter estaba todavia oculto en su molde como la criatura en el seno de su madre. Recordó todas las precauciones que habia tomado, y protestó á Dios que queria hacer no solamente una buena obra, sino una buena accion. Despues mas tranquilo volvió á quedarse dormido bajo el peso de esta fatiga incesante, que parecia no deber ya abandonarle, para caer en un segundo sueño tan insensato y tan terrible como el primero.

Vino el dia, y con él ahuyentó Benvenuto todos los restos del sueño; en un instante se levantó y vistió: un segundo despues se hallaba en la fundicion.

El bronce estaba todavia mas caliente de lo que convenia para ponerlo al aire; pero Benvenuto tenia tanta prisa por ver lo que debia temer ó esperar en lo sucesivo, que no tuvo paciencia para aguardar y comenzó á descubrir la cabeza. Cuando puso la mano sobre el molde, se quedó tan pálido que parecia iba á morir.

—Estais todavia enfermo, maestro? dijo una voz, en cuyo acento conoció Benvenuto ser la de Hermann. Deberiais quedaros en cama.

Te equivocas, Hermann, amigo mio, dijo Benvenuto admirado de ver á Hermann levantado tan temprano, porque en mi cama me moria. Pero, ¿cómo es que te has levantado á esta hora?

—Estaba paseando, dijo Hermann ruborizado, me gusta mucho pasear. ¿Quereis que os ayude, maestro?

—No, no, exclamó Benvenuto: no quiero que nadie mas que yo toque á este molde. Aguarda! aguarda!

Y comenzó á descubrir lentamente la parte superior de la estátua. Por una milagrosa casualidad, habia habido el metal puramente necesario. Si Benvenuto no hubiese hechado mano en su apurado trance de toda la plata que tenia en su fábrica y no la hubiese arrojado en el horno, se hubiera desgraciado la fundicion y no hubiera alcanzado el bronce para la cabeza, pero por fortuna apareció esta maravillosamente vaciada.

Entonces se animó Benvenuto para descubrir sucesivamente las demás partes del cuerpo. Poco á poco el molde cayó como una corteza, hasta que Júpiter libre de los pies á la cabeza de su traba, apareció magestuoso como convenia al rey del Olimpo. En ninguna parte el bronce habia burlado los deseos del artista, y cuando cayó el último jiron de arcilla, todos los operarios prorrumpieron en un grito unánime de admiracion, pues habian venido sucesivamente y en silencio á agruparse detrás de Cellini que demasiado entregado á los pensamientos que le sujeria tan feliz resultado, no habia reparado en ellos.

Pero á este grito volvió Benvenuto la cabeza y con sonrisa orgullosa:

—; Ah dijo, veremos ahora si el rey de Francha se atreve á negar la primera gracia que le pide el hombre que ha hecho semejante estátua.

En seguida, como si se hubiese arrepentido de este primer movimiento de orgullo, que no obstante estaba todo entero en su naturaleza, se arrojó, y juntando las manos dirigió en voz alta una accion de gracias al Señor.

Al concluir su oracion, llegó Scozzone aceleradamente, diciendo á Benvenuto que madama Aubry queria hablarle en secreto y entregarle en propia mano una carta de su marido.

Benvenuto hizo repetir dos veces el nombre á Scozzone, porque ignoraba que el estudiante tuviese muger legitima. Pero no por eso acudió menos diligente á la invitacion que le hacian, dejando á todos sus compañeros orgullosos y envaneidos con la gloria de su maestro.

Sin embargo, examinando Pagolo la obra desde mas cerca observó que habia una incorreccion en el talon del dios, sin duda porque algun accidente cualquiera habria impedido correr el metal fundido hasta el fondo del molde.

XV.

JUPITER Y EL OLIMPO.

El mismo día en que Benvenuto había descubierto su estatua, mandó decir á Francisco I, que su Júpiter estaba fundido, preguntándole que día se servía señalar para que el rey del Olimpo se presentase al rey de Francia.

Francisco I contestó á Benvenuto, que debiendo salir de caza con el emperador el jueves siguiente para Fontainebleau, podía trasladar en ese día su estatua á la gran galería del palacio.

La respuesta era seca y probaba que la duquesa de Etampes había prebenido fuertemente al rey contra su artista favorito.

Pero á esta respuesta, ora fuese estimulado por el orgullo humano, por confianza en Dios, Benvenuto se contentó con decir sonriendo:

—Está bien.

En la mañana del lunes, Benvenuto mandó cargar el Júpiter en un carro y montando á caballo, lo acompañó él mismo sin perderlo de vista un momento, temeroso de que le sucediese alguna desgracia. A las diez de la mañana del jueves la obra y el artifice llegaron á Fontainebleau.

Al ver á Benvenuto, aunque no fuese mas que al paso, cualquiera co-

nocería que abrigaba en su alma un noble orgullo y una atagüenia esperanza. Su conciencia de artista le decía que había hecho una obra maestra, y su corazón de hombre de bien que iba á hacer una buena acción. Hallábase, pues, doblemente alegre y marchaba con la cabeza orguida, como hombre que nada tenía que temer. El rey vería á su Júpiter é indudablemente le parecería hermoso; Montmorency y Poyet le recordarian su palabra; el emperador y toda su corte estarían presentes, y por último Francisco I no podría menos de cumplir su promesa.

La duquesa de Etampes por su parte, con menos dulce alegría, pero con tanta ardiente pasión, urdía sus planes; había triunfado del primer ataque que Benvenuto hubiera querido darle presentándose á ella y al rey, este primer peligro había ya pasado; pero conocía que quedaba otro en la promesa hecha á Benvenuto, y quería á toda costa evitar su cumplimiento. Al efecto se dirigió á Fontainebleau un día antes que Cellini y tomó sus disposiciones con esa profunda habilidad femenina que en ella equivalía casi al genio.

Cellini no debía tardar en experimentarlo.

Apenas pasó el umbral de la galería donde su Júpiter debía ser espuesto, conoció inmediatamente todo el plan de intriga de su poderosa enemiga, y por un instante quedó como anonadado.

Esa galería tan resplandeciente con los cuadros del Rosso, suficientes por sí solos para separar la atención de cualquiera obra maestra, había sido exornada durante los tres últimos días que acababan de transcurrir, con las estatuas enviadas desde Roma por el Primático, es decir, que las maravillas de la escultura antigua, los tipos consagrados por la admiración de veinte siglos, estaban allí desafiando toda comparación y venciendo de antemano toda rivalidad. Ariadna, Venus, Hércules, Apolo, el mismo Júpiter, el gran Júpiter Olímpico, figuras ideales, sueños del genio, eternidades de bronce, formaban como un concilio sobrehumano al que era una impiedad aproximarse; como un tribunal sublime cuyo fallo debía temer todo artista.

Un Júpiter nuevo deslizarse al lado del otro en este Olimpo! Benvenuto arrojando el guante á este Fidias! Había en esto cierta especie de profanación y de blasfemia, que, por muy satisfecho que estuviere Benvenuto de su propio mérito, no pudo menos de hacerle retroceder tres pasos, lleno de religioso respeto.

Agréguese á esto que las inmortales estatuas habían tomado, como era su derecho, los mejores sitios, y solamente quedaban para el pobre Júpiter de Cellini rincones oscuros, á los cuales nadie llegaba sino después de haber pasado bajo la mira fija é imponente de los antiguos dioses.

Benvenuto con la cabeza inclinada y parado en el umbral de aquella galería, la abarcaba toda con una mirada á la vez triste y asombrada.

—Señor Le-Mason, dijo al secretario del rey que le acompañaba, quiero y debo llevarme inmediatamente á mi Júpiter, el discípulo no se atreverá á competir con los maestros, ni el niño tratará de luchar con los antepasados: mi orgullo y mi modestia me lo prohíben.

—Benvenuto, respondió el secretario del rey, creed á un amigo sincero, si haceis eso, os perleis. Os lo digo en confianza, precisamente esperan de vos ese desaliento que será reputado como una confesion de impotencia. Por mas que yo quisiera excusaros delante del rey, S. M. que está impaciente por ver vuestra obra, no querrá atender á ninguna razon, y hostigado por la duquesa de Etampes, os retirará sin remedio su benevolencia. No es con los muertos, Benvenuto, si no con los vivos con quienes vuestra lucha es peligrosa.

—Teneis razon, señor, contestó el artista, y os comprendo. Gracias por haberme recordado que no tengo derecho para demostrar aqui mi amor propio.

—Bien, bien, Benvenuto, pero escuchad otro consejo: la duquesa está hoy demasiado encantadora para no meditar alguna perfidia; mucho temo que el paseo por el bosque á que ha brindado al emperador y al rey, dure hasta la noche!

—Si sucede lo que decís, exclamó Benvenuto poniéndose pálido, estoy perdido; porque mi estatua aparecerá bajo una luz falsa que le quitará la mitad de su valor.

—Tal vez me equivoque, contestó Antonio Le-Mason, y esperemos el resultado.

Cellini comenzó á esperar en efecto con una ansiedad llena de temor. Había colocado á su Júpiter lo menos mal posible, pero no dejaba de conocer que al caer la noche, su estatua presentaría un efecto mediano, y poco despues enteramente malo.

El odio de la duquesa habia calculado con la misma exactitud que la ciencia del escultor: ella adivinaba, en 1541, un procedimiento de la crítica del siglo XIX.

Benvenuto perdía las esperanzas al ver bajar el sol al horizonte y escuchaba con avidez cualquier ruido que sonase por la parte exterior. Escaptuando las personas de la servidumbre, el palacio estaba enteramente desierto.

Al oír Benvenuto las tres de la tarde, no pudo ya dudar de la intencion de la de Etampes, y cayó abrumado en un sillón.

Todo estaba perdido: su gloria en primer lugar. Esa lucha febril en la

que habia estado á punto de sucumbir, que ya habia olvidado por que debia conducirlo al triunfo, no tendria otro resultado que su vergüenza. Contemplaba con dolor á su estátua, á cuyo alrededor flotaban ya ligeras sombras nocturnas, y cuyas líneas principiaban á aparecer menos puras.

De repente una idea, bajada del cielo sin duda, iluminó su mente, llamó á Juanillo que habia llevado consigo y salió precipitadamente, dirigiéndose á casa de un carpintero de la ciudad. Con el auxilio de este hombre y de sus operarios acabó en menos de una hora un zócalo de madera de encina, poco visible, sostenido por cuatro bolitas que jiraban por sí mismas como ruedecitas.

Mucho temia que durante su corta ausencia del palacio, regresase la corte; pero á las cinco estaba ya terminado su trabajo, la noche caía y el palacio no habia vuelto á ver á sus huéspedes; de consiguiente era ya seguro el triunfo de la duquesa de Etampes.

No tardó tampoco Benvenuto en colocar su estátua con el pedestal sobre el zócalo casi invisible. El Júpiter sostenia con su mano izquierda el globo del mundo, y con su derecha algo elevada por encima de su cabeza, el rayo que parecia querer lanzar: en medio de las llamas del rayo, el artista ocultó una bujía.

Apenas terminó sus preparativos, cuando se oyeron las tocatas que anunciaban la vuelta del rey y del emperador. Benvenuto encendió la bujía, colocó á Juanillo detrás de la estátua, y no sin profunda palpitacion de corazon aguardó al rey.

Diez minutos despues, apareció Francisco I dando la mano á Carlos V.

Seguian el delfin, la delfina, el rey de Navarra, toda la corte en fin; el preboste, su hija y Orbec venian los últimos. Colomba estaba pálida y abatida; pero en cuanto descubrió á Cellini, levantó la cabeza, y una sonrisa llena de sublime confianza asomó á sus labios y animó su semblante.

Cellini la dirigió una mirada que queria decir: No temais, suceda lo que quiera. No desconfieis; yo velo por vos.

En el momento de abrirse la puerta, Juanillo, á una señal de su maestro, dió un ligero impulso á la estátua, que rodó suavemente sobre su zócalo movable, y dejando á las antiguas detrás, salió para decirlo así, á recibir al rey, movable y como animada. Todos los ojos se volvieron inmediatamente hácia este lado. La dulce luz de la bujía, cayendo de arriba á bajo, producía un efecto mucho mas agradable que la luz del dia.

La duquesa de Etampes se mordía los labios.

—Paréceme, señor, dijo, que es demasiada lisonja, y que al rey de la tierra es á quien corresponde ir á recibir al rey del cielo.

El rey se sonrió, pero se conocía que no le desagradaba esta lisonja:

según su costumbre elvidó al artista por la obra y ahorrando la mitad del camino á la estatua, marchó derecho á ella y la examinó largo tiempo en silencio. Carlos V que, sin embargo de que hubiese un día, en un momento de buen humor, levantado del suelo el pincel del Ticiano, Carlos V, decimos, que era más profundo político que grande artista, y los cortesanos que no gozaban el derecho de tener una opinión, esperaban escrupulosamente el parecer de Francisco I para hablar.

Hubo un momento de silencio y ansiedad, durante el cual Benvenuto y la duquesa se dirigieron una mirada de ódio profundo.

En seguida exclamó el rey repentinamente:

—Esto es magnífico! y confieso que ha sobrepujado mis esperanzas.

Entonces todos prodigaron á la estatua mil elogios, y el emperador el primero.

—Si se ganasen los artistas como las plazas, dijo al rey, os declararía desde luego la guerra para conquistar á este, primo mío.

—Pero con todo eso, interrumpió la duquesa de Elampes furiosa, no vemos siquiera esas bellas estatuas antiguas que están más lejos, y que tal vez valen algo más que todas nuestras baratijas modernas.

El rey se aproximó entonces á las esculturas antiguas, alumbradas de abajo á arriba por la luz de las antorchas que dejaba toda su parte superior en la oscuridad, produciendo de consiguiente menos efecto que el Júpiter.

—Fidias es sublime, dijo el rey, pero puede haber también un Fidias en el siglo de Francisco I y de Carlos V como lo hubo en el siglo de Pericles.

—Oh! sería menester ver eso de día, dijo Ana visiblemente desesperada, parecer no es ser, un artificio de luz no es el arte. Además, qué significa ese velo? Nos ocultará algún defecto? decídmelo francamente, Cellini:

El velo de que hablaba la duquesa era un ligero ropaje echado sobre el Júpiter para darle más magestad.

Benvenuto había permanecido hasta entonces cerca de su estatua, inmóvil, silencioso, y en la apariencia frío como ella; pero á las palabras de la duquesa se sonrió desdeñosamente, y con la santa audacia de un artista pagano arrancó el velo con una mano vigorosa.

Benvenuto creía que la duquesa montaría en cólera; pero de repente por un poder increíble de voluntad, principió á reír con una amabilidad terrible, y alargando graciosamente la mano á Cellini que estaba estupefacto al ver tan súbita mudanza.

—¡Vamos, conozco que he obrado mal! dijo en voz alta y con el acento de un niño mimado; sois un gran escultor, Cellini; perdonad mi crítica, dadme vuestra mano y seamos ya amigos; queréis?

Después añadió en voz baja y con estremada volubilidad:

—Pensad en lo que vais á pedir, Cellini, que no sea el casamiento de Colomba y de Ascanio, porque en ese caso os juro que perderé á Ascanio á Colomba y á vos.

—¿Y si pido otra cosa, dijo Benvenuto con el mismo tono, me secandareis?

—Si, contestó vivamente la duquesa, os lo juro. Cualquiera que sea la cosa que pidais, el rey la concederá.

—No ne cesito pedir el casamiento de Ascanio y de Colomba, dijo entonces Benvenuto, porque vos sois, señora, quien lo pediréis.

La duquesa se sonrió desdeñosamente.

—¿Qué estais hablando en secreto? preguntó Francisco I.

—Me recordaba la señora duquesa, respondió Benvenuto, que V. M. me habia prometido una gracia si quedaba satisfecho de mi obra.

—Y esa promesa fue hecha delante de mi, señor, dijo el condestable adelantándose, delante de mi y delante del canceller Poyet; y nos encargásteis, á mi colega y á mi, que os recordásemos...

—Si, condestable, respondió el rey con visible buen humor, si, para el caso en que no me acordase; pero me acuerdo perfectamente, y por lo tanto me es inútil vuestra intervencion, por mas grata que me sea. He prometido á Benvenuto concederle lo que pidiese luego que estuviera fundido su Júpiter. ¿Es eso, condestable? ¿Tengo buena memoria, canceller? Hablad vos ahora, maestro Cellini; estoy á vuestra disposicion, suplicándoos sin embargo que penseis menos en vuestro mérito que es inmenso, que en nuestro poder que es limitado, no esceptuando mas que nuestra corona y nuestra dama.

—Bien, señor, dijo Cellini, puesto que V. M. se muestra tan propicio para con vuestro indigno servidor, le pediré solamente el indulto de un pobre estudiante que defendiéndose en una riña con el vizconde de Marmagne, le atravesó el cuerpo con su espada.

Todos quedaron sorprendidos de la pequeñez de la peticion, principalmente la duquesa, que miró á Benvenuto con aire estupefacto creyendo haber oido mal.

—¡Pardiez! dijo Francisco I, haceis bien en pedirme que use de mi derecho de indulto; porque he oido decir al mismo canceller, que este delito merecia la última pena.

—¡Oh! exclamó la duquesa, pensaba, señor, hablaros tambien de ese jóven. He tenido noticias de Marmagne que sigue mejor, y el cual me ha mandado á decir, que él fué quien provocó la riña y que el estudiante.... ¿Cómo llamais al estudiante, Benvenuto?

—Aubry, señora duquesa.

—Y que el estudiante, continuó vivamente la de Etampes, no había tenido la menor culpa, así que en lugar de reprehender á Benvenuto, coneedadle, señor, inmediatamente lo que pide, no se arrepienta de haberos pedido tan poca cosa.

—Pues bien, maestro, dijo Francisco I, que se haga lo que pedis, y cómo el que dá pronto dá dos veces, según dice el proverbio, quiero que esta misma tarde se espida la orden para poner en libertad á ese jóven. ¿Lo ois, mi querido canceller?

—Sí, señor. y V. M. será obedecido.

—Y vos, maestro Benvenuto, dijo Francisco I, venid á vernos el lunes al Louvre, y nos ocuparemos de ciertos pormenores que os atañen, que hace algun tiempo han sido demasiado descuidados por mi tesorero.

—Pero, señor, V. M. sabe que la entrada en el Louvre...

—¡Bien, bien! la persona que había dado la consigna, la levantará. Esta era una medida de guerra y como ya no veo sino amigos, volverá todo al estado de paz.

—Ya que V. M. está hoy propenso á otorgar mercedes, dijo la duquesa, concededme á mi también una muy pequeña, aunque no haya hecho á Júpiter.

—No, dijo Benvenuto á media voz, pero habeis hecho muchas veces á Danae.

—¡Y cuál es esa merced? interrumpió Francisco I que no había oido el epigrama de Cellini. Hablad, señora duquesa, y creed que la solemnidad de la ocasion nada añadirá al deseo que tengo de complaceros.

—En ese caso me atrevo á pedir á V. M. que se sirva conceder al señor Estourville, la gracia de firmar el lunes próximo el contrato de matrimonio de mi jóven amiga, la señorita de Estourville con el conde de Orbec.

—¡Oh! esa no es una gracia que os dispensaré, contestó Francisco I, sino un placer que me preparo á mi mismo, y del cual todavía os quedaré deudor.

—Segun eso, señor, ¿queda decidido que esta ceremonia se verificará el lunes? preguntó la duquesa.

—El lunes, dijo el rey.

—La señora duquesa, añadió Benvenuto á media voz, la señora duquesa no sentirá que para semejante solemnidad no esté acabado ese hermoso lirio que había encargado á Ascanio?

—Si lo siento, y mucho, dijo la duquesa. pero no puede ser, puesto que Ascanio está preso.

—Si, pero yo estoy libre, dijo Benvenuto, yo le acabaré y os le entregaré para ese día.

—¡Oh! si haceis eso, Benvenuto, diré...

—¿Direis qué, señora?

—Diré que sois un hombre encantador.

Y alargó la mano á Benvenuto, que con el aire mas galante del mundo, y despues de haber pedido con una mirada permiso al rey, depositó en ella un beso.

En este momento se oyó un ligero grito.

—Señor, perdone V. M., dijo el preboste, es mi hija que se ha puesto enferma.

—¡Pobre niña! murmuró Benvenuto, cree que la he hecho traicion!

XI.

CASAMIENTO DE RAZÓN.

Benvenuto queria partir aquella misma noche, pero el rey insistió de tal modo que no pudo menos que quedarse en palacio hasta la mañana siguiente.

Ademas con esa rapidez de concepcion y esa prontitud de decision que le eran propias, acababa de resolver para el siguiente dia el desenlace de una intriga comenzada hacia ya largo tiempo. Este era un asunto aislado de que queria desembarazarse completamente antes de entregarse todo á Ascanio y á Colomba.

Quejóse, pues, á cenar aquella noche y aun á almorzar al siguiente dia, y hasta las doce no se despidió del rey y de la duquesa de Etampes, poniéndose en camino seguido de Juanillo.

Ambos llevaban buenas cabalgaduras, pero sin embargo contra su costumbre, Cellini no apresuró á la suya. Era evidente que no queria entrar en Paris sino á una hora determinada. En efecto, á las siete de la noche bajaba por la calle de la Harpe, y en vez de dirigirse directamente al palacio de Nesle, fué á llamar á la puerta de un amigo llamado Guido, médico de Florencia; cuando supo que este médico se hallaba en casa y que podia darle de cenar, mandó á Juanillo que se volviese solo á la fábrica y dijese

que el maestro se habia quedado en Fontaineblau y no llegaría hasta el otro día, y estuviere listo para abrir cuando llamase. Juanillo marchó al punto prometiendo á Cellini cumplir sus instrucciones.

La cena estaba servida, pero antes de sentarse á la mesa Cellini, preguntó á su huesped si conocia á algun notario, hombre honrado y hábil que pudiese venir al momento para estender cierto contrato que le importaba mucho. El medico designó á un yerno suyo é inmediatamente le pasaron recado.

Media hora despues, y cuando acababan de cenar, se presentó el notario. Benvenuto se levantó al punto de la mesa, se encerró con él y le mandó estender un contrato de matrimonio, cuyos nombres solos quedaban en blanco. En seguida, despues de leer y releer juntos el contrato para asegurarse de que no contenia ninguna nulidad, Benvenuto le pagó con largueza sus honorarios, guardó el contrato en su bolsillo, pidió prestada á su amigo otra espada de la misma longitud que la suya, la ocultó debajo de su capa, y cuando era muy de noche se encaminó al palacio de Nesle.

Al llegar á la puerta dió un solo golpe, pero aunque apenas hizo ruido se abrió la puerta al momento. Juanillo estaba en su puesto.

Cellini le interrogó; los operarios cenaban y no aguardaban al maestro hasta el siguiente dia. Cellini mandó al muchacho que guardase el silencio mas absoluto acerca de su llegada, se dirigió al aposento de Catalina, del cual conservaba él una llave, y entró quedo, cerró la puerta, ocultóse detrás de un tápiz y esperó.

Un cuarto de hora despues oyó pasos por la escalera. Volvió á abrirse la puerta y entró Scozzone con una lámpara en la mano; en seguida quitó la llave de la parte de afuera, cerró la puerta por dentro, colocó su lámpara sobre la chimenea, y se sentó en un gran sitial, vuelta de modo que Benvenuto podia ver su rostro.

No sin grande admiracion de Benvenuto este rostro en otro tiempo tan franco, tan alegre y tan animado, estaba triste y pensativo; porque la pobre Scozzone experimentaba ciertos remordimientos.

Le hemos visto feliz é indiferente; pero entonces Benvenuto la amaba. Mientras ella habia conocido este amor ó mas bien ese sentimiento de benevolencia en el corazon de su amante, mientras que en sus sueños habia flotado como una nube dorada la esperanza de ser algun dia la esposa del escultor, habia mantenido su corazon á la altura de su esperanza, se habia purificado de su pasado por el amor, pero desde el momento que conoció que engañada por las apariencias, lo que habia creído una pasión en Cellini no era mas que un capricho, habia visto desvanecerse una tras

otra todas sus esperanzas; la sonrisa de Benvenuto que habia] hecho reflorcer aquella alma marchita, se habia alejado de ella, y esta alma habia perdido otra vez su frescura.

Poco á poco habia ido perdiendo su alegría y su pureza de niña; la antigua naturaleza, el tedio habitual, habia vuelto á recobrar insensiblemente toda su superioridad. Una pared recientemente pintada conserva sus colores con el sol y los pierde con la lluvia. Scozzone abandonada por Cellin, por alguna amante de conocida, solo habia permanecido fiel á Cellini por un resto de orgullo. Largo tiempo hacia que Pagolo la requiebraba de amores; Scozzone reveló esta pasión á Cellini, creyendo que despertaría sus celos. Pero ¡ay! se engañó: Cellini en vez de incomodarse se echó á reir, Cellini en lugar de prohibirla que viese á Pagolo le mandó que le recibiese. Desde entonces conoció que estaba enteraamente perdida; desde entonces abandonó su vida á la ventura con su antigua indiferencia; la abandonó como una pobre hoja caída y marchita á merced del soplo de los acontecimientos.

Entonces fué cuando Pagolo triunfó de su indiferencia; por que al fin Pagolo era joven. Pagolo, á escepcion de su aire hipócrita, era un excelente muchacho. Pagolo estaba enamorado y repetía sin cesar á Scozzone que la amaba, mientras que Benvenuto habia cesado completamente de decirselo. Estas tres palabras: ¡yo te amo! forman el lenguaje del corazón y mas ó menos ardientemente, es menester que el corazón hable siempre este lenguaje con alguno. Así es que en una hora de ociosidad, de despecho, de ilusión tal vez, Scozzone habia dicho á Pagolo que le amaba; pero se lo habia dicho sin amarlo verdaderamente, se lo habia dicho con la imagen de Cellini en el corazón y su nombre en sus labios.

Después tambien pensó que algun día tal vez cansado de aquella pasión desconocida é infructuosa, el maestro volvería á ella y al encontrarla constante á pesar de sus mismas órdenes, la recompensaría, no por medio del matrimonio, pues la pobre niña habia perdido sobre este particular hasta su última ilusión, sino con algun resto de su cariño y de compasión que ella hubiera podido tomar por una resurrección de su antiguo amor.

Todos estos pensamientos entristecian á Scozzone, la hacian pensativa y le causaban remordimientos.

Sin embargo, en medio de su silencio y de su meditacion tembló de repente y levantó la cabeza: habia oido un ligero ruido en la escalera, y casi al mismo tiempo una llave introducida en la cerradura volvió rápidamente y se abrió la puerta.

—¿Cómo habeis entrado y quien os ha dado esa llave, Pagolo? Esclamó

Scozzone levantándose, no hay mas que dos llaves de esa puerta: la una la tengo yo, y la otra Cellini.

—Ah! mi querida Catalina! dijo Pagolo riendo, sois caprichosa en extremo. Tan pronto abris vuestra puerta á las gentes como la cerrais; y luego cuando uno quiere entrar aqui valiéndose de su fuerza, amenazais con gritar y llamar y pedir socorro. Ya veis que en ese caso es preciso usar de astucia.

—Oh! sí, decidme que habeis sustraído esa llave á Cellini sin que él lo advirtiese; decidme que él no sabe que la teneis, porque si él mismo os la hubiera dado, me moriría de vergüenza y de pesar.

—Tranquillizaos mi hermosa Catalina, dijo Pagolo echando la llave á la puerta y sentándose al lado de la jóven á quien obligó á que se sentara tambien. No, es verdad que Benvenuto no os ama ya, pero Benvenuto es como esos avaros que tienen un tesoro de que ellos no se aprovechan, pero al cual, sin embargo no permiten que los demas se aproximen. No, él no me ha dado esta llave; yo mismo la he hecho. Quien puede lo mas puede lo menos; el platero se ha convertido en cerrajero. Ya veis si os amo, Catalina; puesto que mis manos habituadas á hacer florecer las perlas y los diamantes sobre tallos de oro, se han prestado á manejar un innoble pedazo de hierro. Verdad es, picarilla, que este innoble pedazo de hierro era una llave, y que esta llave era la del Paraiso.

Al pronunciar estas palabras Pagolo quiso cojer la mano de Catalina, pero con gran asombro de Cellini que no perdía una palabra ni un gesto de aquella escena, fué rechazado por Scozzonne.

—En fin, dijo Pagolo, este capricho va á durar mucho tiempo?

—Escuchad, Pagolo, dijo Catalina con un afecto de tristeza tan profundo que penetró hasta el fondo del corazon de Cellini: escuchad, bien sé que cuando una mujer ha cedido una vez, no tiene ya el derecho de desmentirse; pero si aquel por quien ella ha tenido esta debilidad es un hombre generoso, y si dice á este hombre que ella obraba de buena fé porque habia perdido la razon y se habia engañado, es deber de este hombre no abusar de este [momento de error. Pues bien yo os digo esto, Pagolo, he cedido á vuestras porfiadas instancias, y sin embargo, no os amo, amo á otro, amo á Cellini. Despreciadme, podeis y debeis hacerlo; pero cesad de atormentarme.

—Bueno! dijo Pagolo, bueno! arreglais la cosa maravillosamente; despues de haberme hecho esperar tanto tiempo ese favor que me echais en cara, creéis que os absolveré de un compromiso que en definitiva contrajisteis conmigo en plena libertad? No, cuando pienso que todo lo que habeis por Benvenuto, por un hombre que nos dobla la edad, por un hombre

que no os ama, por un hombre que os desprecia, por un hombre en fin que os trata como á una ramera!

—Basta! Pagolo, basta! exclamó Scozzone llena de vergüenza, de celos y de cólera; verdad es que Benvenuto no me ama ya hoy, pero me ha amado en otro tiempo y me estima siempre.

—En ese caso ¿por qué no se ha casado con vos, puesto que os lo habia prometido?

—Prometido; jamás. No, jamas Benvenuto me ha prometido que yo seria su mujer; porque si lo hubiera prometido, lo habria cumplido. Yo si he deseado serlo, y á fuerza de tener este desco, he concebido la esperanza; despues, una vez dentro de mí corazon esta esperanza no he podido contenerla, ha salido fuera, y me he vanagloriado con ella, como de una realidad. No, Pagolo, no, continuó Catalina dejando caer su mano en las del aprendiz con triste sonrisa, no, Benvenuto jamas me ha prometido nada.

—Luego sois una ingrata, Scozzone, exclamó Pagolo apoderándose de la mano de la jóven, é interpretando por una prueba de amor lo que no era mas que una señal de abatimiento; ya lo veis, me despreciais aunque os prometo todo lo que Benvenuto jamas os ha prometido, mientras que á él que os ha engañado, estoy seguro que si estuviese aquí, le repetiriais esa confesion de que os arrepentis tanto de haberme hecho á mi que os amo!

—Oh! si estuviese aquí, exclamó Scozzone, si estuviese aquí, Pagolo, os acordaríais de haberle engañado por odio, mientras que yo le he engañado por amor, y os confundiríais.

—Y por qué? dijo Pagolo, á quien la distancia en que suponía á Benvenuto tranquilizaba, y por que? Todo hombre no tiene el derecho de hacerse amar de una mujer, cuando esta mujer no pertenece á nadie? Si estuviese aquí le diria: habeis abandonado, engañado á Catalina, á esa pobre Catalina que tanto os amaba; no estrañeis que desesperada y hallando á un honrado jóven que la ha apreciado en su justo valor, que la ha amado, que la ha prometido lo que jamás habeis querido prometerle, es decir casarse con ella, no estrañeis, repito, que este hombre haya heredado vuestros derechos, y confesad que á él es á quien esta mujer pertenece. Pues bien, Catalina, ¿qué contestaria á esto Cellini?

—Nada, dijo detras del entusiasta Pagolo una voz bronca y varonil, absolutamente nada.

Y una mano vigorosa cayendo pesadamente en aquel mismo momento sobre su hombro, heló de repente su elocuencia y lo derribó de espaldas en el suelo tan pálido y tan trémulo como temerario habia estado un momento antes.

El cuadro era singular: Pagolo de rodillas, descolorido y asustado; Scozzone medio levantada sobre los brazos de su sillón, inmóvil, muda y semejante á la estátua del Asombro; en fin, Benvenuto de pie, con los brazos cruzados, teniendo en la mano izquierda una espada envainada y otra desnuda en la derecha semi-irónico y semi-amenazador.

Hubo un momento de silencio terrible, durante el cual Pagolo y Scozzone permanecieron mudos de espanto ante el terrible ceño del artista.

—Traicion, murmuró Pagolo humillado, traicion!

—Si, traicion por tu parte, malvado, respondió Cellini.

—Y bien, no preguntábais por él, Pagolo aquí está.

—Si, aquí está, dijo el aprendiz avergonzado de ser así tratado delante de la mujer á quien queria agradar; pero él está armado y yo no tengo armas.

—Yo te traigo una, dijo Cellini, retrocediendo un paso y dejando caer la espada que tenía en la mano izquierda, á los pies de Pagolo.

Este miró la espada pero sin hacer el mas leve movimiento.

—Vamos, dijo Cellini, recoge esa espada y levántate; espero.

—Un duelo? murmuró el aprendiz cuyos dientes chocaban de terror! tengo vuestras fuerzas para batirme con vos?

—Pues bien! dijo Cellini pasando su arma de un lado á otro, yo me batiré con la mano izquierda y esto restablecerá el equilibrio.

—Batirme con vos mi bienhéchor! con vos á quien todo lo debo! jamás; jamás! exclamó Pagolo.

Una sonrisa de profundo desprecio se dibujó en las facciones de Benvenuto, mientras que Scozzone se separó un poco sin ocultar la expresion de disgusto que aparecia en su rostro.

—Por que no te acordaste de mis beneficios antes de robarme la mujer que habia confiado á tu honor y al de Ascanio? dijo Benvenuto: recobras demasiado tarde la memoria. En guardia, Pagolo, en guardia.

—No, no murmuró el cobarde retrocediendo siempre de rodillas.

—Entonces, puesto que te niegas á batirme como un valiente, dijo Benvenuto, voy á castigarte como un culpable.

Y envainando su espada, sacó su puñal y sin que alterase su semblante impasible un sentimiento de cólera ó de compasion, avanzó con paso lento pero directo hácia el aprendiz.

Scozzone se precipitó entre ellos lanzando un grito: pero Benvenuto sin violencia, con un solo ademán, un ademán irresistible como lo sería el de una estátua de bronce que estendiese el brazo, alejó á la pobre niña que fué á caer medio muerta sobre el sillón; Benvenuto continuó su camino hácia Pagolo que retrocedió hasta la pared, donde apoyándole el maestro el puñal sobre la garganta:

Encomienda tu alma á Dios, le dijo; te doy cinco minutos de vida.

Perdon, exclamó Pagolo, con voz abogada; no me mateis. Perdon! Perdon!

—Cómo! dijo Cellini, me conoces, y conociéndome, has seducido á la mujer que me pertenecía; lo sé todo, todo lo he descubierto, y esperas que te perdone? Te ries, Pagolo, te ries?

Y el mismo Benvenuto al pronunciar estas palabras prorrumpió en una carcajada, pero carcajada convulsiva y terrible que hizo temblar al aprendiz hasta la médula de los huesos.

Maestro, maestro! exclamó Pagolo, sintiendo la punta del puñal que principiaba á picarle la garganta, no he sido yo, sino ella la que me ha incitado.

—Traicion, cobardia y calumnia! Yo haré un dia un grupo de estos tremónstruos, dijo Benvenuto, un grupo cuya vista espante y horrorice. Ella te ha seducido, matvado! Olvidas que he estado aquí y lo he oido todo?

—Oh! Benvenuto, murmuró Catalina juntando las manos; Oh! no es verdad que sabeis que miente al decir eso?

—Si, dijo Benvenuto, si, sé que miente al decir eso, como mentía diciendo que estaba dispuesto á casarse contigo, pero no te apures, pues yo le castigaré por esa doble mentira.

—Si, castigadme, exclamó Pagolo, pero misericordiosamente; castigadme, pero no me mateis!

—Mentiste al decir que ella te habia seducido?

—Sí, he mentido; si, yo soy el culpable, yo la amaba como un loco, y ya sabeis, maestro, á qué faltas puede arrastrar el amor.

—Mentiste cuando decias que estabas dispuesto á casarte con ella?

—No, no, maestro, esta vez no mentia.

—Luego amas verdaderamente á Scozzone?

—Oh! si, la amo, contestó Pagolo, que comprendió que el único medio de aparecer menos culpable á los ojos de Cellini era achacar su crimen á la violencia de su pasion, si, la amo.

—Y repites que no mentias cuando decias que estabas dispuesto á casarte con ella?

—No mentia, maestro.

—Te hubieras casado con ella?

—Si no os hubiese pertenecido, si.

—Pues bien, entonces, tómala; yo te la doy.

—Qué decis? Os chanceais?

—No, jamás he hablado con unas seriedad, y mirame si dudas de ello.

Pagolo dirigió á hortadillas una mirada á Benvenuto, y vió en cada

una de sus facciones que de un momento á otro el juez podia convertirse en verdugo, así que bajó la cabeza gimiendo.

—Quitale ese anillo de tu dedo, Pagolo, dijo y pásalo al dedo de Catalina.

Pagolo siguió pasivamente la primera parte de la intimacion hecha por el maestro. Este hizo señal á Scozzone que se acercase, y Scozzone obedeció.

—Estiende la mano, Scozzone, dijo Benvenuto. Scozzone obedeció.

—Acaba, dijo Cellini.

Pagolo colocó el anillo en el dedo de Scozzone.

—Ahora que los desposorios están terminados, dijo Benvenuto, pase-mos al casamiento.

—Al casamiento! murmuró Pagolo, nadie se casa de este modo, se necesita notarios, se necesita un sacerdote.

—Se necesita un contrato, contestó Bevenuto, sacando el que habia mandado estender. Aquí tienes este completo, pues solo le faltan los nombres.

Y depositó el contrato sobre una mesa, tomó una pluma, y presentán-dosela á Pagolo :

—Firma, Pagolo, le dijo, firma.

—Ah! he caido en un lazo, balbuceó el aprendiz.

—; Que tienes que decir, replicó Benvenuto, sin subir el diapason de su voz, pero dándole un acento terrible: un lazo! Y dónde está ese lazo? Soy yo quien te ha obligado á venir al aposento de Scozzone? Soy yo quien te ha aconsejado que le dijeras que querias casarte con ella? Pues bien! cástate con ella, Pagolo, y cuando seas su marido, se cambiarán los papeles; si vengo á su cuarto, te tocará á ti amenazar, y á mi tener miedo.

—Oh! exclamó Catalina pasando del estremado terror á una alegría loca, y riendo á carcajadas por la ocurrencia del maestro; Oh! estará gracioso.

Pagolo, algo repuesto de su terror por el giro que habia tomado la amenaza de Cellini y por las carcajadas de Scozzone, principiaba á gozar con mas serenidad de las cosas; creyó, pues, que por medio del terror habian querido comprometerlo á un casamiento que no le gustaba gran cosa: le pareció que seria concluir demasiado trágicamente la comedia, y se persuadió que con alguna firmeza podria sacar tal vez de ella mejor partido.

—Si, murmuró trasladando á las palabras la alegría de Scozzone, si, convengo en ello, será muy divertido, pero por desgracia eso no sucederá.

—Cómo! no sucederá! exclamó Benvenuto; tan asombrado como quedaría un león al ver que se rebelaba contra él un zorro.

—No, eso no sucederá, repitió Pagolo, prefiero morir, maladme.

Apenas prorrumpió estas palabras cuando de un brinco se halló Cellini á su lado, Pagolo vió brillar el puñal, esquivó el cuerpo, pero con tanta rapidez y felicidad que el golpe que le estaba destinado, apenas le alcanzó al hombro y el hierro empujado por la mano vigorosa del artista se hundió dos pulgadas en la ensambladura de la pared.

—Consiento en lo que queráis, Cellini, exclamó Pagolo, perdonadme, consiento y estoy dispuesto á todo, y mientras que el maestro arrancaba con trabajo el puñal que despues de haber atravesado la madera de la ensambladura se había incado en la pared, corrió á la mesa donde estaba depositado el contrato, cojió aceleradamente la pluma y firmó. Toda esta escena había pasado con tanta rapidez que Scozzone no había tenido tiempo de mezclarse en ella.

—Gracias, Pagolo, dijo ella enjugando las lágrimas que el sobresalto había agolpado en sus ojos, y reprimiendo al mismo tiempo una ligera sonrisa; gracias, mi querido Pagolo, por el honor que queréis hacerme; pero, puesto que bueno será que nos expliquemos ahora, escuchadme. Pocos momentos hace no queríais casaros conmigo; ahora soy yo la que no quiero casarme con vos. No lo digo por mortificaros, Pagolo, pero no os amo; y deseo quedar como estoy.

—Entonces, dijo Benvenuto con la mayor serenidad, sino quieres casarte con él, Scozzone, morirá.

—Pero, exclamó Catalina, pero, si yo soy la que me opongo...

—Morirá, repitió Benvenuto; no se dirá que un hombre me ha ultrajado y que este hombre queda impune, Estás dispuesto, Pagolo?

—Catalina, exclamó el aprendiz, Catalina, en nombre del cielo, compadeceos de mí! Yo os amo, Catalina, y os amaré siempre. Firmad, Catalina, sed mi mujer, os lo suplico de rodillas.

—Vamos, Scozzone, decidete pronto, dijo Cellini:

—Oh! sois muy severo conmigo, dijo Catalina con tono enojado, confesad que sois muy severo conmigo que os he amado tanto, con migo, que tenía otros proyectos. Pero Dios mío! exclamó de repente la loca niña, pasando nuevamente de la tristeza á la risa, mirad, Cellini, mirad que cara tan compunjada pone ese pobre Pagolo! Oh! dejad ese aire lúgubre Pagolo, ó jamás consentiré en tomaros por marido. Oh! de veras que estais muy feo con esa cara.

—Salvadme, pobrero, Catalina, dijo Pagolo, despues nos reiremos si quereis.

—Pues bien, ya que lo quereis,...

—Si, lo quiero! exclamó Pagolo.

—Sabeis lo que ha sido, sabeis lo que soy?

—Si, lo sé.

—No os engaño?

—No.

—No os pesa demasiado?

—No! no!

—Dadme esos cinco! es cosa estraña y no me la esperaba, pero como ha de ser: soy vuestra mujer.

Y cojió la pluma y firmó tambien, como mujer respetuosa debajo de la firma de su marido.

—Gracias, Catalina, gracias, exclamó Pagolo, veras como te hago feliz.

—Y si falta á este juramento, dijo Benvenuto, en cualquier parte donde me halle, escribeme, Scozzone, y vendré en persona á recordársela.

Al pronunciar estas palabras Cellini, fijando la vista en el aprendiz, envañó lentamente su puñal; enseguida tomando el contrato ya firmado por Scozzone y Pagolo, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en su bolsillo y dirigiéndose á Pagolo con esa ironia poderosa que le caracterizaba:

—Y ahora, amigo Pagolo, dijo, aunque Scozzone y vos esteis bien y legitimamente casados segun los hombres, no lo estais todavia delante de Dios, y hasta mañana la Iglesia no santificará vuestra union. Hasta entonces vuestra presencia aqui será contraria á todas las leyes divinas y humanas. Buenas noches, Pagolo.

Pagolo quedó pálido como la muerte, pero como Benvenuto le mostrase la puerta con un ademán imperioso, se retiró pero sin volver la espalda.

—No hay nadie sino vos, Cellini, que tenga esas ocurrencias, dijo Catalina riendo como una loca. Escuchad sin embargo, mi pobre Pagolo, le gritó en el momento en que abria la puerta, os dejo salir porque es justo; pero tranquilizaos, Pagolo, os juro por la Virgen Santa que desde que seais mi esposo, cualquiera otro hombre, aunque sea el mismo Benvenuto, no hallará en mi mas que una esposa digna.

Despues cuando cerró la puerta.

—Oh! Cellini, dijo ategremente, tú me das un marido, pero me libras hoy de su presencia; por el pronto gano esto; bien me debiais esta separacion.

VUELVEN A ROMPERSE LAS HOSTILIDADES.

Tres días después de la escena que acabamos de contar, preparábase otra de distinto género en el Louvre.

—Había llegado el lunes, día designado para la firma del contrato. Eran las once de la mañana. Benvenuto salió del palacio de Nesle; marchó derecho al Louvre, y con turbado corazón, pero con paso firme subió la gran escalera.

En la sala de espera, donde fué primero introducido, halló al preboste y á Orbec que conferenciaban en un rincón con un notario. Colomba, blanca é inmóvil como una estatua, estaba sentada en el otro lado sin ver nada. Indudablemente se habían alejado de ella para que no oyese nada, y la pobre niña con la cabeza inclinada y los ojos arrasados en lágrimas, se había quedado donde estaba sentada.

Cellini pasó por delante de ella y pronunció las siguientes palabras.— Animo aquí estoy.

—Colomba conoció su voz, y levantó la cabeza con un grito de alegría. Pero antes que tuviese tiempo para interrogar á su protector, este ya había entrado en la sala inmediata.

Un ugiér abrió una mampara para dar paso al artista, y este entró en el gabinete del rey.

Nada menos que estas palabras de esperanza fueron necesarias para Colomba: la pobre niña se consideraba abandonada y de consiguiente perdida. Estourville la había arrastrado hasta allí medio muerta á pesar de su viva fe en Dios y en Benvenuto; y aun en el momento de partir fué tanto su desconsuelo y desesperacion, que olvidando toda idea de orgullo suplicó á la duquesa de Etampes que la dejase entrar en un convento, sometiéndose al sacrificio de renunciar á Ascanio, siempre que la libertaran del conde de Orbec; la duquesa no queria la victoria á medias, y como para lograr su objeto era necesario que Ascanio creyese en la infidelidad de la que amaba, Ana había rechazado duramente las plegarias de la pobre Colomba. Entonces esta se levantó, y acordándose de que Benvenuto le había dicho que tuviese ánimo y serenidad aunque estuviese al pie del altar, con un valor mezclado sin embargo de repentinos desmayos, se había dejado conducir al Louvre, donde el rey debía firmar el contrato á las doce del día.

Allí, de nuevo, sus fuerzas de un instante habían desaparecido, porque no le quedaban mas que tres probabilidades; ver llegar á Benvenuto, conmover el corazón de Francisco I con sus súplicas, ó morir de dolor.

Benvenuto había venido, Benvenuto le había dicho que esperase y Colomba había vuelto á recobrar todo su valor.

Cellini, al entrar en el gabinete del rey, no halló mas que á la duquesa de Etampes; esto era todo lo que deseaba; y tanto, que si no hubiera estado allí, habría solicitado el favor de verla.

La duquesa se hallaba recelosa de su victoria; y sin embargo, quemada ya aquella fatal carta, y quemada por ella misma, estaba convencida de que nada debía temer; pero, tranquilizada sobre su poder, sondeaba con espanto los peligros de su amor. Tal había sido siempre el destino de la duquesa; cuando descansaba de los cuidados de su ambicion, era devorada por las fogosas pasiones de su alma. Hinchada de orgullo y de passion, su sueño había sido hacer á Ascanio grande haciéndole feliz, pero la duquesa había conocido que Ascanio, aunque de origen noble, pues los Gaddi, á los cuales pertenecía, eran de los antiguos patricios de Florencia no aspiraba á otra gloria que á la del arte.

Si entreveía alguna cosa en sus esperanzas era alguna forma nueva y correcta de vaso, de jarro ó de estátua; si ambicionaba los diamantes y las perlas, esas riquezas de tierra, era para hacer de ellas, engastándolas en el oro, flores mas bellas que las que el cielo fecunda con su rocío: nada eran para él los títulos y los honores sino dimanaban de su talento; si no coronaban su reputacion personal: que haria en la vida activa y agitada de la duquesa este inútil filósofo? A la primera tempestad, esta planta delicada

da sería tronchada con sus flores y con los frutos que prometía. Tal vez por indiferencia se dejaría arrastrar á los proyectos de su ilustre dama, pero sombra pálida y melancólica, no viviría sino por sus recuerdos. Ascario en fin aparecía á la duquesa de Etampes tal como era, naturaleza esquisita y encantadora, pero con la condicion de permanecer siempre en la atmósfera pura y tranquila: era un niño adorable que no debía jamás ser hombre. Podía sacrificarse á los sentimientos, pero nunca á las ideas; nacido para las dulces expansiones de una ternura mútua, sucumbiría al choque terrible de los acontecimientos y de las luchas. Este era el hombre que necesitaba el amor de la duquesa de Etampes, pero no el que necesitaba su ambicion.

Tales eran las reflexiones de la duquesa cuando entró Benvenuto; estas eran las nubes de su pensamiento que oscurecían su frente flotando á su alrededor.

Ambos enemigos se examinaron de pies á cabeza, una misma sonrisa trónica apareció simultáneamente en sus labios, dirigiéronse una misma mirada que indicó á cada uno de ellos que estaban dispuestos á la lucha y que esta sería terrible.

—En hora buena, pensaba Ana: este es un rudo justador que me gustará vencer, un adversario digno de mí. Pero hoy hay demasiadas probabilidades en contra suya y mi gloria no será grande en vencerlo.

—Decididamente, señora duquesa, dijo Benvenuto, sois una mujer terrible, y mas de una lucha con un hombre me ha dado menos trabajo que la que he emprendido con vos. Así que, estad tranquila; al combatirnos con armas cortesas os combatiré con todas mis armas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, cada uno de los dos adversarios hacía mentalmente este corto monólogo. La duquesa fue la primera que lo interrumpió.

—Sois muy puntual, maestro Cellini, dijo esta, hasta las doce no debe firmar S. M. el contrato del conde de Orbec, y todavía no son mas que las once y cuarto. Permittedme que disculpe á S. M., no es el rey quien se retarda, sino vos quien os adelantais.

—A dicha tengo, señora, haber llegado demasiado temprano, puesto que esta impaciencia me proporciona el honor de esta entrevista con vos, honor que hubiera instantáneamente solicitado, si la casualidad, á la que doy gracias, no se hubiese anticipado á mis deseos.

—Ola, Benvenuto, parece que los reveses os hacen lisongero.

—Los míos, no, señora, sino los de otros.—Siempre he tenido por singular virtud ser el cortesano de la desgracia; y hé aquí la prueba, señora.

A estas palabras sacó Cellini de debajo de su copa el lirio de oro de

Ascapio que él había acabado aquella misma mañana. La duquesa lanzó un grito de sorpresa y de alegría. Jamás había visto una alhaja tan maravillosa, jamás ninguna de esas flores que se hallan en los jardines encantados de las Mil y una Noches había destumbrado con mas razon los ojos de una Hada.

—Ah! exclamó la duquesa alargando la mano hácia la flor, me la habeis prometido, Benvenuto, pero os confieso que ya no contaba con ella.

—Y por qué no contabais con mi palabra? dijo Cellini riendo: me injurias, señora.

Oh! si vuestra palabra me hubiera prometido una venganza en lugar de una galanteria, hubiera estado mas cierta de vuestra exactitud.

—Y quién os dice que no es la una y la otra? contestó Benvenuto retirando su mano á fin de continuar siendo el dueño del lirio.

—No os comprendo, dijo la duquesa.

—Os parece que montadas en gotas de rocío, dijo Benvenuto, mostrándo á la duquesa el diamanto, que temblaba en el fondo del caliz de la flor, y que ella debía, como recordará el lector, á la munificencia corruptora de Carlos V, las arras de cierta venta que debe arrebatár el ducado de Milan á la Francia, harán buen efecto?

—Hablais enigmáticamente, ni querido Cellini, desgraciadamente el rey va á llegar y no tengo tiempo para adivinar vuestros misterios.

—Yo os los explicaré; mi enigma se cifra en un antiguo proverbio: *verba volant, scripta manent*, lo que quiere decir: lo que está escrito, escrito está.

—Pues bien! Sabed que estais muy equivocado, mi querido platero, por que lo que se ha escrito está quemado: no creais, pues, intimidarme como hariais con un niño, y dadme ese lirio que me pertenece.

—Esperad un poco, señora, pues ante todas cosas debo advertiros que, tal como entro en mis manos, perderá toda su virtud entre las vuestras. Mi trabajo es mucho mas precioso de lo que pensais. Allí donde el vulgo no vé mas que una alhaja, nosotros los artistas ocultamos muchas veces una idea. Quereis que os muestre esta idea, señora?... Nada mas fácil, basta apretar este resorte invisible. El tallo, como veis se entreabre, y en el fondo del caliz se encuentra, no un gusano roedor, como en ciertas flores naturales ó en ciertos corazones falsos, sino alguna cosa semejante, peor tal vez, el deshonor de la duquesa de Etampes, escrito de su puño y letra y firmado por ella misma.

Y hablando asi Benvenuto habia apretado el resorte, abierto el tallo, y sacado el billete de la brillante cópola. Entonces lo desenrolló lentamente y lo mostró abierto á la duquesa, pálida de cólera y miada de espanto.

—No esperábais esto, no es verdad, señora? añadió Benvenuto con la mayor serenidad volviendo á enrollar la carta y colocándola nuevamente en el libro. Si conocieseis mis costumbres, señora, os sorprenderías menos hace un año oculté una escala en una figurita; hará un mes que oculté á una jóven en una estáton; hoy que podía esconder en una flor? un pape; todo lo más, y está es lo que yo he hecho.

—Pero, exclamó la duquesa, ese billete, ese billete infamante lo he quemado con mis propias manos; he visto la llama, y he tocado la ceniza.

—Habeis leído el billete que habeis quemado?

—No! no! qué insensata he sido, no le he leído.

—Es lástima, *por que ahora os convenceriais de que la carta de una costurera puede hacer tanta llama y cenizas como la carta de una duquesa.*

—Segun eso, me ha engañado ese infame Ascanio.

—Oh, señora, detenós; no penséis mal de ese casto y puro niño, que aun cuando os hubiera engañado no hubiera empleado contra vos mas que las armas de que os servis contra él. Oh! no, no, él no os ha engañado: él no rescataría su vida, ni aun la vida de Colomba, por medio de un engaño. No, él mismo ha sido engañado.

—Y por quién? decidme.

—Por un niño, por un estudiante, por el que ha herido á vuestro conde el vizconde de Marmagne, por un tal Aubry en fin, de quien el vizconde debe haberos hablado.

—Sí, murmuró la duquesa, sí, Marmagne me ha dicho que ese estudiante, que ese Aubry queria penetrar hasta el calabozo de Ascanio para quitarle esa carta.

—Y entonces fué cuando bajásteis al calabozo de Ascanio, pero los estudiantes son listos como sabeis y el nuestro habia tomado la delantera. Mientras que saliais del palacio de Etampes, se desfilaba él en el calabozo de su amigo; y cuando entrásteis en él, entonces él salia.

—Pero no lo he visto, no he visto á nadie!

—No siempre mira uno á todas partes; si hubiérais pensado en esto habríais levantado una estera, y debajo de esta estera habríais visto un agujero que comunicaba con el calabozo inmediato.

—Pero Ascanio, y Ascanio?

—No dormia cuando entrásteis?

—Sí.

—Pues bien, durante su sueño, Aubry á quien él no habia querido entregar esa carta, la tomó del bolsillo de su jubon; y puso en él una de sus cartas en lugar de la otra. Engañada por el sobre, habeis creído

quemar un billete de la duquesa de Etampes, cuando quemábais una epístola de la señorita Gervasia Popinot.

—Pero ese Aubry que ha herido á Marmagne, ese villano que ha querido asesinar á un hidalgo, pagará cara su insolencia, está preso y condenado

—Está libre, y á vos mas que á nadie, señora, debe su libertad.

—Cómo?

—Es el pobre preso, cuyo indulto pedisteis al mismo tiempo que yo al rey Francisco I.

—Qué insensata he sido! murmuró la duquesa de Etampes mordiendo los labios. En seguida despues de haber mirado fijamente á Benvenuto: y con que condicion, continuó diciendo con voz anhelosa, me devolveis esa carta?

—Creo que ya os lo he dejado adivinar, señora.

—Adivino mal, decidlo vos.

—Pedireis al rey la mano de Colomba para Ascanio.

—Vaya! vaya! replicó Ana riendo, con una risa forzada, conocéis mal á la duquesa de Etampes, señor platero, si habeis creído que mi amor retrocederia delante de una amenaza.

—No habeis reflexionado antes de responder, señora.

—Sin embargo, sostengo mi respuesta.

—Permitidme que me sienta sin ceremonia, señora, y que hable un momento con vos, sin rodeos, dijo Benvenuto con esa familiaridad sublime que caracteriza á los hombres superiores. Yo no soy mas que un humilde escultor y vos sois una gran duquesa; pero no lleveis á mal que os diga que á pesar de la distancia que nos separa, estamos hechos uno y otro para comprendernos. No os deis ese tono de reina, por que será inútil. Mi intencion no es ofenderos, sino deciros la verdad. Y no es necesario que os revisais de vuestro orgullo, por que vuestro amor propio no está comprometido.

—Sois un hombre singular, dijo Ana riendo á pesar suyo. Hablad, ya os escucho.

—Os decia, señora duquesa, replicó friamente Benvenuto, que á pesar de la diferencia de nuestras fortunas, nuestras posiciones eran casi las mismas, y que podiamos entendernos y tal vez, servirnos. Os habeis alarmado cuando os he propuesto que reuunciéis á Aseanio, y mi proposicion os ha parecido imposible ó insensata; y sin embargo, señora, yo os he dado el ejemplo.

—El ejemplo?

—Si, como vos amais á Aseanio amaba yo á Colomba.

—Vos?

—Yo la amaba como no he amado más que una vez en mi vida. Hubiera dado por ella mi sangre, mi existencia, mi alma, y sin embargo la he cedido á Ascanio.

—Hé ahí una pasión muy desinteresada, dijo la duquesa con ironía.

—No os burleis de mi dolor, señora, no os riais de mis angustias; he sufrido mucho; pero ya lo veis; he conocido que esa niña no había nacido para mí, del mismo modo que Ascanio no ha nacido para vos. Escuchadme bien, señora: nosotros somos uno y otro, sino os ofende demasiado esta identidad, nosotros somos de esos naturales excepcionales y extraños, que tienen una existencia aparte, sentimientos excepcionales, y que raras veces se avienen con los demás. Ambos servimos, señora, á un soberano y monstruoso ídolo cuyo culto nos ha engrandecido y nuestro corazón nos coloca más alto que la humanidad. Para vos, señora, la ambición es todo, para mí el arte. Y como nuestras deidades son celosas, nos dominan siempre y en todo. Habéis deseado á Ascanio como una corona. Yo he deseado á Colomba como una Galatea. Vos habéis amado como duquesa, y yo como artista. Vos habéis perseguido y yo he sufrido.

Oh! no creáis que os calumnio en mi pensamiento: admiro vuestra energía y simpatizo con vuestra audacia. Piense de esto el vulgo lo que quiera: para vos es grande hazaña desquiciar al mundo para hacer lugar á aquel á quien uno ama. Reconozco aquí una pasión majistral y fuerte, y estoy por los caracteres enteros capaces de esos crímenes heroicos; pero estoy también por los caracteres sobrehumanos, por que á mi me gusta intentar todo lo que es superior á la prevision y sale del curso ordinario de las cosas humanas.

Si señora, cuando he amado á Colomba he conocido que mi naturaleza altiva y salvaje, cuadraría mal á esa alma pura y angelical. Colomba amaba á Ascanio, á mi inofensivo y querido discípulo; mi alma ruda y poderosa le hubiera causado miedo. Entonces dije con voz alta é imperiosa á mi amor que se callara, y como él resistiese, llamé en mi auxilio á el arte divino, y entre los dos hemos derribado á ese amor rebelde y lo hemos clavado en el suelo. Además la escultura, mi verdadera y mi única querida, ha impreso en mi frente su lábio de fuego y me he sentido consolado.

Obrad como yo, señora duquesa, dejad á esos jóvenes entregados á sus amores de ángeles y no los turbeis en su cielo. Nuestro dominio es la tierra y sus dolores, sus combates, sus embriagueces. Buscad contra el dolor un refugio en la ambición, desbaratad los imperios para distraeros, jugad con los reyes y los señores del mundo para descansar: esto estará bien hecho, y yo batiré mis palmas y os aplaudiré. Pero no destruyais la

paz y la alegría de esos pobres inocentes que se aman con un amor que protege el mismo Dios y la Virgen María.

—Quien sois vos en fin, maestro Benvenuto Cellini; yo no os conozco, dijo la duquesa admirada; quien sois vos?

—Un hombre de temple, como vos una mujer de temple, repitió riendo el artista con su ingenuidad acostumbrada; y si vos no me conocéis, ya veis que os llevo una gran ventaja, por que yo, señora, os conozco.

—Tal vez, dijo la duquesa; y me parece que las mujeres de temple aman mejor y mas que los hombres de temple, por que ellas miran con asco vuestras abnegaciones sobrehumanas y defienden á sus amantes á todo trance hasta el último momento.

—Luago persistis en no ceder Ascanio á Colomba?

—Persisto en amarte para mí.

—Sea. Pero pues que no queréis ceder buenamente, no olvidéis que tengo buenos puños y podría haceros gritar un poco en la pelea. Habis hecho todas vuestras reflexiones, no es verdad? Negais decididamente vuestro consentimiento á la union de Ascanio y de Colomba?

—Decididamente, contestó la duquesa.

—Está bien, pongámonos cada uno en nuestro puesto, por que la batalla va á principiar.

En este momento se abrió la puerta y un ujier anunció al rey.

XVIII.

CASAMIENTO DE AMOR.

FRANCISCO I apareció en efecto, dando la mano á Diana de Poitiers, con la cual salía del aposento de su hijo enfermo. Diana, por cierto instinto de odio, habia vagamente presentido que una humillacion amenazaba á su rival, y no queria faltar á este dulce espectáculo.

En cuanto al rey, nada sospechaba, nada veía, suponía á la duquesa de Etampes y á Benvenuto enteramente reconciliados y como al entrar los vió juntos, saludó á ambos á la vez con una misma sonrisa y con la misma inclinacion de cabeza.

—Buenos dias, mi reina de la hermosura, buenos dias, mi rey del arte; de qué hablabais juntos? Parece que estais los dos muy animados.

—No es nada, señor, hablábamos de politica, dijo Benvenuto.

—Y en que asunto empleabais vuestra sagacidad? Os suplico que me lo digais.

—En el asunto que ocupa á todos en este momento, señor, continuó el artista.

—Ah! el ducado de Milan.

—Si, señor.

—Y bien, que decis de él?

—Éramos de contrario parecer, uno de nosotros decia que el empera-

dor podría negaros el ducado de Milan y dándolo á vuestro hijo Carlos, librase así de su promesa.

—Y quien de vosotros decia eso?

—Creo que era la duquesa de Etampes.

La duquesa se puso pálida como la muerte.

—Si el emperador hiciese eso, cometeria una infame traicion! dijo Francisco I; pero no lo hará.

—En todo caso, si no lo hace, dijo Diana mezclándose en la conversacion, no será, según se asegura, por falta de consejo.

—Y quien le ha dado el consejo? exclamó Francisco I, voto á Crispo, quiero saber quien le ha dado el consejo.

—No os incomodeis tanto, señor, contestó Benvenuto; hablabamos de eso, como hablaríamos de otra cosa, y todas esas eran simples conjeturas que aventurábamos en forma de conversacion: la señora duquesa y yo, somos unos pobres politicos, señor. La señora duquesa es demasiado mujer, para que se ocupe de otra cosa que de su tocador, y yo, señor, soy demasiado artista para ocuparme de otra cosa que del arte. No es así, señora duquesa?

—El hecho es, mi querido Cellini, dijo Francisco I, que cada uno de vosotros poseéis dotes que nada os dejan que envidiar á los demás, ni aun el ducado de Milan. La duquesa es reina por su hermosura, y vos sois rey por vuestro jenio.

—Rey, señor?

—Sí, rey, y si no tenéis como yo tres lises en vuestras armas, tenéis una flor en la mano que me parece mas bella que ninguna de las que jamás haya hecho brillar el mas hermoso rayo del sol ó el mas hermoso campo del blason.

—Este lirio no es mio, señor, es de la señora duquesa de Etampes, que se lo habia encargado á mi discipulo Ascanio, y como este no podia acabarlo, conociendo el deseo que tenia la duquesa de ver tan rica joya en sus manos, la he acabado yo, deseando con toda mi alma hacer de ella el simbolo de la paz que nos hemos jurado el otro dia en Fontainebleau, delante de V. M.

—Es una maravilla, dijo el rey alargando la mano para cojerla.

—No es verdad, señor? respondió Benvenuto retirando el lirio sin afectacion, y bien merece que la duquesa de Etampes pague espléndidamente al jóven artista que ha hecho esta obra maestra.

—Esa es mi intencion tambien, dijo la duquesa de Etampes, y le reservo una recompensa que puede dar envidia á un rey.

—Pero sabéis, señora, que esa recompensa, por preciosa que sea, no es

la que él ambiciona? Qué queréis señora! nosotros los artistas somos caprichosos, frecuentemente lo que daría, como vos decís, envidia á un rey es considerado por nosotros con desden.

—Sin embargo, será preciso, dijo la duquesa en cuyo rostro aparecía el rubor de la cólera, que se contente con la que yo lo reservo, porque ya os he dicho, Benvenuto, solo en el último extremo le concederé otra.

—Y bien! no me confiareis á mi lo que él desea, dijo Francisco I á Benvenuto, alargando otra vez la mano hácia el hermoso lirio, y si su petición no es imposible procuraremos acceder á ella.

—Mirad la joya con atención, señor!, dijo Benvenuto poniendo el tallo de la flor en la mano del rey, examinadla en todos sus detalles. y V. M. verá que todas las recompensas son inferiores al premio que merece semejante obra maestra.

Al pronunciar estas palabras, Benvenuto fijó su mirada penetrante en la duquesa; pero esta ejercía tal poder sobre si misma que vió sin imutarse pasar el lirio de las manos del artista á las del rey.

—Es verdaderamente milagroso, dijo el rey. Pero donde habeis hallado este magnífico diamante que enciende el cáliz de esta bella flor?

—No soy yo quien lo ha hallado, señor, respondió Benvenuto con un tono de candor admirable; la señora duquesa ha sido quien lo ha proporcionado á mi discípulo.

—No me acuerdo haberos visto nunca ese diamante, duquesa, dijo el rey, de donde os viene?

—Probablemente de donde vienen los diamantes, señor, de las minas de Guzarate ó de Golconda.

—Oh! dijo Benvenuto, es toda una historia la de ese diamante, y si V. M. desea saberla, se la diré. Ese diamante y yo somos antiguos conocidos, pues esta es la tercera vez que pasa por mis manos. Primero lo engasté en la tiara de nuestro santo padre el papa, en la cual hacia un maravilloso efecto; despues, por órden de Clemente VII lo monté en un misal que Su Santidad regaló al emperador Cárlos V; despues, deseando el emperador llevar constantemente consigo, como recurso sin duda para un caso apurado, este diamante que vale mas de un millon lo he montado en una sortija. No la ha visto V. M. alguna vez en la mano de vuestro primo el emperador?

—Si, ya me acuerdo, exclamó el rey; si, el primer dia de nuestra entrevista en Fontainebleau, la tenia en el dedo. ¿Cómo se halla este diamante en vuestro poder, duquesa?

—Si, decid! exclamó Diana, cuyos ojos brillaron de alegría decid como un diamante de ese valor ha pasado de las manos del emperador á las vuestras?

—Si fuérais vos á quien hicieran esta pregunta, replicó la duquesa, la respuesta os sería fácil, señora, suponiendo sin embargo que confeséis ciertas cosas á ninguna persona que no fuera vuestro confesor.

—No contestáis á la pregunta del rey, señora, respondió Diana de Poitiers?

—Sí, repitió Francisco I, como se halla este diamante en vuestro poder?

—Preguntadlo á Benvenuto, dijo la de Etampes dirigiendo su último relato á su enemigo; Benvenuto os lo dirá.

—Habla, pues, dijo el rey, y pronto, porque estoy cansado de esperar.

—Pues bien, señor, dijo Benvenuto, debo confesar que al ver este diamante, me han asaltado como á V. M. estrañas sospechas. Esto era en tiempo en que la duquesa de Etampes y yo éramos enemigos; entonces hubiera dado la mejor de mis estatuas por saber cualquier secretillo que pudiera desconcepcionarla á los ojos de V. M.; así es que me puso en accho y supe....

—Qué has sabido?

Benvenuto dirigió una mirada rápida á la duquesa y vió que sonría. Esta fuerza de resistencia que había en su carácter le agradó, y en vez de concluir brutalmente la lucha de un golpe, resolvió prolongarla, como hace un atleta seguro de la victoria, pero que habiéndolo encontrado un adversario digno de él, quiere hacer brillar toda su fuerza y toda su habilidad.

—Has sabido? repitió el rey.

—He sabido que la duquesa lo había comprado al judío Manassés. Si, señor, sabed esto para vuestro gobierno: parece que vuestro primo, el emperador, desde su entrada en Francia ha disipado tanto dinero, que ha tenido que empeñar sus diamantes, y que la duquesa de Etampes recoge con magnificencia real lo que la pobreza imperial no puede conservar.

—Volo al chapiro, lo que me decís me hace gracia! exclamó Francisco I, doblemente lisonjeado en su vanidad de amante y en su envidia de rey. Pero reflexionó un momento: mi bella duquesa, añadió dirigiéndose á la de Etampes, habeis debido arruinaros para hacer semejante compra, y en verdad que nos corresponde reparar el desorden que debe haber causado á vuestros intereses. Recordadnos que os somos deudor del valor de este diamante, porque es verdaderamente tan hermoso que tengo para mí, que da no veniros de la mano de un emperador, os viene por lo menos de la de un rey.

—Gracias Benvenuto, dijo á media voz la duquesa, y principió á crecer, como decís, que estamos formados para entendernos.

—Que estais hablando? preguntó el rey.

—Nada, señor, me escuso con la duquesa de esta primera sospecha que ella tiene la bondad de perdonarme, lo que es tanto mas generoso por su

parte cuanto que al lado de esta primera sospecha, este lirio habia enjendrado otra.

—Y cuál? preguntó Francisco I, mientras que Diana, devoraba con los ojos á su triunfante rival.

La duquesa vió que aun no habia concluido con su infatigable enemigo y una nube de temor paso por su frente, pero, es menester decirlo en su elojio, para desaparecer al punto. Hay mas, aprovechó hasta la preocupacion que las palabras de Benvenuto Cellini habian infundido al espíritu de Francisco I para intentar cojer el lirio que el rey tenia todavia en su mano; pero Benvenuto pasó con el mayor disimulo entre ella y el rey.

—Cuál? Oh! lo confieso, dijo sonriendo, esta era tan infamante que temo añadir á la vergüenza de haberla concebido la impudencia de confesarla. Será, pues, menester, lo declaro, una orden espresa de V. M. para que me atreva...

—Atrevéos, Cellini, yo os lo mando, dijo el rey.

—Pues bien, confieso en primer lugar, con mi natural orgullo de artista, dijo Cellini, que me habia sorprendido al ver á la duquesa de Etampes encargár al aprendiz un trabajo que el maestro hubiera tenido á dicha y vanagloria ejecutar para ella. Os acordareis, señor, de mi aprendiz Ascanio? Es un gallardo mozo que podria servir de modelo para el Endimion.

—Bien, y que mas? replicó el rey, cuyas cejas se contrajeron en la sospecha que de repente habia venido á devorarle el corazon.

Por esta vez era evidente, que á pesar de todo su poder sobre si misma, la duquesa de Etampes estaba en un suplicio. En primer lugar leia en los ojos de Diana de Poitiers una curiosidad péfida, y despues no ignoraba que si Francisco I, hubiera perdonado la traicion cometida contra el rey, no perdonaria ciertamente la infidelidad contra el amante. No obstante como si no hubiese observado su angustia, Benvenuto prosiguió:

—Pensaba, pues, en la hermosura de mi Ascanio y pensaba,—perdonad, señoras, lo que este pensamiento puede tener de impertinente para las francesas, pero estoy habituado á las costumbres de nuestras princesas italianas, que en amor, es menester confesar son muy débiles mortales, pensaba, pues, que un sentimiento al cual el arte era extraño...

Maestro, dijo Francisco I frunciendo el ceño, pensad en lo que vais á decir.

—Por eso me escusé de antemano de mi temeridad, y pedí que se me permitiera guardar silencio.

—Yo soy testigo, dijo Diana, V. M. le ha mandado hablar, y ahora que ha principiado...

—Todavía es tiempo de callar, dijo la duquesa de Etampes, cuando se sabe que lo que se va á decir es una mentira.

—Yo me callaré, si así os place, señora, contestó Benvenuto, bien sabéis que no teneis que hacer mas que decir una palabra para esto.

—Si, pero yo quiero que continúe. Teneis razon, Diana, hay cosas que deben ser profundizadas hasta lo último. Decid, Cellini, decid, añadió el rey, abarcando con una misma mirada al escultor y á la duquesa.

—Mis conjeturas iban adelante, cuando un increíble descubrimiento vino á abrioles nuevo campo.

—Qué descubrimiento? exclamaron á la vez el rey y Diana de Poitiers.

—Señor, añadió la duquesa, para escuchar toda esa larga historia, no necesitais tener ese lirio en la mano. V. M. está tan habituado á empuñar un cetro, y á empuñarlo con mano firme, que temo que esa frájit flor se rompa entre sus dedos.

Y al mismo tiempo la duquesa de Etampes, con una de esas sonrisas que solo á ella pertenecian, alargó el brazo para cojer la joya:

—Perdonad, señora duquesa, dijo Cellini; pero como el lirio representa en toda esta historia un papel importante, permitid que para unir la demostracion al relato....

—El lirio representa un papel importante en la historia que vais á contar, maestro? exclamó Diana de Poitiers arrancando con un movimiento rápido como el pensamiento la flor de las manos del rey. Entonces la duquesa de Etampes tiene razon, porque, por poco que se aproxime la historia á lo que yo me sospecho, vale mas que este lirio esté en mis manos que en las vuestras, pues con intencion ó sin ella, puede suceder que se rompa en un movimiento que no esté en V. M. reprimir.

La duquesa de Etampes se quedó horrorosamente pálida, por que se juzgó perdida, cojió vivamente la mano de Benvenuto, sus lábios se abrieron para hablar; pero arrepentida sin duda, soltó inmediatamente la mano de que acababa de apoderarse, y sus lábios se cerraron.

—Decid lo que teneis que decir, no os detengais, Benvenuto, dijo la duquesa montada en cólera, añadiendo despues con voz tan baja que solo el artista pudiese oirla:—Decidlo si os atreveis.

—Si, hablad, y cuidado con vuestras palabras, dijo el rey.

—Y vos, señora, cuidado con vuestro silencio, dijo Benvenuto.

—Ya escuchamos, dijo Diana no pudiendo contener su impaciencia.

—Pues bien, figuraos, señor; imaginaos, señora, que Ascanio y la duquesa de Etampes han sostenido una correspondencia epistolar.

La duquesa miró en torno suyo, como buscando un arma con que atravesar al artista.

—Una correspondencia?

—Si, una correspondencia, y lo que habia en ella de mas maravilloso, es que se hablaba de amor.

—Las pruebas! maestro! Espero que tendreis pruebas? exclamó el rey furioso.

—Las tengo, contestó Benvenuto; ya supondrá V. M. que sin ellas no me hubiera dejado llevar de tales sospechas.

—En ese caso, si las teneis, dádme las al punto, dijo el rey.

—Cuando digo que las tengo, me equivoco, por que V. M. es quien la tenia ahora mismo.

—Yo? exclamó el rey.

—Y ahora las tiene la señora de Poitiers.

—Yo? exclamó Diana.

—Sí, contestó Benvenuto, que entre la cólera del rey y el odio y el terror de las dos mas poderosas damas del mundo, conservaba toda su serenidad y todo su aplomo. Si, por que las pruebas están en ese lirio.

—En este lirio! exclamó el rey volviendo á tomar la flor de las manos de Diana de Poitiers, y dando vueltas á la joya con una atencion que no inspiraba esta vez el amor al arte. En este lirio?

—Sí, señor, en ese lirio, contestó Benvenuto. Bien sabeis que están en él, señora, continuó con tono significativo volviéndose hácia la duquesa cárdena de furor.

—Transijamos, dijo esta; Colomba no se casará con el conde de Orbec.

—No basta eso, murmuró Cellini; es menester que Ascanio se case con Colomba.

—Jamás! contestó la duquesa.

Entretanto el rey volvía en sus dedos el lirio fatal con ansiedad y cólera tanto mas dolorosas, cuanto que nose atrevia á espresarlas abiertamente.

—Las pruebas están en este lirio! en este lirio! repetía; pero yo no veo nada en él.

—Porque V. M. no conoce el secreto por medio del cual se abre la flor.

—Tiene un secreto? mostrádmelo, ahora mismo, ó mas bien....

Francisco I hizo un movimiento para romper la flor; las dos mujeres lanzaron un grito; y entonces el rey se contuvo.

—Oh! señor, sería una lástima, exclamó Diana, tan preciosa joya! dádme la, y yo respondo que si tiene un secreto, yo daré con él.

Y sus dedos finos y ágiles, dedos de mujer vueltos mas sítiles por el odio, recorrieron todas las asperezas de la joya, escudriñaron todos los huecos, mientras que la duquesa de Etampes, próxima á desmayarse, seguia con torva mirada todas las tentativas infructuosas por un instante. En fin, ora fuese casualidad, ora adivinacion de rival, Diana tocó el secreto resorte del tallo.

La flor se abrió.

XIX.

CONTINUÁN LAS HOSTILIDADES.

Las dos mujeres lanzaron juntas un mismo grito : la una de alegría y la otra de terror. La duquesa se lanzó para arrancar el lirio de las manos de Diana; pero Benvenuto la detuvo con una mano, mientras que le mostraba con la otra la carta que habia sacado de su escondite. En efecto, una mirada rápida lanzada sobre el caliz de la flor, le convenció que estaba vacío.

—Consiento en todo, dijo la duquesa ya vencida y no teniendo fuerzas para sostener semejante lucha.

Lo jurais por los santos Evangelios? dijo Benvenuto.

—Si.

—Y bien, maestro, dijo el rey impaciente, donde están esas pruebas? Yo no veo aquí mas que un vacío hecho con mucha habilidad en la flor, pero no hay nada en este vacío.

—No señor, no hay nada, respondió Benvenuto.

—Si, pero ha podido haber alguna cosa, dijo Diana.

—Maestro! exclamó el rey montado en cólera, sabéis que podría ser peligroso continuar por mas tiempo esta burla, y que otros mas fuertes que vos se han arrepentido de haber jugado con mi cólera?

—Mucho sentiría incurrir en ella, señor, contestó Cellmi sin desconcertarse; pero nada hay aquí que pueda escitarla; y creo que V. M. no ha y

tomado á mal mis palabras. Me hubiera yo atrevido á hacer tan lijera-mente una acusacion tan grave? La duquesa de Etampes puede mostraros las cartas que contenia ese lirio si quereis verlas. Ellas hablan realmente de amor, pero del amor de mi pobre Ascanio por una noble señorita, amor que al primer golpe de vista parecerá sin duda loco, imposible, pero imaginándose mi Ascanio, como verdadero artista, que una linda joya no está distante de valer una linda muchacha, se ha dirigido á la duquesa de Etampes como á una providencia y ha hecho de este lirio su mensajero. Y ya sabeis, señor, que la providencia lo puede todo; creo que no estareis celoso de ella, porque haciendo el bien, os asocia á sus méritos. Hé aquí la explicacion del enigma, señor, y si todos los rodeos en que me he entretenido han podido ofender á V. M. perdóneuelos en gracia de la noble familiaridad á la que hasta ahora ha tenido á bien admitirme.

Este discurso cuasi académico, cambió la faz de la escena. A medida que Benvenuto hablaba la frente de Diana se oscurecia, la de la duquesa de Etampes se desarrugaba, y el rey recobraba su sonrisa y su buen humor. Despues cuando Benvenuto habia concluido:

—Perdonad, mi bella duquesa, os pido mil perdones, dijo Francisco I, por haber podido sospechar de vos un instante. Decidme que puedo hacer para enmendar mi falta y merecer mi perdon?

—Otorgad á la señora duquesa de Etampes la gracia que os va á pedir como V. M. me ha otorgado ya la que yo le he pedido.

—Hablad por mi, maestro Cellini, puesto que sabeis lo que deseo, dijo la duquesa con mas serenidad de la que Benvenuto hubiera creído.

—Pues bien, señor, puesto que la señora duquesa me encarga que sea su intérprete, sabed que su deseo es ver intervenir vuestra omnipotente autoridad en los amores del pobre Ascanio.

—Si, hé! dijo el rey sonriendo; consiento de buena gana en hacer la felicidad del gallardo aprendiz. Y cómo se llama la novia?

—Colomba de Estourville, señor.

—Colomba de Estourville? exclamó Francisco I.

—Señor, acuérdesse V. M. que es la señora duquesa de Etampes la que os pide esta gracia. Vamos, señora, unios á mí, añadió Benvenuto sacando nuevamente de su bolsillo un pico de su carta, por que si callais mas tiempo, S. M. creerá que le pedis esta gracia por pura complacencia hácia mí.

—Es verdad que deseais este casamiento, señora, dijo Francisco I?

—Si, señor, balbucó la duquesa de Etampes, lo deseo... vivamente.

El adverbio habia sido arrancado por una nueva exhibicion de la carta.

—Pero se yo, replicó Francisco I, si el preboste aceptará por yerno á un jóven sin nombre y sin fortuna?

—En primer lugar, señor, respondió Benvenuto, estoy seguro que el preboste como súbdito fiel, no tendrá mas voluntad que la de su rey. Después Ascanio no carece de nombre. Se llama Gaddo-Gaddi, y uno de sus antepasados ha sido podestá de Florencia. Cierto que es platero; pero en Italia no deshonra el arte. Además, aunque no fuese noble por su familia, lo sería de nueva creación. Ah! no creáis que este abandono de mi parte sea un sacrificio. Recompensar á mi Ascanio es recompensarme á mi dos veces. Hágale V. M. señor de Neste, y yo le daré dinero: entonces podrá, si quiere, dejar la platería y comprar una compañía de lanceros ó un destino en la corte; yo cubriré todos sus gastos.

—Y nosotros cuidaremos, dijo el rey, de que vuestra generosidad no altere demasiado vuestra bolsa.

—Segun eso, señor... interrumpió Benvenuto.

—Será Ascanio Gaddo-Gaddi, señor de Neste, exclamó el rey riéndose á carcajada, pues tan buen humor le habia dado la certidumbre de la fidelidad de la duquesa de Etampes.

—Señora, dijo á media voz Cellini, convendreis conmigo en que no podreis dejar en el Chatelet al señor de Neste; esto era bueno para Ascanio.

La duquesa de Etampes llamó á un oficial de los guardias y le dijo en voz baja algunas palabras que terminaban con estas:

—En nombre del rey.

—Qué haceis, señora, preguntó Francisco I.

—Nada, señor, respondió Cellini, la señora duquesa de Etampesavia á buscar al futuro,

—Donde está?

—Donde la señora duquesa de Etampes que conocia la bondad del rey, le ha suplicado que espere el beneplácito de V. M.

Un cuarto de hora después se abrió la puerta de la sala donde esperaban Colomba, el preboste, el conde de Orbe, embajador de España, y casi todos los señores de la corte, á escepcion de Marmagne que continuaba en cama. Un ujier gritó: el rey!

Francisco I, entró dando la mano á Diana de Poitiers y seguido de Benvenuto que sostenia á la duquesa de Etampes y con el otro á Ascanio, tan pálidos el uno como la otra.

A la voz de la por el ujier, todos los cortesanos se volvieron y permanecieron un instante estupefactos. Colomba pensó desmayarse.

Este asombro se redobló cuando Francisco I, haciendo pasar al escultor delante de él, dijo en alta voz:

—Maestro Benvenuto, tomad por un instante nuestro puesto y nuestra autoridad; hablad como si fuérais el rey, y que os obedezcan como al rey.

Os advierto, señor, respondió el platero, que para descompeñar bien vuestro papel voy á ser dadivoso.

—En hora buena, Benvenuto, dijo Francisco I riendo, cada una de vuestras dádivas será una satisfaccion para mi.

—Está bien, señor; asi quedo en la libertad de hacer lo que me parezca, y voy á alabaros todo lo que pueda. Ola! continuó; no olvidéis vosotros todos los que me escucháis, que es el rey quien habla por mi boca. Señores notarios; habeis preparado el contrato en que S. M. se digna poner su firma. Escribid los nombres de los esposos.

Los dos notarios cogieron la pluma y se prepararon á escribir en los contratos, uno de los cuales debía quedar en los archivos del reino y el otro en su escribania.

—De una parte continuó Benvenuto, la noble y poderosa señorita Colomba de Estourville.

—Colomba de Estourville! repitieron maquinalmente los notarios, mientras que los concurrentes oian con la mayor admiracion.

De la otra continuó Cellini, el muy noble y muy poderoso Ascanio Gaddi, señor de Nesle.

—Ascanio Gaddi! e selamaron al mismo tiempo el preboste y Orbec.

—Un platero! esclamo con dolor el preboste volviéndose al rey.

Ascanio Gaddi, señor de Nesle, repitió Benvenuto sin conmoverse, á quien S. M. concede carta de naturaleza, y la plaza de intendente de los palacios reales.

—Si S. M. lo ordena asi, obedeceré, dijo el preboste, sin embargo....

—Ascanio Gaddi, continuó Benvenuto, en consideracion al cual S. M. concede al señor Roberto de Estourville preboste de Paris el título de gentil hombre.

—Señor, estoy dispuesto á firmar, dijo Estourville convencido.

—Dios mio! Dios mio! murmuró Colomba dejándose caer en su silla, no es todo un sueño?

—Y yo exclamó Orbec, y yo?

En cuanto á vos, contestó Cellini continuando sus funciones réjias, en cuanto á vos, conde de Orbec, os perdono la pesquisa que tendria derecho á mandar sobre vuestra conducta; la clemencia es una virtud réjia, lo mismo que la generosidad. No es verdad, señor? pero pasemos á firmar, señores.

—Cuidado que ha representado maravillosamente la majestad, exclamó Francisco I contento como un rey en vacaciones.

En seguida pasó la pluma á Ascanio, que firmó con mano trémula, y que despues de haber firmado, entregó la pluma á Colomba, á quien Diana

llena de bondad habia ido á buscar, y sostenia. Las manos de los dos amantes se tocaron y estuvieron á punto de desmayarse. Despues firmó Diana que pasó la pluma á la duquesa de Etampes, la cual la pasó al preboste, el preboste á Orbec y este al embajador de España.

Debajo de todos estos grandes nombres, Cellini escribió clara y distintamente el suyo. No era sin embargo el que menor sacrificio hacia.

Despues de haber firmado el embajador de España se aproximó á la duquesa:

—Seguimos en nuestros planes, señora? dijo.

—Oh Dios mio! dijo la duquesa, **haced lo que querais: qué me importa la Francia! que me importa el mundo!**

El duque se inclinó.

—De esa suerte dijo al embajador en el momento en que se volvia á tomar su puesto, su sobrino jóven diplomático todavia sin esperiencia, de esa suerte, segun las intenciones del emperador, no es el rey Francisco I, sino su hijo quien será duque de Milan.

—No será el uno ni el otro, respondió el embajador.

Durante este tiempo continuaban las firmas. Cuando cada uno hubo escrito su nombre debajo de la felicidad de Ascanio y de Colomba; Benvenuto se aproximó á Francisco I y doblando una rodilla en tierra delante de él:

—Señor, dijo, despues de haber mandado como rey, vengo á suplicar V. M. como humilde y reconocido servidor. V. M. quiere concederme una última gracia?

—Dí, Benvenuto, dí, respondió Francisco I; que se hallaba en disposicion de otorgar cuantas mercedes se le pidieran, y que conocia que este era el acto de la soberania, en que el rey encuentra mas felicidad; dí, veamos, qué desees?

—Volver á Italia, señor, dijo Benvenuto.

—Qué significa eso exclamó el rey, quereis dejarme cuando os quedan tantas obras maestras que hacer? no quiero.

—Señor respondió Benvenuto, señor, yo volveré; os lo juro; pero dejadme partir; dejadme volver á ver mi pais; necesito de esto por el momento. No digo lo que sufro, continuó bajando la voz y meneando melancólicamente la cabeza; pero sufro muchos dolores que no sabria contar, y el aire solo de la patria puede cicatrizar mi corazon herido. Vos sois un grande, vos sois un generoso rey á quien amo. Yo volveré señor; pero permitidme antes que vaya á curarme allá abajo al sol. Os dejo á Ascanio que es mi pensamiento; á Pagolo que es mi mano, ellos bastarán á vuestros sueños de artista hasta mi vuelta, y cuando haya recibido el beso de las

brisas de Florencia, mi madre, volveré á vos, mi rey, y la muerte solo podrá separarnos.

—Marchaos pues! dijo tristemente Francisco I; conviene que el arte sea libre como las golondrinas; partid.

En seguida el rey alargó á Benvenuto su mano que este besó con toda la efusion de la gratitud.

—Al retirarse Benvenuto, se encontró delante de la duquesa.

—Me aborreceis todavía, señora? dijo deslizando en las manos de la duquesa el fatal billete que semejante á un talisman mágico, acababa de hacer cosas imposibles.

—No dijo la duquesa llena de alborozo al ver por fin en sus manos el billete deshonoroso, no, y sin embargo me habeis combatido por medios....

—Os he amenazado solamente, dijo Benvenuto, creeis que me hubiera servido de ellos!

—Dios mio! exclamó la duquesa herida de un rayo de luz, hé ahí lo que tiene el haberos creído semejante á mi.

Al siguiente dia, Ascanio y Colomba se casaron en la capilla del Louvre, y á pesar de las reglas de la etiqueta los dos esposos, consiguieron que Aubry y su mujer asistiesen á la ceremonia.

Este era un favor muy grande, pero es preciso convenir, que el pobre estudiante lo tenia bien merecido.

XX.

CASAMIENTO DE CONVENIENCIA.

Ocho dias despues, Hermann se casó solemnemente con la señora Petra que le aportó en dote veinte mil libras tornesas y la seguridad de que sería padre.

Apresurémonos á decir que esta seguridad fué la que decidió al bravo aleman, mucho mas que las veinte mil libras tornesas.

En la misma noche del casamiento de Ascanio y de Colomba, por mas instancias que le hicieron sus dos jóvenes amigos, Benvenuto partió para Florencia.

Durante esta ausencia fué cuando fundió su estatua de Persée, que todavía forma hoy uno de los adornos de la plaza del antiguo palacio, y que quizás no fué su mas bella obra, sino por que lo ejecutó en su mayor dolor.

FIN DE LA NOVELA.

